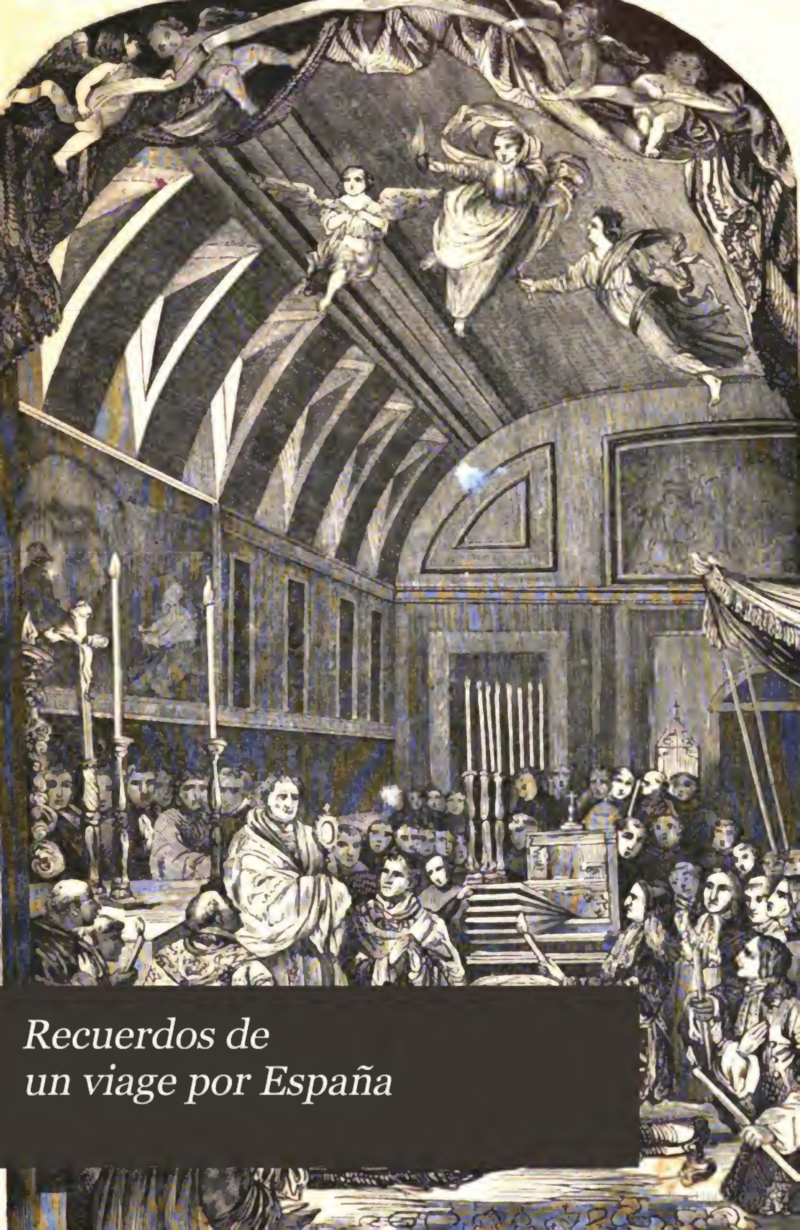
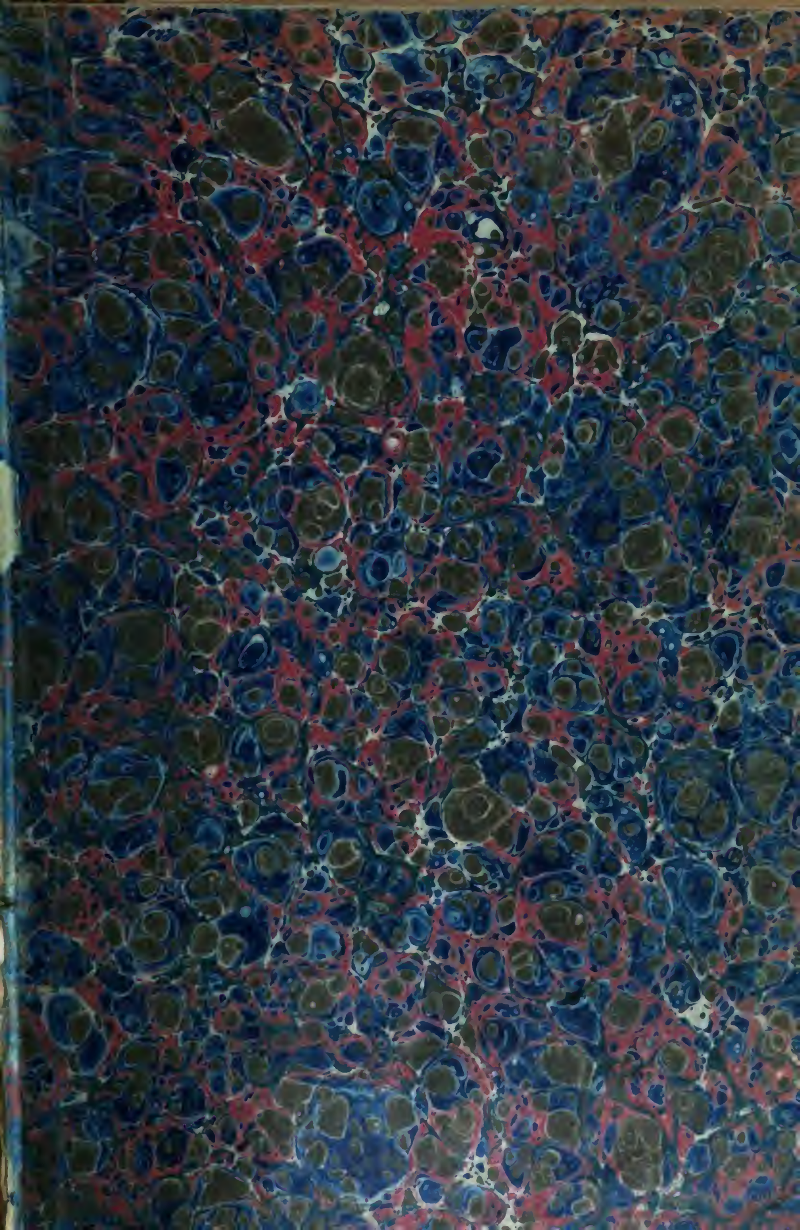


Recuerdos de
un viage por España

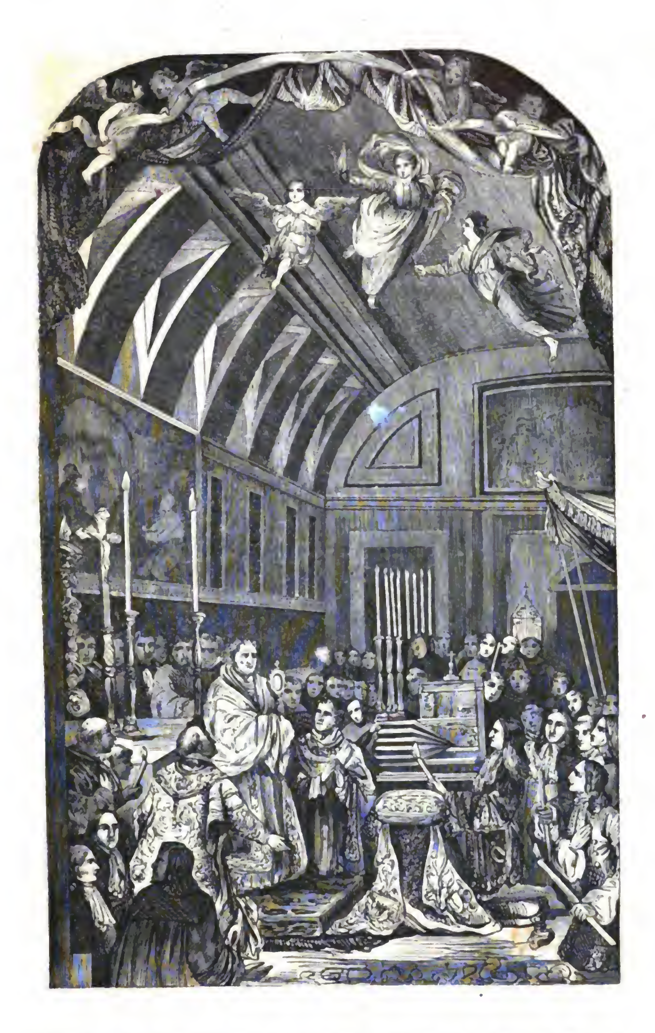

Librería Pubill
LIBROS ANTIGUOS
Boters, 10 - BARCELONA (España)


SEAL OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
1868



100

RECUERDOS DE UN VIAGE POR ESPAÑA.



COPIA DEL CUADRO DE LA SANTA FORMA QUE EXISTE EN LA SACRISTÍA DEL ESCORIAL.

RECUERDOS

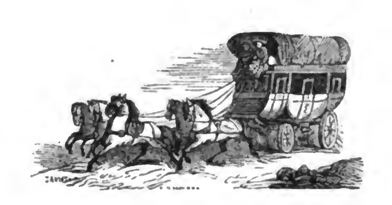
DE

UN VIAGE POR ESPAÑA.

TOMO PRIMERO.

Castilla, Leon, Oviedo, Provincias Vascongadas, Asturias, Galicia, Navarra.

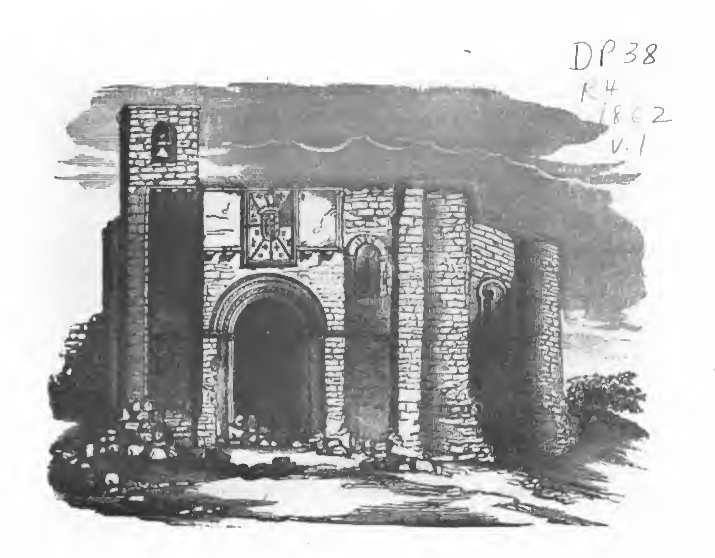
SEGUNDA EDICION.



1862.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE DON JOAQUIN BERNAT,
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

Sailer History Fund



INTRODUCCION.

En la primavera del año 1846, me hallaba yo atacado de una de esas enfermedades sin nombre, tanto mas peligrosas, cuanto que comunmente reconocen por orígen alguna causa moral. En vano los discípulos de Esculapio, representantes de ambos encontrados sistemas, hoy en boga, habian empleado los recursos del arte para devolverme la salud; mi mal resistia á todas las medicinas.

Una languidez estremada y una profunda tristeza me consumian lentamente sin que los esfuerzos que yo mismo hacia, conociendo el peligro, fuesen suficientes para que la naturaleza recobrara su vigor. En esta situacion, los médicos me aconsejaron lo que aconsejan siempre á los enfermos que no pueden curar; que hiciera un viaje para distraerme.

Infinitas veces me habia ocurrido la misma idea, considerando este como el único recurso en el estado en que me hallaba; pero la abando-

né por parecerme irrealizable, á causa de la estremada debilidad á que el mal me habia reducido, Sin embargo, acogí bien el proyecto, y á fuerza de meditarlo, llegó á parecerme no solo bueno, sino fácil de poner en práctica.

Satisfecho con mi resolucion, no pensé ya mas que en los preparativos que necesitaba hacer, y en el punto donde debia dirigirme.

Algunos dias antes de ponerme en camino, encontré en la Puerta del Sol á un jóven amigo mio, llamado Mauricio, á quien hacia mucho tiempo que no veia; nos saludamos con el cordial afecto de dos personas que se quieren bien, y despues del hablar de otras cosas indiferentes, me preguntó si se me ocurria algo para París, á donde marchaba dentro de breve plazo. «No he visto, dijo Mauricio, la capital del mundr civilizado, como la llaman las gentes de buen tono, y quiero examinao por mi mismo todas esas maravillas que preconiza la fama; por otra parte, nuestra sociedad está hoy organizada de modo, que hace un papel ridículo el que no puede referir alguna anécdota ocurrida en el teatro de la grande Opera ó en los Campos Eliseos..

—No desapruebo tu pensamiento, le contesté; el hombre que puede, debe verlo todo, y París tiene mucho que ver. Tambien yo voy á emprender un viaje.,.

—¿A Italia? ¿á Suiza? me preguntó; porque á Francia supongo que no irás habiendo estado ya varias veces. ¿Vas á ver esos paises que tan admirablemente ha poetizado Alejandro Dumas en sus *Impresiones?*

—No, amigo mio, mi viaje es mucho mas prosáico; voy á viajar por España.

—¡Por España!

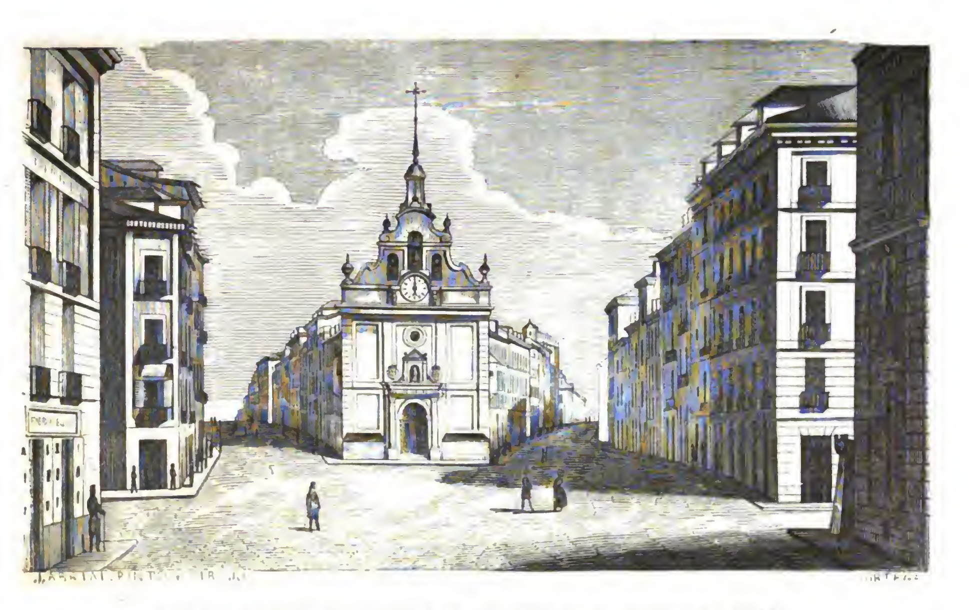
—Qué, ¿te admira?

—¡Pues no quieres que me admire!—¿Cuál es tu objeto?

—En primer lugar, restablecer mi salud, y luego conocer mi país y recoger apuntes para publicarlos algun dia, si me encuentro con fuerzas para ello.

—No los leerá nadie. ¿Qué español quieres que lea los apuntes de un viaje por España? En cuanto á los estrangeros, ya sabes como se ocupan de nosotros. Yo creo que harias mejor un viaje por cualquiera otra parte, con la ventaja de que asi podrias disparatar impunemente, porque de luengas tierras...

—No te canses, Mauricio, en argumentar, porque no desisto de mi



VISTA DE LA PUERTA DEL SOL EN MADRID ANTES DE LA REFORMA DE 1854.

plan; voy á recorrer nuestras poblaciones principales, voy á visitar nuestros más notables monumentos, voy á asistir á las alegres reuniones de nuestros paisanos, á oir de su boca las antiguas tradiciones y poéticas consejas, á presenciar sus bulliciosas fiestas, á estudiar sus costumbres... pues qué ¿es España menos abundante en lugares célebres, en recuerdos históricos, en escarpadas montañas, en valles deliciosos, en ruinas antiguas, en edificios notables, que la Italia y la Suiza? La industriosa Cataluña, la feráz Andalucía, la fértil Valencia, la agreste Vizcaya, ¿merecen fijar menos la atencion que Bélgica ó la Toscana, Sicilia ó el Piamonte? Y si de las comarcas desciendes á las localidades, la sin igual Granada, la artística Mérida, la imperial Toledo, y casi todas nuestras poblaciones ¿no encierran inagotables tesoros, manantial fecundo de inspiraciones para el artista, de estudio para el arqueólogo, de admiracion para el profano?

—Te veo entusiasmado, y lo que es más, decidido; si he de decir verdad, me alegro, porque desde que Pons escribió sus excelentes cartas, el monopolio de los viajes por España lo han ejercido casi exclusivamente los franceses, y á fé que han abusado del privilegio para darnos un género detestable. No te olvides, si llegas á escribir el viaje, de un buen correctivo á Roger de Bouboir, Teofilo Goutier, Alejandro Dumas, y otros cuantos que han disparatado mas al hablar de nosotros, que si hablasen de la luna.

—Verdad es que los franceses nos han tratado muy mal; pero desgraciadamente hay españoles que lo han hecho peor.

—¿Y cuándo es la marcha?

—No he fijado aun el dia, pero muy pronto.

—¿Vas solo?

—Solo.

—¡Y estando malo!... Me ocurre una idea: ¿quiéres que te acompañe? Abandono el viaje á París.

—Con mucho gusto; no me hubiera yo atrevido á pedirte tanto.

—Por supuesto no cuentes con que te sirva de nada, porque ya sabes mi inutilidad; pero te haré compañía, y esto siempre es algo. ¿Aceptas?

—Repito que es más de lo que yo podia apetecer, y creo al contrario de lo que dices, que me serás muy útil. Con tu genio alegre, tienes un carácter observador, y ¿quién sabe hasta que punto podrá desarro-

llarse en tí en el transcurso del viaje, el órgano de la *investigabilidad*, como diria el doctor Gall, una vez lanzado por esos mundos de Dios en busca de aventuras?

—Búrlate lo que quieras, pero ya verás como no te pesa que sea tu Sancho Panza.

—Ni á tí tampoco, vive Dios, que yo sea tu don Quijote.

—Convenido; fijemos dia para la marcha.

—El martes, si te parece.

—¡El martes!... Es mal dia; ya sabes aquel refran español...

—¿Lo dices de veras?

—Como lo oyes; por mi gusto saldriamos otro dia... el miércoles, por ejemplo. Bien conozco que es una simpleza, pero no lo puedo remediar. Desde la muerte de Paulina... Es una aventura que ya te contaré.

—Cuéntamela ahora.

—Es larga y no para este sitio; lugar tendremos por el camino.

—Me conformo y no olvidaré la promesa; queda señalado el miércoles para emprender nuestra espedicion.

—¿Y dónde vamos?

—No lo sé... á todas partes.

—Así me place. Se me olvidaba una cosa; ¿piensas dar grabados en tu obra?

—Hasta ahora no he pensado mas que en si podré escribirla. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ya sabes que yo dibujo muy mal, pero dibujo, y si pensáras dar grabados, llevaria el lápiz y la cartera para copiar algunas vistas.

—Llévalo, que en eso nada se pierde, y ya ves como tenia yo razon que me servirias más de lo que tú mismo crees.

En seguida nos despedimos, despues de haber convenido en algunas particularidades relativas al viaje.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.



Paulina.

Era un dia de mayo, á las cuatro de la mañana, cuando salimos de Madrid por la puerta de Bilbao. A la ondulosa y rojiza luz del alba, veíamos alzarse á nuestro frente las montañas de Guadarrama, cubiertas todavía de nieve sus cumbres, y en nuestro alrededor dibujábanse confusamente multitud de casas de pobre aspecto, esparcidas sin órden á uno y otro lado del camino, porque entonces no existia aun el magnífico depósito de las aguas del Canal de Isabel II, ni muchos de los edificios construidos recientemente y destinados á fábricas y otros usos.

Solo se elevaba á la izquierda la cúpula de la capilla del cementerio público, como si quisiese recordarnos lo efímero de nuestra existencia, y á la derecha el pueblo de Chamberí con su iglesia medio arruinada antes de concluir, sin duda para simbolizar la época en que vivimos. Con la misma prontitud con que el sol adelantaba iluminando inmensas llanuras y campos eriales, sin un árbol, sin una flor, sin una planta, nosotros dejábamos atrás la villa coronada, porque nuestros caballos corrian con la desenfrenada precipitacion de un pueblo que por primera vez rompe sus cadenas para conquistar la soñada libertad, y como el pueblo tambien, gastaban sus fuerzas y su brio para sucumbir de cansancio y de fatiga, á corta distancia quizás del punto de partida.

Aunque el dia se anunciaba claro y sereno, la mañana estaba fria; echamos los cristales, y antes de llegar al portazgo de Chamartin, Mauricio dormia; por mí parte hice lo mismo, y aconsejo á todo viajero que ande este camino que nos imite, porque nada perderá en ello.

Cuando desperté, el sol calentaba bastante; estábamos bajando una pequeña cuesta, y en lo alto de otra que debiamos subir en seguida, se veia un pueblo; era San Sebastian de los Reyes; de modo que habiamos dejado ya atras á Fuencarral y Alcobendas; miré el reloj y acababan de dar las siete y media; llamé á Mauricio, mandamos parar á la salida del pueblo, nos bajamos y nos pusimos á almorzar á la sombra de unos árboles que hay junto á una fuente á la derecha del camino.

—¡Delicioso paisaje! esclamó mi amigo, ¿quiéres que traiga la cartera y tome una vista?

—¿Estás loco? Pues si á la modesta fuente y raquítica alameda de San Sebastian de los Reyes, le dispensas los honores de la inmortalidad, ¿qué reservas para las hermosas perspectivas que se han de ofrecer á tu vista en el transcurso del viaje?

—¿Con que esto no vale nada?

—Absolutamente.

—Me conformo; pero á condicion de que has de poner en tus apuntes que hemos almorzado en una fuente... no muy artística á la verdad, pero de agua cristalina y pura, que no deja de ser circunstancia notable cuando se trata de fuentes... Y á propósito de apuntes. Habrás tomado muchos mientras yo dormia.

—Ni uno siquiera; he dormido como tú.

—¡Hombre de Dios! ¡y para eso te gastas tu dinero y abandonas la corte!

—¡Y en describir á Fuencarral y Alcobendas querias que gastase mi tiempo!!

—Son dos pueblos de España.....

—Pero dos pueblos que nada ofrecen notable, y si hubiésemos de hacer mencion de todos los que veremos, se necesitarian muchos volúmenes. Eso es bueno para los diccionarios geográficos. Nosotros no vamos á describir el pais topográficamente; vamos á recorrerlo y á hablar de aquello que nos llame mas la atencion.

—Pues mira, entonces habla de esta sublime tortilla que está ocupando por el momento toda la mia; verdad es que no es pais: pero los huevos, las patatas, y hasta el aceite con que se ha confeccionado son del pais. Yo la considero una tortilla eminentemente nacional como nuestro viage, y digna de honorífica mencion.

En efecto; Mauricio hacia por completo los honores á nuestra cesta de provisiones, y yo no me descuidaba. Quizás se hubiera prolongado una hora mas nuestro coloquio y nuestro almuerzo, si el mayoral no nos advirtiese que era tarde y la jornada larga, pues queríamos llegar de dia á Buitrago.

Cuando estuvimos de nuevo en el coche;

—Me parece ocasion, dije á Mauricio, de que me refieras la aventura de Paulina que me tienes ofrecida. Hemos dormido y almorzado bien, el camino es árido, y en nada mejor podemos emplear el tiempo.

—Es una aventura que siempre me entristece; pero te lo he ofrecido, y voy á complacerte.

«Tú sabes las infinitas desgracias que abrumaron á la familia de Paulina; apenas tenia esta dos años cuando fusilaron á su padre, que era uno de los que formaban parte de la malograda espedicion de Torrijos; la madre, señora escelente, era fatalista, como lo son todos los desdichados. Se habia criado en un convento de Granada, y conservaba restos de una educacion no muy conforme con las tendencias del siglo· asi fué, que atribuyó la muerte de su esposo, á que éste, que sin duda tenia distintas ideas, no habia querido llevar un escapulario de la Vírgen del Cármen que ella le daba cuando emigró á Gibraltar: talisman que en su concepto le hubiera librado de todo peligro. Paulina, como es consiguiente, participó de las preocupaciones de su madre, y tambien se hizo fatalista; creia en la influencia de los moscones segun su color, y en los dias climatéricos; no se hubiera sentado por cuanto hay en el mundo, en una mesa que hubiera doce personas, por no ser el número trece, y se ponia pálida y temblorosa cuando se derramaba un salero; en una palabra, acogia sin exámen todos los errores vulgares, si bien siempre se resistia á confesarlo, porque tenia bastante talento para conocer que hacia mal.

Muerta su madre, vino á vivir con la tia Gertrudis, y como Paulina y

yo éramos los únicos parientes qne ésta tenia, formó el proyecto de dejarnos por sus herederos, á condicion de que habíamos de casarnos cuando yo cumpliese veinte y cinco años. Por mi parte la propuesta no podia ser mas lisonjera, porque amaba á Paulina como un loco, y si mi amor propio no me engaña, creo que me correspondia. Ambos vivíamos juntos con la buena tia, y así pasé dos años los mas felices de mi vida. Muchas veces quise combatir las ideas fatalistas de mi prima; pero la casualidad lo enredaba de modo, que casi siempre sus predicciones salian ciertas. No sé si por efecto de esta combinacion ó por la influencia que siempre ejerce en nosotros la persona á quien amamos, el hecho es que al cabo de algun tiempo, lejos de haber logrado convencer á Paulina, me hice yo tambien fatalista, y sin darme á mí mismo cuenta de la razon, concluí por participar de sus temores y esperanzas, fundados unos y otras en las circunstancias mas triviales.

La pasion favorita de Paulina eran las flores, y cuidaba con el mayor esmero entre otras macetas, un rosal que habia traido de casa de su madre, al cual parecia estar unida su existencia, pues mirándolo siempre estaba alegre cuando las flores aparecian frescas, y triste cuando se marchitaban.

Una mañana del mes de mayo, salimos con la tia Gertrudis á tomar leche de vacas, espedicion que repetíamos todos los dias en el verano; íbamos los tres en conversacion muy distraidos, cuando al pasar por junto al jardin Botánico, se nos presentó delante una gitana muy decentemente vestida.

—Mi reina, dijo dirigiéndose á la tia; ¿quiére su merced que le diga la buena ventura?

—Yo no tengo nada que saber en este mundo, ni me interesa el porvenir, contestó esta; á sesenta y cuatro años fácil es adivinar lo que á una le aguarda.

—Pues entonces, con permiso de su merced se la diré á esta hermosa señorita.

—Déjenos vd. de buena ventura, interrumpí yo, que vamos de prisa y no creemos en semejantes simplezas.

Paulina se habia puesto pálida como una difunta.

—Señor caballero, no desprecie vd. la ciencia, dijo la gitana, y tenga entendido que hasta ahora ninguno de mis pronósticos ha fallado.

—Deja que me diga la buena ventura, Mauricio, añadió Paulina..... Nos reiremos de sus predicciones.

—Si yo supiese que te habias de reir no me importaria nada, repliqué, pero.....

—Pues es claro; ¿me crees tan inocente que dé crédito á lo que pueda decirme esta buena muger?

—Tiene razon la señorita, continuó la gitana algo picada: mis palabras no pueden hacer fé..... sino cuando el tiempo las confirme.

—El tiempo no las confirmará nunca, repliqué yo de mal humor.

—No te incomodes, dijo la tia, que la cosa no merece la pena.

—El caballero es muy incrédulo, prosiguió la gitana y.....

—Y vd. muy impertinente, añadí yo.

—No hay impertinencia, señor, en ofrecer un servicio.

En seguida, y sin darnos tiempo para replicar, se apoderó de la mano de Paulina, que se la abandonó sin resistencia, y despues de examinarla con mucha atencion dijo con aire profético:

Si vuestro padre, bravo y honrado militar, no hubiese muerto en un cadalso y vuestra madre de pena, seriais completamente feliz, porque amais á quien os ama. Todo me indica ventura en vuestra mano, y si no fuera por esta raya trasversal, solo felicidades os anunciaria; pero hay personas para quien la dicha está siempre en esperanzas; árboles que se secan antes de dar fruto. El tercer aniversario del nacimiento que cae en martes, es siempre fatal. Dádme á besar vuestra mano, y ojalá pueda vencer la buena estrella á la mala que me anuncia este signo.

Concluida la última palabra echó á andar sin apenas despedirse y sin darme tiempo para poner en su mano un duro que habia sacado del bolsillo. Yo trabajo por aficion, me dijo rehusándolo, y me pareció haber sorprendido en su rostro una sonrisa infernal.

Este incidente turbó la tranquilidad de nuestro paseo, que concluyó sin que ninguno de los tres hubiésemos hablado una palabra. Volvimos á casa y allí nos esperaba un nuevo contratiempo; la criada se habia descuidado, y un gato, sin saber porqué, ni de qué modo, habia estropeado el rosal favorito de Paulina. Esta, lejos de reprender y enfadarse, como la tia y yo lo hicimos, con la criada, se puso á componer el rosal y pasó todo el dia muy triste; por la noche se acostó temprano diciendo que estaba indispuesta, y al dia siguiente no pudo levantarse porque tenia calentura; llamamos al médico de casa y despues otro, y por último todos los mas afamados de Madrid, sin que los medios empleados por uno fuesen mas eficaces que los que habian usado los otros; todos unánimemente declararon que no habia remedio para la pobre Paulina, porque estaba tísica en último grado. Dispénsame, amigo mio, los detalles de su larga y penosa enfermedad, durante la cual no consintió hablar una sola palabra, y hasta el agua la pedia por señas. A los siete meses espiró en mis brazos un martes 15 de noviembre á las siete de la mañana, precisamente el dia que cumplia 19 años y á la misma hora que habia nacido. Por una coincidencia rara, el rosal de quien nadie nos habiamos acordado durante el mal de Paulina, lo

hallamos seco y tronzado el mismo dia de su muerte, á pesar de asegurarnos la criada que lo habia cuidado con el mayor esmero. La prediccion de la gitana se habia cumplido. ¿Tenia yo razon en no querer emprender el viage en martes?»

Mauricio lloraba como un niño y yo traté de consolarlo, persuadiéndole que todas las coincidencias de que habia hecho mérito, podian ser y serian en efecto casuales. La gitana, le dije, sin duda sabia la historia de los padres de Paulina, cosa que nada de estraño tiene siendo tan pública; su pronóstico fué una venganza por lo mal que la habíais tratado; pronóstico que hubiera hecho reir á otra que no fuese tu prima; el mal de esta no pudo ser consecuencia del pronóstico, y á lo sumo, este contribuyó á desarrollarlo; el rosal estropeado y marchito, descuido de la criada, que no atreviéndose á confesar su falta, abusó de vuestra credulidad y vuestra pena para ponerse en buen lugar; la muerte de Paulina en martes y en el dia de su natalicio, no puede considerarse mas que como casualidad, ó á lo sumo, como un efecto de su imaginacion, producido por la escena de la Sibilia. En una palabra, Mauricio, yo creo que hay mucha verdad en el fondo de cuanto me acabas de referir, pero un error notable en los detalles.

Durante estas reflexiones, la agitacion de mi amigo se habia calmado visiblemente; conociendo yo lo fácil que era á impresionarse, no descuidé tan buena ocasion para combatir su fatal tendencia, y si por el pronto no lo consegui del todo, como mas adelante veremos, le hice al menos dudar de lo que hasta entonces habia creido como cosa infalible, y esto ya es mucho para desarraigar cierta clase de preocupaciones.

Una hora antes de anochecer llegamos á Buitrago, pueblo que ha hecho célebre el insigne poeta don Iñigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Santillana. Mientras nos disponian la comida, salímos á recorrer la villa, que conserva aun restos de sus antiguas murallas, lo cual denota que fué plaza de alguna importancia en nuestras guerras de la edad media, y si no estoy equivocado, la conquistó á los moros el rey don Alonso VI de Castilla, hácia el año 1033. Lo mas notable de Buitrago, asi como de la mayor parte de los pueblos de España, son sus iglesias: la de Santa María del Castillo, llamada asi porque se edificó dentro del recinto de éste, es de arquitectura gótica con tres naves; pero el retablo mayor y adornos son de mal gusto; en cambio la del hospital, fundacion del ya citado marqués de Santillana, es bellísima en su forma y en sus detalles. Tiene algunas pinturas de mérito, entre otras, los retratos del marqués y su esposa, casi de cuerpo entero, en aptitud de orar, uno á cada lado del presbiterio. Cerca del hospital está la casa de ayuntamiento, y enfrente, dentro de la fortaleza y junto al rio Lozoya que baña sus muros, se elevan al aire los robustos murallones

del palacio señorial que ha pertenecido mucho tiempo á los duques del Infantado y es hoy propiedad del de Osuna por incorporacion de ambos títulos.

Convencidos de que nada mas nos quedaba que ver en la antigua *Litabro*, volvimos á la posada, donde, sea dicho de paso, nos dieron de comer pésimamente. Como estábamos cansados nos acostamos en seguida y dormimos hasta las doce de la noche, hora en que nos despertó el mayoral, segun órden que le habíamos dado al efecto.

CAPITULO II.

El elefante.

Instalados de nuevo en el coche, anudamos el sueño que acabábamos de interrumpir en la cama, y empezamos á subir lentamente las cuestas que sirven de avanzada por esta parte al puerto de Somosierra. Cuando llegamos á la cumbre era esa hora de crepúsculo matutino, en que ni es de noche ni de dia; hora en que la luz comienza á luchar con las tinieblas, y que tanto se presta á la contemplacion profunda de la naturaleza. Determinamos esperar la salida del sol junto al mismo pilar, signo divisorio de ambas Castillas, en el que Mauricio escribió con lápiz nuestros nombres. Lo que nuestros ojos descubrian desde aquel punto, era un espacio inmenso aunque confuso por la dudosa claridad del alba. Poco á poco la luz adelantaba; al profundo y austero silencio, íbanse sucediendo lejanos ecos que indicaban la vuelta á la vida de los dormidos valles, y de tiempo en tiempo las argentinas vibraciones de las campanas de las villas desparramadas en el espacio que abarcábamos confusamente, hacia latir nuestros corazones con tanta suavidad y dulzura, como si aquellos sonidos, aunque debilitados por la distancia, despertasen en nuestras almas la sublime idea de la omnipotencia del Criador.

Hay sin duda alguna en el corazon humano una transicion entre la pena y el gozo, semejante á la que media entre la noche y el dia; un sentimiento ambiguo, un doloroso placer, si cabe decirlo asi, un éxtasis en fin, de pesar y de dulzura, hijo de las impresiones admirables de la naturaleza ó de los grandes acontecimientos de la vida.

Nosotros nos hallábamos en esta situacion escepcional; tristes y preocupados mientras la opaca luz del crepúsculo, la aparicion del astro del dia

coronando los últimos eslabones de la cordillera Carpetana, nos llenó de regocijo. En breves instantes, torrentes de luz inundaban los valles, y se ofrecieron á nuestra vista multitud de paisages á cual mas encantador.

—Solo el espectáculo que acabamos de presenciar, dijo Mauricio, vale la pena de hacer un viage. Mucho han ensalzado los poetas la salida del sol; pero yo creo que si alguno la hubiese contemplado como nosotros, en la cima de estas montañas, acaso hubiera hallado mezquinas sus ficciones comparadas con la realidad.

—Es un espectáculo grandioso, en efecto, le contesté.

—¡Oh! continuó Mauricio, estoy muy contento de haber tenido la feliz idea de acompañarte. Mi viage á París hubiera sido un viage de rutina que apenas me hubiese dejado un leve recuerdo; el que hago contigo, al contrario, no lo olvidaré en la vida.

Diciendo esto, nuestro carruage descendia precipitadamente á la llanura; atravesamos sin detenernos el pueblo de Cerezo de Abajo, situado en un llano con frondosas arboledas, y al pasar un pequeño puente que oprime las aguas del Valdelaguna, nos llamó la atencion un hombre ya anciano que bebia en su orilla; pero tan lastimosamente andrajoso y tan curtido del sol, que escitó nuestra curiosidad.

—Si yo viera á ese hombre en la falda de Sierra-Morena, esclamó Mauricio, como lo veo en la de Somosierra, aunque tuviese en la mano el cayado y no un trabuco, por Dios te aseguro que me daria un miedo espantoso. ¿No ves qué cara?...

En efecto, su fisonomía no era la mas á propósito para tranquilizar á nadie; tenia los cabellos largos y desordenados, las cejas negras y pobladas, los ojos vivos y espantosos, y la barba tan larga y descuidada que casi le cubria el rostro.

—Aunque es cierto, contesté á Mauricio, que tenemos una idea de los bandidos muy semejante á la figura de ese hombre, lo es tambien que hay ladrones de muy buena facha, y de seguro mucho mejor vestidos que este infeliz.

—Has de saber, continuó mi amigo, que no me pesaria del todo que salieran á robarnos.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Lo que nos podrian quitar no vale la pena, y esto daria asunto á tí para escribir y á mí para un magnífico dibujo. ¿Y quién sabe si se reproduciria en nosotros la escena de los bandidos de Salvator Rosa?

—Por mi vida, Mauricio, le dije, que me haces reir con tus poéticas ilusiones.

Mientras este diálogo, el hombre de la barba larga se habia dirigido á

todo correr hácia nuestro carruage, y cuando se hubo arrimado cuanto le fué posible á la portezuela, esclamó con voz de trueno:

—¡Doce mil duros!

Soltó una carcajada estravagante y desapareció como un relámpago por entre las quebraduras del terreno. Mauricio quedó inmóvil, y yo saqué la cabeza para verle alejarse.

Pasada la primera impresion de sorpresa, preguntamos al mayoral, y éste nos refirió con la mayor indiferencia, que era un loco llamado Bruno Alva, vecino del Paular, que pasaba su vida errante por aquellos campos, sin ofender á nadie, ni hacer mas que lo que habíamos visto; habiendo venido á este estremo, de resultas de haber vendido por consejo de su muger, un billete de la lotería que tomó en un viage que hizo á Madrid, cuyo billete tuvo un premio de doce mil duros.

Un profundo silencio reinó por largo rato; la anécdota del loco habia afectado á Mauricio, y tambien á mí me ocupaba la imaginacion. Probablemente referida una historia tan sencilla, sin haber visto nosotros al protagonista, no nos hubiese impresionado; pero despues de verlo no era fácil que se borrara su fisonomía de la memoria. Asi sucede siempre; el suceso mas insignificante contado en el mismo sitio en que ha tenido lugar, ó en presencia de los personages que han tomado parte en él, adquiere unas proporciones colosales, porque se presenta á nuestra vista la realidad en toda su estension.

Habíamos pasado por el pueblo de Castillejo, situado á la orilla de un riachuelo, y del que nada mas puede decirse, sino que hubo antiguamente en él un castillo, de donde sin duda le viene el nombre que conserva, y serian poco mas de las doce cuando llegamos á Boceguillas. Dista esta aldea ocho leguas de Buitrago, y como nuestro proyecto era dormir en Aranda, nos faltaban solo siete leguas de camino; es decir, que habíamos andado ya mas de la mitad y lo mas difícil de la jornada. Propuse á Mauricio que parásemos á tomar un bocado, y este aceptó con mucho gusto, si bien nos anunció el mayoral que no era punto á propósito para ello, porque la posada, que es bastante mala, está poco provista.

—Para comer bien, no se necesita mas que apetito, dijo mi amigo; ademas por malo que sea el parador, gallinas y truchas no faltarán, porque gallinas hay por todas partes y truchas sobran por aqui.

—¡Truchas dijiste, Mauricio! esclamé yo en tono trágico.

—Truchas dije. ¿Qué te admira?

—Dios me libre de probarlas; pueden estar aderezadas con la misma salsa que la que dieron hace tres siglos al cardenal Jimenez de Cisneros.

—Ahora recuerdo, esclamó Mauricio, que algunos historiadores ase-

guran que lo envenenaron aqui con una trucha, en un viage que hizo de Torrelaguna, su patria, á Aranda.

—Hay datos fundados para creer que fué cierto, continué; y aunque de casi todos los hombres grandes se ha dicho lo mismo, el cardenal tenia muchos enemigos.

—Por fortuna, nosotros no estamos en el mismo caso, dijo Mauricio, y creo que podemos comer lo que nos den, sin cuidado, porque como no somos regentes del reino, ni ministros, ni senadores, ni aun diputados siquiera, nada tenemos que temer por esta parte.

Estábamos ya en la posada, y despues de apearnos, pedimos que nos diesen de comer; pero nos dijeron que no tenian nada dispuesto y que necesitaban á lo menos una hora para prepararlo. Fuerza era resignarse: preguntamos qué habia de particular que ver en el pueblo para ocupar en algo el tiempo, y un *nada, señores*, pronunciado con voz dulce y tono cortés, nos hizo fijar la atencion en el que habia dejado escapar estas palabras: era un anciano de sesenta años á lo menos, que estaba sentado en un banco á la puerta del meson, padre de la posadera, segun luego supimos.

—Mil gracias, buen amigo, le dije yo haciéndole un saludo.

—El pueblo este no ofrece particularidad ninguna que pueda escitar la curiosidad del viagero, prosiguió; nuestros lugares de Castilla no son como las aldeas de Suiza.

—¿Las ha visitado vd. por ventura? preguntó Mauricio.

—Jamás he salido de Boceguillas; pero he tenido mucha aficion á leer, y sé algo de lo que pasa por otras partes. Mi gusto hubiera sido partir de este villorrio á correr tierras; pero qué quiere vd; el hombre, sobre todo si es pobre, no puede hacer siempre su gusto.

—Boceguillas, sin embargo, es un lugar célebre en nuestra historia, le dije, con ánimo de hacerle entrar en conversacion.

—¿Lo dice vd. por el envenenamiento del cardenal Cisneros? preguntó el anciano.

—Precisamente por eso, le repliqué.

—Triste celebridad, señor, añadió, la que se adquiere con tales hechos. Verdad es que el pueblo no tuvo ninguna parte.

—Sin duda, proseguí, vd. habrá oido á sus antepasados referir este suceso; yo quisiera saber cómo lo pinta la tradicion ya que tan oscuro se presenta en la historia. Probablemente en el fondo el suceso será el mismo, pero variarán los detalles, y como no tenemos nada mejor que hacer, si no sirviese á vd. de molestia, ocuparíamos en oirle agradablemente el tiempo.

—Yo no me molesto en complacer á vds., dijo el anciano, referiré lo que

aquí se cuenta, y su buen juicio suplirá las faltas de mi relato. En seguida dió principio á la narracion del siguiente modo:

«Sin duda saben vds. mejor que yo, que el cardenal don Fray Francisco Jimenez de Cisneros fué un gran político que gobernó tres veces el reino, habiendo llegado á la cumbre del poder y de la fortuna desde la humilde



El cardenal Jimenez de Cisneros.

choza de una aldea. Yo he leido repetidas veces su vida, y no hallo exagerada la espresion de don Prudencio Sandoval que le llama «uno de los varones mas insignes que España ha tenido;» pero esto no es del caso y lo que cumple á nuestro objeto es saber que el cardenal salió de Madrid el 2 de agosto de 1517 al encuentro de Cárlos I que venia de Alemania á here-

dar el trono de sus abuelos los reyes Católicos. Antes de llegar á Aranda quiso Cisneros visitar á Torrelaguna su patria, donde permaneció hasta el dia 9 que se trasladó á Boceguillas. Tres horas antes de llegar á este pueblo el cardenal, le habian precedido dos hombres de mala catadura envueltos en anchas capas negras y ginetes en dos soberbias mulas, los cuales se dirigieron al único parador que habia; entregaron sus cabalgaduras á los mozos de cuadra, se instalaron en el cuarto que les habian destinado y pidieron dos botellas de buen vino.

Cuando fueron servidos, cerraron la puerta, se sentaron junto á una mesa uno frente á otro, y descubrieron sus rostros, que hasta entonces habian tenido ocultos con las enormes alas de sus sombreros chambergos.

—Bernardino, dijo uno de ellos, despues de haber apurado el vaso que acababa de llenar; si esta vez no logramos nuestro intento, merecemos que nos cuelguen por bobos.

—Bien dices que por bobos, replicó el otro; ya van tres veces que el *elefante* (1) se nos escapa de las uñas: pero ahora...

—Ahora no hay remedio, sino es que fallan tambien los polvos de ese maldito judío que me los ha hecho pagar á peso de oro.

Diciendo esto puso un papel sobre la ennegrecida mesa.

—Mas fé tengo yo, contestó Bernardino, en estos que me ha proporcionado el doctor Parra.

—Yo sé bien que el judío no me ha engañado.

—La misma seguridad tengo yo del doctor; esto quiere decir, Pablo Coronel, que nuestras medidas están bien tomadas y que no fallará el golpe.

—¡Líbrenos Dios de lo contrario! esclamó Pablo Coronel; pero todo esto pudo haberse escusado, si hubieras tú tenido mas maña,

—¿Hablas del libelo infamatorio que escribí contra el elefante?

—No por cierto; aquello fué una venganza muy tonta.

—Entonces te refieres á la que tomé cuerpo á cuerpo y brazo á brazo.

—Dí mas bien de la que quisistes tomar.

—No á fé mia: aunque no murió de ella, fué una venganza en regla. Figúrate que tan pronto como llegué á Alcalá donde él estaba gravemente enfermo.....

—Ya me lo has contado veinte veces, Bernardino... . Bebe y calla, dijo Coronel con ironía.

---

(1) Llamaban asi al cardenal Cisneros, porque tenia los colmillos muy levantados, y á tal punto se habia generalizado este apodo entre sus enemigos, que llegó á vulgarizarse hasta en los pueblos mas remotos de la península.

—No, que me has de oir esta para que no vuelvas á motejarme de torpe. Estábamos solos los dos en su aposento: él en la cama quejándose de sus dolores, y yo dando paseos de un estremo á otro: cuantas tentativas hice para irritarlo habian sido inútiles, hasta que por fin tanto insistí, que logré apurarle la paciencia y que prorumpiese en dicterios, pues ya sabes su genio atroz; entonces me arrojé sobre él como un leon, y apretándole la cabeza con la almohada, lo dejé por muerto.

—¡Sin reparar que era tu hermano! dijo Pablo Coronel con una sonrisa de desprecio.

—Verdad que es mi hermano; pero le ódio con mis cinco sentidos; me arrojó ignominiosamente de su palacio de Toledo; me ha perseguido por criminal.....

—¡Porque quisistes asesinarlo!... Bebe, Bernardino, bebe, y Coronel le alargaba el vaso con desden.

—¡Oh! me las pagará, Pablo, yo te lo aseguro.

—Ese es mi deseo, prosiguió Coronel; pero es necesario que formemos nuestro plan, porque ya no puede tardar.

—El plan es muy sencillo; en haciéndole comer algo que esté impregnado de estos polvos, hemos concluido.

—Esa es la dificultad, ¿cómo echamos los polvos en su comida? Fiarnos de la posadera, no puede ser; presentarnos donde nos vea él ó alguno de sus criados, menos, porque nos conocen.....

—Me ocurre una idea, dijo Bernardino; á mi hermano le gustan mucho las truchas; aquí nadie sabe que va á llegar, pidamos todas las que tengan, que ya es de noche y no pueden reponerlas, y asi le obligamos á que coma el sobrante nuestro.

—No te entiendo, dijo Coronel.

—Si las truchas vienen aqui, bobo, aqui las aderezamos, replicó Bernardino.

—Eso puede descubrirse; mejor es echar los polvos en el aceite.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

En seguida llamaron al posadero; preguntaron si habia truchas, y les dijeron que tres muy hermosas. Las mandaron freir al punto, y mientras se hacia esta operacion, Bernardino distrajo á la posadera, y su compañero echó en el aceite los polvos. Sirviéronles la cena, y ellos tuvieron buen cuidado de destrozar dos truchas y arrojar por la ventana la carne, para figurar que las habian comido; la otra restante que era la mas grande, la dejaron intacta, seguros de que la guardaria el mesonero, y que no teniendo otras, la presentaria al cardenal tan pronto como llegára. Su diabólico

plan tuvo cumplido efecto. Apenas acabada la cena, pagaron la cuenta, pidieron las caballerías, y partieron dando por motivo que tenian que llegar antes del dia á Aranda. No habia pasado media hora, cuando entró en la posada Cisneros; iba sin comitiva; pero no obstante el meson se alborotó como era consiguiente; se le preparó el mejor cuarto, y se aprovecharon todas las viandas para presentarle una cena lo mas decente posible. La trucha figuraba en primer término, porque la aficion del cardenal á este plato era proverbial en toda Castilla. Cisneros cenó solo la trucha entera, y en seguida se acostó tranquilamente.

A los pocos minutos entraron en el meson dos frailes franciscos, y despues de preguntar el uno de ellos, que parecia superior, con visible ansiedad por el cardenal, se dirigió á su estancia todo azorado.

—¡Señor! ¡señor! le dijo casi sin aliento. ¿Habeis cenado alguna trucha?

—Si, una.

—¡Infeliz de vos!

—¿Por qué, padre Marquina? ¿Qué motivo hay para tales esclamaciones?

—Hace pocos instantes, señor, que viniendo á vuestro encuentro por el camino de Madrid, con otro religioso que me acompaña, hallamos un hombre que iba como de este pueblo, ginete en una gran mula y oculto con un sombrero de anchas alas y una capa negra. Al emparejar con nosotros se paró y nos dijo: «Padres, si van á ver al cardenal, dénse prisa á ver si »pueden llegar antes que cene, y díganle que no pruebe de una gran trucha »que le presentarán, porque contiene un veneno lento, pero muy eficaz; y »si llegan despues de cenar, que disponga su alma, pues es muy probable »que no pueda resistir la fuerza del veneno.»

El cardenal se incorporó en el lecho al oir estas palabras; llevó la mano al corazon, y permaneció algunos instantes silencioso y pensativo. Despues, dejándose caer lentamente: «Padre, dijo el franciscano, si algo »de esto hay, antes de ahora estoy envenenado, porque en Madrid recibí »unas cartas de Bélgica, y me pareció que me entraba el veneno por los »ojos, y desde entonces comencé á enfermar de un modo notable (1).»

Desde esta noche fatal, Cisneros no tuvo un dia bueno, y á poco tiempo empezó á echar materia hasta por los oidos: tres meses mas tarde pronunció en Roa estas palabras: *In te Domine esperavi*, que fueron las últimas de su vida.

Tal es el modo, señores, como á mí me han referido este suceso, dijo el anciano. Por mas que repugne creer que un hermano atente contra la

(1) Todo este pasage lo refieren testualmente algunos historiadores.

vida de su hermano, no solo la tradicion sino la historia, nos asegura que Bernardino lo hizo tres veces con el Cardenal, sin que su ódio á lo que entiendo esté bastante justificado.»

Hacia ya un gran rato que nos habian avisado que estaba dispuesta la comida; nos sentamos á la mesa, y la hicimos los honores por completo sin tomar en cuenta la calidad de los manjares, porque el apetito suple á todo. Acto continuo y sin detenernos, montamos en el coche, despues de despedirnos cariñosamente del buen viejo que nos habia acompañado todo el tiempo, y cuya instruccion poco comun nos tenia sorprendidos. Él por su parte, nos rogó que si á la vuelta de nuestro viage, cuyo objeto le habíamos indicado, pasábamos por Boceguillas, nos detuviésemos siquiera una noche para referirle algo de lo que hubiésemos visto, y asi se lo prometimos con la mejor voluntad.

CAPITULO III.

Aranda, Coruña y Clunia.

Desde Boceguillas á Aranda, nada nos ocurrió que merezca referirse. Este último pueblo, cuya fundacion se atribuye á los romanos, suponiendo que es la antigua *Confluenta*, que el geógrafo Tolomeo designa entre las ciudades de los Arevacos, se halla situado á la márgen derecha del Duero en un terrazo elevado para que no puedan nunca ofenderle las avenidas del rio. Circúndanlo por todas partes vegas fértiles de pan-llevar y viñedo, y además del Duero le riegan por Oriente y Occidente otros rios de menor caudal, el Bañuelas y el Arandilla, que vienen allí á confluir con el primero, uno de la parte arriba y otro de la de abajo, casi á igual distancia de un sólido puente de piedra, que da ingreso á la villa. Fué poblacion de mucha importancia, aun despues de entronizada la poderosa dinastía austriaca; pero en el dia está en un estado verdaderamente lastimoso, no obstante su privilegiada posicion y la ventaja de atravesar por ella la carretera de Francia. Como prueba de su antiguo esplendor, diremos que en Aranda residieron diferentes veces los reyes Católicos, y el cardenal Cisneros, gobernador del reino. Felipe II, siéndolo tambien por ausencia de su padre, cuando unidas las coronas de Aragon y de Castilla, y engrandecidas ambas con los heredamientos de la casa de Austria y con el descubrimiento de un nuevo mundo, se estendia el imperio español por cuanto el sol alumbra, estableció



por tiempo de dos años su córte en Aranda, con los tribunales supremos del reino. Alli se hallaba tambien Felipe IV, cuando le sobrevino una enfermedad que puso en riesgo su vida: alli la primera muger de Felipe V, cuando en abril de 1707 recibió la nueva de la victoria de Almansa, que decidió la guerra de sucesion, asegurando á su esposo y á la dinastía de los Borbones la corona de España; y de alli, en fin, partió en este mismo siglo el emperador Napoleon para Madrid, el 28 de noviembre de 1808. Tales son los hechos histericos mas notables, relativos á la poblacion que vamos á visitar.

Serian las cinco de la tarde, cuando paramos á la puerta de la posada en la plaza que llaman del Palacio, y al punto nos vimos acometidos por una turba de mendigos de asqueroso y repugnante aspecto que nos asediaron importunándonos con sus estudiados clamores, sin permitirnos dar un paso; esta escena que se repite con todos los viageros de cualquiera clase ó condicion que sean, unida á la mala vista y esterior ruinoso de las mas de las casas, y á sus calles tortuosas y mal empedradas, hacen que al pronto se forme de Aranda una idea mas desventajosa todavía de lo que es en realidad.

Mauricio quedó al cuidado del equipage, mientras yo busqué un mozo que avisase mi llegada á un antiguo amigo llamado don Félix Arias, que hace tiempo reside en esta villa con su familia, y á quien tenia precision de ver para arreglar algunos asuntos de interés; por esta circunstancia y por el deseo de visitar las ruinas de *Clunia* que distan cinco leguas, habia dispuesto que nos detuviésemos dos ó tres dias en Aranda.

Poco se hizo esperar Arias, y como era consiguiente, nos llevó á hospedar á su casa, donde por cierto estuvimos con mas comodidades, que lo que era de presumir, atendido al esterior de la poblacion. Al siguiente dia por la mañana, nos acompañó á visitarla, empezando por la iglesia parroquial de Santa María, que es lo mejor que hay que ver en ella, en punto á bellas artes. Es un templo de singular mérito, de estilo gótico florido, y de la época de los reyes Católicos, compuesto de tres naves bien compartidas, un crucero, capilla mayor y coro alto; todo de elegantes formas y arregladas proporciones. Está construido desde los cimientos á las claves, de granito amarillento, bastante duro para resistir sin descomponerse, la accion de la atmósfera y las injurias del tiempo; la fachada de Oriente donde se halla la puerta de uso general, está cargada de calados, frisos, medallones y filigranas, labradas con todo el primor de la mejor arquitectura gótica, coronándola unas torrecillas piramidales, con cresteria y balaustre del mismo estilo y de brillante efecto. En este frente están colocadas las armas reales, y juntamente los escudos de la villa y del obispo Fonseca, sin duda por la parte con que cada uno contribuyó á los gastos de la fábrica.

Desde la parroquia de Santa Maria, fuimos á la otra iglesia parroquial tambien, llamada de San Juan Bautista. Es mas antigua, y de género gótico como la primera, pero no de su mérito y capacidad. En ella se celebró un concilio en el año 1474, presidido por el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo.

Hubo en Aranda otros dos buenos templos, pertenecientes á dos conventos de religiosos franciscanos y dominicos, pero ambos desaparecieron con la guerra de la independencia, lo mismo que una casa-palacio edificada por el señor Calderon, obispo de Osma, que su sucesor el señor Eleta habia destinado para establecimiento de niños espósitos, cuyo pensamiento no llegó á realizarse por las revueltas de los tiempos: en el dia solo existen las paredes esteriores con sus balcones y torres formando la fachada de la parte del Norte de la plaza que llaman del Palacio, por donde atraviesa la carretera. Perdió tambien la villa de Aranda en la guerra de la independencia un arrabal entero, habitado por mas de doscientas familias, que estaba situado en la otra parte del rio, á la entrada del puente, por el camino de Madrid. El comandante francés que guarnecia el fuerte de Santo Domingo, redujo á cenizas el citado arrabal, para impedir en el caso de ser atacado por las tropas españolas, que tuviesen estas donde guarecerse. Con tan bárbaro proceder, sumió en la indigencia á un sin número de personas, que aun hoy lloran los efectos de aquel acto de vandalismo.

—Han visto vds., nos dijo don Félix, de cuya boca oiamos estos pormenores, lo único que hay que ver en Aranda. Solo me resta enseñarles, no como objeto artístico, sino como curiosidad industrial, alguna de las muchas bodegas que tenemos aqui, pues la riqueza de este pueblo, la constituye en su mayor parte el vino.

Llegamos á la Plaza Mayor, cuya figura es irregular, muy semejante á la de un ataud, sin mas particularidad que un ancho soportal en la fachada del Norte que sirve de paseo en todos tiempos y de punto de reunion perenne para los ociosos. Don Félix nos entró en una de las casas mas principales de esta misma plaza y nos enseñaron la bodega, en que aparte de una gran porcion de cubas desde ciento á trescientas arrobas de cabida, nada mas vi que escitase mi curiosidad; pero el dueño, con todo el entusiasmo de un propietario, despues de darnos cuenta circunstanciada de la edad del vino encerrado en cada cuba, sin perdonar la mas pequeña, nos dijo que el mérito de las bodegas, consiste en que están cavadas en terreno compuesto de una greda arenosa tan pura, que evita las filtraciones del agua y hace que no se necesiten bóvedas ni arcos para su sostenimiento. La cosa á la verdad, no merecia la pena del tiempo que perdimos; pero considerando que los cosecheros de Aranda cifran la vanidad en su vino y en sus bodegas, nos ma-

nifestamos sorprendidos y casi admirados de lo que en el fondo nada tiene de particular, y asi logramos que todo el mundo quedase satisfecho.

Al otro dia á las cinco de la mañana, caminábamos á caballo por la orilla derecha del Arandilla con direccion á Clunia, atravesando vegas fértiles plantadas en gran parte de viñas, y circundadas de colinas dedicadas á pasto y monte. A las tres horas ó algo mas de camino, llegamos al pueblo que da nombre al rio, desde el cual mirando hácia el Este en una meseta elevada, que enseñorea todo aquel valle, con la melancólica ternura que inspiran los recuerdos de antigua grandeza postrada y abatida por la dura mano del tiempo, ó por las devastaciones de los hombres, pudimos esclamar como el proscrito de Troya: *vidi campos ubi Clunia fuit*; porque se descubre el sitio donde descolló esa Clunia de quien hacen tan honorifica mencion los historiadores romanos, que mereció todas las altas distinciones, y gozar de las prerogativas que esta soberbia nacion otorgaba á pocas pero señaladas ciudades.

Seguimos sin detenernos hasta media legua mas adelante, que se llega á Coruña del Conde, ó *Cruña*, como la llaman sus naturales, por corrupcion de Clunia, cuyas ruinas le caen cercanas. Tiene su asiento este pueblo á la márgen derecha del Arandilla al pie de una colina rebajada, que prolongándose un poco intesta con la base del cerro donde estuvo la poblacion romana. Descuella sobre el estremo occidental de la enunciada colina, dominando la villa, un antiguo castillo á medio arruinar, de mucha solidez y consistencia, obra militar inportante de la edad media en que se fundó. Tiene sus torres y cubos, muralla, foso y barbacana, todo de cal y canto, con revestimiento de canteria, cuyas obras no ha destruido el tiempo, sino el abandono y el poco respeto con que han sido tratadas por los habitantes. El caserio de *Coruña*, su iglesia parroquial, que es espaciosa, las casas consistoriales, el castillo y los antiguos muros, fueron todos construidos con materiales sacados de los escombros de Clunia, como se infiere por la multitud de piedras labradas, por las inscripciones y dedicaciones que se leen en las paredes de dichos edificios, y por los fragmentos de columnas, cornisas y frisos que se hallan en los mismos, ó bien sueltos y esparcidos por las calles y por el campo. Fué Coruña villa murada, pero de sus obras de fortificacion, no quedan mas que algunos cimientos, y uno que otro trozo ruinoso, ya confundido é interpolado con el caserio y corrales contiguos. Consérvase aun entre Oriente y Mediodia, una de sus puertas en tan mal estado que causa recelo atravesarla; en ella hay una inscripcion que quisimos copiar; pero muy luego abandonamos el proyecto, convencidos de que solo esta tarea pudiera ocuparnos algunos dias, pues no se encuentra una sola casa en la villa que no ofrezca algo de curioso en este género.

Don Félix nos propuso detenernos á almorzar, antes de dirigirnos á las ruinas de Clunia, proposicion que aceptamos con gusto, á pesar de la natural impaciencia que teniamos por ver el sitio donde estuvo la ciudad romana; pero nuestros estómagos reclamaban algun refuerzo, despues de cuatro horas de camino á caballo.

—Almorzaremos, dijo don Félix, en casa de un amigo á quien ayer hice prevenir al efecto, y en verdad que tendria gusto en que oyeran ustedes de su boca una aventura singular que le pasó hace algunos años, y que se puede decir que ha fijado la suerte de toda su vida.

—Le rogaremos que nos la cuente, dijo Mauricio, con su natural impaciencia.

—No basta rogarle, añadió mi amigo, ponque suelen ser inútiles los ruegos.

—¿Y es cosa importante? pregunté yo.

—Importante para él solo, replicó Arias, pero curiosa para todo el mundo.

—¿Y por qué resiste referirla?

—Porque el asunto principal de ella, no da una idea muy ventajosa de su capacidad, y le cuesta rubor confesarlo.

—¿Pero vd. la sabe?

—Se la he oido á él mismo.

—En ese caso es igual; vd. nos la referirá.

—No, no admito la igualdad, replicó mi amigo; toda aventura pierde mucho referida por otro que no sea el héroe; le sucede lo que á los cuadros, que nunca las copias aunque ejecutadas por mano maestra, tienen el mérito que el original.

—Pero si él no quiere referirla, dijo Mauricio, entonces...

—Si no quiere referirla, la referiré yo, contestó Arias, pero antes probaremos.

Habiamos llegado á casa del amigo de don Félix, llamado don Antonio, el cual como nos esperaba, salió á la puerta á recibirnos en cuanto sintió las pisadas de los caballos. Era hombre como de treinta años, de interesante figura, vestido muy decentemente á estilo del pais, pero de escasas palabras y de modales algo toscos. Nos hizo entrar á la sala adornada á estilo antiguo de lugar, y alli mismo estaba puesta la mesa para el almuerzo, que fué mas abundante en manjares, que fino en el servicio. A los postres, la conversacion lánguida en un principio, se animó poco á poco, y Arias aprovechó la ocasion de haberse retirado ya los criados, para rogar á nuestro huésped que nos refiriese la aventura de que en el camino habia hecho mérito. Don Antonio se resistió por mucho tiempo obstinadamente, pero al ca-

bo hubo de ceder á nuestras reiteradas y casi importunas instancias, dando principio al relato en estos términos.

«Hace cosa de diez años, señores, que era yo un pobre huérfano, sin mas recursos que un mísero jornal que ganaba trabajando la tierra ó guardando ganados. Un dia de otoño me hallaba en unas viñas, que habrán ustedes encontrado á la vera del camino, como á media legua de distancia del pueblo, cuando ví que se dirigia hácia aquí un coche de lujosa facha, con un soberbio tiro de mulas; esto no me chocó porque estamos acostumbrados á ver venir con frecuencia viageros á visitar nuestras ruinas; pero al emparejar conmigo el carruage, un hombre que iba dentro, ya de bastante edad, mandó parar y sacó la cabeza por la ventanilla, para preguntarme si se dirigian bien á Coruña; díjele que sí, y entonces me rogó que les sirviese de guia. Contesté que no lo necesitaban, porque el camino no podia equivocarse, en razon á que no hay otro y á que estaban ya muy cerca del lugar. El hombre insistió tanto prometiéndome una buena recompensa, que hube de acceder, y monté en la delantera con el mayoral. Llegamos al pueblo al momento y se bajaron del coche, el hombre de quien ya he hablado y una señorita, como de veinte años, algo descolorida, pero hermosa como un sol. Me dijeron que querian descansar antes de ir á las ruinas, y me mandaron buscarles una casa cómoda donde hospedarse. Yo los traje á esta misma en que estamos, que ocupaba entonces una buena muger llamada Marcela, viuda, sin hijos y medianamente acomodada; despues que los dejé instalados, quise marcharme; pero el hombre me rogó que permaneciese con ellos para servirles mientras estuviesen aquí, prometiéndome siempre buena paga, y empezó por darme un doblon de cuatro duros, circunstancia que me decidió, pues formé muy buena idea de su generosidad. Al siguiente dia visitaron las ruinas; pero al volver no hablaron nada de marcha como yo imaginaba, sino que por el contrario, permanecieron una semana sin dar muestras de emprender de nuevo el viage. Por mi parte tampoco lo deseaba, y creo que ninguno del pueblo, porque á mí me daban de comer bien, y gastaban ellos solos mas que todos los vecinos juntos, repartiendo cada dia muchas limosnas á los necesitados. Lo único que á todos nos chocaba, era el no haber podido averiguar quienes eran estas personas que parecian tan principales: las gentes de las aldeas son muy curiosas y no hubo medio que no empleasen los vecinos unánimemente, para averiguar siquiera el nombre de los dos personages misteriosos, y la clase de parentesco que entre ellos mediaba; pero inútilmente, porque su reserva era tal, que cuando se dirigian uno á otro la palabra, él llamaba á la jóven *señorita*, y ella á él *señor*, y nada mas. En lo que el pueblo entero convenia, es en que la jóven estaba muy triste, porque algu-

na vez la habiamos visto enjugarse una lágrima á hurtadillas, y porque siempre tenia sus hermosos ojos azules fijos en tierra, y dejaba escapar suspiros oprimidos como si no quisiese que el viejo lo notara. Tambien nos parecian estrangeros, pues aunque hablaban bien el castellano, lo hacian con cierto acento particular. Yo pregunté al mayoral y al mozo de mulas que venian con el coche: pero me dijeron que aunque eran criados de los viageros, solo hacia dos dias que entraron á su servicio en Madrid, y no tenian mas noticias que nosotros; esto podia ser verdad ó pretesto, pero en último resultado, nuestra curiosidad quedaba en pié.

Jamás salian de casa ni permitian que entrase nadie en ella, escepto yo y sus criados, sin duda por miedo á ser vistos de algun viagero; el anciano tuvo dos conferencias con el cura y el alcalde, pero debieron ser de naturaleza tan reservada, que ambos á dos, que ya han muerto, se han ido al otro mundo con el secreto.

Asi las cosas, me llamó un dia el viejo y me hizo entrar en un cuarto cuya puerta cerró despues.

—Me pareces un escelente muchacho, Antonio, me dijo.

—Para servir á vd., señor, contesté yo algo cortado.

—¿Cuánto ganas de jornal?

—Cinco reales, y gracias que lo haya, le contesté.

—Eso no vale nada. ¿Quiéres ser rico?

—¡Vaya! dije yo; eso lo quiere todo el mundo.

—¿Tienes parientes?

—Ni uno.

—¿Sabes escribir?

—Bastante regular, señor, para un pobre campesino.

—Bien está. ¿Te contentarias con poseer tres mil ducados de renta?

Yo debí hacer un gesto, sin duda muy grotesco, porque le ví sonreirse, cosa que no acostumbraba, y en seguida dije:

—Me parece que vd. se burla, señor; en todo el pueblo no hay quien tenga esa renta mas que don José Ridueña, y sacaria mas si labrara la tierra por su cuenta; pero como vive en Burgos, todo lo tiene arrendado. En verdad que segun decia el administrador hace poco, trata de venderla.

—Yo se la he comprado, dijo mi hombre con indiferencia; aqui está la escritura y el nombre en blanco: te la cedo con una condicion.

—¿Cuál condicion? dije yo maquinalmente.

—Que te has de casar al instante con esa jóven que me acompaña.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Pues hecho: vaya, pues si es mas bonita que una vírgen... Pero eso no

puede ser, señor, vd. se chancea. ¿Cómo ha de querer una señorita tan guapa y tan fina, por marido á un pobre gañan?

—Eso no es cuenta tuya, dijo el viejo; si te acomoda el trato, yo te prometo que te casarás con ella.

—Lo que es acomodarme, yo lo creo... pero si no puede ser, si ella es...

—Dale, con que no puede ser, replicó el viejo de mal humor; ¿no te digo que te casarás y tendrás la hacienda? ¿Te acomoda, sí ó no?

—Yo diré á vd., lo que es acomodarme, si me acomoda, pero...

—Basta de réplicas: si ó no, pronto.

—Si vd. habla de veras, digo que sí y mil veces sí, vaya...

—Está bien; yo no me chanceo nunca. Esta noche á las ocho, te echarán las bendiciones.

—¡Esta noche!.. ¡Y la hacienda tambien es para mí esta noche!

—Todo á un tiempo.

Confieso á vds. señores, que es imposible describir mi situacion en aquellos momentos; yo reia, bailaba y andaba de un lado para otro, sin saber lo que me hacia, porque me figuraba estar soñando. En uno de aquellos arranques, me dirigí hácia la puerta con ánimo de salir á contar á todo el pueblo lo que me pasaba; pero el viejo me detuvo diciendo, que me necesitaba para arreglar los negocios, y se las compuso de modo, que en todo el dia me separé de su lado. En cuanto á mi futura esposa, solo se presentó á la hora de comer, triste y callada como siempre, y en seguida se encerró en su cuarto. A las cinco de la tarde, vino el escribano con el contrato matrimonial, que yo firmé temblando como un reo, y lo mismo hizo la jóven; se llenó el blanco de la escritura de compra de la hacienda con mi nombre y apellido, y yo pude convencerme de que se trataba de una cosa formal y en toda regla. A las ocho de la noche vino el cura y nos echó la bendicion, y entonces fué cuando supe que mi muger se llamaba Clotilde, marquesa de X***; perdonen vds. si reservo su título por respeto á la que delante de Dios y del mundo es mi legítima esposa.

Cuando se retiró el cura, mi muger se metió en su cuarto como de costumbre, y el viejo con una cara mucho mas risueña y alegre que nunca, me invitó á que bebiésemos juntos un vaso de un esquisito vino de que ellos traian provision. Ya somos todos unos, me dijo, y es preciso que dejes de hacer el papel de criado: brindemos en prueba de igualdad, á la salud de tu muger... y de tu futura descendencia, añadió, con cierta ironia que yo no comprendí entonces.

Nos sirvieron el vino, y á instancias del viejo yo apuré, no recuerdo si dos ó tres vasos: sea que el vino estuviese compuesto, ó que la falta de cos-

tumbre de usarlo influyera, el hecho es, que á los pocos minutos, me quedé dormido en la misma silla que estaba sentado. Cuando desperté, eran las doce del siguiente dia, y me hallaba tendido en la cama del viejo, sin desnudar. Poco á poco fuí ordenando las ideas y me vino á la memoria lo ocurrido la víspera; me bajé de la cama, quise andar, pero apenas podia moverme segun estaba de flojo y abatido; por fin, con mucho trabajo logré llegar hasta la cocina, y pueden vds. calcular mi sorpresa al saber por la tia Marcela, que mi esposa, el viejo que la acompañaba y los criados, todos habian marchado del pueblo á las nueve de la noche anterior: á la pobre muger no le habian dicho nada de mi boda, y por consiguiente no estrañó el que yo me quedara. Al instante comprendí que habia sido objeto de una burla, y concebí el proyecto de vengarme; monté en un caballo y partí para Aranda; dí señas de los forasteros, y todo lo que supe, fué, que habian mudado caballos á las once y cuarto de la noche anterior y que se dirigian en posta hácia Francia. Seguirlos con la delantera que llevaban era temeridad, ademas, de que en aquel momento me faltaban los medios para ello; volví al pueblo desesperado, y el cura y el alcalde me aconsejaron que no me cansase en buscarlos, porque nada conseguiria; el escribano por su parte, me dijo que el viejo habia sacado testimonio del acta de casamiento, que la escritura de la hacienda estaba en toda regla, no faltando sino que yo tomase posesion de ella, y que los forasteros habian venido al pueblo provistos hasta de las licencias del diocesano para dispensa de amonestaciones y demás formalidades, lo cual prueba por una parte, que eran personas de poder, y por la otra que traian el proyecto formado de hacer lo que hicieron, y á mí me escogieron por su víctima, aunque recompensándome con una fortuna inesperada.»

—¿Pero qué objeto podian tener para obrar de ese modo? dijo Mauricio.

—Eso es lo que yo ignoro como vd., caballero, contestó don Antonio.

—Acaso se querria por este medio, añadió don Félix, ocultar una falta y legitimar un heredero.

—¿Y no ha vuelto vd. á saber nada despues?

—Nada absolutamente; por espacio de dos años me dediqué á hacer averiguaciones, pero sin fruto. Tengo una idea vaga de que el padre, porque el viejo era padre de la jóven, no es español, aunque ha residido muchos años en nuestro pais; y por las señas que he dado, algunas personas me han dicho que conocieron á los dos en Madrid, y que él estaba agregado á una embajada estrangera.

—Seria inglesa, interrumpi yo, porque la aventura es muy propia de un inglés.

—No sé, señores, porque todas mis noticias han sido demasiado vagas.

Conociendo que don Antonio sabia mas, pero no queria decirlo, no insistimos. Dimosle gracias por su condescendencia y su almuerzo, y sin detenernos, porque era tarde, montamos á caballo, y partimos á buen paso en direccion á la antigua ciudad romana.

A poco de haber salido de Coruña, emprendimos la subida del cerro por uno de sus puntos accesibles del lado de S. O., en donde no están todavía borrados los vestigios de un ancho camino que subia en vueltas suaves hasta la cima donde tuvo asiento la famosa Clunia, su situacion dominante, alegre y sana y tan fuerte que aun para el arte moderno de guerrear seria inconquistable si se la fortificase medianamente.

La oscuridad de los tiempos esconde enteramente su origen; sábese que á la entrada de los romanos en España, era no solo ciudad, sino ciudad importante, como lo prueba el que batia moneda y estaba murada. Plinio, Estrabon, Pomponio Mela, y Tolomeo, la colocan en la region de los *Areracos*, y Antonino en su Itinerario, en la via militar que se alargaba por la susodicha region, desde *Cæsar-augusta á Asturica*. En la propia region habia otra ciudad llamada *Uxama*, (Osma) y colindante á esta la siempre célebre de Numancia, cuyos vestigios se descubren junto á la aldea de Garray, poco distante de Soria. Se comunicaban las tres ciudades referidas por medio de la via ya indicada, que encaminándose desde aqui hácia el Duero, se dirigia á *Pintia* (Valladolid), pasaba por *Asturica*. (Astorga) y concluia en los últimos términos de Galicia.

Habiendo venido *Clunia* como los demas pueblos de España, á poder de los romanos, logró con el auxilio de sus aliados, los *vascos*, sacudir la dominacion estrangera el año 55 antes de Jesucristo, y se declaró ciudad libre (1). En vano el pretor Q. Metelo, habiendo reunido fuerzas bastantes, intentó someterla por armas: sus moradores se defendieron con tal denuedo. que obligaron al caudillo romano á abandonar la empresa y volver á Roma, Instruido el senado de los riesgos y dificultades que ofrecia la sumision de *Clunia*, despachó á Afranio en calidad de legado, para que entablase negociaciones con los sublevados, las cuales tuvieron por término el que le abriesen las puertas sin el menor obstáculo.

No consta que desde entonces volviera á alzarse Clunia, ni suena entre los pueblos que se insurreccionaban contra la república. Galba, cuando se rebeló contra Neron, se acogió á sus muros, y en la fidelidad de los ciudadanos halló proteccion y seguridad, hasta que el curso de los sucesos lo lle-

(1) Tito Livio, Plinio.

vó al solio. Desde el principio fué Clunia cabeza de *convento jurídico* ó tribunal superior de justicia, y el emperador Tiberio le concedió la prerogativa de acuñar moneda, de la que usó con profusion, si se ha de juzgar por la multitud de ellas que han hallado y hallan cada dia los labradores comarcanos. Gozó ademas de la noble prerogativa de colonia romana, y se gobernó, como muestra de especial favor, por *quatrunviros* en vez de que las ciudades mas ricas de la república solo lo eran por *triunviros*.

Tenia en su recinto un templo suntuoso consagrado á Júpiter, teatro, baños, y palacios en que habitaban familias nobilísimas. Nada se ha podido averiguar sobre la época, ni el motivo por que fué enteramente arruinada una colonia tan insigne; pero combinando fechas y haciendo conjeturas, por ciertas señales que presentaban las ruinas, puede colegirse que pereció por las llamas, cuando se verificó la irrupcion de los septentrionales, habiendo sido tan general el estrago y tan duradero el dominio de los destructores, que ni una miserable aldea pudieron levantar los aterrados habitantes con las piedras destrozadas de sus soberbios palacios, para testificar á las generaciones venideras, el sitio que ocupaban, y la tradicion de su grandeza.

En medio del llano del Castro hay hoy una capilla, y frente á ella una casa habitada por un labrador que la cuida; únicos edificios y único habitante que ocupa el recinto agitado en otros tiempos por un pueblo inmenso. Es imposible contemplar las líneas de basamentos de magníficas columnatas, los trozos de paredes que aun se levantan sobre la superficie, los delicados fragmentos de escultura y arquitectura que se encuentran por el suelo, sin trasportarse en espíritu á la ciudad opulenta que alli un tiempo alzaba su erguida frente, oir la grita y el clamoreo de la plebe, y presenciar los suntuosos espectáculos del circo y el teatro; pero esta ilusion, que no hay nadie que no esperimente en aquel sitio, se disipa bien pronto á la vista del campo silencioso y mústio que en rededor se descubre, y de la quietud y calma imperturbable que en todo él reina.

Ni la casa, ni la ermita de que se ha hecho mérito, son antiguas; entre ambos edificios cierra un patio cuadrado, y en él hay un algibe romano, cuyas piedras de sus paredes interiores, están llenas de inscripciones, segun nos aseguró mi amigo, á quien debimos noticias muy curiosas sobre las ruinas que visitábamos. La ermita se titula de Nuestra Señora del Castro, denominacion que ya dijimos tiene todo el cerro, derivada de *Castrum*, que significa fortaleza. La casa hoy destinada para vivienda del sacristan, nos dijo don Félix que sirvió en otro tiempo de hospedería de romeros, al cuidado de ciertos monges, que despues la abandonaron. Nada tiene de particular, sino el haber sido toda ella, asi como la capilla, construida de piedras sillares, que fueron de los edificios de Clunia. Es sin embargo de importan-

cia para los curiosos, esta casa de albergue; y el sacristan labrador, á falta de otro mas entendido, suele hacer de *cicerone*, si no con mucho despejo, al menos con buena voluntad.

—Si los franceses, dije yo á don Félix, tuvieran en su pais este tesoro, ya lo habrian convertido en otro Herculano ó Pompeya: y á fé que podia hacerse á poca costa.

—Nuestra proverbial desidia, no se desmiente aqui como en ninguna parte, contestó Arias: sepa vd. que no son solo antigüedades romanas las que se recogerian en estas ruinas, sino tambien griegas, fenicias y celtibéricas, como ya se han sacado. Y sin embargo, tal es el abandono, que muy pronto no quedarán ni señales de la antigua colonia. Apoderados los labradores del terreno para la siembra de cereales, el arado borra cada dia los restos de los edificios que permanecieron en pie despues de la catástrofe, y tal es la prisa y el empeño de destruir, que dentro de breves años, habrá desaparecido lo poco que se conserva. A fines del siglo pasado existian todavía arcos, columnas, y una de las puertas de la poblacion; hoy nada queda; y gracias que podamos satisfacer nuestra curiosidad con esos restos de paderon, y esos cimientos á flor de tierra.

A pesar de los destrozos que ocasionan las operaciones de la labranza, y los pies del ganado, todavía vimos infinitos pedazos de frisos, cornisas y arquitrabes, otros de vasos de tierra labrados con primor, útiles domésticos de diferentes materias, y cal, yeso y despojos del caserío, cuyo ripio que forma la capa superior del terreno, hace que sea poco productivo. Las murallas, segun se puede reconocer por alguno que otro trozo de sus cimientos, ceñian perfectamente la planicie alta de la montaña, sirviéndole de corona; pero no estaban fundadas sobre la línea superior ó plano alto, sino como á diez pies de descenso, apoyada la espalda contra la tierra y abrazando toda la circunferencia á manera de una faja. Como sus cimientos estaban sobre lados escarpados, apoyados en pies de piedra dura, era imposible acercar á ella máquinas de guerra, que ni aun arrimadas podian abrir brecha practicable. El sistema radical de los romanos era el de inmortalizarlo todo, asi sus héroes como sus obras, sus empresas como sus hazañas. No desaprovecharon por tanto la proporcion que les ofrecia Clunia cimentada en peña viva, para abrir en ella baños, cisternas, silos y un magnífico teatro; de todo lo cual se ven algunos restos en la línea de las murallas, y en la parte interior se han descubierto cloacas, bodegas y demas fábricas subterráneas que seria muy curioso é interesante poner á la vista.

Ademas del algibe que está en el patio anterior á la ermita, hay en el átrio ó soportal por donde tiene la entrada, dos capiteles de columnas colosales que corresponden al órden toscano en toda su integridad: otros dos de

igual tamaño, ó tal vez los zócalos de estos dos, nos dijo Arias que se habian hecho pedazos hace pocos años para emplearlos en la construccion de una casa. En el pavimento de la capilla y en la solera de su puerta, se encuentran piezas de mármol de diferentes colores, que se conoce muy bien que fueron labrados para otro sitio, y con distinto objeto. Una de estas piezas de mármol blanco, tiene grabada la figura de un hombre á caballo, dentro del círculo formado por una laureola, y debajo una inscripcion que no pudimos leer por haberse gastado la piedra, colocada como de intento en el sitio que mas roza el calzado de los concurrentes.

Lo que va espresado es todo cuanto queda fuera de tierra de la celebrada colonia cluniana; sabido es que las colecciones numismáticas de don Antonio Agustin, Ambrosio de Morales, Vayer, Velazquez, Florez y otras, se enriquecieron con las medallas de oro, plata y gran bronce halladas en estas ruinas. La Biblioteca nacional, la de Paris, y casi todas las de Europa las poseen tambien; apenas hay una persona regular en los pueblos de la comarca, que no conserve alguna, y con todo corren miles de ellas por monedas de vellon en el comercio al pormenor, en la provincia de Burgos. En Clunia se han hallado tambien un número asombroso de escelentes camafeos, vasos, ánforas, anillos, diges, armas, y otras mil piezas fundidas de metal, de galanas y caprichosas formas. Todos estos hallazgos no son productos de trabajos especiales de ningun género; solo los labradores se encuentran tales objetos al cultivar la tierra.

Para completo de nuestra espedicion, despues de recorrer el cerro de Castro nos dirigimos á Peñalva (*Petra-Alba*) villa de corto vecindario, situada á la otra parte del asiento de dicho cerro. En esta poblacion, se encuentra por todas partes, asi en las casas como en las calles y cercados, lápidas, columnas, y trozos de piedras labradas, de que los vecinos, como dueños del terreno de Castro, se han apoderado, aun con poca ó ninguna necesidad.

Vueltos otra vez á lo alto emprendimos la marcha, bajando por la banda opuesta á la que habiamos subido, con ánimo de regresar á Aranda por distinto camino, para ver la gran via militar de que se ha hecho mérito mas arriba, y en efecto, hicimos el descenso del cerro por el mismo parage donde arrancaba un trozo de carretera á empalmar con dicha via, distante menos de un cuarto de legua. Llegados á ella y siguiéndola cerca de una hora, tuvimos ocasion de admirar la increible solidez de su construccion, y el buen estado que á trechos conserva, al través de tantos siglos, tantos trastornos y vicisitudes, espuesta al abandono y la incuria. Su ancho es como el de las carreteras modernas: el canal ó caja honda, y diestramente matizada con capas de piedra sueltas, colocadas y apretadas entre sí de tal mo-

do, que quedaba como si se hubiesen encajado una por una. Las mas gruesas forman las capas inferiores, las cubren otras mas menudas perfectamente encamadas. y encima de todas forma el piso una capa de guijo y arena. Fué esta via la mas transitada y famosa que tuvo España en tiempo de los romanos, pues sobre comunicar directamente con ciudades de mucha consideracion, comprendia en sus dependencias casi todas las principales provincias, y se ramificaba en diferentes direcciones á todos los estremos del reino. Dejada por fin la via militar cuando el sol se habia ocultado ya en el horizonte, apretamos el paso y llegamos á Aranda á mas de las diez de la noche, donde nos esperaba la familia de don Félix, un poco inquieta por nuestra tardanza.

CAPITULO IV.

Burgos y su catedral.

Por mas que algunos escritores, partidarios de la antigüedad de los pueblos, se empeñen en atribuir la fundacion de Burgos, á un famoso rey *Brigo*, cuyo nombre hallamos siempre mezclado con las fábulas de todas las fundaciones de nuestra España, es lo cierto que la existencia histórica de la ciudad que nos ocupa, no puede fijarse mas allá del año de 882 á 84, en que don Alfonso III de Leon, encargó esta obra al conde don Diego Rodriguez, que algunos historiadores del siglo XIII apellidan patronímicamente *Porcellos*. Don Diego, siguiendo las órdenes de su soberano, reunió varias aldeas ó barracas, que existian ya con el nombre genérico de *burgos* (1), cuyos límites todavia se distinguen, y de esta reunion resultó la ciudad, construyéndose en la altura un castillo para defenderla de los moros. Despues, cuando el famoso Fernan-Gonzalez, sucesor de Porcellos en segundo ó tercer grado, pues la historia no lo aclara, se hizo independiente del rey de Leon, y fundó y dejó á su hijo y á su posteridad aquel condado de Castilla, que vino á ser un reino tan preponderante en menos de un siglo; el castillo se convirtió en alcázar y la ciudad en córte, creciendo en importancia y poderio, hasta fines del siglo XVI y principios del XVII que empieza su decadencia. Líbrenos Dios de la tentacion de trazar aqui, ni aun sucin-

(1) Aldeas.

tamente, la historia de Burgos, porque ademas de estar escrita ya repetidas veces por plumas mejor cortadas, segun decirse suele, ocuparíamos un espacio inmenso, y lo que es peor todavía, puede ser que no lográsemos esplicarnos con bastante claridad para hacernos entender; tal es la confusion que reina en los diversos autores que hemos consultado. Defecto á la ver-

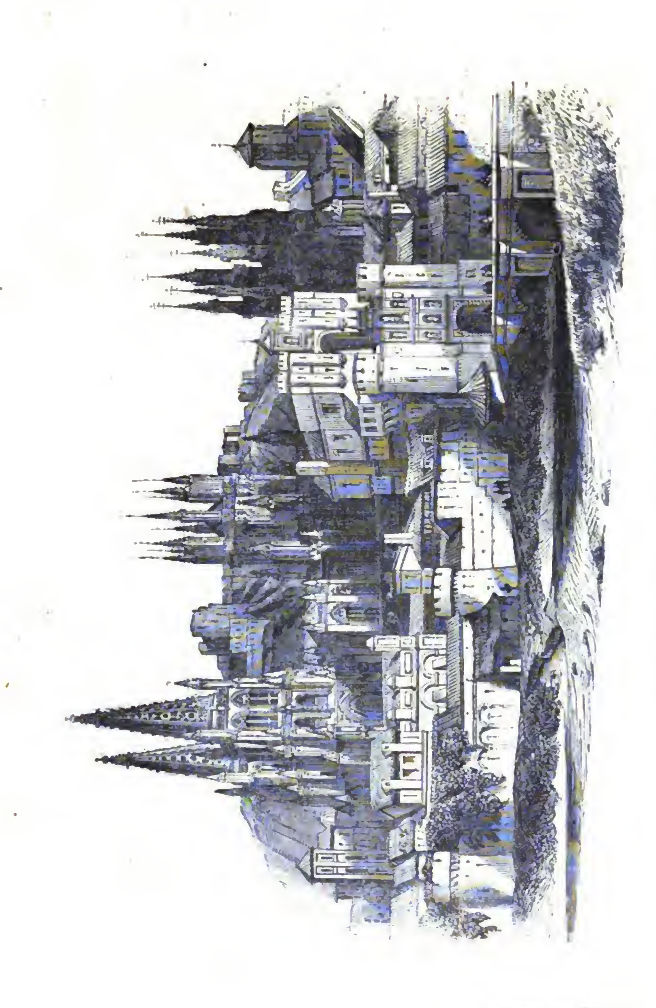


Catedral de Burgos.

dad tan general como disculpable, relativamente á la edad media, porque siendo muchos los estados en que España se dividia, y estando ocupada parte por los moros y parte por los cristianos, y todos en guerra unos con otros, imposible es no incurrir en errores graves, faltando como faltan en muchas ocasiones, datos en que apoyarse, y habiendo de reducirse las mas

veces á juzgar los hechos por los resultados, sin conocer las causas que los produjeron.

Lo que á nuestro propósito cumple, es que el lector sepa que salimos de Aranda al despuntar el alba del siguiente dia de nuestra espedicion á Clunia, y llegamos á Burgos cuando el sol reflejaba sus últimos rayos en los pintados cristales y bellísimas torres de su magnífica catedral. Este monumento que principió el santo rey don Fernando por los años 1221, fué obra de varios reinados, y no quedó completo hasta 1442, en que se concluyeron las dos torres de la fachada principal. Siguiendo la costumbre de todos los viageros que llegan á Burgos, fué el primero que nosotros visitamos tambien, sin esperar para hacerlo el dia siguiente de nuestro arribo; á lo cual suscribí por mi parte de mala voluntad, y solo por complacer á Mauricio; pues siendo uno de los defectos capitales de la catedral de Burgos su escasez de luces, claro está que la última hora de la tarde, es la menos á propósito para examinarla. Unas mugeres se apoderaron de nosotros á la entrada de la puerta, para servirnos de guia, y á las mismas compramos un cuaderno impreso que contiene la descripcion bastante detallada de todo el edificio, con algunas láminas, si no de sobresaliente mérito, de mediana exactitud. Toda la iglesia pertenece al género llamado gótico en la época del renacimiento, y es de tanta estension, que pueden celebrarse los oficios divinos con la mayor pompa, en las ocho capillas á la vez. Consta de tres naves sobre columnas redondas, lisas, y tiene 260 pies de largo y 206 de ancho, sin contar las capillas: el coro es bellísimo, adornado de estátuas y relieves del mejor gusto: pero no luce por estar encerrado, asi como la capilla mayor, con muros hasta la clave y verjas de bronce en el crucero, de modo que no se goza de la vista de la nave principal. Este defecto es comun igualmente al esterior del edificio, por hallarse situado en parage angosto, entre callejuelas y casuchas que lo afean y ocultan. Algunas de las capillas encierran mausoleos grandiosos, ejecutados en mármol. La llamada del Condestable, que es la mejor, y pertenece hoy á los duques de Frias, como sucesores de los condes de Haro, tiene en su centro dos magníficos sepulcros, con las estátuas de don Pedro Hernandez de Velasco, condestable de Castilla, y doña Mencia Lopez de Mendoza su esposa. El claustro que comunica á la iglesia, es igualmente magnífico en adornos de estátuas, relieves y sepulcros. En una de sus salas nos enseñaron colgada en la pared, casi junto al techo, un arca ó baul de rústica construccion, que nos dijeron ser en la que llevaba el Cid un altar portátil para celebrar misa en los campamentos cuando sus espediciones contra la morisma. Este baul ha sido siempre objeto de mucha curiosidad, y motivo tambien para mil patrañas. Además de la version que acabamos de citar en cuanto á su



uso, el vulgo dice que se hallan dentro de él papeles interesantes á la iglesia de Burgos; otros suponen que está la espada del Cid rota por en medio: los hay que dicen haber dentro del cofre ropas antiguas; otros cuentan, que contiene arena de la que el Cid guardó en este y otro baul, para engañar á cierto comerciante judio, á quien pidió gran suma de dinero para atender á los gastos del sitio de Valencia, dejándole en rehenes estas arcas que el mercader juzgó llenas de oro y alhajas. En algun tiempo, segun el padre Berganza, hubo pergaminos muy antiguos en el tal cofre, y entre ellos uno de donaciones del rey don Sancho el II, hechas á la antigua catedral de Oca; pero en el dia, es lo cierto que se halla completamente desocupado.

Ya íbamos á retirarnos por la puerta de la fachada inferior del templo, cuando observamos media docena de personas del pueblo paradas detrás del coro, y mirando con suma atencion al relój, que está en uno de los costados á mas que mediana altura.

—¿Qué miran esas gentes? preguntó con curiosidad Mauricio.

—El ***Papa-moscas***, dijo con indiferencia una de las mugeres que nos acompañaban.

—¿No has oido tú hablar nunca, añadí, del ***Papa-moscas*** de Burgos?

—Si por cierto; pero crei que era una de tantas vulgaridades como corren en boca del pueblo.

—Esas vulgaridades tienen todas, por lo comun, un orígen y casi un fundamento, le contesté, y por lo que hace al Papa-moscas, mira y te convencerás de que existe de bulto, ya que no de carne y hueso; por cierto que á su existencia va unida una tradicion, que no pienso dejar de contarte, pero como preliminar de mi historia, será bueno que sepas que hasta hace algunos años, ese muñeco que ahora ves inmóvil, asomado á una ventana junto al reloj, ha tenido movimiento y se puede decir que voz. Las puertas de la ventana permanecian cerradas hasta cinco minutos antes de dar las horas; lo mismo era hacer el relój la señal, las hojas se abrian, y al empezar á sonar la campana, el muñeco se asomaba tantas veces, y daba tantos gritos, haciendo un gesto estraño, cuantas campanadas tocaba el relój. Esto producia una afluencia constante de gentes y no pocas irreverencias, por cuyo motivo la autoridad creyó conveniente condenar al Papamoscas á perpétua quietud, resolucion acertadísima bajo el punto de vista religioso, pero que ha privado á la catedral de Burgos de uno de sus principales atractivos, y á los forasteros de un espectáculo singular, pues no recuerdo haber visto en mis muchos viages, ni aun siquiera haber leido, que exista cosa parecida en ninguna otra parte.

—¿Y se sabe quién hizo ese autómata? preguntó Mauricio.

—Es obra del diablo, contestó una de las mugeres con singular aplomo, y como quien no duda un ápice de lo que dice.

—¡Del diablo! esclamé yo.

—Si señor, replicó la muger. Ese muñeco lo hizo Satanás, segun cuentan las gentes, para divertir á la concubina de un gran señor que tenia hecho pacto con él; pero San Isidoro, arzobispo de Sevilla, enterado de las maniobras del diablo, se las arregló de modo, que logró que el alma del caballero, que se la habia vendido, fuese al cielo y el Papa-moscas viniese aqui.

—Eso que cuentas, Benita, dijo la otra muger que nos habia acompañado, es una verdadera conseja. Yo le he oido asegurar á mi madre muchas veces, con referencia á un canónigo con quien se confesaba, que el Papa-moscas fué antes una criatura humana, de carne y hueso como nosotros, á quien Dios castigó porque venia á la iglesia, no á cumplir con los deberes de cristiano, sino á hacer gestos desde ese confesonario á una reina que hubo que se llamó doña Blanca.

—Todo puede ser, añadi yo, porque para la volunad de Dios no hay nada imposible; pero ambas cosas me parecen inverosimiles; allá va mi cuento á propósito del Papa-moscas; apréndanlo vds. bien y tendrán ese mas que referir á los viageros, advirtiendo que por mi parte no salgo garante de la verdad.

«Enrique III, ese rey caballeresco que vendió en una ocasion su gaban para comer, y cuya breve vida fué una verdadera é interesante novela, reparó un dia en una linda jóven que de continuo venia á la catedral y pasaba horas enteras contemplando las reliquias del Cid y el sepulcro de Fernan-Gonzalez: desde este dia, el rey no faltaba tampoco de incógnito en los mismos sitios y á las mismas horas que lo hacia la jóven, y esto se repitió por mucho tiempo, sin que entre ambos mediase mas que el lenguaje de los ojos, lenguaje elocuente, que penetra en el corazon y es el verdadero del amor. El rey miraba á la jóven, la jóven miraba al rey, se ponia colorada, bajaba la vista al suelo y salia de la iglesia silenciosa y pausadamente; el rey la seguia hasta la puerta de igual modo, y á la mañana siguiente ambos se encontraban de nuevo en el acostumbrado sitio, y la escena pasaba ni mas ni menos como la víspera. Una vez la jóven al retirarse, dejó caer, por casualidad ó de intento, un pañuelo que llevaba en la mano; cogiólo el rey, guardólo en el pecho y dió á la doncella el que él llevaba para su uso, de finísima batista, acompañando la dádiva con palabras tales cual pudiera pronunciarlas el mas amante caballero. Sonrojóse la jóven y partió de la iglesia, ocultando al parecer las lágrimas que corrian por sus megillas; pero desde este dia Enrique no la vió mas.

Un año era trascurrido, cuando el rey cazando se estravió en un bos-

que, y solo, sin acompañamiento, vióse acometido pro seis hambrientos lobos, de los cuales tres sucumbieron á su daga, pero hubiera sido victima de los restantes por faltarle ya fuerzas para defenderse, si un disparo de arcabuz, acompañado de un grito estraño que sonó á su espalda, no hubiese puesto en fuga á las fieras. Volvióse Enrique para dar gracias á su libertador, y se halló sorprendido por una figura particular que inmóvil y sin poder articular una palabra, le miraba con los ojos fijos. Sus músculos estaban horriblemente contraidos y de tiempo en tiempo, un lamento agudo se escapaba de su pecho. El rey quedó absorto á la vista de tan singular aparicion; sin embargo, un sentimiento indefinible le hacia latir el corazon; pareciéndole reconocer en aquellas desfiguradas facciones, una persona amada de quien nunca se habia olvidado.... Era en efecto la jóven de la iglesia. Fuera de sí de alegria Enrique, se lanzó hácia su libertadora; pero ¡ah! al verlo llegar la doncella, le tendió los brazos, le sonrió como los ángeles sonrien á los bienaventurados, y cayó sin fuerzas pronunciando estas palabras: «Amé la memoria del Cid y de Fernan-Gonzalez, porque mi corazon ama todo lo que es noble y generoso; por eso te amé á tí tambien; pero mi deber me impedia consagrarte este amor que hubiera sido la felicidad de mi vida. Acepta el sacrificio que....»

Y en seguida espiró sin acabar la frase teniendo en la mano izquierda el pañuelo que la dió el rey.

Un año despues el Papa-moscas ocupaba el sitio en que se le vé ahora; Enrique lo mandó construir en memoria de la que amó toda su vida, y por eso hacia un gesto y daba un grito el autómata al sonar la hora, para asemejarse al que el rey habia oido á la jóven cuando ahuyentó los lobos. Enrique hubiera querido oir repetir tambien al Papa-moscas las palabras de amor que le dijo la doncella antes de morir; pero el artista moro que lo construyó, no pudo conseguir hacérselas pronunciar, no obstante que para ello empleó todo su ingenio.»

—¿Ves, Benita, como fué un moro y no el diablo, quien hizo el Papamoscas? dijo una de las mugeres á su compañera.

—Moro ó diablo ¿qué mas dá? Al cabo los moros no son cristianos, contestó la otra.

Habia anochecido del todo y fué preciso retirarnos de la catedral, lo cual hicimos despues de dar la correspondiente propina á nuestras guias, que ellas aceptaron sin el menor escrúpulo, no obstante que recuerdo haber leido en un viagero francés la especie de que en la catedral de Burgos no quieren los encargados de enseñarla recibir gratificaciones, por miedo que aparezca la sombra del Cid á reconvenirlos, especie peregrina, que á ser cierta fuera la única verdad que el libro del tal viagero contuviese.

CAPÍTULO V.

El Cid Campeador.

Antes de recorrer la ciudad de Burgos, parécenos del caso ocuparnos de uno de sus mas ilustres hijos, entre los muchos ilustres de que es patria. Hablamos de don Rodrigo Diaz de Vivar, apellidado *el Cid Campeador*, de ese héroe tan popular en España, cuya existencia se han atrevido á negar algunos escritores envidiosos de nuestras glorias. Detenernos á probar aqui que el Cid ha existido, fuera dar importancia á una opinion absurda y desacreditada. Cierto que su vida es un tejido de fábulas mas ó menos verosímiles; que la poesía oscurece la historia, hasta el punto de no poderse distinguir lo verdadero de lo falso; pero esto nada dice contra su existencia. Al contrario, muchas y muy singulares debieron ser sus hazañas, grandes y atrevidas fueron sin duda sus empresas, cuando han llegado hasta nosotros consignadas no solo en la historia, sino en los romances, en las tradiciones, y hasta en los cantares del pueblo.

Admitida, como admitimos sin la menor reserva, la existencia del Cid, vamos á contar su vida como la Crónica y el Romancero la refieren, dejando al buen juicio del lector que descarte lo que en el relato halle de violento ó increible.

«Nació nuestro héroe en la ciudad de Burgos el año 1026, segun consta de una inscripcion que hay en el solar donde existió su casa, y fué su padre Diego Lainez, descendiente de Lain Calvo, uno de los jueces elegido por el pueblo para gobernar á Castilla, cuando Ordoño II de Leon dispuso que dieran muerte á los condes sus soberanos. El otro juez, suegro de Lain, se llamaba Nuño Rasura, y de este se supone que desciende Fernando II, rey de Castilla, hijo de Sancho el Mayor. La madre de Rodrigo se llamó Teresa Rodriguez, y fué hija de don Rodrigo Alvarez, conde y gobernador de Asturias. Cuando era el Cid todavía un rapaz, cuentan que su padre tuvo una disputa con el conde de Gormaz ó Lozano, y que este dió á don Diego una bofetada, causándole tal pena semejante afrenta al pobre viejo, que no podia comer, beber ni dormir. Acongojado Rodrigo por la afliccion de su padre y sabedor del motivo que la ocasionaba, un dia se acercó á él y le dijo:

—En mal hora, mi buen padre, anublaron tu rostro, pues el hijo que

Dios te ha dado se halla dispuesto á vengar tu injuria. No te cures de mi niñez, que si son pocos los años es mucho el corazon, y en los casos de honra este vale por todo.

El anciano prorumpió en lágrimas al oir el razonamiento de su hijo, y abrazándole primero y bendiciéndole despues, dióle licencia para que al punto tomase venganza, con lo cual partió el jóven en busca de su enemigo tan presuroso como contento, y cuando llegó á presencia del conde díjole de este modo:

—Gormaz, yo soy el hijo de Diego Lainez, que viene á pedirte cuenta de la injuria que le hicistes: mala fechoría y poco noble es por cierto herir en el rostro á un pobre viejo que no puede defenderse: tamaña afrenta solo con sangre se puede lavar, y la tuya ó la mia, vive Dios, han de correr con abundancia en el campo.

Observando Rodrigo que el conde le habia dirigido una mirada de desprecio, tal vez al ver sus pocos años, prosiguió:

—Conozco asaz, conde Lozano, de donde procede la desdeñosa mirada que me echais, y sé que sois mañero lidiador; pero yo confio venceros en singular combate, no solo porque vengar á un padre es justicia, sino porque el corazon me dice, que la fama ha de cantar en lo venidero, que un niño os dió la muerte.

Tantas y tan grandes fueron las provocativas amenazas de Rodrigo, que el conde no pudo contener su enojo, y aceptó lleno de ira el reto què el rapaz le proponia. Salieron en efecto al campo, se batieron, y Rodrigo, ó mas diestro ó mas afortunado, mató al conde, y viéndole en tierra bajó del caballo, cortóle la cabeza, y con este presente marchó satisfecho y lleno de orgullo á casa de su padre.

Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó (1).

Sentado á la mesa se hallaba á la sazon Diego Lainez, sin querer probar los sazonados manjares que delante le ponian; solo meditaba en su afrenta, y llorando y afligido, á tal punto le rindió el pesar, que cayó en profundo sueño; pero aun asi mil visiones agitaban su pecho, cuando de

(1) Romancero del Cid.

repente la puerta de la estancia se abre, y aparece Rodrigo conduciendo de los cabellos la cabeza de su contrario.

—¡Despertad! ¡padre, gritó, comed! que aqui os traigo la yerba que ha de abriros el apetito..... enjugad vuestras lágrimas que ya estais vengado.

El buen viejo abre los ojos azorado, y al contemplar el trofeo de que era portador Rodrigo, fuera de sí de alegría se lanza á su cuello y dióle un fuerte abrazo.

—Siéntate á yantar conmigo, buen rapaz, le dijo luego, y ocupa en la mesa el lugar que yo ahora ocupo, que quien tal cabeza trae, cabeza de mi casa debe ser.

Algun tiempo despues de la escena que acabamos de referir, hallándose en Leon el rey don Fernando, se le presentó Jimena Gomez, hija del conde Gormaz, y echándose á sus pies cubierto el rostro de lágrimas, le habló en estos términos:

—¡Justicia! rey Fernando, ¡justicia! Mirad el luto que arrastro por la muerte de mi padre, á quien cortó la cabeza Rui Diaz de Vivar: doléos de mi llanto, apiadáos de una infeliz huérfana, pues el rey que no hace justicia no debe de reinar, ni comer pan á manteles, ni cabalgar briosos trotones, ni con la reina tratar.

Levantóla el rey con mucha galantería, y sin darse por ofendido por lo que acababa de oir, la contestó:

—Hablad, hermosa dama, hablad y decid vos misma el castigo que quereis se imponga al matador de vuestro padre.

—Pido, señor, pues vos lo permitis, que ese caballero me dé la mano de esposo, ó de lo contrario que sufra al punto la muerte.

—Estraño castigo á fé mia, dijo el rey; mas os elegí por juez, y vuestra voluntad será cumplida; entrad en ese aposento y esperad que yo os llame.

En seguida mandó Fernando buscar á Rodrigo, y en presencia de toda su córte hízole saber la sentencia. Inútil es decir que el doncel prefirió tomar por esposa á la noble y bella huérfana á perder la vida: oida su resolucion, el mismo rey abrió la puerta del cuarto en que Jimena se ocultaba, y cogiéndola de la mano la presentó á su futuro esposo diciendo:

—Ya que huérfana la dejásteis, os la entrego para que cuideis de su persona como de cosa propia, y con tal condicion os perdono la hazaña de haber muerto uno de mis mas leales vasallos.

Celebráronse las bodas con mucha pompa despues de concluido el luto de Jimena, y al volver Rodrigo con su esposa el dia de la ceremonia á casa de su madre, pues Diego Lainez habia fallecido, poco tiempo despues de quedar vengado, poniendo sus manos entre las de la recien casada dijó:

—Ya que tal cuita os causé, señora, sin querer, y que por ella tengo

la dicha de poseeros, juro por Dios y su santa Madre no entrar con vos en lecho, sin haber ganado antes cinco batallas campales.

Ganólas en efecto, y la promesa quedó cumplida, viniendo á ser desde entonces terror y espanto de los infieles, quienes le dieron el nombre de *Cid*, que quiere decir vencedor.

Satisfecho el rey de sus proezas, de tal modo lo tenia constantemente ocupado en la guerra, que doña Jimena se vió obligada á quejarse á Fernando porque no dejaba á su marido un momento de descanso para acudir á los negocios domésticos, y lo hizo en una sentida carta, que no podemos menos que estractar aqui; decia de este modo:

«A vos, señor, el aventurado y magno conquistador, vuestra sierva »Jimena os escribe, y perdonad la guisa en que lo hace, pues si mal talan»te os manifiesta, es porque disimulallo no puede. ¿Por qué, señor, á un »garzon domeñado y falagüeño, lo enseñais á ser tigre feroz? Ni de noche »ni de dia le soltais una vez para mí. Si en alguna ocasion me lo dais, tan »teñido en sangre viene que causa espanto mirallo: duérmese en mis brazos, »pero la terrible pesadilla le acosa en la mitad de su sueño, y forcejea y »cuida estar lidiando contra moros. Amanece, vase y quedo sola y descon»solada hasta Dios sabe cuando. En cinta finco, señor, en nueve meses »estoy entrada; mandadme á mi Rodrigo, y no permitid que se malogren »prendas que proceden del cautivador de cinco reyes.»

El rey contestó á la carta de Jimena en los términos siguientes:

Despues de facer la cruz
Cuatro puntos y un rasgo (1).

«A vos me dirijo, la noble doña Jimena, la del envidiado esposo: me »decis que por los mis provechos no cuido de los daños que os aquejan, »por lo que estais de mi hartamente querellosa. Yo vos perdono la sandez »en fé de la galanteria y acatamiento debido á dama tan principal. Si yo vos »quitara el marido para mis enamoramientos, mal empleada fuera, pardiez, »la ausencia; pero si le confio mis gentes y le mando pelear contra moros, »no creo faceros mucho agravio. No le escribiré que vaya á veros, porque »en oyendo el atambor, será preciso que os deje, y aumentaráse vuestra »cuita; pero aumento en esta carta una promesa para vuestro contenta»miento: prometo á lo que pariedes buen aguinaldo; si fijo, caballo, es»pada, y dos mil maravedís; si fija, doila en dote cuarenta marcos de

(1) Romancero del Cid.



»plata, y quedo rogando á la Vírgen vos alumbre en los peligros del parto »que vos amenaza.»

Dió á luz doña Jimena una niña sin el consuelo de tener á su esposo al lado; pero es fama que el rey la hizo singulares donativos.

Muerto Fernando, dejó repartida la monarquía entre sus cinco hijos: Castilla tocó á Sancho, que era el primogénito; Alfonso heredó á Leon y Asturias; á García dió las provincias septentrionales de Portugal; á Urraca la ciudad de Zamora y á Elvira la de Toro. No tardaron en sentirse las consecuencias inherentes á tales reparticiones; los hermanos empezaron á mirarse con celosa envidia, y concluyeron por declararse guerra abierta, aspirando cada cual al dominio de los estados de los otros. Sancho, despues de apoderarse del reino de Leon y Asturias, que gobernaba su hermano Alfonso, halló pretesto para hostilizar á doña Urraca, y puso cerco á Zamora; pero el Cid se negó á pelear contra la princesa, á quien cuentan que en sus mocedades tuvo mucho amor. Sancho fué muerto traidoramente en este sitio por Bellido Dolfos, segun mas adelante diremos, y de este hecho, toma orígen la célebre historia relativa al reto y fatales consecuencias de los hijos de Arias Gonzalo.

Muerto Sancho sin hijos, recayó la corona en su hermano Alfonso, que á la sazon se hallaba fugitivo en Toledo, bajo el amparo del rey moro. El nuevo monarca se dirigió á Zamora donde estaba reunida la nobleza para rendirle pleito-homenage, segun costumbre de aquellos tiempos; pero antes de hacerlo le pusieron por condicion, que habia de jurar no haber tenido parte en la muerte de su hermano, como vagos rumores querian suponer. Prometió Alfonso hacer este juramento, y se dirigieron á Burgos, donde debia verificarse. El dia convenido se presentó el rey en la iglesia de Santa Gadea acompañado de doce caballeros, que debian atestiguar su inocencia, y al verlos entrar por la puerta adelantóse el Cid con el libro de los Evangelios abierto, mandó poner sobre él la mano al monarca, y con voz grave y sonora dijo lo siguiente:

—Rey Alfonso, jurad por Dios y los santos del cielo que no teneis parte en la muerte de don Sancho; jurad que esa muerte no os plugo, ni menos disteis lugar á ella... y mal fin tengais, si la verdad no dijéreis, y acabado seais por mano de villano, y no de fidalgo, infanzon ó caballero.

—Amen, respondió Alfonso, demudado el color y lanzando una mirada amenazadora sobre Rodrigo: ni fice tal maldad, ni de ella fuí causa.

En seguida juraron tambien los doce caballeros, y finada la ceremonia, adelantándose el Cid hácia el rey, continuó:

—Dadme á besar vuestra mano, y si antes no lo hice fué porque no me plugo; mas agora vos la beso y es de mi agrado hacerlo, y no pienso

agraviaros en esta fabla, pues el recuerdo de don Sancho mi rey, me destroza el corazon todavía.

Un juramento tan estrecho y una elocuencia tan arrogante en presencia del monarca, no podia menos de herir el amor propio de éste, y en efecto, Alfonso desde entonces miró con particular ojeriza á Rodrigo, aumentándose esta con las hablillas de los cortesanos.

No tardó mucho en presentarse ocasion al rey de tomar venganza del Cid, pues habiendo éste hecho una entrada por los estados del rey de Toledo, con intento de buscar botin, se quejó el moro, y fué desterrado el campeon, quien al partir se llevó en pos de sí á sus fieles parciales resueltos á seguirle donde quiera que fuese.

Todos son hombres mancebos,
Ninguno hay viejo ni cano.
Todos llevan lanza en puño
Con el hierro acicalado
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado (1).

Con objeto de proporcionarse dinero, pues sus bienes habian sido confiscados, cuentan que el Cid llenó dos cofres de arena, y los empeñó en casa de unos judíos como si lo estuviesen de oro y alhajas, poniendo por condicion que no habian de abrirlos hasta cierto tiempo, con lo cual los judíos se conformaron y creyeron á Rodrigo bajo su palabra; tal era la confianza que su honradez inspiraba. Parecerá estraño por lo mismo que usara de tal superchería un hombre del temple del Cid, pero aun dado caso que la anécdota sea cierta, debe tenerse en cuenta, que en aquellos tiempos engañar á un judío no era accion deshonrosa, y sobre todo que nuestro héroe pensaba pagar, como lo hizo, antes del plazo señalado, y recompensar con usura á los prestamistas.

Provisto de fondos dejó á su esposa y sus hijas bajo la custodia del abad de San Pedro de Cardeña, y emprendió nuevas correrías contra los moros, ganándoles poblaciones importantes, y entre otras Medina, Daroca y Teruel, y obligando á pagar tributo al rey moro de Zaragoza. En nuestro siglo de civilizacion y progresos, un general que se viese tratado por su rey de la manera que lo fué el Cid, de seguro iria á ofrecer su espada á un gobierno estrangero, ó se pondria á la cabeza de los descontentos que quisieran seguirle para combatir á su soberano; pero en la época del Cid,

(1) Romancero del Cid.

menos ilustrada pero mas caballerosa, las cosas pasaban de otra manera; todas las conquistas y todo el botin que hizo Rodrigo en sus nuevas campañas, lo puso á los pies de Alfonso, quien sea por esta pueba de lealtad, ó porque necesitase de su auxilio, le llamó al fin á su lado, donde continuó una série de hazañas, que terminaron con la conquista de Valencia.

La pérdida de esta ciudad causó tanta sensacion á los infieles, que acudió desde Africa en auxilio de los moros del pais, el rey Bucar con un numeroso ejército, y tambien fué derrotado dos veces por el Cid; pero estos fueron sus últimos triunfos. Acometido de una enfermedad grave en el mismo Valencia, sucumbió al ímpetu de ella el dia de Pentecostés del año 1099; pero todavía despues de morir consiguió triunfar de los moros, si hemos de dar crédito á algunos historiadores. He aqui como refieren esta anécdota.

Sintiendo que se acercaba su fin, precisamente cuando el rey Bucar se disponia á tentar por tercera vez el último esfuerzo contra la ciudad, conoció el Cid que la resistencia seria inútil, y ordenó á los castellanos que despues de su fallecimiento se retirasen en buen órden á Castilla, custodiando su cuerpo, que debia enterrarse en el monasterio de Cardeña, y acompañando á su esposa y todo lo demas digno de ponerse en salvo. Cumplióse puntualmente su voluntad, pero advertidos los moros por una traicion, cerraron el paso á los cristianos en términos que estos hubieran sucumbido al número, si de improviso no se hubiesen puesto en precipitada fuga los contrarios gritando «el Cid!... el Cid! traicion!»

Era el Cid en efecto sobre su caballo Babieca, con su tizona, su casco y su armadura; pero el Cid inanimado, sin aliento, sin fuerza en el brazo; era su cadáver. Los caballeros que lo escoltaban conociendo el peligro se valieron de este ardid, que les salió maravillosamente, porque los infieles creyeron que el Cid no habia muerto, y que habia sido un engaño para atraerlos á la pelea, con lo que se alejaron á la desbandada, dejando el paso libre al fúnebre convoy. Cuando supieron el error, los castellanos habian logrado ya su objeto.» Concluiremos copiando algunos versos del Romancero, que repetidas veces hemos citado, relativos á su muerte.

La que á nadie no perdona
A reyes ni á ricos-homes
A mí fincando en Valencia,
Llegó á mi puerta y llamóme;
Y fallándome dispuesto
A su voluntad conforme,
Fago asi mi testamento
Y mi voluntad al postre.
. . . .

Y para facer exéquias
Se junten mis infanzones,
Los de mi pan y mi mesa,
Los buenos conqueridores.
. . . .
Item mando que no alquilen
Plañideras que me lloren;
Bastan las de mi Jimena
Sin que otras lágrimas compre.

El año 1272, mandó don Alfonso el Sabio labrar un sepulcro al Cid, compuesto de dos piedras muy grandes, y en él ha permanecido al lado de la epístola en el monasterio de Cardeña, hasta su traslacion á Burgos hace pocos años.

Prosigamos ahora la relacion de nuestro viage.

CAPITULO VI.

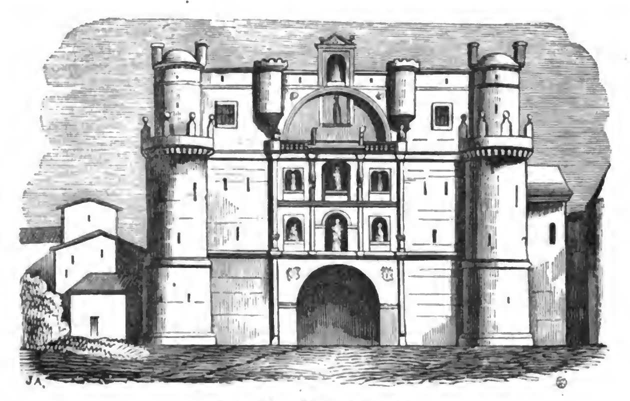
Burgos, sus monumentos y tradiciones.

El siguiente dia de nuestra llegada á la antigua capital de Castilla, lo empleamos todo en ver las curiosidades que encierra. Desde la posada nos dirigimos á la Plaza Mayor, que es de figura bastante regular con una estátua de Cárlos III, de bronce, colocada en el centro sobre un pedestal, y circunvalada por una verjita de hierro. Frente á la estátua, está la moderna casa de ayuntamiento, obra de fines del siglo pasado, de muy buen gusto; en lo interior solo tiene de notable la sala capitular en que hay algunos retratos de mérito y el oratorio donde están depositados los huesos del Cid y de doña Jimena, su muger, que fueron trasladados á la ciudad en 19 de junio de 1842, desde el monasterio de Cardeña en que antes se hallaban. están encerrados estos restos en una caja de madera perfectamente trabajada, y en sus costados se leen las dos siguientes octavas.

Noble, leal, soldado y caballero,
Señor, te apellidó la gente mora,
Y tu nombre de Cid, llevó tu acero
A los muros de Córdoba y Zamora;
Las márgenes del Turia placentero
Reflejaron tu enseña vencedora,
Y al par de tu Jimena en este asiento,
Hoy tu pueblo te erige un monumento.

Hunde la muerte con su ruda planta
De los tronos y reyes la altiveza,
Que á tamaño poder, á fuerza tanta,
No hay blasones, ni orgullo ni grandeza:
Empero del olvido se levanta
Pura, sublime en su mayor alteza,
De los ínclitos héroes la memoria
A embellecer las hojas de la historia.

En una de las pequeñas calles que desde la plaza conducen al paseo llamado del Espolon, está el famoso arco ó puerta de Santa María, dando



Arco de Santa María, en Burgos.

frente al puente del mismo nombre sobre el rio Arlanzon, y erigido á la memoria de los fundadores de la monarquía castellana en tiempo del emperador Cárlos V, como prueba de adhesion de la ciudad de Burgos, despues de la famosa guerra de las Comunidades.

Mauricio estaba impaciente por ver el sitio donde existió la casa del Cid, y en efecto nos dirigimos é él; hay un pequeño monumento que consiste en una basa de mampostería que recibe una pilastra hecha de piedra de Ontoria rematando en un escudo heráldico sin taberquin ni corona. En el neto de la pilastra se lee esta inscripcion.

«En este sitio estuvo la casa, y nació el año de 1026, Rodrigo Diaz de »Vivar, llamado el Cid Campeador. Murió en Valencia en 1099 y fué tras»ladado su cuerpo al monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de esta

»ciudad. La que para perpétua memoria de tan esclarecido solar de un hi»jo suyo y héroe burgalés, erigió sobre las antiguas ruinas este monumento »el año de 1784.»

A los lados se ven dos obeliscos, el uno con las armas y sello del Cid, y el otro con el *Caput Castellæ*, insignia particular de Burgos desde el tiempo de don Enrique el Bastardo.

Cerca del solar del Cid, está el arco de Fernan-Gonzalez, levantado, segun dicen, en el mismo sitio en que nació este héroe famoso. Consiste en dos columnas de órden dórico á cada lado, que sostienen un cornisamento, sobre el cual se eleva en el centro un segundo cuerpo que concluye en un frontoncito y tres pequeños obeliscos. Contiene una inscripcion latina y varios relieves, con las armas de Burgos.

La vista de este arco me recordó una anécdota que habia oido referir algunos años antes, cuando lo visité por primera vez. Es el caso, que cada dia se notaba en él mayor estrago á causa del desnivel que habian sufrido las paredes, y su ruina parecia inevitable, hasta el punto que el año de 1832 se decidió el ayuntamiento á echarlo abajo numerando las piedras para reconstruirlo en la misma forma que de antiguo tenia. Ya se iba á proceder á la operacion y se habian presupuestado sendos miles de reales para los arquitectos, cuando un simple maestro de obras conocido con el nombre de *Venturilla*, se presentó y dijo que se obligaba á enderezarlo sin echarlo abajo, siempre que le diesen la madera necesaria para los andamios y cuarenta duros por su trabajo. Despues de muchas consultas y creyéndolo burla la mayor parte, como la proposicion no era costosa, fué admitida, y el bueno del hombre, consiguió, merced á un torno, poleas y maromas que tiraban de la parte contraria á la que se doblaba el arco, ponerle completamente al nivel, acuñando en seguida los sillares en la forma en que hoy se encuentran. El ayuntamiento le recompensó con mayor cantidad de la que habia pedido, y desde entonces nadie le volvió á llamar en Burgos sino don Ventura.

Antes de subir al castillo, entramos en la iglesia de San Martin, que es de las mas antiguas, y no tiene otra particularidad mas que la de estar cincelada en ella la vara de medir de Burgos: tambien visitamos la parroquia de Santa Agueda, llamada antes de Santa Gadea, donde es fama que Rodrigo de Vivar tomó juramento al rey don Alonso VI. La tradicion supone formulado el juramento del rey sobre el cerrojo de la puerta principal de la iglesia, con cuyo motivo llegaron á ser tantos los cuentos absurdos y tal la supersticion del pueblo, que el obispo don fray Pascual de la Fuente, se vió precisado á mandar deshacer el cerrojo y tomar sérias providencias para combatir las disparatadas fábulas y ridículas patrañas de que habia sido

objeto. Esta medida atajó el mal, pero no lo curó radicalmente, y la prueba es que todavía una pobre muger que nos pidió limosna á la puerta del templo, nos aseguró con la mayor formalidad, que todos los dias á media noche se oyen en sus bóvedas unos ruidos espantosos. y que mas de una vez se han visto en el cancél, las sombras del Cid y del rey, en la misma actitud que tenian cuando el famoso juramento. Tal es la fuerza de la preocupacion cuando una vez se apodera de las gentes sencillas, dispuestas siempre á patrocinar cuanto á su imaginacion se presenta revestido con el irresistible atractivo de lo maravilloso. Por lo demas la iglesia de Santa Agueda, solo es recomendable por su antigüedad y por un bellísimo sepulcro que encierra de la época del renacimiento.

Subimos al castillo situado en lo alto de un cerro al Norte de la ciudad, del que solo se conservan algunos paredones, acompañados de varios cuarteles, empalizadas, artillería y demas aparatos de hostilidad, la mayor parte dispuesto en tiempo de la última guerra civil, desde cuya época lo guarnece alguna tropa á las órdenes de un gobernador militar. Esta fortaleza debió ser, atendidas las noticias que de ella se conservan, de mucha importancia en lo antiguo, pues ademas de que era morada régia para los soberanos de Castilla, su situacion topográfica y la altura que entonces tenia, le daban gran valor para la defensa, segun el modo de guerrear de los pasados siglos. Hoy, como hemos dicho, no hay mas que ruinas; inútilmente buscará el viagero la estancia en que permaneció prisionero por espacio de trece meses el rey de Navarra don García, bajo la autoridad del conde Fernan-Gonzalez: en vano el sitio en que don Alonso X hizo morir al infante don Enrique y á su yerno don Simon Ruiz de Haro; ni donde sufrieron la misma pena el infante don Juan, por órden de su hermano don Sancho el Bravo; don Felipe de Castro, vasallo de don Enrique II, y Juan Fernandez Tobar, por mandado de don Pedro el Cruel; ni la cárcel en que estuvieron encerrados el conde de Benavente, don Fadrique, y el rey de Nápoles don Jaime, por disposicion del rey don Enrique III; ni la que luego mas tarde contuvo á don Juan de Figueroa y don Juan de Luna, gefes de los comuneros, por mandado del condestable de Castilla. La historia refiere estos hechos, como refiere la conquista que hizo de este baluarte el rey de Portugal en 1474, creyéndose con derecho á la corona de España que habia obtenido doña Isabel la Católica, y la manera como lo ganó don Fernando, esposo de esta reina, jurando conservarlo para sí constantemente; la historia cuenta tambien, y algunos habitantes de Burgos recuerdan, la toma de este castillo por Napoleon en 1808, y la manera como fué volado en 1813 por la guarnicion francesa, á costa de sus vidas, desde cuya época data su total ruina; pero solo la historia los consigna. Decimos mal; existe un testigo vivo de los su-

cesos que acabamos de enumerar; testigo mudo, de quien es imposible obtener la confirmacion de ellos. Es un pozo ó algibe cuyo alveo se cree al nivel del pavimento de la Plaza Mayor, que es la parte mas baja de la poblacion. Este pozo que ha resistido todas las vicisitudes que ha pasado la fortaleza, surte de aguas á las tropas que guarnecen el castillo, y permite examinar su inmenso fondo por medio de una escalera espiral, que forma cubo gemelo, sin ofrecer el menor peligro á la persona que desciende. Mauricio quiso bajar, pero yo me opuse porque era tarde, y la verdad tambien porque nunca le he tenido aficion á esta clase de espediciones arriesgadas.

Desde la altura del castillo pudimos examinar el antiquísimo cinturon de muralla que el conde Diego Porcellos empezó á edificar en 884, y se estiende desde la puerta ó arco de Santa María, buscando el Norte de la ciudad, por el camino que conduce al paseo de los Cubos. La pared es de sólida mampostería, y á pesar de los siglos, sufriría en caso necesario el bombardeo mas tenaz, sin esponer la seguridad de los burgaleses al asalto del enemigo. Entre dos cubos ó torreones que hay al entrar en el espresado paseo, llama la atencion una lápida empotrada en la pared á bastante altura con una inscripcion de caractéres góticos y las armas de Castilla y de Leon, en tres escuditos resguardados de la lluvia por una especie de lambel, que sirve como de coronacion á la tarjeta.

Un manuscrito del siglo XV refiere que doña Lambra, muger de Rui Velazquez, en tiempo de los condes de Castilla, se arrojó, llevada por un esceso de cólera, desde el último cubo, que inmediato á la puerta de la torre del Invencible, actualmente tapiada, conserva hasta hoy el nombre de la suicida. A este acontecimiento hay unida una tradicion que no queremos dejar de referir.

«Cuentan que doña Lambra casó con Rui Velazquez, señor de Villaren, el año 974, siendo soberano de Castilla el conde Garci-Fernandez, y estando perdida de amor por Gonzalo, el mas jóven de los siete infantes de Lara; de esos siete hermanos gemelos, cuya vida de tantos modos contada, ha llegado hasta nosotros, envuelta en la oscuridad del misterio y revestida con todas las galas de la poesía. Gonzalo no amaba á doña Lambra, de quien era sobrino, y esta se vengó del desprecio, haciendo creer á Velazquez que el mancebo atentaba contra su honor. Los caballeros de aquellos tiempos eran tan celosos como valientes, y el señor de Villaren, que tenia otros motivos para odiar la familia de Gonzalo, no desperdició tan bella ocasion para saciar cumplidamente su ódio. Indujo al rey á que enviase á Gonzalo Bustos, señor de Salas de Lara y padre de los infantes, con una embajada á Córdoba al moro Almanzor, de cuyas resultas Bustos quedó cautivo por muchos años, y solo debió su vida, y mas adelante su libertad,

á la hermana de Almanzor con quien tuvo secretos amores. Al mismo tiempo los siete infantes de Lara fueron víctimas de una traicion infame. Invitólos su tio Rui Velazquez, de cuya enemistad nada sospechaban, á dar una acometida á los moros, y ellos accedieron gustosos, porque eran valientes y denodados; pero al atravesar las asperezas que rodean los campos de Arabiana, hácia las faldas del Moncayo, cerráronles el paso de improviso



Burgaleses.

un ejército de infieles y fueron victimas de su valor sucumbiendo al número, no sin vender caras sus vidas. El esposo de doña Lambra tuvo la bárbara complacencia de acudir al sitio del combate para ver los cadáveres de sus sobrinos, á quienes mandó cortar las cabezas, y las envió cual trofeo á Córdoba al rey Almanzor: éste no menos feroz que Velazquez, con-

vidó á comer al desgraciado Bustos, y le presentó en la mesa como manjar las siete cabezas de sus hijos. Doña Lambra, que sin duda no sospechaba que su marido llevase á tal estremo su venganza, y arrepentida quizás de haber dado pábulo á ella, cuando supo este suceso, se suicidó arrojándose, como hemos dicho, desde lo alto de la muralla.

De los amores de Gonzalo Bustos con la hermana de Almanzor, resultó un hijo, conocido en la historia con el nombre de *Mudarra Gonzalez*, ó el *Moro Espósito;* éste mas adelante tomó venganza matando en duelo á Rui Velazquez, y hecho cristiano, fué armado y reconocido por su padre y por la esposa de éste, doña Sancha. Mudarra Gonzalez heredó por consiguiente el señorío de Salas de Lara, fué tronco del esclarecido linage de los Manrique de Lara, y murió en la batalla de Sepúlveda en defensa de su Dios y de su patria.»

Los sucesos que acabamos de referir tan ligeramente, de mil modos comentados, ocupan muchas páginas de la historia, y han dado asunto á los poetas de todos los tiempos y paises, para comedias, romances, novelas, y todo género de escritos.

Vueltos á la ciudad, emprendimos el camino de la Cartuja de Miraflores, pasando por el paseo del Espolon, á un estremo del cual, junto al puente de San Pablo, está el nuevo teatro, hoy ya terminado, pero todavía sin concluir en la época de nuestro viage.

La cartuja de Miraflores está situada á unos tres cuartos de legua al Este de Burgos. Aficionado con vehemencia el rey don Enrique III al ejercicio de la caza, echaba de menos un parque para la montería, al uso de los magnates de su siglo, y como le era tan fácil satisfacer este deseo, se hizo bien pronto con dilatados terrenos que destinó para aquel objeto, levantando dentro de ellos un suntuoso palacio que llaman de Miraflores, en el mismo sitio que ocupa el monasterio de la Cartuja, y en cuyas inmediaciones existió hasta hace muy poco tiempo un pueblecito llamado *Revilla.* Fundó esta cartuja el rey don Juan II, y le cedió los terrenos y el palacio de su padre, que al punto se habilitó para iglesia y convento; pero un incendio lo consumió el año 1452, y sobre sus ruinas se edificó el que hoy existe, principiado por el mismo rey don Juan, y concluido por su hija doña Isabel la Católica. El edificio como monumento artístico nada tiene de notable, y solo es digno de verse el sepulcro del fundador, el de su esposa doña Isabel de Portugal y el de su hijo don Alonso. Hubo muy buenas pinturas que fueron presa de la rapiña de los franceses en la guerra de la Independencia, escepto dos ó tres que pudieron salvarse, entre cuyos escasos fragmentos se halla una tabla del mayor precio, pues contiene un retrato de la magnánima Isabel I, reputado generalmente por original.

Salimos de la Cartuja, el corazon oprimido á la vista de tanta soledad y abandono, para dirigirnos al Real monasterio de las Huelgas, llamado vulgarmente asi por haberse erigido á un cuarto de legua de Burgos, en la márgen del rio Arlanzon, y el mismo sitio en donde tenian los reyes de Castilla un palacio de recreo en una deliciosa vega que el pueblo dió en designar con el nombre de las Huelgas del Rey. Fundó este monasterio con el título de Santa María la Real, el rey don Alonso VIII, á fines del siglo XII, y es el único en su clase y nombradía en toda la cristiandad, por las estraordinarias prerogativas de su abadesa, que llegó á ser señora de mas de sesenta poblaciones con mero y mixto imperio y conocimiento privativo en lo civil y criminal, nombrando alcaldes ordinarios, escribanos, alguaciles y demás funcionarios municipales, y estableciendo en Huelgas alcalde mayor, y juez ordinario, que en grado de apelacion lo era de las villas y lugares de que era superiora. Este derecho de nombramiento lo ejercia tambien en el Hospital del Rey, y estendia su jurisdiccion hasta poner un merino en la llana de Burgos, el cual administraba justicia en su nombre, y los que lo eran de la ciudad, no podian entrar con vara alta en aquel recinto, debiendo abatirla ó deponerla á la puerta si alguna vez habian de penetrar en él. Esto en cuanto á lo civil; respecto á lo eclesiástico son tantas las prerogativas que ha disfrutado, que su enumeracion seria interminable; baste saber que el papa Urbano VIII, en la bula de 22 de mayo de 1629, llama espresamente al convento y abadesa *nuliuos diócesis*, privilegio que algunos han puesto en duda, y que dió motivo para probar al ilustrísimo Fuentes en su discurso teológico compuesto en 1662, con grande erudicion y sólida doctrina, que no es repugnante al sexo esta jurisdiccion espiritual, omnímoda, privativa y casi episcopal.

Las rentas del monasterio eran tan cuantiosas como sus privilegios, y los oficios divinos se celebraban con la misma magnificencia que en una catedral, pues tenia veinte y un capellanes, dos confesores de la órden, y un sacerdote con empleo de sacristan mayor, nombrados por la abadesa. Inútil es decir que con las revueltas de los tiempos todo ha desaparecido, las rentas y los privilegios, y que el monasterio de las Huelgas no es hoy una sombra de lo que fué.

En cuanto al edificio, parécenos que no corresponde á la singular categoría de su comunidad. Sin embargo, merece examinarse detenidamente, pues solo de sepulcros de personas reales hay treinta, entre ellos los de los fundadores, que están en el coro de las monjas aislados en el centro y rodeados de una barandilla, que el dia 16 de julio, triunfo de la Santa Cruz, se adorna de flores y lirios en conmemoracion de la célebre batalla de las Navas de Tolosa, que tanto renombre dió á Alonso VIII. Restos venerables

de aquel triunfo eran algunas alhajas que hasta la invasion francesa atesoraba el monasterio, siendo la pérdida mas sensible el cofrecito donde el Miramamolin llevaba recogido un ejemplar del Coran. Por fortuna pudo preservarse de la rapiña el estandarte ganado en la misma batalla, el cual se conserva y es una prueba palpable de la opulencia y poderío de los sarracenos, al par que del inimitable talento de sus artistas para los tejidos de plata y oro. Vulgarmente se cree que, otros cuatro pendones que hay custodiados en el convento, han pertenecido como aquel á las tropas musulmanas, pues basta fijar un poco la atencion en las figuras que contienen para conocer su procedencia.

Estando tan próximo, pasamos á ver el Hospital del Rey, fundado por el mismo don Alonso VIII, para albergue de peregrinos y asistencia de enfermos. Antes se gobernaba por un cabildo de comendadores de Calatrava, bajo la jurisdiccion, como hemos dicho, de la abadesa de las Huelgas, y sus rentas eran inmensas. Hoy no puede sostener mas que diez y seis enfermos, y depende del Real Patrimonio. El mérito principal del edificio consiste en su gran capacidad.

Visto lo principal que hay que ver en Burgos, habiamos pensado mar-



char el dia siguiente; pero nos detuvimos á instancias de los demás compañeros de posada para ver una funcion que debia verificarse llamada la *fiesta de los ciegos*, y la verdad, no me pesó, porque no recuerdo haber pasado en

mi vida un rato mas divertido. La tal fiesta, que despues hemos visto repetida en algunos otros pueblos de Castilla, data nada menos que del año de 1144, en que se celebró por primera vez en Leon, el 24 de junio, con motivo del casamiento de don García, rey de Navarra, con la infanta doña Urraca, y consiste en encerrar en la plaza veinte ciegos armados de su correspondiente zurriago de baqueta, y soltar luego otros tantos cerdos amarrados de dos en dos para que no puedan correr demasiado. Los ciegos emprenden á palos con los cerdos, que como no dejan de gruñir siempre, pueden sus contrarios seguirlos fácilmente guiados por el oido; pero esto da lugar á que unos ciegos á otros se sacudan sendos latigazos, parte por error y parte tambien por tomar venganza de los que reciben; entretanto los cerdos no teniendo donde guarecerse lo hacen entre las piernas de sus enemigos, á quienes con frecuencia dejan caer al suelo, encarnizándose la lucha de tal modo que la autoridad tiene que intervenir repetidas veces mandando separar á los contrincantes y empezar de nuevo la pelea. Esto se repite hasta que el cansancio postra á los animales y á los hombres; entonces los ciegos llevan alguno de los cerdos en premio de su trabajo, y generalmente concluye la fiesta con árboles de pólvora ó novillos embolados. Lo que acabamos de decir basta apenas para que se forme una idea de esta singular diversion; renunciamos á todos los detalles porque la fiesta de los ciegos no puede describirse, es necesario verla para apreciar sus repetidos lances y contínuas peripecias.

A la mañana siguiente salimos de Burgos para continuar nuestro viage.

CAPITULO VII.

La batalla de Vitoria.

¡Qué pais!.... ¡Qué montañas!.... ¡Qué mugeres!.... esclamó Mauricio al llegar á una altura, mas allá del pueblo de Ariñez, desde donde se descubre la ciudad de Vitoria y toda su inmensa y fértil llanura, sembrada de infinidad de pueblos, de montes cultivados hasta las cumbres, de casas de campo ó caseríos, segun se nombran en el pais, de cristalinos arroyos, de espesos bosques, de frondosas alamedas!.... Esto es el paraiso, añadió mi amigo, y ya no me estraña la predileccion y afan con que son visitadas estas provincias.

—Lo que ves, le dije, no vale nada comparado con lo que verás mas

adelante. Esa llanura, que con justicia elogias, es respecto al pais vascongado, que vamos á recorrer, lo mismo que un portal en un suntuoso palacio; bello y admirable si se quiere, pero siempre inferior á las habitaciones interiores.

—La comparacion no me parece muy exacta, añadió Mauricio, porque bien sabes que hay casas y palacios cuyo interior no corresponde á la idea que de ellos se forma viéndolos esteriormente.

—Aqui no sucede lo mismo, proseguí, si bien admito como justa la réplica, y tanto que me ha recordado una circunstancia que la corrobora. La ciudad de Vitoria, donde llegaremos en breve, tiene á la entrada por esta parte, una ancha y espaciosa calle, al principio de la cual y á la derecha hay un bonito paseo, y en toda ella hermosos edificios; sin embargo, el resto de la poblacion no corresponde, y en particular lo que llaman la ciudad vieja, es igual, sino peor, que cualquiera de los pueblos de Castilla que hemos visitado.

—Ahora que has hablado de Vitoria me ocurre hacerte una pregunta. ¿La famosa batalla que se dió en 1813, cuando la retirada de los franceses, fué en esta parte ó del lado allá de la poblacion?

—Fué precisamente en este mismo campo que atravesamos. El ejército francés compuesto de 70,000 hombres y mandado por el rey José en persona, apoyaba su izquierda en las alturas llamadas Pico-Zorroz que terminan en la Puebla de Arganzon, pueblo que hemos dejado atrás, estendiéndose por el rio Zadorra hasta el puente de Villodas. Ocupaba la opuesta márgen del espresado rio el centro y llegaba su derecha hasta cerca de Vitoria, defendiendo los vados del Zadorra. Las tropas aliadas, españolas, inglesas y portuguesas, al mando del duque de Wellington, mas fuertes en número, empezaron el ataque al amanecer del 21 de junio de 1813, apoderándose de las alturas de la Puebla á pesar de la vigorosa resistencia del enemigo, que recibió refuerzos de consideracion y las defendió palmo á palmo. Ganadas las alturas el resultado de la batalla no podia ya ser dudoso; el ejército aliado cruzó el Zadorra y arrojó á los franceses de Subijana, y sucesivamente de todas las posiciones de que se enseñoreaban, obligándolos á retirarse á Vitoria, mientras fuerzas considerables, anglo-hispanas, les cortaban el paso para Bayona. Tantas pérdidas introdujeron el desórden y la confusion entre las tropas francesas, que precipitadamente se pusieron en fuga, dejando en el campo muchos cañones, que componian con los tomados durante la batalla el número de 151; mas de 8,000 hombres entre muertos y heridos, 1,000 prisioneros, 2.000,000 de cartuchos de fusil embalados, y otros efectos que no recuerdo. Los aliados tuvieron tambien sobre 5,000 hombres de pérdida. Pero no fueron solo estos los

despojos de tan célebre jornada; sino que á ellos se agregaron otros que no es comun hallarse en circunstancias análogas. Algun escritor ha dicho que Vitoria, antes pobre y miserable, se hizo rica y opulenta en 1813 con los tesoros de toda España que los franceses dejaron esparcidos por su campo. Sin duda ninguna hay exageracion en este dicho, porque Vitoria podrá haber sido menos rica antes que ahora, mas no fué nunca miserable; pero es cierto que las pérdidas de los franceses en este sentido fueron inmensas, y que los vitorianos supieron aprovecharse de ellas, en lo cual hicieron perfectamente. Como el ejército invasor iba en retirada, acompañaban al rey José muchos de sus principales servidores, y unidos á los equipages de estos iban alli los que pertenecian á varios generales y á españoles llamados entonces *afrancesados*, porque habian seguido la bandera del usurpador. Todo quedó á merced de los vencedores; la espada que la ciudad de Nápoles habia regalado á José; el baston de mando de su segundo el mariscal Jourdan, infinitas alhajas, cuantiosas sumas de dinero, ricas telas, objetos raros y preciosos, carruages de todos géneros y hasta comestibles y viandas, se hallaban mezclados en el campo con armas, municiones y todo linage de pertrechos de guerra, asi como se confundian los gritos y gemidos de mugeres y de niños que se veian desamparados, con el ruido de los combatientes y el estruendo de las armas. Tal fué en resúmen el resultado de la batalla de Vitoria en la guerra de la independencia; la última importante de aquella memorable lucha.

Ya estábamos en la ciudad cuando yo acabé de hablar, y fuimos á alojarnos al Parador Viejo, donde nos trataron perfectísimamente, pues sabido es que los paradores de Vitoria tienen alguna semejanza con los *hoteles* de Francia. Como era por la tarde, nos dirigimos, despues de colocar los equipages en la habitacion que nos destinaron, al paseo llamado de la *Florida*, que aunque pequeño, es muy bonito y algo parecido al de la Fuente Castellana en Madrid; Mauricio, á quien todo le llamaba la atencion y arrancaba esclamaciones de entusiasmo desde que pasamos de Miranda, quedó sorprendido al ver en uno de los lados del paseo una legion de niños de distintas edades y sexos, cuidadosamente vestidos y acompañados de sus respectivas sirvientes ó niñeras, muchachas de veinte abriles la que mas, y todas ellas bonitas de cara, como en general lo son las mugeres de este pais; vestidas con estraordinaria sencillez y aseo, y adornada la cabeza con un pañuelo puesto en forma de gorra, con una gracia y coqueteria inimitables. Es costumbre en las Provincias Vascongadas entre las personas decentes, enviar los niños á paseo por las tardes á un sitio determinado segun la estacion, confiándolos á las niñeras, quienes de tal modo los cuidan que no hay memoria de que haya ocurrido nunca la menor desgra-

cia. Allí reunidos bailan y juegan unos con otros segun su edad, y á cierta hora se retiran á sus casas; esto se hace en todos tiempos, solo que en el invierno y en los dias lluviosos, en vez de ir al paseo ó al campo van á la plaza al abrigo de los portales, y á dicha costumbre se atribuye, ademas de lo benigno del clima, la robustez y buena salud de que en general gozan los vascongados, aun aquellos que pertenecen á las familias mas acomodadas, pues sabida es la influencia que ejerce el aire libre y el ejercicio moderado y metódico en el desarrollo de nuestra naturaleza.

Sorprendido Mauricio, como he dicho, á la vista de tanto niño, ó mas propiamente dicho de tanta y tan linda niñera, se dirigió al grupo y yo le seguí maquinalmente; nos sentamos en uno de los bancos de piedra y pasamos largo rato entretenidos en ver los juegos infantiles, algunos enteramente desconocidos para nosotros. Una de las niñas, como de cuatro años de edad se arrimó á donde estábamos, y mi amigo quiso aprovechar la coyuntura para acariciarla y entrar en conversacion con ella, sin duda esperanzado de que le sirviese de pretesto para seguirla luego con la sirviente, que era la mejor del corro; pero se halló con un obstáculo insuperable; la niña se dejó besar y hacer fiestas con la mayor amabilidad del mundo, mas á las preguntas que Mauricio le dirigia le contestaba siempre en vascuence, sin que pudiéramos entenderla mas palabra que *zenzain*, que quiere decir niñera, y en cuanto á la criada ni siquiera alzó los ojos para mirarlo.

—Esta gente no se parece á la de nuestra tierra, me dijo Mauricio, si hubiera yo hecho la mitad que aquí en la plazuela de Santa Ana de Madrid....

—Las costumbres son muy distintas, le repliqué, y en general mejores, como observarás sucesivamente. A esa pobre muchacha lo que menos le ha ocurrido es que tú te sentabas aquí por mirarla, porque las mugeres en este pais están menos acostumbradas que en la corte á ser objeto de atencion. Mas adelante las verás empleadas en las labores del campo y dedicadas á los trabajos mas rudos y penosos.

—¿Y los hombres qué hacen?

—Trabajar tambien; aquí nadie huelga, y solo asi se esplica que siendo tan ingrato el suelo puedan con su producto sustentarse estas gentes.

—Hasta ahora lo único que me disgusta, prosiguió mi amigo, es ese idioma áspero y endiablado, que por lo visto cuidan de enseñar antes que nada á los chicos, sin duda para perpetuarlo.

—Estás en un error, el vascuence es un idioma armonioso aunque muy difícil, y tanto que segun una tradicion, ni el mismo diablo pudo aprenderlo, á pesar de que se dedicó á estudiarlo con empeño; pero como es el que usa la gente del pueblo, porque el castellano solo se enseña en los colegios como á nosotros el francés, los muchachos que están siempre en

poder de las criadas, y que son en todas partes mas listos que diablillos, lo aprenden antes que nada.

Mientras nosotros hablábamos, toda aquella prole se habia puesto en marcha procesionalmente, y con paso lento y acompasado se dirigió á la plaza. En el pais vascongado la plaza mayor tiene una gran importancia, porque ademas de estar en ella las mejores tiendas de comercio, sirve para pasear en todo tiempo por la noche, y los dias de fiesta por la mañana de doce á una; para paseo por la tarde en los dias de invierno ó lluviosos y para bailar la gente del pueblo al son del tamboril, porque el baile y el tamboril es casi una necesidad imprescindible de aquellos honrados aldeanos. Los ayuntamientos pagan un tamborilero para que los domingos y otras fiestas se solace el pueblo, y por cierto que bien merecia ser imitada esta costumbre, como otras muchas en las demas provincias, pues asi se evitarian no pocos de los escesos que se cometen por los menestrales en sus báquicas diversiones.

Mauricio y yo seguimos la procesion de niños á cierta distancia y llegamos con ellos á la Plaza Nueva. que aunque pequeña, puesto que en cada banda solo tiene 19 huecos de andana, es sin embargo suntuosa y de buen gusto.

En el centro estaba sonando el tamboril, pues era dia de fiesta, acompañado por una especie de flautin ó pito que produce muy buen efecto; alrededor habia varios grupos bailando el zorcico rodeados de un sin número de espectadores, todos del pueblo, entre los que se veian hasta mozas de servicio con el cántaro ó rada lleno de agua en la cabeza, que de paso para sus casas, se detenian á participar de la fiesta, porque no hay gente mas alegre en el mundo que los vascongados, y el zorcico los saca de quicio. Por otra parte el llevar una rada ó una cubeta de agua en la cabeza, no es obstáculo en las mugeres ni aun para bailar, pues de tal modo están acostumbradas á conservar el equilibrio, que no hay ejemplo de que nunca se les haya caido al suelo ni se les haya vertido una gota de agua, y eso que todas las vasijas las llevan descubiertas. Recuerdo haber visto muchas veces mugeres del pueblo con un chico en un brazo, una cesta llena de fruta, legumbres ó pescado en el otro y una rada en la cabeza, marchar con el mismo desembarazo y soltura como si nada les molestase.

Estaba ya anocheciendo y se empezaba á reunir la gente principal en los portales de vuelta de los otros paseos, segun costumbre; pero mi amigo y yo sin cuidarnos por entonces de admirar las bellas alavesas, que al par que de sus encantos hacian ostentacion de su esquisito gusto en el vestir y adornarse, nos fuimos á mezclar en los corros del baile, últimamente reforzados con los chicos y las niñeras que nos habian precedido, pues hasta



VISTA DE LA PLAZA MAYOR DE VITORIA.

los niños de pecho toman parte en esta diversion y se conmueven y saltan en los brazos de las *zenzain*, que elevándolos á cierta altura y llevando el compás de la música producen á la vista el mismo efecto que si fuesen muñecos movidos por resortes.

En su acceso de entusiasmo, Mauricio se apartó de mí por penetrar mas en uno de los grupos; pero no tardó en llevar el castigo de su temeridad, porque envuelto en un remolino que hicieron los danzantes vino á tierra, sin que ni él mismo haya sabido luego esplicar cómo. Por fortuna cien ro-



bustas manos de otras tantas fregatrices acudieron á su socorro y lo levantaron en vilo, prodigándole todo género de atenciones y diciéndole sin duda muy buenas cosas, que ni él ni yo entendimos. Mauricio no se hizo ningun daño, y solo el sombrero fué el que sufrió algun deterioro, por manera que este incidente contribuyó á aumentar la diversion.

Paseamos en los portales hasta las nueve, hora señalada para retirarse todos, y nos fuimos luego á lo que llaman el *Círculo*, especie de casino lujosamente adornado, con mesas de juegos permitidos, buen servicio de café y botillería y un surtido gabinete de lectura; allí encontramos algunos amigos de Madrid, y entre estos á un condiscípulo mio de matemáticas llamado Salcedo, de quien hago particular mencion, porque ha de figurar luego como héroe de una anécdota que referiré en su lugar correspondien-

te. A las once nos fuimos á la posada, y al siguiente dia recorrimos la poblacion para ver sus curiosidades, que no son en verdad muchas ni muy notables, circunstancia que nos autoriza á omitir la descripcion de ellas.

Entre los templos es el mejor la iglesia de Santa María, que es tambien la principal de la ciudad y tiene el título de colegiata por haberse trasladado á ella la de Armentia en 1496, en virtud de la bula espedida por Alejandro VI. Fué iglesia mayor antes de verificarse la espresada fundacion, ocupando entonces como ahora un terreno elevado en la parte primitiva de la ciudad.

Da ingreso á este antiguo templo un grandioso pórtico labrado con particular magnificencia, segun el gusto gótico. La iglesia, que es de la misma arquitectura, se compone de tres sólidas naves con proporcionada estension, y si bien gusta la limpieza de sus paredes enlucidas de blanco, échase de menos aquel imponente aspecto que dan á los viejos templos las ennegrecidas bóvedas. El retablo mayor agrada con razon á los inteligentes, pero Ponz dice que le supera el de la iglesia de San Pedro que vimos en seguida. Junto á la colegiata de Santa María, se conservan restos de un castillo construido por don Sancho el Sábio de Navarra.

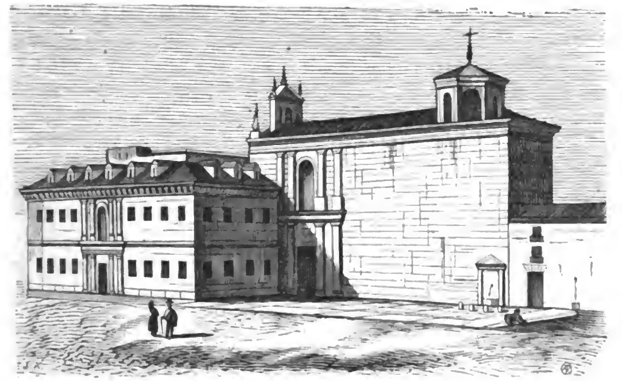
La parroquia de San Pedro, aunque menos suntuosa tiene mucha semejanza con la anterior, puesto que tambien es gótica de tres naves, y se halla como la primera enlucida de blanco.

En el límite de la parte antigua de la poblacion y enfrente de una espaciosa plazuela de suelo desigual, se levanta la iglesia de San Miguel, no menos antigua que las anteriores. Cómponese de tres naves, y en el primer tercio del siglo XVI un buen arquitecto de Valladolid la embelleció con el retablo mayor, cuya escultura ejecutó el célebre Gregorio Hernandez. En un pilar del pórtico de esta iglesia hay una imágen que llaman *La Blanca*, á la que profesan gran devocion los vitorianos.

Restanos hablar de las parroquias de San Vicente y San Ildefonso. En la primera, que un tiempo fué castillo, es digno de verse el retablo mayor compuesto de tres cuerpos corintios. La segunda, fundada por don Alfonso el Sábio, es tambien gótica y de tres naves, y con un magnífico sepulcro de estilo de Berruguete en la capilla de San Juan de Letrán.

Hubo tres conventos de religiosos, y las iglesias que les pertenecian se hallan abandonadas y en el mas lastimoso estado; en cambio el de religiosas de Santa Brígida, que se llamó antiguamente de Santa María Magdalena, subsiste en la parte mas hermosa de la ciudad, contribuyendo á darla realce con su lindísima fachada que consta de un solo cuerpo decorado con pilastras, sosteniendo el cornisamento, y en el centro una graciosa portada con columnas empotradas, resultando un todo elegante y sencillo.

El hospicio, no menos considerable por su magnificencia que por su objeto, es sin duda ninguna el edificio mejor de Vitoria; lástima que no esté situado en otro sitio mas despejado y principal. Tiene una bella portada compuesta de dos cuerpos, el primero dórico y el segundo jónico, con cuatro columnas empotradas en cada uno, de piedra caliza de Anda, de color negro, lo que le da un aspecto grandioso. Semejante á esta, aunque



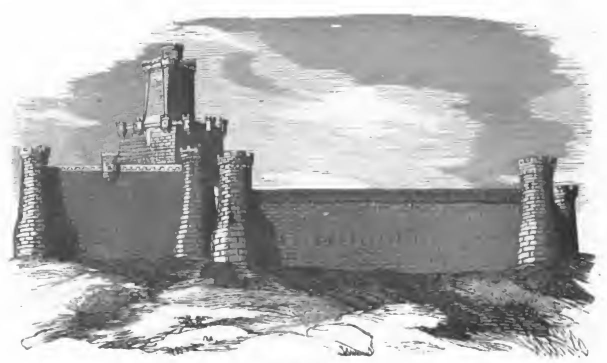
Hospicio de Vitoria.

algo mayor, es la portada de la iglesia, en cuyo interior se ve al lado del Evangelio una memoria sepulcral con epitafio latino y una buena estátua del fundador don Martin de Sandoval, que murió en 1604 y lo construyó á sus espensas con destino á colegio-seminario, lo que no tuvo efecto; pero estando acabado ya el edificio se destinó para hospicio, en época no muy lejana. Dirigió la obra Francisco Jordanes, religioso franciscano del convento de Castro-Urdiales, que gozaba justa y bien merecida fama. Esto y los paseos, la plaza y el teatro de que ya hemos hablado, y el nueuo palacio de la Diputacion, recientemente concluido, es todo lo que hay que ver en la capital de Alava.

A tres leguas al E. de Vitoria, no lejos de la carretera que conduce de esta ciudad á Pamplona, se ven las ruinas del famoso castillo de Guevara, que los carlistas habilitaron y defendieron en la última guerra civil, hasta despues del convenio de 1839. Se construyó en el siglo XV, á imitacion del de San Angelo de Roma, en un repecho estéril y escarpado inmediato al antiguo palacio solar de los Ladrones de Guevara, y se asegura que existia

desde el palacio al castillo una comunicacion subterránea cuyo coste debió ser muy considerable atendida la situacion, distancia y naturaleza del terreno.

No quisimos mi amigo y yo partir de Vitoria sin visitar estas ruinas, y fuimos en efecto por la tarde, á caballo, en romeria con varios amigos y compañeros de posada, y si bien las ruinas tienen poquísimo que ver, el pais, aunque agreste, es muy pintoresco. El monte escarpado donde tuvo su asiento el castillo es uno de los que forman las vertientes meridionales de la gran cordillera que separa la provincia de Guipúzcoa de las de Alava y Navarra, y en esta cordillera está la famosa *Peña horadada*, antiguo camino de Guipúzcoa, que no es otra cosa que un agujero abierto naturalmente en la peña, en una estension de setenta varas de largo por diez de ancho. Antes de que se abriera la carretera real de Vitoria por Arlaban y Salinas, fué famoso, desde los tiempos mas remotos, el paso de San Adrian ó de la Peña horadada, punto divisorio de las dos provincias. En el cabo inferior, que mira al Norte y á la villa de Cejama, hay una venta y una ermita con la efigie de este santo, de donde sin duda toma el nombre el camino, hoy frecuentado solo por algunos ginetes y por las carretas del pais.



Castillo de Guevara.

BAÑOS DE ARECHAVALETA.

CAPITULO VIII.

El Castillo de Achorros.

Desde Vitoria seguimos el mismo camino que siguen todos los viageros que visitan las Provincias Vascongadas; es decir, la carretera real de Francia en direccion á la provincia de Guipúzcoa. Pasada la llanura de Vitoria, se entra en la cordillera de Arlaban y se pasa el puerto del mismo nombre, célebre por haber sido teatro de varias acciones de guerra.

La cordillera de Arlaban divide las dos provincias de Alava y Guipúzcoa; el último pueblo de la primera de estas es el de Salinas, situado á la derecha de la penosa cuesta de su nombre. En su jurisdiccion nace el rio Deva, sobre cuya márgen derecha está el santuario de Ntra. Sra. del Castillo y la fábrica de sal, que se provee de una fuente salobre y da nombre al pueblo. Desde la cuesta de Salinas se descubre el famoso valle real de Leníz, en que al terminar aquella se penetra. Fertilízalo con sus cristalinas aguas el rio Deva, y lo hermosean y enriquecen los montes que orillan sus costados. En él es en donde por la vez primera se ofrece á la vista del viagero la constante laboriosidad del labrador guipuzcoano, á cuyo infatigable afan se deben esas frondosas arboledas, esos prados artificiales y esa admirable vegetacion que cubre las montañas desde sus faldas y laderas hasta sus mas encumbradas cimas.

La primera villa del valle, siguiendo siempre la carretera, es Escoriaza situada á la falda de la montañuela de Aldaya, entre la corriente del Deva y uno de sus afluentes llamado Bolivar. Su única curiosidad es la iglesia nueva, construida á mediados del pasado siglo á espensas de un jóven, que siendo sacristan de la antigua fué á buscar fortuna al Nuevo Mundo, ofreciendo si lo conseguia, dotar á su patria con un templo mas capaz y decente. Hízose rico en breve tiempo y cumplió al punto su promesa.

Antes de entrar en Escoriaza se ve á la derecha del camino el suntuoso, vasto y triste edificio que á fines del siglo XV fundó con destino á hospital y hospedería, y con su correspondiente iglesia, don Juan de Mondragon y Ascarretazabal.

Media legua mas adelante se encuentra la villa de Arechavaleta, situada al pie del montecillo denominado Arizmendi, y célebre por sus famosos baños y por su suntuosa hospedería, la mejor acaso que existe en todos los esta-

blecimientos de esta especie en nuestro pais. En la sierra de Zaraya, no distante de la poblacion que nos ocupa, hay una hermosa gruta ó caverna caliza, y en la montaña de Achorroz, subsisten vestigios del antiguo castillo del mismo nombre. Nada se sabe de la época de su fundacion; pero consta que el año 1200 tomó posesion de él el rey don Alfonso el Noble, y que en el siglo XV sirvió para contener los revoltosos; habiéndole defendido los habitantes del valle, en el siglo XVI fué completamente destruido sustituyéndole una ermita del título de la Santa Cruz, que todavía subsiste, y en cuyas inmediaciones hace pocos años se descubrieron y sacaron armas y otros objetos que denotaban estar allí de tiempos muy remotos sepultados. Esto es lo que dice la historia; la tradicion por su parte ha embellecido tambien aquellos sitios con uno de esos cuentos patéticos é interesantes que no podemos menos que referir á nuestros lectores tal y como á nosotros nos lo refirieron.

«El castillo de Achorroz era, segun la costumbre de aquellos tiempos, además de fortaleza un palacio donde habitaban los señores del mismo nombre, enemigos declarados de la famosa casa de Guevara. Esta casa tuvo gran empeño en apoderarse de la villa de Mondragon, y habiéndose negado á cedérsela el rey en varias ocasiones, don Pedro de Guevara formó el proyecto en 1448 de posesionarse de ella aprovechándose de la turbacion é injusticia de aquellos tiempos de revueltas, á cuyo efecto envió á su esposa doña Constanza de Ayala á esplorar los ánimos de los mondragoneses, que opusieron tenaz resistencia, y muy particularmente los que seguian el bando Oñecino, que capitaneaba Gomez Gonzalez de Butron, señor de Achorroz. Viendo el de Guevara frustrados sus designios, agavilló muchos foragidos y malhechores con ánimo de acometer la villa á la fuerza, como lo verificó en efecto el viernes 14 de junio del citado año 1448 al amanecer, en que cayó sobre Mondragon como el ave de rapiña sobre su presa, y desapiadadamente saqueó é incendió todas las casas, con grande escándalo é inaudita fiereza, dice el historiador Garibay. La noche anterior á este atentado, conociendo que su triunfo seria efímero sino inutilizaba á su poderoso rival, Gomez Gonzalez, dispuso que una partida de su desalmada gente se emboscase en sitio oportuno, y se apoderáran del de Achorroz al tiempo de dirigirse á su castillo de vuelta de Bilbao, conduciéndole luego á Guevara á los subterráneos de la fortaleza. Era poco mas de oscurecido cuando el castellano de Achorroz, acompañado solo de dos escuderos se dirigia á su palacio, y de repente vió salir de entre los matorrales un jóven vestido de pastor que cogiendo por la brida el alazan que montaba lo detuvo diciendo:

—No prosigais, señor, adelante, si no quereis ser presa de unos bandidos que os esperan á muy corta distancia emboscados.

—¿Y quién eres tú que tal aviso me dás?... ¿Cómo sabes el designio de esos hombres?

—Soy un pobre aldeano natural de Mondragon, y acaso algun dia sabreis el orígen del intéres que os manifiesto; en cuanto al designio de esos hombres, solo os diré que me han elegido á mí para espía, porque no os conocen, con encargo de avisarles el momento de vuestra llegada; y aunque es cierto que nada me han dicho del objeto con que os esperan, por su mala traza, porque son estraños en este pais, y por algunas palabras que les he sorprendido, no me queda duda de que os quieren hacer mal.

—Doy entera fé á tus palabras, buen mancebo, dijo el castellano, y en prueba de ello voy á volver atrás y á dirigirme por otro camino á mi casa; pero antes quiero saber tu nombre para recompensarte este servicio como debo.

—Yo no lo hago por el interés de la recompensa, señor, sino por cumplir un deber sagrado. Permitid que os oculte mi nombre y rehuse vuestros beneficios; si algun dia necesitase de la proteccion que me ofreceis, yo me presentaré en vuestro palacio á reclamarla.

—Y yo tendré un placer en dispensártela, añadió el de Achorroz, en fé de lo cual y para que en cualquiera circunstancia que sea pueda reconocerte facilmente, toma esta cadena y consérvala como garante de mi palabra.

—La acepto, señor, y poneos en salvo al punto, pues me parece oir ruido de gente que se aproxima.

El castellano siguió el consejo, y apenas habia vuelto grupas, cuando aparecieron no distantes los partidarios de don Pedro de Guevara, que sospechando alguna traicion del pastor iban en su busca. Al ver á Gomez Gonzalez y sus escuderos que huian á toda rienda, se confirmaron en sus sospechas, y no pudiendo ya, por la delantera que llevaban, apoderarse de los fugitivos, maltrataron al espía, y cuando á fuerza de golpes y heridas lo creyeron muerto, arrojaron su cuerpo por un derrumbadero, y huyeron á ocultarse temerosos de la venganza del de Guevara por el mal desempeño de su comision.

Confiado don Pedro en que se habrian cumplido sus órdenes y de que nada tenia que temer por parte de su poderoso rival, dió como dijimos, el ataque á Mondragon; pero Gomez Gonzalez recelando alguna cosa en virtud de la emboscada, habia reunido su gente, y al primer aviso cayó sobre el pueblo, ayudado por los habitantes del valle que se levantaron en masa, y derrotó á los agresores. Don Pedro de Guevara y sus principales caudillos fueron hecho prisioneros y enviados al rey don Juan II, que enterado del horrendo atentado, los mandó formar causa y fueron condenados á la última pena, la cual conmutó el rey, en 7 de agosto de

1449, por lo que toca á Guevara, en tres años de servicio con destino á a ciudad de Antequera, y con la obligacion de resarcir los daños y perjuicios para que quedase libre su linage de la nota de infamia.

Dos años poco mas habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de referir, cuando Gomez Gonzalez de Butron estándose paseando por los jardines del castillo, recibió una carta que le entregó un mensagero, y habiéndola leido dando muestras del mayor contento, hizo que llamasen al punto á Magdalena, su hija única, jóven de diez y ocho años y verdadero tipo de belleza vascongada, con el pelo entre castaño y rubio, ojos de azul oscuro, talle esbelto, facciones acabadas y una sonrisa angelical llena de candor y de dulzura.

—Tengo, hija mia, que darte muy buenas noticias, la dijo el de Achorroz, cuando la vió aproximarse. Mañana llega aquí tu primo, que hace cuatro años marchó á la guerra contra los infieles, siendo solo capitan de los tercios de S. M., y vuelve ahora lleno de laureles y con el título de conde nada menos.

Magdalena se manifestó complacida pero no contenta.

—¡Qué! continuó su padre, ¿no te causa alegría semejante nueva?.. Pues á fé que nadie tiene mas motivos que tú para alegrarse, porque al cabo...

—No os entiendo, padre mio, replicó Magdalena visiblemente contrariada.

—¿Con qué no me entiendes, eh?... Yo creo que me entiendes demasiado, y si no ¿por qué te has puesto tan colorada?

—Padre mio, yo no...

—Vamos, hablemos con formalidad y sin rodeos. Tu primo me dice que solo puede permanecer aquí un mes y que quiere aprovechar este tiempo para que se verifique la boda....

—¡La boda! esclamó Magdalena, y ¿con quién?....

—¿Con quién ha de ser?... Contigo; pues ¿no te lo he dicho ya?

—No me habeis dicho nada, padre, tartamudeó la jóven sin poder apenas sostenerse.

—Pues es igual; ahora te digo que mañana viene tu primo, antes capitan Zarragati, y hoy conde de... ¡Voto va al diablo!... Con la prisa no me dice en la carta el título del condado... En fin, viene mañana para casarse contigo y hacerte nada menos que condesa. ¿Me has entendido ahora?

—Ahora si señor, dijo lenta y tristemente Magdalena, al mismo tiempo que corrian por sus hermosas megillas dos gruesas lágrimas que trató de ocultar á su padre volviendo á un lado el rostro.

Este, sin embargo, nada observó, porque al mismo tiempo que á su hija habia llamado al mayordomo para darle órdenes respectivas al recibimiento de su sobrino, y ocupado con él por una parte y no pudiendo por

otra ocurrírsele ni remotamente la idea de que Magdalena no se volviese loca de alegría al pensar que iba á ser condesa, fijó muy poco la atencion en el efecto que sus palabras habian producido en la infeliz jóven, que en cuanto se quedó sola prorumpió en amargo llanto. No necesitamos en verdad esplicar el motivo de estas lágrimas; cuando una muger llora en circunstancias semejantes, es claro que su corazon repugna el enlace que le proponen. Magdalena se habia criado con su primo, siempre habian estado juntos, hasta que éste partió á la guerra, y sin embargo lo aborrecia con toda su alma. ¿Era este aborrecimiento hijo de alguna causa legítima, ó solamente capricho y efecto de eso que se llama antipatía natural?.. ¿Tenia Magdalena algun motivo oculto para temer dar la mano de esposa al nuevo conde, ó amaba á otra persona sin decirlo?.. La simple narracion de los sucesos que ocurrieron en el castillo de Achorroz nos aclarará estas dudas.

Diremos ante todo que llegó el capitan y fué perfectamente recibido y agasajado por sus parientes, inclusa Magdalena, que procuró disimular sus pesares para que su padre no los penetrara. Pasados los primeros dias se pensó en el matrimonio de los jóvenes; pero eran primos hermanos y la dispensa ofrecia algunas dificultades; fué preciso por tanto esperar mas de lo que se creia al principio, con no poco sentimiento del castellano que cada dia estaba mas impaciente por ver á su hija hecha condesa. Un dia llegaron por fin pliegos de Pamplona con sello del obispo.

—¡La dispensa! ¡La dispensa! gritó el de Achorroz antes de abrirlos, y fué corriendo en busca de su sobrino; pero calcúlese la sorpresa de nuestro buen Gomez Gonzalez, al hallarse con una carta del prelado, en que le decia que enterado el Sumo Pontífice de que no era gustosa la contrayente, y exigiendo las disposiciones del santo concilio, no solo voluntad libre, sino razones de mas valer para poderse espedir bulas de dispensa matrimonial entre parientes tan cercanos, negaba las licencias que se le pedian.

Cuanto nosotros dijéramos aquí, no bastaria para dar una idea ni aproximada del despecho del padre de Magdalena al leer esta carta; afortunadamente su hija no se hallaba delante, porque contra ella fué contra quien estalló su ira con tal violencia, que de seguro la hubiera maltratado teniéndola orilla. «¿De qué medios, decia, se ha valido esa infame para hacer que llegue á noticias del Santo Padre su desobediencia á mis mandatos? ¿Por qué no me ha dicho á mí que no queria casarse? Esto al menos hubiera evitado un escándalo. ¡Que venga, que venga Magdalena al instante!.....» gritaba desaforado. Mientras el de Achorroz hacia tales esclamaciones y se paseaba á largos pasos por la sala, el capitan por su parte manifestaba tambien el despecho que le causaba este inesperado contratiem-

po, jurando y amenazando cortar la cabeza con su tizona á todo el que hubiese tenido parte en la jugada, aunque fuese el mismo obispo. En este estado y cuando mas acalorados estaban ambos, apareció Magdalena en el dintel de la puerta, un poco pálida, pero tranquila y serena, con su sonrisa de ángel, y con sus ojos de cielo, empañados solamente por una nube de tristeza que los cubria desde la tarde en que su padre la anunció la llegada del primo y sus proyectos de boda.

—Acabo de saber, padre mio, dijo aproximándose con calma, que Su Santidad niega la dispensa para mi matrimonio; esta nueva no me sorprende, ni á vos debe afligiros, porque yo jamás me hubiera casado con mi primo. Asi lo dije á mi confesor, y él ha sido quien haciendo justicia á las razones en que se apoya esta resolucion, se encargó de hablar al obispo para que hiciera de modo que no viniera la bula. Sé que obré mal en no declararos mi resolucion, pero me faltó valor, señor, para afligiros. Perdonadme la pena que os causo, y permitid que me retire al convento de Oñate en compañía de mi tia Purificacion.....

Una víbora que hubiese mordido simultáneamente al tio y al sobrino, no les hubiese hecho dar mas tremendo salto.

—¡Monja!!! gritaron á un tiempo.

—Si señor, monja; es el único recurso que me queda.

—¡Jamás! dijo el castellano, la dispensa se pedirá de nuevo, y esta vez vendrá, porque yo emplearé los medios necesarios para que venga, y te casarás con tu primo.....

—¡Nunca! replicó Magdalena con firmeza.

—¡Lo veremos! gritó el padre, saliendo precipitadamente de la estancia.

—¡Lo veremos! dijo el primo dirigiéndola una mirada que la hizo estremecer.

La necesidad de ser breves nos obliga á dejar trascurrir tres meses y pasar en silencio el martirio que durante este tiempo sufrió la pobre niña, encerrada en un aposento de órden de su padre, donde nadie podia entrar mas que la doncella que la asistia y el capitan, que cada vez le era mas odioso, y donde sin ver á nadie, pasaba los dias llorando y las noches en vela, oyendo silbar el viento en sus ventanas que daban al campo, ó escuchando el graznido de las aves de rapiña que se anidaban en los viejos torreones de la fortaleza.

Una noche de otoño, en que los elementos parecian haberse desencadenado todos, y el viento crugia con mayor fuerza que nunca, le pareció que al ruido de la tempestad se mezclaba el de una voz humana que entonaba una cantinela del pais; al pronto creyó que seria ilusion, pero apli-

cando mas el oido, no le quedó duda de que al pie de sus balcones pronunciaban con melancólico acento estas palabras:

Bella jóven, que tranquila
En blando lecho descansas
Sin recelar el peligro
Que tan cerca te amenaza;
Huye, cándida paloma,
Del gavilan que sus garras
Clavar medita en tu seno
Para saciar su venganza.
Huye, por Dios, que aun es tiempo;
Pero no, no temas nada,
Que amor vela por tu vida
Y no se duerme quien ama.

—¡Dios mio!..... esclamó Magdalena cayendo de rodillas en medio del aposento, y elevando las manos al cielo. ¡Es él!... mi Genaro!... Aun vive!... Aun se acuerda de su infeliz Magdalena!... Pero ¿qué peligro me anuncian sus palabras? dijo levantándose de pronto poseida de un terror pánico. En mi casa, en la casa de mi padre..... ¡Oh! no puede ser; sin duda entendí mal.....

De nuevo se dejó oir la voz del trovador, que repitió las mismas palabras, pero entonces mas cerca y con tal claridad, que no parecia sino que estaba dentro del balcon; á cada estrofa la agitacion de la jóven iba creciendo, hasta que al concluir la última, por un efecto maquinal, de que ella misma no supo darse cuenta, corrió á abrir las ventanas; un hombre se precipitó en el aposento.

—¡Genaro! gritó Magdalena.

—¡Magdalena mia! esclamó Genaro, y cayeron uno en brazos del otro sin proferir mas palabra.

Al cabo de breves instantes, recobrando el mancebo toda su serenidad

—Vengo á salvarte, Magdalena, dijo á la jóven; estás amenazada de un grave peligro. Tu primo, viendo que son inútiles todos los medios empleados para obtener tu consentimiento á esa faltal boda, ha imaginado un plan horrible .... Me estremezco solo de pensarlo!...

—¿Qué es lo que intenta? ¡Dios mio!

—Ha mandado hacer una llave igual á la que tiene tu padre de esta habitacion, con el fin de introducirse en ella de noche, y abusando de tu sueño obtener por violencia lo que no ha alcanzado con ruegos, para obligarte asi á que consientas en darle tu mano.

—¡Eso es espantoso, Genaro mio! ¿Y qué he de hacer para libertarme del infame?

—Huir conmigo.....

—¡Oh! nunca! dijo con dignidad la jóven apartándose de sus brazos.

—Déjame concluir, Magdalena..... La escala de cuerda que me ha servido para llegar hasta aqui, y que no sin mil afanes he podido amarrar al balcon, es bastante segura para que podamos ambos descender por ella. Yo te conduciré esta misma noche al convento de Oñate. Desde alli le escribes á tu padre refiriéndole todo, incluso nuestro amor; bien sé que no consentirá nunca en que seas mi esposa, pero tú sabes tambien que no alimenté jamás la menor esperanza, y que mi amor es puro y desinteresado. Solo pretendo que quitemos la máscara á ese hipócrita, y que vivas tú tranquila en aquel santo retiro, mientras que yo cumplo mi promesa.....

—No, Genaro, nunca tendré valor para abandonar la casa de mi padre. Por muy santo, por muy puro que sea nuestro cariño, el mundo me acusará, porque el mundo no es indulgente, ni sabria comprender tu abnegacion. Cualquiera que sea la suerte que la Providencia me destine, la sufriré resignada..... Te he ofrecido no ser de nadie sino tuya y lo cumpliré como lo he jurado, pero no exijas mas de la pobre Magdalena.

—¿Te olvidas, ángel mio, prosiguió Genaro, que tu primo medita tu perdicion, que tiene en su mano los medios de deshonrarte, y que acaso esta noche misma.....

—¡Oh! no le temo, yo me sabré defender; yo le mostraré lo que puede una muger cuando quiere resistir.

—El corazon te engaña, Magdalena; por heróica que sea tu resistencia sucumbirás en la lucha, y entonces ya no tiene remedio..... Además, es preciso salir de este estado. ¿No tienes confianza en tu Genero?

—¡Ah! si, mucha!...

—Pues bien, sígueme; deja al mundo que nos critique. Dios solo puede ser juez de nuestras acciones. ¿A qué correr los riesgos de una lucha que puede evitarse? ¿Quién sabe si enterada tu tia de tus infortunios alcanzará de tu padre nuestro perdon y lucirán para ambos dias mas felices?

—Imposible, Genaro; un secreto presentimiento me dice que hemos de ser siempre desgraciados.

Un ruido que se sintió en la puerta del aposento, interrumpió este diálogo.

—Es tu primo, que viene á consumar su crímen. ¿Ves cómo se realizan mis pronósticos?..... Sigueme, Magdalena, sígueme ó los dos somos perdidos.

La jóven se dejó arrastrar hácia el balcon sin tener fuerza suficiente para oponerse, y ambos dos amantes, estrechamente abrazados, empezaron á descender la escala. La siniestra figura de un hombre, envuelto en una

capa y con una linterna sorda en la mano, se dibujó al mismo tiempo en la puerta de la habitacion. Daba ésta, frente á la ventana, y á la luz rojiza de un relámpago, vió como una sombra á los jóvenes en el momento que doblaban el antepecho; miró en rededor de sí, y notando que el cuarto estaba desierto lo comprendió todo. Entonces se dirigió precipitadamente al balcon, sacó un cuchillo de monte que llevaba á la cintura, y cortó la cuerda que sujetaba la escala; el ruido producido por el choque en el suelo, de un cuerpo pesado que se desploma, y un grito lastimero que se confundió con el estampido de un trueno, fué lo único que se oyó. En seguida todo quedó en silencio, y el hombre de la capa desapareció por donde habia venido, cerrando cuidadosamente la puerta.

Al amanecer del siguiente dia, los gemidos y las voces que daban los aldeanos de las inmediaciones del castillo, despertaron al señor de Achorroz, quien dirigiéndose maquinalmente al lugar de donde partian, se ofrecieron á su vista dos mutilados cadáveres. Eran los de Genaro y Magdalena: pendiente del cuello del jóven, habia una cadena que Gomez Gonzalez reconoció al instante ser la misma que habia dado al pastor que le libertó la vida, avisándole la emboscada de los partidarios de don Pedro de Guevara. El castellano alzó los ojos al cielo, y no pronunció mas que estas palabras: «¡Cúmplase la voluntad de Dios!» En seguida mandó que diesen sepultura á los dos amantes, sin pompa ni aparato, y en el mismo sitio en que murieron se elevó una cruz de piedra, con esta inscripcion en el pedestal:

GENARO. MAGDALENA.

REZAD UN PADRE NUESTRO POR SUS ALMAS.

Cuando en el siglo XVI se destruyó el castillo de Achorroz, sus propietarios, descendientes de Gomez Gonzalez, mandaron erigir una capilla en el mismo sitio en que estaba la Cruz de piedra, dándola este nombre, y es la misma que hemos dicho subsiste aun en la cima del monte.

Réstanos todavía dar al lector algunas esplicaciones mas, sobre los sucesos que acabamos de referir. La noche que ocurrió la catástrofe de los amantes, desapareció del castillo el primo de Magdalena, circunstancia que á todos llamó la atencion, y mas particularmente al castellano, que hacia algun tiempo empezaba á desconfiar de su pariente; pero era imposible atribuir á un crímen la muerte de los jóvenes, hallándose como se halló, cerrado el cuarto de Magdalena; y lo que generalmente se creyó fué, que con el peso se habia roto la cuerda que sujetaba la escala, lo cual suponia Gomez que era un castigo del cielo. Sin embargo, preciso es confesar que

el castellano hubiera deseado que la Providencia se mostrase menos severa, y aunque á sus ojos el crimen era grande, el verse privado de su hija única á quien idolatraba, el remordimiento de haber contribuido quizás con su severidad escesiva á ponerla en este caso, y la pena que tambien le causaba el que fuese la otra víctima cabalmente el jóven á quien debia la vida, fueron causas suficientes para que abandonado al dolor y á las cavilaciones á que el suceso daba lugar, contrajese una enfermedad incurable que iba consumiendo sus dias con la misma lentitud que la luz de una lámpara á quien falta el alimento. Una tarde que al ponerse el sol se hallaba sentado en el pico de una de las peñas que rodeaban el castillo, contemplando la Cruz de piedra, como de contínuo hacia, fué un criado á decirle que acababa de llegar un peregrino que volvia de Roma, y tenia que hablarle de asuntos importantes.

—Que venga aqui ese buen hombre, dijo el castellano, y hablará lo que guste, que aqui nadie nos puede oir, y luego hallará en el palacio la hospitalidad debida.

Acercóse en efecto el romero, y despues de los correspondientes saludos, dijo que habia conocido en su viage á la Tierra Santa, un jóven que iba como él á cumplir una promesa, con quien trabó estrecha amistad; que este jóven fué acometido de una fiebre maligna antes de llegar al término de su peregrinacion, y que viendo próxima su última hora lo habia llamado y lo habia dado un paquete de papeles, exigiéndole palabra y juramento de que no los entregaria á nadie mas que al señor de Achorroz, y de que los quemaria sin leerlos en el caso de que èste hubiese muerto. En seguida puso el paquete en manos del castellano, y se despidió sin permitir pasar la noche en el castillo, porque dijo que la penitencia que estaba cumpliendo le impedia dormir bajo techado. Gomez Gonzalez abrió el paquete, y se halló que era de su sobrino, quien despues de pedirle perdon por haberse marchado sin avisárselo á cumplir una promesa que hizo en el ejército, se manifestaba muy afligido por la desgracia de su prima, de que no habia tenido noticias, decia, sino despues de dos meses de ausencia, y le pedia, en fin, que rogase á Dios por su alma, pues se hallaba en el último trance. El buen anciano se echó á llorar y esclamó lleno de amargura: «¡Tambien mi sobrino!..... Todos en este mundo me han dejado!.....»

Al decir esto salió de entre unos matorrales el peregrino, quien quitándose el sombrero y las barbas postizas que lo disfrazaban, y arrojándose á sus pies. «¡Yo no, tio mio! dijo, la Providencia me ha conservado para que os sirva de apoyo; he querido emplear esta estratagema solo para saber si me conservábais aun algun resto de cariño: ya que sé que me amais, jamás me separaré de vuestro lado.

No hay para qué decir que desde entonces el capitan quedó en la casa como único amo de ella, pues el pobre anciano de nada se cuidaba mas que de sus penas y de sus achaques. Así pasó mucho tiempo, hasta que un incidente imprevisto cambió de pronto el aspecto del castillo.

La habitacion en que Magdalena estuvo encerrada hasta la noche de su muerte no se habia abierto despues, porque el castellano, que era quien tenia la llave, á nadie quiso confiarla, ni él tuvo nunca valor para abrirla.

Un dia que se paseaba con su sobrino por el corredor contiguo, refiriendo á éste la catástrofe de su hija, que era siempre su conversacion favorita, le ocurrió abrir la puerta del cuarto y penetrar en él: el capitan lo siguió sin el menor recelo, pues ignoraba que fuese aquella la primera vez que se abria desde la noche fatal; pero calcúlese cuánto sería su asombro y turbacion al ver á su tio, que como dijimos le precedió al entrar en la estancia, con un cuchillo de monte en la mano, que acababa de recoger del suelo, leyendo el nombre que habia grabado en el puño. Este nombre era el del capitan, porque ya hemos dicho al lector que él fué quien cortó la cuerda de la escala. Jóven vicioso y lleno de deudas, concibió el proyecto de casarse con su prima para mejorar de fortuna. Conociendo que el flaco de su tio era la vanidad, logró en la córte á fuerza de intrigas un título de conde, que creyó le sirviese de escudo para saciar su ambicion; pero Magdalena, que siempre lo aborreció porque conocia sus pérfidas inclinaciones, y que además amaba á Genaro desde niña con toda su alma, le opuso una resistencia tenaz, y contrarió todos sus proyectos. Consumado el crímen por el capitan, en el acceso de ira que le produjo el ver escapar su presa cuando la juzgaba mas segura, se creyó en el primer momento perdido, y huyó: pero informado luego por un criado de confianza de que nadie habia sospechado la causa de la muerte de los jóvenes, cambió de plan, y volviendo á su primitivo proyecto, que era conseguir á todo trance la herencia del de Achorroz, se presentó en el castillo de la manera que hemos visto. La Providencia, que en su alta sabiduría no permite la impunidad de tamaños delitos, se valió del mismo puñal, instrumento de la muerte de los amantes, que el capitan no recordaba dónde ni cuándo habia perdido, para que sirviese de delator. Viéndose descubierto, se arrojó á los pies de su tio, y le confesó todo, implorando su perdon; pero éste se mostró inexorable y lo entregó en manos de la justicia, para que sufriese el castigo á que se habia hecho acreedor. Muy poco tiempo despues murió Gomez Gonzalez á impulsos de su dolor, que se hizo mas intenso con el descubrimiento del crimen de su sobrino. Las caseras del monte Achorroz, cuando cuentan esta historia á los viageros, añaden que en las ruinas del castillo se oyen lastimeros ayes las noches que hay tempestad, y que son las almas de Mag-

dalena y Genaro, que sin duda están en el purgatorio por haber muerto sin confesion, y vienen á pedir oraciones. El capellan de la ermita de la Santa Cruz, les ha repetido mil veces en sus sermones, que lo que se oye es el silbido del viento al través de los matorrales; ellas lo escuchan con atencion, pero todavía no ha logrado convencerlas.»

CAPITULO IX.

El partido de pelota y el coronel Salcedo.

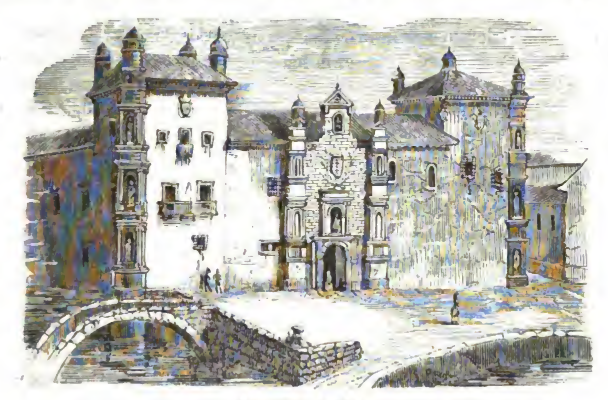
Una de las poblaciones importantes del valle de Leniz es Mondragon, patria del historiador Garibay, que floreció en el siglo XVI, y fué el primero que escribió una historia de España, dándole el modesto título de compendio. A media legua de distancia de esta villa, está el santuario y baños de Santa Agueda, los mas concurridos quizás de toda la peninsula, y de los que mayor número de curas milagrosas se cuentan. Es verdad que son muy antiguos, pues consta que hace mas de cuatrocientos años llegaban gentes en romería á rezar á la santa, y de paso á tomar las aguas; en el dia sucede al revés: van muchos á tomar las aguas, y solo algunos rezan de paso á la santa. Labróse hace tiempo un hospicio para los pobres, del que solo quedan restos, y los demás concurrentes se acomodaban en los inmediatos caserios, hasta que en 1826 se construyó una casa de baños y una buena fonda, que aun cuando es menos lujosa que la de Arechavaleta, se disfruta en ella de mucha comodidad y escelente servicio.

Pocos son los bañistas de Santa Agueda que dejan de visitar la gran peña de Udala, donde está la famosa cueva de San Valerio, que es un magnífico palacio de cristal, de sorprendente y agradable efecto, con inmensas bóvedas adornadas de estalactitas y con mil caprichosas figuras cuya descripcion seria interminable; alli se ven estensas galerías, suntuosas tumbas y elegantes pabellones, todo labrado por la naturaleza, y en vano es querer tocar los límites que el Criador dió á este recinto, porque los precipicios lo impiden.

Mauricio y yo habiamos ido á la peña en romeria, con otras treinta personas por lo menos, y tanto nos detuvimos, que habiendo entrado con sol en la cueva, cuando salimos apenas se distinguian los objetos; pero no era lo avanzado de la hora, sino lo espeso de las nubes lo que producia la oscuridad. Conociendo el peligro, metimos espuelas á nuestras monturas,

mas esto no impidió que antes de llegar á la fonda descargase tal aguacero, que nos puso en dispersion á todos, en términos que hubo quien á las diez de la noche andaba todavía errante por aquellos campos. Las señoras que nos acompañaban, bastantes en número, fueron naturalmente las que mas sufrieron, y las que mas tarde arribaron á la hospedería. Mauricio creyó observar, con su acostumbrada malicia, que los rezagados eran los que mas asiduamente obsequiaban á las damas, pero yo supongo que esto seria puramente casual.

Antes de llegar á Vergara se encuentra la ermita de San Prudencio, de donde parte un hermoso camino para Oñate, que cuando nosotros lo anduvimos se estaba construyendo, y en el dia se halla completamente concluido, aunque sin uso. Oñate es célebre por su famosa universidad, por



Universidad de Oñate.

sus edificios y por el importante papel que representó en la última lucha civil, pues además de haber sido residencia de don Cárlos, se firmó en ella el memorable convenio de Vergara. La iglesia colegial de San Miguel es bellísima, y merecen verse con detencion las capillas llamadas del Conde y de San Emeterio y San Celedonio, asi como la elevada torre que al estremo occidental del edificio construyó el arquitecto guipuzcoano don Manuel Carrera en 1779 y siguientes hasta el de 1784.

El colegio universal, fundacion hecha por don Rodrigo de Mercado y Zuazola, obispo de Mallorca, de Sigüenza y de Avila, y virey de Navarra, se trazó y comenzó el año 1542. El edificio forma un cuadro, con un patio

en el centro al que circundan dos galerias de piedra. Adornan su fachada cuatro especies de torres: las dos de los ángulos tienen tres cuerpos, y las del centro solo dos, y unas y otras sientan sobre pedestales y rematan en cupulillas.

Matriculábanse anualmente en esta univesidad sobre doscientos discipulos, y de ella han salido en todos tiempos esclarecidos varones, honra y prez de la nacion española. En el dia se halla suprimida desde el último arreglo.

En la plaza, que es grande y de forma irregular, se ve la casa de ayuntamiento, edificio costoso, pero de mal gusto; en su planta baja tiene soportal con tres arcos por el frente y dos por los costados. Cerca de este edificio y en el mismo lienzo oriental está la casa que habitó don Cárlos.

En la jurisdiccion de Oñate y á dos leguas de distancia de la misma villa se halla el dovoto santuario de Nuestra Señora de Aranzazú, patrona de los guipuzcoanos, y uno de los principales objetos de su devocion, circunstancia que nos nueve á dar noticia de su historia. Estaba un jóven llamado Rodrigo de Balzategui, hijo, y posteriormente señor de la casa de su apellido, apacentando los rebaños de su padre en la falda de la montaña Alona, en virtud de las costumbres patriarcales de este pais, costumbres que la mano del tiempo vá insensiblemente borrando, é internándose un dia mas de lo que acostumbraba por aquellos tan ásperos lugares, vió sobre un espino «una devota imágen, dice Garabay, de la Vírgen María, de pequeña proporcion, con la figura de su hijo precioso en los brazos y una campana á manera de grande cencerro al lado.» Sorprendido Rodrigo con tan inesperado hallazgo esclamó: Aranza-zuc (vos en el espino) y cubriendo con ramas el venerable simulacro se apartó de aquel sitio é hizo sabedores del raro suceso á los vecinos de Oñate, muchos de los cuales precedidos del concejo fueron á cerciorarse del relato de Rodrigo, y descendiendo por una de las mas fragosas vertientes de la citada peña, hallaron la efigie en el mismo punto que habia dicho el sencillo pastor. Hicieron al pronto una capilla de tablas, labrándose despues una ermita, á la que se retiró luego una señora guipuzcoana, llamada doña Juana de Arriaran, la cual consiguió que se fundase un convento pequeño por no permitir otra cosa la desigualdad y aspereza del terreno. Ocupáronle primeramente los frailes mercenarios, y no pudiendo sufrir lo frio, incómodo y escondido del local, le abandonaron, apoderándose entonces de él los tercerones de San Francisco, que continuaron la obra por los anteriores comenzada. Llegó la época de la reforma de estos frailes, y no queriendo hacerse observantes los que en Aranzazú residian, abrazaron la órden de Santo Domingo, causa y principio de sérias y largas discordias. Disputáronse los franciscos y dominicos

la posesion de este santuario, y al fin quedó por los primeros. En el año de 1552 un horroroso incendio destruyó el referido convento, reduciendo á cenizas su archivo y todas sus curiosidades, que no eran pocas. Hízose otro edificio mas vasto y suntuoso que el anterior, con el producto de las limosnas de las muchas personas que venian á implorar en esta iglesia los favores de la Reina de los Angeles, distinguiéndose por la riqueza de las ofrendas, los marinos y navegantes vascongados. Celebrábanse por su magnificencia en el convento, el refectorio y la enfermería, y habia elegantes retablos en la iglesia, hechos por Diego Basoco, y adornados con bellas efigies de Gregorio Hernandez Todo pereció en 1834 por haber entregado á las llamas este santuario las tropas que seguian á los carlistas. La sagrada imágen fué conducida á la villa de Oñate y colocada en el convento de Vidaurreta, por los religiosos que la sacaron de entre el fuego.

En 1846 ha sido de nuevo llevada la imágen de Nuestra Señora al santuario que nos ocupa, reedificado con las limosnas de los guipuzcoanos, que han hecho los mayores sacrificios hasta conseguir este objeto.

Despues de visitar el santuario entramos de nuevo en la carretera de Francia que habíamos abandonado para dirigirnos á Oñate, y pasamos sin detenernos por Vergara y Tolosa, ya porque contábamos volver á estas poblaciones, y ya tambien porque teníamos necesidad de llegar cuanto antes á San Sebastian.

Esta ciudad, por cuatro veces incendiada, quedó completamente destruida en 1813. Ocupábanla las tropas de Napoleon, y habiéndola sitiado los aliados dieron varios asaltos, en uno de los cuales se voló casualmente un almacen de combustibles, y aturdidos los sitiados con el estruendo que produjo, corrieron á guarecerse al castillo dejando la plaza abierta á los anglo-portugueses, que aprovechándose del no esperado suceso, en un instante y sin obstáculo, la ocuparon toda. Grande fué la alegría de los vecinos de San Sebastian viendo que era llegada la hora de conseguir su deseada libertad; pero la recibian de estrangera mano, y de uno ú otro modo habia de serles muy costosa. Desbandáronse los sitiadores por la poblacion, y roto el freno de la disciplina, no quedó linage de esceso que no cometieran. En medio de tanta calamidad, empezó, y se estendió con la mayor rapidez, un horroroso incendió que hizo desaparecer los mejores edificios, pues de mas de setecientos que habia, solo quedaron treinta y seis, y se redujeron á cenizas sus archivos, acaso los mas ricos de todas las ciudades de España.

Desde esta época no ha dejado de trabajarse en la reedificacion, y tanto se ha hecho, que en el dia puede decirse que se halla terminada. San Sebastian es por consiguiente una ciudad moderna, con sus calles rectas y



limpias, con sus casas de lindo aspecto, simétricas é iguales todas en altura, con una hermosa plaza, un bonito teatro, construido hace pocos años, un escelente hospital estramuros de la poblacion, buena casa de baños, paseos, fondas, cafés y todo cuanto es necesario para gozar de las comodidades de la vida.

Cuando nosotros llegamos habia un crecido número de forasteros, porque en la estacion del calor es muy concurrida á causa de su benigna temperatura, que no escede de 18 á 24 grados de Reaumur, y de su bellísima playa ó concha, la mejor y mas segura de toda esta costa para bañarse en el mar. Nos esperaban varios amigos para ir juntos á Irun á ver un partido de pelota, que sin exageracion puede decirse que tenia en alarma las tres provincias Vascongadas y la de Navarra. Los Vascongados son aficionadísimos al juego de pelota, y raro es el pueblo, por pequeño que sea, donde no lo hay; pero el partido de que vamos á hablar reunia una porcion de circunstancias verdaderamente notables. Tres jugadores navarros, de los de mas fama, se habian desafiado con igual número de franceses, y se señaló Irun como punto intermedio para sitio del palenque. De antemano se habian levantado inmensas gradas, tablados y balcones, alrededor del juego de pelota, para colocarse los espectadores. La víspera, y la mañana del dia designado, los caminos se veian cuajados de gente, sin disticion de clases, edades ni sexos, que en carruages, á caballo, en artolas ó á pie, cada cual segun sus facultades, marchaban todos á Irun con un entusiasmo y decision tal, que la pluma no basta á describirlo. Las calles y las plazas del pueblo apenas bastaban á contener la concurrencia, y en las casas particulares, principalmente las de alguna categoría, puede decirse que fué feliz la que tuvo menos de doce huéspedes. Estaba el tiempo frio y lluvioso, como acontece con frecuencia en estas provincias; mas no por eso desmayó el entusiasmo de los asistentes al espectáculo; al contrario, su ardor parecia aumentarse en la misma proporcion que las apiñada nubes arrojaban torrentes de agua. En vano fué esperar que la atmósfera se despejase; á un turbion seguia otro mas fuerte, y la noche llegó sin que hubiera podido realizarse el partido, pero tambien sin que hubiese desertado ni uno solo de los espectadores, que engañados en sus esperanzas, se resignaron á aguardar el siguiente dia acomodándose cada uno como mejor pudo. Entretanto, las puestas se cruzaban, sirviendo de intermediarios unos hombres, especie de agentes, que recorrian los grupos para organizar el juego. «Tengo una onza, decia uno, en favor de los navarros.» «Yo tengo media, replicaba otro, en favor de los franceses,» y de este modo se empeñaron cantidades inmensas, y poco á poco fué tomando el partido unas proporciones colosales.

Por fin, amaneció el dia deseado, claro y sereno, y en todos los semblantes se notaba la satisfaccion que producia la brillante luz del sol y la certeza de ver realizadas pronto sus esperanzas. Las diez era la hora designada para el partido, y á las siete todas las gradas estaban llenas de gente; solo los balcones y tablados se veian vacíos; pero á las nueve y media empezaron á poblarse con las familias mas notables de las cuatro provincias y de Bayona, inclusas las autoridades, y con las infinitas personas de Madrid y otros puntos que se hallaban de temporada ó á tomar baños del pais. El punto de vista que presentaba el circo era verdaderamente admirable por el número de concurrentes, por la diversidad de trages y por el lujo y elegancia de las señoras. A las diez en punto se presentaron en el palenque los jugadores acompañados de los jueces nombrados por ellos mismos para fallar sobre la validez de las jugadas, y de un especie de comisario régio ó juez supremo nombrado por el alcalde del pueblo, cuya autoridad en tales casos es omnímoda, pues su fallo no tiene apelacion. Corre á su cargo el mantenimiento del órden dentro del circo, y en el caso de haber divergencia respecto á alguna jugada, entre los jueces que podemos llamar comunes, interpone su autoridad y sentencia en última instancia. Despues de conferenciar los unos y los otros, y de ocupar todos sus respectivos puestos, dió principio el partido reinando el mas profundo silencio; pero á cada jugada, á cada movimiento de la pelota, una salva de aplausos y silbidos á un tiempo, daba á conocer bien clara y distintamente quienes eran los parciales y quienes los antagonistas del que la habia hecho. Desde luego la victoria empezó á declararse en favor de los navarros, y aunque los franceses, que eran escelentes jugadores, lograron por dos veces inclinar la suerte á su favor, al fin quedaron vencidos. En seguida se dispersó la reunion.

Mauricio y yo, no entendimos ni una palabra del juego; pero gozamos mucho con el espectáculo, enteramente nuevo para nosotros y muy superior á lo que nos prometiamos; pues no creimos nunca que tanta diversion proporcionara, ni tal entusiasmo produjese un partido de pelota.

Habiamos ido á Irun, como ya dije, con varios amigos de San Sebastian, y entre las infinitas personas que hallamos allí, fué una mi condiscípulo Salcedo, de quien hice mérito al hablar del Círculo de Vitoria. Al concluir el partido se reunió con nosotros y se empeñó en que habiamos de comer juntos en la fonda; yo me resistí tenazmente, porque me parecia mal dejar tres compañeros de viage, pero hube de ceder, aunque de mala gana, pues Salcedo es uno de esos hombres de bellísimas cualidades y corazon escelente, pero á quien no se puede contrariar nunca sin esponerse á reñir con él, y á mí no me gusta reñir con mis amigos sin un motivo fundado. Fuimos á la fonda, ó mas bien parador, donde no sin trabajo logra-

mos que nos diesen de comer mal, en un rincon de la sala donde estaban sirviendo la mesa redonda con mas de cuarenta cubiertos. Todas las conversaciones, asi generales como particulares, versaban, como es consiguiente, sobre el partido de pelota, sosteniendo cada cual su opinion con mas ó menos calor. Los franceses, en mucho mas número que los españoles alli reunidos, se espresaban con toda la acritud propia del amor propio ofendido, pero en honor de la verdad, sin usar palabras ofensivas. Salcedo guardó silencio durante la comida sin tomar parte en la contienda, y solo en sus miradas de reojo y en su semblante visiblemente alterado, se notaba la mortificacion que estaba sufriendo. Mauricio me hacia señas espresivas de su disgusto, y yo procuraba distraer á ambos hablando de cosas indiferentes. Así pasó la comida; á los postres empezaron á echar brindis los franceses de la mesa redonda, algun tanto provocativos.

—Consolémonos, señores, de la derrota, dijo uno, que si los españoles nos han vencido con proyectiles de cuero, nosotros los hemos humillado más de una vez con los de plomo.

Salcedo se levantó impetuosamente, y dando un golpe tremendo en la mesa, de cuyas resultas cayeron en tierra las botellas y los vasos, con voz de trueno gritó:

—Los españoles no se humillan nunca y saben vencer á los franceses lo mismo en el juego de pelota que en el campo de batalla, así en Irun como en Bailen.

—¿Es vd. capaz de probar personalmente eso que dice? preguntó el francés sin alterarse.

—Sino lo fuera, no lo hubiera dicho, replicó mi amigo.

El francés sacó tranquilamente del bolsillo una cartera, retiró de ella una tarjeta, y la arrojó con desden en nuestra mesa.

Mauricio y yo con algunos de los compañeros de mesa de Mr. Tenois, que asi se llamaba el francés, quisimos oponernos á la realizacion de un duelo producido por una causa tan frívola, y agotamos todos los recursos de la oratoria para convencer á uno y á otro que era un disparate batirse por semejante niñería; pero todo fué en vano, ninguno quiso ceder y no hubo mas remedio que fijar las bases del desafio. Salcedo, como era consiguiente, me eligió á mí por padrino, y lo mismo hizo Mr. Tenois con otro de sus amigos. Por mi parte confieso que en la vida me vi en mayor apuro, porque nunca habia presenciado ni intervenido en lances de esta especie, á los que por carácter y por convencimiento tengo marcada aversion. No habia medio de escusarse, sin embargo, y tuve que resignarme al sacrificio mas costoso de cuantos hubieran podido exigirme, pero el honor, falso ó verdadero y sobre todo la amistad, imponen deberes sociales de que no es posible

prescindir sin desdoro. Despues de algunas conferencias con el padrino de la parte contraria, quedó decidido que el duelo se verificaria en la mañana siguiente, y que seria á pistola, tirando á veinte pasos de distancia.

Cuando salimos de la fonda volví á reconvenir á Salcedo por su estremada ligereza.

—Ya no tiene remedio, le dije, yha y que llevarlo adelante, pero es el colmo de la estravagancia esponer dos hombres sus vidas por un motivo tan leve.

—Te equivocas en suponer que solo lo ocurrido en la mesa es la causa del duelo; detrás de ese pretesto aparente, hay un objeto real y positivo que en otra ocasion sabrás.

—Quiero saberlo ahora, le dije, siquiera para descargar mi conciencia que me acusa por la parte que he tomado, aunque sin voluntad, en este lance.

—Es una pequeña historia, replicó; ya te la referiré.

—Tanto mejor si es historia y pequeña, proseguí, para que la refieras ahora, porque las historias me gustan, y siendo pequeña no te cansarás en contarla.

—Bien mirado, dijo Salcedo con cierto aire de tristeza, creo que debo complacerte, porque si mañana me levanta la tapa de los sesos ese hombre, que es un gran tirador, ya no te la podré contar.

—No hablemos de mañana, dije para distraerlo, y vamos á la historia.

—Vamos á ella, prosiguió mi amigo; pero antes, y á manera de introduccion, tienes que oir dos palabras relativas á mi vida desde que no nos vemos.

—Oiré con mucho gusto aunque sean ciento, porque lo deseo, y si no te pregunté ya fué porque jamás acostumbro á reclamar de mis amigos mas confianza que la que quieren dispensarme.

—Tú tienes toda la mia, y ojalá siempre hubiera seguido tus consejos, pero esto no es del caso. Comprometido á abrazar el partido carlista por razones de familia de qne no podia prescindir, vine á Navarra, mi pais, en cuanto falleció el último monarca, á ocupar el puesto que de antemano se me habia designado, y por espacio de siete años, á la cabeza de una compañía primero, y de un batallon luego, me batí en cuantas ocasiones se me presentaron, no diré con valor, pero si con decision, aunque á la verdad sin fé ninguna en la causa que defendia. El convenio de Vergara me ofreció una ocasion honrosa de abandonarla, y me acogí á él sin vacilar y de todo corazon; entonces era yo coronel, y este grado tengo en el dia, pues no he vuelto al servicio activo. Pedí mi cuartel para Vitoria, porque en esta ciudad vive mi hermana y única parienta que me resta, casada con un buen alavés, hijo de un propietario tal cual acomodado; mi madre murió durante la guerra de un susto que la dieron diciéndola que yo habia sido uno de los

fusilados en Estella por órden de Maroto. En Vitoria tenia mucho tiempo de sobra, y para ocuparme en algo me dediqué á visitar algunas casas de familias conocidas; el trato engendra cariño, y yo que en tanto tiempo no habia oido mas que el estruendo de las balas, ni habia esperimentado otras emociones que las que producen los combates, estaba ansioso de ecos mas dulces y de sensaciones mas agradables. Al pronto crei que me habia enamorado simultáneamente de todas las jóvenes que visitaba: tal fué el entusiasmo con que abracé mi nueva carrera de galanteador; pero pronto me convencí de que solo era una la preferida, quizás por lo mismo que era tambien la que me trataba mas desdeñosamente; con todo, su desden no llegó nunca á ser rigor, y despues de alguna resistencia, mas aparente que positiva, consintió en corresponderme con la condicion de que no habia de ser celoso, y que la habia de dejar gozar plenamente de su libertad de viuda. Yo suscribi á todo, la verdad, sin intencion de cumplirlo; pero la amaba como un loco, y lo que queria era verme correspondido á cualquiera costa. Asi pasé dos meses, los mas felices de mi vida: Cecilia, que tal es su nombre, usaba con mucha moderacion de la libertad que se habia reservado, y aunque yo, á pesar de lo convenido, no dejaba de mortificarla con celos, no muy fundados por cierto, estas pequeñas reyertas servian solo para acrecentar mas nuestro mútuo cariño.

Vivia Cecilia por decoro con una tia suya, pues aunque viuda, como ya dije, solo contaba veinte y cuatro años, y no te hablo de su belleza, porque en boca de un enamorado los elogios de su amada son siempre sospechosos. Confieso no obstante que ni su esbelto talle, ni sus hermosos ojos, ni sus acabadas facciones es lo que en ella me entusiasmaba, sino su irresistible gracia andaluza, porque ha nacido en las orillas del Betis, y ciertos arranques de brusqueria tan en consonancia con mi carácter, que dudo haya otra muger en el mundo que me pueda agradar del mismo modo.

Un dia al dirigirme á su casa, que la tiene junto al hospicio, la vi en el balcon ocupada en contemplar á un hombre que sentado sobre una piedra, estaba dibujando la fachada del edificio, y tan distraida que no reparó en mi hasta que me tuvo á su lado y la dirigi la palabra. Al oir mi voz dió un grito sobresaltada, como aquel á quien se coge cometiendo un delito; yo la reconvine con aspereza, y esto dió motivo para una de las infinitas riñas que teníamos á cada instante. Pronto hicimos las paces, y viendo yo al siguiente dia que el hombre de los dibujos continuaba la tarea sentado en la piedra, y que Cecilia no se asomó al balcon, me quedé completamente tranquilo. Sin embargo, aquel hombre que siempre estaba alli inmóvil como un poste, y que nunca acababa sus dibujos, me tenia fastidiado sin saber por qué. Mas de una vez me ocurrió la idea de provocar una disputa

con él bajo cualquier pretesto, pero reflexioné que era dar un escándalo sin causa plausible, pues el bueno del dibujante ó artista, nada hacia digno de reprension, más que estarse todo el dia sentado en la piedra, lo mismo cuando llovia que cuando hacia sol, mirando la fachada del hospicio, con una cartera sobre las rodillas, y con un lapicero en la mano, que se le veia mover de cuando en cuando. Su continua presencia en el mismo sitio, ya lo he dicho, me atosigaba y pesaba sobre mí como una losa, mas no habia medio de evitarlo y tuve que resignarme.

Con motivo del cumpleaños de la tia de Cecilia, dispusieron dar un baile, cosa que repetian con frecuencia bajo cualquier pretesto, porque las dos eran muy aficionadas á esta clase de diversion. Yo odiaba las tales reuniones, que me ocasionaban siempre algun disgusto con la viudita, á quien no hubiera querido que nadie viese ni hablase; pero esto en realidad era una ridiculez, y aunque de carácter raro, nunca he querido ser ridículo. Ademas, de nada me hubiera servido oponerme, porque Cecilia apoyada en nuestras estipulaciones, y sobre todo en el dominio que ejercia sobre mí, hubiese hecho de cualquier modo su gusto.

Llegó el dia del baile, y me desperte malo; desde antes de servir en el ejército padezco alguna que otra vez de afecciones nerviosas, y el dia de que te hablo tuve un ataque furioso. El carácter pronunciado de la enfermedad de los nervios es la tristeza, y sea por efecto del padecimiento, ó porque mi corazon adivinaba lo que me iba á acontecer, estuve toda la mañana tan apesadumbrado y congojoso, que no tuve valor para salir á la calle, y solo á la noche, tarde, haciendo un esfuerzo sobre mi mismo, me decidí á ir á casa de Cecilia. Estaba ya la sala llena de gente, y una porcion de parejas bailando; dirigí la vista á todas partes en busca de la viuda, y considera cual me quedaria al verla en un rincon, hablando y riendo como una loca, ¿con quién dirás?... Con el hombre estátua, con el dibujante de la fachada del hospicio.

—Me lo habia figurado, dijo Mauricio con prontitud.

—Pues yo no, amigo mio, replicó el coronel; yo me quedé yerto como un cadáver, y tuve que arrimarme al hueco de una ventana para no caer en tierra. Por fin la misma rabia me fué dando fuerzas poco á poco, y al cabo de un rato pude dirigirme, en apariencia muy tranquilo, donde estaba Cecilia, pensando en mis ilusiones de amante, que mi presencia la confundiria; pero ella no se confundió ni mucho menos; al contrario, sin inmutarse, sin variar de postura ni de tono, y con la sonrisa en los labios, me preguntó, mostrando el mayor interés por el estado de mi salud. La contesté lo mejor que pude, y me retiré de aquel sitio temeroso de no poder contenerme; en seguida me senté maquinalmente en un sofá del gabinete con-

tigno á la sala del baile. A los diez minutos vino Cecilia á buscarme y se sentó á mi lado.

—¿Se siente vd. mal? me preguntó con singular dulzura.

—¿Cómo quiere vd. que me sienta? le contesté bruscamente.

—Estos padecimientos nerviosos me asustan, prosiguió ella siempre con cariño; debia vd. hacer algo para corregirlos, porque los nervios...

—¡Si, los nervios! repliqué; mis verdaderos padecimientos son sus ingratitudes de vd.

—¡Yo ingrata!... ¡y con vd. que es el dueño de mi albedrio! Si no estuviera ya tan acostumbrada á esos arranques de mal humor, que sin embargo le perdono, porque sé que son efectos de su enfermedad, de seguro me habria enfadado.

—No quiera vd., la dije, con vanos pretestos y con su habitual táctica, eludir la cuestion: ahora no se trata de mis males, sino de...

—¿Pues de qué hemos de tratar mas interesante? interrumpió con adorable candor.

—De ese hombre que estaba en conversacion con vd.; de ese hombre de plomo á quien antes aborrecia y ahora ódio con mis cinco sentidos.

—Hace vd. muy mal, porque es escelente sugeto; un viagero que viene á admirar las bellezas de nuestra España...

—Y á galantear á las españolas, añadí con presteza.

—Tal vez, dijo ella; pero en eso ¿qué encuentra vd. de malo?

—Nada, sino hubiese puesto los ojos en vd.

—¡Siempre el mismo tema!... ¿Es posible que no ha de haber un hombre que no le haga á vd. sombra? Y á la verdad en eso no se hace vd. ningun favor... ¿Qué le importa á vd. en último estremo que todos me obsequien y me digan cuatro lisonjas, si al cabo vd. es el preferido?... ¿Por qué en lugar de tomarlo por lo sério, no se rie vd. y se divierte como yo lo hago?

—Porque mi carácter es distinto, y porque las teorías de vd. sobre el amor son irrealizables: para que á mi me fuera indiferente que obsequiase á vd. todo el mundo; era preciso que no la quisiera como la quiero, y entonces ni vd. misma se conformaria tampoco, porque admitido el principio de que no hay inconveniente en que á vd. la galantee cualquiera, siempre que yo ocupe el primer lugar, es necesario admitir que yo pueda hacer lo mismo con iguales condiciones.

—A eso no suscribiria nunca, dijo Cecilia.

—Pues luego, ¿por qué exige vd. lo que no es capaz de hacer?

—Porque las circunstancias no son las mismas; una muger tiene que recibir obsequios, sopena, si no lo hace, de representar en sociedad un

papel desairado, y muchas veces no está en su mano tampoco el evitarlo; un hombre, al contrario, es dueño de dirigirse ó no á las mugeres, sin que ni haciéndolo ni dejándolo de hacer se ponga nunca en ridículo.

—Todo eso no es mas que un puro sofisma, Cecilia, y perdone vd. que se lo diga por su nombre: un modo ingenioso de disculpar las coqueterías... Pero dejemos esto aparte, y ya que tan amable y complaciente está vd. esta noche, sepamos como es que ese hombre ha podido trasladarse de repente desde la calle á su sala.

—Muy sencillo; esta mañana salió la tia á misa, y al volver la cogió un chaparron muy fuerte. Se habia ido sin paraguas, y viéndola ese caballero en el atrio de la iglesia indecisa y sin saber que partido tomar, le presentó el suyo y vino acompañándola hasta la puerta. La tia le ofreció la casa y lo convidó para esta noche agradecida al favor que acababa de dispensarle, y...

—¿Y no le convidó á comer? pregunté yo con ironía. ¿Me juzga vd., Cecilia, tan inocente que dé crédito á semejantes patrañas, por mas que estén referidas con la sencillez y candor que vd. sabe aparentar cuando le conviene?

—Eso es decirme políticamente que miento.

—Por lo menos ahora no ha dicho vd. la verdad... En este asunto hay un misterio que yo aclararé muy pronto, y si como me temo fuese vd. culpable, concluimos para siempre.

Al mismo tiempo que acababa yo la última palabra, el hombre de los dibujos apareció en la puerta del gabinete; al verlo Cecilia se levantó precipitadamente, y dirigiéndose á él,

—Perdone vd., Mr. Tenois, le dijo...

—¡El francés del desafío! esclamé yo.

—El mismo, contestó Salcedo.

—Tambien me lo habia yo sospechado, dijo Mauricio.

—Prosigue, añadí, prosigue, que esta circunstancia hace mas interesante la historia.

—Cecilia, como dije, continuó mi amigo, se dirigió á él, rogándole que perdonase por haber olvidado que le tenia prometido un rigodon, y ambos se fueron juntos á bailar. Yo tomé en seguida el sombrero, y sin despedirme de nadie me fuí á mi casa.

Ya supondrás cómo pasaria la noche: al siguiente dia, muy temprano, me dirigí al parador donde vivia Mr. Tenois; y en breves palabras le dije que los españoles no acostumbrábamos á tolerar que nadie obsequiase á nuestras queridas; que yo amaba á Cecilia, de quien era correspondido, y que por consiguiente era preciso que se quitára de en medio voluntaria-

mente, si no queria esponerse á que yo lo quitara á la fuerza. Mr. Tenois me contestó sin alterarse, que él tambien amaba á Cecilia, y era asimismo correspondido, por lo que se creia con iguales derechos que yo á lo menos; que comprendia perfectamente que los dos éramos incompatibles, y que sin negarse á llevar la cuestion á cualquier terreno que yo eligiese, le parecia que como preliminar debíamos consultar la voluntad de la dama, y resignarnos á su fallo.

—Si la señora Cecilia, decia Mr. Tenois, le prefiere á vd., yo le dejaré el puesto al instante; pero si me prefiere á mí, vd. debe hacer lo mismo. Esto me parece la cosa mas sencilla del mundo, y no tenemos necesidad de andar á balazos por una bagatela.

—Es que de todos modos andaremos, le contesté, porque yo no estoy dispuesto á ceder, y si Cecilia le prefiere á vd. tendremos que batirnos por fuerza.

—Pero eso es una solemne tontería, señor, dijo el francés, porque si la señora Cecilia me prefiere, es señal de que me quiere ó le gusto mas que vd., y ciertamente, porque salgamos al campo y nos batamos, no ha de variar de sentimientos.

—Tendré el placer de vengarme si le mato á vd., ó dejaré de sufrir si vd. me envía al otro mundo.

—En primer lugar yo no he ofendido á vd. para que se quiera vengar, porque obsequiando á esa dama ignoraba que vd. la amase, y mas aun el que fuera correspondido; y en segundo, vd. puede dejar muy bien de sufrir por esta causa sin que yo le mande al otro mundo. Los españoles son vds. muy vehementes, y toman estas cosas con demasiado calor, sin considerar que las mas de las mugeres no merecen tamaño sacrificio. Si en efecto la señora Cecilia me prefiere á mí, lo que vd. debe hacer es despreciarla, y buscar otra que le prefiera, al menos yo asi lo haria.

—Pues yo no, señor mio, le contesté ¿qué quiere vd.? cada uno está organizado á su manera, y por eso los españoles somos españoles, y los franceses son franceses.

—En hora buena; diga vd. que quiere que hagamos, prosiguió Mr. Tenois, siempre con irritante calma.

—Batirnos, dije yo con prontitud.

—Eso debe ser lo último, porque si la viuda le prefiere á vd., ya he dicho que le cedo el campo sin necesidad del duelo; y no temo que vd. sospeche que lo rehuso ó difiero por cobardía, porque en esta parte tengo mi reputacion hecha.

—Ya lo sé, le dije sécamente; pero si el duelo ha de ser lo último, sepamos que debe ser lo primero.

—Averiguar de la señora Cecilia á cual de los dos prefiere.

—Me conformo; vamos á su casa ahora mismo.

—Perdone vd.; pero tengo que almorzar antes; y si vd. quiere acompañarme. .

—Gracias; volveré dentro de una hora...

—Un poquito mas, por que me gusta comer despacio, y esta señora patrona que tengo me trata perfectamente.. ¡Oh en esta ciudad de Vitoria dan muy bien de comer á los viageros!...

Mientras el francés almorzaba con la mayor cachaza, yo me estuve paseando por la calle, echando mil cálculos á cual mas disparatados, ciego de ira é impaciente por ver qué decia Cecilia; pues en medio de todo, no podia resolverme á creer que Mr. Tenois dijese verdad en cuanto á ser correspondido, y lo que me figuraba era que la viuda con su carácter alegre, y un tanto inclinado á la coquetería, le habria oido con agrado sus galanteos.

Por fin nos reunimos al cabo de dos horas mortales que me hizo aguardar, y fuimos juntos á casa de Cecilia. Estaba ésta sola en la sala tocando el piano, y á pesar del dominio que sobre sí misma ejerce, no pudo contener un movimiento de sorpresa al vernos entrar juntos; pero al instante se repuso y se manifestó complacida de lo que ella llamó feliz coincidencia. Seria muy largo referirte los detalles de esta visita, que duró cerca de dos horas; bástete saber que estrechada la viuda para que se pronunciase en favor de uno ó de otro, al pronto se negó á hacerlo obstinadamente; pero al fin puso por condicion para hablar que habiamos de jurar bajo nuestra palabra de honor someternos á su fallo, y no apelar de él por medio de las armas. «Si vds. se desafian por mi causa, dijo, ni uno ni otro espere jamás que yo lo mire á la cara.» Hicimos nuestro juramento, y entonces declaró en términos muy corteses y lisonjeros, que á mí me preferia como amigo, y á Mr. Tenois como amante.

—Nosotros no congeniamos, dijo, dirigiéndose á mi; vd. tiene cualidades muy relevantes y prendas que le hacen apreciabilísimo; pero no sirve para amante de estos tiempos, porque quiere imponer á sus queridas la misma disciplina que á sus soldados. A principios de este siglo, no habria vd. tenido precio por su constancia y asiduidad; en el dia es vd. ya un verdadero anacronismo de la época, y si quiere hallar el partido que se merece entre las damas por su edad, por su figura y por su talento, le aconsejo que renuncie á la idea estraña de resucitar añejos usos, que murieron casi al mismo tiempo que resucitó la independencia de España hace ya cuarenta años.

—Gracias por el consejo, la respondí picado, y levantándome y co-

giendo el sombrero añadí: si no tiene vd. nada mas que mandarme me retiro.

—Si tengo, dijo ella con la mayor amabilidad; que venga vd. á verme á menudo

Yo no contesté: hice una cortesía con la cabeza, y salí de la sala resuelto á no volver nunca. Desde entonces no he perdido ocasion de provocar á Mr. Tenois, á quien detesto tanto como amo á Cecilia; porque es necesario que sepas que todavía la quiero con delirio; pero como mis provocaciones no han podido ser sino indirectas, mi hombre se ha desentendido, hasta que hoy picado sin duda con el juego, en que segun he oido llevaba puestos á favor de sus compatriotas mas de mil duros que ha perdido, me ofreció la ocasion que vistes y yo aproveché en seguida, por que la estaba deseando. Ya sabes mi historia; ahora te dejo para escribir unas cartas y hacer algunos apuntes, que te entregaré luego, por si muero mañana, como el corazon me lo anuncia, que cumplas mis disposiciones testamentarias. No siento mas sino el disgusto que voy á ocasionar á mi pobre hermana, y el mal rato que te doy á tí, que eres mi mejor amigo!....

CAPITULO X.

Un paseo por la provincia de Guipúzcoa.

A la mañana siguiente se verificó el desafío entre Mr. Tenois y mi amigo Salcedo, cuyo resultado fué menos funesto de lo que yo me habia creido; ambos salieron heridos, pero levemente; el francés en un brazo y el coronel en la parte esterior del pecho, en region poco interesante; cuatro dedos mas que se hubiese internado la bala lo habria dejado en el sitio, y esto fué lo que me creí al pronto al ver por donde arrojaba la sangre. Un cirujano que habíamos llevado preventivamente me tranquilizó, asegurando que no habia el menor peligro, y verificada la primera cura, nos trasladamos á Irun en un coche. Por el camino volví á insistir en mis teorías contrarias al duelo y tuve el gusto de que el mismo Mr. Tenois me diese la razon.

—Yo pienso como vd., me dijo, y sin embargo por una inconcebible fatalidad, esta es la cuarta vez que he tenido que batirme, y siempre por causas leves. De tal modo está la sociedad organizada que un hombre no puede sin deshonra negarse á estos lances, aun conociendo todo lo que tienen de bárbaro y absurdo. Que en los tiempos en que no habia mas justi-

cia que la espada, y la razon era la fuerza, se acudiese á tales medios para ventilar las contiendas, es una cosa que se esplica; pero emplearlos hoy que existen leyes protectoras, cuya accion alcanza á todos igualmente, es el colmo de la ridiculez.

—¿Y qué leyes hubiéramos podido implorar nosotros en el caso presente? dijo mi amigo.

—Ninguna en verdad, contestó el francés; pero vd. se olvida de que nos hemos batido por una niñería. No hablo de lo ocurrido ayer en la fonda, que fué por mi parte una provocacion directa á que vd. me arrastró por los medios que escuso repetir; pero aun tomando la querella en su orígen ¿cree vd. aun que vale ninguna muger la pena de que dos hombres se maten?

—Creo que todas no la merecen, replicó Salcedo, pero alguna... Cecilia por ejemplo...

—Cecilia menos que otra, interrumpió Mr. Tenois. ¿Quiére vd. saber, añadió dirigiéndose á mí, quien es la muger que nos ha llevado al campo?.. Pues lea vd. esa carta. En seguida sacó un papel del bolsillo y me lo puso en la mano. Yo le desdoblé y leí en alta voz lo siguiente:

«Mi querido Mr. Tenois: aunque con mucha pena me veo obligada á »pedir á vd. un favor, y es que renuncie á mi cariño para siempre. Conoz»co todo su mérito como artista y como hombre; y quisiera que estuviese »en mi mano poder corresponder á las distinciones que le debo, pero por »mas que hago no me acostumbro á su ceremoniosa frialdad é impasible »indiferencia. A nosotras las españolas, y sobre todo á las andaluzas, nos »gusta que los hombres tengan un poco de Dios y otro poco del diablo; que »fumen, que sean celosos y que se enfaden siquiera alguna vez; vd. es »seguramente un ángel de bondad, pero por lo mismo los dos no po»dríamos ser felices, porque hay personas á quienes tambien lo bueno can»sa. Me consuela la idea de que vd. no tomará gran pena por esta carta, y »espero por tanto que no hará lo que el coronel Salcedo, sino que por el »contrario vendrá á verme con frecuencia y honrará con su amistad á quien »sinceramente le ofrece la suya y b. s. m.—CECILIA.»

—Esta muger, dije yo al acabar la carta, es una solemne coqueta, ó mejor dicho, una loca.

—Si vd. me hubiera enseñado ese papel, añadió Salcedo, no nos hubiéramos batido.

—Eso que se llama honor, replicó Mr. Tenois, me impidió hacerlo, porque habiéndome vd. provocado de varias maneras y habiéndome yo escusado siempre, cualquiera esplicacion anterior al combate se hubiera interpretado mal.

—He ahí justificadas mis opiniones, esclamé, respecto á estos lances; hijos muchas veces de la preocupacion, ó de una idea exagerada del honor, con frecuencia se llevan á cabo mas por orgullo que por ódio entre ambos combatientes. Por uno de esos contrasentidos que á cada instante revelan lo defectuoso de nuestra organizacion social, se considera casi un crímen el negarse á cometer un homicidio ó á dejarse uno matar á sangre fria por un motivo mas ó menos justificado; y por solo el necio temor de lo que el mundo diga, sucumbe un hombre á manos de otro hombre en un lugar solitario, sin gloria y sin provecho, dejando acaso en la horfandad y en la miseria á una familia de quien es único amparo, y á su patria privada de un ciudadano que pudiera serle útil. ¿Y cuál es la recompensa de tama-



Vista de Irun.

ño sacrificio? Ninguna; el triste y estéril consuelo de no pasar por cobarde. ¿Puede darse nada mas necio ni mas altamente ridículo? Esto en cuanto á los lances verdaderos que se llevan á cabo en toda regla; nada quiero decir de esas miserables farsas que cada dia se representan, y cuyo único objeto es ponerse en evidencia los actores, gracias á la especie de solemnidad con que las anuncian y comentan los periódicos, en vez de combatirlas y ridiculizarlas.

Mientras esta conversacion llegamos al pueblo; dejamos á los heridos cada cual en su alojamiento, y pareciéndome mal separarme en el mismo dia de Salcedo, á pesar de no serle ya necesario para nada, resolví que nos

quedásemos en Irun hasta el siguiente, aprovechando de paso esta circunstancia para ver sus inmediaciones.

Se ignora el origen de la villa de Irun, último pueblo de España por esta parte, pues ha sido varias veces incendiada, y en su consecuencia perecieron los papeles de su archivo; pero ha quedado, sin embargo, memoria de muchos sucesos históricos con que se han señalado sus moradores defendiendo la frontera. Compónese el casco de la poblacion de varias calles con buenos edificios, entre los que sobresalen la aduana, de moderna construccion, y la casa de ayuntamiento de buena arquitectura, cuya magestuosa fachada de piedras sillares areniscas, ocupa el frente meridional de la plaza principal que es muy capaz, y ofrece una perspectiva agradable: en ella se ve una columna con la efigie de San Juan Bantista erigida en memoria de un hecho de armas que honra á los naturales del pais, quienes vencieron en este punto, y dia 15 de marzo de 1476, á una columna de 1,000 franceses labortanos; debiendo notarse que en su huida se quisieron defender muchos de ellos en la torre Aranzate, y su dueño, el señor Urdanibia, fué el primero que mandó prenderla fuego para que muriesen abrasados los franceses, como sucedió con 120, entre los que se contaba su gefe. En el corto espacio que media desde esta villa al puente de Behobia sobre el rio Bidasoa, que divide los dos reinos de España y Francia, se halla á la derecha del camino real la montaña de San Marcial, célebre por las dos batallas que en ella se han dado, igualmente gloriosas para las armas de nuestro pais. La primera sucedió en el primer tercio del siglo XVI, y fueron acuchillados los alemanes y franceses que en gran número habian pasado la frontera: la segunda, el 31 de agosto de 1813, precisamente el mismo dia que ocurrió el incendio y toma de la plaza de San Sebastian. Los franceses al mando del mariscal Soult, venian al socorro de esta plaza y de la de Pamplona, igualmente sitiada por los aliados, y sufrieron una derrota que les costó cuatro mil hombres entre muertos y heridos, viéndose obligados á repasar el rio precipitadamente. En la cima del monte hay una ermita donde se vé una lápida de mármol negro, con letras de oro, que refiere este suceso, erigida por la villa de Irun en 30 de junio de 1815; y en la iglesia al lado del Evangelio hay otra losa tumularia de la misma especie, tambien con letras de oro, que cubre el sepulcro de los españoles que murieron en la batalla. Fernando VII concedió privilegio á la villa de Irun de tener un cañon junto al santuario con que hacer salva el 30 de junio y 31 de agosto de cada año, en recuerdo de las dos referidas acciones; pero habiendo desaparecido el cañon, sin duda desde la última guerra civil, actualmente va una seccion de artillería de la plaza de San Sebastian para hacer las salvas en los dias citados, y la reina doña Isabel II ha concedido

permiso á la villa para que lleve en su bandera la corbata de San Marcial.

Despues de ver la basilica, que aparte estos recuerdos gloriosos no merece la pena de tomarse el trabajo de subir la montaña, Mauricio me manifestó deseo de que llegásemos hasta Behobia, pequeña poblacion francesa, contigua al puente á que da nombre; y en efecto, fuimos acompaña-



Puente de Behobia sobre el Bidasoa.

dos de dos personas muy respetables y conocidas en el pais, circunstancia precisa para que no nos detuviese la policia del vecino reino, no estando, como no estábamos provistos del oportuno pasaporte para atravesar la raya. Cerca de Behobia se ve la poblacion de Endaya, reedificada despues de la guerra de la república, en cuya época fué incendiada por los españoles.

Hicimos el viage á pié, pues la distancia desde Irun es menos que un paseo corto, y llegamos sin dificultad á Behobia, pueblo insignificante, de moderna construccion tambien, y en cuyas casas se conoce el estilo francés, lo mismo interior que esteriormente. Pasamos una hora en Francia, presenciando una diversion de mucho efecto para los del pais, y de muy poco ó ninguno para nosotros. Consistia esta en una carrera determinada, al cabo de la cual habia un pellejo inflado, sobre el que debia saltar, poniendo los pies encima, aquel á quien tocaba el turno. Todo el mérito de este salto está en pasar al otro lado del pellejo, pisándolo y sin caer, lo que conseguian muy pocos, dando los demás sendas costaladas, enmedio de la hilaridad de la numerosa concurrencia que presenciaba la fiesta. Cuando volvimos á nuestra patria, al cabo de sesenta minutos de emigra-

cion voluntaria, en la cabeza del puente por la parte española, se apoderaron de nosotros media docena de carabineros de hacienda y nos estrecharon entre sus brazos, si no cordial, por lo menos apretadamente, pero no se crea que fué de regocijo por vernos regresar sanos y salvos de tan arriesgada espedicion, sino para ver si traiamos contrabando liado al cuerpo. Mauricio al pronto se quedó cortado, y por un movimiento natural, al ver que le tendian los brazos, alargó él los suyos al carabinero; pero cuando se enteró del objeto se indignó de tal modo, y dijo tales cosas, que temimos que nos comprometiera. La idea de que lo tomasen por un contrabandista habia herido su delicadeza, y fué preciso para tranquilizarlo, que las personas que nos acompañaban le dijesen, que con todo el mundo se hacia lo mismo, inclusas las señoras, y que tanto era el rigor que se usaba, que hasta los mismos empleados de la aduana de Irun, si alguna vez les ocurria pasar el puente, tenian á la vuelta que sufrir el registro (1).

—Sensible es en verdad, dije yo, que el cumplimiento del deber obligue á ejecutar actos que con razon repugnan á las personas de delicadeza.

—Si estuviésemos aqui algun tiempo, añadió el mas jóven de nuestros acompañantes, presenciarian vds. escenas originales, unas por lo grotesco y otras por lo sentimental. Rara es la señora que entra en esa casilla, donde hay unas mugeres encargadas de registrarlas interiormente, que no sale sofocada y aun llena de vergüenza; en cambio la gente ordinaria del pais, está tan acostumbrada, en fuerza de andar cruzando contínuamente, que sufren el registro como si fuera una diversion.

—Lo peor es, proseguí, que con esto nada se evita, y si no entrara en España mas contrabando que el que pueda pasar de esa manera, ya podíamos darnos por contentos.

—Tan cierto es eso, continuó el otro caballero de mas edad de los dos que venian con nosotros, que si ahora va vd. á Bayona, verá carros cargados de géneros, y si pregunta le dirán con la mayor frescura é indiferencia que vienen á España de contrabando.

—Ma parece demasiado, dijo Mauricio.

—Los he visto yo, caballero, interrumpió el anciano, y vd. no puede ignorar que en Bayona existen compañías aseguradoras del contrabando, especulacion muy lucrativa en que se han hecho inmensas fortunas.

—De modo, prosiguió mi amigo, que comprando yo, por ejemplo, géneros en Bayona, la compañía responde de la seguridad del envio.

(1) Téngase presente que escribimos en 1846; en el dia el registro se hace de una manera mucho mas cortés, hermanando, en cuanto es posible, el deber de impedir el fraude con lo que el decoro y la buena educacion exigen.

—Comprando vd. lo que quiera en Bayona, y pagando el seguro, la compañía lo pone de su cuenta en poder de vd. bajo su responsabilidad..... Por cierto que esta conversacion me recuerda una anécdota que no deja de tener gracia, y voy á referirles.

Hace ya algun tiempo, antes de que las aduanas se trasladasen á las fronteras, vino á Burgos de comandante del resguardo uno de esos hombres íntegros, probos y leales, cuya raza desgraciadamente para nuestro pais se va estinguiendo demasiado de prisa. A los pocos dias de desempeñar su destino, comprendió todos los abusos que se cometian y trató de ponerles remedio; llamó á los gefes de los puestos y de las rondas para darles las órdenes mas severas y terminantes, cambió el personal en muchos puntos, hizo que se redoblase la vigilancia, y hasta él mismo, dándose á conocer unas veces y disfrazado otras, vigilaba á sus subalternos y castigaba con todo el rigor de la ley al que cometia la menor falta. Jamás el registro del puente de Miranda fué mas temible; los pobres viageros que venian á tomar baños ó á pasar el verano en nuestras Provincias Vascongadas, á su vuelta á Castilla sufrian un exámen tan escrupuloso en todos sus efectos, que ni un pañuelo de la mano eran dueños de llevar, y hasta hubo á quien le decomisaron el saco-de-noche en que traia la ropa. Esto dió motivo á mil quejas y reclamaciones; el mismo ministro de Hacienda ofició al intendente para que interviniera, á fin de que no se cometiesen semejantes atropellos, y varios amigos aconsejaron al comandante del resguardo que se tomase menos interés por la hacienda pública, si estimaba en algo la suya particular. Entre estos amigos, hubo uno que para convencerle le hizo la misma reflexion que nosotros hacíamos aqui: «De poco sirve, le decia, que usted se mate vigilando y se haga odioso á todo el mundo por cumplir con su deber, el contrabando vendrá á España de uno ú otro modo, y algo mas en grande que lo que puedan pasar por el puente de Miranda todos los viageros juntos.» Entonces le refirió lo de las compañías de seguros de Bayona, Gibraltar y demás puntos, en apoyo de su opinion. Don Baltasar, que tal era el nombre del comandante, dudó al pronto, no de la existencia de las compañías, sino del paso de los géneros por el distrito de su mando: tan seguro estaba de las medidas que habia tomado. «Convengo, replicó con cierto aire de orgullo, en que antes sucederia lo que vds. cuentan, pero ahora.....

—Ahora lo mismo que antes, le contestó su amigo, y si vd. no se quiere convencer, hagamos una apuesta que valga la pena, yo iré á Bayona, y...

—No señor, interrumpió el comandante, no quiero apostar, ni que vd. vaya á Bayona, porque ni de vd. me fiaria; voy á ir yo mismo en persona, y asi veré si es ó no es útil mi trabajo.

Al siguiente dia emprendió el viage, llegó á Bayona, y sin darse á conocer empezó á recorrer calles y tiendas, poniendo precio á los géneros mas rigurosamente prohibidos por nuestros aranceles. «Yo lo comprara de buena gana, decia, pero tengo que llevarlo á España, y no se permite su introduccion.» Los tenderos todos le contestaban lo mismo: que la compañía se lo pondria en parte segura. Por fin, y como término de prueba, se decidió á comprar un par de pistolas á un comerciante judío. Ajustado el precio le dijo que él no podia traerlas, y que solo las pagaria si se las llevaban á Burgos á su propia casa.

—Eso es la cosa mas fácil del mundo, le dijo el judío, si vd. quiere abonar los portes y el seguro.

—No tengo ningun inconveniente, replicó el comandante.

—Pues bien, voy á estender una libranza del importe de todo, pagadera á quince dias, y para antes de esta fecha ya tendrá vd. en su casa las pistolas.

—¿Y si se pierden? preguntó nuestro don Baltasar.

—La compañía enviará otras iguales, respondió con indiferencia el comerciante.

—¿Y si las quita el resguardo? volvió á preguntar el comandante.

—No las quitará, replicó el judío con cierta sonrisa maliciosa.

—Pues bien, ponga vd. la libranza, añadió el carabinero ciego de ira.

El judío la estendió y se la presentó para la firma; el comandante puso su nombre y apellido, y debajo añadió: *Comandante del resguardo de Burgos*, pensando que con esto iba á quedar el vendedor confundido; pero al contrario, mi hombre cogió la libranza, pasó por ella la vista, y la dejó sobre el pupitre indiferentemente. En seguida preguntó al comandante si no queria alguna otra cosa. Este dijo que no, y á la mañana siguiente emprendió el camino de regreso á Burgos. Al llegar á su casa salieron á recibirlo su muger y dos niños que tenia; pero consideren vds. cuál sería su sorpresa, cuando al subir á su cuarto para mudarse de trage, despues de recibir las caricias de su familia, lo primero que vió sobre un velador fué la caja de las pistolas: el judío se habia compuesto con su asistente, y él mismo las llevó en su equipage. El pobre comandante tomó la burla tan á pechos, que le costó estar malo algunos dias, y en seguida hizo dimision de su destino.

Antes de volver á Irun quisimos ver á Fuenterrabía, y aprovechando la alta marea, nos metimos en una barca de las que en el pais se llaman *gabarras*, y bajamos por el rio, gozando de una temperatura deliciosa, y de una coleccion de vistas á cual mas agradables. En la ribera izquierda las poblaciones de Irun y Fuenterrabía, al estremo el monte Jaizquibel, cuya eleva-

cion es de 1,950 pies sobre el nivel de las aguas, y el célebre cabo de Higuer, en el que levantó Felipe II el castillo de San Telmo; á la derecha la famosa isla de los Faisanes que los franceses llaman *de las Conferencias*, por las que se verificaron el año 1659, con motivo del tratado matrimonial de Luis XIV, rey de Francia, con la infanta de España doña María Teresa, cuya boda se celebró por poderes en la iglesia parroquial de Fuenterrabía, habiendo representado al augusto novio el ministro don Luis de Haro; y sin duda la dan tambien el mismo nombre por haberse ajustado en ella la *Paz de los Pirineos*. De frente el mar Océano, en toda su estension tranquilo y quieto, reflejando sus cristalinas aguas con los rayos del sol, que asomaba por intérvalos como si fuesen las de un estanque levemente agitadas por la suave brisa. Jamás espectáculo mas encantador, variado y ameno, se presentó á nuestros ojos. Las alteraciones de la luz producidas por el contínuo movimiento de las nubes, mas ó menos espesas, contribuian á darle tal diversidad de tintas y tanta melancolía, que arrebataba involuntariamente la imaginacion, elevándola hasta las regiones celestes. ¿Dónde se puede admirar mejor, en efecto, la omnipotencia del Creador que á la vista del conjunto de su sublime obra?

Durante el tránsito, que fué breve, todos guardamos silencio, porque todos sin duda nos hallábamos poseidos de las mismas ideas. En la ciudad nos detuvimos poco, pues nada tiene que ver; su celebridad es histórica, y la debe á los sitios que ha sufrido en varias épocas, siempre con gloria, y principalmente al de 1638, del que existen dos relaciones escritas por Moret y Palafox. Sesenta y nueve dias sufrió Fuenterrabía los horrores de un asedio, durante los cuales el ejército enemigo disparó once mil cañonazos, voló seis minas y dió tres asaltos sin fruto: llegó por fin el momento de hacer retirar á los sitiadores, que derrotados por tropas españolas, venidas en socorro de la plaza, dejaron en el campo ochenta banderas, dos mil prisioneros, casi todo el material y muchos bastimentos y dinero. Concedióse á los defensores de la poblacion el honor de que la caballería de la hueste libertadora penetrase por las brechas para demostrar el estado en que las habian defendido, y entre otras mercedes y honoríficos títulos, recibió una carta autógrafa del rey Felipe IV, en que prodigaba á sus habitantes las mas lisonjeras alabanzas. En la última guerra civil fué fortificada esta plaza por los carlistas; pero la tomaron en 1837 las tropas de la reina, desde cuya época continuaron poseyéndola.

De regreso á Irun nos despedimos aquella noche de Salcedo y Mr. Tenois, ambos dos muy aliviados de sus heridas, y á la mañana siguiente emprendimos la marcha á caballo para volver á San Sebastian. No se habia concluido entonces el trozo de camino que partiendo de Andoain va por La-

sarte á San Sebastian, y de esta ciudad por Rentería á Irun, pero se trabajaba en él, y por muchos puntos era ya transitable, circunstancia que nos movió á recorrerle, sobre todo en su parte mas pintoresca. Al efecto nos dirigimos á Oyarzun, pueblo insignificante, cabeza del hermoso valle de su nombre, que lo único notable que tiene es el juego de pelota, reputado por el mejor de España; desde alli, por una vereda que apenas permite el tránsito de las carretas del pais, fuimos á Rentería, bonita villa situada en la parte oriental de Guipúzcoa, á la que el historiador Garibay llama «pueblo gracioso y apreciable.» Fué importante en lo antiguo por su comercio, y hubo en ella tres astilleros, en los que se construian bageles hasta de 800 toneladas, siendo tal el desarrollo de su marina, que llegó á tener 29 galeones propios, y un general, cincuenta oficiales y doscientos marineros empleados á la vez en la escuadra española, lo que pareceria imposible atendida su corta poblacion, si no lo confirmasen escritores de crédito y documentos que no dejan lugar á la duda.

Su iglesia parroquial es escelente, y el retablo mayor, trazado por el imponderable don Ventura Rodriguez, y ejecutado por don Francisco Azurmendi, magnífico. En un ángulo del templo á la parte esterior, mirando á Oeste, hay un arco triangular que es la admiracion de los inteligentes. Sin otro apoyo que el estribo de poco espesor que está en el vértice, carga sobre el referido arco toda la torre con mas de sesenta hiladas de piedras sillares, y sostiene además el empuje de la pared meridional de la iglesia.

Tiene Rentería un convento de religiosas dedicado á la Santísima Trinidad, fundado en 1593 por tres hermanas naturales, de apellido Anteazu, y hubo un convento de frailes capuchinos, cuyas ruinas se ven contiguas al camino.

Es admirable espectáculo, aunque no singular ni nuevo, el que ofrecen varias huertas y heredades ocupando el sitio en que hace tres siglos surcaban embarcaciones de mucho porte. Hállanse aun vestigios de los antiguos muelles y astilleros, y en 1762 se descubrió una escalera de piedra arenisca, de catorce gradas, y cerca de ella una argolla de fierro, que sirvió sin duda para amarrar los buques, por ser acaso el sitio del embarcadero.

Desde Rentería fuimos á Lezo, pequeña poblacion situada á la parte opuesta del canal ó ria de Pasages; su iglesia parroquial, dedicada á San Juan Bautista, es antigua y bastante buena; pero lo que mas llama la atencion es la basílica del Santo Cristo, que ocupa el centro del pueblo, y se supone que la fundó San Leon, obispo y mártir de Bayona. Es objeto de mucha diversion en el pais, y el 14 de setiembre hay gran fiesta, á la que acuden en romería de todos los pueblos de la provincia.

Estando en Lezo, lo natural era habernos dirigido á Pasages en seguida, pero yo quise que volviésemos antes á Rentería, porque habíamos dejado encargo de que nos hicieran el almuerzo, y porque deseaba complacer á Mauricio, que estaba impaciente por ver las famosas bateleras. Figurábaselas mi amigo jóvenes, bonitas y elegantes, con hermosos ojos negros, cabellos de ébano caidos en graciosas trenzas sobre una espalda de alabastro, ó recogidos coquetamente con el gracioso pañuelo; boca de carmin, manos de cera y un trage compuesto de corpiño de seda y zagalejo de organdi por lo menos, corto hasta media pierna, con su correspondiente calzon ceñido, y media y zapato, tambien de seda, sujeto con galgas. Tales eran las bateleras de Mauricio, tomadas por una parte de cierta obra



francesa que llevaba en la cartera, de que mas de una vez habremos de hacer mérito, tan exacta y verídica como todas las de su procedencia, y por otra de la comedia de Breton, que tiene el mismo título; sin acordarse el infeliz de la diferencia que existe entre lo vivo y lo pintado, entre la poesía y la realidad. Debo decir en su obsequio, que á pesar de ser tanto el atractivo de los séres imaginarios que se habia creado en su fantasía, antes de ver las bateleras no se habia enamorado nada mas que de tres; estas tres eran Bibiana, Cármen y Faustina, que no sé quién le habia dicho que soqresalian entre las demás por su hermosura. Yo le llamé la atencion acerca

de lo prosáico de los nombres, inconveniente grave para él, que se paga tanto de estas cosas; pero no me hizo caso, porque entonces le sucedia lo que á todos los enamorados, que no ven los defectos del objeto de su cariño.

Nos pusimos á almorzar, y á la manera que los niños no quieren comer de impaciencia cuando se les ha prometido llevarlos á un paseo ó á una fiesta de su gusto, asi Mauricio, contra su costumbre, apenas tuvo apetito y me apremiaba para que despachase. Por fin nos pusimos en marcha hácia el embarcadero, y tan precipitados que ni siquiera nos paramos á ver los trabajos del puente, de considerable estension, que se estaba construyendo para pasar el nuevo camino sobre el derrame de la ria en la alta marea. Mucho antes de llegar al término de nuestro viage, oimos un ruido y una vocería infernal. Eran las bateleras, que rodeaban un coche que acababa de bajar de San Sebastian, y se disputaban la preferencia para conducir á los viageros: tan destemplados gritos y tanta algazara no sonó ya muy bien en los oidos de mi amigo, pero guardó silencio sin atreverse á mirarme, como quien teme recibir un desengaño, y seguimos andando. Cuando adelantamos algo mas, dos mugeres vinieron á nuestro encuentro, una de menos edad que otra, pero ninguna muy jóven, y ambas curtidas y tostadas por el sol cara, manos y piernas, que llevaban al aire libre, con vestidos de percal limpios, aunque muy usados, pañuelos de esos que llaman de yerbas, de colores vivos, y sombreros de paja ordinaria con enormes alas, y con ramos de siemprevivas, metidos entre la cinta de él, por todo adorno.

—¿A Pasages, señor, van? dijo una de ellas.

Yo hice con la cabeza señal de que si.

—A mi gabarra, señor, ligera mas que todas, vd. venga.

—¡Qué ha dicho vd! esclamó Mauricio con ojos espantados. ¿Es vd. una batelera?...

—Batelera, señor, si, para servirle.

Mi amigo quedó petrificado, y yo no puede contener una carcajada.

—No quiero que vd. me sirva, dijo por fin, quiero que me sirva la Bibiana.

—Yo, Bibiana la batelera, soy.

—¡Usted es Bibiana!... ¡Horror!... ¿Y la Faustina?

—Yo Faustina, gritó la otra, venga el señor á mi gabarra.

—¡Jamás! dijo Mauricio espantado, como si tuviese el diablo delante.... Vámonos, no quiero ver á Pasages, añadió dirigiéndose á mí.

—Tú tienes la culpa, le repliqué riendo, porque te empeñas en verlo todo de la misma manera. Si se trata de bandidos, recuerdas los de Sal-

vator Rosa; si de bateleras, las de Breton de los Herreros, y así con lo demás. ¿Cómo te has podido figurar nunca que estas pobres mugeres que pasan su vida sufriendo el rigor de las estaciones, y que con mil afanes ganan un pedazo de pan, habian de ser otra cosa que lo que son, ni se habian de parecer en nada á nuestras actrices ó comparsas de teatro? Por ventura, las zagalas y pastores de los poetas, ¿son mas que mugeres y hombres miserables, asquerosos y llenos de endrajos, por mas que en las anacreónticas se llaman Silvias y Mirenos?... Es necesario, Mauricio, que te acostumbres á vivir en el mundo de las realidades, si no quieres cada dia llevar un chasco semejante.

—No es mia toda la culpa, porque no son solos los poetas, no es solamente Breton quien ha poetizado las bateleras de Pasages; todos los viageros las pintan con tales colores.....

—Los viageros mienten mas que los poetas, y los franceses, que son á quien tú te refieres, puesto que en España nadie ha escrito hasta ahora viages, tienen la habilidad de pintarnos siempre en caricatura, y cual si fuésemos habitantes de un mundo imaginario.

—Pero en esta ocasion ha ido demasiado lejos.

—En esta ocasion y en todas hacen lo mismo; además ¿quién tiene la culpa de que tú vayas mas lejos que ellos? (1)

Habíamos llegado al embarcadero y nos decidimos por la Bibiana, no porque fuese la mejor entre lo poco que habia en que escoger, sino por ser la que primero nos habia ofrecido sus servicios. Entramos en la barca y nos dejamos conducir, yo admirando la hermosa perspectiva que se ofrece á la vista desde la ria, y mi amigo pensativo y de mal humor, como quien acaba de ver destruidas todas sus ilusiones.

Pasages es una pequeña villa que consta de dos barrios, el de San Juan y San Pedro, divididos por un profundo brazo de mar, de modo que la comunicacion entre ambos citados barrios se mantiene por medio de barcas, pues no hay puente que los una. Hace algunos años se pensó en la construccion de un gran puente colgante á manera del de Cubzac, en Francia, pero se abandonó el proyecto por su escesivo costo, y es probable que no se lleve á cabo nunca: la poblacion no tiene nada que ver, y solo el puerto ha adquirido gran celebridad por ser el mas seguro de toda esta costa y por los astilleros que tuvo, donde se fabricaron todas las capitanías de las

---

(1) En el dia no existen las bateleras porque se ha construido una especie de viaducto ó calzada que facilita la comunicacion entre el pueblo y la carretera sin necesidad de embarcarse.

armadas de España durante la dominacion de la casa de Austria. Felipe IV lo visitó en mayo de 1660, y prendado de la agilidad y destreza con que las mugeres manejan el remo, se trajo á Madrid varias de ellas para el servicio de las góndolas del estanque del Retiro, y sin duda de este hecho tiene orígen la fama de las bateleras.

Desde Pasages solo dista una legua San Sebastian que se anda por el nuevo camino, á la mitad del cual se halla el barrio de la Herrera. Pasamos el resto del dia en esta ciudad, empleando lo que faltaba de mañana en visitar sus principales edificios, su pequeño y nada seguro puerto y su castillo bastante bien defendido; por la tarde estuvimos en el barrio de Loyola que ocupa una posicion muy pintoresca en un pequeño valle á la márgen izquierda del rio Urumea, aqui ya confundido con la ria de Astigarraga, y no quisimos llegar á este último pueblo, no obstante que dista poco, por no tener nada que llame la atencion.

CAPITULO XI.

San Ignacio de Loyola.

Dos caminos iguales en distancia conducen actualmente de San Sebastian á Tolosa, el antiguo por Hernani y el nuevo por Lasarte; pero en la época en que nosotros hicimos nuestro viage, este último no estaba todavía transitable, ni existia en Lasarte la magnífica fábrica de hilados y tejidos de algodon de los señores Brunet, que hoy existe, ni tampoco la de fundicion del señor Lasala con el molino harinero que tiene contiguo; todos estos establecimientos son modernos y posteriores á la construccion del camino que se abrió al público en 1847. Fuimos, pues, por Hernani y nos detuvimos á ver su iglesia parroquial, donde está sepultado el capitan Juanes de Urbieta; que fué el que prendió al rey de Francia Francisco I en la célebre batalla de Pavía el año de 1525, libertándole al propio tiempo la vida, de que querian privarle algunos soldados por ignorancia ó por malicia. Agradecido el augusto cautivo á los generosos esfuerzos que hizo Urbieta para salvarlo, le dijo que designase el galardon que mejor le pareciese para otorgársele, y éste solo pidió, y obtuvo al punto, el rescate de su general Moncada que se hallaba prisionero en el campo enemigo. Juanes de Urbieta fué natural de Hernani, caballero de la órden de Santiago é individuo del cuerpo de los cien continos ó contínuos que formaban la guar-

dia del emperador Cárlos V como rey de España; murió en 1553, y su sepulcro está al lado del Evangelio con una inscripcion, ya casi borrada, que él mismo dejó escrita, y en la que se menciona el hecho que acabamos de referir.

Cerca de Hernani se ve el monte de Santa Bárbara, llamado asi por una ermita que hay en la cumbre, convertida en fuerte desde la última guerra civil, que en esta parte de las Provincias Vascongadas es donde mas señales ha dejado, y se conservan todavía, de devastacion y ruina. La altura de Oriamendi, perdida y vuelta á reconquistar por los carlistas en marzo de 1837, el pueblo de Urnieta, casi reducido á escombros, el puente de Andoain, testigo de la muerte del general Gurrea, y las negruzcas paredes, restos de edificios incendiados que se encuentran á cada paso, en las inmediaciones de San Sebastian, en el barrio de Loyola y en toda la distancia de cuatro leguas hasta cerca de Tolosa, recuerdan sin cesar los horrores de una lucha tanto mas sensible cuanto que fué de hermanos con hermanos. El cielo preserve en lo futuro á este hermoso pais de tamaños desastres, y no permita que se vuelva á ver jamás regado con la sangre de sus hijos.

Tolosa ha sido algun tiempo la capital de la provincia de Guipúzcoa: ahora lo es San Sebastian, y esta circunstancia contribuye á mantener cierta rivalidad entre ambos pueblos; pero en honor de la verdad mas útil que perjudicial, porque se revela en las mejoras materiales, que en estos últimos años han llegado á ser de consideracion. Tiene muy buenas calles y escelentes edificios, paseos, fondas y templos: la iglesia parroquial, dedicada á Nuestra Señora bajo el título de la Asuncion, es de lo mejor de la provincia, y sobre todo el retablo mayor, que habiendo perecido en un incendio en 1781, se construyó de nuevo despues de la guerra de la Independencia. En el dia nadie que va á Tolosa deja de visitar las dos magníficas fábricas de paños y de papel continuo, en donde ambos productos se elaboran por el sistema moderno, con igual perfeccion que en los mejores establecimientos análogos del estrangero.

Es célebre en la historia la junta que tuvieron en esta villa el dia 10 de agosto de 1391, los procuradores de ella y los de Segura, Mondragon, Motrico, Guetaria, Villafranca, Vergara, Salinas y Zarauz, para defender la hidalguía de los provincianos y oponer enérgica y justa resistencia á las arbitrariedades de los arrendadores de las rentas reales, asi como el motin que hubo contra un judío de Vitoria llamando Gaon. Tenia éste en arriendo las rentas de la corona, segun costumbre de aquellos tiempos, y creyendo que por hallarse el rey Enrique IV en Fuenterrabía, era fácil exigir contribuciones, aunque no hubiese derecho para hacerlo, se obstinó en cobrar el tributo llamado Pedido; pero irritados los tolosanos con tan desusada é in-

justa demanda, se sublevaron, y aunque la autoridad intervino y envió un alguacil para intimarles la obediencia, el representante de la justicia fué atropellado, y muerto el judío Gaon, para que su trágico fin sirviese de escarmiento á los demás usureros que en tales tratos le sucediesen, y no osá-



ran infringir los privilegios de la provincia. Sintió el rey la muerte del judío, y resuelto á vengarla salió de Fuenterrabía con mucho número de caballos; mas habiendo tenido noticia los habitantes de Tolosa de la indignacion del monarca, se refugiaron en una montaña vecina y dejaron abierta la villa y despoblada á Enrique, quien mandó derribar la casa en que sucedió la desgracia de Gaon y dictó varias providencias contra los culpables. Enterado luego el rey del injusto proceder de su arrendador, perdonó á los tolosanos, y á ejemplo de sus predecesores mandó que nunca se pidiese el citado tributo.

Otro de los hechos que mas sobresalen en la historia de Tolosa, es la batalla de Beotibar. Indignados los navarros contra los guipuzcoanos desde que estos se unieron á los castellanos en el año de 1200, hacian sin cesar robos y correrias en la frontera de Guipúzcoa. No quedaban impunes tamañas demasías, puesto que los guipuzcoanos perseguian incesantemente á sus vecinos, de los que tan mal trato recibian. Llegaron á ser las hostilidades entre las gentes de uno y otro pais tan continuadas y tan desoladoras

y sangrientas, que segun dice Henao, no podia ser mayor la destruccion si hubiesen hecho la guerra con anuencia de sus príncipes.

Acrecentáronse estos males en el año de 1321, porque dueños los navarros de los castillos de Gorriti, y Lecumberri, recorrian la comarca de Tolosa, llevando por do quiera la muerte y la ruina, y despues de hacer cuanto daño podian, retirábanse al abrigo de sus fuertes. Para que de una vez terminasen tantos desastres, se apoderó un cuerpo de guipuzcoanos del castillo de Gorriti, siendo casi al mismo tiempo demolido el de Lecumberri por la valiente compañía de Tolosa. Sucedió esto muy á los principios del reinado de Cárlos IV en Francia y I de Navarra, llamado el Hermoso, y siendo gobernador de Navarra Ponce de Morentain, vizconde de Anay, de nacion francés, el cual ansioso de recobrar las perdidas fortalezas y conquistar la provincia de Guipúzcoa, al frente de un ejército compuesto de navarros, gascones y franceses, entró en Berastegui, villa que saqueó y quemó, y «en cuya iglesia, dice Garibay, se hizo harto desacato.» Esperábale al osado general el castigo de estos delitos en el pequeño llano de Beotibar.

Forman la entrada de este, viniendo de Navarra, estrechos pasos, difíciles de franquear si hay en ellos una corta fuerza que oponga resistencia, y fatales para una retirada si la fortuna abandona al invasor.

Llegó á Guipúzcoa la noticia de la venida de Morentain, y reunióse de pronto alguna gente de guerra con la compañía de Tolosa, que como mas próxima fué la primera que acudió al punto amenazado, y viendo la superioridad numérica del enemigo, ocuparon los guipuzcoanos ventajosa posicion como prácticos que eran en el terreno, situando parte de su fuerza en el punto oportuno, á la entrada del parage llamado de Beotibar, y la restante en una alta montaña que ofrecia comodidad para colocarse en ella mucha gente. Refiérese que ademas usaron de un ardid, que fué subir á la montaña tablas de cubas, y armándolas, atestáronlas de piedras, lo que asimismo hicieron con varias clases de vasijas, y llenas y cerradas unas y otras las arrojaron sobre el enemigo, como tambien muchas y muy grandes piedras sueltas. Metidos los franceses y navarros en aquellos estrechísimos lugares, destrozados por las piedras que de la dicha montaña con grande ímpetu caian, atacados valerosamente por los guipuzcoanos que en el llano estaban, y abrumados por el mucho número de sus tropas, no fueron poderosos para defenderse ni menos para ofender. Derrotados que fueron por los guipuzcoanos, pusiéronse en fuga, en la que acometidos por todas partes perdieron gran número de soldados, dejándolos ó muertos ó prisioneros entre aquellas angostas y fragosas veredas.

Dióse esta sangrienta batalla un sábado á 19 de setiembre del citado

año 1321, siendo los primeros gefes de la gente guipuzcoana Juan Perez de Loyola y Gil Lopez de Oñaz. Garibay, Mariana, Henao y otros historiadores refieren este suceso, y dudan con razon que el número de soldados de una y otra hueste fuese el que consta por antiguos documentos, y es de 800 los guipuzcoanos y 70,000 en el campo enemigo, lo que se atribuye á equivocacion en los números; Garibay opina que serian 8,000 los guipuzcoanos; empero habiéndose reunido estos de pronto y habiendo formado la mayor parte de su fuerza la compañía de Tolosa, puede creerse que el error esté en dar á los enemigos 70,000 hombres, siendo acaso 7,000.

Entre los muchos franceses y navarros que en este combate murieron, cúpoles tal suerte al almirante Bernaul, á un hermano del general Morentain, y otros principales personages. Contábase entre los prisioneros Martin de Aibar, hombre cruel que habia prometido hacer tanto daño á los guipuzcoanos que ni aun la luz del sol gozarian si por ella no diesen dinero. Tan inhumanos deseos no pudieron realizarse, pues quedó prisionero de los mismos á quienes pensaba perseguir y atormentar, y á los tres dias murió; si de heridas, si de pesar no lo dicen las historias.

Hiciéronse dueños los guipuzcoanos de un rico botin, y de las armas y de los pertrechos de guerra del enemigo, volviendo á Tolosa cubiertos de gloria y cargados de despojos de sus poderosos contrarios.

En memoria de este hecho de armas se celebran aun en el dia grandes fiestas por San Juan que son muy concurridas.

El camino que de Tolosa conduce á Bilbao es una obra atrevida del genio vascongado, abierto al través de enormes montañas, cuya cumbre se eleva á veces por encima de las nubes y presenta á cada paso sorprendentes vistas que cautivan la atencion del viagero. A cuatro leguas de distancia y al descenso del puerto llamado Mauria, se encuentra la villa de Azpeitia y el nunca bastante ponderado valle de Loyola, cuyo territorio, que se considera con razon aun el mas pingüe de la provincia, ofrece el aspecto de un vasto, ameno y bien cultivado jardin. Al estremo de este valle está la peña Itzarritz, obra portentosa de la mano del Altísimo, y al frente de ella como para añadir primor á primor, grandeza á grandeza, y maravilla á maravilla, el santuario de Loyola, verdadero prodigio del arte levantado por la mano del hombre. Mandó construir esta gran fábrica la reina doña María Ana de Austria, viuda del señor don Felipe IV, la cual deseosa de que en la casa nativa de San Ignacio se erigiese un colegio de la compañía de Jesus, consiguió que en su favor hiciesen cesion del palacio de Loyola, hoy *Santa Casa*, sus poseedores don Luis Enriquez de Cabrera y doña Teresa Enriquez de Velasco, marqueses de Alcañices y de Oropesa de Indias, en virtud de escritura otorgada en la ciudad de Toro á 24 de mayo de 1681, con la es-

presa condicion de que no se demoliese pared alguna del espresado palacio, por respeto á su venerable antigüedad. Aprobó esta escritura el señor don Cárlos II en 14 de julio del mismo año, y el 19 de febrero del siguiente, á nombre de la reina, tomó posesion del mencionado palacio don Manuel de Arce, corregidor de Guipúzcoa; acto que se celebró con grande aparato en presencia de personas distinguidas, y le solemnizó la brillante compañía de paisanos armados de Azpeitia.

Hallándose en el real sitio del Buen-Retiro la reina doña María Ana, firmó en 24 de mayo de 1682 la escritura de fundacion de este colegio, y pidió á su hijo que le incorporase en el patronato real con las mismas preeminencias, prerogativas, gracias y exenciones que gozaban el monasterio del Escorial y los conventos de las Descalzas y Encarnacion de Madrid. Accedió el señor don Cárlos II á las instancias de la reina Madre, despachando una cédula el 23 de marzo de 1683, por la que en todas partes confirmaba la referida fundacion.

Dueña la compañía de Jesus de la casa-palacio de Loyola desde el dia 14 de agosto de 1682 por merced de la reina, tomó las oportunas disposiciones á fin de levantar el colegio, y en su consecuencia se puso la primera piedra el dia 28 de marzo de 1689. Hizo en Roma los correspondientes diseños el arquitecto Cárlos Fontana, á quien habian dado fama en aquella ciudad, y aun en toda Europa, las muchas obras que proyectó y dirigió durante los pontificados de Inocencio XII y Clemente XI. Ignoramos el nombre del artista que se encargó de ejecutar los vastos y difíciles planes de Fontana, constando tan solo que en el primer tercio del siglo XVIII se puso al frente de la obra (que por su mucho coste seguia con lentitud) el guipuzcoano don Ignacio de Ibero. Sucedióle don Javier Ignacio de Echevarría, que aun continuaba dirigiéndola en 1767, cuando á causa de la espulsion de los jesuitas quedó este monumento en el estado en que hoy le vemos, pues desde dicho año no se ha colocado una sola piedra. Los diseños de Fontana, á pesar de la severa crítica que de las obras de este arquitecto hace Milizia, eran dignos de elogio, como lo serian todas las partes del edificio si el que tuvo á su cargo la direccion no le hubiese afeado con estravagantes adornos.

Ocuparon este colegio los jesuitas hasta la espulsion verificada por órden de Cárlos III; posteriormente se trasladaron á él los canónigos premostratenses de Urdax por haber incendiado los franceses en la guerra de la república el insigne monasterio de San Salvador. Volvieron los individuos de la compañía de Jesus á esta casa en el reinado de Fernando VII, y permanecieron en ella hasta principios de 1841, es decir, seis años despues de haber sido estinguida la referida compañía en el resto de España.

La planta del edificio de Loyola es un paralelógramo rectángulo, en el que con el auxilio de resaltos se figura ingeniosamente un águila en actitud de levantar el vuelo, aludiendo al título de imperial que dió á este colegio su fundadora por ser hija del emperador de Alemania Fernando III. Representa el cuerpo del águila el templo, el pico la portada, los dos lados del colegio las alas, y la cola un resalto en que se halla el vasto comedor y varias piezas accesorias. La fachada principal mira al Nordeste, y tiene de estension, así como la opuesta que da al Sudoeste, 524 pies, ocupando el centro la portada de la iglesia: cada uno de los lados menores no pasa de 210 pies, comprendiendo toda la fábrica 122,000 pies de área próximamente.

Despues de almorzar mi amigo y yo en el magnífico parador de Azpeitia, donde compitieron lo esquisito de los platos que nos presentaron con lo voraz de nuestro apetito, nos dirigimos á pie, porque dista muy poco, al famoso santuario, llamado no sin razon la maravilla de Guipúzcoa. Al llegar



Santuario de Loyola.

nos recibió un ex-lego de la companía, italiano de nacion, que ejerce sin rival y con la mayor amabilidad del mundo las funciones de *cicerone*; pero con poco provecho de los viageros, porque á lo rápido de una pronunciacion ininteligible, reune la circunstancia de haber refundido en su idioma el castellano y el vascuence de modo que cuanto mas se esfuerza en esplicar cada una de aquellas preciosidades, mas confusos deja á sus oyentes, que si no llevan noticias anteriores á la esplicacion del buen jesuita, se tienen que contentar con lo que les entra por los ojos.

Larga seria y agena de nuestro propósito la descripcion artística de este santuario; la estensa y magnífica escalinata compuesta de tres ramales, que partiendo el mayor por el centro y los menores por los costados, confluyen todos en una meseta desde la que arranca otro ramal que termina en el pórtico de la iglesia; este mismo pórtico de ricos mármoles con cuatro estátuas que le embellecen; el retablo mayor con sus embutidos y mosáicos, aunque no de muy buen gusto; la gran cúpula, que por ser toda de piedra creyeron algunos que no se podia cerrar, hasta que el arquitecto don Ignacio de Ibero les demostró lo errado de su opinion; en fin, cuanto se ofrece á la vista asi esterior como interiormente, todo es grandioso y digno, sin que el recargo de los adornos que algunos inteligentes le han criticado con justicia, pueda oscurecer su mérito, ni disminuir la grata impresion que produce al que lo examina.

Para facilitar la comunicacion del templo con la *Santa Casa*, con dos sacristías, que están al lado del altar mayor, y con el colegio, se hallan ocho puertas, sobre las cuales hay otras tantas tribunas con desproporcionados antepechos. Ni unas ni otras se ven desde el centro; porque están situadas al frente de los machones que sostienen la cúpula. Despues de haber fijado la atencion en los esquisitos mármoles que forman el pavimento y cubren ó empelechan, valiéndonos de esta palabra técnica, los muros y pilares hasta el anillo, pasamos á reconocer el palacio y la *Santa Casa*.

Saliendo por una de las ocho referidas puertas nos hallamos en un patio estrecho, en el que, y á la derecha, se descubre un edificio cuya altura tendrá unos 56 pies. La parte inferior está labrada de piedra, y el resto hasta la cornisa de ladrillo.

Ese edificio de severo aspecto es la antigua é ilustre casa-solar de Loyola, es la *Santa Casa*, asi llamada por haber nacido en ella el gallardo caballero que defendió heróicamente el castillo de Pamplona, el célebre fundador de la compañía de Jesus, el bienaventurado Iñigo de Loyola.

Una puerta con arco apuntado, sobre la cual están los blasones de la nobilísima familia de Loyola, da paso al interior, dividido en tres pisos, que todos son al presente oratorios. El del primero que fué establo, y no falta quien opina que en él nació San Ignacio por querer su madre que tuviese esta semejanza con Ntro. Sr. Jesucristo, está dedicado al Sacramento y á la Purísima Concepcion. El del segundo, que era el primitivo oratorio de este palacio desde muy antiguo, tiene la circunstancia de haber celebrado en él su primera misa San Francisco de Borja. Perpetúa la memoria de este suceso un cuadro, que representa al santo duque con casulla en el acto de dar la comunion á su hijo don Juan.



BAÑOS DE CESTONA.

Réstanos aun reconocer la parte mas notable de esta casa, que es la *Santa Capilla*, situada en el último suelo.

Lo rico de su ornato y el haber sido la pieza donde nació el Santo Iñigo y en la que se convirtió con la lectura de libros devotos, cuando convalecia en ella de las heridas recibidas en Pamplona, la hacen digna de la atencion de los viageros. Su pavimento y las jambas de las ventanas de esquisitos mármoles, su techo, que casi toca á la cabeza de quien le examina, está decorado con adornos prolijos y tres bajos relieves que un escultor portugués, llamado Jacinto de Vieyra, ejecutó gratuitamente á su paso para Roma, á donde iba en peregrinacion. Represéntase en ellos á San Ignacio predicando á sus paisanos, dando la bandera de la fé á San Francisco Javier, y recibiendo á San Francisco de Borja, que vestido de grande de España se arroja á sus pies. Venérase en esta capilla un dedo del santo que en ella nació y se convirtió.

Antes de pasar al colegio permítasenos decir alguna cosa sobre la historia de la Santa Casa que acabamos de reconocer. Este edificio, cuyo orí-



Valle de Loyola: casa donde nació el santo de este nombre.

gen, como el de los demas solares de Guipúzcoa y Vizcaya es imposible averiguar, porque se pierde en la antigüedad mas remota, era habitado por una familia que fué creciendo en ilustre poder, hasta el punto de mantener gente en campaña, como lo acredita la caldera pendiente de llares

que ostenta su escudo, insignia y blason de ricos-hombres. Debióse la reedificacion de esta casa-palacio á un abuelo de San Ignacio, quien segun la costumbre de su tiempo, hizo un castillo con sus correspondientes almenas.

Sabido es que en el siglo XV afligian á este pais las sangrientas discordias suscitadas por los célebres bandos Oñecino y Gamboino, y que deseando cortar radicalmente aquel mal, dispuso Enrique IV echar por tierra todas las casas fuertes en que los parientes mayores residian, y desde las que seguidos de sus deudos y parciales llevaban á los cercanos pueblos el esterminio y la muerte. Quedaba esta casa comprendida en el mandato del rey, y no queriendo éste que enteramente desapareciese tan ilustre solar, recuerdo de muchos y señalados servicios, permitió que solo fuese demolida su parte superior, la que despues se hizo de ladrillo, quedando la fachada en el estado en que hoy se ve. Tenia para su defensa unos pedreros que han llegado á nuestros dias.

Era señor de la referida casa á fines del siglo XV un caballero llamado don Beltran, el cual tuvo ocho hijos y varias hijas. Fué el menor de esta numerosa prole un discreto, agraciado y animoso niño, que desde su mas tierna edad daba muestras de un entusiasmo guerrero y de una ambicion de gloria, que hacian concebir de él las mas lisongeras esperanzas, en una época en que los ejércitos españoles recogian inmarcesibles laúreles en varios hemisferios. Este niño era el mismo que habia de fundar la famosa compañía de Jesus, era Ignacio de Loyola. Segun correspondia á su elevada cuna, fuéle concedido entrar en el palacio para ser page de Fernando el Católico, empero como los placeres de la córte y las intrigas palaciegas no estaban en armonía con sus inclinaciones, dedicábase esclusivamente al arte militar, que por sí mismo le enseñaba el duque de Nájera, su pariente y protector. Llegó por fin el deseado momento de pasar al ejército, y se vió Ignacio rodeado de las mas brillantes ilusiones. Enamorado ciegamente de una principal señora, no anhelaba otra dicha que la de hacerse digno de poseerla, dándose á conocer por señalados rasgos de heroismo. ¡Asi le hacian pensar los estímulos de su abrasado corazon! ¡Asi constantemente suspiraba por objetos que para siempre habia de abandonar!

Correspondió la conducta de Ignacio en el ejército á la idea que de su esfuerzo y denuedo se habia concebido, y mereció que se le confiase el castillo de Pamplona cuando las tropas francesas dueñas de una parte de Navarra se dirigian á la capital. Defendió heróicamente el fuerte que se habia puesto á su cargo, y en el momento en que mandaba á sus soldados, una bala de cañon dió á su lado é hizo saltar un pedazo de piedra, que hiriendo al bizarro gobernador en una pierna, se la partió dejándole caer al foso.

Apoderáronse de su persona los franceses, y como en aquellos tiempos solo se estimaba y honraba al contrario por su valor y constancia, fué tratado por aquellos con el miramiento que su valerosa resistencia merecia. Dispensáronle al instante cuantos remedios y cuidados exigia su peligrosa herida, y por sí mismos le condujeron en una litera á este palacio de Loyola; tan luego como el estado de su salud permitió concederle este consuelo. ¡Dichosos tiempos en los que tanta estima se hacia del noble proceder!

Agravóse Ignacio en esta casa y dando ya pocas esperanzas de vida, se le administraron los sacramentos: en tal estado tuvo en sueños una misteriosa y consoladora vision en que se le apareció San Pedro, y tocándole con la mano le curó. Sucedió á este sueño el alivio, y como la convalecencia era larga, pidió para entretenerse libros de caballería, lectura muy acomodada á su carácter, pues en ellos se trataba de amores, encuentros, cuchilladas, y se daban ejemplos de una generosidad sin límites. Hizo el acaso, ó por mejor decir la Providencia, que en este palacio se hallasen únicamente vidas de santos. Tomólas con desden Ignacio; pero á medida que leia se iba convenciendo de que no es tan difícil vencer á un enemigo por fuerte que sea como vencerse á sí mismo, empresa gloriosa que se decidió á acometer.

Renunció desde luego los honores, las dignidades, todo en fin cuanto hasta entonces le habia lisonjeado, consagrándose enteramente á servir á Jesucristo. Pasó al monasterio de Monserrat en donde hizo confesion general, colgó su espada en un pilar del templo, repartió sus ricos vestidos entre los pobres, y cubriendo su cuerpo con un tosco saco, descalzo, con la cabeza descubierta y con un bordon se dirigió á Manresa. No le seguiremos en sus largas peregrinaciones, porque el plan de esta obra nos impide estendernos como quisiéramos. Limitámonos por tanto á decir, que despues de pasar por las mas duras pruebas, que á la esperanza de un galardon eterno está reservado soportar, se retiró á una horrible caverna en donde las penitencias y maceraciones le pusieron á peligro de perecer. Visitó la Tierra Santa, y restituido á España aprendió la gramática con ánimo de hacerse eclesiástico; continuó los estudios en Alcalá, Salamanca y Paris, en donde conoció á Francisco Javier, Diego Lainez y otros cuatro, á quienes propuso hacer voto reunidos de emplearse en la salvacion de las almas. Aprobaron todos la idea y la llevaron á efecto el 15 de agosto de 1534 en la iglesia *Montmartre*, decidiéndose á pasar á Roma á ponerse á las órdenes del papa y marchar al punto que los designase. Quiso antes Ignacio visitar su palacio, y en efecto, lo verificó aunque sin detenerse en él mas que algunas horas, escogiendo para residencia el hospital de Azpeitia.

Anhelando resarcir el daño causado por la vida mundana que en estos

sitios habia tenido, redobló sus penitencias, predicó fervorosamente á sus paisanos, y despues de haber hecho muchas conversiones, fué á reunirse con sus compañeros, cuyo número se habia aumentado. Presentáronse á Paulo III, quien dió permiso para que pudiesen todos ser ordenados de sacerdotes por el obispo que escogiesen, en virtud de lo cual celebraron su primera misa, habiéndose para ello preparado con ejercicios por espacio de cuarenta dias. Establecidas las reglas del naciente instituto, dijo Ignacio á sus compañeros que pues se habian reunido para declarar guerra á la heregía y al libertinage bajo la bandera de Jesucristo, llevasen por divisa la cruz y por lema AD MAJOREM DEI GLORIAM, y cuando les preguntasen quienes eran, contestasen: *de la compañia de Jesucristo.*

Falleció este eminente varon el dia último de julio de 1556, teniendo el consuelo de ver estendido su instituto por ambos continentes, en los que se fundaron antes de su muerte mas de cien colegios. Beatificóle en 1609 Paulo V y le canonizó en 1622 Gregorio XV.

Reconocida la *Santa Casa* penetramos en el vasto y suntuoso colegio, que se estiende por uno y otro lado del templo, si bien por desgracia no se halla terminado. En la parte que está concluida arrebatan la atencion del observador la grandiosa escalera, los espaciosos tránsitos, los grandes patios, la oportuna distribucion interior, y otras muchas circunstancias que fuera prolijo referir.

Concluida nuestra visita, cuya duracion estraordinaria despertó el apetito en nuestros estómagos, no obstante lo opíparo del almuerzo, nos despedimos del antiguo lego, y cuando me ocupaba en manifestarle nuestro agradecimiento en la forma acostumbrada, Mauricio que se habia adelantado algunos pasos, volvió apresuradamente como aquel que recuerda de pronto una cosa, y dirigiéndose á mí.

—¡Lo mejor se me olvidaba! esclamó... Diga vd., amigo, añadió luego interpelando al jesuita ¿para qué sirven aquellas camisas de niño recien nacido, que hay tendidas en el primer oratorio de la Santa Casa?

Yo no habia reparado en semejantes camisas, y me eché á reir pensando que Mauricio se chanceaba; pero nuestro guia contestó con la mayor gravedad en su particular dialecto:

—¡Oh! son camisas para hijos tener.

Entonces pedí á ambos que me esplicasen al enigma, y supe que mi amigo habia observado en la capilla del Santísimo Sacramento, que como dije ocupa la parte de la casa que fué establo, una docena de camisas colgadas de un cordel, y que aquellas eran ofrendas de otras tantas mugeres estériles, que cansadas de serlo habian recurrido al santo para obtener por su influjo un sucesor. A dar crédito á nuestro acompañante, la prodigiosa

fecundidad de las mugeres guipuzcoanas tiene origen en su devocion á San Ignacio; pero no supo decirnos si los maridos están igualmente satisfechos de los favores del santo; solamente nos aseguró que ya hacia mucho tiempo que no se llevaban camisas al convento.

Antes de comer recorrimos la villa de Azpeitia situada á la márgen izquierda del Urola, que consta de tres calle rectas, con buenos edificios, empedradas y enlosadas con esmero. Su iglesia parroquial dedicada á San Sebastian de Soreasu es muy buena. Consta de tres naves, cuyas bóvedas sientan sobre ocho altas columnas de escelente efecto. En una capilla hay un suntuoso sepulcro, de don Martin Zurbano, obispo de Tuy, natural de esta villa, y otra de las capillas fundada por Nicolás Saez de Elola, capitan del ejército del Perú cuando su conquista, tiene capellanes, órgano y ornamentos que no pertenecen á la parroquia. Consérvase en esta la pila en que fué bautizado San Ignacio, cubierta en otro tiempo de adornos de plata, y tambien se guarda la efigie de dicho santo de igual metal, que estuvo antes en el retablo mayor del convento.

El 31 de julio, dia del santo patrono, celébrase en el santuario de Loyola una de las mas alegres, concurridas y vistosas romerias del pais vascongado, solemnizándola con funciones magníficas, asi religiosas como públicas, la villa de Azpeitia: entre las primeras es notable la procesion que se hace desde la parroquial de la citada villa hasta el colegio, y entre las segundas los bailes, las corridas de toros y los fuegos artificiales, dando á todo realce lo ameno del sitio, lo suave de la temperatura y lo suntuoso del descrito monumento.

Empleamos la tarde en visitar la magnífica casa de baños de Cestona, que tan merecida reputacion goza por lo salutífero de sus aguas termales, cuya temperatura es de 27 á 29 grados de Reaumur. Conduce á este establecimiento, que dista poco mas de una legua de Azpeitia, un camino abierto hace muy pocos años á la orilla del rio Urola, y se halla situado á la izquierda de dicho rio en un sitio estremadamente pintoresco. Su capacidad, el lujo de las habitaciones y el esmero del servicio le han granjeado tal reputacion, que no solo concurren á él en la estacion de verano las personas que necesitan tomar las aguas, sino otras muchas que van á pasar una temporada como pudieran hacerlo en la mejor casa de campo, pues á todas las ventajas de una posesion campestre, añade la de hallarse allí reunida la sociedad mas elegante de la córte y principales ciudades de España. Cerca de los baños está el pueblo de donde toman el nombre, punto de paseo ordinario para los bañistas, y en el que nada hay que ver mas que la iglesia parroquial dedicada á la Natividad de Ntro. Sr. y la casa del consejo, con un espacioso salon para juntas y una armeria, donde se guardan chuzos, partesanas

y otras armas antiguas. En las inmediaciones de Cestona está el monte Erchina, en el que se encuentra cristal de roca que duplica los objetos como el de Islandia, y en su término se hallan el palacio del marqués de San Millan, habitado por su dueño, que nada ha omitido para enriquecerle con muy preciosos objetos; la fondería propia del duque de Granada, donde se hacen los frascos para el azogue de las minas de Almaden, otros cuatro palacios y la vieja basílica de Santa Engracia, situada en una alta y escarpada peña á media legua del pueblo. La mayor parte de estos edificios los vimos por fuera y algunos de lejos, porque un exámen minucioso de ellos nos hubiera ocupado muchísimo mas tiempo que el de que pudimos disponer.

Al siguiente dia nos dirigimos á Deva pasando por Azcoitia, bonita poblacion á media legua de distancia de Loyola; su iglesia parroquial, la casa de ayuntamiento y la llamada de Idiaquez, es lo único que llama la atencion. En los muros de esta última casa fijaban los parientes mayores los carteles de desafio, cuando los funestos bandos Oñecino y Gamboino, de que en otro capítulo hemos hablado, devastaban este pais. En ella recibió tambien don Cárlos en 1838 á su esposa doña Teresa de Braganza y ratificó el matrimonio, que por poderes habia contraido con aquella señora, siendo este el único suceso de alguna importancia que en esta villa ocurrió durante la pasada guerra.

Deva es un puerto de mar que en la temporada de baños comparte la concurrencia con San Sebastian; en esta última ciudad se hace una vida de córte en miniatura, con todas las comodidades, con todas las ventajas y con todos los inconvenientes de las grandes poblaciones; en Deva por el contrario, la vida es quieta y tranquila; es una vida campestre, sana y agradable, pues si algo falta de ciertas comodidades y diversiones, para los que á ellas están acostumbrados, en cambio se goza de completa libertad y de una franqueza inmejorables. Está situada la villa que nos ocupa en un pequeño llano que hay entre la orilla derecha del rio de su nombre, junto á la misma embocadura, y la falda de una elevada montaña donde se cree que estuvo la ciudad de Tricio-Tubólico. Su posicion topográfica es tan beneficiosa para el comercio, asi de importacion como de esportacion, y fué tanto el movimiento de este puerto en lo antiguo, que un pequeño arbitrio que se estableció sobre las mercaderías que entraban en él, bastó para costear la fabricacion de la iglesia, toda de piedra y una de las mejores de las Provincias Vascongadas. Son muy concurridas en Deva las fiestas de San Roque, y objeto de gran devocion el antiquísimo santuario de Nuestra Señora de Iciar, cuya sagrada imágen se cuenta entre las aparecidas, y es tanta la veneracion con que los guipuzcoanos la han mirado siempre, que en el siglo XVI todos los buques de la provincia al cruzar por delante lo saludaban con salvas de

artilleria y con otras demostraciones de particular afecto. Escribió la historia de la santa imágen que en esta iglesia se adora don Pedro José de Aldazaval y Murgia, segun nos informó un escelente eclesiástico de Deva que tuvo la bondad de acompañarnos al santuario, y del mismo obtuvimos algunos pormenores relativos al gigantesco proyecto que existe de abrir comunicacion entre los mares Océano y Mediterráneo, por medio de un canal que una los rios Deva y Zadorra al imperial de Aragon; empresa grandiosa y de resultados fecundos, pero demasiado cara para concebir esperanzas de que se realice, al menos por ahora.

Desde Deva fuimos á Motrico, que dista muy poco, pequeño puerto de la costa rodeado de elevadas montañas, y cuyas calles son escaleras que hay que subir y bajar continuamente para pasar de unas á otras. Tiene algunas buenas casas, entre ellas la del duque de Granada, el palacio de Urreztieta y la casa de ayuntamiento, de nueva construccion, pues la antigua la quemaron los franceses en 1811. Visitamos la iglesia parroquial construida con los diseños de don Silvestre Perez, y un convento de canónigas, de San Agustin, que conserva dos cuadros de la escuela alemana, uno de los cuales es de Wandick; en la sacristía hay tambien una pintura de Murillo, propiedad de la villa. En la parte occidental existen dos muelles construidos en distintas épocas, y cerca del puerto una caverna, en la que se entra embarcados, y tiene la particularidad de presentar un capricho de la naturaleza que imita un crucifijo.

Salimos de Motrico en direccion á Elgoibar por la carretera guarnecida por ambos lados de viñas, planta muy poco comun en este pais, y nos detuvimos en Mendaro, pueblo muy pequeño, pero no de malos edificios, en cuyas inmediaciones está la famosa fuente intermitente llamada Quilimon; es un manantial que arroja tan abundante cantidad de agua á borbotones, que á pocos pasos de distancia y sin recibir mas caudal, mueve las ruedas de los barquines y mazos de una ferrería y cuatro molinos de tres piedras cada uno; pero todos los veranos se observa la intermitencia de esta fuente, pues sucede que una, dos ó tres veces cuando mas, se le antoja no dar agua por espacio de doce horas cabales, y luego continúa manando, sin que nadie hasta ahora pueda esplicar la causa de tan singular fenómeno. Nosotros tuvimos la poca fortuna de ir á verla precisamente en uno de estos raros intervalos, y como dijo mi amigo Mauricio, con mas gracia que exactitud, «cuando estaba con la calentura.» Florez, Ozaeta y otros autores se han ocupado de esta fuente, afirmando unos y negando otros ser la misma que designa Plinio con el nombre de Tarmaricas.

A dos leguas de distancia de Motrico está Elgoibar, villa situada sobre las márgenes del rio Deva, en cuyo término está el santuario de Arrate en

una meseta pintoresca, donde se celebra una vistosa y muy concurrida romería el 8 de setiembre, y media legua larga mas adelante, en la carretera de Bilbao, la villa de Eibar, último pueblo de la provincia de Guipúzcoa por esta parte, y famosa por sus fábricas de armas, siendo todavía con justa razon celebradas las escopetas de caza, las pistolas y otros muchos objetos que se fabrican en sus talleres. Tambien tiene algunas bellezas artísticas, tales como su iglesia parroquial y el convento de la Concepcion de religiosas franciscas, que se halla fuera del pueblo, junto á la misma carretera. Llámase á este convento de Isasi, por haberlo fundado don Martin Lopez de Isasi y doña Dominga de Orvea en 1593. La iglesia es muy linda, tiene capillas á los lados de la nave, cúpula en el crucero, y un bello retablo mayor de varios cuerpos corintios. Contigua al referido convento está la torre solariega de Isasi, que hoy pertenece á los marqueses de Santa Cruz, y en la que vivió y murió el 11 de marzo de 1634, el infante don Francisco Fernando, hijo de Felipe IV, que confió la educacion de aquel á don Juan Isasi Idiaquez, caballero de Santiago, señor de algunas villas en Castilla y de esta ilustre torre.

CAPITULO XII.

Vizcaya.—Bilbao.

Bien quisiéramos que los límites á que tenemos que reducirnos permitiesen referir con la estension que merece la historia de Vizcaya, que puede decirse es la de todo el pais vascongado, pues nadie ignora que las tres provincias hermanas se han considerado siempre como una sola por la identidad de carácter, de leyes, usos y costumbres, hasta por la semejanza topográfica. Hay, sin embargo, diferencia, á la manera que la hay tambien entre los hijos de un mismo padre, y esta diferencia apenas perceptible sin un detenido exámen, es mucho menor todavía cuando se consulta la historia. De ella aparece, remontándonos á los tiempos antiguos, que en el pais vascongado, llamado anteriormente *Cantabria*, fué donde se establecieron los primeros pobladores de España; que este pais comprendia, no solo las tres provincias que nos ocupan, sino lo que ahora designamos con el nombre de Rioja y montañas de Santander; que á la parte de Oriente de Cantabria estaba la *Vasconia*, que hoy llamamos Navarra, y en fin, que los cartagi-

neses, por mas que algunos autores hayan sostenido lo contrario, no pisaron jamás este suelo clásico de la independencia.

Pero, ya lo hemos dicho, la narracion de estos hechos por interesantes que sean, no es propia de nuestro objeto, y los que quieran conocerlos en toda su estension, habrán de consultar los autores que los han recopilado; por nuestra parte solo podemos decir, prosiguiendo la narracion del Viage, que mientras mi amigo y yo discurriamos sobre la historia del pais vascongado, llegamos á Durango, villa situada en el centro de las carreteras que ponen en comunicacion á las provincias de Alava y Guipúzcoa con la de Vizcaya, à la márgen del rio de su nombre, y en una deliciosa vega. No nos detuvimos en ella, porque si bien tiene anchas y espaciosas calles, y algunos buenos edificios, no ofrece ninguna particularidad digna de notarse, y nuestro ánimo además, era llegar aquel mismo dia á Bilbao.

Dificilmente puede formarse una idea, por mucho que se diga, de lo delicioso, ameno y pintoresco de las inmediaciones de esta última ciudad, situada á la orilla del Nervion, y considerada siempre como uno de los pueblos mas sanos, aseados y cultos de Europa. Era el punto de anochecer cuando nosotros entramos en ella, y como ibamos cansados, solo pensamos en proporcionarnos buen alojamiento, dejando para el siguiente dia el recorrerla en todas direcciones. No habian dado las seis de la mañana cuando la claridad de la luz que entraba por una ventana me obligó á abrir los ojos, y quedé sorprendido de ver á Mauricio que estaba ya de pie, muy ocupado en ponerse la corbata; pero lo que todavia me llamó mas la atencion, fué el observar sus movimientos. Con el espejo en la mano recorria la habitacion, colocándolo ya en un punto ya en otro, sin encontrar al parecer sitio que le satisfaciese. Al ver su pantomima no pude reprimir una estrepitosa carcajada, que sacándolo de su éxtasis lo trajo al momento á la orilla de mi cama; pero sin dejarme tiempo para dirigirle la palabra, se anticipó diciéndome con el acento del hombre mas apurado del mundo:

—¿Soy yo Mauricio?

—¿Cómo que si eres Mauricio?..... ¿Qué quieres significar con esa pregunta?

—Si reconoces en mí á tu amigo Mauricio.

—Perfectísimamente; pero ¿por qué dudas de tí mismo?... ¿Qué te ha pasado?

—Nada, no es nada; ya te lo contaré. Y esto lo decia con una visible agitacion.

—No, le dije, es preciso que me lo cuentes ahora; tú estás inquieto, y sea cualquiera el motivo, yo quiero y debo saberlo.

—Pues bien, te lo diré si no te ries de mí.

—Yo no me rio de nada que afecta á mis amigos. Dime con franqueza por qué estás asi.

—Esta noche he tenido un sueño espantoso; se me ha aparecido Paulina á reconvenirme por haber faltado á la promesa que le hice antes de morir de no pensar en ninguna otra muger.

—¿Y tú das crédito á los sueños?

—No se lo daria si los hechos no viniesen á confirmarlos. Paulina me ha dicho esta noche que en castigo de mis infidelidades me quedaré desfigurado y hecho un mónstruo. Como he dormido mal de resultas de esta aparicion, me he despertado temprano; me he vestido callando para no inquietarte, y considera cómo me habré quedado cuando al arrimarme al espejo á ponerme la corbata, me hallo con que la amenaza de mi prima es una realidad, porque estoy horriblemente disfigurado.

—Mauricio, tú duermes todavía sin duda, le dije, pues yo te veo ni mas ni menos que eras ayer, y como todos los dias.

—Eso lo dices por consolarme, replicó, pero sé bien que me engañas. ¿No acabo de mirarme en el espejo?

—Es la imaginacion, que te ha hecho ver segun tú te has figurado en el sueño.

—Repito que no; estoy espantoso.

—Trae acá ese espejo le dije.

Lo trajo en efecto, me miré en él y me vi de una manera incalificable; entonces comprendí todo. Un defecto de la luna, coincidiendo con el sueño de mi amigo, era lo que habia producido su terror. Despues de tranquilizarlo demostrándole que jamás los muertos vienen á pedirnos cuenta de la falta de cumplimiento de las promesas que cuando vivos les hemos hecho, me ocurrió para distraerlo referirle una anécdota que yo habia leido, no recuerdo donde.

Es el caso, le dije, que en una ocasion llegaron tres amigos que habian pasado todo el dia juntos cazando, á pedir albergue á una mala posada donde solo encontraron una pésima cama en que difícilmente podian acomodarse dos. Echaron suertes para saber quien de ellos debia pasar la noche en blanco, ó sobre el suelo de la cuadra, y cupo este privilegio al mas jóven de la compañía, que no tuvo mas remedio que resignarse. Se acostaron los favorecidos, y movido á compasion el posadero, le ocurrió proponer al mancebo si queria participar de un jergon en que dormia el mozo de mulas, que era por cierto un negro muy feo. Entre las piedras y un cacho de jergon, fácil es adivinar que preferiria lo último, á pesar del camarada, y aceptándolo como una gran fortuna, fué desde luego á participar de su dicha durmiéndose á poco con toda la tranquilidad de un cazador novel.

Sus amigos despertaron primero, y averiguado el sitio donde reposaba, fueron en su busca; pero al verlo junto al negro, y tan profundamente aletargado, les ocurrió darle una broma. Quemaron el corcho de una botella, hicieron polvos de él, y en seguida le tiznaron la cara perfectamente. Concluida la operacion despertaron al negro, lo hicieron levantar con sigilo, y cuando quedó solo el cazador se salieron de la habitacion sus compañeros y empezaron á hacer gran ruido á la puerta. Levantóse el jóven asustado, abrió la ventana y se dirigió á un cacho de espejo que habia en la pared para ponerse la corbata, como tú hacias ahora poco. Entonces se apercibió del cambio de su cara, y sea que sospechase lo ocurrido y quisiese volver la chanza á los que se la habian dado, que le observaban por las rendijas de la puerta, ó que lo creyese de veras, el hecho es que esclamó con indiferencia: «Esos bárbaros han despertado al negro por despertarme á mí; volvámonos á la cama, que me llamarán cuando sea hora;» y se acostó de nuevo muy tranquilo.

—¡Creyó que él era el negro! dijo Mauricio.

—Si no lo creyó aparentó creerlo, y la ocurrencia hizo tal fortuna, que despues nadie le conocia mas que por *el Negro de la posada*.

Antes de concluir la anécdota nos habia traido el chocolate una de las muchachas del parador, bonita como lo son casi todas las vizcainas, y Mauricio, á pesar del miedo á Paulina, empezó á requebrarla como de costumbre; pero yo le recordé el sueño de la noche anterior, y gracias á esto pude lograr que saliésemos pronto á visitar la ciudad.

El aspecto de Bilbao es sumamente agradable, sus calles tiradas á cordel y bien pavimentadas, sus casas (entre las que hay algunas de mármol, y no de jaspe como generalmente se cree) bien construidas, sus paseos, y por fin la elegancia y el esmero que en todo se observa, hacen desde luego concebir una lisonjera idea, asi del pueblo como de sus moradores.

Empezando á reconocer lo mas notable que en esta villa se encuentra, nos dirigimos á los templos, entre los cuales sobresale la insigne basílica de Santiago, la mas antigua de sus parroquias. Es de fundacion inmemorial, y consta que en el último tercio del siglo XIV se mejoró y amplió, habiéndose construido posteriormente el coro, el átrio y el claustro del Angel.

La parroquia de San Antonio Abad, fundada en el siglo XV, consta de tres naves, en las que nada se halla que reparar, si se esceptúa una buena estátua del titular. En las dos parroquias restantes llamadas de los Santos Juanes y San Nicolás de Bari, no entramos porque no tienen ninguna particularidad.

Otros edificios religiosos poseia Bilbao pertenecientes todos á conventos, y durante la última desoladora guerra sirvieron de cuarteles, hospita-

les, etc., por lo que no se pueden citar como monumentos artísticos: ni tampoco los que inmediatos á la misma villa estaban comprendidos en las ante-iglesias de Abando y Deusto, y fueron trasformados en fuertes, resonando bajo sus bóvedas los gritos de guerra y el estruendo de las armas, en vez de los cánticos de paz que en aquellos sagrados recintos por espacio de algunos siglos habian sido entonados.

El hospital civil es acaso el edificio que mas honor hace á Bilbao. Dióse principio á su construccion en 1818, con arreglo al plan trabajado por don Manuel Benito de Orbegozo. Es un paralelógramo rectángulo, y consta de



Hospital civil de Bilbao.

cuatro pisos labrados de piedras sillares, teniendo la fachada principal en uno de los lados menores. Compónese la portada de cuatro columnas aisladas que sostienen un cornisamento con triglifos y otros adornos propios del órden dórico. En el friso y sobre el intercolumnio del centro, hay una lápida con inscripcion, y remata el todo con el escudo de armas de la villa. La fachada que da al camino real, se estiende 325 pies, con 27 vanos entre balcones y ventanas en todo el lienzo del piso principal, y sobre este se levantan tres pabellones aislados, á fin de que la ventilacion sea cual corresponde á esta clase de establecimientos.

Otra casa de beneficencia cuenta Bilbao en su recinto con el título de Hospicio Casa de Misericordia. Cuando ocurrió la espulsion de los jesuitas, ordenada por Cárlos III, quedó suprimido el colegio de San Andrés, que á dichos padres pertenecia, y en el que era educada la juventud bilbaina.

Tratóse de sacar el partido posible del abandonado edificio, por lo que el templo se convirtió en parroquia con el título de los Santos Juanes, y el colegio se destinó á hospicio, haciéndose al efecto, y á espensas de la nunca desmentida caridad de los habitantes de esta villa, las obras necesarias para el nuevo destino que iba á tener. Consérvase esta casa en muy buen estado, y en ella reciben alimento y socorro muchos pobres, siendo considerable el número de los que en la misma residen, y se ocupan en varios telares de hilo, de los que salen mantelerías, lienzos, etc., en una fábrica de loza inglesa y ordinaria, y en otras labores. Los niños de ambos sexos reciben educacion y son destinados los varones á diferentes oficios.

Entre los edificios públicos que adornan á la villa que describimos, merece particular mencion el teatro, construido en 1834, y la casa de ayuntamiento, que es de piedras sillares calizas, con un soportal espacioso, al que dan ingreso tres arcos por el frente y tres por el costado. En la sala de ayuntamiento es digna de ser vista una escelente pintura que representa la Concepcion. En el resto del edificio se hallan la sala de la junta de comercio, con friso de mármoles y otros ornatos, una galería con retratos de reyes, la audiencia del tribunal de comercio, los archivos y otras varias piezas, donde hay ejecutados por Goya, Lopez y otros artistas de mérito, diferentes retratos.

La Plaza Nueva se empezó á construir el 31 de diciembre de 1829, pues si bien se habia tratado de erigirla en varias ocasiones, valiéndose en todas de acreditados profesores, fueron tantos y tales los obstáculos con que hubo que luchar, suscitados algunos por el interés privado, que solamente con la proteccion de Fernando VII pudieron superarse. Tuvo á su cargo la direccion de esta obra el arquitecto don Antonio Echevarría. El área de la espresada plaza tiene de longitud 234 pies con 196 de latitud, presentando 18 arcos, cuya luz es de 9 pies en cada una de las fachadas mayores, y 14 iguales á los primeros en forma y dimensiones, en cada una de las menores, estando todos decorados con columnas dóricas. Sobre este primer cuerpo, que es de piedras sillares, se levantan tres pisos de igual materia. Ocupa el centro de la fachada la casa de diputacion, decorada con pilastras jónicas y un reloj de esfera de cristal que se ilumina por las noches. Forman los soportales de esta linda plaza un cómodo paseo para los dias en que el mal temporal no permite andar fuera de cubierto.

La Plaza Vieja es solamente notable por hallarse en ella el mercado de toda clase de comestibles. Es en verdad sorprendente la abundancia, variedad y baratura de la delicada pesca que ofrece el golfo cantábrico, de las mas sabrosas carnes, de esquisitas frutas, de hortaliza, de todo en fin cuanto la persona mas exigente y amiga del regalo puede apetecer.

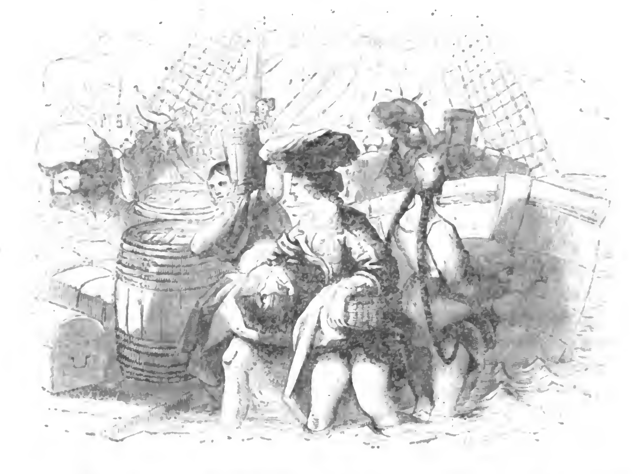
El puente de San Anton es antiquísimo, y muy notable por su solidez y atrevida construccion. Tiene tres ojos, de los cuales el mas alto es de 110 pies de luz.

El puente colgante concluido en 1827, bajo la direccion de don Antonio Goicoechea, se estiende 215 pies sin contar los machones, y su mucha elevacion le pone á cubierto de las avenidas. Ascendió su coste á 400,000 rs.

Las obras del puente de hierro, que hoy está ya concluido, se seguian cuando nosotros estuvimos con la mayor actividad.

Muy digno es de ser visto el magnífico cementario situado en la meseta de Mallona. Fué construido en tres años, y se terminó el de 1830, mereciendo el cabildo mucho elogio, asi por haber resuelto levantarle, como por la brevedad con que llevó á cabo la empresa.

No son menos bellos los paseos de Bilbao que los referidos edificios pú-



blicos. Empezaremos su descripcion por el del Arenal, al que hermosean siete frondosas, anchas y prolongadas calles, y tres menores, formadas todas por robles, acacias, plátanos y otras clases de árboles, tres jardines con enverjados y hermosos faroles de reverbero, sostenidos por elegantes candelabros de hierro. Ciento treinta y cuatro asientos de piedra, muchos de los cuales tienen preciosos respaldares de hierro, hacen muy cómodo este

paseo, que tiene varias entradas, y en la principal hay tres arcos de hierro entre pilares de mármol.

La planta del referido paseo es triangular. Estiéndese por los lados paralelos á la ria 400 pasos, y por los de la iglesia 260. Es sin duda éste uno de los mas deliciosos puntos de recreo que se hallan en las mejores poblaciones de España. La frondosidad y verdura de los árboles, el plácido ambiente que en él se goza, el aroma de las flores y la vista del muelle, que aunque no tan animado como en otros tiempos, ofrece todavía un cuadro interesante, forman un bellísimo conjunto, causando no poca sorpresa al que por primera vez ve las llamadas *cargueras*, que son unas mugeres que se ocupan en cargar y descargar los barcos, metiéndose en la ria con el agua á veces hasta las rodillas ó acaso mas, y llevando enormes bultos en la cabeza, en los hombros y debajo de los brazos, con mayor desembarazo y soltura que pudiera hacerlo el mas robusto mancebo.

Otro paseo llamado el Campo Volantin, empieza en las ruinas del convento de San Agustin, y continúa sobre las márgenes de la ria. Consiste en una hermosa calle de 4,000 pies de longitud, formada por árboles cuyas copas cubren toda la estension de este sitio sombrío y silencioso.

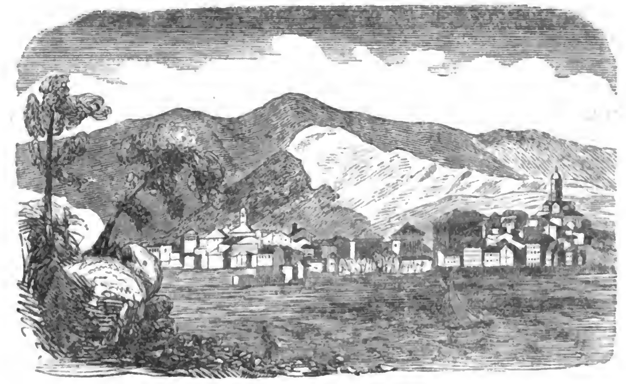
El paseo denominado de los Caños da principio en Achuri, estendiéndose mas de 4,000 pasos. Tiene un cómodo pavimento de losas, pero su corto horizonte y las imponentes rocas que sobre el se levantan, le dan un aspecto triste.

El trato que en Bilbao halla el forastero es sumamente agradable, porque la finura, la cortesanía y la generosidad, son prendas que distinguen à sus habitantes: Mauricio y yo pasamos tres dias en esta ciudad, que no olvidaremos nunca, y nos hubiéramos detenido muchos mas, si el tiempo no nos apremiase. Su historia antigua está enlazada con la general de Vizcaya; la moderna ó contemporánea nadie hay que la ignore: ¿quién no recuerda los padecimientos de los bilbainos en la última guerra civil, los famosos sitios que sufrió esta poblacion, su heróica defensa, la muerte de Zumalacárregui delante de sus muros, la entrada de Espartero en 1836, y todas las circunstancias que acompañan á estos sucesos?

Despues de recorrer sus inmediaciones salimos para Bermeo, villa de la costa, donde apenas nos detuvimos el tiempo suficiente para ver la iglesia parroquial de Santa Eufemia, donde los soberanos de Castilla y señores de Vizcaya, juraban antiguamente guardar los fueros del señorío, y para visitar el tosco y vetusto solar de Ercilla, al que los gratos recuerdos del esforzado guerrero, el ilustre poeta autor de *La Araucana*, dan mas importancia que su forma.

A dos leguas y media de Bermeo, en uno de los sitios mas bellos de

Vizcaya, se halla el pueblo de Guernica, célebre por estar en sus inmediaciones junto á una ermita llamada de Santa María de la Antigua, el renombrado árbol so el cual se han reunido los vizcainos desde tiempo inmemorial, y se reunen todavía á celebrar sus congresos ó juntas. La fundacion de esta ermita se cree que remonta al siglo III de la Iglesia, y en ella se conservan 26 retratos de los señores de Vizcaya, y un cuadro que representa á Fernando el Católico jurando los fueros. Debajo del árbol hay un sólio, en el que se sientan los individuos de la diputacion general, en forma de



Vista del puerto de Bermeo.

templete, con veinte y dos columnas aisladas en sus cuatro caras, ocho de las cuales sostienen un frontispicio triangular, en cuyo tímpano se ostentan las armas de Vizcaya. Detrás de este sólio pequeño, pero de buen efecto, se levanta el árbol famoso, que es un roble, y nada particular tiene, ni aun siquiera denota antigüedad, pues se reemplaza con otro tan pronto como el que existe se pierde.

Con la visita del histórico roble, dimos por terminado nuestro viage á las Provincias Vascongadas, retirándonos con la pena de no haberlas podido recorrer con mayor detencion, y permanecido en ellas mas tiempo.

CAPITULO XIII.

La hija del herrero.

Desde Guernica nos dirigimos á Vergara, donde apenas nos detuvimos el tiempo suficiente para ver el *Campo del abrázo*, en que terminó por una transaccion la última guerra civil, el renombrado seminario y la moderna fábrica de hilados y tejidos de algodon, que elabora cada dia mas de tres mil varas de tela. Habíamos llegado por la tarde, y á la mañana siguiente tuvimos la fortuna de hallar asientos en el correo de Madrid, que nos condujo á Búrgos para seguir el viage á Valladolid, punto céntrico de Castilla, desde donde hay comunicacion directa con todas las poblaciones de alguna importancia que queríamos ver. Veinte y dos leguas separan á Burgos de la antigua *Pintia*, y el camino es carretero y de los mejores de la península. Como no pensábamos detenernos, porque nada notable ofrece esta travesía, nos decidimos á hacerla en una silla de postas, y salimos de Burgos á las cuatro de la mañana para llegar temprano al término de nuestro viage.

—¿Conoces tú este camino? me dijo Mauricio cuando entramos en el coche.

—Si, le contesté; lo anduve hace pocos años, y por cierto no con mucha comodidad. ¿Por qué lo preguntas?

—Para que me digas si hay algo bueno que ver en él.

—Poca cosa; la mayor parte de los pueblos son aldeas insignificantes, solo Torquemada y Dueñas, que están ya á mas de mitad de jornada, ofrecen alguna particularidad.

—Pues en ese caso me voy á dormir heróicamente, replicó Mauricio, embozándose en la capa y reclinándose en el rincon del carruage.

Mi amigo Mauricio es uno de esos hombres que tienen la rara felicidad de disponer del sueño á su arbitrio, lo mismo de dia que de noche; para él el dormir es una operacion que depende de su voluntad, y tan sencilla, como beberse un vaso de agua; verdad es tambien que con la misma facilidad que se duerme, despierta. Yo por el contrario soy de un sueño difícil, y como llevábamos ya algunos dias de descanso, no pude imitar á mi amigo, que con la velocidad del rayo habia unido el hecho al dicho. Quise ocupar el tiempo leyendo, pues ya era de dia claro, pero por un descuido, que rara vez me acontece, cuando voy de camino, no llevaba ningun libro á

mano; Mauricio los habia metido todos en la maleta. No sabiendo qué hacer entablé conversacion con el mayoral de la silla llamado Juan Alvarez.

—¿Es vd. del pais, Juan, le pregunté?

—Si señor; soy de Torquemada, me dijo; un pueblo que hallaremos mas adelante.

—Ya sé dónde está. ¿Tiene vd. familia?

—No señor; quedé huérfano de padre y madre cuando la guerra de los franceses en 1808.

—Su pueblo de vd. padeció mucho en esa guerra.

—Muchísimo, señor; me acuerdo como de lo que he hecho hoy, como que ya tenia 17 años.....

—¿Murieron sus padres de vd. en la defensa del pueblo?

—Yo le diré á vd.; eso es como se quiera entender. Cuando se supo que venian los franceses, la mayor parte de los vecinos tomaron las armas, y preparándose para la defensa, atajaron el puente con cadenas y carros, y ocuparon las casas de la entrada y la torre de la iglesia, desde donde empezaron á disparar tiros en cuanto divisaron al enemigo: pero con tal desacierto y tan poca maña, que tengo para mí que no le hicieron mas daño que si hubieran tirado con pólvora sola. Los franceses despreciando el fuego, que bien conocian ellos partia de gente bisoña, vinieron á la carrera á tomar el pueblo, y por supuesto le tomaron al instante. Entonces era de ver la confusion que se movió: los unos corrian, los otros daban voces, las mugeres y los chiquillos lloraban, y las viejas rezaban á todos los santos del cielo; pero sin que ni santos, ni lágrimas, ni gritos, bastáran á templar la rabia del vencedor. Era el anochecer del 6 de julio, y hacia un calor insoportable, cuando de pronto vemos que se ilumina la poblacion por todas partes con un humo que amenazaba ahogarnos; los franceses acababan de hacer la heroicidad de pegarla fuego por los cuatro costados. Yo habia estado con mi padre hasta lo último en la torre de la iglesia: viendo que la resistencia era inútil, tratamos de escapar y nos descolgamos por la tapia del corral de la casa del sacristan, que estaba contigua á la torre; al mismo tiempo que caiamos á la calle, venian dos soldados de á caballo con los sables desenvainados, y se dieron á perseguirnos á escape; yo como mas ligero pude librar el cuerpo saltando otra tapia de un corralon; pero á mi pobre padre le dieron una cuchillada en el hombro; sin embargo, tuvo fuerzas para llegar hasta mi casa, que estaba cerca, siempre perseguido por los soldados. Al verlo acercarse mi madre en tan lastimoso estado, salió á su encuentro presurosa, y para evitar que le diesen un nuevo golpe con que le amenazaban, se puso de rodillas á implorar perdon; la contestacion fué abrirla el cráneo de parte á parte de un sablazo y dejarla en el sitio; el

compañero del soldado que hizo esta hazaña, atravesó al mismo tiempo el pecho á mi padre con su sable. Cuando yo pude llegar á mi casa, solo dos cadáveres hallé á la puerta.

—¡Eso es horrible! murmuró Mauricio.

—¡Calla! dije yo, ¿pues no estabas durmiendo?

—Pensé dormir, pero me habeis despertado con la conversacion; prosiga vd., Juan.

—¿Y qué mas quiere vd. que diga? añadió Alvarez sacando el pañuelo para secarse las lágrimas que corrian por sus megillas con el recuerdo del trágico fin de los autores de sus dias. Quedé huérfano y he pasado la vida llena de afanes. Para vengar la muerte de mis padres me hice voluntario en la division de Cuesta y serví toda la campaña; pero como no sabia leer ni escribir no pude adelantar nada. Cuando tomé la licencia entré de criado en la casa de postas de Burgos, y asi vivo hace ya cerca de treinta años, unas veces triste y otras alegre, sirviendo al que me paga y esperando resignado el término de mi carrera.

—Siento, prosiguió Mauricio, que su historia de vd. sea tan corta, porque ya me iba interesando.

—Si á vd. le gustan las historias, replicó Juan, yo le puedo contar algunas, y todas verdaderas.

—¿Que si me gustan?..... Sepa vd., amigo mio, dijo Mauricio incorporándose, que solo para oir historias, anécdotas, y aunque sean cuentos, hemos emprendido este viage mi compañero y yo. Con que ya puede vd. empezar á referir, que en ello nos dará contento.

—Déjale, añadí yo, que nos diga algo de la guerra de los franceses, ya que se ha tocado esta materia en que el señor parece bien enterado como testigo ocular.

—Todo puede conciliarse, señores, dijo Juan con cierto aire de importancia, y poco he de poder, ó he de dar gusto á los dos; pero ya estamos en la parada, seguiremos platicando despues de mudar el tiro; la obligacion es antes que todo.

Yo tambien quiero aprovechar este hueco, para referir á mis lectores, aunque sumariamente, algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar en los pueblos que vamos recorriendo, cuando la famosa guerra de la Independencia.

Segun un historiador de los mas notables de nuestra patria (1), noticioso el mariscal Bessieres que mandaba en Burgos por Napoleon, de que

(1) El conde de Toreno.

se habia insurreccionado Valladolid, y con temor de ver cortadas las comunicaciones, ordenó al general Merle, que habia enviado camino de Santander con una division, que retrocediese y viniera al encuentro del general Lassalle que marchaba sobre Valladolid; llegaron los invasores á Torquemada, cuyo pueblo tomaron sin trabajo, y trataron con todo el rigor de la guerra. Los de Palencia, á ejemplo de todas las ciudades de alguna importancia de la península, habian proyectado tambien defenderse; pero intimidados con lo ocurrido en Torquemada, se retiraron á tierra de Leon, y el obispo pudo aplacar la furia de los franceses con un obsequioso recibimiento. En Dueñas se engrosó la division de Lassalle con la de Merle, de vuelta de Reinosa, y allí acordaron el modo de atacar á don Gregorio de la Cuesta, que mandaba las fuerzas de Valladolid, y que por su reputacion de general veterano, infundia algun respeto al enemigo. Temprano en la mañana del 12 de julio, se trabó la refriega, que no fué ni larga ni empeñada, pues á los primeros disparos, los caballos que estaban en campo raso y al descubierto, empezaron á inquietarse, sin que fueran los ginetes dueños de contenerlos. Perturbaron con su desasosiego á los infantes, y los desordenaron. Al punto dióse la señal de retirada, la que se verificó con tal desórden, que fué la pérdida inmensa por nuestra parte, y casi insignificante la de los franceses. Temerosos estos de alguna emboscada, cañonearon á Cabezon sin entrar en el pueblo hasta medio dia, que penetraron en las casas, las saquearon, y abrasaron en las eras los efectos y ajuar que no pudieron llevar consigo. Fué el botin abundante, porque como era domingo, casi todos los habitantes de Valladolid habian ido allí como á fiesta y romería, imaginándose, á fuer de inespertos, segura y fácil la victoria. Despues de este simulacro de batalla, los franceses ocuparon á Valladolid aquella misma tarde sin resistencia y sin causar daño; pero no permanecieron mas que hasta el 16, en cuyo dia abandonaron la ciudad, queriendo apagar la insurreccion de Santander. Con esta ligera noticia podrá comprenderse mejor la siguiente anécdota que nos refirió Juan Alvarez.

—«Pues como iba diciendo, prosiguió el mayoral despues de tomar asiento de nuevo en la delantera cuando se concluyó de enganchar el tiro, voy á contar á vds. una historia tambien de franceses, con la que me parece que han de quedar contentos entrambos. Es el caso, que el dia de la derrota de Cabezon, en la que tambien yo me hallé, porque habia ido á sentar plaza, segun dije, en la division del general Cuesta; como todos, cuando oyeron el toque de retirada se agruparon al puente, unos á otros se atropellaban, y hubo muchas desgracias; entre los infinitos que se ahogaron, le tocó la china á un herrero de Dueñas, hombre de bien á carta cabal, y buen español como ninguno. Era Nicolás Sola, que asi se llamaba el her-

rero, viudo, y tenia dos hijos, uno varon de 15 á 16 años, á quien hizo tomar las armas y que le siguiera, y una niña algo mayor, que cuentan que era bonita como unas perlas. A la niña se la trajo á Cabezon á casa de una tia suya, para que estuviera mas resguardada. Ya saben vds. que todos los vecinos de Cabezon huyeron aquel dia por esos campos de Dios, y que el pueblo quedó arruinado; pero cuando se retiró el enemigo, cada uno volvió á su hogar, y entonces era de oir los lamentos por las pérdidas sufridas. Uno de los que salieron libres fué el hijo de Sola, que habiendo quedado sin padre, trato de buscar á su hermana para ampararla en lo posible; pero Tomasa no estaba en Cabezon, ni nadie habia vuelto á saber de ella, desde el momento de la jarana: era evidente que habia muerto achicharrada en las llamas de la casa de su tia, porque de otro modo se hubiera encontrado su cadáver. El pobre hermano lleno de congoja, volvió á Dueñas, y trató de ganar la vida con la fragua, que aunque daba poco de sí, y mucho menos entonces, siempre sacaba de ella para comer, y algo es algo, sobre todo cuando se encuentra uno en tal situacion.....»

Al llegar aqui, Juan quedó callado, y se puso á sacar con la mayor cachaza los chismes de fumar; Mauricio hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y es esa toda la historia que tiene vd. que contarnos? le dijo al fin casi de mal humor; porque si no ofrece mas lances, la cosa no merecia la pena.

—El señorito gasta poca calma, replicó Juan dirigiéndome una mirada como de inteligencia, y volviéndose luego á mi amigo añadió con mucha socarroneria: lo que vd. ha oido no es mas que la introduccion...... ó el prólogo, como llaman ahora al acto primero de las comedias en Burgos; falta lo mejor y es como sigue:

«Hace muy poco tiempo que estaba un dia Nicolás Sola (este Nicolás de que hablo, es el hijo del que se ahogó en Cabezon, que se llama lo mismo que su padre); estaba, como digo un dia trabajando en su fragua, cuando se presenta el alguacil del pueblo á la puerta y le dice que lo siga á casa del alcalde.

—¿Sabes para qué me quiere el señor alcalde, *Malcose*?

Malcose es el apodo que tiene el alguacil; en los pueblos ya se sabe que cada uno tiene el suyo, sobre todo si son funcionarios públicos. Al tio Robles le llaman Malcose porque cuando era chico lo puso su padre de aprendiz de sastre y se dió tan mala maña, que por mas que hicieron no se pudo conseguir que aprendiera el oficio.

—Vamos á la historia, Juan, que todo eso no viene á cuento, dijo Mauricio.

—Si viene, señorito, porque si uno no esplica las palabras, no le puede entender la gente.

Malcose contestó á Nicolás que no sabia para lo que el alcalde lo queria, pero que debia ser cosa urgente y grave, porque le habia mandado que lo llevase al instante de grado ó por fuerza. Al oir esto la muger de Sola, que estaba con él en la fragua, se echó á llorar con tal desconsuelo, como si ya se hubiera quedado viuda; los chicos, porque tiene dos, imitaron á la madre, los vecinos acudieron, y todo el mundo quedó sorprendido de que se tratara de llevar preso á un hombre que pasaba con razon por el mas honrado del pueblo.

—Pues si eso es asi, dijo Nicolás, voy á mudarme de ropa y te sigo.

—No puede ser, contestó el alguacil: me han dicho que te lleve al instante, y en punto á cumplir con mi obligacion, nadie me gana. Para los actos de servicio Pedro Robles no conoce ni amigos ni parientes.

—Sea como tú lo dices, Pedro, prosiguió Nicolás con la mayor resignacion, y dejando el martillo sobre el yunque salió del taller acompañado de Robles y seguido de su muger, de sus hijos y de una porcion de curiosos y comadres que se habian agrupado á la puerta y cuyo número aumentó considerablemente en las calles del tránsito.

Llegados á casa del alcalde, únicamente entraron Sola y el alguacil, quedando los demás á la puerta. No se supo entonces lo que pasó entre el preso y la autoridad; pero á la media hora se vió salir á Sola acompañado de dos guardias civiles y tomar el camino de Valladolid, sin poder hacer mas que despedirse por señas de sus parientes y amigos. Figúrense vds. las conjeturas que se formarian sobre tan estraño suceso; unos suponian al herrero acusado de conspirador; otros pensaban si se hallaria complicado en la causa de unos ladrones cogidos hacia poco, por haberles fabricado llaves é instrumentos para ejecutar su infame oficio; no faltó quien dijo que Nicolás era un monedero falso; en fin, todos querian esplicar á su manera el suceso y aumentaban mas las dudas con las respuestas evasivas del alcalde, que á los que le preguntaban no contestaba otra cosa sino que obraba en virtud de órden superior.

Dejemos al pueblo de Dueñas comentar á su modo la prision de Nicolás Sola, y trasladémonos á Valladolid. Cuando llegó á esta ciudad con los guardias civiles, lo llevaron á casa del gefe político; un portero entró recado de que conducian un preso; y el gefe, como era natural, contestó que lo metieran en la cárcel. Los guardias obedecieron, y Sola fué encerrado en un calabozo. En seguida volvieron al gobierno político y entregaron un oficio que les habia dado el alcalde de Dueñas.

En cuanto el gefe lo leyó, mandó entrar á su despacho á Nicolás Sola; pero le dijeron que era el preso de quien poco antes habian hablado y que estaba en la cárcel. Al oir esto el gefe político, se puso furioso; reconvino

á los guardias civiles, al portero y á todo el mundo, y mandó que inmediatamente fueran á buscarlo y lo tratasen con el mayor miramiento. La órden se cumplió al instante, y el pobre herrero volvió al gobierno político; pero no ya como un delincuente sino agasajado y considerado como un gran señor; solo su trage mugriento y lleno de tizne, y su cara y manos manchadas de negro, hacian contraste con las atenciones de que era objeto.

—Disimule vd., buen amigo, le dijo el gefe cuando quedaron solos, el mal rato que le han dado por un error lamentable. Un asunto de mucho interés de que le informaré en seguida, es la causa de que lo haya mandado venir; pero sin duda el oficio que se pasó al alcalde de su pueblo de vd. con este objeto no estaba bien claro y ha creido cumplir mejor la órden enviándole á vd. como un criminal.

—El oficio que me leyó el señor alcalde, añadió Nicolás respetuosamente, no decia mas sino que me presentase aqui al momento. Yo estaba dispuesto á obedecer, porque siempre obedezco á quien manda; pero como todo el pueblo se habia agrupado á mi alrededor, temiendo sin duda al alcalde que mis amigos hicieran alguna barbaridad, dispuso que viniese escoltado, y en esta parte no tengo de que quejarme porque los guardias civiles me han tratado muy bien, y me han servido mas bien de compañía que de escolta.

—Me alegro infinito, replicó el gefe.

—Solo cuando llegué aqui me estrañó que me llevasen á la cárcel, porque pongo á Dios por testigo de que no he cometido ningun delito, y si alguno me ha calumniado....

—No hay nada de eso y es bien distinto el objeto con que le llamo á vd. Necesito que me conteste con toda verdad á lo que voy á preguntarle. ¿Tiene vd. algun pariente que resida fuera de España?

—No señor; no tengo mas parientes que mi muger, mis dos hijos y una tia muy vieja, hermana de mi madre que reside en Cabezon.

—¿No se llama vd. Nicolás Sola?

—Si señor.

—¿Es vd. natural de Dueñas.

—Si señor.

—¿Hay algun otro del mismo nombre en el pueblo?

—No señor.

—Su padre de vd. ¿no murió en Cabezon cuando el ataque de los franceses en 1808?

—Si señor, se ahogó en el rio.

—¿No tenia vd. mas parientes entonces?

—Si señor; una hermana que murió en el pueblo en casa de esa tia de quien he hablado antes.

—¿Está vd. seguro que murió?

— Asi lo hemos creido todos, pues desde aquel dia nadie la ha vuelto á ver.

—¿Se halló su cadáver?

—Sin duda lo devoraron las llamas porque no se encontró.

—¿Y no pudo suceder que su hermana de vd. no muriera si no que se estraviara en la confusion?...

—Hubiera vuelto á casa.

—¿Y si no pudo? ¿Y si algun suceso se lo impidió?

—Con que vive mi hermana! gritó Nicolás fuera de si de alegria.

—Yo no he dicho tanto, pudo no morir entonces y haber muerto despues.

Sola no replicó y dejó caer la cabeza sobre el pecho en ademan triste.

—Por noticias que he recibido puedo asegurar que ha vivido hasta hace poco tiempo.

—¡Sin acordarse de su hermano!... Sin escribir una letra! No puede ser, señor gefe político, dijo Nicolás con los ojos llenos de lágrimas. Eso es una atrocidad que yo no puedo creer.

—Su hermana de vd. no le ha olvidado, al menos á la hora de su muerte, y si ha cometido una ingratitud, tambien ha tratado de enmendarla dejando á vd. todos sus bienes, que son cuantiosos.

—¡No escribirme siquiera para que supiese que vivia! murmuraba Sola entre dientes sin hacerse cargo apenas de lo que el gefe político le estaba diciendo

—Es necesario, continuó éste que se prepare vd. á aceptar su nueva posicion. Aqui tengo un paquete cerrado que me encarga el ministro entregue á vd., y tambien me previene que le invite á pasar á Madrid para que reciba vd. en la embajada de Francia, una vez identificada la persona, la copia del testamento de su hermana que ha muerto en Paris, donde tendrá vd. que ir á tomar posesion de sus riquezas. Si vd. necesita auxilios para el viage, tambien me advierten que se los facilite.

—No necesito de nada, á Dios gracias, señor; vengan esos papeles, me enteraré de ellos y veremos lo que he de hacer, porque ahora estoy tan aturdido que no sé lo que me pasa.

—Tóme vd. el tiempo que quiera.

—Ante todo, con su permiso, voy á volver á Dueñas á tranquilizar á mi pobre Maria y á ponerme alguna ropa mas decente, porque esta es la del trabajo, que ni siquiera me dejaron mudar.

—Para eso no necesita vd. incomodarse; yo despacharé un propio, y me parece mejor que permanezca vd. en Valladolid y que vengan aqui su familia.

Sola siguió el consejo del gefe político; escribió á su muger, se despachó un propio á Dueñas, y despues se fué á la posada y se encerró en un cuar-

to para dedicarse solo al exámen de los papeles que le habian entregado y á las reflexiones á que daba lugar el estraño suceso que acabo de referir.

Entre los papeles habia una carta de Tomasa, en la que despues de pedir mil perdones á su hermano por su silencio, le decia que estraviada por el campo el dia de la refriega de Cabezon, la libertó un oficial francés de las garras de unos cuantos soldados ébrios que atentaban contra su honor; que agradecida le siguió hasta Valladolid, donde permaneció oculta, vestida de hombre; que asi recorrió casi toda España siempre acompañada de su libertador, por quien concibió una pasion vehemente; que éste de vuelta á Francia le dió la mano de esposo; pero que ella no tuvo valor para confesarle quien era su familia por temor de que se avergonzara; que habiendo muerto su marido y dejádola por heredera de cuantiosos bienes, se disponia á venir á España, cuando un incidente ocurrido en el camino de hierro de no sé donde, en cuyo convoy iba ella á despedirse de una amiga, (y vean vds. como yo hago bien en detestar los caminos de hierro) la habia puesto al borde del sepulcro y que en sus últimos momentos dictaba la referida carta y el testamento, legando su fortuna á su hermano, á quien rogaba la encomendase á Dios.

Sola marchó á Madrid con su familia á los dos dias, y desde allí se dirigió á Francia sin que despues haya vuelto á saber nadie de su paradero. »¿Vé vd., señorito, como la historia tenia algo de interesante? añadió dirigiéndose á Mauricio.

—Y mucho, replicó éste; y luego vd. la ha contado de una manera verdaderamente dramática.

—Gramática no sé porque mis padre no me enseñaron nada; pero corriendo mundo he aprendido lo bastante para dar gusto á la gente.

Al terminar la conversacion llegamos á Dueñas, donde paramos á comer. Es poblacion muy antigua, y tanto, que se cree fué fundada por los celtas; en tiempo de los romanos se llamó Eldamo; fué destruida cuando los sarracenos, y reedificada por don Alonso III de Leon en 904. Al atravesar la calle Mayor nos enseñó Juan la antigua herrería de Sola, de la que solo existen cuatro tapias ruinosas destinadas á corral para cerdos. Dueñas cuenta mas de 4,000 habitantes y tiene un castillo muy deteriorado en lo alto de un cerro, desde donde se descubre una dilatada vega en la que confluyen los rios Pisuerga y Carrion con el Arlanza y el Arlanzon. Es patria de la infanta doña Isabel, hija de los reyes Católicos y esposa de don Alonso de Portugal. A la salida á mano derecha está el magnífico puente colgante llamado de la Union, concluido en 1845, que es lo mejor sin duda que hay que ver en todo este camino.

Concluido el almuerzo, que no fué ni bueno ni abundante, montamos

de nuevo en la silla, y de nuevo Juan continuó refiriendo aventuras de la guerra, con lo que consiguió distraernos á tal punto, que Mauricio no se durmió en todo el camino. Gracias á la buena armonía establecida entre el mayoral y los viageros, á los cigarros de mi petaca y á las dobles agujetas dadas á los postillones, antes de las cinco de la tarde entrábamos por las puertas de la capital de Castilla la Vieja.

CAPITULO XIV.

Villa por villa Valladolid en Castilla.

Aunque no viene de ahora sino de muy antiguo el refran que sirve de epígrafe á este capítulo, y aunque no es Valladolid en el dia ni una sombra de lo que fué, conserva restos preciosos de su opulencia, y recuerdos dignos de ocupar un puesto preferente en nuestra obra. Los historiadores, que rara vez están de acuerdo sobre ningun punto capital, y mucho menos en materia de fundaciones de los pueblos, difieren, como es consiguiente, respecto á Valladolid. Algunos quieren suponer que esta ciudad fué fundada por los vaceos 714 años antes de Jesucristo; los que sostienen esta opinion, añaden, que la ampliaron los romanos, quienes la pusieron el nombre de *Pincia* ó *Pintia*, del senador Pincio, y que es por consiguiente la misma poblacion que con igual nombre designa Tolomeo en su tabla segunda de Europa. Otros autores pretenden que la fundó un moro llamado Ulit ú Olid, y hallándose situada en un estenso valle, tomó el nombre de *Valle-de-Olid*, mas adelante adulterado con el de Valladolid. No pocos creen que como el punto que ocupa esta ciudad tenia al E. los pueblos Arevacos, al S. los Carpetanos, al O. los Celerinos y al N. los Astures, de suerte que venia á ser un terreno céntrico, al que acudian los referidos pueblos para sentenciar sus litigios, le denominaron campo ó valle de Lid, y mas tarde Valladolid. Pero todas estas opiniones están fundadas en conjeturas y nada mas: lo que resulta en hechos históricos es que Ordoño II de Leon conquistó á los moros esta ciudad por primera vez en 920, perdiéndose luego y volviéndose á ganar por Alonso VI en 1084; que este rey la dió por juro de heredad al poderoso conde don Pedro Anzures ó Peranzules, quien la engrandeció y continuó la obra de reedificacion que por órden del monarca habia empezado don Rodrigo Gonzalez Giron, de donde toma orígen el blason de armas que tiene, y consiste en tres girones pajizos en campo de gules, y en el timbre una corona con ocho castillos; que Anzures disfrutó

tranquilamente á Valladolid hasta su muerte; que pasó á su nieto Armengol, y que falleciendo éste sin herederos se incorporó de nuevo á la corona, viniendo á ser luego córte de los reyes de Castilla. Don Juan II la añadió el título de *Noble* en 1442, y en este mismo año se instituyó el real tribunal de la Chancillería, existiendo ya desde el de 1346 la Universidad. Felipe II, queriendo sin duda indemnizar al pueblo que lo vió nacer del perjuicio que le habia ocasionado trasladando la córte á Madrid en 1561, dos años antes de su muerte, es decir, en 1596, la concedió el título de *ciudad*. En 1595 habia obtenido del papa Clemente VIII una bula, fecha 25 de noviembre, por la cual se erigió en cabeza de obispado, y su colegiata, fundada en 1118, en catedral. Esto, unido á los muchos concilios y córtes que se han celebrado, prueba que desde muy antiguo fué pueblo de impor-



Cristóbal Colon.

tancia. Pero lo que á Valladolid ha dado mas renombre en la historia, es sin duda ninguna la muerte de Cristóbal Colon, descubridor de América, los famosos autos de fé del reinado de Felipe II, el célebre alcalde Ronquillo y la ejecucion del privado don Alvaro de Luna. Hechos son todos que merecen ocupar algunas páginas, y aunque no con la amplitud que quisiera, algo diré de cada uno, siguiendo el órden en que los he apuntado.

La muerte de Cristóbal Colon ó Colombo, como le llaman algunos es-

critores, acaecida en mayo de 1506, no tuvo mas particularidad, que la circunstancia de pasar casi desapercibida, cosa á la verdad que apenas se comprende, tratándose de un hombre que tales servicios prestó á España, y que tuvo la gloria de descubrir un nuevo mundo. Pero si nada es posible decir de su muerte, no sería justo dejar pasar la ocasion de dar alguna noticia de su familia y de los hechos mas notables de su vida, aventurera y llena de sinsabores.

Cristóbal Colon, natural de Génova, como todos sabemos, fué hijo de Domingo Colon y de Susana Fontanarossa; tuvo dos hermanos, Bartolomé y Jacobo, llamado en España Diego, y una hermana casada con un salchichero, de nombre Jacobo Ravarello. El padre vivió todavía dos años despues del descubrimiento de su hijo; era fabricante de telas de lana, y se conserva su firma puesta en un testamento como testigo, el año 1494. Cristóbal Colon se casó en Lisboa con doña Felipa Perestrello y tuvo un hijo, Diego Colon, que nació en la isla de Porto Santo hácia los años de 1470 á 1474; otro hijo, don Fernando, nació al almirante de doña Beatriz Henriquez, señora noble de Córdoba, que parece haber ejercido gran influencia en este hombre estraordinario, principalmente el año 1488.

Diego Colon fué un hijo respetuoso y honrado, y representó un papel importante en los sucesos políticos de aquella época. En 1508 casó con doña María de Toledo, y los historiadores convienen en que esta alianza con la casa de Alba, le fué mas útil para sus adelantos que los servicios de su padre. Don Fernando, dedicado desde jóven á los estudios científicos, abrazó al fin la carrera eclesiástica, y murió á los 53 años de edad, legando su rica biblioteca, que constaba de 12,000 volúmenes, á la ciudad de Sevilla.

En la correspondencia dirigida á sus hermanos y á sus hijos, Colon dió pruebas continuas de tener un alma elevada y un corazon afectuoso; por lo demás toda la vida del almirante se resume en el círculo de sus cuatro viages.

El primero lo emprendió el viérnes 3 de agosto de 1492, saliendo del puerto de Palos de Moguer con su escuadra, que se componia de tres pequeñas naves; la *Santa María*, montada por Colon, y la *Pinta* y la *Niña* al mando de los dos hermanos Alonso y Vicente Yañez Pinzon. El viernes 12 de octubre á las dos de la mañana descubrió la isla de San Salvador, una de las Lucayas, y en seguida las de Cuba y Santo Domingo, volviendo á España en marzo de 1493.

El segundo viage lo hizo Colon con Juan de Cosa y Alonso Ojeda; partió el 25 de setiembre de 1493 y volvió el 11 de junio de 1496. Salieron diez y siete navíos de Cádiz, y partió de Haïti para emprender el descu-

brimiento de la Jamaica (Santa Gloria ó isla de Tabago), y de la costa meridional de Cuba, el 24 de abril de 1494, volviendo á la Isabela por Haïti el 29 de setiembre del mismo año.

El tercer viage lo emprendió en 30 de mayo de 1498, y volvió el 25 de noviembre de 1500; fué con tres navíos, y descubrió en 1.º de agosto de 1498 el continente, recorriendo la costa de la América Meridional hasta Caracas.

Para el cuarto y último viage salió del puerto de Cádiz con cuatro navíos el 11 de mayo de 1502, y volvió el 7 de noviembre de 1504, habiendo descubierto la costa desde Honduras hasta el Puerto de los Mosquitos, á la estremidad oriental del istmo de Panamá.

Es notable que Colon tenia ya sesenta y seis años, cuando emprendió esta última espedicion. El año siguiente empezó á sentir la proximidad de la muerte, é hizo su testamento el 25 de agosto de 1505 firmado por su mano. El 19 de mayo de 1506 añadió algunas disposiciones que tambien firmó, y al siguiente dia dejó de existir. Habia pedido que pusiesen en su tumba las cadenas, con que en otro tiempo le habia cargado Bobadilla. Este grande hombre que tanta tierra habia descubierto, deseaba en una de sus últimas cartas un *rincon de tierra*, para morir tranquilo, y el historiador Pedro Mártir de Anglería que habitaba por entonces en Valladolid, ni siquiera hace mencion de su muerte, y se estiende grandemente en otros sucesos de menos importancia. ¡Qué leccion encierran semejantes desengaños!..... Su cuerpo se depositó en el monasterio de las Cuevas de Itálica, despues se llevó á la isla de Santo Domingo, y últimamente á la Habana, donde reposan sus cenizas.

Los autos de fé de que arriba queda hecho mérito, fueron dos, y tuvieron lugar ambos el año de 1559, con asistencia de las personas reales, y si hemos de dar crédito al historiador de la Inquisicion, Llorente, con un aparato inusitado. En los años 1557 y 1558 se habian hecho muchísimas prisiones de personas ilustres por su nacimiento ó por su saber, con cuyo motivo y los indicios encontrados en sus procesos de un proyecto vastísimo de propagar las opiniones luteranas, creyeron Felipe II y el inquisidor general Valdés, que convenia usar con los reos un rigor superior al ordinario para producir escarmientos que infundiesen terror á todos los iniciados de aquellas opiniones y no reclusos aun en cárceles secretas por falta de noticias en el Santo Oficio. El papa Paulo IV dió, á peticion del rey, las licencias que se le pidieron, y seguida la causa de la manera que tenia por costumbre proceder aquel tribunal, resultaron condenadas 61 personas.

El primer auto de fé tuvo lugar el domingo de la Santísima Trinidad 21 de mayo, presidido por los príncipes, concurrido por los consejeros de to-

dos los consejos que seguian la córte, muchos grandes de España, mayor número de titulados condes, vizcondes, marqueses, barones y damas de todas clases, y fuera de asiento un concurso innumerable de gente. Los tablados, cadalsos, asientos, púlpitos, graderías y altares estaban dispuestos en el *Campo Grande*, especie de esplanada magnífica, que en la actualidad es un bonito paseo. Salieron al auto esta vez para ser conducidas de allí á la muerte catorce personas, los huesos y la estátua de otra ya difunta, pues sabido es que la Inquisicion no perdonaba ni á los muertos, y diez y seis vivas para ser reconciliadas con penitencia. Tengo á la vista varios libros impresos en distintos idiomas que hablan de este suceso y la copia de un manuscrito, en que se describe con tal minuciosidad, que hasta se es-



plican los trages con que asistieron el príncipe don Cárlos, primogénito de Felipe II y la princesa gobernadora doña Juana, pues el rey se hallaba á la sazon en Flandes; pero semejantes detalles son agenos de este sitio. La procesion salió del palacio del Santo Oficio á las diez de la mañana en el órden siguiente· 1.º La escolta de carboneros (1): 2.º los frailes domini-

(1) Los carboneros tenian privilegio de asistir á este acto, porque suministraban el carbon y la leña gratis para quemar los reos.

cos, que auxiliaban siempre á los decapitados por la Inquisicion: 3.° el estandarte de la fé seguido de los familiares, que eran todos grandes de España y personas visibles: 4.° y último, los reos cercados de religiosos y guardias, y vestidos con el sambenito y la coroza, segun la pena que debian sufrir. El auto empezó como de costumbre por una misa solemne; al llegar al Evangelio, el inquisidor mayor exigió á los príncipes, en calidad de presidentes, el juramento de defender la religion católica, perseguir la heregía y auxiliar al Santo Oficio; predicóse luego un sermon contra las doctrinas luteranas, y despues se verificaron las ejecuciones. La historia ha conservado los nombres de las víctimas, que no cito aqui por falta de espacio; los que habian confesado espontáneamente ó en el tormento abjurando sus errores, disfrutaron el insigne favor de que les diesen garrote antes de arrojarlos á la hoguera; los no confesos ó contumaces fueron quemados



vivos, y á algunos se les cortó antes la mano derecha en un tajo. La pluma se resiste á describir tamaños horrores, y solo porque se ven consignados de una manera tan auténtica puede dárseles crédito en la época presente.

El segundo auto de fé se verificó el 8 de octubre, todavia con mas solemnidad, á causa de presidirlo el rey, vuelto recientemente de los Paises-Bajos. Cuentan que las causas de los que salieron al patibulo, que fueron trece vivos para quemar, uno en efigie y diez y seis para reconciliar con

penitencia, estaban ya concluidas en mayo; pero se retrasaron las ejecuciones pensando que sería agradable al piadoso Felipe II este espectáculo que hoy se consideraria como un acto atroz de insigne barbarie. A él asistieron el rey, su hijo, su hermana, su sobrino el duque de Parma, tres embajadores de Francia, el arzobispo de Sevilla, los obispos de Palencia y Zamora, varios electos no consagrados, el condestable y el almirante de Castilla, el duque de Nájera, el de Arcos, el marqués de Denia, el de Astorga, el conde de Ureña, el de Benavente, el de Buendía, el último gran maestre de la órden militar de Montesa, don Pedro Luis de Borja, hermano de San Francisco de Borja, el gran prior de Castilla y de Leon de la órden de San Juan de Jerusalen, don Antonio de Toledo, hermano de los duques de Alba, otros grandes de España que no están nombrados en el testimonio, muchos titulados, la condesa de Rivadabia, y otras señoras grandes de España y tituladas, todos los consejos, tribunales, autoridades, dependientes del palacio, empleados civiles y militares, y un inmenso concurso. De propósito he citado estos personages, para que se juzgue de la especie de solemnidad que se daba á semejantes actos, á los que si unos concurrian por curiosidad, muchos iban en la persuasion de que hacian una obra meritoria y agradable á los ojos de Dios. Tanto pueden el fanatismo y la preocupacion, cualquiera que sea la forma con que se revistan!.....

La tradicion cuenta que Rodrigo Ronquillo, alcalde de Valladolid, se fué derechito al infierno en cuerpo y alma, sin que pueda caber duda, porque la cosa pasó á vista y presencia de una comunidad entera. A pesar de haber muerto quieto y tranquilo en su cama con todos los sacramentos, el dia que lo fueron á enterrar en una capilla del convento de San Francisco, vinieron dos diablos, y sin cuidarse de los exhortos de los frailes, cargaron con el cuerpo del pobre alcalde y se lo llevaron por el techo, dejando un agujero ahumado, que algunas viejas de la ciudad aseguran existia todavía en sus mocedades. Hoy, por supuesto, no hay agujero ni convento. La causa histórica, de donde esta tradicion toma su origen, consiste en que el 23 de marzo de 1526 el dicho Ronquillo, alcalde de córte por Cárlos V, dió garrote al famoso obispo don Pedro Acuña, gefe de los comuneros, quien huyendo, despues de la batalla de Villalar, fué preso por un alférez llamado Perote en Villamediano y encerrado en la fortaleza de Simancas. Alli el obispo, que se fingia enfermo, asesinó para escaparse al alcaide Diego Noguerol, y Ronquillo, que era á lo que parece hombre tremendo, le dió garrote sin mas miramientos. Al rey no debió parecerle del todo mal la determinacion de su alcalde, segun se deduce de las siguientes líneas que le escribió:

«Yo os lo tengo en servicio, y puesto que eso es fecho, en lo que resta

»que es enviar por la absolucion, yo mandaré proveer que con diligencia se »procure y traiga.»

Once meses tardó en venir el breve del papa desde que se hizo la demanda; pero vino al fin dirigido á don Pedro Sarmiento, obispo de Palencia, por no haberlo todavía entonces en Valladolid, y Ronquillo recibió la absolucion, yendo en penitencia desde el convento de San Francisco á la catedral el 8 de setiembre de 1527. El pueblo, por lo visto, no quedó satisfecho con esto, y lo hizo volar despues de muerto en las garras del diablo, persuadido sin duda de que quien habia dado garrote á un obispo no podia tener perdon de Dios aunque lo absolviese el papa.

Para cumplir la oferta de dedicar algunas líneas á cada uno de los acontecimientos que han hecho célebre en la historia la ciudad que nos ocupa, deberia hablar ahora del trágico fin de don Alvaro de Luna, pero una inesperada aventura que nos ocurrió á mi amigo Mauricio y á mí, me obliga á llevar al lector á otra parte, prometiéndole sin embargo para despues contarle la historia del privado de don Juan II en capítulo especial.

CAPITULO XV.

El caballero de Olmedo.

Al parar nuestra silla de posta en la fonda de Valladolid, habia varias personas á la puerta, como acontece siempre en tales casos. Mauricio se apeó primero, y cuando yo lo iba á hacer, quedé sorprendido viendo que uno de aquellos curiosos se habia colgado del cuello de mi amigo, y le abrazaba con toda la vehemencia y toda la efusion de un castellano viejo.

—¡Qué alto y qué buen chico estás! Mauricio, le decia..... hecho un hombre enteramente!.....

—Ya ves, como que tengo veinte y seis años, replicaba mi amigo. Tú tambien estás bueno. ¿Y la Antonia? ¿Y los niños?

—Famosos todos; ahora los verás.....

—¿Cómo ahora? ¿Están aquí?

—No por cierto; están en Medina, pero supongo que te vendrás en seguida.

—No puede ser, viajo en compañía de este amigo.....

Mauricio me señalaba á mí que ya me habia bajado del carruage.

—Se vendrá con nosotros; tus amigos son nuestros.....

—Pero traemos una jornada en el cuerpo, y es preciso descansar.

—En hora buena; no nos iremos ahora, pero nos iremos mañana.

—Eso es mas razonable, replicó Mauricio, y entramos en el parador.

Los mozos habian apeado el equipage, y lo conducian á la habitacion que nos destinaron en la fonda, á la cual nos siguió impertérrito el desconocido. Este, segun pude averiguar pasados los primeros momentos de efusion, era nada menos que un cuñado de Mauricio, que vivia con su familia en Medina del Campo. Mi amigo le habia escrito dándole noticia de nuestro viage á Valladolid, y el hombre se habia ido á esperarnos resuelto á llevarnos á su casa á todo trance, pues hacia ya doce años, desde que se vino á Madrid á estudiar, que Mauricio no habia visto á su hermana. La pretension me pareció justa, y convenimos en trasladarnos á Medina al siguiente dia por la mañana, como en efecto lo hicimos. Dejo á la consideracion de los lectores las muestras de regocijo de ambos hermanos y el acompañamiento de caricias de tres sobrinos, hermosos como ángeles, asi como las atenciones de que seríamos objeto en una casa de mas que medianas comodidades, y entre una familia modelo de virtudes y digna del mayor aprecio, aun sin la recomendable circunstancia de ser la familia de mi amigo. Si alguno quiere hallar todavía restos de nuestras antiguas costumbres patriarcales, si quiere gozar de aquella tranquilidad de espíritu y de conciencia, que formaba la dicha de nuestros antepasados, y que por desgracia ha huido de nuestra sociedad egoista y positiva, que vaya á Medina á casa de la hermana de Mauricio, donde encontrará reunidas todas las felicidades y todos los encantos de la vida; no de esa vida de goces mundanos y efímeros, sino de la que eleva el alma á su origen divino, de la que abre el corazon á todas las sensaciones dulces, y lo predispone á la práctica de las acciones loables. Ocho dias que pasamos con la familia de mi amigo han dejado en mi memoria un eterno recuerdo.

La villa de Medina del Campo ofrece muy poco alimento á la curiosidad del viagero; el hospital general, el magnífico edificio de las Carnicerías, las lagunas de agua salada, el castillo de la Mota, y los restos del antiguo canal ó acequía, son cosas que se ven al instante; sin embargo, hay unida á esta acéquia una tradicion, que voy á contar en seguida, porque presumo no desagradará del todo á mis lectores, y mucho menos á mis lectoras.

«Por los años de 1493, despues de la conquista de Granada, los Reyes Católicos se retiraron á Medina del Campo á disfrutar de la tranquilidad y descanso, que necesitaban tras tanto tiempo de guerras, en que sus armas vencedoras acabaron por plantar el estandarte de la cruz en los arabescos torreones de la Alhambra. Entre los apuestos guerreros que brillaban entonces en la córte, habia uno á quien se designaba tan solamente con el



VISTA DEL CASTILLO DE MEDINA DEL CAMPO.

nombre del *Caballero de Olmedo*, sin duda por ser natural de este pueblo. Era galan, valiente y de hermosa figura, de modo que asi los hombres como las mugeres tenian á don Juan de Maldonado por el tipo mas completo de los bizarros caballeros de Castilla, en la época á que nos referimos.

Inútil es hablar de sus conquistas de amor, pues no habia dama que no se creyese feliz con merecer sus obsequios; pero como el amor es caprichoso y el corazon no se manda, don Juan hizo lo que hacemos todos en iguales casos; se prendó apasionadamente de una viuda, que aunque jóven, bella y rica, era acaso la única muger que no se hallaba dispuesta á corresponderle, y se enamoró de ella quizás por esto mismo. En vano quiso ablandar su corazon con ruegos y finezas, la viuda cada vez se mostraba mas insensible, y su inesperada repulsa y constante desden solo servia para avivar la llama del despreciado galan.

—Sois la muger mas ingrata del mundo, la dijo un dia despues de inútiles ruegos.

—Tal vez tengais razon, le contestó ella con frialdad.

—Pero ¿no sabeis que os amo como un loco, que no quiero apartarme de vuestro lado, que á nadie he amado como á vos, que mi libertad y mi vida os pertenecen?

—Todo eso lo sé porque me lo habeis dicho; replicó la dama, pero ¿qué quereis que yo le haga? ¿Está en mi mano acaso el corresponderos?

—¿Pues en manos de quién está, señora? ¿No sois dueña de vuestras acciones?..... ¿Hay algun rival oculto?..... ¡Oh! decídmelo, decídmelo al punto, y su vida ó la mia decidirá la contienda.

—¿Estais loco, don Juan? eso es un frenesí que el tiempo borrará. Seguid el consejo que os dí el otro dia; viajad, vereis otros paises, vereis otras mugeres..... ¡hay tantas en el mundo que valen mas que yo!.....

—¿Quereis alejarme de vuestro lado?..... Os estorbo..... Soy odioso á vuestros ojos.....

—Yo no he dicho semejante cosa..... os aconsejo lo que os conviene, y nada mas.

—Permitidme, señora, que no siga el consejo.

—Haced lo que gusteis.

—¿Pero no puedo esperar que me ameis nunca?

—¡Jamás! dijo ella con energía.

—¿Y por qué? ¿Decidme por qué al menos?

—Yo no lo sé, don Juan..... porque es imposible que sea vuestra..... tan imposible como el que las aguas del rio Adaja pasen por Medina.

El caballero, que se habia arrodillado á los pies de la viuda, se levantó

de repente al oir estas palabras, y sus ojos brillaban de alegría, como si un pensamiento feliz lo iluminara.

—¿Y si las aguas del Adaja pasaran por Medina dentro de un año, seríais mia entonces, señora? dijo con voz pausada y tranquila.

Ella se sonrió como si aquella pregunta del caballero acabase de cerciorarla de que realmente estaba loco.

—¿Qué haríais, señora, prosiguió con vehemencia, seríais mia si las aguas del Adaja pasasen por Medina?

—Eso no es posible, replicó la viuda.

—Aunque no lo sea, contestad, señora, ¿me daríais vuestra mano?

—Bien, si, os la daría, dijo la dama con visible deseo de poner fin por este medio á una conferencia, que ya se la iba haciendo insoportable.

—Mirad lo que prometeis, señora: cuento con vuestra palabra.....

—Jamás he faltado á ella.

—Pues en ese caso, adios.

Y en seguida desapareció presurosamente. La viuda quedó convencida de que realmente don Juan habia perdido el juicio, y casi le tuvo lástima.

. . . .

Once meses habian trascurrido ya sin que se hubiese vuelto á ver en Medina al caballero de Olmedo, cuando de repente se presentó una tarde en casa de doña Ana, que asi se llamaba la viuda.

—Señora, la dijo, va á cumplir un año que me ofrecísteis ser mi esposa el dia que las aguas del Adaja pasasen por aquí.

—Pero don Juan, interrumpió la dama sonriendo, ¿no os habeis curado aun de vuestra locura?

—Es muy cierto, señora, que estoy loco; pero es de amor por vos.

—Yo os lo agradezco mucho, pero.....

—No vayais á pronunciar el anatema, esclamó con viveza don Juan. Me habeis dicho que el dia que las aguas del Adaja pasasen por Medina seríais mia. ¿No es verdad?

—Cierto que asi lo dije.

—Pues bien; ese dia ha llegado ya.

—No os comprendo, don Juan, repuso la dama algo confusa.

—Venid, señora, á esta ventana y me comprendereis perfectamente.

La viuda se dirigió maquinalmente á la ventana, y abriéndola el caballero la rogó que fijase la vista en una hondonada entre el castillo y el pueblo.

—Pero yo no veo las aguas del Adaja pasar por Medina, dijo la dama.

—Tened un poco de paciencia, replicó don Juan.

Y sacando un pito de plata tocó tres veces, y doña Ana oyó sonar á lo

lejos la misma señal repetida de distancia en distancia hasta perderse en el espacio. Despues esperaron como una media hora sin que interrumpiese el silencio que ambos guardaban mas que la respiracion un tanto agitada del caballero. Pasado este tiempo:

—¡Mirad! gritó don Juan señalando á la hondonada.

—Yo no veo, mi querido mago, dijo la viuda con singular coquetería, mas que gente que se agolpa en tropel.

—¿Y ahora? preguntó él fijando sus ojos radiantes de alegría en el bello rostro de la dama.

Doña Ana le tendió la mano y mirándolo fijamente:

—Habeis vencido, don Juan, le dijo por toda respuesta.

En efecto, las aguas del rio Adaja corrian al pie de la colina, en cuya cumbre se eleva el castillo construido en 1440, segun se cree por Fernando Carreño, á quien las crónicas llaman el Obrero Mayor.

Cuando don Juan habia oido decir á la viuda que era tan imposible que correspondiese á su amor como el que pasasen las aguas del rio por el pueblo, y que si esto llegaba á suceder sería suya, concibió uno de esos proyectos gigantescos que solo un amante es capaz de llevar á cabo. El rio Adaja nace en la sierra de Avila cerca de Villatoro, pasa por Avila, Arévalo y Valdestillas y entra en el Duero por Aniago, despues de 27 leguas de curso. El caballero dispuso que se abriese una zanja en la parte occidental del rio junto al puente de Palacios, que dista dos leguas de Medina, continuándola por un valle hasta venir á confluir con el rio Zapadiel que riega otro estenso valle y baña los muros de la poblacion. Conforme á este plan reunió mucha gente de Olmedo y lugares comarcanos, y les hizo trabajar siempre de noche y con tal teson, que once meses bastaron para que dejase de existir el inconveniente que doña Ana creia insuperable. Tarde conoció esta su ligereza; pero comprometida de tal modo á dar su mano al caballero, le dijo aquel mismo dia que estaba pronta á casarse cuando dispusiese. Don Juan ansioso de recoger el fruto de sus afanes, fijó la próxima fiesta de San Pedro, y aceptado el plazo por la dama, partió él para Olmedo á arreglar sus asuntos y disponer los preparativos de las bodas, que debian ser tan espléndidas y brillantes como las cualidades de ambos contrayentes requerian.

Cuando doña Ana se vió sola mandó llamar á Fernando. Fernando era un hermoso page de diez y ocho años que sabia tocar el laud como el mas hábil trovador de la córte, y que tenia, como todos los pages de aquel tiempo, cabellos rubios, ojos azules y megillas de color de rosa.

—Fernando, le dijo la viuda, despues que el page se hubo sentado á su lado cariñosamente: ¿sabes que me voy á casar?

El pagecillo dió un salto como si le mordiera una víbora.

—¿Con quién? preguntó el page.

—Con don Juan de Maldonado.

—¡Con el caballero de Olmedo, señora!.....

—Con el caballero de Olmedo, page.

—Eso es imposible..... quereis engañarme..... Hace un año que lo despedísteis por impertinente, y aun recuerdo que al noticiármelo os regocijábais de haberos librado de su persecucion. ¿Cómo quereis que crea yo hoy que le vais á dar la mano de esposa?

—Me ha comprometido á ello de una manera singular.

—No os comprendo, señora.

—Le dije que no sería suya mientras las aguas del Adaja no pasasen por Medina y.....

—Y el imbécil, replicó el page de mal humor, se habrá gastado sus doblas en abrir un cauce al rio!.....

—Asi es en efecto; hace poco que las he visto correr por el valle desde esa ventana, y don Juan me ha recordado mi promesa.

—Me parece, bella señora, que sois un poco crédula, porque hace tiempo que se habla en la villa de esos trabajos hechos como por mágia, y se aseguraba que era una sorpresa preparada por la reina Isabel para dotar á Medina de un canal de riego y aumentar su defensa en caso necesario.

—No, page, es obra del caballero de Olmedo, solo para obtener mi mano, y yo se la voy á dar.

—¿Con que es decir, que tenemos que separarnos para siempre? dijo el page fijando sus ojos casi humedecidos de lágrimas en los de la viuda.

—No hay remedio; si faltase á mi palabra se sabria en la córte, y.. ..

—Pero cuando se quiere, señora, se encuentran recursos.

—Veamos uno, Fernando, replicó ella.

—Huir..... ¿es preciso que vivamos en Medina del Campo?

—¿Y no fuera mejor deshacernos de una vez del importuno, como nos deshicimos de.....

El page hizo un gesto de espanto, como si se le apareciese una sombra ensangrentada, y con acento humilde:

—Callad, señora, por Dios, dijo sin dejar á la viuda acabar la frase.

—Mira, Fernando, prosiguió doña Ana con horrible calma; yo daré á don Juan una cita para la víspera de su santo en la noche; tú le esperas emboscado en la callejuela á donde cae la puerta falsa del jardin, con media docena de hombres bien armados.....

—Entiendo, señora, pero eso puede comprometernos. Además, yo no sé si tendré valor.....

—En hora buena, dijo la dama casi con indiferencia. Me casaré con don Juan, y asunto concluido.

—¡Oh! eso nunca, esclamó con vehemencia el page. Citad á ese hombre, y yo me encargo del resto.

Doña Ana escribió una carta al caballero, llamándolo la noche de San Juan á su jardin, y escusado es decir con cuánta ánsia nuestro amante esperaria la deseada noche. Llegó esta en efecto, y don Juan se dirigió á la hora convenida al sitio designado, seguido de su escudero, y con el corazon palpitando de gozo, como quien va á disfrutar de una dicha apetecida. Pero he aqui que un fuerte golpe que le dieron en el hombro izquierdo, le hizo descender de la elevada esfera de las ilusiones al prosáico mundo de las cuchilladas á traicion. Con la velocidad del rayo tira de la espada, y rollado el ferreruelo en el brazo, se puso de espaldas á la tapia; su escudero hizo lo mismo, y se trabó una lucha sangrienta y terrible. Al cabo de media hora de combate, dos de los agresores y el escudero de don Juan yacian muertos en el suelo, los demás habian huido, y solo uno persistia en pelear contra el caballero, que acribillado de heridas se defendia bravamente, guarecido en el quicio de la puerta falsa del jardin de doña Ana, al estremo que logró desarmar á su contrario. A la luz de la luna, que aparecia por intérvalos entre nubarrones, habia podido observar que era muy jóven, y le habia interesado su fisonomía y su valor. Cuando la espada cayó al suelo:

—Os perdono la vida, le dijo, pero decidme ¿quién sois? ¿dónde habeis nacido? ¿por qué atentais contra mí?

—Me llamo Fernando, replicó el otro, no tengo apellido, porque jamás conocí á mi padre; nací en Olmedo, y despues vine aquí con mi madre, que se llama Marta, y es el ama de llaves de doña Ana; yo soy su page...

Antes que el jóven hubiera acabado la frase, el caballero, cuya sangre corria en abundancia por las heridas, cayó al suelo, y solo se le oyó pronunciar estas palabras:

—¡Marta!..... que venga Marta!.....

El page obedeciendo á un secreto impulso, abrió la puerta del jardin y dió un silbido, señal convenida para que acudiesen criados con luces; vinieron estos en efecto, y Marta con ellos; pero ya era tarde. Don Juan habia dejado de existir. Al reconocerlo Marta dió un grito de espanto.

—¡Infeliz! esclamó dirigiendo una mirada terrible á su hijo... . Ese hombre era tu padre!!.....

El page huyó, sin que desde entonces se haya vuelto á saber su paradero; doña Ana entró en un convento, y al caballero lo sepultaron en el

mismo jardin de la viuda, poniendo sobre la losa de su tumba estos malos versos:

«Aqui murió quien de cortesía usó;
«Quien pudiendo matar no mató.»

Como desde entonces la poblacion, que era muy grande, pues algunos historiadores suponen que llegó á tener 14,000 vecinos, ha decrecido al estremo de no contar hoy ni aun mil, la casa de doña Ana ha desaparecido del todo, y ni aun se conservan restos del sepulcro de don Juan, cuya losa con la inscripcion que he citado, me dijeron que ha existido hasta hace muy poco tiempo.

El rio Adaja no corrió mas que tres dias por Medina del Campo; suponen que el diablo obstruyó la zanja con unos pellejos llenos de viento, no se sabe por qué causa. El hecho es, que la acéquia ó canal, llamado actualmente *la Cava*, está completamente cegado.

La trágica muerte de don Juan, se hizo tan popular en Castilla, que dió asunto para infinidad de cantares y de romances. Uno de ellos, que inserta el Romancero español, concluye de este modo:

Desde entonces le cantaron
Las zagalas al pandero,
Los mancebos por las calles
Las damas al instrumento:
Esta noche le mataron al caballero,
La gala de Medina, la flor de Castilla.

Tal es la tradicion del caballero de Olmedo, segun se refiere en Medina del Campo y algunos otros pueblos de Castilla.»

La nodriza del niño menor de la hermana de Mauricio, nos contó tambien una historia estupenda de aparecidos, á propósito de los siete procuradores de las ciudades comuneras, que fueron degollados en la plaza de Medina el año 1522, despues de pasearlos en asnos; pero tan inverosímil, que me creo dispensado de copiarla, porque es una verdadera conseja para entretener chiquillos. Este hecho histórico, y la muerte de la reina Isabel la Católica, que aconteció en 1504, son los dos de mas bulto ocurridos en el pueblo que nos ocupa, si se esceptúan las córtes y concilios celebrados, y el haber sido varias veces morada de algunos reyes.

Nuestro regreso á Valladolid lo verificamos á caballo, con objeto de visitar á Tordesillas y Simancas: la primera de estas poblaciones es célebre por la larga residencia que hizo en ella hasta su muerte, acaecida en 4 de abril de 1555, doña Juana, llamada la Loca, hija de los reyes Católicos,

esposa de Felipe I el Hermoso, y madre del emperador Cárlos V; por haberse ajustado allí las diferencias entre el rey don Juan II y su hijo, el príncipe don Enrique, en 1449, sobre la posesion de la ciudad de Toledo, y por el capítulo general de las órdenes de Santiago y Calatrava, que celebraron los reyes Católicos el 2 de julio de 1494. Tordesillas fué villa murada en otro tiempo, y aun existen restos de su fortificacion en algunas partes, y al E. se ven las ruinas de un castillo; por lo demás, su belleza es toda de situacion pues está edificada en una altura, desde donde se descubre una dilatada campiña. No tiene edificios notables, y solo un puente antiguo sobre el Duero, al estremo del cual hay una puerta ó arco de piedra, que da ingreso á la villa por la parte que mira al camino de Madrid, merece examinarse, pues es sin disputa uno de los mejores de Castilla, por su firmeza y bella arquitectura. En el estremo superior de la puerta citada, hay un castillete capaz de contener dos ó tres cañones.

Cuentan en esta villa un suceso al cual se atribuye el orígen de la tradicion de la *Hija del sol*, muy generalizada en tierra de Salamanca, y es como sigue:

«En albricias de la famosa victoria de Villalar, que puso término á la guerra de las comunidades, celebróse en Tordesillas gran procesion para dar gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo de las armas imperiales, y asistió á ella la reina doña Juana. Dirigíase la comitiva desde la antigua iglesia de Santa María á la ermita del Santísimo Cristo de las Batallas, que aun existe, cuando al llegar la reina al puente, una jóven hermosa, con el pelo suelto, y derramando abundantes lágrimas por sus ojos, se arrojó á sus pies gritando: «Arturo!..... Dadme á mi Arturo!!.....» La reina la levantó bondadosamente y no tardó en convencerse de que aquella infeliz estaba loca, pero loca de amor como la misma doña Juana, y por un motivo análogo, pues el Arturo de quien hablaba era su prometido esposo, que complicado en la causa de los comuneros y preso en el castillo de la Mota de Medina, iba á ser decapitado con los procuradores de Guadalajara y Segovia. Mandó la reina que llevasen á la infeliz demente á su cámara, y cuando hubo penetrado la causa de su dolor, escribió á su hijo pidiéndole el perdon de Arturo, que Cárlos V le concedió al punto, mandando poner al preso á disposicion de la reina madre. Presentóse Arturo en Tordesillas; pero esto no bastó para que su amante recobrase la razon; sin embargo, doña Juana quiso que al punto se casaran, y ella misma fué la madrina de boda. Luisa habia perdido el juicio la noche del dia que supo la desgracia de Arturo, en cuya noche hubo una aurora boreal, y su manía consistia en esperar eternamente la aparicion del sol, siguiendo siempre este planeta con la vista, hasta que se perdia en el horizonte; entonces caia en una es-

pecie de letargo, del cual no volvia hasta el amanecer del dia siguiente. Asi pasó algun tiempo, hasta que en un viage que hizo con Arturo, hallándose en cinta, sintió en medio del camino los dolores de la maternidad, y dió á luz una hermosa niña, precisamente en el momento de aparecer el astro del dia. A esta niña dieron en llamarla la *Hija del sol* por la hora en que nació, y porque de resultas de su nacimiento, recobró la madre la razon, y de ella cuentan, como dije, en Peñaranda de Bracamonte y otros pueblos de Castilla, mil cosas estupendas, tales como que curaba solo con la vista los enfermos, y otras por el estilo.»

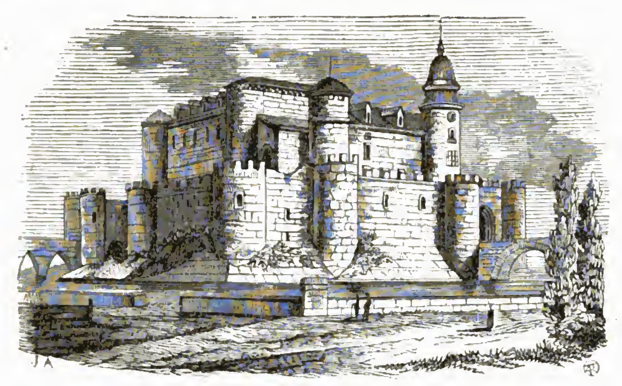
La villa de Simancas es célebre por mas de un concepto, pero principalmente por conservarse en ella el archivo general del reino. Acerca de su nombre se refiere una anécdota bastante curiosa. Durante el oprobioso reinado de Mauregato de Leon, siete doncellas de las ciento que este menguado monarca daba á los moros en tributo, encerradas en el castillo de la villa, concibieron la heróica resolucion de mutilarse para defender por este medio su honestidad, y lo verificaron cortándose la mano izquierda, logrando asi libertarse de los desmanes de los bárbaros. Desde entonces comenzó á llamarse Siete-Mancas, y hoy corrompido el vocablo se dice Simancas, y en latin *Septimancæ*.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las armas de la villa confirman en algun modo este suceso, porque se componen de un castillo de plata en campo azul, con su torre en medio, fundado sobre un peñasco cercado de agua, teniendo el escudo por orla siete manos en campo de sangre, y una estrella dorada sobre la cima de la torre ó castillo. Nebrija asegura que Simancas es la antigua Senteica de los celtíberos, llamada despues por los romanos Itercacia; corrobora esta opinion la circunstancia de hallarse entre muros, fortalezas y ruinas de edificios árabes y de los reyes de Castilla, cimientos y trozos de arquitectura romana, y la de constar que fué la octava mansion del camino militar que iba de Zaragoza á Mérida por Cebrones. Al S. de la villa se ven todavía algunos vestigios del palacio en que se crió don Fernando, hermano de Cárlos V, en quien mas adelante renunció el imperio de Alemania, y al N. los de la primera casa de noviciado de la compañía de Jesus, que despues se trasladó á Villagarcía de Campos.

En las inmediaciones de Simancas, fué donde el rey de Leon don Ramiro II dió el 6 de agosto de 934, segun unos, ó 939 segun otros, aquella famosa batalla en que derrotó á los sarracenos, causándolos horrible mortandad.

Habíamos salido Mauricio y yo de Tordesillas á las diez de la mañana, y llegamos á Simancas antes de la una sofocados de calor, pues hacia uno de aquellos dias de junio en que el sol se deja caer ya á plomo anunciando

la proximidad del estio: sin embargo, no quisimos descansar; dejamos los caballos en la posada y nos dirigimos en seguida al castillo. Durante el siglo XV perteneció esta fortaleza á los almirantes de Castilla, cuyas armas todas se conservan en las bóvedas de la capilla; pero por este tiempo los re-



Castillo de Simancas.

yes Católicos la incorporaron á la corona, dando á sus dueños en remuneracion cierta cantidad de maravedises de juro. Hasta los tiempos de su nieto Cárlos V permaneció como prision de estado, mas éste mandó habilitarla para archivo general de la corona, y se depositaron alli los papeles antiguos del gobierno que andaban diseminados por Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros puntos. Felipe II, émulo de las glorias de su padre, ensanchó el archivo por las trazas de Juan de Herrera; encargando la ejecucion á un tal Salamanca, y sus discípulos Mora y Maznecos; en tiempo de Felipe III continuaron los trabajos, y aun despues se han hecho varias obras, pero no se sabe á punto fijo las épocas.

El gefe ó encargado principal del establecimiento, nos recibió con amabilidad suma, y tuvo la complacencia de acompañarnos para que visitásemos todo el edificio, en cuya operacion empleamos mas de tres horas. Bien quisiera hacer aqui una descripcion detallada de cuanto vimos, y no me faltan materiales para ello, pues recogí apuntes minuciosos y exactos; pero habria de traspasar los límites convenientes, alterando el plan que me he propuesto; baste saber que la mayor parte de las salas tienen estantería de fábrica en el macizo de la pared; que los papeles se hallan perfectamente

resguardados y clasificados, á pesar del trastorno que sufrieron cuando la guerra de la Independencia, y que por el buen órden, por la limpieza y por su construccion, es uno de los establecimientos que mas honran nuestro pais. Lástima que no sea suficiente para continuar encerrando en él los papeles del gobierno, sin emprender una obra de ampliacion, que probablemente no se emprenderá nunca.

A mas de las cuatro de la tarde salimos del castillo de Simancas, y sin detenernos á otra cosa que á tomar un bocado en la posada, partimos para Valladolid donde llegamos al punto de anochecer, rendidos de cansancio.

CAPITULO XVI.

Don Alvaro de Luna (1).

Corria el año de 1419, cuando reunidas córtes en Madrid el 7 de marzo, declararon mayor de edad, y tomó las riendas del gobierno don Juan II, rey de Castilla, entonces menor de catorce años. Este monarca, hijo de Enrique III, habia quedado sin padre á la edad de veinte y dos meses, viviendo por tanto bajo la tutela de la reina madre doña Catalina, quien suponen que con intento de prorogar la minoría para conservar el poder, lo crió en un estado de opresion y dependencia tal, que influyó en sus cualidades morales, infundiéndole un ánimo servil y una indolencia suma, que de todo punto le inhabilitaron para el mando.

Durante la minoria del rey, habia presentado en la córte el arzobispo de Toledo, don Pedro de Luna, á un jóven sobrino suyo, pequeño de cuerpo, pero de apuesta figura, tan galan, espresivo y discreto, que al punto logró fijar la atencion de todos. Este jóven era don Alvaro de Luna, hijo de un caballero aragonés del mismo nombre, y de una muger de oscuro nacimiento y de vida poco honesta. Habia quedado huérfano don Alvaro á la edad de seis años, y solo contaba veinte cuando apareció en la córte el año 1408. Aprovechándose el arzobispo del favor que gozaba por su carác-

(1) Para la redaccion de este capítulo se han tenido presentes la *Historia de España*, por el P. Mariana; la Crónica de don Juan II; un escelente artículo publicado en el *Semanario Pintoresco*, por don A. Gil de Zárate en 1838, y otras varias obras y manuscritos que tratan de la materia.

ter y dignidad, y del partido que su sobrino supo ganarse por sus personales prendas, logró que el rey, niño todavía, le nombrase su page. Poco tiempo bastó para que don Juan se le aficionase con tan estraordinario cariño, que ya no podia estar sin él y enfermaba si se le privaba de su compañía; fácil es esplicar esta preferencia por quien tanto sobresalia entre sus compañeros, y tanto se aventajaba á todos los cortesanos en dotes amables, y en todas las prendas que constituian un perfecto caballero. Desde entonces se formó aquel lazo estrecho que tuvo unidos al rey y al vasallo todo el curso de su vida; aquella intimidad que de dos séres distintos no formaba mas que uno solo; union tal, que el uno parecia el alma del otro, y asi se vió que cuando esta alma faltó, no pudo sobrevivir el ser débil, que solo por ella alentaba.

Los medros de don Alvaro en palacio fueron rápidos, y en breve se pudo vislumbrar tanto su futura grandeza como la envidia y las asechanzas de que hasta á su muerte habia de estar rodeado. Aun antes de tener ningun título en la córte, tratábase con esplendor y aparato; y mero doncel todavia sacaba ya su hueste de hasta 300 hombres de armas, siguiendo su pendon mancebos de las mas ilustres familias del reino. Mas no tuvo parte alguna en la gobernacion del Estado durante la larga minoría del rey, ni aun despues de haber llegado éste á la mayor edad, hasta que ocurrió el suceso que vamos á referir.

Los infantes de Aragon, don Juan y don Enrique, primos del rey, tenian inmensos bienes y dignidades en Castilla; pero como la ambicion del hombre nunca está satisfecha, aspiraban á mas poder y á ser los árbitros esclusivos del reino. Al principio estaban divididos, y cada uno tenia su parcialidad que llenaba la córte de disturbios, y dió orígen á las discordias civiles que por tantos años trabajaron el reino, y que puede decirse no concluyeron del todo hasta el advenimiento al trono de los reyes Católicos. Aprovechándose el infante don Enrique de la ausencia de su primo don Juan, que habia ido á casarse con una princesa de Navarra, se apoderó una noche del alcázar estando la córte en Tordesillas, penetró hasta el dormitorio del rey, y se lo llevó como prisionero á Talavera ó Avila, pues sobre este punto hallamos divergencia en los autores. Don Juan suscribió á cuanto le plugo á su primo exigirle, y separaron de su lado á todas las personas que le rodeaban, menos don Alvaro, que debió esta escepcion al cariño que el rey le tenia y á su poca importancia política entonces. Trataron de ganarle con seductoras promesas, mas él permaneció fiel y solo pensó en sacar de tan oprobiosa esclavitud á su soberano. Consiguiólo al fin, pues, aprovechando una ocasion en que don Enrique estaba menos vigilante, con pretesto de una caceria, llevó á cabo la fuga del rey, y lo condujo al casti-

llo de Montalban, donde muy pronto acudió el infante con su gente. Duró el cerco ocho dias, en los cuales fué tal el apuro de los sitiados, que una perdiz introducida furtivamente por la lealtad de un aldeano, fué un regalo de inestimable valor para el poderoso rey de Castilla. Por fin la firmeza que en aquella ocasion desplegó el rey, la actividad de don Alvaro, los socorros que por todas partes acudian, y la llegada del infante don Juan, hicieron desistir á don Enrique de su temerario empeño, y libre el rey pudo volver á la gobernacion de sus estados.

El eminente servicio que don Alvaro acababa de prestar, tuvo merecida recompensa; hízole el rey señor de las villas de Ayllon y Santisteban, de las que luego fué conde; pero una dignidad mas alta, la primera de Castilla, le estaba reservada para elevarle de repente á la cumbre del poder.

Uno de los parciales de don Enrique, y el que mas le ayudó en su anterior atentado, fué el condestable don Rui Lopez Dávalos, caballero por otra parte de recomendables prendas, honrado y generalmente bienquisto. No pudieron, sin embargo, estas cualidades librarle de la persecucion, y á pretesto de tratos secretos con el rey moro de Granada, se le formó causa, y aunque nada se le pudo probar, fué despojado de sus estados, de sus inmensas riquezas, de todos sus honores, y confinado á Valencia, donde murió pobre y sin mas recursos que los que debió á la generosidad de un antiguo criado.

En el repartimiento de sus despojos, tocó á don Alvaro la dignidad de condestable, y desde aquel momento empezó á ser el árbitro de los destinos de Castilla; pero con su elevacion comenzó tambien aquella lucha de mas de treinta años, que mantuvo con los próceres del reino, y en la que unas veces vencedor y otras vencido pudo humillar á sus orgullosos rivales, pero al fin dió al mundo con su sangrienta catástrofe un terrible ejemplo de cuán vanos y efímeros, son los dones de la fortuna y la privanza de los reyes.

Larga y enojosa seria la relacion de estas fatales revueltas, que menguaron lastimosamente el poder de Castilla, y ajaron el decoro de la corona. Las fuerzas que debian emplearse en destruir el poder musulman en España, se volvieron contra la misma patria, y rasgando su seno hicieron en ella dolorosas heridas. Solo una vez el honor nacional suspendió la discordia civil, reunió á los próceres del reino alrededor de su monarca, y el rey don Juan se movió con poderoso ejército contra los moros. La famosa batalla de la Higuera, dada el 29 de junio de 1431, y llamada asi por una higuera que habia en el campo, de cuyas resultas los infieles fueron rechazados hasta la falda del monte Elvira, ciñó á la frente de don Alvaro el laurel mas puro y brillante de cuantos alcanzára en su vida, probando al

mundo que reunia las dotes de gran capitan á todas las demás prendas que le adornaban, y que menos combatido de enemigos domésticos, ó menos receloso de perder su alto valimento y poderio, hubiera quizás podido adelantar la época de la rendicion de Granada, y arrebatar su gloria á los reyes Católicos.

Ya antes de esta espedicion contra los moros, habia esperimentado la fortuna de don Alvaro un sensible revés, presagio de otros muchos que le esperaban. Unidos los dos infantes que antes estaban separados en opuestos bandos, combinaron sus esfuerzos para derrocar al valído. Ardió la córte en intrigas, y estaban ya las cosas á punto de romper, cuando se acordó dejar la decision de la contienda á una junta compuesta de cuatro compromisarios por cada una de las dos parcialidades. El fallo de esta junta fué contrario al condestable, pues decidió que hubiese de salir de la córte, y permanecer año y medio desterrado de ella. Mas esta sentencia, al parecer tan contraria, se convirtió para él en triunfo. Retirado en la villa de Ayllon, fuéronle á visitar las personas mas notables del reino, y en breve se hizo tan numerosa y lucida la concurrencia, multiplicándose á tal punto los festejos, que no parecia sino que la córte habia desamparado el lado del rey, para trasladarse á donde estaba don Alvaro. Entretanto el monarca, que no podia pasar sin verle, suspiraba por su regreso; las parcialidades de los que aspiraban á sucederle en el mando, promovian diariamente nuevos escándalos, y no bien habian pasado algunos meses, cuando todos aconsejaron á don Juan que le volviese á llamar: no deseaba otra cosa el débil monarca, á quien no habian visto con rostro alegre durante la ausencia de su favorito; y vencedor don Alvaro de todos sus enemigos, por solo el ascendiente de su genio y de su fortuna, ostentó en su primera entrevista con el rey, un aparato y magnificencia de que no habia ejemplo.

Pero sus émulos y rivales no podian perdonarle esta victoria; y como su privanza y poderio aumentaban cada dia, llegó al mas alto grado el encono y la odiosidad, y promoviéronse nuevos desabrimientos que solo tuvieron tregua cuando los infantes, llamados por su hermano el rey de Aragon para acompañarle en sus espediciones á Italia, dejaron respirar á la infeliz Castilla, que alteraban con su ambicion insaciable. Volvieron, sin embargo, y volvieron con ellos los bandos y los disturbios, y á pesar de que el infante don Juan era ya rey de Navarra, mas atento á dominar en Castilla que á gobernar su reino, ora uniéndose á la córte, ora combatiéndola, fué el foco principal de las revueltas, que se complicaron todavia, tomando en ellas parte el rey de Aragon, que movió guerra al de Castilla, si bien con poca gloria suya, pues en ella llevó la peor parte, á lo que contribuyeron en gran manera el valor y pericia de don Alvaro.

Sin embargo, el privado, á pesar de su grande influencia y superior talento, no siempre lograba sostenerse firme contra tan poderosos enemigos; pero estos reveses de fortuna eran vaivenes pasageros que le procuraban al fin mas estabilidad y firmeza en su puesto. Logró por último vencerlos completamente. Las parcialidades y bandos de la córte rompieron, como no podia menos de suceder, en una guerra civil. Los campos de Olmedo vieron combatir por un lado al rey y don Alvaro, y por otro á los príncipes aragoneses. Fuéle á estos la suerte funesta; vencidos y derrotados, tuvieron que huir, don Juan á su reino de Navarra y don Eurique á Aragon, donde murió á consecuencia de una herida que recibió en la mano.

La victoria de Olmedo elevó á don Alvaro á la cumbre del poder, y con ella sus rivales quedaron anonadados. Entre las mercedes que obtuvo fué la mas importante el maestrazgo de Santiago, que habia resultado vacante por la muerte de don Enrique, añadiéndose esta nueva dignidad con sus cuantiosas rentas á los numerosos títulos y tesoros que ya poseia. Desde entonces su ambicion, su codicia y su orgullo no tuvieron coto; y en el desvanecimiento que produjo en él tan desmesurada grandeza, cometió faltas que al fin acarrearon su ruina.

La reina doña María, primera esposa de don Juan, habia sido siempre enemiga de don Alvaro. Quiso aquel contraer segundas nupcias, y aun cuando su inclinacion era hácia la hija del rey de Francia, logró el favorito casarle á su despecho con doña Isabel, infanta de Portugal, creyendo que una reina, hechura suya, le sostendria en su privanza por agradecimiento. Mas salióle tan errado este cálculo, que doña Isabel se declaró en breve su mas mortal enemiga; y como era jóven y hermosa, pudo mas su hechizo sobre su esposo, ya entrado en años, que la antigua aficion hácia el valído, aficion que el tiempo habia empezado á debilitar, y trocándose poco á poco en disgusto, no necesitaba mas que un lijero impulso para convertirse en ódio declarado.

Con efecto, el rey no veia ya en don Alvaro aquel jóven seductor, aquel caballero tan brillante por sus sobresalientes prendas, tan superior á todos sus rivales, cual se mostraba en los primeros años. Era ya el condestable viejo, de carácter áspero y altanero, tan exigente con su rey, que hasta queria dirigir las acciones mas ocultas de su vida privada, teniéndole, por decirlo asi, en prision perpétua, pues por todas partes y á todas horas se lo encontraba, y donde quiera se veia circundado de sus partidarios. A la disposicion favorable de don Juan, alimentada por la reina, por el príncipe heredero, por los contrarios de don Alvaro, y principalmente por un criado de éste, á quien habia levantado de la nada hasta hacerle contador mayor del rey, mezclóse tambien otro motivo, que

fué la desmedida ambicion del monarca, quien concibió deseos de apoderarse de las inmensas riquezas que don Alvaro poseia.

No se ocultó al maestre la traicion de su ingrato criado, ni la trama que se le urdia; mas su honor le impedia huir, y su poder y el mucho amor que el rey le habia tenido sostenian su esperanza. Pero se engañó; don Juan estaba ya resuelto á perderle: quiso matarle en Valladolid, en una comida que tuvo en el convento de San Benito; lo intentó tambien en Cigales en una partida de caza; y en Burgos, á donde fueron en la cuaresma de 1453, se intentó varias veces prenderle ó matarle; pero don Alvaro avisado de todo, lo pudo evitar sin romper abiertamente con el rey. Desconfiado, sin embargo, en vista del giro que tomaban los negocios de la córte, obligó á don Juan por medio de su ascendiente, antes del viage á Burgos, á que le firmase en Simancas un salvo-conducto que le hizo jurar sobre la hostia sagrada para poner á cubierto su persona que juzgaba en peligro. Con ánimo tambien de ver si quitada la causa principal del mal, el rey volvia á su antiguo amor, el Viernes Santo hizo precipitar desde la torre de su casa al ingrato Alonso Perez de Vivero, que murió en el acto, arrojando con él una de las barandillas del terrado que al intento se habia dejado desclavada para que la caida pareciese casual. Pero esto no hizo mas que aumentar el enojo del rey y el deseo de sus enemigos de acabar cuanto antes con un hombre tan poderoso y temible. Conociendo don Alvaro el mal estado de sus asuntos, se rodeó de una numerosa guardia y tomó otras disposiciones; entre ellas, la de hacer trasladar á su fortaleza de Portillo dos arcas llenas de oro que tenia guardadas en el convento de San Benito de Valladolid, encomendando su custodia al alcaide de dicha fortaleza, Alfonso Gonzalez de Leon y un hijo del mismo, que luego le fueron infieles. El rey, viendo que de todos los lazos que le tendia se escapaba don Alvaro, le llamó, intimándole que saliese de su córte; pero él lo dilató so pretesto que el monarca no quedase solo sin tener quien le aconsejara, y entonces éste se decidió á prenderle á todo trance. Púsose de acuerdo al efecto con el alcaide del castillo de Burgos, que lo era don Iñigo de Zúñiga, y avisado el conde de Plasencia, hermano de éste para que acudiera con gente de armas, no pudo ir; pero envió á su hijo don Alvaro de Zúñiga, y en la noche del miércoles despues de pascua, 4 de abril de 1453, fué rodeada la casa de don Pedro de Cartagena, donde el condestable posaba, quien á pesar de tener muy pocos hombres, hizo una tenaz resistencia que duró hasta bastante entrado el dia 5. Bien hubiera podido don Alvaro escaparse, y aun salió de su posada por un postigo escusado, y despues de haber andado algun trecho, se volvió, pareciéndole vergonzoso huir, lo cual causó su desgraciado fin, porque el rey que se hallaba al

frente de alguna gente armada y con su pendon real, viendo que la casa de don Alvaro resistia tanto tiempo, envió á requerirle para que se entregase, y despues de varios mensages y de haberle don Juan dado palabra de que seria respetada su vida y la de los que con él estaban, determinó entregarse. Antes arregló papeles, distribuyó grandes cantidades á sus criados y servidores, comió con mucha tranquilidad, montó á cababo armado de todas armas, y salia de su posada para presentarse al soberano, cuando con engaños lo volvieron á hacer entrar, y al momento fué desarmado y su casa ocupada por el rey, quien no solo retiró su palabra de respetarle la vida, sino que dió por nulo el seguro que le habia espedido en Simancas. Preso el condestable, don Juan partió á ocupar sus tierras, se dirigió á Portillo en busca del tesoro, que le fué entregado, aunque ya muy disminuido; siguió á Maqueda y demas posesiones hasta llegar á Escalona, en donde la esposa, hijo y parciales de don Alvaro le resistieron con valor. Veinte dias hacia ya que el rey tenia cercada la villa, y viendo lo difícil y costoso que seria tomarla y la mucha necesidad que padecian sus soldados, porque el año era muy escaso de pan, reunió consejo de sus caballeros, y todos unánimes opinaron que se le diese muerte al condestable. El arzobispo de Toledo fué el único que por razon de su estado no quiso votar. Confirmada la sentencia por el rey, se dió el encargo de notificarla y hacerla ejecutar á Diego Lopez de Estúñiga, el cual salió al momento para Portillo, donde se hallaba preso don Alvaro. Al llegar alli le dijo, que el rey le mandaba conducirlo á Valladolid; pero en el camino le reveló su fatal destino el P. Fr. Alfonso Espina, con quien se confesó el condestable, y pasó toda la noche arreglando sus asuntos y preparando su alma. He aqni como refiere la crónica sus últimos momentos.

«Y á otro dia muy en amanecido, oyó misa muy devotamente y recibió el cuerpo de Nuestro Señor, y demandó que le diesen alguna cosa con que bebiese, y trajéronle un plato de guindas, de las cuales comió muy pocas, y bebió una taza de vino puro. Y despues que esto fué hecho cabalgó en una mula, y Diego de Estúñiga y muchos caballeros que le acompañaban, é iban los pregoneros pregonando en altas voces: *Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano y usurpador de la corona real en pena de sus maldades, mandándole degollar por ello.* Y asi lo llevaron por la calle de Francos y por la costanilla hasta que llegaron á la plaza, donde estaba hecho un cadalso alto de madera y todavía los frailes iban juntos con él, esforzándole que muriese con Dios, y desque llegó al cadalso, hiciéronle descabalgar, y despues que subió encima, vido un tapete tendido y una cruz delante y ciertas antorchas encendidas y un garabato de hierro hincado en un madero, y luego hincó las rodillas

y adoró la cruz, y despues levántose en pie y paseóse dos veces por el cadalso, y alli el maestre dió á un page suyo llamado Morales, á quien habia dado la mula al tiempo que descabalgó, una sortija de sellar que en la mano llevaba y un sombrero, y le dijo: *Toma el postrimero bien que de mí puedes recibir*, el cual lo recibió con mucho llanto. Y en la plaza y en las ventanas habia infinitas gentes que habian venido de todos los lugares de aquella comarca á ver aquel acto, los cuales desque vieron al maestre asi andar paseando comenzaron de hacer muy gran llanto; y todavía los frailes estaban juntos con él, diciéndole, que no se acordase de su gran estado y señorío y muriese como buen cristiano. El les respondió que asi lo hacia, y que fuesen ciertos que en la fé parecia á los santos mártires. Y hablando en estas cosas alzó los ojos y vido á Barrasa, caballerizo del príncipe, y llamóle y díjole: *Ven acá, Barrasa, tú estás aqui mirando la muerte que me dan; yo te ruego que digas al príncipe mi señor, que dé mejor galardon á sus criados, que el rey mi señor me mandó dar á mí*. E ya el verdugo sacaba un cordel para atarle las manos, el maestre le preguntó: *¿Qué quieres hacer?* el verdugo le dijo: *Quiero, señor, ataros las manos con este cordel*; el maestre le dijo: *No hagais asi*, y diciendo esto quitóse una cintilla de los pechos, y diósela y díjole: *Atame con esta, y yo te ruego que mires si traes buen puñal afilado, porque prestamente me despaches*. Otrosi, le dijo: *Dime, aquel garabato que está en aquel madero, ¿para que está alli puesto?* el verdugo dijo era para que despues que fuese degollado, pusiesen alli su cabeza; el maestre le dijo: *Despues que yo fuere degollado, hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quieran*. Y esto hecho comenzó á desabrocharse el collar del jubon, y aderezarse la ropa que traia, que era larga, de chamelote azul, forrada en raposos ferreros, y como el maestre fué tendido en el estrado, luego llegó á él el verdugo, y demandóle perdon, y dióle paz, y pasó el puñal por su garganta, y cortóle la cabeza, y púsola en el garabato, y estuvo la cabeza alli nueve dias, y el cuerpo tres dias; y puso un bacin de plata á la cabecera, donde el maestre estaba degollado, para que alli echasen el dinero los que quisiesen dar limosna para con que lo enterrasen, y en aquel bacin fué echado asaz dinero, y pasados los tres dias vinieron todos los frailes de la Misericordia, y tomaron su cuerpo en unas andas, y lleváronle á enterrar en una ermita, que dicen San Andrés, donde se suelen enterrar todos los malhechores, y donde á pocos dias fué sacado de alli, y llevado á enterrar al monasterio de San Francisco, que es dentro en la villa. Y pasado asaz el tiempo, fué traido el cuerpo con su cabeza, á una muy suntuosa capilla que él habia mandado hacer en la iglesia mayor de Toledo; y asi hubo fin toda la gloria del maestre condestable don Alvaro de Luna.»

Un historiador dice, que deseando conocer don Alvaro su destino futuro, consultó á un astrólogo, cuando se hallaba en el apogeo de su privanza, quien le predijo que moriria en cadalso; pero no pudiendo ni remotamente sospechar entonces su desastroso fin, creyó que el adivino querria decir que moriria en un pueblo llamado asi, de la provincia de Toledo, del cual era señor, y de resultas jamás quiso ir á él. El historiador á quien nos referimos, que es el P. Mariana, cuenta esta anécdota sin darle entero crédito.

Don Alvaro casó dos veces, la primera con doña Elvira, hija de Martin Fernandez Portocarrero, de quien no tuvo sucesion, y la segunda con doña Juana Pimentel, hija del conde de Benavente, en la cual tuvo un hijo en 1435, que se llamó don Juan, y fué despues conde de San Estéban de Gormaz; y una hija, doña María, que casó con don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; además tuvo dos hijos bastardos, don Pedro, señor de Fuentidueña, y otra hija, que fué muger de Juan de Luna, su pariente, gobernador que era de Soria.

Murió el condestable el 5 de julio de 1453, año célebre en los fastos de la cristiandad, por la pérdida de Constantinopla, y al siguiente de 1454, trece meses despues que el favorito, falleció el rey don Juan. Algunos escritores suponen que durante este período jamás se le vió alegre, y parecia poseido de terribles remordimientos. Sea de esto lo que quiera, parece fuera de duda que el monarca castellano se manifestó mas de una vez arrepentido de su proceder, con un hombre que cualesquiera que fuesen sus faltas, no cabe duda de que prestó eminentes servicios en los treinta años que dirigió las riendas del estado.

CAPITULO XVII.

La misteriosa vizcaina.

El siguiente dia de nuestro regreso á Valladolid lo empleamos todo en ver cuanto tiene de notable esta poblacion, empezando por la catedral, proyectada por el célebre arquitecto Juan de Herrera, á espensas de Felipe II, y continuada por el fatal Churriguera; este suntuoso edificio, que segun espresion de su constructor debia ser *un todo sin igual,* está sin concluir como la mayor parte de las cosas buenas de España, y lo que es peor todavía, medio arruinado. Sobre la fachada principal debia tener dos torres, una á

cada lado, de las cuales solo la de la derecha se acabó; pero pareciéndole mal quizás verse sin su compañera, se vino abajo con singular estruendo, aunque sin causar grave daño, el dia 31 de mayo del año de gracia 1841 á las cinco de la tarde. Esto no quita para que la fachada de la iglesia sea magnífica: consta de dos cuerpos de órden dórico con cuatro columnas pareadas; en los intercolumnios se ven las estátuas de San Pedro y San Pablo en el primer cuerpo, y en el segundo están sobre pedestales las de los cuatro doctores. La puerta principal tiene 14 pies de ancho y doble de alto; encima se representa el misterio de la Asuncion de Nuestra Señora, titular de la iglesia, en piedra blanca.

Entramos en el templo, y ni un alma vino, como en Burgos, á ofrecernos sus servicios para visitarlo; los habitantes de Valladolid se cuidan tan poco de su catedral, que jamás hablan de ella. Despues de recorrerla sin hallar por nuestra parte tampoco otra cosa que admirar mas que sus bellas proporciones, fijamos la atencion en la silleria de coro, pero no podiamos verla de cerca porque estaba cerrado el crucero. Entonces nos dirigimos á la sacristía, y tuvimos la buena suerte de dar con un capellan que con la mayor cortesanía y finura nos enseñó y esplicó cuanto de curioso hay que ver. La silleria de que se ha hecho mérito, perteneció al convento de dominicos de San Pablo; es toda de boj, ébano, cedro y nogal, y se parece mucho á la del Escorial!, como trazada por el mismo autor. Nuestro guia nos enseñó tambien como notable, y lo es en efecto, la custodia de plata que se saca en la procesion del Corpus, trabajada por Juan de Arfe Villafañe, en el año 1590; tiene dos varas de alta y pesa cerca de seis arrobas, siendo por esta circunstancia estraño á la verdad, que se librara de la rapiña de que fuimos víctimas en la memorable guerra de la Independencia, por enemigos y aliados, que en esta parte nada tienen que echarse en cara. En una capilla que hay en el lado del evangelio, se conserva el sepulcro de don Pedro Ansurez, de tan mediano mérito arquitectónico, como literario lo tiene la inscripcion que en él se lee.

Al despedirnos de nuestro amable conductor, nos encargó que fuésemos á ver la portada del exconvento de dominicos de San Pablo; luego tuve ocasion de convencerme de que esta portada es el punto de vanidad artística para los de Valladolid, pues no fué el capellan de la catedral solo quien nos recomendó su visita. Fuimos, pues, á ver la famosa fachada, pero como no conociamos la poblacion nos vimos precisados á preguntar, y al primero que lo hicimos nos dijo que no sabia; mas no fué esto lo raro sino que repetimos la pregunta por tres ó cuatro veces, y siempre obtuvimos la misma respuesta. Ya íbamos creyendo que el bueno del capellan, á pesar de su carácter y formalidad, se habia burlado de nosotros, cuando el últi-

mo interpelado, que nos habia dicho lo que todos, esclamó de pronto como á quien le ocurre una idea luminosa, con el acento mas español del mundo:

—¡Ah!!! Vds. querrán decir el presidio peninsular.

—No señor, replicó Mauricio; lo que buscamos es el antiguo convento de San Pablo.

—Pues bien, dijo nuestro hombre; ese convento de dominicos ó de San Pablo, como vd. le llama, es hoy el presidio peninsular.

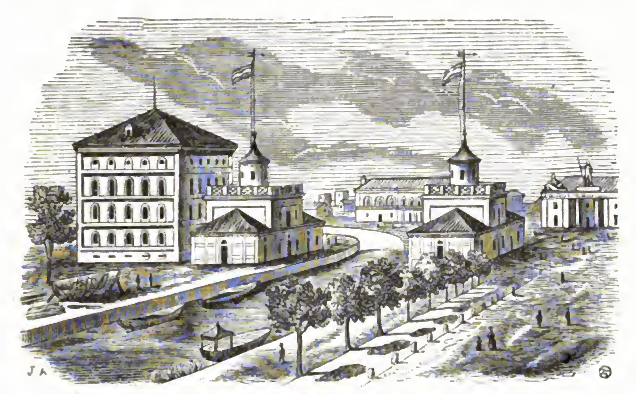
Esto nos esplicó el misterio; dimos las gracias, tomamos bien las señas, y á poco nos hallamos frente á frente con la misteriosa portada, obra del siglo XV, hecha á espensas del cardenal Torquemada, confesor de los reyes Católicos, mucho despues que el monasterio, pues éste lo fundó la reina doña María, esposa de don Sancho el Bravo, el año 1286. El erudito Pons al hablar en sus viages de esta portada, dice «que es preciso verla para creer que hubo hombres con paciencia de acabar tales empresas,» y asi es lo cierto, porque solo contemplar un rato sus afiligranadas labores, y caprichosos adornos cansa la vista y fatiga la imaginacion.

Asi como el convento de San Pablo se ha convertido en presidio, el de San Benito es una respetable fortaleza con sus fosos bien defendidos, murallas y puentes levadizos. El mundo es una verdadera tela de Penélope; hace algunos siglos las fortalezas que se conquistaban á los moros, se convertian en templos; hoy los templos se convierten en fortalezas. Entonces se peleaba en nombre de la cruz y por el triunfo de la religion cristiana contra estraños enemigos; hoy se pelea en nombre de un principio político por el triunfo de un partido contra los propios hermanos. Nosotros llamamos á aquellos siglos bárbaros, y al nuestro ilustrado; seria curioso ver, si se levantaran de la tumba, qué calificacion nos daban á nosotros y á nuestro siglo los héroes de la edad media.

Entre las notabilidades de Valladolid pueden contarse los colegios á donde acuden los escoceses é irlandeses á aprender la religion cristiana, para seguir la carrera del sacerdocio, el convento de misioneros de Filipinas y el colegio mayor de Santa Cruz, fundado en 1492 por el cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, y destinado en la actualidad para servir de museo y biblioteca; contiene esta sobre 14,000 volúmenes, y entre sus curiosidades una copia del libro de Becerro de Behetrías, con letras de adorno sacadas por el pendolista don Torcuato Torío de la Riva, el año de 1780, y un mediano monetario. El museo tiene muy buenas pinturas y esculturas; entre las primeras sobresalen los cuadros llevados del convento de monjas de Fuensaldaña, obra del célebre Pedro Rubens.

Con la visita del museo dimos fin á la jornada de la mañana, reun-

ciando á ver por dentro el palacio real, fundado por Felipe III, que vale bien poco, y algunas otras cosas de igual mérito; la tarde la dedicamos á los paseos, que no es lo peor que tiene Valladolid, en particular el del *Campo Grande* y el del *Espolon*, al canal y á la famosa fábrica de harinas. El primero se estiende nada mas que 13 leguas por la parte S. hasta Alar del Rey, y con solo este trozo contribuye ya á la riqueza y prosperidad de una gran parte de Castilla, que sin este manantial de bienes, se veria acaso en la mayor miseria por no poder dar salida á sus abundantes cosechas. La fábrica de harinas ó molino, es una de las cosas que mas sorprenden y que dan una idea de cuanto alcanza la industria del hom-



Vista del canal y del molino.

bre. Sin necesidad de un brazo y sin interrupcion ninguna, se muele el trigo, se cierne la harina, separándose los salvados, y se enfarda, quedando tan llenos y oprimidos los costales, que sin mas que coserlos se trasladan al almacen ó al barco. Un compañero de posada que nos habia acompañado á la fábrica, nos propuso, y aceptamos con gusto, ir en su carruage al castillo de Fuensaldaña, que dista poco mas de una legua al N. de Valladolid, y está junto el pueblo del mismo nombre. Su planta es un paralelógramo guarnecido en sus ángulos, y dos atalayas en el centro de cada uno de sus lados mayores. Esto y sus pintorescas almenas graciosamente recortadas, horadadas y suspendidas sobre los matacanes, que tanto se han usado en la edad media, le dan un aspecto mágico. Todo el castillo es de silleria y de una elevacion respetable, si bien no tan grande como

los de muchos magnates que hasta fines del siglo pasado han existido en las Castillas; en cambio se conserva en escelente estado, cosa maravillosa é inaudita en nuestros tiempos; es verdad que tiene un uso algo prosáico, pues solo sirve para encerrar granos. Circúndalo, menos por la parte que mira al pueblo, una muralla guarnecida igualmente de almenas y pequeños cubos, y de tal espesor, que hay por detrás de ella un andito muy cómodo para los soldados que defendian estos puntos. La subida á lo interior de la gran torre está practicada en una caponera que se estiende al centro de la plazuela, y elevada unos 25 pies hasta su entrada al salon mas bajo. De estos hay dos mas que ocupan casi todo el hueco del castillo, uno sobre otro, con hermosas bóvedas y escaleras bastante cómodas y de firme é ingeniosa construccion. La entrada, que es una puerta de arco agudo, mira hácia el pueblo, y sobre ella se conserva un escudo labrado en piedra con las armas de sus condes, de apellido *Vivero*, que son tres matas de ortigas en campo de oro. sobre unas rocas de mar encima de unas ondas.

Por su forma y carácter parece construido muy entrado el siglo XV; y hay motivos para creer que lo hizo el famoso Alonso Perez de Vivero, secretario y contador del rey don Juan II, y el mismo de quien hemos dicho en el capítulo anterior, que lo hizo arrojar don Alvaro de Luna desde un terrado de su casa en Burgos, el Viernes Santo del año 1453. Nieto fué de este don Alonso Perez de Vivero, en línea femenina, don Juan de Maldonado, llamado tambien en la crónica de Vivero, cuyo desastroso fin referimos en el capítulo décimo de esta obra bajo el nombre de caballero de Olmedo.

Felipe II dió el título de conde de Fuensaldaña á don Juan de Vivero, vizconde de Altamira, y hoy pertenece el castillo á los señores marqueses de Alcañices y de los Balbases.

A pesar de lo mucho que se prestan estos hechos y el castillo mismo á las galas de la poesía, no pudimos hallar en el pueblo ninguno que nos refiriese la mas pequeña aventura novelesca. Solo el guarda-almacen nos dijo que el año anterior habia rodado por la escalera, un hombre que subia cargado con un costal de trigo, de cuyas resultas se rompió la cabeza y quedó muerto en el acto. Esto le pareció muy sensible, pero tambien muy plebeyo á mi amigo Mauricio, que al divisar el castillo de lejos se habia prometido cosas estupendas. Yo para consolarle del chasco, le referí á la vuelta las siguientes estrofas que conservaba en la memoria de una composicion que Zorrilla le ha dedicado, y es quizás lo único poético que existe del castillo de Fuensaldaña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.
Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre de crónica conserva,
Y en sus bóvedas, torres y pilares
Brota á pedazos la pajiza yerba.
Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreon de Fuensaldaña.

Volvimos de nuestra espedicion bastante entrada la noche, y nos dirigimos á la plaza mayor, que por cierto es hermosa, de figura regular, con espaciosos soportales sostenidos por columnas cilíndricas de una sola pieza de piedra cardeñosa. En la fachada N. está la bellísima casa consistorial, reedificada en 1561 por Francisco Salamanca; pero la de S. llamada Acera de San Francisco, es la verdaderamente afamada, porque en ella se halla establecido lo principal del comercio, y sirve de paseo en los dias malos de invierno, y en todos tiempos por la noche. Nosotros pagamos el tributo á la costumbre dando algunas vueltas; pero como estábamos cansados y meditábamos salir al dia siguiente de Valladolid á continuar nuestras incursiones por Castilla la Vieja, nos retiramos temprano, y no nos pesó en verdad, porque pasamos el tiempo mejor de lo que creiamos.

Habia en la fonda una criada vizcaina de mas que regular figura, jóven de menos de treinta años, y de modales distinguidos; tan reservada que no obstante ser la encargada de nuestro servicio, jamás pudimos lograr que entrase en conversacion; á todas nuestras preguntas contestaba siempre de una manera evasiva, pero fina y delicada, de modo que avivaba nuestra curiosidad é interés.

—Esta muger, me decia Mauricio muchas veces, me recuerda las princesas disfrazadas de nuestras comedias antiguas; para mí no cabe duda en que es una persona decente.

—Tambien me lo parece, contestaba yo, pero no te fies, porque es de un pais donde todas las mugeres son lo mismo.

—No importa; hay un no sé qué de estraordinario en ella, que me entusiasma: si estuviéramos un mes seguido en Valladolid me enamoraba como un loco.

—Lo creo; pero otro mes bastaria para curarte de la locura.

—En eso podrás tener razon, mas lo que te digo es que la Vicenta... ¿Y sabes que tampoco creo yo que se llame Vicenta?...

—¿No te has curado aun de la manía de juzgar á las personas por el nombre?... Además, que si como sospechamos es una condesa ó duquesa que está aqui de incógnito, nada mas natural que haya tomado el nombre de alguna de sus camareras.

De este modo discurríamos mi amigo y yo acerca de la jóven vizcaina, cuando un suceso inesperado vino á aumentar nuestra curiosidad y casi á justificar nuestras sospechas.

Al llegar á la posada de vuelta de la plaza, la hallamos revuelta y como si hubiese ocurrido alguna cosa grave; la patrona, los camareros, las criadas, el portero, todos estaban en una pieza contigua á la portería, donde hacian labor las doncellas, y todos hablaban á la vez de tal modo, que ni unos á otros se entendian, ni nosotros podiamos entenderlos. Por fin, al cabo de un rato y despues de reiteradas preguntas, pudimos averiguar que la causa de aquel trastorno, era que habia parecido el marido de Vicenta. El lector se hará cargo de nuestra sorpresa con semejante noticia, y adivinará fácilmente los comentarios de Mauricio. Vicenta, la *misteriosa vizcaina*, como la llamaba mi amigo, era casada, y no solo tenia marido, sino que por lo visto habia estado perdido, y acababa de parecer. ¿Quién es su marido?... ¿Por qué se perdió?... ¿Por qué parece ahora? He aqui lo que nadie nos esplicaba; pero lo que al fin averiguamos y vamos á referir, suponiendo al lector interesado en saberlo ahora, como nosotros lo estábamos entonces.

Hace algunos años que vivia en Bilbao un comerciante de mas que mediano caudal, jóven y de regular figura; no tenia parientes de ninguna clase y era soltero, sin que se le conociese inclinacion hácia ninguna de las señoritas cuyas casas frecuentaba, con harto dolor de las madres, que con razon lo juzgaban un buen partido para sus hijas. Un dia se cundió por la ciudad la noticia de que don Fermin L***, asi se llamaba el comerciante, se habia casado; pero no con ninguna de las jóvenes que mas ó menos directamente aspiraban á su mano, sino con la hija de su ama de gobierno, muchacha muy bonita y muy honrada, pero sin bienes de fortuna. Los primeros dias unos criticaron á don Fermin la estravagancia, y otros aplaudieron la idea de haber hecho feliz á una muger digna de serlo; al mes ya nadie se acordaba y la señora de L*** era admitida en todas las sociedades como su marido, sin que nadie se ocupase de su orígen, que ella supo tambien hacer olvidar con su trato fino y cariñoso, con su modestia, y sobre todo con sus bellas cualidades.

Dos años habian trascurrido, durante los cuales un hijo vino á aumentar la dicha de ambos esposos, sin que la menor nube la oscureciera; pero la dicha es un bien pasagero en este mundo, y tan raro, que son muy

pocos los que lo poseen. De repente don Fermin, antes tan cariñoso, tan amable, tan atento con su muger, se hizo brusco, taciturno y desconfiado; no la dejaba salir sola, no la permitia ir á ninguna sociedad y apenas la dirigia la palabra; la pobre esposa no pudiendo adivinar la causa de semejante cambio, se esforzaba en vano á parecer alegre y satisfecha, y redoblaba sus cuidados y sus caricias, sin conseguir otra cosa que aumentar el mal humor de su marido, porque don Fermin, preciso es decirlo ya, estaba celoso, y tanto mas se esforzaba su muger en agradarle, tanto mas odiosa le parecia.

La causa de los celos del comerciante era un primo suyo, único pariente, que acababa de llegar de América, rico de fortuna y de prendas personales: los primeros dias lo tuvo en su casa, mas despues don Eusebio, que asi se llamaba el primo, quiso estar con mas libertad y alquiló una habitacion en el piso segundo; pero visitaba todos los dias á sus parientes. Don Fermin creyó notar cierta preferencia por parte de don Eusebio hácia su muger, y le pareció tambien que de propósito elegia las horas en que él no estaba para hacer sus visitas. Una vez lanzado en esta pendiente, no hay nadie que se contenga; los celos es una pasion funesta que ciega aun mas que el amor mismo y que convierte en estúpido al hombre de mas talento. Don Fermin tuvo que hacer un corto viage y cayó en el ridículo de encargar á un criado que vigilase á su esposa.

El criado cuando volvió su amo le juró por lo mas sagrado, que habia visto á don Eusebio bajar á media noche de su cuarto, é introducirse en las habitaciones de la señora misteriosamente. No quiso nuestro comerciante, sin embargo, dar entero crédito al espía y resolvió enterarse por sí; al efecto empleó el tan comun y trivial recurso de fingir un nuevo viage, y quedarse escondido en un cuarto. Llegó la noche, y don Eusebio, cuando todos estuvieron recogidos, penetró sigilosamente en casa de su primo hasta el interior de las habitaciones, cuyas puertas le franqueó una criada infiel. Ya no era posible que L*** dudase de su deshonra, quiso entrar en la alcoba de la pérfida esposa; pero las puertas habian vuelto á cerrarse despues de dar paso al traidor, y no convenia mover un escándalo. Esperó cuatro horas mortales; al cabo de este tiempo vió salir á don Eusebio, y sin poder contener uno de esos arrebatos, en que el hombre no es dueño de sí mismo, disparó sobre él dos pistolas con tan fatal acierto, que una bala le atravesó el corazon y otra el cráneo, dejándole muerto sin que profiriese una sola palabra. En seguida se precipitó en la habitacion de su muger, y por entonces no se supo lo que medió entre ambos esposos; solo al cabo de una hora se vió salir á don Fermin llorando como un niño, y entregarse en manos de la justicia sin proferir la menor queja. Entablóse el proceso, y como

el comerciante era el único pariente del don Eusebio, se le hizo cargo de haberle privado de la vida por apoderarse de sus riquezas, á cuyo cargo daba cierta gravedad, la circunstancia de haber perdido don Fermin una suma muy considerable por la quiebra de uno de sus asociados, al estremo que se creia su casa tambien en peligro de bancarrota. Pero su muger se presentó al juez de instruccion, y confesó el adulterio con tales circunstancias, que al cabo de algun tiempo los tribunales declararon libre de culpa y pena á L*** como precipitado á cometer el crímen por la conducta de su esposa. A esta no la volvió á ver nadie, desde el dia que se presentó al juez, en términos, que llegó á creerse que se habia arrojado al Nervion, porque algunos observaron que se dirigia con paso vacilante por la orilla del rio.

Don Fermin salió de la cárcel sin haber contestado á ninguna de cuantas preguntas se le hicieron, y se encerró en su casa, donde solo atendia á la educacion de su hijo, viviendo como un anacoreta, sin ver á nadie, sin comer apenas y sin hablar mas que aquellas palabras puramente precisas. Todos en la ciudad le compadecian, escepto alguna que otra vieja, que solia decir de cuando en cuando, que le estaba bien empleado lo sucedido, por haberse casado con una muger del pueblo, habiendo tantas señoritas en Bilbao que lo hubieran hecho feliz.

La clase de vida que hacia don Fermin, produjo el efecto que era consiguiente. A los pocos meses enfermó de gravedad, y bien pronto se vió á las puertas del sepulcro. Conociendo que se acercaba su fin, hizo que llamasen al juez de primera instancia, con quien tuvo una larga conferencia, y luego al confesor. Cuando el juez salió de la alcoba, despachó un propio á Portugalete, donde vivia retirada la infeliz madre de la esposa de don Fermin, con órden de hacerla venir inmediatamente á Bilbao. La pobre anciana se presentó temblando á la autoridad, quien le mandó que revelase el sitio donde se hallaba oculta su hija, pues su marido, que estaba agonizando, la llamaba á su lado, despues de declarar que era completamente inocente. La buena muger dijo entonces que su hija estaba en Valladolid, sirviendo en una fonda, y al punto salieron en una silla de postas á buscarla.

Ya habrá adivinado el lector que la muger de don Fermin era Vicenta, la misteriosa vizcaina, y que el alboroto de nuestra posada fué efecto de la llegada del mensagero en su busca. Ahora falta esplicarle algunas circunstancias, que yo no supe hasta algun tiempo despues, cuando fuí á Bilbao.

La muger de don Fermin fué siempre un modelo de virtud; el desgraciado don Eusebio, de quien se prendó, fué de una doncella de su prima, y á esta muchacha era á quien hacia las misteriosas visitas de noche. Cuan-

do L*** disparó las pistolas sobre su pariente, y entró en el cuarto de su esposa, Marta, que asi se llamaba la doncella, se echó á sus pies y le confesó todo; entonces don Fermin quedó anonadado, y se entregó en manos de la justicia. Su muger, conociendo el peligro y las fatales consecuencias que podria tener el proceso, con una abnegacion de que habrá pocos ejemplos, se ofreció en holocausto por salvarlo, y él, despues de mucha resistencia, cedió á las súplicas hechas á nombre de su hijo, y aceptó el generoso sacrificio, no creyendo en verdad que lo llevase su muger á tanto estremo; pero temerosa ésta de que le faltase valor para soportar el desprecio de la sociedad, por su supuesto crímen, ó de que su marido, cediendo á los impulsos de su corazon, vendiese su secreto y comprometiera su seguridad, se ausentó sin que nadie mas que su madre conociese sus designios.

Ya hemos visto que don Fermin declaró todo, y la mandó á buscar en un momento supremo; pero la Providencia, que premia la abnegacion, como todas las virtudes, no quiso que don Fermin muriese, y como el orígen de su mal era el recuerdo de las pasadas faltas, con la presencia de su muger volvió á renacer la calma, y se curó radicalmente. La justicia no creyó necesario obrar contra un hombre de bien, intachable en su reputacion, que en el mismo delito habia llevado el castigo, y como don Eusebio no tenia parientes que reclamasen, la causa quedó en tal estado, sin que á nadie le ocurriera que debia removerse. Desde entonces nuestros dos esposos han vivido y viven aun felices, sin recordar lo pasado mas que como una leccion para lo presente.

Tal es la historia de la misteriosa vizcaina, como á nosotros nos la refirieron, sin que hayamos alterado mas que los nombres y el lugar de la escena, por respeto á las personas, que como hemos dicho, viven y son muy conocidas.

CAPITULO XVIII.

El diablo y el acueducto.

Desde Valladolid á Olmedo hay ocho leguas de un buen camino construido recientemente, y Mauricio y yo las anduvimos en la diligencia de Madrid en breve espacio. Nuestro plan era visitar esta villa y partir desde ella á Segovia, á cuyo efecto habiamos mandado el dia antes de nuestra salida de Valladolid un carruage que ajustamos, por cierto nada barato, para

que nos condujese. El plan no podia estar mejor formado; pero como dice el adagio, el hombre pone y Dios dispone; aunque yo tengo para mí que en materia de caminos en España, y sobre todo de caminos de travesía, no es Dios sino el diablo, quien dispone siempre. Al pasar por Mojados, pueblecillo insignificante de la carretera entre Valladolid y Olmedo, nos vimos á nuestro futuro carruage muy tranquilo enmedio de la plaza; es decir, que en veinte y cuatro horas, habia hecho una jornada de cuatro á cinco leguas, y eso yendo de vacío. Pregunté al calesero la causa del retraso, y me dijo que se habia descompuesto una rueda y la estaba arreglando el carretero, lo cual no me tranquilizó gran cosa, pues me dió una triste idea de lo que podríamos prometernos para despues, al ver que sin carga y en un camino hermosísimo habia sucedido tal percance. Por el pronto esto nos obligó á permanecer en Olmedo todo aquel dia, pues hasta las cinco de la tarde no pareció *Sandía*, que asi se llamaba de apodo el calesero, con su vetusto vehículo y sus tres éticas mulas. Nosotros estábamos en Olmedo desde las nueve de la mañana, y nos habia sobrado tiempo para aburrirnos, porque es poblacion que nada tiene que ver. En algun tiempo debió ser muy grande, como lo indica la circunstancia de tener seis parroquias, y haber tenido cinco conventos de monjas y dos de frailes, todo para un vecindario que no llega á 2,200 habitantes. Sus murallas, que la hacian tan fuerte en el siglo XV están por tierra, y tan ruinosas que parece que acaban de batirlas en brecha por todos cuatro costados. Despues de visitar las iglesias, donde vimos alguna que otra curiosidad artística, nos refugiamos á la posada, porque hacia un calor insoportable, y solo por la tarde dimos un paseo en la campiña que riegan los rios Eresma y Adaja; este campo es célebre por las dos famosas batallas dadas en 1445 y 1467, cuando los disturbios civiles de los reinados de don Juan II y don Enrique IV.

Al amanecer del dia siguiente partimos de Olmedo con pocas ganas de volver, y empezamos á andar, con una lentitud digna de los tiempos en que escribió Cervantes, las once leguas mortales que nos separaban de Segovia.

—Si tú que eres hombre de ingenio, me decia Mauricio de mal humor, no inventas algun medio para que este hombre avive el paso, yo voy á llegar con canas á Segovia.

—El único medio, le dije, era ver si hallábamos en alguno de los pueblecillos del camino relevo para las mulas, esta mañana se lo propuse á Sandía, pero le faltó poco para dejarnos plantados; tal fué la irritacion que le produjo la idea de separarse del *ganao*, como dice él.

—¿Es decir que vamos á emplear el dia en andar once leguas? continuó Mauricio.

—Y gracias si las andamos aunque sea tomando algo de la noche, porque has de contar que en Santa María de Nieva tenemos que detenernos á comer y dar pienso y descanso á las caballerías, operacion en que no te rebajará Sandía ni un minuto de las tres horas estipuladas, y luego.....

—Y luego..... nada; porque ya me habré yo muerto de viejo, interrumpió mi amigo..... Tres horas en Santa María de Nieva!.....

—Veremos las fábricas de paños tan celebradas por su calidad ya que no por su finura, añadí yo.

—¡Gran recurso!..... y además, que aun suponiendo que en Santa María de Nieva pasemos las tres horas lo mas divertidos del mundo, cosa que dudo mucho, ¿cómo pasaremos las seis ó siete que nos faltan para llegar allá?

—¿Y tú me preguntas eso pudiendo disponer del sueño, como Júpiter de los rayos?

—Este movimiento infame no me deja dormir.

—Hoy estás intratable, Mauricio. Desde que salimos de Valladolid, tienes un humor endiablado, y casi me haces sospechar que habia algo de verdad en lo que me decias de la vizcaina.

—Habia mucho, porque es menester que sepas que la amaba ya con vehemencia.

—Lo creo, pero tengo esperanzas de que has de amar lo mismo á otras ciento antes de que se acabe nuestro viage..... No vayas de mal humor, que eso es un contrasentido en el camino. Saquemos partido de todo, aunque sea detestable.

—Convengo en tu plan, y estoy dispuesto tambien á que saquemos partido, ¿pero de qué?..... Lo peor de todo consiste, en que lo que nos rodea es tan clásicamente malo que no tiene el mérito de la novedad, como no sea que volquemos y nos rompamos algun brazo ó alguna costilla, lo cual tampoco sería ni raro ni bueno.

—Hablemos con el calesero.

—Es un imbécil, ¿no vés qué cara tiene? Este no se parece en nada á Juan el que nos trajo de Burgos.

—Pues contemos cuentos, ó pongámonos á léer ó á rezar, que supongo yo que sería como emplearian el tiempo los antiguos viandantes españoles.

—Estoy por lo primero, pero has de empezar tú.

—Me conformo, á condicion de que no has de tener mal humor, ni te has de acordar de la Vicenta.

—Eso es querer penetrar en terreno vedado; lo primero te lo ofrezco, pero lo segundo no, porque quiero ser dueño de mis pensamientos. Empieza cuando quieras, que ya te escucho.

—Voy á complacerte, y por Dios que no lo merecias, porque usas un tono hoy que pareces un corregidor del antiguo régimen..... Supongo que habrás oido hablar mil veces del famoso acueducto de Segovia.

—He oido decir que hay en esta ciudad un puente por el que, al contrario de los demás, el agua pasa por arriba y el vino por debajo.

—Ese es el acueducto. ¿Sabes su historia?

—No.

—¿Y su leyenda?

—Tampoco.

—Pues voy á contarte ambas.

—Empieza por la leyenda, que será mas divertida.

—Empezaré si tú quieres, pero te advierto, que como en todas estas cosas, el diablo representa un gran papel.

—Tanto mejor, yo me muero por las cosas del diablo.

—Pues atencion..... Mañana cuando visitemos el acueducto.....

—Si para mañana hemos llegado á Segovia.....

—No me interrumpas: mañana, digo, cuando lo visitemos, verás en la plaza de San Sebastian donde forma ángulo, que le falta á uno de los pilares una piedra igual á las demás de que está construida la obra. Sin duda te parecerá á tí cosa muy fácil, como le ha parecido á otros, el llenar aquel vacío con su piedra correspondiente; pero nada menos que eso; infinitas veces se ha intentado, y si la piedra se ha puesto hoy, al dia siguiente ha desaparecido sin saber quién ni por dónde se la llevan; además observando atentamente el hueco, se ve que está obscuro y casi cavernoso; y hay personas de tan fino olfato, que aseguran que exhala un olorcillo á azufre nada tranquilizador. La esplicacion de todo esto es, que el famoso acueducto lo fabricó el diablo, y como era en España, lo dejó por concluir para que ni en esto dejára de cumplirse el destino á que estamos condenados de tener todo á medio hacer. Por qué construyó el diablo una obra tan útil y por qué no la acabó, es lo que voy á referir ahora.

«Vivia hace muchos años en Segovia un pobre cura, viejo y achacoso, que tenia para que le sirviera una sobrina jóven y buena cristiana, como puede serlo quien se ha educado con tan respetable preceptor: era caritativa, timorata y discreta, á tal punto, que formaba por decirlo asi las delicias del eclesiástico, que en ella tenia puesto todo su cariño, como la sola parienta que le restaba en este mundo. Lo único que el cura sentia, y por lo que hubiera deseado ascender siquiera á sacristan de la catedral, si su edad y achaques no fueran ya un obstáculo, era que su estado de pobreza no le permitia costear una sirviente que ayudase á su sobrina en las faenas de la casa; no porque esta dejase nada por hacer, sino porque en el tiempo en

que ocurrió esta verídica historia, no habia en Segovia agua y era preciso irla á buscar á larga distancia, de modo que la pobre María, que asi se llamaba la sobrina del cura, tenia que emplear el dia en las labores domésticas, y parte de la noche en portear el agua con dos especies de cubetos ú ollas de barro que le servian para este uso.

Por grande que sea la virtud y la resignacion, el trabajo cansa, y si es continuado y superior á nuestras fuerzas, fatiga; asi es que la pobre María, una noche cuando iba camino de la fuente en busca del agua, se sintió tan rendida que no pudo contener esta esclamacion, escapada de sus lábios involuntariamente:

—Daria mi alma al diablo, dijo, segun cuenta la tradicion, por no tener que venir todos los dias por agua!.....

—Yo la acepto, respondió al punto una voz á su oido.

Volvió la cara precipitadamente, y se vió junto á sí un caballero algun



tanto estravagante en su trage, de siniestra cara y mirar sombrío, pero sin deformidad ninguna que le hiciese repugnante. Esto tranquilizó algo á la jóven, que espantada por lo que acababa de decir, creyó al escuchar la voz que tenia á su lado un mónstruo ó cosa parecida.

—¿Con que si yo te llevo diariamente el agua que necesites para la casa me darás tu alma?

María no habia oido nunca tan dulce voz, ni habia visto tan insinuan-

tes modales, y como era otra la idea que tenia formada del diablo, creyó que seria algun caballero de la ciudad que la ofrecia este servicio, y con toda ingenuidad contestó que lo admitia.

—Está bien, dijo el desconocido, que no era otro sino el mismísimo diablo; mañana me pertenecerás, y en seguida desapareció, dejando llenos de agua los cubetos sin mas que haberlos tocado con la mano.

María quedó pensativa y recelosa. Si realmente este mancebo es el diablo, decia para sí durante el camino, estoy sin remedio condenada, en justo castigo de mi pereza.

El cura sorprendido de verla regresar tan pronto, la preguntó la causa, con lo cual María no pudo contenerse y anegada en llanto le refirió cuanto acababa de ocurrir.

—Mal has hecho, muy mal, en implorar á Lucifer, le dijo el buen sacerdote; solo Dios puede remediar nuestras desgracias y á él debemos acudir en ellas; pero ya que lo hiciste veamos ahora el modo de componerlo. Eres buena muchacha y Dios no consentirá que te condenes por una imprudencia.

En seguida se puso la sobrepelliz y la estola, tomó el hisopo y la calderilla llena de agua bendita, y con la energía de un hombre fuerte en la resolucion que acababa de formar, y tranquilo en su conciencia: «Llama al diablo, le dijo á la sobrina, que venga ese condenado y veremos quien de los dos es el que sale triunfante.»

María obedeció temblando, y el diablo no se hizo esperar. El buen cura, que lo aguardaba detrás de la puerta, en cuanto lo vió entrar, se presentó cerrando con violencia para que no pudiera escaparse, y echándole un rocío de agua bendita que hizo estremecer á Satanás. «Conmigo te entenderás ahora, gran bribon, le dijo, no con esta infeliz niña, que no sabe lo que se hace ¿Quién te ha dado autoridad sobre ella?»

—Ella misma, respondió el diablo, algo confuso con este inesperado contratiempo.

—Es menor de edad, y no puede disponer de su persona, por consiguiente el trato no es válido.

—Tiene edad para disponer de su alma, replicó el diablo con altanería.

El cura levantó el hisopo, amenazándole con otra rociada.

—Además, continuó el espíritu infernal en tono sumiso, por fuerza ha de suceder una de dos cosas, ó me dá su alma, ó niega el trato, en cuyo caso miente, y como la mentira es un pecado capital, será mia de derecho.

El cura se mordió los lábios al oir el dilema, mas como no se hallaba

dispuesto á ceder sin combatir, tienes razon en eso, replicó tranquilo: aqui no se trata de negar, sino de que nos entendamos razonablemente.

—Pues baja ese hisopo con que me amenazas.

—Convenido; haz tú tus proposiciones.

—Bien podria, dijo el diablo, mantener el trato como lo estipulamos hace poco, porque la justicia está de mi parte; pero para que veas que quiero complacerte, en vez de hacer venir el agua para tí solamente, haré que venga para toda la ciudad.

—No me parece mal la idea, contestó el cura. ¿Y cuánto tiempo correrá el agua?

—Por espacio de cincuenta años, que es lo mas que puedes tú vivir.

—No me basta, quiero que corra mientras el mundo exista.

—Concedido tambien, y eso que tengo que trabajar mucho mas de lo que habia calculado.

—Haz tú lo que quieras, con tal que la ciudad de Segovia tenga en adelante agua á discrecion.

—¿Y entonces dispongo del alma de tu sobrina?

—A tu arbitrio, si me cumples el trato.

—¡Ay! tio de mi vida, esclamó la muchacha tirándole de la sobrepelliz; ¿con que voy á ir al infierno derechita, porque tengan agua los segovianos?

—Calla, tonta, no irás, no tengas cuidado, le dijo el cura por lo bajo. Vé á mi cuarto y retrasa una hora el relój.

La jóven obedeció al instante, aunque no muy serena.

—Acepto, continuó el diablo: dentro de tres dias la ciudad de Segovia tendrá el agua que quiera, y yo vendré por tu sobrina.

—Estamos conformes, solamente que en vez de tres dias para hacer esta obra, no te concedo mas tiempo que hasta la hora de salir el sol mañana.

—Es muy tarde y no me comprometo...

—¡Mañana ó nunca! esclamó el cura cargando su hisopo, y amenazándole con él de nuevo.

—No te enfades, veremos si es posible complacerte. ¿Qué hora es?

El cura abrió su cuarto, y le enseñó el relój que ya habia retrasado la sobrina.

—¡Las doce! murmuró el diablo. El sol sale á las cuatro y cuarenta y seis minutos; dos horas para cortar las piedras en la cantera y traerlas, una para colocarlas; una para dirigir las aguas... Tengo tiempo y todavia me quedan algunos minutos de sobra para cepillarme y quitar el polvo. Convenido, añadió dirigiéndose al cura. Hasta la vista... y en seguida desapareció.

El sol empezaba á reflejar en el horizonte, y los habitantes de Segovia se dirigian al mercado, que, entonces como ahora, era en la plaza del Azoguejo, cuando quedaron sorprendidos con la vista del milagroso acueducto, que estoy seguro te ha de sorprender á tí tambien cuando lo veas, á pesar de que no te coge tan de improviso como á los segovianos.

Entre los curiosos espectadores de aquel portento, se hallaban el cura y su sobrina, que debo decirte para tu tranquilidad que no se condenó, porque engañado el diablo en la hora, como sabes, le sorprendió el sol cuando aun le faltaba poner la última piedra, que es la que nadie ha podido colocar luego, segun te dije al principio, y como no cumplió el trato, no pudo reclamar la recompensa. Esto era precisamente lo que el buen cura se propuso y le salió á pedir de boca, con la ayuda de Dios y de su ingenio.» ¿Qué te parece mi cuento?

—Magnífico, dijo Mauricio, lo que me pesa es que se haya concluido, porque esos diálogos del diablo y el cura, ese amenazarle con el hisopo y el engaño de la hora, me iban entusiasmando. Hay en tu leyenda cosas que no tienen precio...

—En efecto, no·lo tienen bajo el punto de vista poético, porque prueban fecundidad de imaginacion, riqueza de ingenio. La piedra falta en efecto en el lugar indicado, y sin duda no se repone porque realmente no es necesaria; la falta debe ser antigua, y esto ha bastado para inventar un cuento, que probablemente tiene la misma antigüedad, ó poco menos, que el acueducto; porque notarás que todas estas narraciones datan de dos ó tres siglos atrás lo menos. En la época en que vivimos, los cuentos que se inventan son de otra especie, y si la poesía no entra en ellos por mucho, fuerza es convenir en que la aritmética figura por todo.

—En eso tienes razon, replicó Mauricio. Ahora cuéntame la historia del acueducto á ver si me interesa tanto.

—Mejor fuera, le contesté, que segun lo estipulado, tú me contases á tu vez un cuento.

—No sé ninguno, no tengo hoy la cabeza para eso.

—Pues entonces me parece prudente que guardemos silencio para no calentártela mas.

—No, el oir no me incomoda, al contrario me agrada. Sé complaciente por hoy, que yo lo seré otro dia.

—Por hoy y por siempre que tú quieras. El acueducto de Segovia es, como te he dicho, una de las obras mas maravillosas de la antigüedad, que han respetado los ejércitos devastadores que en diferentes épocas invadieron la Península, y que por su posicion y solidez ha resistido á

los estragos del tiempo y al ímpetu de los huracanes, tempestades y terremotos. Algunos escritores le atribuyen mas de dos mil años de existencia, pero...

—Perdona que te interrumpa, dijo Mauricio, para satisfacer una duda. Si en efecto el acueducto cuenta esta fecha, observo que la leyenda no está muy en armonía con la historia, porque hace dos mil años no existia aun el cristianismo y por consiguiente no podia haber curas.

—No me has dejado concluir: algunos escritores le atribuyen, es cierto, mas de dos mil años, pero otros, y son los mas autorizados, suponen que se hizo en tiempo del emperador Trajano, que nació el año 52 de nuestra era y murió el de 117.

—Todavía no estamos de acuerdo, añadió Mauricio, porque en la época de Trajano no habia curas en España, y aunque los hubiese no podian tener relojes, por la sencilla razon de que no se inventaron hasta algunos siglos despues.

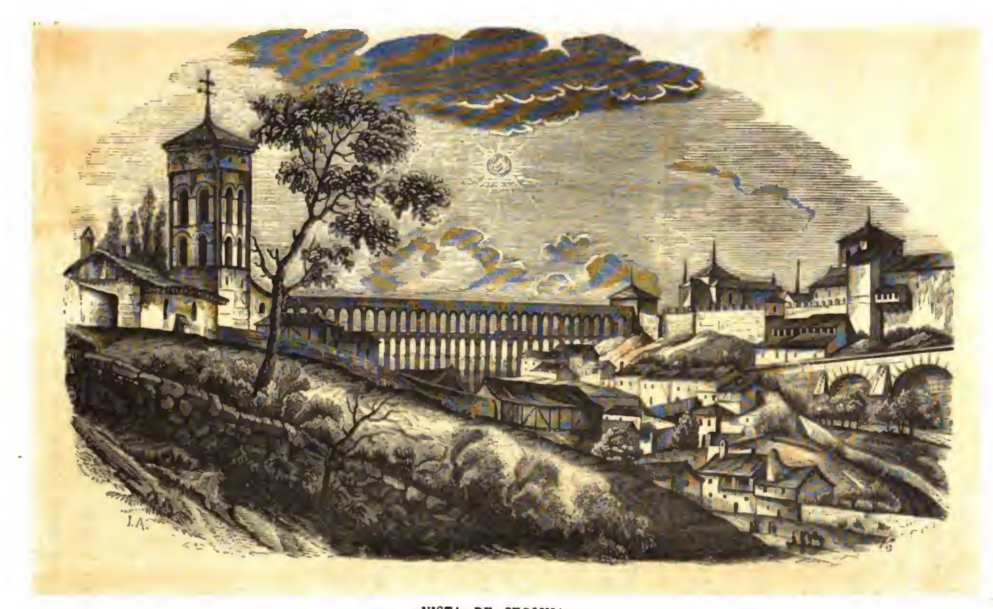
—La observacion es justa, pero ¿quién repara en los anacronismos de las leyendas? Los cuentos son cuentos y las historias historias.

—Eso es verdad, y tambien que hay muchas historias que parecen cuentos, y muchos cuentos que parecen historias. Prosigue.

—No hay español ni estrangero que no se admire y asombre al contemplar aquellos pilares tan elevados, aquellas piedras tan grandes y tan estrechamente unidas, aquel color cárdeno y sombrío, que está anunciando su ancianidad, la grande estension que corre, y la abundancia de agua que conduce. Su materia es de piedra berroqueña, picada en pilares cuadrilongos. Tiene su principio en las fuentes que dan nacimiento al pequeño arroyo llamado Riofrio; pero los trabajos de la arquitectura solo comienzan desde el Caseron, que es un torreon muy fuerte y muy antiguo, situado al principio del camino que sale de la ciudad, para el real sitio de San Ildefonso: por cierto que no lejos del Caseron, está la plaza de toros medio arruinada, de figura circular como todas, y con la idea que se tiene de antigüedades de Segovia, á primera vista parece los restos de un circo romano. Los arcos del acueducto empiezan con muy poca elevacion desde la Caseta, frente al edificio del que fué convento de San Gabriel; y sostienen una gruesa pared de mampostería, sobre la que está colocada la canal que sigue por toda la obra arqueada, hasta llegar á la plazuela de San Sebastian; continúa luego por el Seminario conciliar, y de aqui, ya cubierta y bajo del piso de las calles, lleva el agua al Alcázar. Desde dicho punto de la Caseta hasta el primer ángulo, tiene 25 pies de elevacion, y 216 de longitud, y desde aqui al segundo ángulo, frente á la iglesia de la Concepcion, 28 pies de elevacion y 553 de longitud. Corre luego la obra de E. á O., y lle-

gando al tercer ángulo, junto al que fué convento de PP. franciscos, tiene 44 pies de elevacion en el pilar doble, y 973 de longitud. En esta parte del acueducto están los arcos que se reedificaron á los principios del reinado de doña Isabel la Católica, por un fraile del convento de Peral, llamado Pedro de Meza; los arcos reedificados fueron treinta y cinco, y la obra se hizo con tal perfeccion, que hoy apenas se distinguen de los antiguos. Es verdaderamente un esfuerzo del arte la obra de este ángulo, pues el pilar que lo forma hace una curva, con la que varía la direccion del acueducto de S. á N., con una pequeñísima inclinacion al O. Tiene 22 pies de frente, y 44 de elevacion. Aqui es donde principian los dos admirables órdenes de arcos, presentando la obra toda su grandeza, y sigue hasta la muralla, por donde entra el acueducto en la ciudad. En el primer órden hay 43 arcos, y el primero está destruido hace muchos años; en el segundo hay 47, y la elevacion es proporcionada al declive ó inclinacion que toma el cerro, para descender á la plaza del Azoguejo, y el que vuelve á tomar desde aqui para subir á la muralla. En el arco por donde se entra á la calle de San Antolin, tienen los pilares 91 pies de elevacion, y en dicha plaza del Azoguejo, que es el sitio de la mayor altura, 102: desde San Francisco hasta la muralla, donde se ha conservado enteramente la obra antigua, hay 386 pies de longitud, y la total estension del acueducto es de 2,920 con 114 arcos en el primer órden, y 47 en el segundo. El grueso de los pilares es de 11 pies por los costados y 8 de frente, y sus cimientos están á la profundidad de 14 pies. Para que el agua tuviese movimiento mas acelerado dieron sus artífices á toda la obra un declive de un pie por cada ciento de longitud, de manera que desde el punto de la Caseta hasta el último arco hay 29 pies de declinacion, y asi es que camina el agua con bastante rapidez. Los lechos de las piedras entre sí tienen tan exacta union, que parece incomprensible cómo pudieron juntarse unas á otras tan estrechamente, no teniendo trabazon de hierro, argamasa ni cal ó arena que formen mezcla, y es cierto que ninguna obra de semejante antigüedad se ha conservado tan bien, llenando el objeto á que fué destinada.

Ya has oido, añadí dirigiéndome á Mauricio, la historia, ó mejor dicho, la descripcion del acueducto de Segovia; pero mi amigo no oia nada, porque estaba durmiendo profundamente. Para auxiliar mi narracion, había yo sacado unos apuntes que llevaba en la cartera y que tomé en una romería que hice estando de temporada en la Granja. Ocupado con los papeles no habia fijado la atencion en Mauricio, y éste mientras tanto se quedó dormido. Casi estuve por enfadarme y me preparaba á despertarle en castigo del desacato, cuando repentinamente se paró el carruage y oí echar ternos á nuestro buen Sandía. Mauricio despertó con el ruido y la falta



VISTA DE SEGOVIA.

de movimiento; preguntamos algo inquietos la causa de la detencion y supimos con dolor que se habia roto un tirante, y como solo llevaba el calesero de prevencion para estos casos un pedazo de soga de esparto que no podia resistir el tiro, estando nosotros montados, tuvimos que echar pié á tierra y resignarnos á andar media legua que faltaba hasta Santa María de Nieva; y esto á las doce del dia y con un calor de 30 grados!...

CAPITULO XIX.

Segovia y su Alcázar.

Ya eran mas de las nueve de la noche, cuando divisamos de lejos las luces que ardian en las habitaciones de la ciudad de Segovia, con el mismo placer que el navegante descubre el faro del puerto, despues de una larga y penosa travesía. Nos alojamos en un meson de la plaza, que Sandía nos aseguró era el mejor, y aunque indudablemente nuestro calesero dijo en esto la verdad, declaro aquí, que la tal posada es una de las peores, entre las muchísimas detestables de que abunda nuestra España. Mala habitacion, pésima cena, infames camas, y luego tal abundancia de asquerosos huéspedes en ellas, que tuvimos que adoptar el partido de pasar la noche sentados en una silla, á pesar del cansancio consiguiente al dia tan incómodo que habíamos llevado. Por fin amaneció, no tan pronto como hubiéramos querido, y dimos con nuestros cuerpos en la calle, cuando mas de las cuatro quintas partes de segovianos, estaban aun entregados á las delicias de Morfeo.

Al bajar la escalera, nos encontramos con la dueña del meson, que salia de uno, que supongo seria su cuarto, á medio vestir y á medio despertar, y con aire de importancia, como quien está satisfecho de su obra, manifestando al mismo tiempo cierta estrañeza de vernos de pie, nos preguntó:

—¿Cómo tan temprano? ¿Van vds. á marchar ya?

—No señora, le contesté, vamos á dar un paseo por la ciudad.

—Pues para eso, replicó, tiempo tenian vds. sin necesidad de madrugar tanto.

—Es que no hemos madrugado, dijo Mauricio.

—¡Que no han madrugado vds!... pues si no han dado aun las cuatro!..

—No hemos madrugado, prosiguió mi amigo, por la sencilla razon de que no hemos dormido.

—¡Jesus María!... con unas camas tan ricas, y unas sábanas de vivero sin estrenar, que dan envidia....

—Pase por las sábanas de vivero, señora, la dije yo, pero los huéspedes...

—¡Si no hay mas huéspedes que vds!... Como no sea que el mozo de mulas haya hecho ruido..... y eso que se lo encargué, pero estos mozos son.....

—No señora, no se trata del mozo, interrumpió Mauricio con viveza, sino de que las camas están inundadas de...

—Dejemos ya eso, añadi yo para cortar la conversacion, y que nos indique esta señora, que no dejará de saberlo, lo mas notable que hay que ver en Segovia.

—Miren vds., lo que mas tiene que ver en Segovia para mi gusto, es un dia de mercado; y viene perfectamente, porque mañana es jueves, y lo hay; se pone esta plaza de vendedores!... y muy barato... La semana pasada compré yo una pieza de lienzo en...

Mauricio habia echado á correr, y yo le seguí antes que la buena posadera acabara la frase, sin poder contener la risa al verlo tan enfadado.

— Si das en tomar asi estas cosas, le dije cuando nos reunimos, volvámonos á Madrid, que á tiempo estamos, porque te advierto que lo ocurrido hasta ahora no es nada en comparacion de lo que nos acontecerá, si llevamos á término nuestro plan.

Mi amigo me prometió la enmienda, y nos hallábamos en medio de la plaza, contemplando la fachada de las casas consistoriales, que es muy linda, con diez columnas dóricas, un balcon corrido sobre la cornisa, y dos torres cuadradas en los estremos, todo de buen efecto, cuando un hombre ya entrado en años, de pequeña estatura, rostro alegre y peluca rubia, se plantó delante de nosotros, y fijó sus ojos vivos y chiquitillos en Mauricio, como quien quiere reconocer á un antiguo camarada.

—Si; decia entre dientes el recien llegado; el córte de cara, y el pelo, y..... ¿Es vd. el hijo de don Prudencio Salazar? esclamó por fin.

—El mismo soy, contestó mi amigo.

—¡Y no me conoce vd.! ¿No se acuerda ya de Ferrer, el que en el memorable Dos de Mayo de 1808 libró la vida á su padre, cuando lo iban á fusilar los franceses en el patio del Buen Retiro en Madrid?

—De nada de eso me acuerdo, porque el año 1808 no habia yo nacido todavía; pero se acuerda mi padre, á quien lo he oido referir muchas veces, y sé por él que le hizo vd. uno de esos servicios que no es posible

nunca recompensar. Tambien me parece ahora que recuerdo haber visto á usted en casa alguna vez.

—Una sola, cuando las funciones reales con motivo de la boda del difunto monarca, padre de nuestra augusta soberana, con la princesa entonces, y hoy reina viuda doña María Cristina de Borbon. No he salido de Segovia mas que esa sola vez en 35 años, si se esceptúa alguna que otra espedicion que he hecho á la Granja á ver correr las fuentes; pero como dista dos leguas nada mas, volvemos en el mismo dia.

—Pues ya que he tenido la fortuna de encontrar á vd., prosiguió Mauricio, dígame si en algo puedo serle útil.

—Al contrario, y muy al contrario, replicó mi hombre; yo, que estoy como quien dice en mi casa, soy quien puedo prestar á vds. algun pequeño servicio, y desde luego me pongo á sus órdenes.

No nos hicimos rogar mucho, porque necesitábamos en Segovia un guia al menos, ya que no un protector, y el que Dios nos deparaba parecia lo mas á propósito del mundo, salvo el defecto de ser un tanto hablador.

Enterado el bueno de Ferrer de que estábamos en la posada, nos proporcionó una casa para alojarnos, porque la suya no lo permitia, donde estuvimos tal cual, y se dispuso á acompañarnos á todas partes, pues su destino en la casa de la moneda no le ocupaba gran cosa, por estar entonces parada la fabricacion. Ante todo le rogamos que nos condujese á la plaza del Mercado, para que Mauricio viera el acueducto en toda su magnitud.

—Esta plaza, nos dijo cuando estuvimos en ella, no es célebre solo por el acueducto, ¿ven vds. esa cruz de piedra? pues ahí fué ahorcado el alguacil Hernan Lopez Melon, cuando la famosa guerra de las comunidades, en que tanta parte tomó esta ciudad. Era el martes de Pascua de Pentecostés, 20 de mayo de 1520; me acuerdo como si lo estuviera viendo..... Es decir, como si lo acabara de leer, porque ya supondrán vds. que yo no pude verlo. Pues como decia, se habian juntado en la iglesia del Corpus Christi, que despues veremos, y por cierto que tambien de ella tengo que contarles una historia.....

—Este hombre vale un mundo, me dijo Mauricio al oido.

—Calla, y no le interrumpas, repliqué, que hartas digresiones hace él.

—Se habian juntado á elegir los procuradores del comun. Empezó la jarana por quejarse uno de que el corregidor don Juan de Acuña no habia puesto nunca los pies en la ciudad, y del desgobierno y tropelías cometidas contra los ciudadanos, clamando por justicia, y en fin, echando uno de esos discursos que ahora llamamos *bota-fuegos*. El pueblo aplaudió frenéticamente, porque el pueblo aplaude siempre estas cosas aunque no las entienda, y habiéndole replicado al orador tribuno, Hernan Lopez Melon,

con alguna acritud, me le echaron una soga al cuello, y lo trajeron arrastrando hasta esa cruz, donde como dije á vds, lo ahorcaron. Pero no fué esto solo, sino que al volver la muchedumbre dando voces despues de la hazaña, encontraron á otro corchete llamado Roque Portal, y le dijeron: «Portalejo, tu compañero Melon te encomienda, que queda allí en la horca, y dice que te espera en ella.» El corchete respondió con brios: «Mantenga Dios al rey, mi señor, y á su justicia, que algun dia os arrepentireis.» Y como le viesen con papel y pluma, que parecia querer escribir los nombres de algunos de los amotinados, tambien lo llevaron á la horca. Esto prueba que los revolucionarios eran lo mismo en el siglo XVI que son en el XIX.

—Por lo visto, vd. no es muy partidario de las revoluciones, le dije yo.

—No señor; ni estoy tampoco por esas teorías modernas, si he de decir la verdad.

—Ya me habia á mí parecido lo mismo, repliqué.

—Qué quiere vd., cada uno en lo que se ha criado. Pero volvamos á nuestra historia, que todavía falta. Los procuradores de la ciudad que tornaban de celebrar Córtes en la Coruña, supieron el suceso aquel mismo dia en Santa María de Nieva, y dudaron qué harian; Juan Vazquez se decidió á irse al Espinar, y fué el que acertó, pues su compañero Rodrigo de Tordesillas, que no quiso seguir el consejo y se vino á Segovia, fué arrastrado tambien al dia siguiente con la mayor inhumanidad. Cuando pasó la turba por delante del convento de San Francisco, salió la comunidad entera con el Santísimo descubierto para ver si podian detenerla. Llevaba la sagrada hostia Diego de Arévalo, hermano del infeliz Tordesillas, y todo lo que pudieron lograr los religiosos fué que le permitieran confesarse; pero observando el populacho que le quitaban la soga del cuello, porque estaba ya medio ahogado y no podia hablar, lo arrancaron con violencia y se lo llevaron sin dejarlo concluir. Los clérigos de Santa Olalla intentaron tambien detenerlos con el Santísimo Sacramento; pero inútilmente, y no fueron mas felices en los esfuerzos que hicieron algunos ciudadanos acometiendo á las turbas espada en mano. Eran en muy corto número, y ya saben vds. aquella coplilla que dice:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos;
que Dios protege á los malos
cuando son mas que los buenos.

Desde entonces la ciudad quedó independiente del gobierno del rey, ó sea *pronunciada*, segun diriamos ahora. El famoso alcalde Ronquillo vino

con encargo de reducirla al órden, pero tuvo que retroceder sin conseguir nada hasta despues de la derrota de los comuneros en Villalar.

—Segun veo, le dije, está vd. muy enterado en la historia de Segovia.

—He leido alguna cosa, me contestó con cierta importancia, y tambien he escrito algo.....

—Que supongo nos enseñará vd., interrumpió Mauricio con aire burlon..... y si fuese digno de la prensa.....

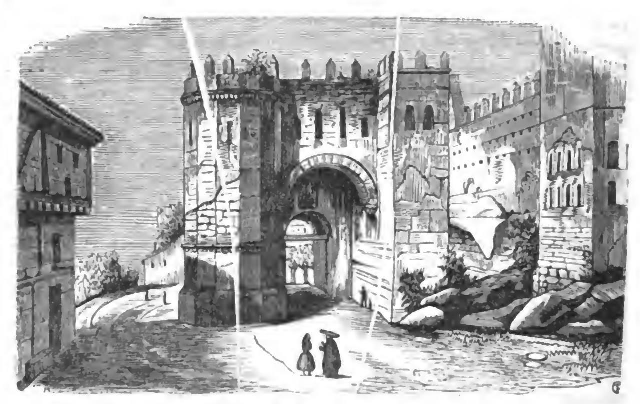
—Dios me libre de incurrir en semejante locura. No quiero eclipsar la gloria de Colmenares, ni he tenido nunca la ridícula pretension de figurar en letras de molde.

—Mal hecho, proseguí yo; en el dia todo el mundo escribe, y por lo que veo, vd. lo ha de hacer algo mejor que otros muchos.

—Dejemos eso á un lado y entremos en esa iglesia, que es la del Corpus Christi de que hablé á vds. Artísticamente hablando ofrece poco que ver; pero el orígen de su fundacion se atribuye á un milagro del Santísimo Sacramento, ocurrido segun se lee en varios escritos, mientras don Fernando estaba en la conquista de Antequera. Un sacristan de no sé qué iglesia, hombre de mala conducta, se hallaba en cierta ocasion escaso de dinero, y acudió á un judío para que se lo prestase, segun se acostumbraba entonces hacer, no solo por los sacristanes, sino hasta por los reyes, pues los judíos eran los únicos que ejercian este tráfico en España, de donde ha venido, como vds. saben, el nombre de *judíos* que hoy damos á los usureros. Pidióle el prestamista prenda en garantía, y como no tuviese el sacristan mas que su palabra y su sotana, ambas dos de escaso valer, imaginó salir del apuro ofreciendo al israelita en rehenes una hostia consagrada. Aceptó éste al punto, y se verificó la entrega por ambos contratantes en una calle que verán vds. luego, que sale á la cuesta de San Bartolomé, y se llama aun en el dia la calle del Mal Consejo. Convocó el judío á los de su religion en una sinagoga, y echaron la hostia en una caldera de agua hirviendo; pero la hostia jamás tocaba al agua, sino que se mantenia siempre en el aire, sin que ni á la vista de tan patente milagro desistiesen de su temerario empeño aquellos hombres obstinados, hasta que dando un estallido la fábrica de la sinagoga, tembló la tierra, se abrieron los arcos y pilares, y todo amenazaba confundir á los impíos. Entonces algunos de los mas amedrentados, cogieron la hostia y la llevaron al convento de Santa Cruz, haciendo entrega de ella al prior, á quien refirieron minuciosamente el suceso. Los frailes la trasladaron procesionalmente al altar mayor, y luego sirvió para administrar el Viático á un novicio enfermo, de cuyas resultas sanó y murió muy viejo en opinion de santo. Avisado el obispo, se procedió á hacer las debidas averiguaciones, y fué castigado ejemplarmente el sacristan y tam-

bien D. Mair, judío médico, que fué quien dió el dinero por la hostia; siendo de notar que este judío confesó en el tormento que era él quien con preparaciones ponzoñosas habia ocasionado los contínuos padecimientos y prematura muerte del rey don Enrique III, llamado en la historia el Doliente. Purificada la sinagoga se dedicó al culto cristiano, con la advocacion del Corpus Christi, y es esta misma en que estamos. En la calle verán vds. pintado sobre la puerta el acto de la entrega de la hostia por el sacristan al judío.

Desde la iglesia del Corpus Christi, nos dirigimos camino del Alcázar por disposicion de nuestro guia, que nos dijo era mejor visitarlo primero, y dejar para la tarde la catedral, en razon á que por la mañana están ocupados los sacristanes con los oficios divinos. Vimos al paso la puerta de San



Puerta de San Andrés.

Andrés, que es una de las curiosidades artísticas que tiene que ver Segovia, de la cual sacó un dibujo mi amigo que ha servido para el grabado que acompaña, y ocurriéndonos que antes de pasar adelante sería bueno prevenir nuestros estómagos, algun tanto desfallecidos, hicimos alto en casa de Ferrer para despachar un modesto pero esquisito y abundante almuerzo que nos tenia dispuesto.

El Alcázar, donde fuimos despues de almorzar, está situado al estremo occidental de la ciudad, sobre la tajada peña á orillas del Eresma, construido á manera de fortaleza, y ofrece un conjunto de obras mozárabes, góti-

cas y greco-romanas, cuya variedad hace una vista estraña y agradable, particularmente el torreon ó castillo gótico, llamado torre de don Juan, que está enmedio y presenta en toda su esplendidez la gallardía de este género de arquitectura en tales obras. El torreon se levanta en un cuadrilongo, y su elevacion es de 42 varas castellanas. Otras once torres circulares descuellan en varios puntos del edificio con sus capiteles de pizarra y plomo, de cuya materia es toda la techumbre de lo demás de la obra. Le precede una ancha plaza cerrada con verjas de hierro, sostenidas por pilastras de piedra; su ingreso forma tres entradas, y la principal está coronada con un escudo de armas reales y trofeos de artillería, con una inscripcion en letras doradas que dicen: «Reinando Fernando VII año de 1817.» Por delante de la fachada principal del Alcázar corre un foso de 207 pies de largo y 92 de profundidad, picado en piedra viva, y enfrente de la entrada hay un puente levadizo; sobre su bella portada dórica y en toda la estension de la fachada, rige una galería con 27 columnas de cuatro lados. En el interior hay dos patios de piedra cárdena, sencillos y de buen gusto; el primero es cuadrilongo y tiene dos fuentes con pilas antiguas en figura de urna, y una galería de 17 arcos sostenidos con otros tantos pilares de 15 pies de alto: la escalera principal bastante espaciosa, cuenta 33 pasos de subida hasta las habitaciones, colocadas alrededor de otra galería que descansa sobre los arcos del patio y tiene tambien igual número de columnas. Otra escalera de 77 pasos de subida y 5 pies de ancho, da comunicacion á cuatro dormitorios y á la torre del relój. Hay cinco salas muy grandes, cuyos anchos techos artesonados y dorados nos parecieron de bastante mérito por su antigüedad y por lo bien que se conservan. En la mayor, llamada de los Reyes, se vé una série de estátuas de todos los reyes de Oviedo, Leon y Castilla desde don Pelayo hasta la reina doña Juana; tambien están las de los condes don Ramon de Borgoña y don Enrique de Lorena, y las de Fernan Gonzalez y el Cid Campeador. Estas estátuas han sido colocadas por diferentes reyes desde Alonso IX que mandó erigir las primeras hasta la de su padre, y debajo de cada una se lee una inscripcion. En las salas restantes hay tambien inscripciones en letras góticas que espresan el nombre del monarca que las mandó construir. La primera, llamada de la Torre, se labró de órden de Enrique IV. La de la Galera es obra de la reina doña Catalina, madre de don Juan II; la de las Piñas se hizo en tiempo del príncipe don Enrique, hijo de dicho don Juan, y la del Cordon es obra tambien de Enrique IV. Además de estas construcciones se han hecho en diferentes épocas varios reparos y aumentos en lo interior del edificio bajo la direccion de acreditados profesores.

La fundacion del Alcázar se debe á don Alonso VI por los años 1075, y

en el de 1764 se destinó para colegio de artillería, cuyo uso tiene actualmente.

Nos habia acompañado en la visita el sub-director, quien con la mas cumplida finura nos fué esplicando uno por uno todos los objetos que llamaban nuestra atencion, y en verdad que pocos establecimientos de su clase habrá con mas aseo ni mejor dispuestos para el servicio de la enseñanza de esta arma, asi teórica como práctica.

Estábamos descansando un momento en la sala que llaman del Pabellon, cuando nuestro buen amigo Ferrer, que contra su costumbre habia guardado silencio largo rato, lo rompió al fin para hacernos reparar en un cordon de San Francisco de piedra que guarnece dicha sala.

—¿Vaya que no saben vds., dijo, el orígen de ese cordon?

Los tres contestamos unánimemente que lo ignorábamos.

—Pues yo se lo voy á referir. El año de 1264, cuando el rey don Alonso el Sábio vino de Andalucía á Toledo y luego á Segovia, le aconteció en esta misma sala un terrible accidente. Asegurábase entonces con visos de certeza que el buen monarca se habia dejado decir en público y en secreto que si él asistiera á la creacion del mundo algunas cosas se habrian hecho diferentes de como están. Esto ya conocen vds. que es una verdadera blasfemia, porque significa tanto como decir que el Supremo Creador no supo lo que se hizo. Cuentan que en Burgos, Pedro Martinez de Pampliega, ayo del infante don Manuel, hermano del rey, habia rogado á éste que aplacase la ira de Dios con algunas penitencias, y que don Alonso no quiso hacerle caso. En esta ciudad se le presentó instándole á lo mismo un fraile franciscano, que creo fué Fr. Antonio de Segovia, y el rey no solo despreció el consejo, sino que incomodado con la insistencia del religioso, lo maltrató de palabra y lo mandó retirar de su presencia. Obedeció el fraile resignado; pero aquella misma noche vino sobre el Alcázar una tempestad horrible, y una centella penetró en el aposento en que se hallaba el soberano, que era, como ya dije, el mismo en que nos hallamos nosotros, y lo recorrió alrededor, formando el cordon de San Francisco que vds. están viendo. Entonces el rey salió despavorido y mandó buscar al religioso, con quien al punto se confesó, cesando la tempestad en el acto milagrosamente.

—La única duda que me ocurre, en cuanto á la verdad del hecho, dijo el militar, es que en tiempo de don Alonso el Sábio no se habia construido aun la sala en que estamos.

—No haga vd. caso de fechas cuando se trata de tradiciones, replicó Mauricio. Si hubiera vd. oido un cuento que me contó ayer mi amigo á propósito del acueducto.....

—Lo que he referido no es una tradicion, interrumpió Ferrer con grave-

dad; es un hecho histórico que afirman escritores muy recomendables; al menos en el fondo yo lo tengo por verdadero, si bien en los detalles podrá haber exageracion.

—Suprimida la tempestad, el cordon de San Francisco y el lugar de la escena, dijo el sub-director, lo demás yo lo acepto como bueno, y ya que de hechos históricos se trata, referiré á vds., si no lo saben, uno que no deja de ser curioso, relativo á este Alcázar. Hablo de la evasion del famoso Ripperdá; del célebre aventurero holandés, cuya vida parece una fábula; del hombre que en materias de religion fué primero católico y luego protestante; despues católico otra vez, y por último mahometano; que sirvió en España de coronel cuando las guerras de sucesion y fué sucesivamente diputado de los Estados generales, embajador de Holanda en Madrid, fabricante de paños en Guadalajara, embajador de España en Viena, ministro de Estado, superintendente de comercio y de marina, y grande de España de primera clase con el título de duque, en el reinado de Felipe V; prisionero de Estado en este real Alcázar, y en fin ministro generalísimo del emperador de Marruecos, en cuya época mandó el famoso sitio de Ceuta, y que derribado por una revolucion vino á morir de bajá jubilado cultivando plantas en los jardines de Berbería.

—¡Alabado sea Dios! esclamó Mauricio; ese hombre debió vivir mas que Matusalen, para cumplir tales proezas.

—Murió de setenta años. Cuando estaba preso aqui, gozaba de cierta libertad, gracias á la condescendencia del alcaide, y se le permitia bajar todas las noches á una pequeña tertulia que éste tenia en su cuarto, donde se pasaba el tiempo agradablemente. Entre las personas que concurrian á dicha tertulia, distinguiase una señorita natural de Tordesillas, y residente en Segovia, llamada doña Josefa Fausta de Ramos, quien unia á una esmerada educacion, la mas interesante figura. Habiase dedicado con sobrada atencion á la lectura de historias y novelas, y su imaginacion, escitada continuamente por exageradas narraciones, inflamaba con toda la fuerza de la fantasía sus pasiones naturalmente violentas y su temperamento voluptuoso. En la soledad y monotonía de su vida, necesitaba un objeto de amor y de entusiasmo; no le bastaban las relaciones comunes de la sociedad; anhelaba un príncipe, un héroe, un personage, en fin, que diese ocupacion á la fama y páginas á la historia. La acalorada imaginacion de la indiscreta jóven, creyó ver su sueño realizado en Ripperdá: grande de España, primer ministro, caido de la altura de la grandeza humana á los tormentos del cautiverio; hombre de raras aventuras, elegante en sus modales, con talento y gracia en la conversacion, habia deslumbrado completamente sus deseos: aun conservaba el duque una figura agradable, y no vió la linda señora las

arrugas que ya empezaban á surcar su rostro. Todas las noches acudia la primera á casa del alcaide, y era la última que se despedia; sus miradas y ojos revelaron pronto su pasion al distraido Ripperdá. Vió en ella una muger hermosa, que se ponia en su camino, y un instrumento tal vez de que servirse oportunamente; afectó el mas violento cariño, y consiguiendo entrevistas secretas en su cuarto, alcanzó pronto el objeto de sus deseos. Todo fué dulzura y placeres, tanto mas deliciosos cuanto mas arriesgados, en los primeros tiempos de sus amorosas relaciones; pero una noche se echó llorando la jóven en los brazos de Ripperdá, y le reveló entre sollozos que llevaba en su vientre el fruto de su falta; el temor de su familia la traia desasosegada é inquieta. Este era el punto á que desde el principio habia querido llevarla el duque, y hacia dias que aguardaba impaciente semejante confianza; pero manifestándose sorprendido y aterrado con la noticia, le juró que no podia abandonarla en su desventura; que era preciso huir, y que por acompañarla estaba resuelto á morir saltando las murallas de la prision. Tranquilizóse la novelesca y enamorada señora, y prometióle que se ocuparia sin tardanza en preparar su libertad. El prisionero por su parte, llamó á su ayuda de cámara, que en todas las empresas le habia servido bien y sin escrúpulos; dióle parte de sus proyectos, y le dejó combinar los medios de llevarlos á cabo. Separáronse los amantes, citándose para el siguiente dia, y no habia pasado una semana, cuando concluidos los preparativos de la fuga, faltaba solo á Ripperdá una coyuntura favorable para verificar la evasion.

Habia ganado el criado con afabilidad y dinero al sargento que tenia á su cargo la inspeccion de las habitaciones del duque, y la parte antigua del Alcázar. El proyecto hubiera sido en otro caso imposible; pero no eran pequeño impedimento el que oponian los achaques de Ripperdá, pues sus continuos ataques de gota le quitaban á veces el uso de los miembros, y si bien le era fácil cabalgar durante algunas horas, no podia sostenerse sobre la silla pasado cierto tiempo, ni sufrir el trote ó galope de un caballo. Necesitaba para viajar un carruage, y ni aun asi le era posible forzar las jornadas ni precipitar su movimiento. Todas las dificultades las venció su activa amante, con esa fuerza de voluntad y ese talento que despleganlas mugeres en las ocasiones supremas. Convínose, en que para retardar el descubrimiento de la evasion, quedaria el criado en el cuarto, quien no permitiria entrar á nadie, pretestando hallarse su amo indispuesto, y aunque al pronto opuso alguna repugnancia, cedió al fin á las súplicas y dádivas de doña Josefa. El principal obstáculo habia desaparecido; faltaba solo señalar el momento. Eligióse una noche de las hermosas de setiembre; habia acudido en la tarde mucha gente de los

pueblos inmediatos á la corrida de toros, y podia viajarse por tanto sin escitar sospechas.

Combinado maduramente el plan, la enamorada señora quiso ayudar á la fuga de su amante. Púsose vestidos de hombre, y encaminóse al Alcázar al anochecer; tomándole por un muchacho, portador de algun mensage, el centinela la dejó pasar. Habia un pequeño jardin debajo de los balcones del aposento del duque, é introduciéndose allí con la ayuda del cómplice sargento, se escondió hasta que llegase la hora señalada. El sitio estaba perfectamente elegido, pues solo una muralla lo separaba de la carretera. Hallábase enfermo el alcaide, y preparados los caballos á corta distancia; sonaron las diez, que era la hora convenida, y Ripperdá se descolgó por una escalera de cuerda, no sin trabajo, y pudo llegar sin peligro al pueblecillo de Carboneras, donde debia esperar oculto á su libertadora. Esta por su parte habia anunciado anticipadamente que iba á pasar unos dias con una amiga en Valladolid, y el sargento tambien habia obtenido licencia para ver á su familia. Alquiló doña Josefa un carruage, y escoltada por el astuto soldado, se reunió con su amante, salieron al punto de Carboneras, y apenas perdieron de vista el pueblo, cuando intimaron al calesero que en vez de el de Valladolid tomase el camino de Portugal; resistióse éste al pronto, pero un par de pistolas con que le amenazó el sargento le hicieron mas tratable, y en breve los viageros habian atravesado la frontera. En Miranda de Duero despidieron al conductor, y éste por vengarse dió parte á la justicia de que venian huyendo de España, pero Ripperdá habia previsto todo, y con el auxilio del criado y de su ingenio se hizo pasar por don Antonio de Mendoza, sobrino del ministro de Estado de S. M. F., y no solo no halló obstáculo en el vecino reino, si no que recibió obsequios de los pueblos hasta llegar á Oporto, donde se embarcó para Inglaterra, siempre acompañado de su amante, y mas tarde del ayuda de cámara, que aunque castigado al pronto como cómplice de la fuga de su amo, logró que lo indultasen y se fué en su busca.

Desde Inglaterra pasó Ripperdá á Marruecos, y fué cuando abjurando la religion católica representó un gran papel al lado del emperador. Ignoro la suerte que cabria á doña Josefa, pues la vida del duque escrita y publicada en Lóndres y Amsterdam, en inglés y en francés por un autor anónimo, nada dice de ella despues de la evasion de este Alcázar.

Concluido el relato, nos despedimos del amable sub-director del colegio de artilleria dándole mil gracias por su complacencia, y como era ya mas de la una, hora sacramental de comer en Segovia, y ademas hacia un buen calor, nos retiramos á casa, dejando para continuar despues de siesta nuestras incursiones.

CAPITULO XX.

La Catedral y la Ermita.

No eran todavía las cuatro de la tarde, cuando Ferrer estaba ya en nuestro alojamiento despertándonos, y á la verdad por el pronto no nos dió mucho gusto, pues como estábamos tan escasos de sueño, hubiéramos preferido que nos dejase dormir; pero esto era lo convenido; Ferrer no hacia mas que cumplir un encargo, y por consiguiente nos resignamos á seguirle á la catedral, punto el mas á propósito por la frescura para ocupar las horas de calor. Cuando llegamos, todavía estaban los canónigos en el coro rezando vísperas, y mientras concluian para poder ver con comodidad el altar mayor y el sagrario, nos ocupamos en examinar el resto del edificio, que es muy capaz, bien dispuesto, y de agradable vista; «ámplio y bello en su órden gótico.» como le llama un arquitecto italiano. Consta de tres naves, y otras dos que incluyen las capillas; la mayor tiene 42 pies de ancho y 120 de alto hasta la clave, las dos colaterales 27 de ancho y 82 de alto, y las capillas 23 de ancho y 50 de alto. La media naranja ó cimborrio, que está en el centro del crucero, es magestuosa y sencilla, sin adornos supérfluos, y descansa sobre cuatro columnas; su total altura desde el pavimento hasta la punta de la aguja, es de 240 pies; hay otras ocho columnas en la nave mayor, y varias arrimadas á la pared que forman las laterales y entrada á las capillas; en total 44 columnas sosteniendo 49 bóvedas, 105 arcos y la media naranja. Todas las columnas están adornadas de junquillos y medias cañas en hacecillo, los cuales desde el arranque de los arcos se esparcen y ramifican formando en las bóvedas varios cuadros, semicírculos y óvalos. Noventa y siete ventanas de primer órden, con cristales pintados de varios colores, que representan con bastante propiedad pasages del Antiguo y Nuevo Testamento; 25 mas pequeñas tambien de cristales de colores, y 31 de cristales blancos ó comunes, dan la luz proporcionada á la gravedad y decoro que debe reinar en los templos. Todo el edificio es de piedra semi-caliza de bastante consistencia, la cual abunda en las inmediaciones de la ciudad. El pavimento es de losas cuadradas de á dos tercias por costado, blancas, azules y encarnadas. Su hermosa torre de piedra con media naranja escamada, tiene 324 pies de elevacion: hasta la áltura de 288 se sube por una escalera de caracol,

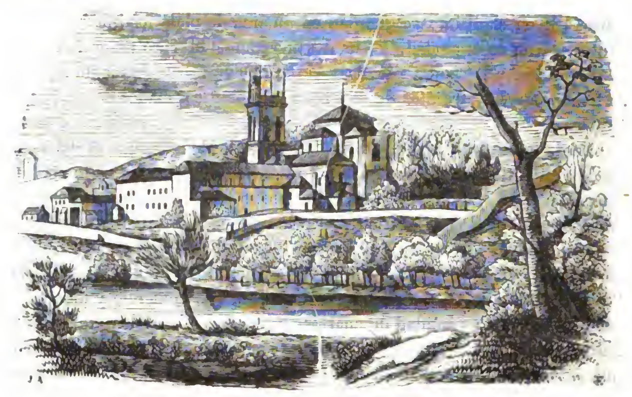
que remata en una galería de piedra que circunda la media naranja; dentro de la linterna está la compana del relój, que pesa 110 arrobas, y en el remate de la aguja hay un para-rayos que se puso en 1826.

Este templo es el último del órden llamado gótico que se construyó en España; principió á edificarse el dia 8 de junio de 1525, siendo obispo don Diego de Rivera, quien puso y bendijo la primera piedra, y se concluyó en 1558 estrenándose el 15 de agosto con grandes fiestas y regocijos, en los que fué muy celebrada una comedia que representó con su farsa el célebre Lope de Rueda.

En lo interior del templo, lo mas notable es el altar mayor y el del trascoro, ambos de mármoles de colores de Tarifa y Tolosa, costeados por Cárlos III: en el último se guardan en un arca de plata los huesos de San Frutos patron de la ciudad, y sus dos hermanos; el coro tiene 122 sillas altas y bajas, y la capilla del Sagrario un magnífico tabernáculo aislado, sostenido por los atributos de los Evangelistas y coronados de grupos de ángeles.

Desde la catedral nos dirigimos á la Casa de Moneda, que es del tiempo de Felipe II; pero hubo otra mas antigua en el sitio que se llama hoy Imprenta Vieja, y Colmenares asegura que se labraba ya moneda en ella en el reinado de don Alonso VII. Al principio se fabricaban monedas de todas clases; pero desde 1727 en virtud de ordenanza de Felipe V, solo se fabrican de cobre, á consecuencia de haberse establecido la casa de Madrid. Por instruccion de 1740 á propuesta de la junta de comercio y moneda se construyeron una cantidad de cuartos, ochavos y maravedises que aun se llaman segovianos, quedando por entonces suspendida la labor hasta 1754 que se fabricó otra moneda llamada ardite para el principado de Cataluña. Con motivo de la alteracion que se hizo en la moneda de cobre en el reinado de Felipe III, en que se le dió mas valor que el intrínseco que le correspondia, de cuyas resultas la introducian los estrangeros con enormes ganancias, mandó el rey Cárlos III que se fabricasen seis millones de monedas de vellon de nuevo cuño de 8, 4, 2 y 1 mrs., y se dió una instruccion, que cuando la visitamos estaba, y aun creo que en la actualidad subsiste vigente. Desde entonces ha seguido la fabricacion sin mas interrupciones que las inevitables por causa de los sucesos políticos ó falta de cobre. Tal y como se halla la fábrica hoy, puede dar un millon de reales cada año en toda clase de monedas; pero es aun susceptible de considerables mejoras, tanto por el beneficio que disfruta con las aguas del Eresma, que podrian dar movimiento á otras varias máquinas, como por la solidez y capacidad del edificio, en el cual se hicieron importantes obras de reparacion el año 1829, y entre otras fué una la portada de órden

dórico que dá ingreso á un hermoso patio que hay antes de entrar en los talleres; dicha portada es de un arco con dos columnas de buena vista, y en el sotabanco una inscripcion en letras de bronce que dice: ***Real Casa de Moneda, reinando don Fernando VII, año de*** 1829. Remata en escudo de armas reales, y reverso el acueducto de Segovia. Por lo demas aparte de las máquinas, troqueles, cuños y otros útiles, muy curiosos para quien lo entiende, nada vimos que nos interesara, mediante á que como ya dije, estaba parada la fabricacion. Esto no quita para que nuestro buen Ferrer nos detuviese dos horas en minuciosidades inútiles, que sin duda creia tan importantes para nosotros como lo son para él que lo tiene por ocu-



Monasterio del Parral.

pacion ordinaria, de modo que cuando llegamos al paseo era ya cerca de la noche, y solo de lejos pudimos ver el monasterio del Parral y el santuario de Nuestra Señora de la Fuenciscla, situado al pie de unas elevadísimas peñas.

—Tambien tengo algo curioso que referir á vds. de ese santuario, dijo Ferrer, parándose enfrente y señalando con la punta de una enorme caña con puño y contera de acero, que llevaba en la mano.

—Pues refiéralo vd. cuanto antes, contestó Mauricio, porque las columnas, arcos y bóvedas de la catedral y los troqueles, cuños y buriles de la Casa de Moneda, no me han interesado gran cosa.

—Voy á dar á vd. gusto..... Bien saben vds. que antiguamente habia muchos judios en España.

—Si; antes habia muchos judíos y ahora muchos malos cristianos, dijo Mauricio.

—Eso tambien es cierto, prosiguió Ferrer. Pues como decia, entre los judíos de Segovia habia una señora casada, judía por supuesto; pero de rara hermosura, que no quita lo uno á lo otro.

—Al contrario, volvió á decir mi amigo, yo creo que dá, porque es fama que las judías han sido siempre y son muy lindas.

—No interrumpas, Mauricio, repliqué yo, que vas á hacer perder el hilo de la narracion á este caballero.

—No hay cuidado, dijo Ferrer, lo tengo tan presente como si hubiera pasado ayer, y eso que fué el año 1237, si no mienten los respetabilísimos escritores fray Alonso de Espina, Calvete, Simon Diaz, Diego de Colmenares y otros muchos que refieren el suceso.

—¿Y cómo habian de mentir unas personas tan formales? replicó de nuevo Mauricio.

—¿Quieres callar con mil santos? le dije. Prosiga vd. y sepamos ese suceso que ha ocupado plumas tan bien cortadas.

—La judía de quien hablo, continuó Ferrer, tenia un alma cristiana con apariencias de hebrea. Acusáronla falsamente de adúltera los suyos, y convencida del delito la entregaron á su marido para que la castigase á su gusto, y éste determinó despeñarla desde lo alto de ese peñasco llamado entonces, y aun ahora, Peña Grajera. Acudió todo el pueblo á ver la ejecucion, y en el acto de precipitarse al abismo la infeliz judía, descubrió su alma devota invocando á Nuestra Señora con estas palabras: *¡Vírgen María, pues amparas á las cristianas, ampara á una judía!* Tal fué el fervor con que lo hizo, que cayendo de tamaña altura llegó al suelo sana y salva. El pueblo prorumpió en gritos de alegría, la cogieron y pasearon en hombros, y en fin, la bautizaron con el nombre de María del Salto (Marisalto, la llama el vulgo) levantando en el sitio del suplicio esa capilla, en que se adora una imágen de la Vírgen que estuvo escondida en las bóvedas de San Gil todo el tiempo de la invasion de los moros. En el cláustro de la catedral hay junto á la sala capitular una pintura, no de gran mérito, que representa el suceso que acabo de referir, atestiguado además por los autores de que ya hice referencia.

Mientras Ferrer hablaba, tomamos el camino de la ciudad, y entonces fué cuando notamos el gran descenso que habiamos hecho. En efecto, para volver á Segovia desde la Casa de Moneda y del paseo que llaman de verano, hay que subir una cuesta en estremo incómoda, y aun dentro de la ciudad las calles son tambien pendientes, estrechas y poco ventiladas.

—Aunque no hubiera mas pruebas de la antigüedad de Segovia, dije yo,

que estos vericuetos que tenemos que subir y bajar á cada instante, estas calles tan angostas y estas casas de tan pobre aspecto, bastarian para que nadie lo dudase.

—¿Cuenta muchos años de existencia, amigo Ferrer? preguntó Mauricio.

—No puedo decírselo á vd., porque su fundacion está envuelta en las tinieblas de la historia de los primeros pobladores de España; pero no hay duda que tiene larguísima fecha, porque asi lo atestiguan además del acueducto, otros monumentos que existen en diferentes puntos de la poblacion, tales como un relieve de piedra cárdena que representa á Hércules con la clava en la mano, pisando la cabeza del puerco Erimanteo, colocado en la escalera de una torre antigua que está dentro del convento de Santo Domingo el Real, situado á poca distancia de la plaza, á la parte N. Tambien hay otro en la calle Real, de piedra berroqueña, de cuerpo entero, en forma y escultura muy bastas. Cerca del jabalí en la misma calle y á pocos pasos, se ve un toro ó gran bulto de piedra berroqueña, al cual le falta desde la rodilla abajo; su antigüedad es remotísima, pero no se le conocen las formas; se conserva tambien el bajo relieve de una figura ecuestre en una lápida que subsiste en la muralla, frente á Santa Cruz, con un epitafio al pie, de Cayo Pompeyo Macron, natural de Uxama, que vivió 90 años, y otras varias inscripciones. Se han encontrado además en esta ciudad monedas de colonias y municipios de España.

La época mas notable de su historia, despues de los romanos, es la destruccion que sufrió en 755 por Abderramen, rey moro de Córdoba. En 923 la conquistó y reparó el conde Fernan-Gonzalez, y en 1072 la volvió á conquistar y reparar el conde don Ramon por órden de Alonso VI de Leon, y I de Castilla, quien mandó construir la antigua catedral, que estuvo entre el alcázar y las casas que hoy son de los obispos.

Al llegar aqui nuestro buen Ferrer, fatigado por la conversacion y la subida, se paró algunos segundos á descansar en una meseta que hacia la cuesta, y en seguida continuó de este modo:

—Bien podria referir á vds. minuciosamente los sucesos históricos que han ocurrido en esta ciudad, porque los tengo en la memoria; pero esto sería prolijo y pesado, y por tanto me limitaré á indicarles aquellos mas visibles. En 1166 congregó concilio nacional don Juan, arzobispo de Toledo, y en 1605 hubo sínodo diocesano. En 1276 se juntaron córtes para la jura del príncipe heredero, y las hubo en 1307 llamadas por Alonso XII, en las cuales se promulgaron penas contra los ministros que se cohechasen. En 1383 las convocó Juan I, y se ordenó en ellas que se dejase de contar por la era de César, admitida en España desde la época del emperador Octaviano Augusto, y que se contase en adelante por el nacimiento de Jesu-

cristo. En 1386 y 1389, las convocó el mismo rey, y en las últimas se presentó Leon, rey de Armenia, que rescatado de un largo cautiverio andaba errante por Europa. Aquel mismo rey don Juan, instituyó en la catedral de esta ciudad la órden militar de la Paloma, cuya divisa era una paloma blanca, suspendida de un collar de oro, y rodeada de rayos; y su instituto comprendia el amparo de las doncellas, viudas y menores. Ultimamente tuvo córtes aqui Juan Tavera, arzobispo de Toledo en 1532 por el emperador Cárlos V. El año 1218 es señalado, porque fundó en Segovia el patriarca Santo Domingo la primera casa de su órden en España, la cual en el capítulo general napolitano, celebrado en 1599, se decretó que fuese universidad para su órden, y que diese grados y magisterios. El de 1465 es memorable por el congreso que hubo en esta ciudad, promovido por el papa Paulo II, para arreglar las diferencias suscitadas en el reino, sobre la proclamacion del infante don Alonso, rey de Castilla y de Leon, en lugar de su hermano don Enrique, sin que pudiese alcanzarse la concordia entre ambos partidos, hasta que muerto el infante don Alonso se convinieron en las famosas córtes de los Toros de Guisando, nombrando heredera á la infanta doña Isabel, que reinó luego con el nombre de Isabel I, llamada la Católica, y fué proclamada con su esposo don Fernando en esta misma ciudad, el 13 de diciembre de 1474. Durante las guerras civiles de que acabo de hacer mérito, y en las que sufrió mucho esta poblacion, tuvo lugar en Avila el hecho escandaloso que supongo sabrán vds., y del que afortunadamente no presenta mas que un solo ejemplo nuestra historia.

—Yo por mi parte, dijo Mauricio, ignoro el acontecimiento á que vd. se refiere.

—Pues voy á contárselo brevemente. Levantados algunos grandes del reino contra Enrique IV, quisieron obligarle á reconocer por sucesor al infante don Alfonso, su hermano, con esclusion de su hija Juana, llamada *la Beltraneja*, á causa de creerla ilegítima, por los amores de la reina con don Beltran de la Cueva; negóse el rey, y los revoltosos trataron de apoderarse de su persona, primero á la fuerza en este mismo Alcázar, y despues con engaños; pero no les salió bien el plan, y como tenian en rehenes á los infantes, levantaron un cadalso fuera de los muros de Avila, en el cual pusieron la estátua del monarca con su vestidura real, trono, cetro y corona: juntáronse los señores y acudió una infinidad de pueblo. En esto el pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decian tenia cometidos. Leiase la sentencia y desnudaban la estátua poco á poco, y á ciertos pasos, de todas las insignias reales, hasta que últimamente á grandes baldones la echaron del tablado abajo, y levantando en hombros al niño don Alfonso,

Mi madre te dió el caballo,
Yo te calcé espuela de oro
Porque fueses mas honrado.
Pensé de casar contigo,
No lo quiso mi pecado.
. . . .

Todo esto que se vé en Zamora, y todo lo que refieren los zamoranos, tiene un orígen histórico que la poesía ha revestido con sus galas, y como supongo que podrá haber entre mis lectores quien ignore el suceso que da asunto á la tradicion, y acaso la tradicion misma, voy á referirles lo que yo sé, y los autores cuentan, por si en ello les complazco.

Don Fernando I de Castilla, llamado el Emperador, aunque durante su vida habia esperimentado las fatales consecuencias que produjeron las últimas disposiciones de su padre, no por eso dejó de imitarle cuando se halló en igual trance y circunstancias. Viendo que se aproximaba su última hora, reunió á sus hijos en torno de su lecho, dióles consejos muy saludables, recomendándoles especialmente que viviesen en paz y buena armonía, y en seguida dispuso que se leyese en alta voz, y en presencia de ellos y de lo mas escogido de la grandeza castellana, su testamento en que constaba la reparticion que hacia de sus estados, en la forma que ya dijimos en el capítulo quinto (1).

Alfonso VI de Leon y Sancho II de Castilla, permanecieron en paz el corto espacio de dos años despues de la muerte de su padre; pero la mútua inclinacion que ambos tenian á la guerra, y la celosa envidia con que se miraban, destruyeron todo género de consideraciones, y se declararon enemigos mortales. Tocó á Sancho tomar el papel de agresor en esta contienda, y marchando en son de guerra con direccion á donde estaba su hermano, le acometió con sus huestes y logró desbaratarle á orillas del rio Pisuerga. A consecuencia de algun acomodamiento por entrambas partes, los soberanos contendientes vivieron en paz el período de tres años, posteriores á esta contienda, pero en 1071 vinieron á las manos con igual encarnizamiento, dándose la batalla cerca del rio Carrion, en un lugar llamado Valpellage, en la que los castellanos llevaron lo peor. Sin embargo, repuestos de la derrota, atacaron de nuevo á los de Leon, y no solo ganaron esta vez la jornada, sino que se hicieron dueños del mismo Alfonso, cuyo soberano es fama que debió la vida á la intercesion de doña Urraca.

Pero la posesion de estas dos coronas no consiguió saciar la grande am-

---

(1) Véase la página 44.

bicion de don Sancho: en su consecuencia se dirigió sobre Zamora y la puso cerco muy apretado.

Aunque la ciudad de Zamora se hallaba bien pertrechada de muros y contaba con las suficientes vituallas para prolongar el asedio, no se amilanó don Sancho, antes bien decidido á llevar á cabo su propósito, envió al Cid de mensagero cerca de Urraca, para que le intimara la rendicion de la plaza.

Yo vos ruego como amigo
Como bueno y de valía
Que vayades á Zamora
Con la mi mensagería;
Y á doña Urraca mi hermana,
Decid que me dé la villa
Por gran haber ó por cambio
Como á ella mejor seria.

No partió muy contento el Cid para el desempeño de esta embajada, y aunque juró á Sancho no desnudar su tizona contra esta señora, á quien dijo, debia grandes consideraciones desde la niñez, fué preciso obedecer al soberano y se presentó ante la infanta á la que encontró bella, pero temerosa y cuitada.

—En mal hora me presento á vos, alta señora: antes quisiera verme cautivo de moros, que poner en vuestra noticia la embajada que á vuestra presencia me conduce.

—Hablad, Rodrigo, respondió la princesa sobrecogida: ya he visto los preparativos que acaba de hacer don Sancho....... ¿Qué nueva quiere decirme?

—Señora; dice mi rey que le entregueis á Zamora, que por ser primogénito de don Fernando le pertenece.

Doña Urraca reunió consejo de los principales de la ciudad, entre los que se hallaban Arias Gonzalo, caballero cargado de años, pero de mucho valor en los combates y de singular prudencia en los consejos. Oyó la embajada con ánimo tranquilo; mas observando que Urraca lloraba, se levantó del asiento y esclamó:

—No lloreis, soberana princesa, que eso será contristar corazones animosos y dispuestos á derramar su sangre por defenderos. Me pedis consejo, ¿no es verdad? pues entonces escuchad mi parecer. Convocaré al pueblo, daréle cuenta de la misiva de Sancho y si consintiere en rendirse, daremos la ciudad; pero si escuchare con indignacion la propuesta, pelearemos y triunfaremos ó moriremos.

Non lloredes, vos, señora,
Yo por merced vos pedia;

Que á la hora de la cuita
Consejo mejor seria
De non acuitarvos tanto;
Que gran daño á vos vernia.
Fablad con vuestros vasallos,
Decid lo que el rey pedia.
Y si ellos lo han por bien,
Dalde al rey luego la villa.
Y si no les pareciere
Facer lo que el rey pedia,
Muramos todos en ella.
Como manda la hidalguía.

Las palabras del prudente Arias Gonzalo sonaron bien en los oidos de la princesa, quien algo repuesta de su anterior desaliento, concibió esperanzas de salir airosa de lance tan comprometido. Al poco tiempo volvió el viejo mostrando en su semblante el mas grande alborozo. Dirigióse al Cid y le dijo estas palabras:

—Rui Diaz, convoqué á los zamoranos; dije vuestra embajada, y hanme contestado con las espadas desnudas y dando gritos de furor, que están dispuestos á defender la plaza, si vos no sacais de la vaina vuestra tizona, y dejais que solamente don Sancho dirija el cerco.

El Cid se encaminó al sitio donde estaba el anciano interlocutor, y dándole la mano respondió:

—He jurado por mi fé de caballero, no desenvainar mi espada contra Zamora, por estar dentro de ella una muger de quien tengo gratos recuerdos, y para que nunca digan que Rui Diaz de Vivar hizo la guerra á débiles mugeres... Adios, alta princesa: no será mi persona quien os agravie.

Ausentóse el Cid, y como es de presumir, el rey supo al momento la resolucion de los zamoranos. Conociendo entonces don Sancho, que no quedaba otro partido que emplear la fuerza, juntó sus huestes y las arengó, y mandó que atacasen á la ciudad, cuyas hostiles operaciones las estuvo presenciando el Cid, sin tomar parte en ellas como lo habia prometido. Sin embargo, existian entre los acalorados parciales de don Sancho, espadas tan hábilmente manejadas como las del Cid, y la ciudad sitiada se iba encontrando en grande aprieto. Comenzaron los zamoranos á sentir los daños del cerco, y á pesar de su porfiada resistencia conocian que al fin iban á ser vencidos. Habia en Zamora un hombre astuto llamado Bellido Dolfos, el que viendo el grande apuro de los sitiados se presentó á doña Urraca con ánimo resuelto y la habló lo siguiente:

—Hace mucho tiempo, esclarecida señora, que vuestra hermosura me tiene deseoso de vos: ambicionaba una ocasion en que hacerme digno de

vuestras singulares prendas. Yo soy el enamorado de vos, Bellido Dolfos, objeto de vuestros desdenes. Si dais á mis afectos una generosa acogida, yo os prometo hacer de modo que los sitiadores levanten el asedio y la ciudad quede gobernada por vos.

Doña Urraca, que no pudo adivinar los proyectos de su estraño interlocutor, creyendo que se brindaba á favorecerla por medios leales y honrosos, prometió hasta cierto punto premiar sus afanes, y Bellido salió de Zamora decidido á llevar á cabo el siniestro propósito que vamos á referir.

Fingió que salia huyendo de la ciudad, y pidió á los hombres mas principales de Castilla tener una corta conferencia con el rey. Fuéle concedida su demanda y entró en la tienda de Sancho, y al ver al rey esclamó:

—En fin, ya tengo quien me ampare: el cielo conserve vuestra vida por años dilatados.

—Bien venido seas, Bellido: ¿qué tratas de decirme?

—Escuchadme, señor: quiero primeramente deciros, que desde ahora soy vuestro vasallo y que pertenezco á vuestro bando. Conociendo vuestro poder, y la flaqueza de los zamoranos, dije al viejo Arias Gonzalo que os entregase la ciudad, no solo porque nuestros soldados no sabrian defenderla, cuanto porque justamente y de derecho os pertenecia. Apenas estas palabras salieron de mis labios, cuando me quiso matar y escitó la rabia de los demás caballeros que con él estaban, para que hiciesen lo mismo. He logrado escaparme, y tal es el espíritu de venganza que en este instante me domina, que quiero que á todo trance ganeis la ciudad, y para ello cabalgad, seguid mis pasos, y os mostraré un postigo secreto que os proporcionará fácil entrada en la plaza.

El rey entonces demasiado crédulo á las manifestaciones de Bellido, se levantó lleno de contento, y le siguió al parage indicado. El traidor astuto, viendo que don Sancho le seguia sin ningun género de acompañamiento, aprovechó un momento de descuido del monarca, y le disparó un venablo que llevaba en la mano, con el que le pasó el cuerpo de parte á parte: «estraño atrevimiento y desgraciada muerte, dice Mariana, mas que se le empleaba bien por sus obras y vida desconcertada.» Bellido, despues que ejecutó el funesto atentado, se encomendó á la fuga, y hasta ahora la historia no nos cuenta su paradero. La tradicion supone que se metió en Zamora por la puerta de Zambranos, de que ya hicimos mérito.

El rey que se revolcaba en su propia sangre, comenzó á dar gritos desesperados, á cuyos dolientes gemidos acudieron los nobles y el Cid entre ellos.

Y como le vió ferido,
Cabalgara en su caballo,

Con la priesa que tenia
Espuelas no se ha calzado:
Huyendo iba el traidor,
Tras él iba el castellano;
Si apriesa habia salido,
A muy mayor se habia entrado
Rodrigo que ya llegaba
Y el Dolfos que estaba en salvo.
. . . .
Maldito sea el caballero
Que como yo ha cabalgado,
Que si yo espuelas trujera
No se me fuera el malvado.

Esta villana accion prestó motivo para que los sitiadores pensasen que el traidor estaba de cohecho con los sitiados á fin de ejecutarla, y juraron vengar tamaña ofensa. Gallegos y leoneses, cuando vieron muerto á don Sancho, desampararon las banderas y se retiraron á sus casas; pero los castellanos, mas afectos al finado monarca, lejos de abandonarle le lloraron mucho, y le enterraron en el monasterio de Oña, y si bien con poco aparato, con las exéquias de muchos corazones sensibles que se dolieron infinito de su siniestro fin.

Concluida esta lúgubre ceremonia, volvieron los castellanos á Zamora, resueltos á dar muerte á sus moradores por participantes en aquel trato aleve. Diego Ordoñez, de la casa de Lara, tomó la demanda en el asunto, puesto que el Cid habia jurado no hacer armas contra Zamora. Presentóse delante de la ciudad armado y en un brioso alazan, y desde un lugar alto para que los zamoranos le oyesen, prorumpió en las siguientes esclamaciones:

—Fementidos y traidores, son los zamoranos, porque acogieron al aleve asesino de mi rey. Yo os reto, pues: salgan cinco, segun lo manda la órden de caballeria en tales casos, y uno á uno los iré venciendo.

Arias Gonzalo que estaba asomado al muro y oyó estas razones, contestó en alta voz lo siguiente:

—Maldito mil veces yo, si en tal traicion fui mezclado; jamás la nobleza de Arias Gonzalo tuvo á bien emplear semejantes medios para vencer á sus contrarios: bástale su espada, bástale su lealtad para triunfar ó morir como bueno.

En seguida se volvió al gran número de hombres armados que le rodeaban:

—¡Varones! gritó, nobles y pecheros que tales cosas oís..... ¿Hay alguno entre vosotros que haya sido partícipe de la muerte del rey don Sancho?

Dígalo muy prestamente,
De decillo no haga empacho,
Mas quiero irme de esta tierra
En África desterrado,
Que no en campo ser vencido
Por alevoso y malvado.

Los zamoranos prorumpieron á una voz que eran inocentes; pero Ordoñez no quedó satisfecho con esta declaracion, y pidió de nuevo el combate con sus cinco antagonistas. Arias Gonzalo bajó de la muralla y pasó á ver á la infanta que se hallaba rodeada de sus consejeros. Entró el buen viejo grave, silencioso y seguido de sus hijos: besó la mano á la infanta, saludó despues á los hombres buenos que formaban su consejo y habló luego de esta manera:

—Noble señora; acabo de escuchar á don Diego Ordoñez de Lara, caballero muy principal, y cuyo apellido le basta para recomendacion. Nos reta; nos achaca el asesinato de vuestro hermano don Sancho, y pide que probemos nuestra inocencia en el palenque. Recibid, señora, mis canas para el consejo, y mi espada y las de mis hijos para la pelea: cinco somos; justamente las personas que pide la órden de caballería para estos casos, dadnos vuestro saludo, y dejadnos salir al campo, sin darnos por ello gracias.

Que el buen vasallo al buen rey
Debe hacienda, vida y fama.

Doña Urraca lloraba amargamente escuchando la relacion de este buen viejo, y esclamó:

—Sola yo, solamente yo soy la culpada de este trance: yo dí mi consentimiento á Bellido para que venciese á mi hermano, pero no para que le matase: ¡Dios confunda al traidor! Os ruego, conde, que no salgais á la palestra, que sois muy viejo, que me dejais desamparada y necesito de vuestro consejo..... Ya sabeis como mi difunto padre me dejó encomendada á vuestra prudencia.

—¡Señora! esclamó Arias Gonzalo con acento altivo y algo enojado: me han llamado traidor, y por Dios que nunca lo fuí y he de probarlo.

Ultimamente, á instancias de doña Urraca, y de los demás caballeros que presentes estaban, cedió el conde, no sin pesar. Llamó á sus hijos, á los cuales dió sus armas y recomendó su valor; bendíjolos y habló asi:

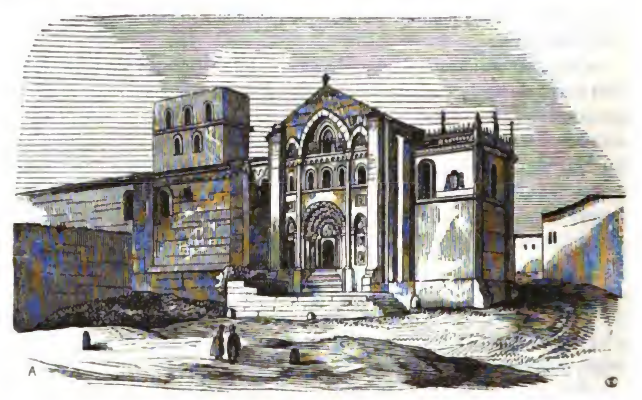
—Defendeos como gente que procede de buena raza. Marchad al palenque y yo subiré á la muralla para presenciar el combate.

Bien pronto se coronaron los muros de Zamora de gente: se nombraron

los jueces por una y otra parte: sonaron despues las fanfarrias, dióse la señal convenida por entrambos bandos y comenzó la pelea. Pedro Arias fué el primero, quien á pesar de su denuedo y valentía tuvo la desgracia de ser vencido por Ordoñez. Salió en seguida Diego, y tuvo la misma suerte que el primero. Ordoñez, orgulloso con el triunfo, se acercó á los muros, y dirigiendo su voz al viejo Arias Gonzalo, le dijo:

—Conde, manda el tercero, que los dos primeros ya fueron vencidos.

El conde reprimia su llanto y su grande sentimiento por no dar mal ejemplo á los zamoranos, y envió animoso á su hijo tercero que se llamaba Rodrigo. Fué tambien herido de muerte: alzó sin embargo la espada como



Catedral de Zamora.

queriendo herir á su contrario, pero hirió al caballo, que asustado corrió de manera que fué imposible detener su impetuosa carrera, durante la cual sacó á Ordoñez de la silla y le arrojó fuera de la empalizada, cuyo acontecimiento, segun las buenas leyes de caballería, vale tanto como ser vencido. No obstante, hubo disputas por los jueces de ambas partes, pero se dió el reto por terminado, y

Ansi quedó esta batalla,
Sin quedar averiguado
Cuáles son los vencedores,
Los de Zamora ó del campo.

Don Diego Ordoñez quiso volver á entrar en la liza; pero los jueces se

opusieron, y los de Zamora pasaron á ver á doña Urraca para anunciarle el suceso, entre cuyas personas iba el pobre Arias Gonzalo, condolido por la pérdida de sus tres hijos. La infanta mandó mensages á Toledo, donde estaba el rey don Alfonso, participándole la infausta muerte de Sancho, y recordándole sus legítimos derechos á los dominios del difunto monarca su hermano, de que tomó posesion, prévio el famoso juramento exigido por el Cid en Santa Gadea.

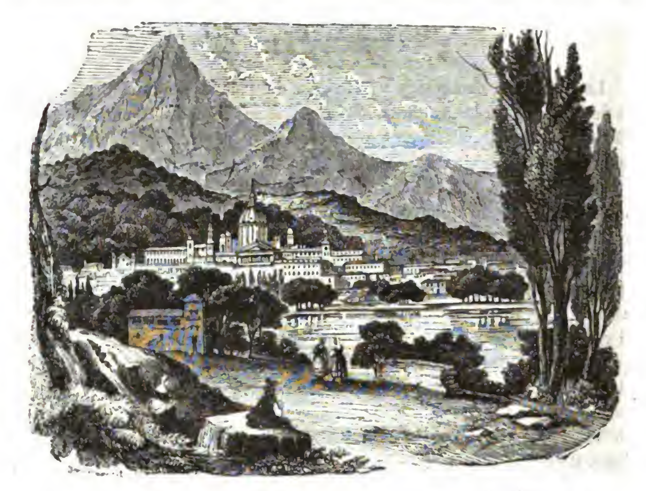
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Que te envian á llamar:
Castellanos y leoneses
Por rey alzado te han,
Por la muerte de don Sancho,
Que Bellido fué á matar.

La puerta de Zambranos y los restos del palacio de doña Urraca puede decirse que es lo mas notable que encierra Zamora en punto á antigüedades. Junto al palacio episcopal, cerca de la puerta llamada del Obispo, se conservan tambien restos del que habitó el Cid Rui Diaz y hoy le nombran todavía casa del Cid. La catedral fundada en 1123 por el rey don Alonso VIII no tiene ninguna particularidad que fije la atencion, y en cuanto á parroquias, solo la de San Ildefonso debe verse, porque se conservan en ella los cuerpos de San Fulgencio y San Atilano, patron de la ciudad. Se cree que Zamora es la antigua *Ocelloduri*, que marca el Itinerario de Antonino. La conquistó á los sarracenos, que la dominaban, el rey don Alonso el Católico el año 748; pero habiéndose destruido del todo, la pobló nuevamente Alonso III de Leon en 904. Volvióse á destruir el año 985, cuando entró en ella Almanzor, rey de Córdoba; y la restauró don Fernando I de Castilla en 1064, cuando acompañándole Rodrigo Diaz de Vivar, llegaron embajadores de varios reyes moros con presentes para dicho Rodrigo, y besándole la mano le nombraron Cid, que significa emperador ó vencedor.

CAPITULO XXI.

Avila, Salamanca y otras cosas.

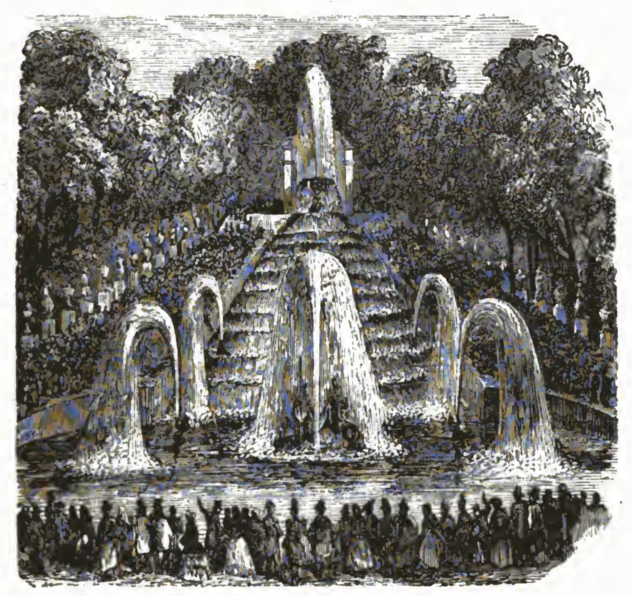
Acaso estrañará el lector, que dejándonos en compañía del amigo Ferrer al final del capítulo anterior, nada le hayamos dicho en el anterior de nuestro viage á Zamora. Esto habrá de suceder muchas veces en el curso



Vista de la Granja.

de la obra y siempre que como ahora nada ocurra en la travesía digno de referirse. Sin embargo, nos hemos olvidado decir que antes de abandonar á Segovia, recorrimos sus alrededores y visitamos el palacio de Riofrio, el real sitio de San Ildefonso, llamado comunmente la Granja, y las posesiones de Quita-Pesares y Robledo. Tampoco hemos dicho que de paso para Zamora nos detuvimos en Avila con objeto de ver esta ciudad, y ambas á dos omisiones nos obligan á volver atrás á fuer de cronistas exactos; pero seremos sumamente breves.

El palacio de Riofrio lo fundó la reina doña Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V, quien no llegó á disfrutarlo; es obra de esquisito gusto y solidez; pero causa tristeza recorrerlo por dentro, por que se halla desmantelado, sin muebles y sin adornos. Su situacion en la meseta de un montecito rodeado de bosques abundantes en caza de todos géneros y de árboles, arbustos y plantas aromáticas, lo hacen muy á propósito para lu-



Fuente de las Tres Gracias.

gar de descanso en las monterías de las personas reales, único uso que hasta ahora ha tenido.

San Ildefonso ó la Granja es preciso verlo, no se puede describir. Situado al pie de una montaña elevadísima, sus magníficos edificios, entre los que descuellan la Colegiata y el Palacio, sus bellísimos jardines, sus hermosas fuentes, sus caprichosas cascadas, su embalsamado ambiente, sus esquisitas aguas y sus poéticos alrededores, forman uno de esos cuadros en que la realidad supera mucho á la fantasía. Yo habia oido hablar

varias veces con elogio de la Granja, habia leido las diferentes descripciones que se han publicado, inclusa la del canónigo Martinez Sedeño; pero confieso en verdad que con todo no habia formado una idea, ni aun aproximada, de lo que es este sitio, y que al verlo me causó la misma sorpresa que pudiera ocasionarme la vista repentina de un pais encantado de las *Mil y una noches*.

Fundó á San Ildefonso el rey Felipe V, á semejanza de Versalles, el año 1720, y despues lo han ido embelleciendo cada vez mas los diferentes monarcas que le han sucedido en el trono. La colegiata es muy capaz, en figura de cruz latina, y en la media naranja y bóvedas tiene escelentes pinturas de Bayeu y Maella; el palacio, cuya fachada principal da á los jardines, está adornado con estraordinario gusto á estilo moderno, y en las galerías bajas se guardan muchos cuadros, entre ellos algunos de bastante mérito; los jardines son lo mejor de España, y segun la opinion de muchos, mejores tambien que los de Versalles, que se quisieron imitar; los demás edificios de la poblacion, inclusos los cuarteles, nada dejan que desear. No estaba la córte cuando nosotros fuimos, y no pudimos ver correr las fuentes; espectáculo reservado solo para ciertas solemnidades, del que he gozado despues, y por cierto es digno de la celebridad que ha adquirido. Dos sucesos memorables de la historia contemporánea se recuerdan naturalmente al visitar la Granja; la enfermedad del último monarca, y el motin de 1836. A la salida de este sitio, y á la derecha, en el camino de Segovia, está Quita-Pesares, quinta de recreo fundada por la reina madre doña María Cristina, y mas adelante á la izquierda, y como un cuarto de legua apartado de dicho camino, el jardin de Robledo, cuya belleza es toda de situacion.

Avila es ciudad muy antigua, y su nombre se deriva de Abula, árabe; sus murallas, construidas en tiempo de don Alonso VI, se conservan todavía en estado de defensa; hay un alcázar real, y contra sus muros suponen que se verificó el acto de despojar en estátua á Enrique IV de sus insignias reales (1), de donde tomó la poblacion el nombre de Avila de los Caballeros, por los muchos que en ella residian, efecto de las contiendas civiles. Entre sus edificios, son los mas notables la catedral, de órden gótico y de una antigüedad remota, cuya parte Norte es fama que se halla edificada sobre una laguna, cosa á la verdad no difícil de creer, atendida su mucha humedad; y la parroquia de San Vicente, muy grande y antigua, de tres

(1) Véase la página 197.

naves, que dicen haber sido ejecutada por un judío, y en efecto, en el crucero, al lado de la Epístola, hay una inscripcion que atestigua el hecho, añadiendo la circunstancia de haberse convertido á la fé de Cristo el fundador, que se halla sepultado en la misma iglesia. Este templo se edificó en el mismo sitio en que fueron martirizados los santos hermanos Vicente, Sabina y Cristeta, patronos de la ciudad, cuyo sepulcro está en una capilla subterránea, debajo del altar mayor, á la que se baja por una escalera de 39 pasos. En el mismo sitio que ocupa la capilla se dice que habia un peñascal, sobre el que fueron martirizados los referidos santos, y añaden que en este sepulcro juraban los caballeros no faltar á su palabra, hasta que se prohibió por una ley de los Reyes Católicos. El pórtico lateral del templo



Parroquia de San Vicente, en Avila.

es espacioso, de doce arcos, con columnas y varios ornatos; en la portada principal de la iglesia hay mayor número de estas con muchas imágenes muy antiguas. El P. Ariz, monge benito, escribió las grandezas de la ciudad de Avila, y la segunda parte de esta obra contiene una narracion por el obispo don Pelayo, que es sin duda ninguna la mas antigua novela española. En esta ciudad está sepultado el célebre don Alonso de Madrigal, obispo de la misma, conocido con el nombre de Abulense, y mas comunmente con el del Tostado.

Reparado ya el olvido, prosigamos ahora la narracion de nuestro viage.

De Zamora, donde solo permanecimos un dia, nos dirigimos á Sala-

manca, que dista doce leguas de un camino que nada tiene de bueno ni de divertido: hasta los pueblos que se atraviesan son todos insignificantes, y solo el de Corrales, á cuatro leguas de Zamora, llama la atencion por la circunstancia de cruzarlo el camino mas frecuentado de los arrieros andaluces y estremeños, que transitan á Galicia, siguiendo la famosa via militar de los romanos, llamada *camino de la Plata*, que conducia desde Mérida á Leon por Plasencia, Montemayor, Salamanca, el Cubo, Zamora y Piedrahita. No pudimos hacer la jornada en un dia, porque íbamos en mulas de paso, y tuvimos que quedarnos á dormir en un pueblecito que llaman Calzada de Valdemiel, á tres leguas de Salamanca. Una circunstancia imprevista hizo que nos alegrásemos en vez de sentir el contratiempo, porque presenciamos la escena de costumbres mas original que hemos visto en todo el curso del viage. Antes de describirla, diremos dos palabras sobre los famosos *charros*.

El campo de Salamanca es célebre desde el tiempo de nuestras mas oscuras tradiciones: prueba de ello la cantinela vulgar que dice:

Bernardo estaba en el Carpio
Y el moro en el *Arapil:*
Como el Tormes va por medio
No se pueden combatir.

Tambien en nuestro tiempo es famoso por la batalla de *los Arapiles*, dada el 22 de julio de 1812 por lord Wellington, general en gefe de las tropas aliadas, á los franceses al mando del mariscal Marmont: el ejército aliado tuvo cinco mil bajas, y doble el enemigo, contándose entre los heridos al mismo mariscal y tres generales de division; los franceses se retiraron hácia Piedrahita, dejando en nuestro poder muchos prisioneros, armas, municiones y dos águilas.

Los moradores de este campo no han tenido hasta hace poco propiedad territorial, porque todo era de corporaciones y mayorazgos; pero son propietarios en ganados, principalmente vacunos. Viven por lo general en casas aisladas y solitarias llamadas *montaracias*, en medio de aquellas dilatadas y montuosas dehesas de pasto y labor que traen en arrendamiento. Sus costumbres aunque rústicas, porque son campestres, no son feroces, sino honradas y benéficas. Sus personas son agradecidas en la juventud, enérgicas y fuertes en la virilidad, venerables y nunca ridículas ni aun en la decrepitud. Ejercen la hospitalidad con profusion, y hasta con demasiada ceremonia. Por tarde que un huésped llegue á una montaracia, y por mas que proteste que no quiere cenar, por disfrutar del sueño que le oprime, le han de entretener, al menos todo el tiempo necesario para co-

VISTA DE SALAMANCA.

cer y guisar un ave ó un animal doméstico, pavillo en pepitoria, recental cochifrito, ó cochinillo tostado; amen de ordeñar las cabras, aunque estén á media legua. La cama, es de etiqueta indispensable que tenga muchos colchones, de modo que ha de ser ágil y tomar carrera el que se lance en ella desde el suelo sin auxilio de una silla por lo menos; y como las almohadas están bordadas en realce de estambre negro, saca el huésped al siguiente dia en una megilla un águila estampada, y en la otra un leon rampante ó cosa por el estilo. Las sábanas ademas tienen en medio una randa, entre cuyos enrejados suelen estar enredados los dedos de los pies, con no poca pérdida de tiempo cuando se quiere uno levantar.



Los charros.

La honradez de los charros de Castilla es proverbial, asi como su sencillez, objeto de burla en la ciudad por la gente soez: pocos ignoran la inocente esclamacion de un charro en el teatro al ver que al que hacia de rey le engañaba el que hacia de traidor: «Señor, dijo con toda la fuerza de su voz; no crea vd. á ese, que es un pícaro.» Tambien cuenta de otro que habiendo asistido á un grado de pompa en la universidad y preguntándole que le parecia respondió: «Que tendrán estos señores muy pocas obligaciones en su casa cuando gastan el tiempo en esas cosas.»

Tienen fama las charras de Castilla, no solo de buenas mozas, sino de enamoradas y sensibles en sus sombrías soledades. En virtud de este concepto y por exageracion, cuentan (y será cuento estudiantino) que en tiem-

po de la guerra de la independencia, cuando los lanceros de don Julian Sanchez, todos mozos del pais, defendian la provincia contra los franceses, referia lamentándose una madre al fraile de cuaresma los devaneos de su hija con los dichosos lanceros para que reprendiese á la muchacha. Pero el fraile esclamaba á cada paso: «¡Cuánto me alegro yo de eso!» Tantas veces esclamó, que le preguntó la madre por qué se alegraba, á lo que contestó el fraile: «Porque no sabia yo que tenia tanta gente don Julian.» Hablemos ahora de la escena de que hice mérito.

La noche que llegamos á Calzada nos alojamos en un meson, y desde luego noté que alli pasaba algo de estraordinario; todo el mundo estaba ocupado, y tanto que apenas nos hicieron caso; las mugeres principalmente parecian las mas afanadas, pues mientras unas fregaban los pisos, las otras *enjavelgaban* las paredes de las habitaciones y los criados iban y venian, como cuando se dispone una fiesta solemne. Preguntamos al mozo de mulas, único con quien nos habíamos podido entender, y éste nos dijo que se trataba nada menos que de la boda de la hija del posadero, que se casaba al siguiente dia por la mañana. Tenia yo algunas noticias de las singulares ceremonias que se usan en las bodas de los charros y no quise perder tan buena ocasion de presenciarlas, asi que resolvimos quedarnos en el pueblo para asistir á la boda, si podiamos lograr que nos convidase el padre de la novia. Esto que nos parecia lo mas dificil, no ofreció la menor contrariedad, pues apenas significamos nuestro deseo, el bueno del posadero no solo se manifestó propicio, sino satisfecho y contento de disfrutar lo que él llamaba una honra inesperada. Pudiera llenar muchas páginas con la descripcion de lo que vimos, pero en obsequio á la brevedad me limitaré solo á lo mas sustancial, aunque nada hubo que fuera indiferente.

A las nueve de la mañana llegó en busca de la novia el acompañamiento, compuesto de los padrinos, gente muy principal, parientes y amigos de ambas partes, y en seguida se pusieron, ó mejor dicho, nos pusimos en marcha para la iglesia. Esta procesion tiene algo de lúgubre y magestuoso; los hombres van con sus larguísimas capas y sombreros del pais, aunque haga un calor espantoso, las mugeres vestidas de negro y cubierto el rostro con los lados de la mantilla; todos silenciosos andando á paso lento y divididos en grupos. A mitad de la carrera se empiezan á oir cantares que aumentan á medida que se aproximan á la iglesia. Las amigas solteras de la novia apostadas de antemano en los parages por donde ha de pasar el marital cortejo, entonan á su tránsito cantares tristes y lamentaciones en que, ponderando las cargas y cuidados que impone el santo sacramento, exortan á los novios á que se arrepientan á tiempo, y crecen los lamentos y el tono voz á medida que se van acercando á celebrarlo.

—Mucho valor se necesita para casarse en esta tierra, me decia Mauricio por lo bajo. Confieso que el oir á estas mugeres es capaz de quitar la voluntad al hombre mas decidido.

Yo le hice seña para que callara temiendo una imprudencia que hubiera podido comprometernos, porque íbamos al lado de los padres y la menor sonrisa la hubiesen tomado de fijo por una burla.

A la vuelta, despues de verificada la ceremonia siguen los cantares pero con otro tema; como si hubiesen cometido una falta irremediable, amonestan á los dos esposos á llevarse pacientemente sus recíprocas impertinencias mediante que ya no es posible arrepentirse de lo hecho. La comida se verifica en largas mesas al aire libre en parage defendido del sol; alli se sientan los convidados y parientes de los novios, y alli encuentra tambien alivio y consuelo la indigencia, siendo comun ver á los proletarios y labradores pobres, que atraidos por el ruido de la fiesta, gozan abundantemente y en mesa separada de las profusiones del banquete. Difícilmente podria dar una idea del cuadro patriarcal que se ofreció á mi vista durante la comida; el mismo Mauricio, no obstante su génio alegre, estaba preocupado y casi enternecido.

—¿Por qué hemos de buscar en los libros, me decia, recuerdos de otras edades, ni descripciones poéticas de antiguos usos teniendo en nuestra España y en este siglo de positivismo y de cálculo, tanto que admirar y que aprender?...

En la mesa se guardó silencio durante los primeros platos, pero despues se cantó y se improvisó con tal sencillez, con tanta alegría y desembarazo, como si los cantores fueran artistas consumados, y los improvisadores discípulos de Homero ó de Petrarca, y alli era ver aquellos buenos labriegos que ni leer sabian la mayor parte, echar su *cuarteta* cuando les tocaba, sin hacerse de rogar ni aun siquiera pararse á meditarla. Verdad es que el auditorio, por demas tolerante, aplaudia siempre estrepitosamente sin reparar en la desigualdad de los versos, ni en que careciesen de asonante ó de consonante. Para que se forme una idea de este género de poesía citaré una de las improvisaciones que mas favor alcanzó y se vendrá por ella en conocimiento de como serian las otras. Iba dirigida á la novia, y decia asi:

Cinco mil pares de bueyes
Permita Dios que á tus hijos
Les dejes cuando te mueras,
Por los siglos de los siglos, *amen*.

—Ese *amen* me ha asesinado, dijo Mauricio, pues sin él hubiera podido pasar la cuarteta menos mal.

—¿Quién repara en un *amen* en estos casos? le contesté yo.

Por la tarde se formó un círculo muy ancho, se colocó el tamboril en parage oportuno y dió principio al baile con castañuelas y grande estrépito y algazara. A un lado del círculo en el interior estaba la presidencia de los padrinos y á poca distancia una mesa con una bandeja. Es costumbre en tales casos que todo el que haya de bailar con la novia coloque algunas monedas en una manzana dividida en cuatro partes, la cual pasando desde las primeras vueltas á su mano se hace dueña por el mismo hecho, de las monedas, y aunque continúe bailando con ella, fija en la punta de un cuchillo, concluido el baile la arroja en la bandeja que forma en semejantes dias una pequeña dotacion de todos los que asisten á la fiesta. Llámase *ofertorio*, y sirve de estímulo para que los padrinos y demas allegados hagan alarde de su liberalidad y desprendimiento. Otras veces suelen envolverse las monedas en papeles; pero esto se ha desechado ya casi generalmente porque dabá márgen á burlas y juegos, en que al paso que se ponia en ridículo á los desposados, diezmaban en gran parte sus intereses pecuniarios. Antiguamente esta práctica era seguida de un abrazo que, si no podia sustraerse, tenia que recibir la desposada del que bailaba con ella; pero los charros de estos tiempos, mas rígidos en sus costumbres, han desechado esta como inmoral y ofensiva, verificándose asi, que solo este pueblo, modelo de honradez y de virtud, marcha contra la corriente del siglo que parece anegar en su curso el edificio ruinoso y harto socabado ya de la moral y de las creencias.

El baile continuó hasta ponerse el sol, entonces desapareció la bandeja y en su lugar pusieron una banqueta de madera en que habia un bizcocho circular que llaman *rosca*; bailóse alrededor de ella, y partida luego en pedazos se distribuyó entre los padrinos y personas de consideracion, tocándonos á nosotros nuestra parte. Concluida esta ceremonia y enterados de que solo faltaba servir á los desposados á media noche un plato, cuando ya están en la cama y todos durmiendo, nos despedimos del posadero dándole gracias por su amabilidad; y emprendimos el camino de Salamanca al punto de anochecer, aprovechando la luz de la luna y el fresco ambiente del campo, tanto mas agradable, cuanto que el dia habia sido muy caluroso.

En Salamanca nos detuvimos breve tiempo, no porque esta ciudad no tenga mucho que ver, sino porque la estacion estaba ya muy adelantada y deseábamos despachar pronto para irnos á otro pais de temperatura mas benigna. A pesar de nuestra corta residencia en la antigua *Salamántica*, que por sus muchos y notables edificios ha merecido el renombre de Roma la chica, pudimos ádmirar su magnífica plaza mayor, reputada por una de las mejores de Europa; tiene un pórtico alrededor con 88 arcos, de los cua-

les; algunos de mayores dimensiones que los demas, sirven de desembocadero á las calles. Es cuadrada y cada lienzo tiene cien varas; la casa consistorial, que ocupa uno de los frentes, está adornada de escudos, columnas, niños y hojarascas del mal gusto.

Una de las antigüedades mas importantes que hay en Salamanca y acaso en toda España, es el magnífico puente que se halla á 250 varas de la puerta del rio. Tiene 26 arcos y 423 varas de largo por 8 $^{3}/_{4}$ de ancho. Una mitad es de construccion romana y la otra reedificada en tiempo de Felipe IV, pertenece á época posterior. Divide las dos mitades una torre en pabellon que hace muy buen efecto.

Hay dos catedrales; la vieja, muy apreciada de los inteligentes como monumento antigüo, y la nueva, cuya primera piedra se puso el dia 12 de mayo de 1513, segun consta de una lápida que se conserva en un estremo del edificio, pero tardó mucho en concluirse. Este magnífico templo, de estilo semi-gótico, es sorprendente por la elevacion de sus columnas, por lo espacioso de su pavimento y por el prolijo esmero de sus adornos. En una de las capillas, llamada del Cristo, se guarda con gran veneracion un crucifijo que dicen llevaba el Cid á sus famosas campañas. La torre es la de la antigua catedral, y está unida á las dos; tiene 120 varas de elevacion y la campana grande pesa 400 quintales.

Salamanca abunda en iglesias; las de los antiguos conventos, parte se conservan y parte han desaparecido; en las que existen y en las de las parroquias, que son en bastante mas número de lo que la poblacion requiere, se encuentran no pocas curiosidades artísticas y pinturas de mérito.

Se ignora la época de la fundacion de esta ciudad, y algunos autores le dan tres mil años de existencia apoyados en cálculos y conjeturas muy aventuradas, pues hasta 550 años de la fundacion de Roma, 220 antes de la venida de Jesucristo, Salamanca no figura en la historia. Su nombre significa tierra de adivinacion ó profecía, y ocupa el centro de los antiguos pueblos llamados vettones. Largo y enfadoso seria referir todos los hechos históricos que han ocurrido en Salamanca, pero hay uno que por su singularidad no debe quedar en silencio. Ocurrió el año 1440, y dividió á sus habitantes por mas de 30 años.

El juego de pelota produjo una acalorada disputa entre algunos jóvenes pertenecientes á la nobleza; la decision se encomendó á la espada, como era costumbre en aquellos tiempos, y tuvieron el palenque dos *Rodriguez del Manzano* contra dos *Enriquez de Villalba*. Favoreció la suerte á los Manzano y sus rivales quedaron en el campo. Huyeron los primeros á Portugal, pero doña María de Monroy, llamada desde entonces la *Brava*, los sorprendió y entró en Salamanca con sus cabezas puestas en una pica. Esta osada

muger, madre de los Villalba, fué la que dió el grito de guerra, y desde entonces no volvió á haber paz para los salmantinos; el comercio quedó interrumpido y las calles desiertas y ocupadas solo de cadáveres. Era tal la inseguridad de los habitantes, que los dos partidos tuvieron que aislarse y vivir en barrios separados. Estas son las célebres discordias que designan los escritores de aquella época con el nombre de ***Bandos de Salamanca.*** Mas hubieran durado estas sangrientas luchas en que el asesinato representaba el principal papel, si San Juan de Sahagun no hubiera sido tan constante en combatirlas con su elocuencia y con la uncion de sus palabras. Poco despues de haber logrado este triunfo, murió este hombre admirable, envenenado por una muger de cuyos brazos habia arrancado á un noble que la amaba con delirio, y á quien ella no correspondia bien. Salamanca tomó parte en la guerra de las comunidades, en la de sucesion y en la de la independencia; de esta última trae su principal origen el estado de languidez en que se halla la poblacion actualmente: no se da un paso sin tropezar con escombros, ni puede tenderse la vista sin hallar largas y silenciosas calles, en donde se elevan altos paderones que no ocultan ni un solo viviente, ni escuchan mas voz que el rugido del viento que los azota.

Nada hemos dicho de su famosa universidad, hoy tan en decadencia, como todo lo demás, porque hay ciertas cosas de que no se puede decir poco. La fundó Alfonso IX de Leon, y los monarcas sucesivos la añadieron infinitos privilegios y prerogativas. Por espacio de muchos siglos fué un rico manantial de ciencia para nacionales y estrangeros, pues tambien de fuera de España concurrian á sus aulas, y allí se formaron todos los hombres eminentes que han ilustrado nuestro pais: tan cierto es esto, que proverbialmente se ha dicho, y se dice todavía: ***el que quiera saber que vaya á Salamanca.***

CAPITULO XXIII.

La castellana de Cerralbo.

Aunque Ciudad-Rodrigo no es rica en monumentos antiguos ni en edificios notables, es sin embargo, célebre en la historia de este siglo, por la brillante defensa que hizo contra los franceses, que en número de 65,000 la tuvieron sitiada desde el 25 de abril hasta el 10 de julio de 1810, en que se posesionaron de ella por capitulacion, batiéndola durante este tiem-

po con 46 piezas de todos calibres, que arrojaron mas de 75,000 proyectiles. La guarnicion se componia solo de 4,000 hombres, que quedaron reducidos á 2,600: pero la pérdida del enemigo la hacen subir los naturales, aun hoy dia, desde 13 á 17,000. Esto sin duda ninguna es una exageracion; pero no lo es la bizarría y entusiasmo con que defendieron la plaza, sin distincion de clase, edad, ni sexo. Entre las mugeres sobresalió una del pueblo, llamada Lorenza, herida dos veces, y hasta dos ciegos, guiado uno por su perro, se emplearon en activos y útiles trabajos. La capitulacion fué de las mas honrosas, hecha bajo palabra de honor entre el mariscal francés Ney y el gobernador español Perez Herrasti; y Massena, en su relacion del sitio, encomiando la defensa como una de las mas porfiadas, decia: «No hay idea del estado á que está reducida Ciudad-Rodrigo; todo yace por tierra y destruido; ni una sola casa ha quedado intacta.» Massena era francés, y por consiguiente debemos suponer que no exageraba nada. Pero no fué esta sola la calamidad que sobrevino en aquella época á la poblacion que nos ocupa, porque siendo las guerras siempre una verdadera desgracia para los pueblos, los hay todavía que tienen el poco envidiable privilegio de sufrir en todos casos, lo mismo por los enemigos que por los aliados, y de esto hubo mucho en la famosa guerra de la independencia de España. Ocupáronla los franceses, como se ha dicho, en julio de 1810, sin que Wellington, que por esta época se hallaba en Viseo, en Portugal, con un ejército respetable, prestase el menor auxilio á los sitiados, que de él lo esperaban todo; pero en agosto de 1811 trató de rendirla por hambre, sin duda porque asi convenia á las operaciones militares; y al efecto la puso cerco, la batió luego, y la tomó al fin por asalto el 19 de enere de 1812, haciendo prisioneros 1,700 franceses de los 2,000 que la guarnecian: el ejército anglo-portugués, nuestro aliado, tuvo 1,300 hombres de pérdida, entre ellos dos buenos generales, y las córtes de Cádiz, además de dar las gracias á Wellington, le concedieron la grandeza de España de primara clase, con el título de duque de Ciudad-Rodrigo. Inútil es decir que la poblacion conserva todavía por todas partes reliquias de estas dos memorables jornadas.

Habíamos hecho el viage mi amigo y yo desde Salamanca, que dista diez y seis leguas, en mulas de paso con aparejo redondo, y sendos estribos de madera, á estilo de los que usaban los antiguos procuradores de los suprimidos conventos, de modo que empleamos dos dias en la travesía, que no fué sin embargo de las peores, porque el camino es bueno, y contra el inconveniente de las malas posadas, habíamos adoptado la precaucion de salir siempre aprovisionados, y de dormir al aire libre, gracias á la buena estacion que lo permitia. Caminábamos el segundo dia uno tras otro, por una

estrecha senda, sentados á mugeriegas en nuestras cabalgaduras, en mangas de camisa, y cubiertas las cabezas con enormes sombreros de paja, para guarecernos de los ardientes rayos de Febo, cuando Mauricio, que hacia largo tiempo callaba, esclamó de repente con tono sentencioso:

—¡Todo tiene en este mundo sus ventajas como tiene sus contras! Si yo hubiera ido á Francia, como pensé hacerlo antes de que me decidiera á acompañarte, habria andado en tres horas por el camino de hierro, las treinta leguas que separan á Orleans de Paris; pero hubiera corrido el riesgo de que me sucediese alguno de esos que llaman los franceses *accidentes*, en que mueren tres ó cuatrocientas personas, y quedan mutiladas otras tantas. Aqui es verdad que tardamos un siglo en cada legua, que el sol nos abrasa, y que el movimiento no tiene nada de cómodo; pero en cambio ¡qué seguridad!... ¡Qué aplom...

No habia concluido mi amigo la frase, cuando resvalando la mula en que iba montado, y arrodillándose, lo puso en el suelo en menos tiempo del que es necesario para referirlo. Yo me asusté al pronto; pero viendo que Mauricio se levantaba sin muestras de haberse hecho daño, no pude contener una carcajada.

—¡Bravo! gritó de mal humor; me place verte imitar á los necios que se rien cuando un prójimo se rompe la crisma.

—No me rio por eso, contesté, sino por la seguridad de las mulas de paso, que tanto encomiabas, precisamente en el momento en que la tuya se echó en tierra; no parece sino que el animal comprendia tu razonamiento, y avergonzado, porque conoce que ya pasó su época, quiso tambien probarte á ti, que en efecto todo tiene su contra como tiene su pró; y perdona si ahora me meto yo á filosofar tambien; no habeis de ser solos tú y tu caballería.

—Quieres abusar de mi paciencia... y de mi desgracia!... dijo Mauricio con acento burlon montando de nuevo en la mula, y sin conservar ya restos del mal humor que le produjo la caida.

—No tal, le repliqué; quiero seguirte en el camino que me has trazado; escúchame que ya comienzo. Si al caer ahora de la caballería te hubieras desnucado, por ejemplo...

—El ejemplo no me parece del todo mal.

—Déjame prosegir... Si te hubieras desnucado, digo, cosa á la verdad muy fácil, ó te hubieses roto un brazo ó una pierna, lo cual nada tiene de dificil, era igual exactamente en el resultado á un accidente de un camino de hierro; con la diferencia de que aqui habrias muerto, ó te habrias lisiado, prosáicamente, ignorado y sin gloria, cuando alli estabas seguro de que tu nombre pasaria á la posteridad con el de las otras victimas, hablarian

de tí los periódicos de toda Europa diciendo mil lindezas, pues ya sabes que para el que se muere nunca faltan elogios, y al fin tú eres un artista, y acaso, acaso publicarian tu biografía, ó por lo menos un artículo necrológico; ya ves que aun cuando en el fondo todo es morir ó lisiarse, la forma varía muchísimo.

—Hablas como siempre y me diviertes como nunca; pero...

—Aun no he concluido. Por este método de viajar que ahora practicamos, y que puede llamarse antiguo ó comun, se tarda un siglo en cada legua, como dijiste con razon hace poco, lo cual equivale á perder tiempo, y bien analizado á vivir menos, porque pasar la vida en ir de un pueblo á otro, en mi concepto no es vivir; se sufren las incomodidades de la estacion y las demas que enumerastes, y se va espuesto por añadidura, y esto se te olvidó, á encontrar á cada paso quien obligue á uno á entregarle la bolsa ó la vida. En un camino de hierro no hay miedo á los ladrones, se va con comodidad y se llega al instante. Verdad es que ocurren alguna vez accidentes, por fortuna hoy ya muy raros, y que suceden desgracias al parecer en grande escala; pero si tomas en cuenta las personas que viajan en cada convoy, y el infinito número de estos que van y vienen diariamente en el mismo camino de Paris á Orleans que has citado, verás que los accidentes son mucho menos temibles de lo que parecen.

—Me has convencido, pero no me has quitado el miedo á los caminos de hierro, y por mas que me digas no lograrás que varíe de opinion.

—¿Es posible, Mauricio, que un jóven de estos tiempos piense así? ¿No te da vergüenza?...

—No por cierto; figúrate tú si tengo razon para horripilarme al oir hablar de los tales caminitos, que tres empresas de que soy accionista para establecer líneas de ferro-carriles en España, todas tres han quebrado despues de sacarnos los cuartos.

—Eso ya es otra cosa, y tu miedo en esta parte es racional y justificado. Como solo me habias hablado de los accidentes...

—Cierto que no hablé mas que de los *accidentes*; pero te olvidas que la mula me cortó la palabra cuando iba á hablar de las *acciones*, y despues la has tomado tú sin dejarme meter baza.

—Perdona la indiscrecion.

—Al contrario, te agradezco el buen rato; y ahora hablemos de otra cosa. Supongo que ese pueblo que se vé ahí es Ciudad-Rodrigo.

—Si señor, esa es, contestó el calesero.

—¿Y qué hacen tantas cuadrillas de hombres cavando en el rio?

Yo fijé la vista y observé que en efecto habia una porcion de hombres trabajando con afan.

—Buscan oro, dijo con indiferencia el mozo.

—¡Oro! ¿Qué dice vd., hombre de Dios?..... ¿Con que estamos en un pais donde para ser millonarios no hay mas que meterse de patas en el rio y dar cuatro picotadas?

—No te burles, Mauricio, repliqué yo, que el señor ha dicho la verdad. Ese rio se llama Agueda, nombre que trae su orígen de la palabra griega *agattos*, lo mismo que bueno, aludiendo á lo cristalino y limpio de sus aguas: nace en las vertientes de Jalama, á ocho leguas de aquí, y engrosándose con varios arroyos, entra en el Duero en las inmediaciones de Fregeneda, doce leguas mas adelante; de modo que tiene un curso de veinte leguas. Ponz le llama el *rio de las arenas de oro*, porque las trae en efecto, y mas de un poeta célebre ha pulsado la lira en su honra.

—Todo eso está muy bien, pero á mí lo de las arenas de oro es lo que mas me interesa. ¿Las trae en mucha abundancia?

—En mucha no, pero bastante para recompensar los afanes de los que las buscan. Esos hombres vienen por esta temporada en que bajan las aguas, cavan en los sitios que ellos ya conocen, sacan la arena, la lavan y depuran, y á fuerza de constancia y de tiempo, reunen algunos adarmes de oro que venden en la ciudad ó en Madrid á buen precio, porque la calidad es escelente.

—¿Y cómo no se han hecho investigaciones para hallar el origen de esas arenas?..... Porque si el rio las trae, claro es que el mismo rio ó cualquiera de los arroyos que lo enriquecen, pasan por algun puuto donde este metal existe en abundancia.

—Asi opinan todos, y ya comprenderás que se habrán hecho esquisitas diligencias para encontrar el criadero, pues la cosa bien merece la pena: pero hasta ahora todas han sido inútiles.

En este razonamiento llegamos á las puertas de la ciudad, que pudimos recorrer aquella misma tarde, pues su recinto es pequeño. Visitamos la catedral, fundada por don Fernando II de Leon el año 1170, que es de estilo gótico, sin mas mérito arquitectónico que su solidez; pero en cambio hay en ella algunos sepulcros dignos de fijar la atencion, sino por la fábrica, por los personages que diz que encierran. El primero que se ve segun se entra, es el del ilustre caballero don Alvaro Alfonso de Robles. A la mano izquierda yace el señor don Pedro Diaz, obispo que fué de la diócesis, de quien nos contó el sacristan que nos acompañaba, haciendo el servicio de *cicerone*, que cuando iban á poner su cadáver en un cenotafio muy suntuoso para cantarle el oficio de difuntos, sucedió que se apareció San Francisco, y estendiendo la mano sobre el muerto, dijo: «levántate,» y se levantó bueno y sano, tan contento, que á pesar de hallarse en la iglesia

se puso á saltar y brincar de alegría, con singular asombro de los circunstantes, que casi en totalidad se dispersaron por el pueblo refiriendo la aventura. El reverendo obispo, despues de resucitado, vivió treinta dias cabales, en cuyo tiempo predicó muy buenos sermones, segun nos afirmó el sacristan, con la misma seguridad que si él los hubiese oido, y tambien hizo ejemplares penitencias, pero sin fruto, porque ya estaba condenado, y cuando compareció de nuevo á juicio, suponen que se fué al infierno derechito. Nuestro guia no pudo decirnos qué clase de crímenes habia cometido para merecer tan tremendo castigo; pero nos enseñó un lienzo que se conserva asaz estropeado, y no de mano muy maestra, el cual representa las circunstancias principales de este suceso: en él aparece el entierro del obispo, y el acto de volver á la vida, adornado con todo el aparato correspondiente á la ceremonia que iba á ejecutarse.

El sepulcro que sigue es el del noble caballero Alvar Perez de Osorio y su muger doña María Pacheco, y cerca de ellos están los huesos del ilustre don Fernando de Toledo, que fueron traidos de tierra de moros allende del mar, donde peleó muchos años contra los infieles. Algo mas adelante se encuentra una pizarra con un letrero que dice: «Aqui yace la ilustre Marina Alfonso, que llamaban la Coronada.» Nuestro sacristan añadió despues de hacernos reparar en la lápida, lo que sigue: «Enterraron á esta señora en un sepulcro adornado con gran lujo y construido de muchos mármoles y otras piedras que se han perdido por el curso de tantos años y la turbacion de los tiempos. Era de nacion portuguesa, y cuentan que hizo cosas muy difíciles y estrañas, sobre las que hay una mas estraña que las otras, y es que supo guardar su castidad hasta que le llegó su última hora, pero esto no pudo hacerlo sino con gran trabajo y sosteniendo luchas tremendas, porque era muy hermosa, y los hombres la perseguian. El que mas la dió que hacer, segun la fama refiere, fué un mancebo hijo mayor del señor de su tierra, mozo audaz que pretendia en el hervor de sus amores la satisfaccion de su deseo, siguiéndola en el campo cuando iba sola. Sucedió un dia que viéndose los dos en un bosque y habiéndose adelantado el jóven mas que de costumbre, ella, por guardar y conservar su castidad, respetando mas el valor de su limpieza que la florida juventud, gallardía y nobleza del hijo de su señor, le mató, quebrantándole la cabeza con un zarcillo que en las manos tenia. Luego despues de lo cual, como que habia hecho una muerte, subió en una yegua y se vino á España, donde acabó sus dias no sé yo cuándo ni de qué manera, porque mi antecesor, que fué quien me refirió esta historia, hace mucho tiempo, cuando era yo aqui monaguillo, decia que á él no le habian dicho mas, y que por lo tanto no podia decir, porque en punto á historias verídicas, no le

gustaba añadir ni quitar nada, sino dar á cada uno lo que fuese suyo.»

En medio de la nave mayor de la iglesia, está el coro, de nogal muy vistoso, llevando en la cornisa de la nave cuatro estátuas que son del rey don Fernando y su esposa, fundadores, del obispo don Domingo, y la que está enfrente es de San Francisco, copiada del natural. Cuando pasó este santo por la ciudad, camino de Santiago, se asombraba la gente de ver un hombre metido en un saco, descalzo de pie y pierna, ceñido su cuerpo con una soga y un báculo para sostenerse, y como por aquel tiempo se cubrian las bóvedas, mandó el obispo retratarlo y ponerlo sobre el otro pilar de enfrente.

«Al estremo de la iglesia, dijo nuestro guia parándose de repente, habia en lo antiguo un epitafio sobre doña Maria Adam, señora de Cerralbo, que ya no existe; pero contaré á vds., si gustan, la historia de esta dama, que no deja de ser curiosa é interesante.

Hácia mediados del siglo XV cuentan que habia á una legua de esta ciudad, en el camino que conduce á Salamanca, una especie de posada ó ventorrillo llamado del Val, sin duda por alusion al pueblo que se encuentra mas adelante, cuyo nombre es, segun saben vds., Val de los Carpinteros. Esta posada era entonces muy concurrida, y punto de reunion de algunos personages distinguidos, que por efecto de las revueltas políticas recorrian con frecuencia la Castilla pasando de algunas ciudades á otras.

Una de las noches mas frias y tempestuosas del mes de diciembre del año de 1464, llegó á dicha posada un caballero acompañado de su escudero; pidió habitacion y cena, y cuando le hubieron servido ambas cosas, se recostó, sin quitarse mas que la ropa esterior, en la cama que tenia dispuesta, ordenando al criado que le imitara en otra que tambien le prepararon. Durmióse muy pronto el escudero; pero don Juan de Carabeo, que tal era el nombre del jóven caballero, en lugar de dormir, dió rienda suelta á sus pensamientos, porque estaba perdido de amor, y á los enamorados no les falta nunca en qué pensar. Al poco tiempo le sacó de sus éxtasis un ruido confuso de voces que oyó en el aposento inmediato, únicamente separado del suyo por un mal tabique de madera que ni siquiera llegaba al techo. Fijó naturalmente la atencion, y pudo comprender que eran cinco personages alli reunidos, todos hermanos, y que se ocupaban de comentar el suceso que acababa de ocurrir en Avila del destronamiento y exoneracion en estátua del rey Enrique IV, de que supongo tienen vds. noticia.

Mauricio y yo bajamos simultáneamente la cabeza en señal de que sabíamos el acontecimiento á que se referia.

Escitada la curiosidad de don Juan, puso mayor cuidado y oyó que uno decia:—No tengais duda, yo mismo lo he visto; el arzobispo de Toledo, don Alfonso Carrillo, ha subido al tablado en compañia del marqués de Villena, del conde de Plasencia, del maestre de Alcántara y de don Sancho Perez, señor de Cerralbo, y entre todos han despojado á la estátua de las insignias reales llenándola de improperios; pero el de Cerralbo es el que mas se ha distinguido entre todos aquellos farsantes, pues no solo ha insultado al rey pisoteando el manto y la corona, sino que ha levantado en hombros al infante don Alfonso gritando: «Mirad este niño, que es vuestro verdadero rey y señor,» y en efecto le han proclamado tal con la mas solemne pompa.

—Eso es una infamia, gritaron á una voz los cuatro restantes; mueran los traidores!...

—Silencio, que nos pueden oir y no estamos en parage seguro, dijo el que habia hablado primero. Convengo con vosotros en que deben morir esos ambiciosos, pero es preciso concertarnos y obrar con prudencia; son muchos sus partidarios y pueden triunfar mañana.

—Demos principio por Sancho Perez, que es nuestro enemigo personal, repuso el mas viejo, y despues veremos lo que nos conviene hacer con los otros.

—Si, que muera Sancho, el orgulloso castellano, el que tuvo atrevimiento de insultar á los Garcilopez, no admitiendo por esposa á nuestra hermana y rehusando la alianza que le ofrecimos.

—¿Y cuándo y cómo ha de morir? volvió á preguntar con maligna calma el que parecia de mas edad, y tambien mas interesado en la muerte de Sancho Perez.

—Ahora mismo, al instante. Está en su castillo, que solo dista de aqui media legua; yo lo he visto llegar esta tarde... Presentémonos en él y en nombre del rey...

—Eso es una temeridad; mejor me parece aguardarlo emboscados mañana al anochecer cuando venga al convento de los gerónimos, como tiene de costumbre hacer cuando está en el castillo y...

—¡Aprobado y silencio! esclamaron todos á la vez... Mañana al anochecer en la fuente del Roble á la entrada del camino de la sierra.

Oida la última palabra, don Juan de Carabeo se levantó presuroso, despertó á su criado, no sin gran trabajo, mandó ensillar los caballos y partió á buen paso al castillo de Cerralbo.

Se hallaba el castellano cenando con su esposa cuando entraron á decirle que un caballero de buen porte solicitaba hablarle con urgencia.

—¿Dijo su nombre? preguntó don Sancho.

—Don Juan de Carabeo se llama, repuso el page.

La esposa de don Sancho dejó caer el manjar que estaba trinchando y se puso pálida como una muerta. Observándola el de Cerralbo, ¿qué es eso? ¿qué tienes? la preguntó con voz imperiosa.

—No es nada; nada absolutamente, dijo la castellana toda temblando.

Don Sancho sin apartar de su esposa una mirada escudriñadora, mandó que entrase el recien llegado, y don Juan de Carabeo penetró en la estancia. Adelantóse á recibirlo el dueño de la casa, y le saludó con señales inequívocas del mas vivo afecto; correspondió á ellas don Juan con galantería, y en seguida se dirigió á la castellana para rendirla homenage; pero al llegar donde estaba, «María ¡eres tú!...» gritó sin poder contenerse y retrocedió dos pasos como espantado. La dama cayó desmayada sin proferir una sola palabra, y don Sancho cruzado de brazos, ora fijaba sus ojos centellantes en su esposa, ora en don Juan, como si con su glacial silencio quisiera pedir una aclaracion de cuanto pasaba á su vista. Acudieron algunas damas y se llevaron á la castellana sin que diese señales de volver en sí, y cuando quedaron solos don Sancho y don Juan,

—¿Cómo se encuentra María aqui? preguntó éste á aquel.

—Por ventura, contestó con fingida calma don Sancho, ¿no puede una esposa estar en compañía de su esposo?

—¡Es vuestra esposa... Perjura!...

—Qué, ¿os admira? ¿Acaso lo ignorabais?

—Lo ignoraba, señor, y todavía no puedo creerlo. Hace un año, antes que partiera á la Tierra Santa á cumplir una promesa por encargo de mi difunto padre, María me ofreció su mano en Toledo. He cumplido mi peregrinacion y marchaba ansioso en su busca á aquella ciudad para alcanzar el premio de mi constancia, cuando...

—¿Segun eso, no sabíais que estaba aqui?

—No, por mi vida.

—¿Pues luego, con que objeto venis al castillo?

—Vais á saberle al punto... Yo pertenezco al mismo partido en que vos estais afiliado, y del que sois uno de sus mas dignos gefes; la casualidad ha hecho que sepa que se trama una conjuracion contra vuestra vida, y que os quieren asesinar mañana á la tarde cuando vayais al convento.

—¡A mi! ¿por qué causa? ¿Quién son los conjurados?

—Cinco partidarios del rey Enrique que han jurado asesinar á todos los que tomaron parte en el suceso de Avila, empezando por vos.

—Decidme sus nombres; sus nombres ahora mismo, y mis gentes...

—Caballero, yo no soy delator de nadie; he venido á avisaros el peligro para que lo eviteis y nada mas.

—Si yo no tuviese ya otras pruebas del objeto que aqui os trae, vuestra respuesta evasiva me probaria que sois un impostor.

—Don Sancho, si otro que vos me dijera tales espresiones, ya lo hubiese muerto... Os perdono, porque comprendo que por ese medio quereis obligarme á que cometa una accion indigna.

—Me perdonais porque quereis á todo trance mi amistad... porque de acuerdo con María, tal vez habeis jurado ambos mi deshonra... pero yo lo impidiré... Hola!... Guillen!...

Un escudero se presentó, y á una señal de su amo, volvió á desaparecer como un rayo. Don Sancho se paseaba á grandes pasos por la sala sin permitir escuchar una palabra de las que don Juan le dirigia para sacarlo de su error. Aquel hombre estaba fuera de sí; los celos se habian apoderado de su alma con toda la vehemencia que acostumbra á desarrollarse esta funesta pasion en la vejez, porque es necesario decir que el de Cerralbo pasaba de los sesenta años cuando María, bella como las vírgenes de Rafael, apenas tenia veinte, y muy pocos mas don Juan de Carabeo, cuyo valor y gentileza se citaban en todas partes como modelo.

A muy pocos minutos volvió el escudero de don Sancho acompañado de unos cuantos hombres de armas, y apoderándose de don Juan lo condujeron á un subterráneo del castillo, donde halló ya á su criado que le habia precedido. Al partir de la sala en que estaba el de Cerralbo:

—Es una iniquidad lo que haceis conmigo, le dijo, no importa; el tiempo os desengañará; pero no vayais sin precauciones al convento de los gerónimos... Vuestra vida importa mucho á la causa que defendemos.

Mientras esto sucedia, la castellana habia vuelto de su desmayo, y su marido la hizo llamar y la ordenó imperiosamente que le esplicara la escena que habia presenciado. María dijo lo mismo que don Juan; que habia conocido á éste en Toledo, que le habia ofrecido su mano antes de partir al cumplimiento de la promesa, pero que con la noticia de que el de Carabeo habia muerto en cautiverio, y con el deseo de complacer á su padre, dió la mano de esposa á don Sancho, á quien si en un principio pudo mirar con indiferencia, hoy amaba y respetaba sinceramente sin haberle faltado en lo mas mínimo.

—Sois tan hipócrita como infame vuestro don Juan, pero os juro que habeis de pagar cara la osadia... Ya tengo encerrado á vuestro amante donde jamás vuelva á ver la luz del dia, y vos disponeos para entrar en un convento... Ahora comprendo quien es el caballero de las visitas nocturnas mientras mi ausencia, que con tanta perfidia me hicisteis creer que era

vuestro hermano, que marchaba á Portugal para huir la persecucion del gran Maestre por el desafío que tuvo con su hijo... ¡Y yo tan imbécil que os dí crédito!...

—Pero, señor, si...

—¡Silencio!... No quiero disculpas.

En seguida salió de la estancia dejando á María hecha un mar de lágrimas.

No hay para que referir las angustias de los prisioneros ni los razonamientos que entre ambos mediaron sobre la estraña aventura que acababa de ocurrirles. Don Juan estaba muy tranquilo; con toda la tranquilidad de un hombre á quien su conciencia no acusa, y esperaba confiado que el de Cerralbo, pasado el primer momento le habia de hacer justicia. Por otra parte, su viage á Toledo ya no tenia objeto, y aunque en una oscura cueva, habitaba al fin bajo el mismo techo que María; lo único que le afligia y no acertaba á esplicarse era la infidelidad de esta que nada á sus ojos podia justificar.

Asi pasaron bastantes horas, cuando de pronto sintieron abrir las puertas de la prision y que se les mandaba salir; era el punto de anochecer y condujeron á don Juan á uno de los salones del castillo donde se hallaba sola María con una de sus doncellas.

—¿Y vuestro esposo? preguntó el de Carabeo sin dar tiempo á María para que hablase.

—Ha salido al convento de gerónimos, y yo me he aprovechado de su ausencia para...

—¿Va solo?

—Le acompaña Guillen como de costumbre.

—¡María, os habeis quedado viuda!... Pero aun podrá ser tiempo... Mis armas, mis armas al punto, si estimais en algo al de Cerralbo...

Pocos minutos despues don Juan, seguido de algunos hombres del castillo llegó al convento de gerónimos; pero ya era tarde. Don Sancho Perez y su escudero yacian muertos á puñaladas en una encrucijada del camino y sobre el cadáver del primero habia una tarjeta que decia:

Los cinco hermanos Garcilopez ficieron esto que cosa buena non es, por se vengar de un ultraje y por el buen servicio de su rey.

Don Juan no quiso volver el castillo de Cerralbo por no dar tan triste nueva á María; avisó al convento para que recogiesen los cadáveres y desapareció sin que se supiese su paradero. Entretanto la castellana se vistió de gerga, y ciñó una soga á su cuerpo con cinco vueltas jurando no quitarla hasta que no fuera vengada esta muerte. Mas como no tenia de su parte á quien acudir para el reto, pues su hermano habia muerto tambien asesi-

nado en Coimbra, hacia muy poco tiempo, hizo pregonar por todas partes que daria su hacienda y su mano al que la vengase. Aunque el aliciente era grande y la justicia notoria, como se trataba de lidiar con cinco caballeros valientes, pasó algun tiempo sin que se presentase nadie á ofrecer su espada á la viuda; pero al fin recibió aviso un dia de que un caballero portugués llamado Esteban Pacheco se comprometia á mantener el duelo. Quiso verlo, pero le dijeron que ponia por condicion no presentarse á ella sino muerto ó triunfante. La castellana por uno de esos arranques de coqueteria de que las mugeres no pueden prescindir en ningun caso, pensó que seria muy feo, y casi sentia ya haber ofrecido su mano por si se veia obligada á vivir al lado de un hombre que le fuese insoportable.

Establecidas las bases del desafio se formó el palenque en el campo de San Francisco junto á esta ciudad, y acudió un considerable número de personas. La viuda ocupó el sitio de preferencia al lado de los jueces, y dió principio la lucha con el mayor de los Garcilopez, que quedó á pocos minutos tendido en la arena; la castellana quitó una vuelta á la soga que ceñia su cuerpo. Salió el segundo y tambien fué vencido por el caballero portugués; la castellana quitó otra vuelta. Los otros tres hermanos se declararon vencidos sin pelear y huyeron del palenque; entonces los jueces proclamaron vencedor á don Esteban Pacheco, al son de las fanfarrias y de la griteria y aplausos de la multitud. Este se dirigió á la viuda, á quien latia el corazon con singular violencia, y levantando la visera para besarla la mano descubrió el rostro. María dió un grito y cayó sin sentido. Don Esteban Pacheco, no era sino el mismo don Juan de Carabeo, que enterado del voto que habia hecho la castellana se valió de este medio para obtener su mano. María se la concedió de buen grado, pero á condicion de que la permitiera conservar el vestido de gerga y las tres vueltas de la soga, que en efecto conservó aun despues de muerta, y con él está retratada en una figura de relieve que hay en la sepultura de su iglesia del convento llamado de la Caridad, donde se enterró y pueden vds. ver si gustan cuando salgan de aqui. En el campo de San Francisco, en el mismo sitio de la pelea, se ha conservado largo tiempo una cruz en memoria de este suceso, renovada por última vez en el reinado de Felipe IV.»

Concluida la historia y no teniendo mas que ver en la catedral, nos despedimos del sacristan dándole gracias, y algo mas, por su complacencia y nos dirigimos á la capilla de Cerralbo fundada por el cardenal don Francisco Pacheco; obra suntuosa que en el dia se halla en un estado lamentable, porque cuando el sitio de los franceses en 1810, creyó el gobernador de la plaza que ningun lugar era mas á propósito que esta capilla para depositar sus municiones, y trasladándolas á ella, un descuido de los

trabajadores ó alguna imprevision al tiempo de vaciar una bomba, prendió fuego á la pólvora, y voló aquel terrible depósito, luchando antes con la fortaleza del edificio, que no pudiendo vencer al primer impulso, alzó de los cimientos, hasta que abriendo ancha boca en la cúpula salió por alli la erupcion.



Capilla de Cerralbo en Ciudad-Rodrigo.

Nos dijeron que cuando sucedió esto habia en el recinto tres artilleros, de los cuales dos murieron abrasados en la explosion, y el tercero que casualmente se asomaba á una reja al tiempo de estallar, fué tal el impulso que le comunicó la fuerza de la pólvora, que apartó con las manos dos de las barras verticales y fué arrojado á la calle. El artillero que sufrió esta prueba parece que ha vivido hasta poco antes de nuestro viage, y este es el mejor testimonio de un hecho que, vistas las circunstancias locales, parece prodigioso.

Recorriendo la parte interior y al observar los nichos del arco que hay en los brazos del crucero, descubrimos una piedra movida y fuera del nivel de la obra, nos acercamos á ella y encontramos debajo un papel viejo y amarillento que decia: «Se concluyó esta capilla de San Andrés el dia 26 »de setiembre de 1685, y se trasladó el cuerpo del cardenal don Francisco »Pacheco, su fundador, que descubriéndolo hemos visto entero é incorrup»to hasta en las vestiduras, sin causar la menor molestia ni aun al olfato, »habiendo mas de cien años que murió.»

Nos pareció curioso el apunte y lo volvimos á poner donde estaba. Entonces un hombre de buen porte que se brindó en la puerta á servirnos de guia dijo:—Este cardenal que consumió su fortuna por enriquecer á su patria con un monumento digno de ella, solo pidió á la posteridad un sepulcro en recompensa de tantos sacrificios; pero vinieron los siglos, y violada su mansion de quietud por soldadesca estrangera, y despojado su cadáver de los ornamentos sacerdotales, fué profanado en las logias, envuelto en un tapiz y arrojado en un rincon de la iglesia; pasaron años, y el cardenal olvidado por la posteridad y oscurecido entre el polvo, fué objeto de los juegos de la niñez, hasta que un obispo que al fin se acordó de aquel desmoronado cadáver, lo enterró de limosna.

—¡Qué desengaño! esclamé yo involuntariamente. ¿Quién podrá alabarse de que su nombre ilustre y puro en vida, pasará del mismo modo al través de las edades? Proteger las artes y las letras dicen que es la gloria mas duradera que puede adquirirse en el mundo, y hé aqui un nuevo ejemplo de que la gloria perece como todo y acaso antes que todo.

—No creo necesario, prosiguió el desconocido, referir á vds. la historia del cardenal, que poco tiene de estraordinaria, pero si les diré alguna cosa acerca de las fiestas que se hicieron para la bendicion de la capilla; fiestas que duraron siete dias, y en que hubo un certámen académico, y se repartieron varios premios á los oradores que con mas elocuencia, y á los poetas que con mejor canto, elevaron su voz ensalzando el objeto de la funcion. El artículo primero del programa estaba concebido en estos términos: «A »quien por la edificacion de la capilla vaticinare á la casa de Cerralbo ma»yores felicidades en ocho octavas, se le dará por premio un jubon de seda »encarnada con encages negros; al segundo unas memorias de oro, y al »tercero una caja de plata y dos lienzos de tabaco,» y despues de establecer otros premios y prescribir las leyes, concluia: «y porque es lo comun »graznar algunos anocrótalos entre los armoniosos cisnes, el que mas bron»camente cantare ó ficiere la peor poesía, se le darán para desempeño de »los borradores, doce manos de papel.» Muchos acudieron al certámen, y en mejores ó peores versos anunciaron grandes dichas y prosperidades á los

descendientes del cardenal; pero ninguno pronosticó que la capilla volaria por la imprevision de un artillero, y que á su fundador se le enterraria de limosna.

No quedándonos ya nada mas que ver en la antigua *Morobriga*, repoblada en 1102 por don Rodrigo Gonzalez Giron, de donde le viene el nombre que tiene hoy, partimos al siguiente dia para continuar nuestro viage.

CAPITULO XXIV.

Las Batuecas.

En los confines de Estremadura y Castilla, á 14 leguas de Salamanca y 8 de Ciudad-Rodrigo, término del lugar de la Alberca, partido de Sequeros, existe un valle, famoso objeto de mil cuentos absurdos, cuyo nombre que ha llegado á ser proverbial en España, de todos es conocido. Este valle se llama de las *Batuecas*, ó mas propiamente de los Hurdes, que tal es el nombre de las sierras que lo circundan por todas partes, cerrándolo en figura de caldera. Tiene dos leguas de estension y solo se encuentran algunas aldeas, si tales pueden llamarse unas cuantas cabañas agrupadas para servir de abrigo á los pastores. No hay, pues, muchos pueblos, como dice la fábula que sirvió de base á la condesa de Genlis para su tan conocida novela del mismo título que el valle: el terreno no es tampoco feraz y productivo, sino áspero y quebrado al estremo que cuesta mucho trabajo atravesar por el interior del pais. Dos caminos conducen á este valle, uno que parte de la alquería llamada de las Mestas, del concejo del Cabezo, viniendo del S., y otro por el N. que arranca desde la Alberca.

El primero es muy bueno para los de á pie por su escelente piso casi siempre igual, pero harto peligroso para las caballerías, que con un ligero tropiezo arrojarían al ginete en los abismos que de trecho en trecho se descubren; no así el segundo, que fué el que mi amigo y yo llevamos, pues si bien es cierto que se marcha tanto á pie como á caballo, con mucho trabajo y fatiga á causa del suelo pedregoso, de sus vueltas y revueltas y de su poco suave pendiente, está libre de precipicios, es ancho, de largas y espaciosas vistas, y susceptible á poca costa, salvo alguno que otro punto, de mejorarse en tales términos que hasta carruages de todos géneros podrian subir y descender sin gran dificultad ni riesgo. Al mediar la cuesta hay una gran cruz de piedra llamada de San José, que señala el punto desde

donde repentinamente y cuando menos se espera, se descubre el valle presentando un golpe de vista muy agradable. Las aguas cristalinas que se desprenden ó nacen á cada paso de las montañas, principalmente de las de O, forman desde luego un arroyo bastante caudaloso aunque estrecho, que recibe tambien el nombre del desierto, y en el fondo de aquellos riscos y asperezas se vé el célebre convento de las Batuecas del órden del Cármen descalzo, de que nos ocuparemos en seguida.

Prescindiendo de lo que se dice de los demonios que habitaron este valle, la tradicion mas popular en España, es que desde el principio del mundo hasta el reinado de Felipe II, no fueron descubiertos aquellos sitios, y que los que en ellos vivieron metidos sin comunicacion con el resto de los hombres, tampoco creian que hubiese mas mundo que aquel; hasta que en dicho reinado, una doncella y un page de los duques de Alba, huyendo de la casa de sus amos por evitar el castigo á que se habian hecho acreedores con sus travesuras de amor, penetraron en el valle y se encontraron con gentes bárbaras que hablaban un idioma estraño. El erudito Feijoo ha dedicado un capítulo del tomo 4.º de su Teatro Crítico á combatir esta fábula, cuyo orígen debe atribuirse al aspecto del pais y al aislamiento en que siempre han vivido y viven todavía sus naturales, que rara vez salen de sus guaridas, sino es los domingos á abastecer de pan y alguna hortaliza á la Alberca, y en el verano á vender fruta á Ciudad-Rodrigo y otros pueblos inmediatos; bien que esto solo lo hacen los mas acomodados, porque no todos tienen la fortuna de poseer media docena de castaños y algun frutal, en una tierra ingrata llena de malezas y donde no se crian árboles sino en escaso número. Asi es que la mayor parte de los habitantes viven, sino aislados del mundo como se ha dicho, por lo menos sin sospechar que haya mas mundo que la Alberca, pueblo que dista una legua, y donde tienen que recurrir en un plazo determinado á buscar el alimento que pueden proporcionarse; hay sin embargo la diferencia de que el que no tiene otro medio que echarse á la ventura, el que no tiene algunas cabras media docena de colmenas ó algun castaño, márchase á correr tierras y suele parar en las dehesas confinantes donde sirve de pastor, cabrero ú otro oficio de esta clase.

Por lo dicho habrá comprendido el lector que nuestro viage á las Batuecas no podia tener por objeto visitar el valle, que á pesar de todas las fábulas á que ha dado orígen, maldito si tiene nada de poético, sino el convento de que hemos hablado mas arriba. Oigamos sobre su fundacion al licenciado Gonzalez de Manuel en su manifiesto apologético de la antigüedad de las Batuecas, refiriéndose á una memoria manuscrita del bachiller Pies del Castillo.

«En el año 1599, se fundó el santo *Desierto* en el sitio llamado la vega »de Batuecas entre dos arroyos. Hubo alguna contradiccion sobre vender »el sitio á los padres carmelitas, pero interviniendo órdenes del Excmo. se- »ñor duque de Alba, señor de esta tierra asi en lo temporal como en lo »mas de lo espiritual, fué forzoso obedecer, y nombrando personas que ta- »sasen el distrito que se les habia de dar, una de ellas fué Francisco Luis »de Pies, mi abuelo, que tenia la majada de su ganado en dicha vega, y »pareciéndoles á los de la Alberca, que como le desacomodaban su ganado »de la vega tasaria la tierra en todo lo que pudiese permitir al precio su- »premo y rigoroso, sucedió que cuando él y los demás fueron á hacer la »tasa, tenia el primer fundador de este convento fabricado una ermita y »oyeron misa; y la tasó despues en 800 ducados, sobre lo cual habiéndo- »seles quejado respondió que despues de haber oido misa no habia podido »hacer otra cosa.» Si el tasador hubiera vivido en nuestros tiempos, dice con razon un escritor apreciable (1) á quien hemos consultado para rectificar nuestros apuntes, probablemente no le hubiese valido una respuesta tan cándida.

No tuvimos poco que hacer Mauricio y yo para llegar al referido convento, porque no estando frecuentado el camino desde la estincion de los monacales, mas que por alguno que otro curioso como nosotros, hay que luchar á cada instante con jarales y maleza que interceptan el paso. Por fin llegamos á la cerca, y preciso es convenir que en bajando se cambia de posicion repentinamente. Sirve de entrada un arco toscamente edificado, sobre el que asienta una espadaña destinada á servir de campanario antes que las campanas pasasen á mejor vida. En seguida hay un portalito: tiramos de una cadena, sonó un esquilon, y despues de oir el ruido de multitud de hierros y cerrojos, la puerta se abrió, y un hombre, ex-lego del ex-convento, se presentó en el dintel, quien enterado del objeto que nos conducia, se ofreció á guiarnos en aquel laberinto. Le seguimos en efecto, y á los pocos pasos ya no era posible dejar de admirar todas las bellezas del ameno jardin que atravesábamos. Corpulentos cedros, altísimos avellanos, gigantescos pinos, elevados cipreses, robustos castaños, alegres madroñeras, y otras mil clases de árboles, formaban una bóveda y purificaban el aire ostentando una vegetacion tan rica como variada. Prolónganse á derecha é izquierda los cuadros destinados á la horticultura y al cultivo, mientras que á grandes espacios se divisan pequeñas ermitas edificadas sobre un

(1) Don Arias Giron, autor de varios artículos insertos en el tomo 1.º de la segunda série del *Semanario Pintoresco*.

peñasco ó sobre una colina. Oíase el ruido de una cascada, y poco despues divisamos un rio que atraviesa á lo largo toda la estension de la vega, y corre despues entre las montañas inmediatas.

El convento es un edificio tosco, ennegrecido y de asombrosas dimensiones. A su lado está la hospedería con varios cuartos, cuyo uso era albergar al viagero y á los desterrados, que no fueron pocos en el pasado siglo, y aun en el presente. Antes de la estincion de los regulares, no llegaba un pasagero á quien no se obsequiase con su fuente de potage y una buena racion de bacalao. Habia á la entrada dos figuras de barro con el dedo en la boca, símbolo del silencio que debia guardarse en el recinto, y por si alguno no lo entendia se le mostraba, y si no sabia leer se le leia el precepto siguiente pegado en una tablilla á la misma puerta:

«*Silencio: esta casa es de silencio*, y cualquiera que venga á ella se aco- »modará á hacer lo que vea hacer á los demás, y no traiga nuevas sin pro- »vecho. *Silencio.*»

Todo esto sucedia *in diebus illis*, porque cuando nosotros visitamos estos parages ya estaban descabezadas las estátuas, borrado el precepto, rota la tablilla, y por todo obsequio nos ofrecieron algunas jarras de agua.

Antes de salir de la hospedería, fijamos la vista en una mesa que hay en el centro, llena de raspaduras y arañazos, á la cual bautizó mi amigo con el título de *Album de las Batuecas;* calificacion exactísima, porque está lleno el tablero de nombres y señales de los que nos habian precedido en esta espedicion. Nosotros los imitamos, y ya que hasta ahora ha querido guardar el anónimo el que escribe estas líneas, sin que esto signifique que lo guardará siempre, si alguno tuviese curiosidad por saber quién es antes de que él lo diga, en el ángulo izquierdo superior de la mesa de la hospedería de las Batuecas, mirando á la ventana, está escrito su nombre y apellido con tales circunstancias, que no dejan la menor duda sobre el autor de los *Recuerdos.*

Desde la hospedería se va por un larguísimo corredor al convento, en cuyo piso bajo se ven algunas oficinas que parece debieron ser inútiles para los frailes; tales como una escelente cuadra, un molino de aceite, que tiene fama de bueno en la provincia, otro de harina que no lo es menos, y por último, un soberbio lavadero. Preguntamos al lego cuál era el uso á que destinaban todo aquello, porque á la verdad, le dijimos, nosotros no hemos leido nunca que San Pablo ni ningun ermitaño de la Tebaida haya mandado edificar molinos de aceite ni de harina para su uso particular; pero el lego que no comprendió la ironía, nos contestó sencillamente que la cuadra era para la recua de mulos que iba á Bilbao y otros puntos á traer bacalao y provisiones, y que en cuanto á los molinos, ya se dejaba

discurrir para qué servirian; y nosotros que adivinábamos lo mismo que queríamos saber, no insistimos en la pregunta, ni nos admiró nada que los religiosos procurasen tenerlo todo en casa, porque asi es preciso hacerlo en un desierto si se ha de tener. Lo que si nos admira es que estas oficinas se hallen en el dia abandonadas y sin uso, lo cual nos hizo sospechar que serían inútiles por haber mucha abundancia de ellas en la provincia.

A poco pasamos al taller. Sabida es la habilidad particular de los monges de este desierto para fabricar objetos de corcho con una delicadeza y primor nunca vistos. De ellos se servian para los usos interiores del convento, y asi fuera inútil cuando estaba habitado buscar otras vasijas que de corcho, ni otros utensilios domésticos de cualquiera clase que no fuesen de corcho. Con esta materia hacian marcos de cuadros perfectamente cincelados, cruces, objetos de sobremesa y otras mil frioleras que todos admiran, y que pasan por una curiosidad en cualquiera parte. Sabíamos nosotros esto, y deseábamos examinar detenidamente, y entretenernos en registrar las que hubiese de repuesto; asi fué que rogamos al guia nos llevase al almacen.

—El almacen lo verán vds. en seguida, dijo el lego; pero si el objeto es las fabricaciones de corcho, podemos escusar el viage.

Preguntamos el motivo, y nos informó de que á la salida de los frailes se vendió cuanto se pudo, y que lo restante habia sido devorado por alguna gente honrada de las inmediaciones, que entró á saqueo y no dejó clavo en pared.

Desde alli seguimos un pasadizo, y antes de penetrar en lo interior de las celdas vinimos á salir al jardin, en cuyo centro hay una iglesia, y á los cuatro estremos cuatro altares, que comunicándose por medio de una calle empizarrada y regular, forman una especie de galería ó cláustro descubierto alrededor. Los altares son de pizarras desiguales, y tan solo debieron edificarse por adorno. Su construccion es la siguiente.

En primer término un arco de pequeña altura que cierra por detrás una pared, y por fuera crecen alrededor plantas y flores; la mesa de altar se levanta en lo interior con solo medio pie de anchura, y la superficie horizontal es de pizarra. Por último, en la parte superior se ven tres nichos abiertos en la pared y en el arco, en el interior de los cuales hay figuras de santos de barro de ejecucion deplorable. Cierran los nichos sus puertas de alambre, y al lado de cada uno vimos dos quintillas escritas en azulejos, y alusivas á lo que se representa en el interior.

Este conjunto, que en cualquiera otra parte apareceria risible, y seria indudablemente ridículo, tiene donde está algo de sublime, porque se vé una mezcla de sencillez y religiosidad que sin querer nos hace trasladar á aque-

llos tiempos en que los monges edificaban, para celebrar las ceremonias del culto, un altar ó una capilla grosera enmedio de un bosque, cuando se divisaban apenas los primeros albores del cristianismo. El estilo de las quintillas es rápido, conciso y enérgico, y en algunas resalta cierta elevacion y grandeza. Mauricio las copió todas con lápiz; pero por no estendernos demasiado citaremos solo dos, no porque sean las mejores, sino por ser las primeras.

Hay en uno de los altares un personage en que segun se averigua quiso el alfarero que hizo las figuras representar á San Gerónimo oyendo la trompeta final, y á un lado dice:

¿A quién no saca de quicio
Que sin temor de la cuenta
Viva el malo en tanto vicio,
Cuando un amago del juicio
Tanto á este santo amedrenta?

Y al otro lado se leia esta otra:

Tú que miras la presencia
De Gerónimo asombrado,
No pares en apariencia,
Mira que hay gran diferencia
De lo vivo á lo pintado.

El templo se eleva en un ángulo del espacioso edificio, desnudo de riqueza arquitectónica. Sus paredes son oscuras y desiguales, su techumbre altísima, ojiva su entrada, y tosco é irregular en todas sus dimensiones. Por fuera piedras descarnadas como si pretendieran desasirse unas de otras; en lo interior un altar negro de madera desprovisto de relieves dorados y de pinturas y adornos. No tiene mas que un grandísimo cuadro cuyas tintas están ya algo confundidas, y cuyo marco sencillo contrasta con el resto del altar por su natural y fácil construccion. Enfrente del altar está el coro, que consiste en algunas sillas de brazos toscas y pesadas, que han enclavado junto á la pared, y con esto queda hecha la descripcion completa de la iglesia.

El convento propiamente dicho se divide en largos y ventilados corredores, los cuales dan entrada por uno de sus frentes á las celdas, y por el otro tienen vista á alguno de los jardines de que hemos hablado. Las puertas de estas celdas están forradas de láminas de corcho, y encima de cada una hay clavada una cruz de la misma materia. En el interior se ven las paredes de piedra y de barro como son; nada de cal, nada de reboque;

doce pies cuadrados es la estension de cada una, y por todos muebles contiene una estrecha tarima, una mesa, un banquillo y un cuadro en la pared. Enfrente de la entrada suelen tener una escalerita que baja á un jardin de diez pies de largo sobre ocho de anchura, poco mas ó menos.

Cuando estaban habitados estos lugares, cada monge se encerraba en su departamento, y no salia de él sino en las horas en que el triste sonido de la campana le llamaba á la oracion. Esceptuando estos casos pasaba la vida en su celda alternando en los trabajos de espíritu con otros corporales que consistian en el cultivo del jardin de que hemos hablado. ¿No era esto sepultarse en vida?

Por lo demás tambien hay inscripciones en las Batuecas como en todos los sitios célebres. Cada uno ha procurado traducir sus emociones en algunas palabras, y es muy curioso ver lo que ciertas gentes sienten en circunstancias dadas: cerca de la iglesia, por ejemplo, enfrente de los altares que hemos descrito, hubo alguno que sorprendido por la agradable combinacion de unas capillas tan toscas con el ameno y variado jardin, puso en la tapia con un lápiz:

Todo es admirable!!!

Y detrás fué colocando ocho ó diez admiraciones.

—Este hombre, dijo Mauricio, debió quedar muy descansado despues de abortar tamaño rasgo de elocuencia.

—Mira, repliqué yo llamándole la atencion, otro letrero mas curioso. Decia asi:

¿Quién no cree ver aqui á los amantes de Saint-Preux?

—Pues no deja de ser vista, añadió mi amigo, la que aqui vea semejante cosa. ¿Qué analogía puede hallarse entre el convento de las Batuecas y la *Julia?*

—Qué quieres, le contesté, hay ciertas personas que no pueden comprender nada fuera de las obras de Voltaire y de Rousseau.

Prosiguiendo nuestra investigacion, hallamos en un bosquecillo, precisamente en la pared de una ermita, este letrero:

Una hora aquí con M..... y despues morir.

—¡Ah! bárbaro! esclamó Mauricio, que no merece otro epíteto quien tiene tan profano modo de mirar los objetos sagrados.

Mas adelante se leia:

No he tenido tiempo para improvisar porque me están aguardando para comer; pero pondré mi firma.

Y firmaba en efecto el gran camueso.

Cansados de esta ocupacion, nos dirigimos á visitar las ermitas que ya dijimos se ven por todos lados edificadas, ya encima de un peñasco, ó ya en la pendiente de una sierra, todas concentradas en pequeño espacio, y presentando todas unas mismas proporciones.

En tres épocas del año podian los monges retirarse á ellas; mas como la vida de ermitaño tenia un escesivo aumento en el rigorismo de la vida ascética, no se obligaba á ninguno á que la sufriese, sino que se permitia á quien quisiese abrazarla voluntariamente, y á fin de que la ocupacion fuese metódica alternaban en ella todos los monges del convento. Duraba tres semanas, en las cuales el ermitaño no debia comer ninguna vianda caliente, los viernes debia cenar solo legumbres, y en fin, debia prolongar diariamente las horas de rezo mas de lo acostumbrado.

Los comestibles se llevaban del convento, y si algo sobraba tenia que devolverlo; si le faltaba algo se lo avisaba al *cuervo*, que asi se llamaba el lego encargado de aprovisionar los ermitaños. La manera de entenderse sin hablar es lo mas notable. El cuervo presentaba al monge una tablilla en que estaban escritos los artículos de que se le podia llevar, cada uno con una cuerda pendiente; el ermitaño examinaba la lista y tiraba de una de las cuerdas, con lo cual entendia el conductor cual era el artículo que necesitaba.

Hay entre todas las ermitas una sobre la que nuestro guia nos llamó la atencion, cosa que nos sorprendió en verdad, porque en todo el tiempo no habia hablado mas palabras que las meramente precisas para que no quedasen sin contestacion nuestras reiteradas preguntas. Está construida en el tronco de un árbol, el cual se halla hueco, y se penetra en el interior por una especie de arco de poco mas de una vara de altura, al que sirven de puerta unas tablas sujetas con goznes. Delante de ellas hay un portalillo correspondiente en magnitud al resto de este edificio, y forrado por dentro de tablas de corcho. Encima de la puerta se ve un cráneo humano, y dos huesos incrustados en el tronco, y al abrirla para entrar, se leen estas tremendas palabras:

MORITURO SATIS.

En las tablas de corcho hay escrita la siguiente décima:

Quien piensa en la muerte atento
Fácilmente menosprecia
Palacios que el mundo aprecia
Con tan vano lucimiento!...
En este humilde aposento
Se siente de Dios el toque,
Que no hay cosa que provoque
A tan útil desengaño,
Como ver á un ermitaño
Que vive en un alcornoque.

—¿Quién ha ocupado esta ermita? pregunté yo con el mayor interés al lego.

—El padre Acevedo, contestó con su habitual indiferencia.

—Pero ¿quién era el pádre Acevedo? volví á replicar. Un nombre no puede satisfacer nuestra curiosidad. Nosotros no hemos conocido ni hemos oido hablar nunca de ese buen padre y nos haria vd. favor en referirnos alguna particularidad de su vida.

—Yo diré á vds. lo que sé (1). El padre Acevedo cuentan que era capitan de guardias españolas á principios del siglo actual, y ya por las relaciones de su casa, y ya tambien por su valor personal, parecia destinado á ocupar uno de los puestos mas distinguidos del ejército, cuando de repente y sin que nadie haya podido saber positivamente el motivo, abrazó la vida monástica á la edad de 22 años. No ha faltado quien diga que una desgraciada pasion amorosa le condujo á este estremo; pero nada tiene esto de estraño porque algun motivo se ha de dar á tan estraordinaria resolucion. El padre Acevedo tuvo que vencer grandes dificultades para que se le admitiera aqui, pues como era tan jóven, temíase que fuera su deseo producto de un acaloramiento y no fruto de una vocacion decidida; pero apenas entrado en el convento, admiró á todos por su austera constancia y exactitud en el cumplimiento de la regla. Vino entretanto la guerra de la independencia y todos los frailes se retiraron de estos lugares, ya para empuñar unos las armas, ya porque otros temieron á los soldados de Napoleon, que sin embargo nunca llegaron aqui. El padre Acevedo se quedó solo habitante del desierto, y durante los seis años de lucha ningun viviente in-

(1) Todo el hecho que vamos á referir es cierto, y se halla comprobado de una manera incontestable.

terrumpió sus vigilias. Concluida la guerra se retiró á esta ermita, donde ha vivido mas de veinte años, hasta hace poco que murió en este mismo sitio á consecuencia de una enfermedad crónica contraida por su método de vida. Era ya muy viejo; su barba caia hasta la cintura, y estaba tan consumido, que la piel de su cara parecia pegada en una calavera. Esto es todo lo que sé del padre Acevedo... ¿Vén vds. esa pizarra donde está la tierra movida en el centro de la capilla? pues ahí reposa su cuerpo.

Empezaba á declinar el sol y habiamos visto ya lo principal de las Batuecas; recordando el mal estado del camino, emprendimos nuestra retirada á la Alberca donde pensábamos dormir, no sin hablar largamente durante la travesía de las diversas sensaciones que habiamos esperimentado en la visita del convento.

CAPITULO XXV.

Montañeses de Leon y maragatos.

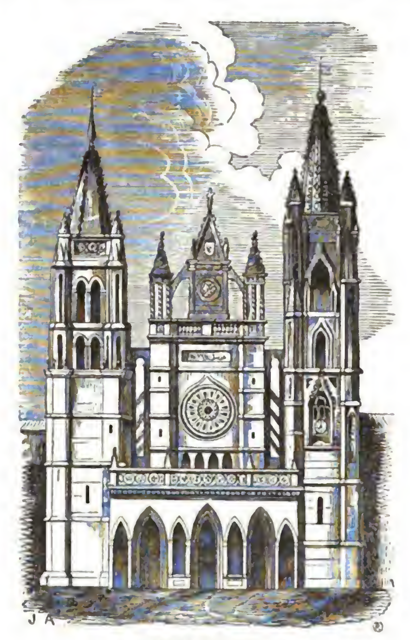
La estension que nos hemos visto precisados á dar á los capítulos precedentes por lo importante de las materias de que tratan, nos impide alargarnos en éste tanto como quisiéramos, y como en realidad merecen las dos provincias de Leon y Palencia, que fueron las últimas de Castilla que recorrimos

La ciudad de Leon es notable por su antigüedad, pues hay quien la supone fundada por la sétima legion de los emperadores romanos sobre las ruinas de la demolida Sublancia, y lo es tambien por sus monumentos, y por haber sido cabeza del reino de su nombre, donde tuvieron la córte veinte y cuatro reyes antes de que se incorporara á Castilla. En una cornisa del oratorio de la casa del ayuntamiento, se leen los siguientes versos que aluden á esta circunstancia y revelan alguna de las grandezas de la ciudad que nos ocupa.

En argen Leon contemplo
Fuente purpúrea triunfal
De veinte santos ejemplo
Donde está el único templo
Real y sacerdotal.
Tuvo veinte y cuatro reyes
Antes que Castilla leyes;

Hizo el fuero sin querellas,
Libertó las cien doncellas
De las infernales greyes.

Si se considera la catedral de Leon bajo el punto de vista de la magnitud, no es de las principales de España; pero si solo se toma en cuenta su belleza arquitectónica es sin disputa ninguna la primera. Lo que mas sorprende á todo el que examina este edificio, es indudablemente el atrevi-



Catedral de Leon.

miento del artifice en haber ideado trazar una fábrica de 125 pies de altura, 303 de longitud y 128 de latitud, sobre uno y medio de espesor en sus mismos fundamentos: pero la esperiencia de mas de 500 años no solo justifica la idea, sino que confirma la realidad de este milagro del arte. Su fábrica no es del todo gótica ni tudesca, puede muy bien llamarse de es-

tilo oriental, porque es un conjunto de pilares, arcos, estribos, arbotantes y ventanages, y como estos últimos son tantos y sus vidrios de diversos colores, hacen un efecto admirable mirados por la parte interior del templo. Principióse la construccion por el obispo don Manrique de Lara, que presidió en esta sede desde el año 1181 al 1205, y duró la obra mas de cien años; pero se ignora á punto fijo quien fué el autor de la traza, pues aun sobre la época de la fundacion y nombre del fundador andan encontrados los pareceres.

Despues de la catedral vimos el palacio de los Guzmanes, hermosa fábrica mandada edificar por don Juan Guzman, obispo de Calahorra, y que pertenece ahora el marquesado de Toral, unido hoy á la casa del duque de Frias. Está bastante abandonado, sirviendo para depósito de granos, suerte comun de esta clase de edificios en nuestro pais, desde el reinado de los Reyes Católicos, en que los grandes señores tomaron la costumbre de habitar constantemente en la córte, dejando sus antiguos torreones y castillos feudales entregados á la curiosidad del viagero ó á los recuerdos de la historia.

La iglesia de San Marcos de Leon es célebre no solo por su capacidad y solidez, por sus adornos de estilo gótico y por su magnífica sillería de coro, sino tambien por su historia, pues ha pertenecido á los caballeros de Santiago, y fué rival algun dia del convento de Uclés. Por el tiempo de la confirmacion de la órden, los ricos hombres del reino de Leon habian fundado cerca de esta ciudad, en el camino francés, un hospital, el cual segun dice el libro de la regla y establecimientos de los caballeros de Santiago, habia sido edificado para servicio de Dios y bien de las ánimas, y por los muchos peligros que acaecian en aquel lugar á los romeros cuando iban y venian á visitar el Santo Apóstol. En vista de esto el obispo don Juan Albertino, que tenia á su cargo en compañía de los canónigos de Leon, la administracion de este hospital, se lo cedió al ilustre don Suero Rodriguez, uno de los primeros caballeros á mediados del siglo XII, cuando la órden no estaba todavía confirmada, con el intento de que los canónigos del Loyo, que seguian la regla de San Agustin, y á los cuales para mayor santidad y decoro se habian reunido los primeros caballeros de Santiago, cuidasen del bien espiritual de los peregrinos los unos, en tanto que los otros proveian á su resguardo y seguridád. Tal es el orígen de San Marcos, cuya grandeza fué creciendo despues en la misma proporcion que la de la órden, que en los siglos XII, XIII y XIV llegó á tan alto grado de esplendor, que las determinaciones de sus capítulos generales pesaban poderosamente en la balanza de los destinos de la nacion.

No queremos dejar de hacer mérito aqui de un suceso que le ha dado

renombre al convento de San Marcos de Leon en época mas reciente. En el reinado de Felipe IV, durante la administracion del conde-duque de Olivares, fué encerrado estrechamente y tratado con el mayor rigor, en una de sus celdas, el poeta satírico don Francisco de Quevedo, uno de los talentos mas privilegiados de aquella privilegiada época. Alli lo aprisionaron crudamente bajo el pretesto, segun unos, de un desacato cometido en haber hecho poner debajo de la servilleta del rey un papel satírico, anónimo, que se le atribuyó; segun otros, por supuestas inteligencias con la casa de Braganza, y segun todas las probabilidades, por intrigas y manejos de cortesanos. A mi amigo Mauricio y á mí nos enseñaron la celda, donde resulta de su misma confesion, que se curaba y cauterizaba con sus propias manos dos heridas que tenia abiertas, desamparado como estaba de todo el mundo y sin cirujano que se las curase, á pesar de habérsele encancerado con la proximidad del rio y la humedad del pais. Desde aquella cárcel fué desde donde dirigió á su perseguidor el famoso memorial, página elocuente de la elevacion de sentimientos de un grande hombre, aun en medio de una desgracia y tribulacion de tal suerte irremediables.

Para completar nuestra visita á las muchas curiosidades que encierra la ciudad de Leon, nos faltaba ver la iglesia de San Isidoro, donde está el panteon de los reyes, y á ella nos dirigimos.



Iglesia de San Isidoro, en Leon.

Asolada esta ciudad por Almanzor, rey de Córdoba, la restauró Alfonso V, y edificó y dedicó á San Juan Bautista una pobre iglesia *de luto et latere*, como dice el epitafio de su sepulcro. Los reyes don Fernando de Castilla y doña Sancha de Leon, hija de don Alonso, la demolieron y erigieron otra de piedra labrada, que se tituló de San Isidoro, desde que los mismos

reyes colocaron en ella el cuerpo de este santo, traido de Sevilla por diligencia suya.

Alenso V destinó esta iglesia para sepulcro de los reyes sus antecesores, y se pusieron en ella las antiguas reliquias que los cristianos llevaron consigo en las invasiones. Reedificada despues, como queda dicho, por don Fernando el Magno hácia la mitad del siglo XI, fué entregada á los canónigos regulares de San Agustin, que don Alfonso VII trasladó alli del convento de Carvajal, una legua distante de Leon, y que han permanecido en ella hasta nuestros dias.

La iglesia es bastante espaciosa, de tres naves; al fin de la principal, por debajo del coro, se halla la entrada del que llaman el *Panteon*, donde hay depositados por lo menos 48 cuerpos de personas reales; y es una capilla dedicada á Santa Catalina llena de sepulcros sencillos y sin ninguna suntuosidad, unos encima de otros y con esculturas de grosera labor.

Es tambien notable este suntuoso templo por la multitud de buenas obras de escultura y pintura, asi como por la cantidad inmensa de reliquias de varios santos que conserva, además del cuerpo de San Isidoro, que está sobre la mesa del altar mayor: antes de las guerras y trastornos de este siglo, era muy rico en alhajas de preciosa hechura y considerable valor, que han desaparecido en su mayor parte. Otro de los objetos apreciables de esta santa casa es la libreria, en la que se encuentran códices y manuscritos rarisimos. Por último, en esta antigua iglesia se conserva una costumbre inmemorial que otros atribuyeu á un concilio celebrado en ella y concluido en Lugo contra los arrianos sacramentarios, cuya costumbre, que en la catedral de Lugo tambien se observa, consiste en tener constantemente al Santisimo manifiesto dia y noche, lo cual se ha practicado sin interrupcion, segun varios autores, desde el siglo VII hasta el dia, pues aunque los moros tomaron la ciudad de Leon aseguran dichos autores que respetaron la primitiva iglesia de San Juan, hoy de San Isidoro.

Desde Leon nos dirigimos al Vierzo pasando por Astorga, para visitar todas sus antigüedades romanas y góticas, y en efecto, vimos las asombrosas minas de las *Médulas*, restos magnificos y sólidos del pueblo rey; el sitio de una antigua ciudad suya llamada *Belgidum*, deliciosamente situada; el monasterio que fué de monges bernardos de Carracedo, en cuya fábrica está todavia incorporado un resto del antiguo palacio de recreo que alli tuvieron los reyes de Leon, y varios castillos feudales desmoronados en parte, y entre los cuales descuella el de Ponferrada, donde se distinguen las armas y los símbolos de los caballeros templarios, sus pasados señores. Este pais posee muchos recuerdos é infinitas tradiciones que con pena renunciamos á trascribir; pero si hubiéramos de hacer uso de todos los materiales que re-

cogimos en nuestro viage, la obra tendria un volúmen inmenso, porque España es el pais mas poético del mundo. Las montañas de Leon apenas conocidas, apenas visitadas por nadie, valen tanto respectivamente como las de la Suiza. ¡Qué trages tan pintorescos! Qué costumbres tan patriarcales!...

Salimos del Vierzo siguiendo rio arriba el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra; atravesamos los valles que toman el nombre del rio, cruzamos en seguida la Ceana y la Omaña, y nos detuvimos en los últimos términos de Babia. No habrá acaso ni uno solo de los lectores que no haya oido decir alguna vez en su vida, tratándose de un hombre distraido ó preocupado: *ese hombre está en Babia*; pero serán pocos quizás los que sepan que Babia es un pais triste, desnudo y riguroso en el invierno, pues ocupa la mesa de las montañas, y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas. Sin embargo, las praderas de esmeralda que verdeguean por las llanuras, sus abundantes aguas, la alineacion simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza, y los leves vapores que levanta el sol de verano de sus húmedas praderías, contribuyen á darle por entonces un aspecto vago, suave y melancólico que solo se encuentra en algunos paises del Norte.

Lo dicho de la Babia es aplicable igualmente á los demás concejos, á saber; la Omaña, la Ceana, y el Sil, pues todos se parecen mucho, si bien el último se diferencia algo mas por la gran frondosidad que visten sus montes, y por ser algo mas estrecho y reducido. En cuanto á costumbres, todos ellos las tienen iguales. La hospitalidad es una especie de religion entre estos montañeses, y no hay puerta que no se abra á la llegada de un forastero. Por la noche se reunen indispensablemente en su casa los mozos y las mozas á darle lo que se llama en lengua del pais el *beiche*, que no es otra cosa mas que el lindísimo baile del pais, en el que es costumbre que el forastero tome parte. Yo que hacia mucho tiempo que no bailaba y que nunca fui gran aficionado á esta diversion, no tuve mas remedio que echar mi ronda de *beiche*, sopena de someterme á los *carcharrones*, especie de solfeo no muy agradable, encomendado á las robustas manos de los montañeses. Mauricio no se hizo de rogar; al contrario, bailó como si toda su vida se hubiera estado ejercitando en el *beiche*, circunstancia que le valió una escelente acogida entre las zagalas. La esperiencia me enseñó luego que mi amigo tiene cierto talento pedestre de que supo sacar un escelente partido en mas de una ocasion.

La danza del pais es un baile animadísimo que se ejecuta con castañuelas, la música es alegre y armoniosa, al par que las coplas delicadas y graciosas en estremo. Voy á citar como muestra algunas que recuerdo.

Eres como el ave fenix
Que cuando muere renace:
Fuego de amor en tu pecho
Preside sin apagarse.
Corazon que sufre y calla
No se encuentra donde quiera;
No hay corazon como el mio
Que sufre y calla su pena.

Qué son celos pregunta
Un hombre sábio
Y un rústico le dice,
Ama y sabráslo.
Es la esperanza un árbol
El mas frondoso
Que de sus bellas ramas
Depende todo.

¿Tiene esto algo que envidiar á las célebres baladas alemanas? Confieso que la música popular de Andalucía tan llena de sentimiento y de calor me entusiasma; pero en las tiernas canciones montañesas hay un tono de vaguedad, de misterio y de tristeza que conmueve el alma de un modo inesperado.

Las *brañas*, especie de casetas que en la temporada de verano fabrican las montañesas en las cumbres de los montes, donde se retiran con sus ganados hasta principios de otoño, nos llamaron la atencion por su limpieza, por su adorno, que consiste en ramos de flores, y por la esquisita nata de que siempre tienen repuesto para obsequiar á los que las visitan.

Las *romerías* es otra de las diversiones de verano, muy semejantes á las de los demás paises; pero no se crea que en el invierno se convierten estos habitantes en hurones. Al contrario, se reunen todas las noches en las casas mas grandes del lugar; las mozas hilan las primeras horas, de donde viene á estas tertulias el nombre de *filandon*, y luego acuden los mozos y se baila hasta una hora regular. Entretanto los señores y señoras mayores refieren *historias*, como ellos dicen, y es cosa de ver por cierto á un alcalde de aquellos pueblos sentado en un sillon de baqueta, contando las proezas de Carlo-Magno, de don Pelayo ó del Cid, con tanta gravedad y aplomo como si las hubiese presenciado. Omito la descripcion del trage, porque puede verse en el grabado que lo representa con toda exactitud. Y ya que se habla de trages, no quiero dejar la provincia de Leon sin decir algo de los *maragatos*, tipo verdaderamente original, cuyo nombre y orígen atribuyen unos á *Mauregato*, menguado usurpador de la corona de Leon, y otros por el contrario, hacen á este mismo Mauregato oriundo de Maragatería; opinion que sea dicho de paso nos parece mas probable, siquiera por no desairar la tradicion que se conserva en Astorga de los juicios que pronunciaba Santo Toribio, anterior, si no nos engañamos al citado usurpador, en las querellas de los maragatos. El pais de la Maragatería está enclavado en el obispado de Astorga, y sus pueblos principales son Santiago-Millas, Santa Colomba, Rabanal del Camino y el Val de San Lorenzo, sin contar otros muchos de menor cuantía. Los hombres buscan en la arriería lo que su ingrato suelo les niega; y durante su ausencia, las mugeres cui-

dan de las faenas de la labranza. Las bodas se hacen siempre por convenio entre las familias, sin contar las mas veces con la voluntad de los novios,



Montañeses de Leon.

que cumplen el mandato de sus padres con la mayor resignacion y sin ocurrírseles jamás la idea de resistencia. Es verdad que el yugo matrimo-



Maragatos.

nial es aqui menos pesado que en otras partes, pues apenas se ven una ó dos veces al mes los consortes, á causa de andar siempre, como ya dijimos,

los hombres con recua y las mugeres en el campo. Las ceremonias de la boda no dejan de ser originales, aunque no tanto como las de los charros de Salamanca, y en cuanto á los trages el grabado que acompaña los representa tambien con la mayor propiedad. Lo mas particular y lo que no puede esplicarse es, cómo un pueblo situado en los últimos llanos de Castilla, á la márgen de dos caminos frecuentadísimos y manteniendo animado y fre-



Ermita de San Juan, en Baños.

cuente trato con diversas provincias de la península, ha podido sustraerse absolutamente al movimiento de la civilizacion, y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias, organizacion y hasta vestimenta de sus abuelos.

Poco diremos de la ciudad de Palencia poblacion de mas de 10,000 almas con una muralla antigua, buenas calles y una plaza regular. Su catedral, dedicada á San Antolin, cuyo cuerpo se custodia con gran venera-

cion, es de estilo gótico, reedificada por el rey don Sancho el Mayor, y una de las mas ámplias y mas hermosas de España. El hospital, bien dotado, lo fundó el Cid en la misma casa que habitó en esta ciudad. En el camino que dirige á Valladolid se halló en los cimientos de la parte de muralla inmediata á la puerta del Mercado una lápida del sepulcro de los hijos de Pompeyo, que se ha colocado á la derecha de esta puerta en la muralla nueva Palencia es la antigua *Pallantia* de los romanos, y la conquistó á los moros el rey don Sancho de Navarra el año 1034, restaurando la silla episcopal. Es glorioso timbre de esta ciudad el valor de sus matronas cuando teniéndola estrechamente sitiada los ejércitos ingleses en la guerra de don Pedro, los derrotaron completamente, por cuya hazaña les concedió don Juan I que usasen banda de oro sobre los tocados como los caballeros.

Cerca de Palencia en el pueblo de Baños, junto á la carretera de Burgos, están las ruinas de la antigua capilla de San Juan, que consta de tres naves y es de arquitectura gótica y árabe. Próxima á la capilla hay una fuente de agua cristalina, muy eficaz para ciertas dolencias, de donde sin duda toma nombre el pueblo.

Habiendo recorrido ya toda la Castilla y estando en los primeros dias de julio, emprendimos mi amigo y yo el viage, segun el itinerario que nos habiamos trazado, para las hermosas provincias de Asturias y Galicia.

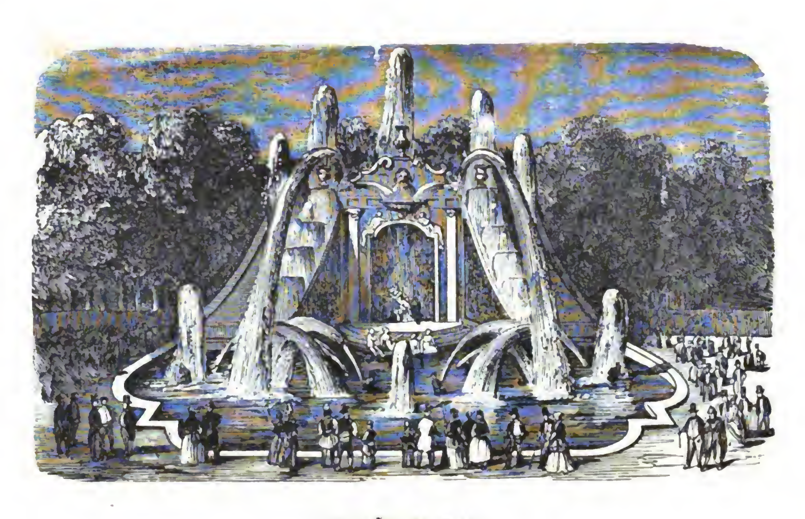
CAPITULO XXVI.

El castillo de Luna y el héroe de Roncesvalles.

Metidos en el coche ocupábamos solos la berlina, y hacia largo rato que dormíamos ó guardábamos silencio, porque era de noche, cuando le ocurrió á mi amigo preguntarme, viendo que estaba despierto, si habíamos atravesado ya los límites de la provincia de Leon y entrado en la de Asturias.

—No, le dije, tenemos aun que subir el Puerto de Pajares, y en la cumbre, en un sitio que llaman la Perrusa, está el signo divisorio de ambas provincias. Tienes lugar de dormir un buen rato, pues yo creo que no llegaremos á este punto hasta mañana al amanecer.

—Está el caso en que no tengo sueño, dijo Mauricio, y no sé en que ocupar el tiempo..... Háblame de cualquier cosa.....



LOS BAÑOS DE DIANA.

—¿De qué quieres que te hable? repliqué; la conversacion no se puede traer, es necesario que venga ella naturalmente.

—Pues bien; cuéntame algo del pais que recorremos, ya que la oscuridad no permite verlo ¿No hay por aquí algun castillo ruinoso, algun convento suprimido ó alguna cueva subterránea que te recuerde una historia, ó aunque sea un cuento de brujas?..... La hora y el sitio no pueden ser mas á propósito; media noche, soledad y amagos de tormenta, pues veo en el horizonte nubarrones y de vez en cuando relámpagos que anuncian próxima tempestad..... ¡Magnífica situacion para una historia romancesca!..... ¿No me contestas?

—Estoy recorriendo la memoria, le dije, para ver de complacerte, pero nada me ocurre. Si fuéramos por el camino de Galicia ya era distinto..... Está en Benavente el palacio de los antiguos condes, del que se cuentan mil maravillas, y en Villafranca del Vierzo hay un castillo, testigo, segun la tradicion, de la historia de Laura de Pormavell, mas tremenda todavía de lo que tú puedes imaginar.

—Cuéntame cualquiera de esas cosas. ¿Qué importa para el objeto de pasar el tiempo, que estemos mas ó menos cerca de los lugares de la escena?

—Importa mucho para darles interés; además sería invertir el órden, puesto que á la vuelta hemos de pasar por ambos puntos y será mejor ocasion para referir sus tradiciones.

—¿Con que me quedo sin historia?

—Me parece que sí, como no te conformes con una que todo el mundo sabe de memoria y que me acaba de ocurrir en este instante.

—Desde luego me conformo, porque podrá ser que yo no la sepa ó que tú la refieras de distinto modo. ¿Cuál es?

—La del famoso Bernardo del Carpio, le dije, hijo del conde de Saldaña, que suponen estuvo largos años encerrado en el castillo de Luna, no lejos de aqui.

—¿Querrás creer que no sé mas de Bernardo del Carpio que aquellos versos tan comunes, que deben ser de alguna comedia antigua:

En el Carpio me hallarás,
Que alcaide del Carpio soy.

Yo siempre lo he tenido por un héroe fabuloso.

—Y no eres solo en opinar asi; desde que Masdeu en su «Historia crítica de España,» quiso probar, no sin fruto, que Bernardo del Carpio es un ente imaginario, se han adherido á este dictámen muchos hombres de valer. Sin

embargo, yo creo que la existencia de Bernardo y del conde de Saldaña no pueden ponerse en duda, si bien no digo por esto que sean de todo punto exactas, ni sus aventuras ni sus hazañas, perpetuadas por la tradicion y engalanadas por la poesía. Me fundo para opinar asi, en que entre los privilegios concedidos por Alfonso el Casto á sus próceres, se ve repetidas veces el nombre de Sancho Diaz, que es el del conde de Saldaña, y en Aguilar de Campo, muy cerca del monasterio de premonstratenses, se ve un sepulcro que dicen ser de Bernardo del Carpio, y que Cárlos V lo visitó en 1517 cuando vino de Flandes por primera vez á España. Hay al lado de este sepulcro otra tumba que se cree ser de Fernando Gallo, alférez de Bernardo. Además las proezas de éste y los infortunios del conde han dado motivo á infinitos romances, á varias comedias de distintos autores, y á un poema escrito por Bernardo de Balbuena, de incontestable mérito, aunque lleno de lunares que le afean. Sin duda que estos escritores no han tenido mas guia en sus obras que la tradicion, pues las crónicas nada dicen de Bernardo ni del conde; pero sabido es que las tradiciones traen un orígen mas ó menos positivo, aunque siempre fundado, y el que nada digan las crónicas del héroe de Roncesvalles, puede esplicarse muy bien por la naturaleza de estos escritos, cuyo objeto era en aquellos tiempos referir la vida de los reyes y nada mas.

—Me has dejado aturdido con ese raudal de elocuencia, esclamó Mauricio con aire dramático, y en verdad tanto mas oportuno para mí, cuanto que no me habia ocupado nunca de la materia, ni siquiera sabia que los historiadores anduviesen discordes, lo cual por otra parte no me estraña, pues estos señores se parecen á los relojes, que siempre difieren unos de otros.

—Es asunto muy debatido y mas difícil de formar juicio exacto que acerca del Cid, proseguí, no solo por ser de época anterior, sino por el silencio que, como dije, guardan los escritores de su tiempo.

—Pues dejemos á otros que averigüen lo cierto, demos por sentado que existieron Bernardo, su padre y toda su parentela, y cuéntame su historia tradicional como tú la sepas, sin escrúpulo de conciencia, que yo te doy palabra de creerla como si hubiese presenciado los hechos. Sírvate de consuelo el considerar que si tu historia fuese una fábula, hay en cambio muchas fábulas que son realmente historias. Manos á la obra y dime ante todo hácia dónde está el castillo de Luna que nombraste, por qué se llamó Bernardo del Carpio el hijo del conde de Saldaña, y por qué este conde estuvo encerrado en el mencionado castillo, y.....

—Da tregua á tus preguntas, le interrumpí, si quieres obtener respuesta. El castillo de Luna, del que solo existen ya ruinas y escombros, está

en los confines de la provincia de Leon, lindando con la de Asturias por la parte de la montaña, junto á un rio llamado Derva, Deva ó Luna, pues no estoy seguro del nombre, y contiguo al pueblo de Barrios de Luna, que hoy pertenece al partido judicial de Murias de Paredes. Además del conde de Saldaña estuvo encerrado en dicho castillo don García de Galicia, hijo de Fernando I. Su hermano don Sancho el Bravo, despues de haberle vencido en Santaren, le envió preso á este castillo, donde dicen que de rabia se desgarró las venas.

—Repito, continuó mi amigo siempre con tono burlon, que esta noche estás hecho una enciclopedia ambulante, y eso que no te ocurria nada de que hablar. Bien sabia yo que en dándote pié..... Pero no perdamos tiempo, y vamos con la historia de Bernardo..... Y á propósito, contesta antes á una pregunta que será la última: ¿ese Bernardo es el de la espada?

—¿El de qué espada?..... No te entiendo.

—¡Hombre! el compañero de Ambrosio.

—Ahora te entiendo menos.

—¿Con que no has oido hablar nunca de la espada de Bernardo y de la carabina de Ambrosio?

—Tú tienes gana de divertirte, Mauricio.

—No te enfades, que es una broma; cuenta que ya te escucho, y te doy palabra de no interrumpirte.

—Por el año de gracia de 792 ocupó el trono de Asturias Alfonso II, llamado el Casto, hijo de don Fruela, y es fama que poco tiempo despues se casó con doña Berta, hermana de Carlo-Magno, aunque las crónicas aseguran que dicha señora no llegó nunca á venir á España ni á unirse con su marido, quien guardó siempre tal continencia, que se hizo merecedor aun en vida, del sobrenombre que la historia le ha conservado. Tenia Alfonso una hermana llamada Jimena, de la cual se enamoró perdidamente don Sancho Diaz, conde de Saldaña, que no tardó mucho en ser correspondido, si hemos de dar crédito á los romanceros.

En los reinos de Leon
El casto Alfonso reinaba,
Hermosa hermana tenia,
Doña Jimena se llamaba.
Enamorárase de ella
Ese conde de Saldaña;
Mas no vivia engañado,
Porque la infanta le amaba.

Largo tiempo permaneció oculto el trato de ambos amantes por miedo de enojar al rey; pero como estas cosas á la larga ó á la corta se descu-

bren, sucedió que una tarde hallándose la infanta en su aposento, ocupada la imaginacion sin duda con el objeto de su cariño, sintió dar tres golpes en una puerta secreta de la alcoba, señal convenida entre ella y don Sancho. Corrió á abrirla, creyendo abrazar á su amante; pero quedó helada á la vista de un desconocido, que obligándola á guardar silencio con un gesto imperioso, la condujo luego de la mano junto al balcon de la sala inmediata, y arrojando la capa y el casco que le ocultaba hasta el rostro·

—¿Me conoceis, Jimena? le dijo con voz visiblemente alterada.

—¡Ordoño! gritó la infanta, y se dejó caer en un sitial.

—¿No esperábais que fuese yo quien llamára por esa puerta? prosiguió el desconocido. ¿Creíais vuestro secreto mejor guardado, no es verdad?..... Ahora ya comprendo el origen de vuestra repugnancia á corresponder á mis finezas; no es el convento á donde os destinan, ni los votos que vais á pronunciar, la causa de vuestro desdén. ¡Es ese hombre misterioso, cuyo nombre ignoro, el que me roba vuestro cariño!..... Pero yo os aseguro que no será por mucho tiempo. ¡Me despreciais por un desconocido, tal vez por un plebeyo, á mí que soy vuestro primo!..... que os amo como un loco!.....

—Ya os he dicho en otras ocasiones, Ordoño, replicó la infanta con dignidad, que sé á qué debo atenerme en cuanto á vuestro amor. Conozco vuestras miras ambiciosas y vuestros proyectos. Si yo no fuese hermana del rey, de un rey que probablemente morirá sin sucesion, de seguro, primo, no hubiérais pensado en mí nunca. Agradezco, sin embargo, vuestras finezas, mas no espereis que corresponda á ellas. Habeis descubierto, es verdad, una parte de mi secreto, pero ignorais el resto y lo ignorareis siempre. Sea noble ó plebeyo el hombre á quien he dado mi corazon, debe ser para vos respetable, y no toleraré que lo ultrajeis en mi presencia. Salid de aqui inmediatamente, caballero, ó de lo contrario llamaré á mis damas.....

—No me moveré de este sitio, dijo Ordoño con rabia reconcentrada, sin que me digais antes el nombre de mi rival.

—¡Nunca! esclamó Jimena con energía, primero me dejaré hacer pedazos.

—Pues bien, prosiguió Ordoño con glacial calma, yo encomendaré al rey el cuidado de averiguarlo.

—No hareis tal, yo estoy segura, dijo la infanta con tono suplicante, no querreis la desdicha de una pobre muger que ningun mal os ha hecho y es además vuestra parienta.

—¡No me habeis hecho mal!..... ¿Y el desprecio de mi amor?... Jimena, pensadlo bien; ú os decidís á darme la mano de esposa, ó mi venganza será terrible.

—¡He dicho que jamás!... Ordoño, no me atormenteis infructuosamente, tened compasion de mí.

—¿La habeis tenido vos, por ventura, señora?... ¡Compasion! ¿y á mí quién me compadece?... Quereis que respete vuestros amores clandestinos, que ignore el rey su deshonra, que nadie sepa vuestro ilícito trato con un hombre salido acaso de la hez del pueblo, con un infame que os ha seducido para abandonaros luego á vuestra vergüenza...

—¡Mentira! gritó con voz de trueno un desconocido que apareció repentinamente en medio de la estancia.

—¡Sancho! esclamó la infanta, y cayó desmayada.

—¡El conde de Saldaña!... dijo Ordoño como sorprendido. Luego sois vos.....

—El marido de Jimena, interrumpió con dignidad el conde, que viene á pediros cuenta de los insultos y desmanes que acabais de usar con la que delante de Dios y de los hombres es mi legítima esposa... Introducido en esa alcoba por la puerta secreta que hallé abierta, todo lo he escuchado, y ya comprendereis que entre caballeros estas escenas no pueden tener mas que un término... Os aguardo mañana al amanecer detrás de la iglesia de San Salvador.

Y diciendo esto señaló con el dedo y con gesto imperativo, á Ordoño, la puerta principal de la cámara. Ordoño por su parte, y como obedeciendo á una fuerza superior, se alejó lentamente en silencio, y solo al doblar la puerta dirigió al conde una torva mirada y dijo con voz firme: «Hasta mañana.» Sancho acudió al punto á socorrer á la infanta.

Al siguiente dia de la escena que acabamos de bosquejar, los habitantes de Oviedo se repetian al oido y como temerosos de ser escuchados, mil noticias estrañas, que abultadas por el misterio habian llegado á producir cierta especie de alarma y de terror. Algunos decian que al despuntar el alba se habian visto dos personages, armados de punta en blanco, batirse con furor detrás de la iglesia metropolitana; que al cabo de una hora de combate el uno cayó al suelo, al parecer mortalmente herido, pero que inmediatamente desapareció sin saber por donde ni cómo, asi como su contrario, de donde se inferia que el diablo pudo tener alguna parte en el asunto. Otros contaban haber visto antes de rayar el dia una silla de manos conducida por cuatro hombres y escoltada por otros cuatro, en la que iba una muger cubierta con un velo negro, y esta muger suponian que habia salido del palacio del rey, pero nadie sabia donde habia ido. No faltó tambien quien observara que á la media noche y con el mayor misterio, habia sido conducido al régio alcázar un niño que se criaba en uno de los arrabales de la ciudad, y que mas de una vez habia dado orígen á comentarios y mur-

muraciones entre las vecinas del barrio, por ignorarse su orígen, sobre cuyo punto guardaban desesperante silencio las dos mugeres encargadas de su guarda. En fin, se decia públicamente, y esto era lo que mas inquietud causaba, que el conde de Saldaña se habia retirado á sus tierras con sus deudos y vasallos, y que iba á negar al rey su obediencia. Hé aqui ahora la esplicacion de estos rumores.

Ordoño, impaciente sin duda por vengarse, desde la cámara de la infanta se dirigió al cuarto del rey y le refirió los amores de Jimena con Sancho; Alfonso no quiso creerlo al pronto; pero Ordoño lo condujo á la habitacion de su hermana, donde halló á ésta todavía desmayada en brazos del conde. Algunos escritores han dicho que Alfonso habia concebido por la infanta una pasion violenta, y asi quieren esplicar el rigor inaudito que usó con ella y principalmente con el conde, y hasta suponen que su abstinencia no tuvo tampoco otro orígen ni motivo. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que al ver por sus ojos confirmado cuanto Ordoño le acababa de revelar, se puso furioso de ira, y hasta quiso matar en el acto á los dos culpables; pero pasado el primer ímpetu imaginó una venganza todavía mas terrible. Cuando la infanta volvió en sí y se vió en presencia de su hermano, comprendió todo cuanto habia pasado y se arrojó á los pies del rey implorando su perdon, no para ella sino para don Sancho y para su hijo Bernardo, que se criaba escondido en un arrabal del pueblo. Alfonso ignoraba que su hermana fuese madre, y mandó conducir al punto á palacio á su sobrino, que era ya entonces un rapaz de tres años, hermoso como el amor y tan parecido al rey, segun cuentan las leyendas, que por mucho tiempo se tuvo en la córte por hijo natural suyo. Aquella misma noche salió la infanta para encerrarse en un convento, y el conde fué preso y mandado conducir al castillo de Luna. Sin embargo, como tenia pendiente un desafío con Ordoño y estos lances eran tan respetables y solemnes en aquellos tiempos, los caballeros encargados de su custodia no solo le permitieron ir al lugar de la cita, sino que le acompañaron ellos mismos. Se batieron con furor ambos antagonistas, y por mucho tiempo estuvo dudosa la victoria; pero venció el conde por su mal y dejó á Ordoño tendido en el palenque para no levantarse nunca, circunstancia que agravó sin duda la suerte del conde, pues el rey llevó muy á mal la muerte de su pariente.

Encerrado Sancho en el castillo, refieren algunos de los que han escrito sobre esta materia una escena terrible que repugna trazar con todos sus detalles. Dicen que atado en un sillon se presentó un hombre con un hornillo en que habia dos hierros candentes, los introdujo por los ojos al conde despues de mojada la punta en una composicion química, de cuyas resultas quedó completamente ciego, y que fué tal el horror que al infeliz es-

poso de Jimena causaron los preparativos de esta cruel operacion, que su cabellera negra como el ébano, se volvió blanca en el acto.

Dejemos ahora al desgraciado Sancho Diaz encerrado en la fortaleza y sin ojos para llorar su desdicha, y volvamos al palacio de Alfonso, donde hallaremos á Bernardo, que no volvió á salir de él desde la noche que lo llevaron por la vez primera, y que se crió con tal esmero y regalo, que nadie dudaba, ni aun él mismo, que fuese hijo bastardo del rey, pues los amores de la infanta y el conde de Saldaña eran un secreto para todos, escepto un corto número de personas á quienes se habia exijido el secreto bajo juramento.

Creció Bernardo en edad y empezó á señalarse en las lides de tal modo, que á los diez y ocho años era reputado por el caballero mas valiente de la córte de Alfonso; entonces dos parientes suyos, llamados Vasco Melendez y Suero Velazquez, á quienes mas que á otros dolian los infortunios del de Saldaña, resolvieron revelar su orígen á Bernardo y se valieron al efecto, para no quebrantar el juramento, de las dueñas que lo habian criado.

«Nos os rogamos,
Señoras, por cortesía,
Que le digais á Bernardo
Por cualquier manera ó via,
»Como yace preso el conde
Su padre don Sancho Diaz;
Que trabaje de sacarlo,
Si pudiere, en cualquier guisa;
»Que nos al rey le juramos
Que de nos no lo sabria.»

Cuando Bernardo se enteró de quien era el autor de sus dias, se dirigió al rey para pedirle la libertad de su padre, pero Alfonso, á quien quince años de encierro parecian poco para expiar el crímen de haber amado á su hermana, no queriendo tampoco romper con Bernardo, que gozaba ya de gran prestigio en la córte, le dió una respuesta evasiva dejándole entreveer la esperanza de que fuese la libertad del conde el premio de su valor.

Entretanto la fama de las proezas de Bernardo habian penetrado en la prision de su padre, que creyéndose olvidado prorumpia en lastimosas y tristes quejas.

«Todos los que aqui me tienen
Me cuentan de tus hazañas.
Si para tu padre no,
Dime, ¿para quién las guardas?
»Aqui estoy en estos hierros,

Y pues dellos no me sacas,
Mal padre debo de ser
¡O mal hijo, pues me faltas!
»Perdóname, si te ofendo,
Que descanso en las palabras;
Que yo como viejo lloro
Y tú como ausente callas.»

Animado Bernardo por las palabras del rey solo deseaba una ocasion para distinguirse, y esta no se hizo esperar. Habia Alfonso imprudentemente ofrecido al emperador Carlo-Magno que le dejaria en herencia á su muerte el trono de Asturias y Leon, reunidos ya por este tiempo en uno solo, lo cual sabido por el pueblo y por los grandes produjo una sublevacion y el rey tuvo que desistir; pero el emperador, viendo que se le negaba lo que de grado le ofrecieron, resolvió tomarlo á la fuerza sin esperar la muerte de Alfonso. Entonces éste encomendó la salvacion de sus estados al hijo de Saldaña, quien reunidas las huestes se puso á la cabeza y partió en busca del francés que se adelantaba hácia el Pirineo por el lado de Roncesvalles. Cuentan las leyendas y romances que aun cuando el número de caballeros y peones que Bernardo capitaneaba era corto, comparado con los enemigos, fué tal el entusiasmo que supo infundirles, que desde luego nadie dudó del éxito de la jornada.

«Todos á Bernardo acuden
Libertad apellidando,
Que el infame yugo temen
Con que los amaga el galo.
»¡Libres, gritaban, nacimos,
Y á nuestro rey soberano
Pagamos lo que debemos
Por el divino mandato!
»¡No permita Dios ni ordene
Que á los decretos de estraños
Obliguemos nuestros hijos,
Gloria de nuestros pasados!
»No están tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio.
»¿El francés ha por ventura
Esta tierra conquistado?
. . . .
. . . .
»¡Déles el rey sus haberes,
Mas no les dé sus vasallos:
Que en someter voluntades
No tienen los reyes mando.»

Habíanse aliado los leoneses con el rey moro de Zaragoza, y juntos derrotaron las huestes de Carlo-Magno en el paso de Roncesvalles, habiendo vencido Bernardo en singular batalla á Roldan, el mas famoso de los doce pares de Francia, á quien dicen que ahogó entre sus brazos. Esta victoria salvó el reino, y Bernardo se creyó ya en el caso de reclamar por premio de ella la libertad de su padre; pero Alfonso, que segun lo pintan debia de tener aun mas de taimado que de casto, se negó á otorgar á su sobrino la gracia que le pedia, y entonces fué cuando irritado éste con justísimo motivo, corrió á encerrarse en el castillo del Carpio, á dos leguas de Salamanca, con todos los suyos, y se declaró en completa rebeldía. Quiso Alfonso reducirlo por las armas, pero bien pronto comprendió que le era imposible lograrlo, y aun temió por su corona en vista de la popularidad del hijo del conde, adquirida por su valor y por lo santo de la causa que defendia. Trató, pues, de negociar, y quedó estipulado que Bernardo entregaria el castillo del Carpio á los comisionados del rey y éste le entregaria á su padre. Cumplióse al siguiente dia lo pactado; las huestes de Alfonso ocuparon el castillo mientras que Bernardo se adelantó á recibir una comitiva de caballeros, en el centro de la cual venia el conde de Saldaña vestido con su armadura y calada la visera. Impaciente su hijo por abrazarlo, echó pie á tierra y corrió á tomarle la mano; pero esta mano estaba helada como el mármol; dirigióle la palabra y Sancho no contestó. «Lo han muerto!!!...» gritó Bernardo, y cayó sin sentido en el suelo. Cuando volvió en sí solo vió una estancia enlutada, donde rodeado de deudos y amigos, yacia el cadáver del conde.

«Un rato entre dientes habla
Y otro rato habla claro,
Formando quejas al cielo
Del rey don Alfonso el Casto
»Que muerto le dió á su padre
Y vivo se lo ha mandado.»

Hasta aqui hay cierta uniformidad en las leyendas y romances; despues nada se sabe de cierto sobre el paradero de Bernardo, que suponen unos se fué á Granada é hizo alianza con los moros por vengarse de Alfonso, y otros que se retiró á un monasterio. Tan solo un autor dice que cuando murió la infanta doña Jimena en el convento de Cangas, un hombre barbudo y cubierto con un sayal estuvo toda la noche rezando á los pies del túmulo. ¿Seria el hijo que pagaba este tributo á la que le dió el ser, ú Ordoño que, como otros aseguran, no murió en el desafío y desde la ermita donde hacia penitencia fué á pedir perdon á su prima de los ma-

les que la habia causado? Nada es posible asegurar cuando faltan, como te dije al principio, datos que atestigüen hasta la existencia de los héroes de esta historia, que he procurado referirte lo mas compendiada posible.

—Y que á mí me ha gustado mucho, dijo Mauricio, y sentiria en el alma que se hubiese acabado tan pronto, sino tuviera para consolarme la venida de la aurora, que disipa las nubes de la tempestad, y la hermosa vista del puerto de Pajares, que empezamos á subir.

CAPITULO XXVII.

Asturias.—Costumbres.

Mi amigo tenia razon, pues tocábamos ya los famosos montes que los antiguos llamaban *Herbaseos* ó *Narbaseos*, donde se acogieron los suevos huyendo de los vándalos, llamados hoy sierra de Arbas, que otros tiempos separaban á los *Asturos Augustanos* de los *Asturos Trasmontanos*, cuando en territorio de Leon todavía, descubrimos á nuestra derecha la colegiata de Santa María del Puerto y las casas de los canónigos. La celeridad con que iba el carruage nos impidió examinar el edificio, cuya fundacion se remonta á una época bastante lejana, y cuyo objeto, á la manera que el famoso convento del monte de San Bernardo, fué servir de albergue á los transeuntes que durante la estacion de las nieves atravesaban la montaña; en el dia todavía se socorre con pan y vino á todos los viageros pobres. Esta colegiata y la de Cangas son las únicas de patronato real que se conservan en el principado de Asturias.

Al llegar á lo alto de la cuesta, donde está el mojon, signo divisorio de ambas provincias, presenciamos una escena que nos enterneció. Iba delante de nosotros una cuadrilla compuesta de asturianos pobres, que llevando al hombro los instrumentos agrícolas de que se sirven para la siega periódicamente en los llanos de Castilla, volvian á su pais. Al poner aquellos hombres el pie en el territorio de Asturias se postraron respetuosamente y besaron con entusiasmo la tierra en que habian nacido. Esta demostracion que recuerda las sencillas costumbres de los tiempos primitivos, nos mostró que el amor de la patria, tan arraigado en la mayor parte de nuestras provincias, es casi un culto en el corazon de los asturianos.

En la altura del puerto cambia la decoracion natural de una manera

sorprendente. A las desiertas y monotonas llanuras de Castilla, se suceden ya elevadísimos montes cubiertos de maleza y de árboles, y habitados por osos, corzos, cabras monteses, ya magníficas cascadas, ya risueñas colinas cubiertas de verdura y salpicadas profusamente de caserías, iglesias y torres feudales, ya en fin amenísimas praderas regadas por limpios arroyos y en las que retoza multitud de ganado. Sublime y grandioso es el panorama que domina el viagero desde el alto de Pajares. Parece que el dedo de Dios trazó alli una línea divisoria para señalar dos paises enteramente distintos uno de otro, y que al colocar al de Asturias tan aislado de las demás naciones, circundado por todas partes de montes inaccesibles ó de las siempre embravecidas olas del mar Cantábrico, y dotándole al mismo tiem-



po de todos los frutos y producciones necesarias á la vida, fué su intento formar una region afortunada en que el hombre, á costa de un moderado trabajo, tuviese lo preciso, pero sin aquel regalo que le afemina, le enerva y le entrega á la ociosidad y los vicios.

Para distraer algun tanto la ociosidad del camino, ya que Mauricio no podia trasladar á su album los bellísimos cuadros que sucesivamente y con la rapidez del rayo iban pasando por nuestros ojos, nos ocupamos en recordar la antigua historia del pais que á la sazon atravesábamos, asi como sus primitivas y actuales costumbres, una y otras muy semejantes á las de las Provincias Vascongadas.

No es propio de nuestro objeto estendernos sobre lo pasado, que no puede tener interés en un libro de esta especie, pero en cambio no queremos tampoco omitir algunas noticias relativas á los habitantes de este poético pais, cuyos usos y trages por cierto se asemejan todavía bastante á lo que de lo antiguo nos dicen varios autores, entre ellos Plinio y Estrabon.

Generalmente los asturianos son penetrantes, algun tanto satíricos, altivos, moderados y de buenas costumbres. Las tareas de la agricultura y la cria de ganados, la concurrencia á los mercados y romerías y á la casa del concejo los dias de audiencia pública, son las ocupaciones mas usuales de los habitantes de las aldeas del interior, asi como la pesca y navegacion forman casi esclusivamente la industria de los moradores de la costa, que á su laboriosidad, inteligencia é intrepidez para arrostrar los peligros de las olas, añaden la propiedad de estar dotados de una razon natural muy despejada y honradez á toda prueba. La presencia de unos y otros es robusta y agradable, efecto de la frugalidad y contínuo trabajo. Abundan en Asturias los tipos del hombre del Norte, color blanco, cabellos rubios y ojos azules, mas que en otra cualquier provincia de España, y aunque tan retirada está del centro de la monarquía, es mas general en ella la civilizacion que en otras vecinas de la corte, efecto de la mucha poblacion y contínuos viages que á Castilla, Andalucía, América y otras partes hacen sus habitantes. Apenas se encuentra en Asturias un aldeano que no sepa leer y escribir. Las aldeanas alternan con los hombres en todas las tareas agrícolas, y rivalizan con ellos en robustez y agilidad. El trage mas usado entre los paisanos consiste en chaleco y chaqueta, faja encarnada de estambre, calzon y botin alto de paño pardo, zapatos de cuero ó madera, segun la estacion, y finalmente montera de paño negro forrada de pana. Esta en los jóvenes y solteros va adornada con una pluma de pavo real y ramos de siemprevivas. Tambien cuelgan del chaleco escapularios y cintas de varios colores, tocadas á la Vírgen de Covadonga, Cristo de Cangas ú otra imágen célebre en el pais. Estas cintas tienen el nombre de *colonias* ó *medidas*. Este que acabamos de describir es el verdadero trage asturiano; no obstante, hay muchos jóvenes aldeanos del dia, que abandonando (impulsados por el genio innovador del siglo) el vestido tradicional de sus abuelos, llevan en vez de la graciosa polaina y calzon pardo, pantalones flojos, y que sustituyen á la montera, cuyo orígen se remonta al menos al siglo XIII, un sombrero hongo de fieltro ó paja, los que engalanan tambien con plumas y siemprevivas. El vestido de las mugeres es igualmente bastante agraciado. Se compone de un zagalejo corto de bayeta encarnada ó amarilla, sobre el que se ve una saya de estameña negra que deja descubrir el zagalejo. Cotilla encarnada y camisa de mangas largas, sujeta al cuello y puños con

botoncitos. Sobre la cotilla un airoso dengue negro con orla de terciopelo del mismo color, cuyas largas puntas despues de cruzarse sobre el pecho, van á atarse por la espalda en el talle. Llámase esta pieza del trage *solitaria* ó *mantilla de rebozar*. En la cabeza pañuelo blanco atado graciosamente, y al cuello varias sartas de corales, de las que penden algunas medallas ó efigies de santos de plata. De estas sartas cuelgan tambien *medidas* ó *colonias*, de las que hablamos arriba. Muchas mugeres añaden á todo lo referido un jubon de mangas anchas de tela igual á la saya esterior, que cuando no llevan puesto, suelen atar á la cintura. El calzado consiste en zapatos, con medias de lana blancas ó azules, y *madreñas* en los dias de lluvia.



Los robos y asesinatos son tan raros en este pais patriarcal, que apenas se conserva la memoria de algun crímen de esta especie, y asi el viagero camina solo y sin temor á cualquier hora de la noche. El uso del pasaporte es enteramente desconocido para transitar dentro de la provincia, y el caminante pobre encuentra siempre abierta la casa del honrado labrador, que le ofrece con la fraternidad y franqueza de los primeros tiempos, un sitio en su hogar hospitalario, un tazon de leche recien ordeñada y un pedazo de pan de maiz. Los mercados y romerías, que son muy frecuentes en Asturias, presentan un tipo particular y el mas variado y pintoresco

cuadro, en especial las últimas. Celébranse generalmente en derredor de una iglesia bizantina ó de un palacio señorial que suele contener el sepulcro ó algun otro recuerdo de nuestros pasados héroes. Alli en un frondoso bosque ó risueña pradera comienza la funcion desde la víspera con la gran *foguera*, compuesta de haces de argoma, ramas de pino, etc., etc., fuegos artificiales, cantos, bailes, gaita y tamboril. La iglesia está por lo regular iluminada con faroles de colores, y al mismo tiempo brillan multitud de luces en las tiendas de bebidas, comestibles, frutas y dulces, y en las tabernas portátiles de vino y sidra (1) consistente en una gran pipa ó tonel sobre un carro de bueyes. El estampido de los escopetazos y cohetes se mezcla al rústico sonido de la gaita y al monótono y antiquísimo canto de los *romances* con que se acompañan divididos en dos coros, los que toman parte en la *danza prima*. Esta es un fiel traslado de la que describe Plinio, y muestra bien su orígen guerrero, pues mas que baile ó diversion parece un ejercicio para agilitar las fuerzas. A la lanza que llevaban los *asturos* han sustituido los *asturianos* un palo largo, arma temible en sus robustas manos, y para que la semejanza sea completa con la danza primitiva, suele terminarse con una refriega á veces reñida, que empieza por los vítores que cada bando contendiente da á su respectivo concejo, asi se oye enmedio de la pelea ¡Viva Carreño!..... ¡Viva Gonon!..... etc.

Las mugeres danzan separadas de los hombres, y si alguno de estos quiere introducirse en su círculo, suele el cura de la parroquia prohibírselo, y es obedecido siempre. Entre la música de los *romances*, que es muy sencilla y monótona, aunque no carece de armonía, y muy semejante al canto llano, se escucha con frecuencia el *ixuxu* (2), antiguo grito de guerra de los *asturos*, y que sus hijos han convertido en esclamacion de alegría y de contento. Hé aqui algunas estrofas de los romances mas usados en las aldeas:

Un amor que yo llamaba
El se fuera y no tornaba,
Un amor que yo queria
El se fuera y no venia.
. . . .
Alegres cartas me enviaba,
Muy tiernas cartas me envia.
¡No os caseis! la muy amada,
¡No os caseis! me decia.
. . . .
¡Ah! Antonio se llamaba,
¡Ah! Antonio se decia
Aquel que me dió la saya,
Aquel que me dió la cinta,

(1) Bebida hecha del zumo de la manzana, y que suple á la falta de vino.
(2) La x asturiana se pronuncia como la j francesa.

Aquel que andaba en la guerra,
Aquel que andaba en la armada,
Con espada y con rodela,
Con rodela y con espada.
Quier que le sirva á la mesa,
Quier que le sirva en la sala.
. . . .
Yo busco á la blanca niña,
Yo busco á la niña blanca
La que el cabello tejia,
La que el cabello trenzaba,
Un niño en brazos traia,
Un niño en brazos llevaba;
Ramo de flores traia,
Ramo de flores llevaba,
De las que el rosal tenia,
De las que el rosal llevaba;
Que en el mi jardin habia,
Que en el mi jardin estaba.
. . . .

En tanto la bulliciosa y alegre muchedumbre canta, danza y se agita alrededor de la grande hoguera, varios devotos oran con fervor ante la imágen del santo adornada con multitud de flores, y otros dan una ó mas vueltas en torno del santuario ya de rodillas, ya descalzos, etc., etc., no de otro modo que los fieles muslimes en el gran templo de la Meca. El dia que sucede á la bulliciosa noche de la *hoguera* crece aun la concurrencia, y el cuadro aumenta por lo mismo en animacion y variedad. La procesion va precedida de coheteros y tiradores, que con sus escopetas hacen continuos disparos, de la gaita y de uno ó mas *ramos*, voz que necesita esplicacion especial. El ramo es una pirámide hueca formada por palos y afianzada á unas andas ó angarillas. Las jóvenes mas ricas y elegantes de la aldea costean el adorno del *ramo*, que consiste en multitud de panes, gallinas, tortas, jamones y otras ofrendas, que van sujetas á la pirámide con vistosas cintas de varios colores, de las que cuelgan joyas, medallas, collares, plumas, flores, etc., etc. De las muchachas que costean el *ramo* se escogen las cuatro de mejor presencia para que lo lleven en hombros durante la procesion, y acabada ésta, lo depositan á la puerta de la iglesia. Entonces un clérigo en alta voz saca á pública subasta el *ramo* ó *ramos*, y lo adjudica al mejor postor. El importe lo reparten los capellanes que asisten á la funcion, y va á aumentar la *pitanza* de aquel dia. La fiesta se prolonga hasta la noche, y en tanto los concurrentes se entretienen no solo en las danzas, sino en el juego de bolos, á que hay en Asturias decidida aficion, ó en la lucha y la carrera. Tambien están muy en uso las cucañas. Las riñas de gallos se van estendiendo en algunas comarcas, y en los puertos de mar las corridas de patos. Esta diversion consiste en colgar á uno de estos animales de una cuerda, cuyos estremos están afianzados á los mástiles de dos lanchas suficientemente apartadas una de otra. Otras lanchas ó botes pequeños, tripuladas por hombres medio desnudos, corren velozmente á fuerza de remos por entre las dos primeras, con objeto de coger el pato; pero como no cesan de correr los botes, los hombres que le conducen caen al agua, aunque logren coger el pato, con gran risa de los cir-

cunstantes. Los *saleos* son otra diversion muy usada en los puertos de mar, en especial las noches de San Juan y San Pedro. No son otra cosa que un paseo por mar en lanchas, en las que resuenan músicas y alegres cantos. En estos dias de fiesta no solo el altar y la efigie del santo se cubren de flores, sino tambien (en algunos concejos), todas las puertas y ventanas de las casas de la aldea. En el dia de San Juan los jóvenes plantan á la puerta de sus amadas un alto árbol del que penden ramilletes, vistosas cintas y alguna vez billetes de amor. Las romerías mas nombradas en Asturias son la de Nuestra Señora de Covadonga, el Cristo de Candas, el Jesus de Tañes en Caso, la Vírgen de la Cueva en el Infiesto, Nuestra Señora de Llugas cerca de Villaviciosa, la Vírgen de Begoña en Gijon, etc., etc.

Una de las mas antiguas y poéticas tradiciones que se conservan en Asturias es la de las *xanas*. Son estas unas mugercitas de un codo de alto y muy bellas, que habitan en palacios de cristal, debajo de las fuentes solitarias, y por cuyo caño se deslizan, pasadas las doce de la noche con objeto de lavar sus ropas, que son como ellas de estremada blancura. Estas pequeñas brujas ó encantadoras no son malignas, y regalan á sus favoritos con madejas de hilo que deben devanarse siempre hácia la derecha, con lo que no se acaba nunca el misterioso hilo. Si al contrario se devana hácia la izquierda, se acaba en el instante. La xana elije para habitar la fuente que está en situacion mas risueña, en medio de los prados, protegida por árboles y lejos de las poblaciones. Tambien se dice guardan en sus escondidas moradas ricos tesoros de oro y joyas. Una tradicion, muy semejante á esta, nos refiere Sir Walter Scott en algunas de sus novelas, que existe en las montañas de Escocia. Allí llaman á las *xanas*, *lavanderas de noche*. Otra tradicion de las mas arraigadas es la de la *hueste*, que consiste en una gran procesion de fantasmas blancas, que llevando en la mano una tea encendida, van á las altas horas de la noche, precediendo á un ataud, en derredor de las iglesias ó cementerios. Estas apariciones dicen se dejan ver poco antes ó despues de la muerte de alguna persona notable. Cuando esta es una señorita soltera y jóven, suele verse en la hueste su misma efigie vestida con un ropage blanco y corona de flores lo mismo que sus compañeras, que entonan cantos patéticos. Es tambien una creencia que no deja de alarmar á las sencillas aldeanas, la del *mal de ojo*. Supónese que hay personas dotadas de la maligna cualidad de fascinar con su mirada y causar la muerte á los niños y á los animales domésticos. Para evitarla es costumbre poner á los primeros en la época de lactancia, relicarios ó amuletos colgados al cuello. Cuando un niño ó un buey, caballo, etc., se ve acometido de alguna dolencia desconocida, se

atribuye al *mal de ojo*, y entonces se le hace beber al paciente agua de la que tuvo en fusion un fragmento de asta de ciervo, con lo que creen recobra la salud.

Una costumbre casi especial en Asturias es la de las monterías, que se hacen frecuentemente contra los osos, jabalíes, lobos y otros animales dañinos de que están poblados sus montes. En cada concejo se nombra al



La caza del oso.

mismo tiempo que los individuos de ayuntamiento, un funcionario que se llama *montero mayor*, el cual es el que dispone las batidas, á las que tiene obligacion de concurrir un individuo de cada casa, competentemente armado. El montero mayor lleva como insignia de su empleo un vigaro ó corneta que le sirve tambien para hacer las señales. La primera pieza que se

mata es suya esclusivamente, y tambien le corresponde una parte del valor de las pieles de todas las demás, lo que invierte en municiones para las monterías sucesivas, que se verifican generalmente en domingo para no distraer á los paisanos de sus tareas agrícolas. El montero mayor se llama en algunos concejos *celador*.

En cuanto á los casamientos, se observa en varias partes de Asturias una costumbre particular, llamada el *rebodo*, que es la siguiente: algunos dias antes de verificarse la ceremonia del desposorio, la novia, acompañada de su madrina, que lleva un gran cesto, recorre todo el pais comarcano visitando las casas y caserías (1) con una caja de plata llena de tabaco, y va ofreciendo á todos un polvo y dando parte de su casamiento. Todo aquel que acepta el polvo está obligado á contribuir con algo para el dote de la novia, y asi esta reune granos de todas especies, ropa y dinero. Tambien puede tener lugar el *rebodo* durante el primer año de matrimonio. El banquete nupcial se verifica en casa de los padres de la desposada, y terminado aquel se deposita el dote y menage de esta en un carro tirado por bueyes, encima del que figura el lecho nupcial, adornado lo mejor posible, y precedido de la gaita y tamboril, y seguido de los novios, sus parientes y amigos, se dirige el carro á la casa del desposado, en donde se celebra la *tornaboda* con baile y cena. Es una galantería casi de obligacion hacer el primer año de casados un viage al célebre santuario de Covadonga, y hacer alli alguna ofrenda á la Vírgen, que las mas veces consiste en una medida de grano, mas ó menos grande. Esta misma peregrinacion la hacen tambien muchas jóvenes solteras, y beben con fé el agua de una fuente que brota debajo de la cueva de la Vírgen, que segun la creencia del pais, tiene la virtud de dar marido en el término de un año. A esta conseja alude el canto vulgar en Asturias:

Vírgen de Covadonga,
Bien de veras te lo digo,
Que no vengo mas á veros
Hasta que me deis marido.

Las *filas* son la tertulia de la aldea. En las largas noches del invierno se reunen en una casa todas las mozas, y se ocupan en hilar, en tanto que

(1) Este nombre se da en Asturias, como en las Provincias Vascongadas, á las casas de campo que tienen á su alrededor una porcion de bienes. El propietario las tiene generalmente arrendadas á un colono, llamado *casero*, que las cultiva y paga á su amo el canon correspondiente.

los mozos, usando de la frase del pais, las *galantean*, y las viejas refieren antiguas leyendas de moros encantados ó de las batallas del rey Pelayo, á quien en Asturias no se nombra nunca mas que con el dictado de *Infante*, observacion que ya hizo en el siglo XVI el cronista Morales.

Para los gastos del alumbrado de la *fila* contribuyen los concurrentes con una cortísima retribucion semanal.

Las *esfoyanas* son otras reuniones nocturnas que ofrecen gran diversion á los campesinos. Tienen por objeto arrancar las hojas inútiles á las espigas de maiz, y enlazar estas unas con otras, á lo que se llama *enristrar*, y se



hace para secar al aire el grano. En tanto dura esta sencilla operacion se suceden sin intermision los cantos y los cuentos, y acabada comienzan los bailes, que alternados con los *galanteos*, los vasos de sidra, las avellanas y otras frutas, suelen prolongarse hasta el amanecer.

En los entierros precede siempre al cadáver una persona que conduce la ofrenda llamada *oblada*, y que la deposita sobre la sepultura. La clase de *oblada* varía segun los concejos; en Gonon consiste en dos libras de pan y un cuartillo de vino, á lo que otros añaden una pierna de carnero. En el concejo de Gijon en una ó mas hanegas de trigo ó maiz, pero en Piloña es

mas poética la ofrenda, pues consiste en una ternera jóven, que no hubiese parido, la cual marcha conducida por un criado, delante del féretro. El dia de difuntos y el del primer aniversario se repite la ofrenda, y durante el primer año arde un cirio sobre la sepultura todos los dias, en tanto se dice la misa. En algunos concejos todos los parientes del difunto hacen cada uno su ofrenda ú oblada, además de la de la casa mortuoria, las cuales se depositan y permanecen en la iglesia durante la misa de requiem. A todos los concurrentes á esta se da de comer y beber magníficamente, á cada uno segun su clase, y segun las facultades de la familia del difunto. A los pobres pan, sidra, y tal vez caldo y carne, todo en abundancia, y además limosna; á los *señores* una comida todo lo bien servida y suntuosa posible, y refresco. A esta mesa asisten tambien los clérigos que se hubiesen reunido para las exéquias, que á veces suben á setenta ú ochenta, y despues de los postres el que hizo de preste entona un responso, al que responden todos los asistentes á este banquete fúnebre. En varias partes para esta ceremonia se cierran las ventanas, y se coloca sobre la misma mesa que sirvió de altar de la vida, un crucifijo y dos velas encendidas para rogar por el eterno descanso del muerto. Esto recuerda los banquetes fúnebres de los antiguos egipcios. Terminada la oracion, el párroco del pueblo ó el preste recorre toda la larga mesa llevando en sus manos una gran bandeja cubierta de monedas, y va entregando á cada uno de los clérigos los honorarios que les corresponden (llamados *pitanza)*, por el entierro y misas que deben decir por el difunto. Las plañideras de oficio, que seguian llorando el féretro por un salario fijo, estuvieron en uso en Asturias hasta principios del presente siglo.

Daremos fin á este cuadro de costumbres asturianas con presentar algunas nociones respecto del dialecto particular del pais, conocido con el nombre de *bable*. Aunque en estos tiempos no se habla ya sino en las aldeas mas escondidas en la fragosidad de los montes del corazon del principado, se conservan muchísimos de sus términos en boca de todos los campesinos y del vulgo de las poblaciones grandes, en especial por todos aquellos que no visitaron las provincias de Castilla.

Aunque es un problema hasta el dia irresoluble determinar con fijeza las primitivas lenguas que hablaban los españoles, puesto que segun Estrabon nos dice no era una sola, está generalmente adoptado por los eruditos y filólogos, que el vascuence, ó sea la lengua cántabra, fué uno de ellos, el que segun todas las probabilidades seria tambien el de los asturos, atendida su vecindad, comun origen escítico y contínuas relaciones, tanto que muchos historiadores confunden á los asturos y cántabros de tal modo, que creen no formaban sino un solo pueblo. Desde la dominacion

romana la lengua latina fué adoptada, mas ó menos tarde, por todas las provincias españolas, conservándose durante el imperio godo y por largo tiempo despues, aunque ya perdiera mucho de su antigua belleza, especialmente desde la batalla de Guadalete, en que comenzó á corromperse visiblemente, de lo que son muestras irrecusables la famosa inscripcion votiva que se lee en la ermita de Santa Cruz de Cangas, del tiempo del rey Favila, año de 739, la mas antigua que en España se conserva desde la entrada de los árabes, y las escrituras de fundacion de los monasterios de Covadonga, del reinado de Alfonso el Católico, y de Obona, del de don Silo en 780. Este latin corrompido y la multitud de palabras árabes introducidas en el lenguaje de los cristianos españoles por sus contínuas relaciones con aquellos, dieron ser al castellano, que puede asegurarse no formó un idioma independiente del latin hasta principios del siglo XIII, siendo el documento mas antiguo que se conoce escrito en lengua castellana, la carta-puebla ó fueros de Avilés. Contrayéndonos, pues, á nuestro objeto, diremos que en Asturias, despues del idioma latino puro que introdujeron los romanos, se habló antes que en ninguna otra parte aquel mismo latin corrompido que sirvió de base al castellano actual, y que con el nombre de *bable* es aun la lengua de los aldeanos.

El señor Cabeda en su muy erudita disertacion que sirve de prefacio á su coleccion de poesías asturianas, demuestra á nuestro modo de ver hasta la evidencia el primitivo castellano. El célebre Jovellanos, como tan amante de su patria, concibió el pensamiento de publicar una gramatica y diccionario asturiano para conservar el recuerdo de este antiguo dialecto, que cada dia se va haciendo mas y mas raro, y que no tardará en desaparecer enteramente; pero la muerte del ilustre patricio le impidió llevar á cabo esta idea, que ninguno ha realizado hasta ahora. He aquí algunas muestras de la poesía bable sacadas de la referida obra del señor Cabeda.

LOS ENAMORADOS DE LA ALDEA.

FRAGMENTOS.

Penosina de la Peña,
Rosa de la mio Quistana,
La de les rises melguéres,
La de la voz regalada,
Mas cuca que por San Xuan
La cereza colorada,
Y mas que la flor de Mayu
Coida pel' alborada;
Que non me mires por Dios
Tan gayáspera y lliviana,

Que maten les tos mirades
Como tos enoxios matan.
Desque te ví aquella noche
A la lluz de la llumbrada,
Embelesa de los mozos
Y la flor de la esfoyaza.
Co les sartes de corales,
Co la melena rizada
Y la cintura ceñida
De la cotilla floriada,
Tuviérate de la funte
Por la misteriosa *xana*
Para guardar los tesoros
D' algun moru alli encantadu
Si non supiera que fuiste
Para miós cuites criada
La moza mas desdeñosa,
Como y es la mas galana.
. . . .
¿Por quién pienses que yo pongo
La mió montera rizada,
Y medides de Candás
Cuelgo de la botonada,
Y traigo medies azules
Y la faija colorada,
Y escapularios de seda
So la camisa abrochada,
Y el ramo de siempre vives
E na montera terciada?
. . . .
Non afayo gustu en nada
Nin sé cuandu un *ixixú*
Salió de la mió garganta
Nin *el galan desta villa*
Canto ya pe la Quintana
Nin danzo nes romeries,
Nin me ven é na esfoyaza
Nin salto pe les fogueres
Nin topo en nada folgancia.
. . . .
Verná de San Xúan la noche
Templadina y estrellada,
Y el carbayu non pondré
Arrimadu á la ventana.

CAPITULO XXVIII.

Desde Oviedo á Avilés y Gijon.

En el largo tiempo que empleamos en recordar las glorias, usos y costumbres asturianas, atravesamos los pueblos de Pajares, la Rumia, Puente de los Fierros y Campomanes, situado á la márgen del rio Lena. Alli está el solar de la ilustre familia de este nombre, de la que dijo un antiguo nobiliario asturiano:

.....De los de Campomanes
En blanco campo teñido
Vi el escudo barnizado
Y este suelo ha ilustrado
La gente de este apellido.

Despues de Campomanes se encuentra la Vega del Ciego y luego la Pola de Lena, villa de alguna consideracion por ser cabeza del concejo y partido judicial de su nombre; por sus minas de carbon de piedra y por estar situada en una de las comarcas mas feraces y ricas del principado.

Pasando despues de la Pola por Villallana, La Frecha, Ujo y Suntullano, pueblos todos insignificantes, se encuentra la graciosa villa de Mieres, de cerca de dos mil habitantes, situada sobre el Nalon, en cuyo término hay minas de cinabrio y una escelente fundicion de hierro dirigida por ingenieros belgas. A la izquierda, siguiendo el camino de Oviedo, se ve el palacio señorial de los marqueses de Campo-Sagrado, que son los parientes mayores ó gefes de la renombrada familia de Quirós, cuya historia escribió el canónigo Tirso de Avilés en sus *Linages de Asturias*, obra hasta hoy inédita, la cual no copiamos aqui, no obstante ser muy curiosa, por no permitirlo los límites á que nos tenemos que reducir. Despues de dejar á Mieres, que dista tres leguas de Oviedo, aun se encuentran las feligresías de Olloniego, Manzaneda y San Estéban de las Cruces, y desde esta llegamos á dar vista á la ilustre capital de Asturias, la ciudad de los reyes y de los obispos, la córte de los belicosos sucesores del gran Pelayo. Desde luego cautivó nuestra atencion su pintoresco y grandioso aspecto, aunque desde el camino de Castilla, que era el que llevábamos, no es desde donde se descubren todas las bellezas de la vieja ciudad asturiana, que recostada magestuosamente á la falda de los montes de Morcin y Naurancio, domina como reina la dilatada y amena llanura que se despliega á sus plantas, y cuya atrevida y afiligranada aguja gótica va á ocultar en el cielo la misteriosa cruz de los ángeles, blason de la ciudad y de su noble regenerador el célebre Alfonso el Casto. La sonora campana de la gran basílica del Salvador, tocaba las seis de la tarde, cuando usando de una frase militar, *echamos pie á tierra* y nos retiramos á descansar á la posada de la Montañesa, donde encontramos cuanto desea un viagero; una cómoda y aseada habitacion, regular cena, en la que el aristocrático salmon del Nalon alternaba con la sabrosa trucha y la delicada ternera del pais, acompañándola con el blanco pan de *escanda*, y mullidas camas, en las que nos arrojamos ambos compañeros ansiosos de dormir. Al otro dia de mañana, despues de saborear el chocolate con un vaso de aquella esquisita leche de vacas que solo se bebe en Asturias, celebramos un consejo mi amigo y yo, y acordamos por unanimidad no detenernos por entonces á visitar los muchos edificios y objetos notables que encierran los viejos muros de Oviedo, y si hacerlo al regreso de las espediciones que proyectábamos á la marina y las montañas, donde pensábamos recoger abundante cosecha de recuerdos, tradiciones y leyendas. Adoptada esta resolucion nos dirigimos desde luego á Avilés, una de las principales poblaciones de Asturias, en el coche diario que sale de Oviedo, en el que recorrimos á un mediano paso, por la carretera ó camino real últimamente construido, las cinco leguas que separan á esta ciudad de la referida villa. La Corredoria y primeros lugares que encontra-

mos, pertenecen al concejo de Oviedo, mas luego se entra en el de Llanera, cuyo terreno montuoso y regado por varios arroyos que van á tributar sus aguas al rio Nora que atraviesa el concejo, parece muy árido al dejar la bella y fértil llanura de Oviedo. Tiene Llanera once parroquias, y en las de Santa Eulalia de Ferroñes y San Miguel de Villardoveyo, hay escelentes y abundantísimos criaderos ó minas de carbon de piedra beneficiados por una sociedad belga.

—¿No podrás esplicarme, me dijo Mauricio, qué objeto tienen aquellas casitas de madera alzadas en el aire sobre altos pedestales y con escalera cortada?

—Aquellos son graneros, le respondí, llamados en el pais *horreos* cuando están sostenidos por cuatro pedestales, y *paneras* cuando tienen seis ó mas. No solo se guardan en ellos los granos, sino tambien toda clase de artículos de consumo, y son de suma utilidad en el pais, pues por su construccion original levantadas del suelo á la altura de seis ó siete pies, están libres de los ratones y otros enemigos domésticos.

Estos rústicos edificios muy semejantes á las cabañas suizas ó á las viviendas de los primeros habitantes de la Jamaica y Haïti, caracterizan un paisage asturiano, y puede asegurarse que no se encontrará una sola casa de aldea sin su correspondiente horreo ó panera al frente. Son todas de madera de castaño, de forma cuadrangular y cubiertas de un ancho tejado; se desarman y pueden por esta causa trasladarse con facilidad de un punto á otro.

El terreno que á la sazon atravesábamos, si bien es como toda Asturias, risueño y variado, no presenta los grandes montes que en Pajares nos habian asombrado y que debiamos volver á encontrar con frecuencia en el principado. Del concejo de Llanera se pasa al de Corvera, que contiene cinco feligresías. Al llegar á la de *Solís*, yo que soy aficionado á la *heróica ciencia* de la heráldica, mostré á Mauricio una antigua casa-palacio que tenia por blason un sol; quise esplicarle su significacion y orígen, y le repetí las palabras de un antiguo nobiliario de Asturias; hélas aqui:

«Es el linage y solar de Solís de los mas antiguos de Asturias, y se tiene por zierto se hallaron con el infante Pelaio los primeros y se llamaron este apellido, en las guerras que tuvo con los moros al prinzipio de la restaurazion porque antes no se llamaban de este nombre sino despues que venzieron una insigne batalla en el lugar que aora se llama Solís en este conzejo de Corbera, la cual pasó desta manera. Que iendo el rey Pelaio en seguimiento de los moros, ziertos varones que traia consigo, les mandó adelantarse en el alcanze de ellos y les dijo: *andad que con sol is*. Como si dijera que fuesen, que aun llevaban sol y dia para venzer la dicha bata-

lla y volviesen con victoria. Y asi fueron y lo hizieron tan esforzadamente que los venzieron en aquel lugar que llaman Solís antes que se pusiese el sol, y el rey puso nombre de Solís á aquel lugar, y á los dichos varones venzedores les dió un sol por armas en campo colorado derechos todos los raios.—Hubo deste apellido muy prinzipales hombres, espezialmente un don Pedro Solís, que fué camarero del papa Alejandro VI, arzediano de Madrid, canónigo de Toledo, dean de Oviedo, maestre-escuela de Leon, Abad de Arbas y de Santas Martas.»

Esta tradicion tambien está referida en los versos siguientes:

«Ví en sangre el sol dorado
Derechos todos los rayos,
A do dijo el rey loado
Un dicho pronosticado
A sus varones Pelaio
Cuando todos se partieron
Bien vengais que con sol-is,
Con sol fueron y vinieron
Y á do los moros venzieron
Puso nombre el rey Solís.»

En Solís hay un puente de cantería para cruzar el rio de su nombre, y buenas canteras de piedra muy semejante al mármol.

La capital de Corvera es Nubledo, pintoresco lugar de la feligresía de Cancienes, que dista una legua de Avilés, por el que atraviesa el camino real. A la media legua se encuentra su buen puente de sillería, en la graciosa poblacion de Villa-Alegre, que bien merece su nombre por su bonita situacion, aseadas casas y hermosas quintas de recreo que la rodean. Aqui existe tambien una hermosa fábrica (martinete) de calderas de cobre.

Llegamos por fin á Avilés á buena hora sin ningun acontecimiento digno de mencion particular. Desde luego nos gustó el agradable y aseado aspecto de la villa, y determinamos detenernos en ella todo el dia siguiente. Compónese de 900 casas, es cabeza del partido judicial y del concejo de su nombre.

Tiene tambien minas de hierro y carbon de piedra, pero las primeras no se benefician. Además del martinete de Villa-Alegre de que ya hemos hablado, hay otras fábricas de lona, curtidos, cristales, de tejidos finos, de lino, y finalmente, hornos de cal al estilo de Bélgica. La poblacion de Avilés asciende á 5,600 almas, y las mugeres se distinguen por su belleza, gracia en el vestir y disposicion especial para la música vocal.

Muchos escritores modernos dicen ser Avilés la antigua Argenteola de Ptolomeo, pero otros, combinando varios testos de Plinio, demuestran con

mejores fundamentos que es Avilés la ciudad de los *Zoelas*. Quiérese encontrar tambien en el nombre actual de la villa la alusion del antiguo, pues derivando á *Zoela* del hebreo *Thoen*, *ganado de obejas*, y de *Zoela zoelæ*, *los obejeros*, lo convierten en su sinónimo latino *Opiliones*, y de aqui *Aviliones* y *Avilés*. Aunque esta opinion sea la verdadera, y por consiguiente tenga la villa una antigüedad tan remota, no vuelve á leerse su nombre en la historia hasta muchos siglos despues. Alfonso VI la dió fueros ó carta-puebla, que confirmaron despues Alfonso VII y sus sucesores. El rey Fernando II concedió á la catedral de Oviedo en 1188 la tercera parte de las rentas de Avilés. En el reinado de San Fernando, en el sitio de Sevilla, se distinguió un hijo de esta villa, llamado Rui Perez de Avilés, que con su navío, cuya proa iba «ferrada» rompió una gruesa cadena que los sitiados pusieron desde la torre del Oro al castillo de Triana, para impedir el paso del rio Guadalquivir. A esta hazaña alude el escudo de la villa, que consiste en un navío con sierra en la proa, rompiendo una cadena que une dos castillos sobre unas ondas, y una cruz en el palo mayor. El 9 de julio de 1373, el rey don Enrique II hizo merced á la villa para que tuviese por su alfoz agregado la tierra de Gonon, Carrendo, Corvera, Illas y Castrillon, y en 1378 se reunieron en Avilés los principales nobles de todos los concejos de Asturias para celebrar una junta con motivo de la sublevacion y desgracias sobrevenidas al pais, por la resistencia que hizo al pago de la nueva contribucion impuesta por el merino mayor de Asturias Gonzalo Suarez de Argüelles. En tiempo de la guerra de la Independencia tambien se distinguió Avilés en defensa de la causa nacional, pero no consultando sus habitantes sino su patriotismo, esperaron á los franceses sin organizacion ni armas, y sufrieron una derrota considerable.

Desde luego dimos principio á la revista del pueblo por visitar las iglesias. Hay cuatro en esta villa; la parroquia dedicada á San Nicolás de Bari, es un edificio antiguo que tiene de notable la pila del agua bendita, formada por un gran chapitel corintio ahuecado, resto de algun edificio romano; el sepulcro del nombrado Pedro Menendez de Avilés; otros que pertenecen al género gótico, de los marqueses de Campo-Sagrado, y finalmente la bella capilla de los Alas, edificada en el siglo XIII, y en la que se vé un delicadísimo y primoroso bajo relieve que representa todos los sucesos de la vida de Jesucristo. En la iglesia del estinguido convento de San Francisco hay tambien algunos sepulcros de familias nobles del pais. El convento de la Merced es un bonito edificio que ostenta una armoniosa y estensa fachada, y en él están situadas las oficinas de la administracion de rentas, una de las escuelas públicas y la fábrica de tejidos. La iglesia de este convento, aunque es la mas sólida y elegante del pueblo, está actual-

mente cerrada al culto. La del monasterio de San Bernardo, que está á cargo de las religiosas de esta órden llamadas Huelgas, nada ofrece de particular. Este monasterio fué trasladado á Avilés en el siglo XV, desde el lugar de Gua en el concejo de Somiedo, por la poca moralidad y disciplina que guardaban las religiosas en aquel lugar casi desierto. Hay otra parroquia titulada de Santo Tomás Cantuariense, que está en el arrabal de Sabujo. Son dignos de observarse el palacio de los marqueses de Santiago, grande y suntuoso edificio de piedra de sillería con dos pisos y adornado de columnas corintias y toscanas, y de multitud de arabescos de buen gusto; tiene en el frente principal diez y ocho balcones y doce ventanas, una torre á cada lado, y en el centro un ático en el que se ve un grande y bien trabajado escudo de armas compuesto de dos cuarteles con los blasones de *Alas* y *Bernardo de Quirós*. Otra casa digna de la atencion de los arqueólogos es la que perteneció á la familia de Peon de la Vega, y hoy á doña N. Baragaña. Es de arquitectura bizantina, parece remontarse su fábrica al siglo XI, y sirvió de alojamiento al rey don Pedro el Cruel cuando pasó á Asturias á hacer la guerra á su hermano bastardo Enrique de Trastamara, que se hiciera fuerte en Gijon. La casa de ayuntamiento ó del concejo es una de las mejores de España, y la primera de la *provincia*. Su frente, que ocupa todo un lado de la plaza de la Constitucion, es de piedra de sillería con espaciosos soportales y once balcones de hierro. Por la espalda de esta casa descuella la alta torre del reloj, construida en estos últimos años. El interior de este edificio corresponde bien á su objeto, pues contiene espaciosos salones, capilla y archivo. En este, que es uno de los mas ricos y bien ordenados de la provincia, se custodian multitud de cartas ó privilegios reales, entre las que sobresale la notabilísima carta-puebla, ó sean fueros de Avilés, otorgada por el emperador don Alonso VII, en enero de 1155. Este documento es apreciabilísimo por su importancia para la historia de la lengua, pues es la escritura mas antigua que se conserva en castellano, si castellano puede llamarse aquel lenguaje bárbaro é informe nacido del latin corrompido y de algunas palabras árabes, que formó no mas que un siglo mas tarde, el elegante idioma en que fueron redactadas *Las Partidas*. La citada carta-puebla está escrita en una gran piel de ternera, á medio adobar, con letra muy clara é igual, y firman en ella el emperador, su esposa, sus hijos, varios condes, prelados y merinos.

Antes de despedirnos de Avilés quisimos visitar una de las abundantes minas de carbon de piedra que hay en sus inmediaciones, en lo que empleamos la mayor parte del dia siguiente, que fué para nosotros agradable desde luego; elegimos para nuestro exámen la de *Arnas*, que dista tres cuartos de legua, y cuyas galerías están en su mayor parte cavadas debajo

del mar. La estraccion del mineral se hace con mucha premura y facilidad por medio de *dos ferro-carriles*, uno de entrada y otro de salida, sobre los que corre velozmente y de contínuo un pequeño convoy de carros, sujetos unos á otros por medio de una cadena, é impulsados por una rueda en forma de cabrestante, y movida por bueyes. El ingeniero belga que está al frente de esta mina, nos enseñó con la mayor amabilidad los trabajos que tan acertadamente dirige. Al regresar á la villa nos apartamos un poco del camino á la izquierda, sobre la orilla del mar, con el objeto de visitar las ruinas del antiguo castillo de Raizes, célebre en las crónicas asturianas, y noble solar de la familia de *Alas*, en el que, segun las mismas, habia en otros tiempos dos altas torres, una mayor que otra. Hé aqui la leyenda que de este castillo se refiere: habiéndose apoderado los moros de la villa de Avilés, un caballero natural de la misma, llamado *Martin Pelaez*, se retiró con varios compañeros al castillo de Raizes y alli se hizo fuerte. Sitiáronle los moros y lograron hacerse dueños de la torre menor, desde la que pusieron escalas para asaltar la otra. Martin se defendia valerosamente, y aun logró cortar por su mano las cabezas de algunos moros que osaron trepar por la escala, las que cayeron desde lo alto á los pies de sus compañeros; mas sin embargo iba ya á sucumbir á la muchedumbre, cuando en las almenas de la gran torre se apareció un ángel con la espada en la mano, *el cual*, dice una crónica antigua que tenemos á la vista, *fué conocido ser asi por las grandes Alas que tenia*. Dióle el ángel al caballero una cruz y se oyó una voz del cielo que decia:

Vindica Domine
Causam tuam.

Los moros con el auxilio del cielo fueron todos muertos, é informado el rey Pelayo del prodigio, organizó por si mismo el escudo de la familia, que desde entonces se apellidó de las *Alas*, y que consiste en campo de *gules* ó rojo, un castillo de plata compuesto de dos torres una sobre otra, entre las que hay dos escalas. A la puerta de la superior hay un guerrero con la espada en una mano y la cruz en la otra, en lo alto un ángel con grandes alas, y al pie del castillo ondas, sobre las que se ven varias cabezas de moros. El castillo de Raizes fué despues convertido en convento de mercenarios; pero arruinado tambien este, hace muchos siglos, no restan en el dia mas que algunos paredones cubiertos de musgo y yedra, y una capilla que aun está en uso, y cuyo patronato y propiedad pertenece á la familia de Alas.

Firmes en nuestro proyecto de dirigirnos á Covadonga por la marina,

salimos al siguiente dia de Avilés en caballos de alquiler, y emprendimos el camino, atravesando el alto puente de piedra, sobre la ria que divide al concejo de Avilés del de Gonon.

Ya habíamos andado largo rato sin hablar palabra, cuando interrumpió el silencio mi amigo, para preguntarme si conocia el pais que atravesábamos.

—Estuve aquí hace tres años, le contesté, aunque por muy breve tiempo, y recorrí una parte de él, pero no con la detencion necesaria para conocerlo bien.

—Lo siento mucho, continuó Mauricio, porque desempeñas á las mil maravillas el papel de *cicerone*, y quisiera que me instruyeras y deleitáras con tus magníficas descripciones, historias y leyendas.

—¿Te burlas quizás? le pregunté yo.

—No, á fé mia, replicó con cierto aire de grave formalidad.

—Pues entonces, proseguí, no te aflijas, que ya tengo imaginado el modo de remediar este inconveniente. El camino que llevamos nos conduce por el castillo de San Juan al famoso cabo de las Peñas; desde allí nos dirigiremos á Luanco á comer en casa de un amigo, donde, no solo hallaremos escelente hospitalidad, sino tambien un guia mejor de lo que podríamos apetecer.

—Con tal que hable el castellano, dijo Mauricio, me conformo con tu guia; pero si se esplica por el estilo de estos campesinos, para mí será del todo inútil porque no les entiendo una palabra.

—Habla bien el castellano, continué, y lo escribe mejor. El guia á quien aludo es el jóven Caunedo, que acaso habrás conocido en Madrid, ó por lo menos habrás oido alguna vez su nombre, porque ha hecho varias publicaciones. Vive ahora aquí con su padre, y yo le he escrito, porque es amigo mio hace algunos años, anunciándole nuestra venida é invitándole á que nos acompañe en el paseo que pensamos dar por Asturias. Está conforme en ello, y te aseguro que es una verdadera felicidad para nosotros, porque Caunedo, que desciende de una de las familias mas antiguas é ilustres del pais, cuya historia te referiré en su dia, es jóven de nuestra edad, circunstancia no despreciable para un compañero de viage, y además ha hecho un particular estudio de este principado; de modo que nos será útil bajo todos conceptos.

—Que me place tu proyecto, y ya deseo que lleguemos á Luanco, dijo Mauricio; pero este diablo de jaco, pariente del famoso Rocinante de Don Quijote, no apresura el paso por mas que lo escito á ello con la vara, con los talones, y por todos los métodos conocidos.

—Es inútil que te esfuerces; á los jacos de este pais les sucede lo que

á sus paisanos los aguadores de Madrid, que jamás salen de su paso.

Pues mira, ya que eso es, por desgracia, cierto, cuéntame lo que sepas aunque sea poco, del concejo que atravesamos, á ver si asi se me hace el tiempo mas corto, porque ya me parece que ha pasado un siglo desde que salimos de Avilés, y apenas hemos andado media legua.

—Te daré gusto, porque algo puedo referirte; préstame atencion. El concejo de Gonon, que consta de catorce feligresías, fué ocupado en remotos tiempos por los *Zoelas*, que descendian de los *escitas*. El nombre actual, creo (esta opinion es esclusivamente mia) provenga de un célebre capitan de los asturos, que se distinguió por sus hazañas en la guerra contra Augusto, llamado *Gauzon*, nacido en este territorio, que desde aquellos tiempos empezó á llamarse *Tierra de Gauzon*. Nada encontramos digno de referirse, que haya tenido lugar en él durante la dominacion goda. Habiéndose hecho dueños los árabes en el primer ímpetu de su conquista (715), de toda la parte de Asturias comprendida entre Galicia y Gijon, donde se situó un gobernador árabe, es probable que la tierra de Gauzon quedaria á él sujeta, hasta 722, en que el gran Pelayo la rescató. En el reinado de Ramiro I, comenzaron estas costas á ser molestadas por las correrías de los piratas normandos, venidos de Dacia y de Noruega; pero acometidos por el rey las abandonaron precipitadamente. Su hijo, Ordoño I, hizo edificar muchas fortalezas para su guarda y defensa, de las que aun existen varias; una de estas es aquella que alli ves, denominada castillo de San Juan.

En efecto, en el momento de hablar asi, llegábamos á este pintoresco torreon feudal, que aislado como la palmera en el desierto, se alza sobre las rocas y domina la inmensa mar que desde él se descubre. Dejamos por un instante nuestros caballos, y entramos en la pardusca y abandonada atalaya, que cual vigilante guarda hace tantos siglos la boca de la ria de Avilés y la costa de Gauzon. Al cabo de mucho tiempo vino á parar á poder de los condes de Canalejas, que sostenian á su costa un vigía en tiempo de guerra. Esta torre permaneció artillada con dos piezas de grueso calibre, y guarnecida por un corto destacamento hasta 1836, en que por órden del gobierno fueron los cañones clavados y arrojados al mar para que no pudiesen ser de utilidad á los carlistas. Volvimos á tomar nuestros bridones, y seguimos al Cabo de las Peñas, del que distábamos aun una legua larga, y en tanto continuamos con la historia del concejo que á la sazon recorríamos.

Alfonso III, apellidado con razon el Magno por sus proezas en la guerra, miró con decidida predileccion esta comarca, y edificó en 884 sobre altas peñas y á orillas del mar, el famoso castillo de *Gauzon*, que además de fortaleza y defensa contra los piratas, era palacio de recreo, y sitio real

en que Alfonso residia ordinariamente. Notable era este alcázar por su magnificencia, y dentro de su recinto levantó el rey una suntuosa galería dedicada al Salvador (como la catedral de Oviedo), que fué consagrada por tres obispos, *Sisenando* de *Iria-Flavia*, *Nausto* de *Coimbra*, y *Recaredo* de *Lugo*. Deseando el rey ofrecer una rica presea á la basílica Ovetense, y consagrar al mismo tiempo un recuerdo al valeroso Pelayo, hizo cubrir de oro y piedras preciosas la tosca cruz de madera de roble que servia de enseña á aquel piadoso príncipe, y que desde el reinado de Favila se custodiaba en la iglesia de Santa Cruz de Cangas. La operacion de engastar la cruz se hizo en el castillo de Gauzon, como indican las inscripciones que en ella se leen.

Desde esta época adoptó Alfonso III por divisa de guerra la figura de esta cruz llamada de la Victoria, que hoy ostenta en su escudo el principado de Asturias y este concejo de Gonon, con esta leyenda:

Gozo de un supremo don
De que siempre habrá memoria
Pues la cruz de la Victoria
Se labró dentro Gauzon.

En 905 fué donado el castillo de Gauzon con todos sus términos á la catedral de Oviedo; pero á pesar de esto continuó don Alfonso residiendo en él, y cuando se le rebelaron sus ingratos hijos García, Ordoño, Fruela, Gonzalo, y Ranimiro en el mismo año, hubo de hacer uso el rey de su victoriosa espada para castigarlos, y el infante primogénito don García, hecho prisionero en Zamora, fué encerrado en Gauzon. Prolongáronse estos sucesos durante dos años, y los rebeldes lograron apoderarse de los castillos de Alba, Luna, Gordon, Arbolio, Cultrocies, y Boides. Estos dos últimos estaban muy cerca del de Gauzon, y el de Boides creen algunos estaria situado en el lugar llamado hoy *Biado*, atendida la semejanza del nombre y á que estas variantes son muy comunes en aquella época. Encarecen algunas crónicas la belleza y suntuosidad de este palacio de Boides, y en él se hallaba Alfonso el Magno, con toda su córte en 910, cuando inesperadamente reunió á todos los próceres y obispos, y tambien á sus rebeldes hijos incluso García, que aun se hallaba preso en Gauzon, y abdicó solemnemente en él la corona de Leon; en Ordoño el condado de Galicia, y en Fruela el de Oviedo. Al castillo de Gauzon se refugió en tiempo de Alfonso VII un rico-hombre muy poderoso llamado Gonzalo Pelaez, declarándose en rebeldía contra el emperador, hasta que fué cercado y rendido por el mismo. En el reinado de don Pedro el Cruel, suena por última vez en la historia

el nombre del castillo de Gauzon, pues fué donado por don Rodrigo Alvarez de Asturias, padre adoptivo de don Enrique de Trastamara, su poseedor, al monasterio de Avilés. De este famoso castillo nada resta en el dia, y aun es dudosa su situacion precisa; pues unos quieren que haya estado situado en el Cabo de Peñas y otros cerca de Avilés. En 1133 era merino de esta comarca de Gauzon *Munio García*, que confirma las cartas y privilegios reales de aquel tiempo. En 1373 cuando la tierra de *Gauzon*, fué donada como alfoz ó agregado á la villa de Avilés, se dispuso que los moradores de Gauzon se rigiesen y juzgasen por los fueros de Avilés, y acudiesen á sus llamamientos.

Presentóse por fin á nuestra vista la inmensa mole del Cabo de Peñas, cual un corpulento gigante que avanza con osadía en el mar Océano desafiando impávido su terrible cólera. Este cabo era conocido en la antigüedad con el nombre de *Promontorio Scítico*, como nos dice Pomponio Mela, lo que tambien es un argumento para probar la antigua opinion de que este pais fué poblado en remotísimos tiempos por los escitas.

Es tambien muy nombrado el cabo de que hablamos por ser el punto mas septentrional de España, y por donde se mide la longitud (desde aqui á la punta de Tarifa). Su aspecto es magnífico. A la derecha se ven en lontananza los altísimos y siempre nevados *Picos de Europa* que separan á Asturias de la Liébana. Por la izquierda se descubren las riberas de Galicia y el Cabo Ortegal, y al frente el inmenso piélago en que marchando en línea recta no se encuentra tierra hasta Inglaterra. El Cabo de Peñas que tiene á su lado el islote de la *Gabiera*, presenta al Norte un fronton de casi una milla, escarpado, blanquizco y de terreno horizontal. Su altura sobre el nivel del mar es de trescientos treinta pies. Hasta ahora con mengua de la civilizacion del siglo, este importantísimo punto de la costa cantábrica estaba de todo punto abandonado, sin un faro que sirviese de guia á los navegantes, siendo causa esta incuria de numerosos naufragios; por fin el gobierno decretó últimamente la construccion de una torre que sustente un fanal, y en el momento que trazamos estas líneas están llevándose á cabo las obras necesarias con recomendable actividad. Al volver sobre nuestros pasos, desde la punta del cabo, nos detuvimos un instante en el lugarejo del *Ferrero*, que es el primero que se encuentra (y por el que habíamos pasado ya), con objeto de visitar un arruinado palacio y una ermita cercana dedicada á la Vírgen de la O. Uno y otra pertenecieron á la antigua y preclara familia de Valdés, y hoy á los condes de Marcel de Peñalva. Nada ofrecen de notable: el palacio parece por su gusto arquitectónico datar del siglo XVI, y la capilla del XVII.

Del Ferrero se baja á un bonito valle en que está situada la parroquia

á que pertenece, llamada San Cristóbal de Verdicio. No lejos de esta iglesia se alzaba hace pocos años, la gigantesca y fuerte torre de Fiame, hoy convertida en una buena casa ó palacio de aldea. Perteneció esta casa en el siglo XVI á un denodado capitan de Cárlos V, llamado Juan de las *Alas* de la *Vega* y *Luera*, que fué gobernador de una plaza en Flandes, y acompañó al emperador en las guerras de Alemania, Italia, Flandes, Fuenterrabía, Perpiñan, Argel y Túnez. Despues marchó con Pizarro á la conquista del Perú, y allí fundó mayorazgo de todos sus bienes, con la cláusula de que el poseedor hubiera de ser militar, sin llevar sueldo, antes al contrario, sostener á su costa una compañía de hombres de armas, lo que observaron largo tiempo sus descendientes. La casa conserva aun la lanza, la mesa y silla del noble capitan de Cárlos V, y su grande escudo de armas, en que figura el cuartel del antiguo apellido de la *Vega*, que ostenta las letras del *Ave-Maria*. Te diré algo de este escudo que habrás visto repetido, y verás todavía muchas veces. En la famosa batalla del Salado (28 de octubre de 1340), se distinguieron particularmente García Laso de la Vega, mayordomo mayor de don Fadrique, hijo del rey, y merino mayor de Castilla, que mandaba la vanguardia, y su hermano Gonzalo Ruiz de la Vega, mayordomo mayor del infante don Fernando, hijo del rey. Ambos hermanos, descendientes de Dia Gomez, fueron los primeros que con los pendones de sus señores, seguidos solos de 800 caballeros, atravesaron el rio *Salado* y acometieron bravamente á 2,500 moros, que defendian por aquella parte la orilla opuesta, dando muerte por su mano á muchos, y decidiendo aquel memorable triunfo. El cronista de Alfonso XI que refiere este suceso, añade que los dos hermanos y sus caballos llevaban *sobrevestas* amarillas con unas letras que decian *Ave-Maria*, «é el rey don Pedro por galardon de tan gran fecho, hizole matar en Burgos por los ballesteros de maza.» Entre los muchos hombres célebres que produjo esta nobilísima familia, además de los ya nombrados, distinguióse otro, Garci-Lasso de la Vega en tiempo de los Reyes Católicos, y en el sitio de Granada, venciendo al moro Tarfe.

Habiendo Hernan Perez del Pulgar, llamado el de las Hazañas, penetrado en Granada seguido de otros seis caballeros, la noche del 9 de diciembre de 1491, dejó clavado con su daga en la puerta de la gran mezquita, un pergamino que llevaba preparado en el que estaba escrita la oracion del *Ave-Maria*, en señal de tomar posesion de aquella mezquita y de consagrarla en iglesia dedicada á la Vírgen. Al dia siguiente de este arrojo el moro Tarfe, uno de los mas valientes y arrogantes defensores de Granada, se dejó ver delante del campamento cristiano, arrojando una manopla en señal de desafío, y llevando por escarnio atado á la cola de su caballo el

pergamino de Pulgar. Garci-Lasso, page de los reyes á la sazon y que llevaba por armas como hemos visto, las letras del Ave-María, creyóse obligado por esta razon á rescatar con las armas el pergamino que el moro arrastraba. Trabóse un combate porfiado en el que el jóven Garci-Lasso dió muerte al soberbio Tarfe y le cortó la cabeza, que ató por los cabellos á la cola de su corcel, elevando en la punta de su lanza el disputado pergamino que fuera causa de aquel memorable y reñido combate. Para perpetuar su memoria se colocó la cabeza de Tarfe ejecutada en piedra, como pedestal de la cruz que coronaba la portada de la iglesia de Santa Fé, que á la sazon se estaba edificando.

Aun no acabábamos de referir la historia de la familia de la Vega, cuando al bajar de una no muy alta colina descubrimos el antiguo palacio de Manzaneda, defendido por un viejísimo y robusto torreon feudal que es nombrado con frecuencia en las crónicas y nobiliarios de Asturias. Su fundacion se remonta á los primeros tiempos de la restauracion, atribuyéndolo muchos al rey Pelayo, pero es mas probable sea una de las muchas fortalezas que como dijimos edificó en este concejo Ordoño I para resistir á las correrías de los normandos. Desde muy lejanos tiempos perteneció á la ilustre y poderosa familia de Valdés, y constituyó uno de sus solares. En tiempo de los Reyes Católicos estaba casi arruinada, y su poseedor el *noble Menendo de Valdés*, dice una crónica «la restauró por su mucho valor y hacienda.»—Perteneció despues á la familia de Valdés-Coalla, y ahora á la de *Larriba Valdés-Coalla*, pues es cláusula del mayorazgo de Manzaneda conservar siempre el apellido de *Valdés-Coalla* y «firmarse de él.»

Ocupados en nuestras investigaciones por un pais tan lleno de recuerdos históricos, fija la atencion en la tierra, no habíamos reparado en el cielo, que poco á poco se iba cargando de nubes, en términos que al salir de Manzaneda nos empezó á caer un fuerte aguacero y tuvimos que detenernos poco mas adelante en la aldea de San Jorge de Heres, donde llegamos calados hasta los huesos. No fué esto lo peor, sino que el agua siguió cayendo con igual fuerza toda la tarde, y tuvimos que renunciar á ir por aquel dia á Luanco, y resignarnos á pasar la noche sentados en unos bancos al lado de una chimenea en una mala posada.

El siguiente dia amaneció claro y sereno, y pudimos emprender nuestra marcha despues de visitar la pequeña iglesia de San Jorge, cuya capilla mayor es bizantina y data al menos del siglo X. A muy corta distancia hay otra parroquia que tambien conserva una capilla de la misma época y del mismo gusto, titulada de Santa Eulalia de Nembro, nombre que tiene memoria de una antiquísima ciudad asi llamada, y de la que ya solo restaban ruinas en el siglo XII.

Serian las diez de la mañana cuando llegamos á Luanco, cuya poblacion se presenta á la vista del viagero como saliendo del mar, que bate en la mayor parte sus casas, y aparenta ser mayor de lo que es en realidad, pues solo cuenta 340 vecinos. El orígen de esta villa no sube mas allá del siglo XV, en que esta costa era muy concurrida por embarcaciones *gallegas*, *vascongadas*, *francesas* é *inglesas*, que se dedicaban á la pesca de la ballena en un gran banco de arena que estaba al frente del llamado hoy puerto de Luanco. Los pescadores atraidos por la comodidad que les ofrecia la *concha* ó *bahía* cercana para el resguardo de sus naves, edificaron en la ri-



bera algunas chozas con objeto de verificar en ellas las operaciones que su importante industria exigia. A esta pequeña aldea dieron los gallegos, sus fundadores, en su dialecto particular el nombre de *O banco*, aludiendo al de arena en que pescaban, y de aqui con muy corta adulteracion procedió *Lo-vanco*, *Loanco* y *Luanco*. Esta es la etimología vulgar; pero es mas probable provenga el actual nombre de este pueblo, del antiguo castillo de *Buango* que estaba edificado en estas inmediaciones, segun consta de varias crónicas. La villa tomó en breve el mayor incremento por la continua concurrencia de buques españoles y estrangeros, y muchos comerciantes acu-

dieron á avecindarse en la nueva poblacion, que ya encontramos muy notable en el siglo XVI, pues era el pueblo de mas tráfico que en aquella época habia en Asturias, y sus habitantes los mas intrépidos y entendidos navegantes de toda la costa. La iglesia parroquial llamada Santa María de la Pola, que es espaciosa y aseada, fué construida en los primeros años del siglo pasado. De poco tiempo despues data un fuerte artillado con cuatro piezas de grueso calibre, que defendia la boca del puerto y que hoy está abandonado. El muelle, que data de mediados del siglo XVII, es regular, y en estos momentos se está reedificando por cuenta del gobierno. Inútil es decir que hallamos el buen recibimiento que nos prometíamos en casa de los amigos Caunedo, padre é hijo, y despues de descansar todo aquel dia emprendimos al siguiente nuestro viage en compañía del último, segun nos habia prometido.

El camino de Luanco á Gijon, aunque vá siempre al lado del mar y atravesando un bonito pais, está en bastante mal estado. Muy cerca aun de Luanco y á nuestra izquierda, dejamos la pintoresca isleta del Cármen, en la que hay una ermita dedicada á la Vírgen de este título, fundada por un hijo del pais que hubo de naufragar al volver de América. En seguida llegamos al linde que divide el concejo de Gonon del de Carreño, que es mas fértil y rico que el primero. Comprende doce feligresías, y tiene por capital á Candás, que dista de Luanco tres cuartos de legua en el mismo camino que seguíamos. Esta villa, situada en las faldas de dos montañas contiguas cuyos estremos se esconden en el mar, tiene 191 vecinos, aduana de cuarta clase, una parroquia, tres ermitas y un buen muelle reedificado últimamente por disposicion del gobierno, capaz solo de lanchas. Es Candás, pueblo muy antiguo, pues se supone existia ya en tiempo de los romanos, y las espaciosas casas que conserva, adornadas en su mayor parte de escudos de armas de familias respetables, muestran la importancia que tuvo en otros tiempos, la que cesó cuando el tráfico que se hacia en ballena y grasa, presentando hoy el aspecto de un pueblo pobre, decaido y casi en ruinas. Los candasinos son, con esclusion de otra ocupacion cualquiera, pescadores, y poseen cuatro fábricas de salazon de sardina. La iglesia parroquial de San Félix, aunque nada ofrece de notable respecto al punto de vista artístico, es una de las mas famosas de Asturias, por hallarse en ella el santuario del Santo Cristo, imágen que está en la mayor veneracion en el pais, y en cuyo honor se celebra una lucidísima romería el 14 de setiembre, que es de las mas concurridas del pais. La efigie del crucifijo es del tamaño natural, está toscamente escultada y parece ser obra del siglo XI ó XII, en que las artes habian decaido tanto; fué cogida en la red de unos pescadores que iban al besugo en el siglo XVI, por lo que se cree ser una de las muchas que los in-

gleses católicos arrojaron al mar en tiempo de las persecuciones de Enrique VIII, y de las que vinieron varias á parar á esta costa.

De Candás el Cristo y no mas,

dice un proverbio asturiano aludiendo á lo poco que ofrece el pueblo de que tratamos, pero es en cierto modo injusto, pues es tambien notable por sus mugeres, que son bien parecidas y visten con gracia. Entre las elegantes de las aldeas el pañuelo atado á la candasina es de rigor.

Al cuarto de legua en direccion de Gijon se encuentra la feligresía de Perlora, en la que, en el parage llamado *Peran*, y sobre unas rocas que se avanzan en el mar, se ven las ruinas de un gran castillo ó palacio, con una capilla inmediata dedicada á San Pedro, y muchos vestigios de antiguos edificios á su alrededor. Estas ruinas son las que con muchas probabilidades se suponen ser los restos del castillo de Gauzon. Las crónicas antiguas solo dicen estaba situada esta histórica fortaleza sobre peñas, á orillas del mar y entre Oviedo y Gijon, sin determinar otra cosa, lo que ha dado orígen á multitud de conjeturas. Muchos opinan por este sitio de Peran, fundados en la situacion á la orilla del mar y sobre peñas, en estar dedicada al Salvador la inmediata parroquia de Perlora en que están enclavadas esas ruinas, como lo está la iglesia del castillo, y en pertenecer aun las tierras inmediatas á la catedral de Oviedo, á la que fué donado como hemos visto, el castillo con todos sus términos. La tradicion vulgar dice que estas ruinas de Peran fueron un soberbio castillo de moros, y que tienen una larga mina ó camino subterráneo que conduce á Oviedo.

Indicónos Caunedo que estas ruinas tienen su leyenda, como casi todas las de su especie, y habiéndole rogado que nos la refiriese, lo hizo en estos términos.

I.

Era una bella noche de otoño cuando el noble don Gonzalo Pelaez, rico-hombre del emperador don Alfonso VII, y señor del castillo de Gauzon, sentado en un ancho sillon gótico, en cuyo respaldo se veia su antiguo escudo con la P coronada (1), daba sus últimas instrucciones á su fiel maestresala sobre un negocio de la mayor importancia que á la sazon le

(1) Algunas familias que llevan el apellido de Pelaez, usan de las armas de la P coronada, aludiendo á su orígen que hacen remontar al rey don Pelayo.

ocupaba..... Que esté ricamente ornado el gran salon de los banquetes.... que el mejor vino andalúz llene las copas..... que se vistan de gala mis escuderos, pages y vasallos..... que mis hombres de armas pulimenten sus lanzones y sus espadas..... que vengan cuantos trovadores puedan encontrarse á entonar cantos de amor..... mañana es el gran dia de Gauzon... es aquel en que debe reinar por do quiera el júbilo y el placer..... En efecto, al dia siguiente el antiguo alcázar de Alfonso el Magno, parecia olvidarse de la gravedad propia de un anciano, pues se engalanaba cual una jóven coqueta. Por do quiera se veian flotar en las pardas almenas de los viejos torreones rojas banderas que ostentaban la temida insignia de los castellanos de Gauzon. Multitud de blandones de blanca cera estaban ya colocados en las ventanas bizantinas para las luminarias de aquella noche memorable; encinas enteras habíanse arrancado del centenario bosque, para formar la inmensa hoguera que lucia en el gran patio del castillo, y en torno de la que giraba la antigua y belicosa danza de los asturos. Los ecos de la bocina y de la trompa de caza entretenian á los convidados durante el festin: esta música guerrera hacia latir de gozo el corazon de aquellos bravos paladines..... ¿Por qué tanto regocijo?... ¿por qué tanta alegría?... Porque aquel dia van dos amantes á enlazarse en dulce nudo para siempre. La tierna Elvira, la vírgen de la rubia cabellera, la mas bella de las hijas del pais de Pelayo, vá á llamar esposo al mas galan de los guerreros, al esforzado *Alfonso Alvarez de las Asturias*, caballero el mas cumplido que calzara espuela y enristrara lanza. ¡Cuántas veces la del moro se rompiera contra su glorioso pavés!... ¡Cuánto temian su encuentro amigos y contrarios en los torneos y las batallas!—Aquel dia suspirado va á coronar el amor mas puro y mas constante que ardiera jamás en dos corazones tiernos. Seis camareras jóvenes, bajo la direccion de la anciana aya de Elvira, ataviaban á esta con todo el lujo y elegancia posible; mas las rosas que entrelazaban á sus dorados cabellos, hubieran envidiado á las bellas megillas de la jóven desposada. Todo está ya pronto. Los ecos repiten las alegres canciones que llenan el aire, y los nobles de las cercanías reunidos en el gran salon feudal, felicitan al venturoso desposado; solo se aguarda á que termine el tocador de Elvira para dar principio á la augusta y ansiada ceremonia.

II.

...Moraba desde luengos años en Gauzon un monge; sus severas costumbres, su rara erudicion y su melancolía habitual, que le hacian huir del trato de los hombres, habian conquistado al *padre Mauro* la reputacion de santo. Su frente era pálida y pensativa, su cabeza estaba circunda-

da de escasos y plateados cabellos, y su mirada era fascinadora cual la de serpiente. Era el capellan del castillo, y á él estaban unidos de algun modo los principales recuerdos de la noble familia que le habitaba; él celebrara la misa y bendijera cuando fué armado caballero el señor de Gauzon; él santificó su enlace con su amada esposa, y él la depositó un año despues en la tumba, cuando al dar la vida á Elvira perdió la suya; él derramara sobre esta el agua santa del bautismo, y él iba á consagrar su amor en el altar; él la viera crecer á la par de las pintadas flores que cultivaba en su jardin; pero Elvira era la mas bella de todas.

III.

Una pasion terrible ardia en el corazon de aquel hombre consagrado al claustro. Las vigilias empleadas en lecturas piadosas, los ayunos, todo el rigor de la mas austera penitencia, no eran bastantes á arrancar de su pecho la hechicera imágen que á pesar suyo se apoderara de su albedrío. ¿Por qué, decia el desgraciado, me ha condenado el cielo á este horrible suplicio? A otros hombres les está reservada la felicidad, pueden amar y ser amados, tienen un corazon que responde á los latidos del suyo, visten brillante armadura, calzan espuela de oro, ciñen una espada que les es dado enrojecer con la sangre de su rival; y yo, ¡miserable de mí! ¡solo en el mundo, despreciado, mirado con horror por aquella por quien diera yo mil y mil veces toda la sangre de mis venas!... ¡Oh desesperacion!... ¡Oh, rabia!... ¡Verdadero remedo del infierno!... Y el infeliz golpeaba furioso su surcada frente, sobre la fria piedra donde estaba postrado, y que ablandaba con sus lágrimas ardientes.

IV.

Se sucedieran muchos dias desde que el padre Mauro, no siéndole dable resistir el volcan que abrasaba su alma, osara confiar sus penas á Elvira, inocente causa de sus delirios, atreviéndose á pedir correspondencia de su amor sacrílego, y forjar proyectos insensatos. Sus palabras fueron escuchadas con el horror que merecian, y el desventurado amante solo pudo conseguir quedara sepultado en el silencio eterno el fatal secreto de su odiosa pasion. Elvira, pura cual el rayo del sol de primavera, la habia ya olvidado; ella diera su corazon á Alfonso Alvarez de las Asturias, su próximo pariente, y el anciano señor de Gauzon habia sonreido con orgullo á la idea de unir su única heredera á tan celebrado paladin. Un año señalara de plazo al impaciente mancebo, el cual, como presente de boda ofreciera á su

dama seis banderas y doscientos esclavos sarracenos, gloriosos trofeos que adquiriera para entretener su impaciencia en aquel largo espacio de tiempo, tan penoso para un amante.

V.

Llegó por fin el ansiado momento; lujosos y antiquisimos tapices cubren las viejas paredes de la gótica capilla; cien cirios arden ya en el altar, su trémula llama va á reflejar en los pintados vidrios de las angostas ventanas, el pavimento se ve cubierto de odoríferas flores. El ancho recinto de la suntuosa capilla del Salvador no es bastante á contener la multitud de asistentes que deben presenciar el solemne desposorio. Alfonso y Elvira están de rodillas sobre un rico cogin de brocado: el padre Mauro revestido de los ornamentos sagrados, diera ya la bendicion nupcial a los amantes; empero faltaba aun para completar la ceremonia, la misa y la comunion que debian recibir los desposados. En este instante solemne la mano de Mauro, estaba algun tanto trémula, su mirada era serena, mas la ligera sonrisa que animó por un instante su tétrico semblante tenia un no sé qué de infernal. Elvira que en aquel momento alzara á él sus bellos ojos, no pudo soportar la diabólica espresion que animaba el macilento rostro del monge, y los bajó repentinamente.

Al otro dia la gran campana del castillo convocaba con sus repentinos golpes á los vasallos de Gauzon, mas no era de fiesta su fúnebre clamoreo. La vieja capilla de Alfonso el Magno estaba enlutada, mas las flores con que se engalanara pocas horas antes aun no estaban marchitas. Ante el altar se veian tres féretros, circundados de gruesos cirios amarillos, los ocupaban los cadáveres de Alfonso, Elvira y el padre Mauro. Este habia envenenado la hostia con que dijera misa, y las dos formas que sirvieran para la comunion de Alfonso y Elvira.

En el tiempo que empleamos en referir esta trágica historia, atravesamos casi todo el concejo de Parreño, dejando á nuestra derecha el antiguo torreon de *Coyanca*, y otro á el cercano cuyo nombre no recuerdo, y á la izquierda la ensenada de *Peran*, la punta de *Socampos*, el pequeño puerto de *Antrellusa*, donde se encuentran restos de poblacion, y de algunas obras en el puerto que sirve con frecuencia de abrigo á las lanchas pescadoras que no pueden arribar á Candás, y finalmente la punta de *Abiado* en el que hay vestigios de castillo ó atalaya. Al llegar al rio *Aboño*, que divide el concejo de Carreño del de Gijon, pasamos por el lugar de *Carrio*, donde vimos una casa de campo del conde de Peñalba, fundada sobre el antiguo solar de la familia de *Carrio*, que procede de un caballero del rey don Alonso II, el

Casto, en señal de lo que conserva en sus armas la cruz llamada de los Angeles, insignia particular de aquel rey; una particularidad tiene la casa de Carrio, y es estar formado el altar de su capilla con restos de las famosas *Aras Sextinas* (*Aræ Sextiæ*) erigidas por Sexto Apuleyo, en honor de Augusto en el cabo *Torres*, que es una especie de península en frente de Gijon formada por el rio Aboño y el mar. En el citado altar hay en una de las referidas piedras, una inscripcion que no pudimos detenernos á copiar.

Pomponio Mela dice hablando de estos célebres monumentos. «En la costa de los asturos está el pueblo de Noega, y las tres Aras Sextinas, sagradas y dignas de veneracion, por el nombre de Augusto, que honran á sitios antes tan abandonados.» Ptolomeo las menciona tambien, y tuvieron por objeto perpetuar la memoria de la conquista del pais de los asturos, por la que el senado concedió á Augusto los honores del triunfo. Eran, pues, tres las Aras Sextinas, tenian forma de pirámides y una escalera interior de *caracol*, para subir á la cúspide. En el cabo Torres se ven aun sus cimientos.

El rio Aboño, que cria escelentes anguilas y truchas y que cuando crece la marea es bastante caudaloso, se pasa en este punto por medio de una barca, y despues de subir un monte que se alza en la opuesta orilla, y cuyo estremo que se sepulta en el mar forma el *Cabo Torres*, de que hemos hablado, se presenta á la vista la hermosa villa y puerto de Gijon, circundada por una parte de una grande y amena llanura del mas agradable aspecto, y de la otra el mar. Toda la campiña de Gijon, llena de árboles y sembrados, está perfectamente cultivada y ostenta numerosas *pumaradas* ó bosques de manzanos.

CAPITULO XXIX.

Desde Gijon á Covadonga.

La villa de Gijon, cuyo puerto habilitado es el mejor de la costa asturiana, por su buen fondeadero, es tambien la mas bonita, rica y aseada de toda la provincia. Se compone de mil veinte y dos casas, casi todas de bello aspecto y de buena construccion, que forman calles rectas, anchas, limpias y bien empedradas. Hace algunos años comenzaron á construirse sólidas fortificaciones que rodean la villa y la dan consideracion de plaza fuerte. Entre los edificios públicos sobresalen el Instituto asturiano, primer establecimiento de este género en España y fundacion del célebre don Gaspar

Melchor de Jovellanos, que le enriqueció con una escogida y numerosa biblioteca, y en el que hay enseñanzas públicas de matemáticas, náutica, cosmografía, dibujo y lengua francesa. Tiene tambien un pequeño gabinete de máquinas. La parroquia dedicada á San Pedro, aunque es grande, nada presenta de notable mas que algunos sepulcros antiguos, y el del ilustre Jovellanos que se vé al lado del altar mayor. Hay tambien una colegiata de patronato del marqués de San Estéban del Mar, cuyo grandioso palacio en forma de castillo feudal y flanqueado por dos corpulentos torreones coronados de almenas, domina el puerto artificial formado por magníficos muelles, y en el que se ven flotar las banderas de todas las naciones comerciantes de Europa. Otro palacio, tambien en forma de castillo, llamado de *Valdés* por pertenecer á esta familia, está situado á la inmediacion de la parroquia; tiene á su frente un bonito jardin público, y hoy es posesiou del citado marqués de San Estéban. Hay en la villa varias ermitas ó capillas de particulares, un convento de agustinas recoletas, un hospital, escelentes paseos, dos grandes fábricas, una de cristales, otra de cigarros y dos teatros, uno público muy reducido y otro particular. Al estremo de la calle principal y salida para Oviedo, se eleva el monumento mas moderno y tambien el mas suntuoso de los que en Asturias se encuentran dedicados al rey don Pelayo. Consiste en un bello arco de triunfo de arquitectura dórica y decoracion sencilla pero elegante. Es de piedra de silleria y tiene tres entradas, la del centro en forma de arco, y las colaterales cuadradas. La primera que hemos nombrado está adornada con cuatro pilastras, y sobre su cornisa se eleva un ático con las armas de la villa, que consisten en la imágen del rey Pelayo con la espada desnuda en una mano y la cruz de la Victoria en la otra. A ambos lados de este escudo está escrita en una gran lápida la siguiente inscripcion:

Infans Pelagius
E. Gothorum sanguine regum,
Hispanæ libertatis, religiones que restauratis
Senatus populus que Gigionensis.
Regali civili donnum dedere
Anno Dm. Ntri. J. C. MDCCLXXXV.

En la fachada opuesta, que es la que da frente al camino, se ven las armas de Castilla y Leon, y á los lados se lee:

Anmienti Carolo III patre patriæ
Principatus asturicensis comercio é utilitate
Incolarum consulens, viam hanc
A mari obetum usque apervit.
Anno humanæ reparatæ salutis MDCCLXXXV.

La ereccion de este arco fué pensamiento de Jovellanos, cuando por mediacion suya se construyó el camino que conduce desde Gijon á Oviedo y Madrid.

A un cuarto de legua escaso de Gijon está el renombrado santuario de Nuestra Señora de *Contrueces*, edificado sobre una pequeña colina, que domina toda la hermosa campiña, que con la villa y el mar forma la mas interesante perspectiva. Este santuario y el palacio á el contiguo tienen recuerdos históricos, pues uno y otro fueron fundados por Alonso III, el Magno, con el título de Santa María de *Cultrocies* y era como Gauzon, castillo y palacio. El mismo monarca lo donó á los obispos de Oviedo, que solian pasar en él la temporada de verano, y cuya posesion conservaron hasta 1841. Esta fortaleza fué una de las de que se apoderaron los turbulentos hijos de Alfonso el Magno cuando se rebelaron contra él. La iglesia, que aun permanece abierta al culto, consta de una sola nave y dos capillas á los lados, y forma un agradable aspecto de buena arquitectura. Sin duda para conservar el recuerdo de su antiguo orígen de castillo, está el pintoresco santuario rodeado de una muralla almenada que le embellece y reviste de un carácter muy romántico. El camino de Contrueces á Gijon, cubierto de árboles por ambos lados, es uno de los paseos mas concurridos.

El orígen de la villa de que hablamos se pierde en la oscuridad de los tiempos, puesto que con el nombre de *Gijia* hemos visto la nombran los antiguos geógrafos é historiadores entre las veinte y dos antiguas ciudades de los asturos. Tambien es de presumir conservara importancia esta poblacion durante el dominio romano, pues como ya dijimos, la península que está á su frente y muy próxima, fué el punto elegido por Lucio Sexto Apuleyo para erigir las famosas Aras que llevaron su nombre. En 715 fué conquistada por los sarracenos, que pusieron en ella por gobernador á uno de los capitanes que mas se distinguieran en la conquista, llamado por los cristianos ***Munuza***, y por los árabes Osman-Abu-Nesa, aquel en cuya boca pone Quintana en su hermosa tragedia del Pelayo aquellos robustos versos:

....«¡Aun soy Munuza!!
Pendiente de mis hombros todavía
El formidable alfange centellea
Que huérfanas dejó tantas familias.
Tiemblan de mí velando, aun se estremecen
Si su atemorizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

Sabido es lo que se refiere de los amores de Munuza y Hormesinda hermana de Pelayo, y de su casamiento; del resentimiento y huida del ofen-

dido príncipe, etc., etc. Mas estos hechos, aunque adornados y descritos por la elegantísima pluma de Quintana, no están suficientemente revestidos de verdad histórica: lo que si consta por los cronistas contemporáneos, es que Munuza, aborrecido por los gijoneses y noticioso del gran triunfo alcanzado por Pelayo en Covadonga, huyó con los suyos de Gijon, pero alcanzado por los cristianos en una aldea cercana llamada Olali, fué muerto con todos los que le seguian. Gijon fué, pues, rescatada en 722 por el mismo Pelayo. Los piratas normandos quisieron acometer esta villa en 842, mas desistieron de su pensamiento al reparar en las formidables fortalezas que la circuian. En 1112 la reina doña Urraca donó la villa de Gijon á la catedral de Oviedo. En el reinado de Alfonso XI era conde de Gijon, Noreña y Trastamara, don Rodrigo Alvarez de las Asturias, el que habiendo adoptado por hijo á don Enrique, (que era el primogénito de los bastardos del rey, y que despues reinó), le dejó á su muerte estos estados, lo que fué ocasion de que éste se hiciera fuerte en Gijon en 1352, declarándose rebelde de su hermano don Pedro el Cruel. El mismo don Enrique cuando ya reinaba y era el segundo de su nombre, dejó el condado de Gijon á su hijo bastardo don Alfonso Enriquez, habido en doña Elvira Iñigüez de la Vega. Suponiendo á este don Alfonso, de acuerdo con el rey de Portugal, dispuso Juan el I, en 1382, que fuesen sus estados confiscados y derruidos los muros de Gijon, lo que por entonces no se verificó, pues vemos que don Alonso Enriquez se rebeló en 1394 contra don Enrique III, y se abrigó en los fuertes muros de Gijon. El rey intentó recobrar la villa, pero la condesa de Gijon, esposa de don Alonso, la defendió con el mayor valor por largo tiempo, hasta que hubo de ceder á numerosas fuerzas y huir á Portugal con sus partidarios. Entonces fué, y no antes, cuando se arrasaron los muros y fortalezas de Gijon. En 1446, el conde de Valencia, don Juan de Acuña, intentó apoderarse de esta villa, aunque no pudo conseguirlo. En 1797 fué desterrado á Gijon su ilustre natural, Jovellanos, y finalmente, en 1808 los gijoneses apedrearon la casa del cónsul francés, lo que fué el principio del pronunciamiento contra aquellos invasores.

Dos dias nos detuvimos en Gijon, y continuamos nuestra ruta á Villaviciosa, que dista cuatro leguas. Siguiendo el camino de la marina, encontramos á media legua la bonita aldea de *Somio*, cubierta de casas de campo de los particulares gijoneses. Nada tuvimos que observar hasta el alto monte que domina el valle de Villaviciosa. Nada es comparable á la bellísima campiña, que desde la cima se descubre, por sus frondosas arboledas, sus variadísimos prados y terrenos de labor de mil verdes distintos, salpicados de multitud de aldeas y caserios, por entre las que serpentean como una cinta de plata el rio Amandi, el Linares y la ria de Villaviciosa, que sepa-

raba el territorio de los asturos de la célebre Cantabria, y que desprendiéndose del ancho Océano viene á morir muy cerca de la villa.

Este territorio fué en los tiempos antiguos conocido con el nombre de ***Malayo*** ó ***Malcayo***, y parece que la fundacion de la villa no data sino del reinado de Alfonso el Sábio, que reunió en ella la poblacion dispersa en casas de campo y aldeas, y la dió fueros ó carta-puebla. De la misma época son los muros que la circuyen aun por algunas partes.

Hay en Villaviciosa, una parroquia, cuyo edificio es de arquitectura bizantina, dos conventos, uno de monjas y otro que fué de franciscanos, y un hospital. Ostenta Villaviciosa muchas casas de buena apariencia y comodidad, pertenecientes á hacendados comerciantes, y es pueblo civilizado y de fino trato. Desde luego visitamos la casa llamada de *Vaqueros*, en que se alojó Cárlos I el 19 de setiembre de 1517, cuando por primera vez aportó á España desde Alemania. Refiérese que apenas tocó con el pié la ribera se arrodilló y besó la tierra clásica de honor y caballería, de valentía y nobleza, á la que habia debido el ser (1); los navíos de la armada que escoltaban el en que venia el rey, eran ochenta, en su mayor parte españoles, y enviados al efecto por el cardenal Jimenez de Cisneros, á la sazon regente del reino. Acompañaban á Cárlos, su hermana la infanta doña Leonor, Xesbrés, primer ministro, y otros muchos cortesanos. Se habia la armada hecho á la vela en Middelburgo, y la navegacion no fué muy feliz, pues hubo en el tiempo que duró varias tormentas, y uno de los navíos, que se incendió casualmente, hizo perecer entre las llamas á todos los pasageros que conducia. La nave en que venia el rey, y otras doce, obligadas por los vientos, arribaron á Jazones, puerto cercado de peñascos á una legua de distancia de Villaviciosa á donde se trasladó don Cárlos con su córte; y desde aqui se dirigió á Tordesillas donde residia su madre. La referida casa de Vaqueros es de dos pisos, y se asemejaba bastante á una torre, como eran las mas que en aquella época habitaban los nobles en Asturias. Despues se le han agregado habitaciones por ambos lados y han hecho variar su primitivo aspecto, conservando sin embargo, varias ventanas góticas. Las habitaciones que sirvieron de alojamiento al rey, están en el segundo piso, y entre ellas subsiste el cuarto ó alcoba en que durmió, que es bastante reducido y cuyo techo es un artesonado de madera. Aqui permanecia hasta hace pocos años la misma cama en que reposara, que hoy ya no existe; pero en un corredor inmediato á la alcoba se conserva la mesa en que se sirvió la cena, que está

(1) Sabido es que Cárlos V nació en Gante, pero sus padres, Felipe el Hermoso y Juana la Loca, acababan de llegar de España.

formada por un gran tablon de nogal muy tosco, de seis varas de largo, quince pulgadas de ancho y sobre cuatro de grueso, sostenido por pies tambien muy groseros. Dícese que uno de los platos que sirvieron al rey fué de sardinas fritas, pescado que nunca habia probado, y que le agradó mucho; mas que enterado del poco precio en que se vendia, prohibió que en lo sucesivo se le presentase. Conservaba tambien la casa de Vaqueros tres arcabuces de aquel tiempo, que en el dia han desaparecido. Despues de hablar de la visita de Cárlos I, que es el gran recuerdo histórico de Villaviciosa, hablaremos del orígen del dicho vulgar en Asturias de llamar á sus moradores *los hijos de Alfonso el Cristiano ó de la Espinera*, segun nos le refirió uno de los alquiladores de nuestros caballos.—Dice, pues, la tradicion, que allá en tiempo de entonces, hubo en esta villa un guerrero muy valiente y feroz llamado Alfonso; el cual menos que por la defensa de la religion de Cristo, combatia con los moros por satisfacer sus crueles instintos de matar á los hombres, robar las doncellas, etc., etc. Su santo titular quiso á toda costa salvar aquella alma que caminaba á largos pasos á su perdicion eterna, y un dia revestido de sus ricos ornamentos episcopales y rodeado de una aureola de gloria, se le apareció en lo alto de un espino reprendiéndole su mala vida y ordenándole fuese en penitencia á peregrinar á Covadonga, Roma y Jerusalen. Prometióle el glorioso San Ildefonso á su protegido, que cuando Dios le hubiese perdonado sus enormes pecados, vería en sí una señal evidente. Alfonso, ya convertido desde aquel momento, arrojó la espada y la lanza, y empuñando el bordon de los romeros, dió sus bienes á los pobres y marchó á obedecer el precepto divino. De regreso á su patria, entraba todos los dias en la iglesia al toque del alba, y no salia sino cuando el sacristan lo echaba fuera para cerrar las puertas. Ayunaba de contínuo, maceraba sus carnes pecadoras, y dormia siempre bajo el espino donde habia visto al santo arzobispo cuyo nombre manchara hasta el dia de su conversion. Por fin, Dios conmovido de tan severa penitencia le perdonó, y la señal que San Ildefonso pronosticara, apareció por fin. Consistia esta en verse siempre el tal Alfonso en una atmósfera contraria á todos los demás hombres. Asi, es, que cuando todos buscaban en diciembre el fuego para libertarse del frio que helaba sus miembros, Alfonso el Cristiano sudaba copiosamente; y viceversa, en las calurosas tardes de la canícula, pedia de limosna algunas ramas de árboles para formar una hoguera en la que se calentaba. Finalmente, Alfonso el Cristiano llegó á muy avanzada edad, murió en opinion de santo, y fué sepultado al pié del espino milagroso.

Al dia siguiente de nuestra llegada continuamos nuestra peregrinacion dejando ya la marina, é internándonos en las montañas. La salida de Villaviciosa por la carretera de Oviedo, que corre paralela al rio Amandi, es uno

de los mas bellos y agradables paseos que pueden verse. Al cuarto de legua escaso, está la lindísima aldea de San Juan de Amandi, en la que no llevará á mal el lector nos detengamos un instante. Prescindiendo de su risueña é incomparable situacion, por ser esta circunstancia tan comun en Asturias, donde la mano de Dios acumuló con profusion tantas bellezas naturales, llama desde luego la atencion la magnífica iglesia bizantina que sirve de parroquia, y que corona la cresta de una colina. Es tal vez de los edificios consagrados al culto el mas antiguo que se conserva en España, pues se remonta su fundacion al reinado de Sisenando y á los años 634, segun espresa una inscripcion que se ve entallada en la parte esterior del edificio. Llamábase esta iglesia en lo antiguo San Juan de Malayo, y cuando la irrupcion agarena se acogieron á ella dos obispos de las ciudades del interior de España, los que murieron en esta parroquia, y cuyos sepulcros permanecen aun. Posteriormente, cuando la persecucion que sufrieron los mozárabes de Córdoba, en el reinado de Abderramen II y su hijo Mohamed, vinieron muchos monges á buscar un refugio en el hospitalario pais de Asturias, y algunos de ellos de la órden de San Benito, llegaron á San Juan de Malayo y fundaron un monasterio que duró largos siglos. Aunque estos recuerdos de la antigüedad bastarian para hacer respetable la iglesia de Amandi, sobresale entre todas las de la provincia por su mérito artístico, en especial la capilla mayor, que ostenta á la par que solidez, elegancia, proporcion y acertada disposicion de su bellísimo ornato, siendo de admirar llegase á tanto el primor y la perfeccion en la época en que se construyó. Toda la capilla está ornada de columnas no muy altas, puestas unas sobre otras, y cuyos chapiteles están formados por multitud de figuras perfectamente acabadas, que representan en su mayor parte hombres y mugeres, tocando instrumentos músicos de varias formas. Cada columna, cada chapitel, cada adorno, en fin, de la iglesia de Amandi, necesitaria un largo artículo para su descripcion, de la que se han ocupado ya varios eruditos escritores, como el padre Carballo, Jovellanos, Caveda, etc., etc. El año de 1780 amenazaba ruina el templo que nos ocupa, y habria tal vez desaparecido este bellísimo tipo de arquitectura bizantina, si el arcipreste que á la sazon tenia á su cargo á San Juan de Amandi, don José Antonio Caunedo y Cuevillas, hombre benéfico, ilustrado y de especiales conocimientos en la arqueologia, no le hubiera restaurado á su costa, teniendo la acertada precaucion de numerar los sillares para volverlos á colocar en igual órden y alineacion, con lo que el templo quedó en el mismo estado y forma primitiva. El citado arcipreste no exigió otra recompensa por el interesantísimo y costoso servicio que prestó á las artes conservando esta bellísima é histórica iglesia, mas que el que se escribiese su nombre en uno de los sillares

de la referida capilla mayor, con la fecha de la restauracion, como se verificó, y nosotros nos complacemos, á fuer de amantes de las antigüedades, en consagarle aqui un agradecido recuerdo. Inmediato á la iglesia está el cementerio, muy capaz, ventilado y de aspecto risueño, pues todo él forma un gran jardin cubierto de flores.

Desde la parroquia de Amandi se empiezan á subir los altos montes que conducen al concejo de Cabranes, pero antes de salir del de Villaviciosa y á media legua de esta poblacion, se ve á la izquierda, en un prado que corona una alegre colina, y está circundado de espesos bosques, el pintoresco santuario de Nuestra Señora de Lugás, uno de los que en estos últimos años han adquirido mas celebridad en Asturias, pues asisten á su suntuosa fiestá ó romería puede decirse que todos los habitantes del pais á diez leguas en contorno. Tiene lugar esta festividad el 8 de setiembre, en que tambien se celebra la famosa romería de Covadonga, por lo que desde el primer dia del espresado mes se ven los caminos que conducen á uno y otro santuario, cubiertos de peregrinos que se cruzan, los unos para asistir el dia 7 á la *foguera* á Covadonga, de donde salen muy de madrugada el 8 para llegar á Lugás, y otros al contrario á pasar la *foguera* en Lugás y asistir á la funcion de Covadonga. La de Lugás se verifica con el mayor lujo, pues se hacen venir una ó mas músicas de la capital: una bien dispuesta iluminacion de vasos de colores luce en la torre y pórtico de la iglesia, hay globos aereostáticos, fuegos artificiales muy notables, grande hoguera y solemne procesion escoltada por tropa. Cuanto mas nos alejábamos de la ribera del mar, el terreno que pisábamos era mas y mas montuoso, y muy pronto entramos en el concejo de Cabranes, que es muy fértil y frondoso, pero de poca estension, pues no contiene mas que seis parroquias. Su capital es Santa Eulalia de Cabranes, que consta de trescientas casas, y en la que está la iglesia parroquial de su nombre y cuatro ermitas. Nada ofrece de notable esta poblacion, que está situada á la derecha del rio *Salas*, que atraviesa todo el concejo. El camino que seguiamos era á la orilla de este rio y en direccion de su orígen, y nos condujo luego á subir el gran monte en cuya cima se asienta la parroquia y aldea de Torazo, dos leguas distante de Villaviciosa, y una bastante larga del Infiesto. La senda es penosa, pero sin embargo practicable para carros. Allá va un hecho que se nos refirió en Torazo como sucedido de muy poco tiempo á esta parte en un pueblo inmediato, y que llenó de terror á este pais donde reinan costumbres tan inocentes y patriarcales.

Un jóven labrador recien casado, se dirigió con otros varios compañeros y vecinos suyos á Castilla, con objeto de tomar parte en las faenas de la siega; y terminadas estas marchó con dos de sus amigos á Sevilla y otras

ciudades de Andalucía. Dos años largos tardó en volver á su casa, sin avisar de su vuelta á su esposa, tal vez por sospechas que ya abrigaría de su infidelidad. Arrojóse ella á los pies de su marido, y anegada en lágrimas le confesó habia olvidado todos sus deberes; que recibiera muchas veces durante su ausencia á un primer amante con quien sus padres no le permitieran casar porque era *vaquero* (1), y que hacia siete meses llevaba en su seno la prenda de un amor culpable. El ofendido esposo lejos de reprender á su compañera, la perdonó, la estrechó en sus brazos, le manifestó mas cariño que nunca, y se confesó culpado de iguales faltas cometidas contra la fé conyugal, en Madrid, Sevilla y Cádiz. Celebróse la vuelta del viagero con una espléndida cena á que asistieron algunos vecinos, y acabada se retiraron ambos esposos á una *panera* donde solian dormir. Al otro dia al amanecer los labradores qué iban alegremente al campo guiando sus bueyes retrocedieron llenos de espanto al pasar delante de la panera. La esposa infiel estaba desnuda y ahorcada de un clavo de la puerta, colgado al cuello el feto mal formado aun, y á pocos pasos el perro del ganado devorando el corazon que su marido le arrancara. El parricida habia desaparecido.

Al bajar de Torazo se entra muy en breve en el concejo de *Piloña*, dicho asi del histórico y caudaloso rio *Pionia*, que le atraviesa en su mayor parte. Este territorio es notable por su feracidad y rica vegetacion, pues todos los montes que lo componen, están cubiertos de robles, hayas, castaños y otros árboles. Hay tambien muchos criaderos de carbon de piedra, escelentes pastos y plantas medicinales. A la izquierda del camino se deja la poética torre de *Lodeña*, viejo solar de la familia de este apellido, y morada de los señores feudales del antiguo *Coto* ó señorío de *Lodeña*, que perteneció á la familia de *Rivero y Posada*, y hoy es propiedad del marqués del Real Transporte.

Desde Santa María de Lodeña se entra pronto en un buen paseo denominado *El Calzado* á orillas del *Pionia*, hoy *Piloña*, que conduce inmediatamente á la villa del *Infiesto*, capital del concejo y un partido judicial, que comprende treinta y dos parroquias, repartidas en los concejos de Cabranes, Nava, Piloña y Sariego. Da entrada á la villa un magnífico puente

(1) Hay la creencia en Asturias de que los vaqueros ó habitantes de las *brañas*, son descendientes de aquellos malos españoles que rehusaron seguir á Pelayo en su patriótica empresa de reconquistar la patria, por lo que se miran en el pais con el mayor desprecio, y ningun aldeano por pobre que sea, consentirá la afrenta de que una hija ó hermana se case con un *vaquero*, que es la palabra mas infamante con que puede llamarse á cualquiera en Asturias.

de piedra de tres arcos, edificado en 1719. Ocupa el Infiesto casi el centro de la provincia, y está situado en un estrecho valle circundado de altísimos montes. La poblacion no consta sino de sesenta casas que forman una gran plaza, en la que se celebra todos los lunes un concurridísimo mercado, y algunas calles; hay una pequeña iglesia con título de colegiata, fábrica del siglo pasado, y dos ermitas, una dedicada á Santa Teresa en la plaza, y otra en las afueras de la villa en pintoresca posicion, llamada de San Cipriano. Esta es de bastante capacidad, en forma de cruz latina y de arquitectura dórica; parece ser fábrica de los últimos años del siglo XVI.

Una de las rarezas naturales que adornan los risueños paisages que rodean al Infiesto, es el agreste santuario de la *Virgen de la Cueva*, situado á un octavo de legua de la poblacion, y enclavado en la parroquia de Santa Eulalia de Gues. Nada hay que presente una belleza mas salvage que este lugar, que mas bien que realidad parece la fantasía de un pintor. Despues de atravesar el rio de la *Cueva* (que á pocos pasos se reune al Piloña) por medio de un puente rústico de madera, se entra en una frondosa alameda de árboles frutales, que conduce al santuario. Está situado en la concavidad de un enorme peñasco cuya bóveda natural sostiene á mas de cien pies de altura, amenas praderas salpicadas de corpulentos árboles, donde retozan los ganados, formando el todo de este sitio el mas caprichoso y sorprendente cuadro. La gran cueva, que tiene ciento seis pasos de largo, treinta y dos de ancho, y sobre ochenta pies de altura, (en su mayor distancia) contiene dentro de su recinto tres ermitas ó capillas bastante capaces y dos casas. La ermita mas antigua, que es tambien la mas reducida, está dedicada á Nuestra Señora de la Cueva, pequeña imágen de talla, que se dice aparecida en época remota, en el mismo lugar donde se halla, á unos pastores. Fué erigida por el señor de la Torre de Lodeña, á quien pertenecia aquel territorio. A la capilla de la Vírgen sigue la de San José, mas moderna, y construida con mas suntuosidad que la anterior, y que no data mas allá de principios del siglo XVIII. Al frente de esta se ve la otra capilla dedicada á la Vírgen del Cármen; que fué fundada en 1706, por don Diego Alonso de Rivero y Posada, señor de la Torre de Lodeña. Contigua á esta capilla del Cármen, están las casas del capellan y del ermitaño, que vienen á parar al frente de la primera capilla que hemos nombrado, y que con una larga fila de confesonarios fijos en la peña, y una baranda de piedra que cierra el lado opuesto, dejan libre una espaciosa plazuela en forma de rectángulo, dentro del que crecen varios árboles, todo cubierto por el peñasco que en forma de una gran concha, protege y oculta estas originales construcciones. En los frontales de los altares se ven pintadas las armas de los fundadores. El 8 de setiembre tiene lugar en el inmediato

bosque que ocupa la orilla opuesta del rio de la Cueva, la gran romería que en honor de la Virgen se celebra, la que es muy concurrida, y que solo rinde parias en Asturias á la de Cangas, Lugás y Covadonga.

A la salida del Infiesto para Cangas de Onís, en el sitio llamado la *Corredoria*, permanece una memoria notable del rey Pelayo. Dícese, pues, que al dirigirse el valiente caudillo, de Gijon á Covadonga seguido de un solo guerrero, y acosado por gran número de soldados moros, que iban en su seguimiento, se arrojó con su caballo al rio que llevaba un gran caudal de agua. Encontró felizmente vado en aquel sitio, y para animar á su compañero que titubeaba imitar su ejemplo, le gritó Pelayo desde el rio *¡Pie alla!* aludiendo á su caballo. Ambos paladines llegaron salvos á la opuesta orilla, y los moros no se atrevieron á esponer su vida por seguirlos. Para perpetuar el recuerdo de este suceso, se dió el nombre de *Pie alla* al vado y á las tierras inmediatas, que aun lo conservan, y en la casa de escuelas, que está á pocos pasos, se colocó el escudo de armas del concejo de Piloña, que consiste en dos caballeros completamente armados que sobre sus caballos atraviesan unas ondas. De la boca del primero sale una leyenda que dice *Pie alla;* y en la *cabeza* del escudo se ve la cruz de la Victoria.

El camino del Infiesto á Covadonga (que dista 6 leguas) es de los mas vistosos y variados que puede haber, y á cada paso se tropieza con un recuerdo histórico ó alguna belleza artística. Largo tiempo se marcha á orillas del Piloña, y cerca de un cuarto de legua del vado de *Pie alla*, se encuentra una colina denominada *Peleon*, que segun las tradiciones del pais, sirvió de teatro á un reñido combate entre los moros y los primeros caballeros y peones que seguian á Pelayo antes de la batalla de Covadonga. No ha pasado aun mucho tiempo desde que un labrador desenterró en aquel sitio con la punta de su arado, una hacha de dos cortes semejante á aquellas que usaban los guerreros francos, y que de su nombre se decian *franciscas*. A la legua del Infiesto está la graciosa aldea de *Villa mayor*, que posee una iglesia bizantina muy parecida, aunque no tan bella, á la de San Juan de Amandi, y que perteneció en otros tiempos á un monasterio de benedictinas, y hoy desplomada su techumbre sirve de cementerio público.

Dejando el concejo de Piloña se entra en el de *Parres*, muy montuoso y no tan fértil ni poblado de árboles como aquel, en donde se hallan los solares de las dos antiguas familias de *Nevares* y *Corderas*, que se precian de descender de los paladines de Pelayo: pasamos por el lugar de *Llames de Parres* ó *Collado del Otero*, situado en la parroquia de *Biabaño*, no lejos del Piloña, y por otros varios, y á las tres leguas y media del Infiesto, avistamos á la izquierda del camino por donde marchábamos, y á las riberas del rio Sella, el histórico monasterio de *San Pedro de Villanueva*, que

se alza al pie del elevadísimo monte llamado en viejas crónicas *Olicio*, y hoy *Osuna*, antiguo edificio, siendo un monumento erigido para recordar un hecho notable de nuestra historia, y era en sus principios un palacio ó casa de campo de los duques de Cantabria, á cuya provincia pertenecia, como ya hemos dicho en otro lugar, este territorio y el en que moraba el duque Alfonso, desposado con Hormesinda, hija de Pelayo. Pasaron dos años desde la muerte de este gran príncipe, y corria el de 739, cuando su hijo y sucesor Favila, mancebo robusto y belicoso, se arrancó una tarde de los brazos de su jóven esposa la bella *Froilima*, para entregarse á la diversion de la caza. Alejado de sus monteros, se empeñó en seguimiento de un corpulento oso, con el que penetró en la cueva que le servia de vivienda, y en la que se trabó un combate terrible, que dió por resultado la muerte del rey y de la fiera. El valiente Alfonso, duque de Cantabria, fué elegido unánimemente por sucesor de Favila, y uno de los primeros actos de su reinado fué, accediendo á los deseos de su esposa, convertir su palacio, que estaba muy cercano al lugar de la catástrofe, en una iglesia con la advocacion de Santa María, que fué despues monasterio de monges benedictinos, con la de San Pedro de Villanueva que hoy conserva. A la puerta del templo se colocaron los muy renombrados bajo relieves que representaban la muerte de Favila, y la salida de su palacio para la cacería en que perdió la vida, que tan prolijamente describió en el siglo XVI el cronista obispo Sandoval; hoy no existen estos, pero si la portada bizantina, en cuyos chapiteles y en figuras delicadamente escultadas, se ve en uno á Favila montado á caballo con un halcon en la mano, y á Froilima á la puerta de su palacio; en otro chapitel está el rey en trage de guerrero, combatiendo con el oso que está en pie, y tiene la espada de aquel casi del todo introducida en su pecho; finalmente, en el tercero se ve á Favila entre las fauces de una espantosa fiera, con multitud de gentes que parece intentan aunque inútilmente evitar la desgracia.

La capilla mayor, que tambien es del tiempo de Alfonso el Católico, está adornada de bellas columnas bizantinas en cuyos chapiteles se ve repetida la trágica cacería de Favila, y aunque de mucho mérito, no iguala á la primorosa de San Juan de Amandi de que hemos hablado. El monasterio de San Pedro de Villanueva fué renovado en su totalidad en 1687, y asi solo ofrece de notable los fragmentos que restan del primitivo, que son además de la portada y capilla mayor ya indicada, las columnas y arcos que adornan el ingreso de la escalera principal, varias tumbas ó sepulcros ornados profusamente de ricas labores, y una bellísima pila bautismal que data del siglo XII. En el monte cercano se ve una cueva que es en la que, segun los naturales, ocurrió la lucha con el oso, y la muerte de Favila. En

los siglos XVI y XVII, refieren Morales y Carballo, que existia en este sitio una cruz para conservar la memoria del suceso, pero hoy ya no se vé.

En Villanueva empieza la risueña vega de Cangas, que es, segun muchos y graves autores, la misma que los romanos llamaron *Concana*, y en la que se elevaba la antigua ciudad cántabra de este mismo nombre, de que nos hace repetida mencion el famoso poeta *Horacio*. No es menos célebre este territorio en la gloriosa época de la restauracion española: entonces, como nos muestran los cronicones antiguos, se llamaba *Canicas*. Aqui fué donde Pelayo llegó cuando huyó de Gijon y atravesó el Pionia, y se puso al frente de un puñado de valientes, que segun las tradiciones de Asturias, solo llegaban á quinientos diez y nueve nobles los que juraron obedecer á Pelayo, intitulándole señor, *Dominus*, origen del Don de nuestros dias (1). Por eso al considerar tan escaso número, esclama Alfonso el Sábio en la Crónica general de España:

«*Don Pelayo era solo, é non habia quien le ayudar sino Dios del cielo.*» Aqui en esta vega fué donde alcanzó en 718 su primero y memorable triunfo que sirvió de glorioso cimiento á la monarquía española. En Canicas fué donde fijaron su córte aquel soldado rey, y sus sucesores hasta don Silo, que la trasladó á Pravia. En Canicas aconteció la muerte de Vimarano, perpetrada por su hermano el rey don Fruela, y la de este, ocasionada por su primo Aurelio y varios conjurados en 767, y alli nacieron los seis hijos de Favila ó Fafila, y tambien los de Alfonso el Católico, que eran Fruela, Vimarano, Adosinda y Mauregato, que todos ciñeron sucesivamente la corona real de Asturias escepto el segundo. No olvidó Cangas en los tiempos modernos sus antiguos timbres, pues en la guerra de la Independencia formó con los jóvenes de su concejo un regimiento que denominó de *Covadonga*, el que en el campo de batalla hizo ver á los franceses no llevaba en vano aquel glorioso renombre. Tenia esta villa voto entero en la junta general, ó sean córtes provinciales, cuya última reunion se verificó en 1832, y finalmente, es hoy capital del concejo de su nombre, y de un partido judicial.

Cangas está situada en la confluencia de los dos rios *Sella* y *Gueña*, y es una bonita aunque pequeña poblacion, pues no pasa de 700 habitantes. Da entrada á la villa un antiquísimo y magnífico puente de tres arcos de piedra silleria sobre el Sella, notable por su elevacion sorprendente, pues

(1) «Fué Pelayo el primero que usó el *Don* por antenombre impuesto por sus vasallos para mas honralle, hasta entonces solo permitido á los santos, y es palabra interpretada de *Dominus*, señor en castellano.»

(*Mendez Silva*, Poblacion de España.)

tiene cerca de setenta pies desde el nivel del agua á la clave del arco principal, y setenta y cuatro de largo.

La iglesia parroquial está dedicada á Nuestra Señora de la Asuncion, y es un edificio bastante capaz, construido en el siglo pasado, á escepcion de la capilla mayor que permanece aun la antigua. Del palacio que ocuparon los reyes de Asturias, no quedan rastros ni vestigios en Cangas, pero se ve prolijamente representado en un chapitel de la portada de San Pedro de Villanueva, fundacion, como ya dijimos, del reinado de Alfonso el Católico. Contigua á Cangas, y muy cerca del lugar de la reunion de los dos rios, se ve la famosa ermita de Santa Cruz. El sitio en que está edificada se llama hoy *Vega de Santa Cruz*, y por algunos historiadores, *Campo de Contraquil*, que fué donde se reunieron los primeros guerreros de Pelayo.

En el mismo campo se terminó tambien pocos dias despues de la espresada reunion, la gran batalla comenzada en Covadonga, y aqui fué donde, segun el arzobispo don Rodrigo y las leyendas populares, perpetuadas hasta hoy, apareció como en otro tiempo á Constantino, una cruz roja en el cielo en señal de victoria, y á semejanza de la que hizo Pelayo construir una cruz de roble que le servia de bandera ó enseña.

En el centro de este campo tan lleno de nobles recuerdos, edificó Fafila en 739, con objeto de celebrar el gran triunfo de su esclarecido padre, una iglesia de sillería de «maravillosa hechura» segun el cronicon de Alfonso el Magno, en la que depositó la referida cruz de roble de su padre, y le dió la advocacion de Santa Cruz que conserva. La iglesia era muy pequeña, pues no tenia mas que 8 pies de cada lado; pero habia otra igual subterránea segun el estilo de aquel tiempo. Muerto Fafila, en el mismo año de la dedicacion de este templo, fué sepultado en una cueva que estaba á él muy cercana, y de la que en el siglo XVII sacaban los naturales tierra, atribuyéndole virtud para curar enfermedades como sepultura de un santo. Su esposa la reina *Froilima* fué sepultada á su lado; pero hoy no se ven ni uno ni otro sepulcro, y en cuanto á Fafila, segun nos instruye Mariana, fué trasladado á la iglesia de San Miguel de la villa de Yangüas. La actual iglesia de Santa Cruz es una renovacion de la antigua, hecha en 1637 por Fernando de Estrada y su muger doña Marquesa Valdés, cuyos retratos y escudos de armas se ven en el altar; pero está de tal modo abandonada desde la guerra de la Independencia por su patrono y poseedor el conde de la Vega de Sella, que, vergüenza da repetirlo, está convertida en establo. Aun conserva, sin embargo, la famosa inscripcion votiva que en su puerta colocó Fafila, que es tán renombrada por ser la escritura mas antigua que en España existe desde la entrada de los moros, redactada en aquel bárbaro y corrompido latin, que formaba el lenguaje

español del siglo VIII. La lápida que contiene esta célebre inscripcion, está empotrada en la pared; pero embadurnada y deteriorada de tal modo, que solo con trabajo puede leerse.

Tambien subsiste, aunque cegada con escombros, la iglesia subterránea, que visitaron Morales y Carballo, y, es dicho vulgár, hay una mina larga que atraviesa el rio. El erudito anticuario y escritor don Antonio Cortés hizo con objeto de reconocer aquella una escavacion en la sacristía, por donde es tradicion se bajaba; pero tropezó con los cimientos de la capilla, que son muy raros, pues consisten en maderos redondos colocados á lo largo y al través de la pared, y empotrados en argamasa. En los alrededores de esta ermita se encontraron varios sepulcros. Estuvo abierta al culto hasta 1808.

De Cangas de Onis hay dos leguas cortas á Covadonga, y el camino real abierto por el gran Cárlos III es en estremo agradable, pues va siempre á las orillas del *Gueña*, que son muy amenas. A la media legua de la referida villa se reune este rio al *Deva* ó *Diva*, tan nombrado en nuestras historias, y cuya ribera no se abandona hasta llegar al célebre santuario objeto de nuestro viage. Habríamos ya recorrido la mitad de la distancia entre Cangas y Covadonga, ó sea una legua, cuando encontramos el pequeño lugar de *Soto*, que nada ofrece de particular mas que un antiguo palacio que pertenece á la familia del mismo nombre, que ostenta un robusto torreon en el cual, segun las tradiciones, posó repetidas veces el rey Pelayo durante sus espediciones guerreras. A muy pocos pasos está el *Campo de la Jura*, lugar donde algunos dias despues de la batalla, se reunieron los nuevos vasallos del nuevo rey para pronunciar el solemne juramento de fidelidad y pleito homenage, y Pelayo prometió guardar las sábias leyes godas del *Fuero Juzgo*, y hacer contínua guerra á los enemigos de la patria. Para perpetuar la memoria de este hecho, los jueces del concejo de Cangas de Onis tenian costumbre, hasta hace poco, de ir á tomar posesion de la vara de justicia al *Campo de la Jura*. Despues de Soto se encuentra *la Riera* en donde está la casa ó palacio en que suele habitar el abad de Covadonga, y á muy pocos pasos, unas grandes rocas de granito que aseguran los aldeanos se pegaron al suelo porque los moros las querian arrojar contra los cristianos; pero es mas probable fuesen lanzadas por estos contra aquellos desde la cima del monte. Tambien muestran los cangueses unas rayas ó surcos profundos en un peñasco que aseguran ser el resbalon del caballo de Pelayo, á quien nunca llaman *rey*, sino *infante*, particularidad que ya notó el cronista Ambrosio Morales cuando de órden de Felipe II visitó á Covadonga. El valle por donde corren el Deva y el camino real, se va estrechando mas y mas á la salida de la Riera y muy cerca de Covadon-

ga, está un pequeño campo llamado de *Repelayo*, en el que los asturianos le detuvieron un momento en medio del combate en que ya eran vencedores, para *alzar sobre el pavés*, segun la usanza goda, y proclamar rey, a que hasta entonces no fuera sino caudillo.

CAPITULO XXX.

Covadonga.

A pesar de lo familiarizada que teníamos ya la vista con los magníficos cuadros de la naturaleza, mi amigo Mauricio y yo quedamos sorprendidos al descubrir á Covadonga. Caunedo lo conoció, y una sonrisa de satisfaccion que asomó á su rostro, daba bien á entender que se gozaba en nuestra sorpresa con todo el entusiasmo de un verdadero asturiano. Diré dos palabras de este sitio inolvidable.

Tres elevadísimos montes se ofrecen á la vista, que comprenden entre



si una estrecha vega. El mas alto de estos y que está situado entre los otros dos, es tambien el mas célebre en los fastos de España, y le daban el nombre de monte *Auseba*, pero hoy se llama montaña de la Virgen. Se calcula en 4,000 pies su elevacion, y le sirve de cimiento un enorme peñasco

de 180 de altura, roto por el rio Deva (1), que al caer impetuosamente forma una magestuosa cascada. En el centro de esta gigantesca roca, se ve la celebrada cueva que sirvió de refugio á Pelayo y sus bravos compañeros, y que era á la sazon conocida con el nombre de *Covafonga*, y *Cueva de Santa María*, como la llama la crónica de Alfonso el Magno. Su estension es próximamente de 30 pies de fondo y 40 de ancho por la boca. Otro tanto hay de altura desde el techo hasta el suelo, pero esta distancia va disminuyendo por la inclinacion de la bóveda natural, hasta quedar reducida á 10 pies. El pavimento está formado en parte por el mismo peñasco, y parte por tablones, enclavados en vigas, que solo por un estremo encajan en aquel, y por el otro sustentan un gran balcon de madera, que corre por todo el frente de la cueva. A una punta de este balcon ó corredor se alza la ermita de Covadonga, que es muy pequeña, pues solo llega su estension á 3 varas cuadradas, y otro tanto de elevacion, y que fué construida en 1820. En su único altar se ve la imágen de la Vírgen, bárbaramente escultada, pero de gran devocion en el pais. En una de las paredes de esta ermita, está empotrado el sepulcro del célebre Alfonso I, el Católico. El revoque que lo envuelve solo deja libre el testero, en que se ve una lápida con esta inscripcion que data del siglo XVI.

Aqui yace el católico y santo rey don Alonso I, y su muger doña Ermenesenda, hermana de don Favila, á quien sucedió. Ganó este rey muchas victorias á los moros. Falleció en Cangas, año de 757.

Al frente de la ermita y en una gruta que tendrá de largo como 12 pies y 4 de alto, se ve el tosco túmulo que encierra los restos del heróico don Pelayo, y que consiste en una gran tumba compuesta solamente de dos piedras el arca y la cubierta. Es mas angosta de los pies que de la cabeza, y no tiene adorno ni inscripcion alguna. La rusticidad y pobreza de este sepulcro demuestra su veneranda antigüedad y robustece la vieja tradicion que atribuye su fábrica al rey Alfonso el Católico, que en memoria de la célebre batalla erigió el monasterio de Santa María de Covadonga, y trasladó á la Santa Cueva el cadáver de su suegro don Pelayo, que yacía en Santa Eulalia de Belamio. La entrada de la covacha de que vamos hablando, está señalada con una ojiva que desde algunos años á esta parte, se ve

(1) Este rio, que nuestros cronistas dicen que «creció y se hizo grande» con la sangre de los árabes, nace en las elevadísimas peñas llamadas *picos* de Europa, atraviesa algunas praderías, y en la de *Orandi* se sumerge en una cueva, va oculto por la montaña de la Vírgen, y sale al campo de *Peinano* por debajo de la célebre cueva.

tabicada y resguardada con una reja de hierro, pudiendo no obstante, descubrirse el memorable lucillo, por una pequeña tronera que el tabique deja en claro. Sobre la referida ojiva se puso en el siglo XVI una pequeña lápida de mármol en la que se lee esta humilde inscripcion:

Aqui yace el señor rey don Pelayo, ellecto el año de 716, que en esta milagrosa cueva dió principio á la restauracion de España, venzidos los moros. Falleció, año de 737, y le acompañan su muger y hermana.

Asi permanece este sagrado monumento, inmortal padron de nuestras glorias. Un farol luce de contínuo al lado de la gruta sepulcral de Pelayo, y muestra á los peregrinos que arriban á Covadonga durante la noche, el término de su devoto viage. La histórica cueva de la Vírgen, aumentada con un edificio de madera suspendido en el aire á la altura de 90 pies, y sostenido solamente por vigas como el corredor de que hicimos mencion, sirvió de templo de la colegiata hasta el 18 de octubre de 1777, que incendiados por un rayo los jarales y maleza que lo tapizaban, quedó tambien convertida en cenizas la osada y piadosa construccion de Alfonso el Católico, que llevaba el nombre de *Milagro de Covadonga*. Desde aquel deplorable acontecimiento se trasladó la iglesia de la Colegiata á la capilla de San Fernando del contiguo edificio que fué un dia el monasterio de Santa María. En sus principios estaba habitado por monges de San Benito, como asegura la escritura de fundacion, y despues por canónigos regulares de San Agustin. El rey don Felipe IV edificó las actuales casas de los canónigos y aumentó la escasa dotacion que disfrutaban, renunciando en su beneficio un canonicato que en la colegiata de Covadonga poseian los reyes de España. El abad, que tiene asignacion y categoría de mitrado, es tambien dignidad de la catedral de Oviedo. El edificio que hoy existe, renovado varias veces desde su fundacion, es humilde, pero conserva aun restos de su primera arquitectura magestuosa y severa. Hasta el deplorable incendio de la antigua iglesia de la Cueva, estaban suspendidos cerca del sepulcro de Pelayo su espada y estoque. Aquella fué trasladada á Madrid por el abad de Covadonga cuando corrió á dar cuenta á Cárlos III del inesperado desastre, y hoy, con el respeto que merece tan insigne trofeo, se conserva en la Armería real. El estoque de Pelayo permanece aun en la sacristía de la Colegiata, y su forma es muy estraña. Es de hierro, tiene cuatro filos, y su longitud llegará á una tercia; cuatro gavilanes rodean el puño y suben hasta tocar el pomo en figura de lira, dando á esta arma alguna semejanza á las antiguas espadas escocesas. Al pié del monte de la Vírgen hay una reducida planicie desde la que segun la tradicion, hablaba el traidor obispo Opas á los cristianos que ocupaban la cueva, en la que y en el campo con-

tiguo denominado de ***Reynazo***, dió principio la sangrienta batalla que acabó en la Vega de Santa Cruz de Cangas. Cerca de la referida planicie se vé la magnífica alcantarilla de piedra de sillería de 15 pies de alto y 8 de ancho, edificada por don Ventura Rodriguez, primer arquitecto de Cárlos III, que de órden de este monarca, pasó á Covadonga despues del incendio para construir un nuevo templo digno del sitio y de sus recuerdos. La espresada alcantarilla tiene por objeto encerrar y cubrir el rio Deva que sale por debajo de la cueva de la Vírgen, y servir de base al templo que debia edificarse. Además de la célebre cueva y colegiata, hay en Covadonga 12 casas con huertas para los canónigos y dependientes de la colegiata, y un cómodo meson para los viageros. En la sala capitular, que tambien sirve de biblioteca, hay un bonito álbum para firmar los viageros, el cual contiene ya algunas composiciones de mérito. La gran festividad de Covadonga es el 8 de setiembre, y la misa y sermon se celebra bajo unos árboles, pues solo en el campo puede acomodarse la multitud de concurrentes que aun van á pagar este tributo á las grandezas pasadas de nuestra patria. En cuauto al suceso histórico, está aun grabado en el corazon de aquellos bizarros montañeses que lo refieren á los viageros del mismo modo que nuestros cronistas, y solo añaden estas poéticas tradiciones. Estaba la cueva dedicada á la Vírgen desde los primeros tiempos del cristianismo, y la primitiva imágen fué allí colocada por el apóstol San Pablo. Cuando la invasion agarena, estaba la cueva habitada por un anciano y santo ermitaño, y pocos dias antes de la célebre batalla llegó allí Pelayo persiguiendo á un bandido que fué á refugiarse al altar de la Vírgen. El piadoso guerrero por respeto á la santidad del sitio le perdonó la vida, y el ermitaño profetizó entonces á Pelayo, que aquella santa cueva le acogeria tambien á él y á los suyos, y que en ella alcanzaria un memorable triunfo. Dióle por prenda de la victoria la tosca cruz de madera que adornaba el altar, y le despidió con su bendicion. Esta tradicion la menciona Carballo en sus antigüedades de Asturias. Dícese tambien en Covadonga, y lo apoyan algunas de nuestras historias, que las flechas de los moros de Alkhamak al tocar con sus puntas el gran peñasco, se volvian contra sus dueños y les daban la muerte; que don Opas fué mandado precipitar por don Pelayo desde unas altas peñas, y que en el momento fué arrebatado su cuerpo por los diablos, y finalmente que todos los moros perecieron, y que el nombre de la ***Gusana*** que lleva un arroyo que del campo de ***Reynazo*** baja á unirse al ***Deva***, proviene de los muchísimos gusanos producidos en él por los cuerpos muertos.

Retrocedimos sobre nuestros pasos abandonando con pesar aquel romántico sitio cubierto con las huellas de mil héroes, donde cada tronco de árbol, cada peñasco, cada trozo de terreno, es un monumento histórico y

el recuerdo de una hazaña, y volvimos á pasar por el campo de Repelayo y la Riera, para dirigirnos á la iglesia de Abamia que dista una legua de Covadonga; pero queriendo acortar el camino, trepamos por un empinado monte que se alza sobre la Riera. Allí perdimos la estrecha senda que recorríamos, y caminando largo tiempo á la ventura, nos encontramos en un espeso bosque formado de corpulentos y centenarios árboles. Aun dudábamos sobre la direccion que deberíamos elegir, cuando vimos de lejos un robusto jóven que conducia sobre sus espaldas un abultado saco lleno al parecer de grano, el cual apenas nos divisó lo arrojó al suelo, y corrió hácia nosotros para enseñarnos el camino; servicio tanto mas digno de nuestro agradecimiento, cuanto no lo habíamos aun solicitado. Hermoso y ágil era nuestro guia, estatura aventajada, robustas formas, musculatura hercúlea, color blanco y cabellos rubios; el tipo, en fin, del antiguo cántabro, aunque revestido del aspecto de los hombres civilizados.

—Gracias, amable jóven, dijo Caunedo. ¿Viene vd. á enseñarnos el camino?

—No hay de qué darlas: es un deber guiar á los viageros estraviados. ¿Ustedes van á visitar nuestra antigua iglesia de Santa Eulalia, donde estuvo enterrado el infante Pelayo y su muger doña Gaudiosa?.....

—Efectivamente, prosiguió Caunedo; pero ha olvidado vd. su saco; póngalo vd. sobre uno de nuestros caballos.....

—No señor, está seguro y nadie lo tocará, aunque lo dejara alli tres dias. En este pais no se conocen ladrones.

—Pero vuélvase vd. ya, buen amigo; desde aqui podremos seguir bien; no queremos distraer á vd. de sus quehaceres.

—No señor, he de acompañar á vds. hasta la parroquia.

Inútiles fueron todas nuestras instancias; tres cuartos de legua largos por un penoso terreno, vino á nuestro lado aquel buen jóven que cogia de la brida á nuestros caballos á la orilla de los precipicios; que rompia con sus fuertes manos los jarales y matas que nos impedian el paso; que nos indicaba los sitios difíciles para que echásemos pie á tierra, y que nos entretenia en fin, refiriéndonos la historia de Pelayo, la de don Opas, la de Favila y las rarezas arqueológicas que se conservan en aquel concejo tan lleno de memorias históricas. Esta especie de erudicion es general entre los montañeses de Cangas, pues las gloriosas tradiciones de la época célebre de la restauracion están aun verdes, por decirlo asi, y cada uno de ellos es un cronista. A nuestro paso encontramos las caserías enteramente abiertas y desiertas pues sus dueños estaban en el campo, á donde llevan tambien hasta los niños de pecho. Esta rara prueba de confianza en las costumbres patriarcales que dichosamente reinan aun en algunos paises, no nos sor-

prendió en las montañas de Abamia, pues que la habíamos observado ya Mauricio y yo en las Provincias Vascongadas, y desde que pusimos el pié en Asturias; pero causó en nosotros tristes reflexiones. ¿Por qué en el momento que un pueblo adquiere la civilizacion, pierde en cambio la buena fé, la moralidad y la inocencia?.....

En medio de dilatadas praderías, sobre la cúspide de una colina y en el mas risueño y poético paisage, se ofreció por fin á nuestra vista la vieja iglesia de Santa Eulalia de Abamia. Nuestras primeras crónicas la denominan de Belapnio, y segun algunas debe su fundacion al rey Pelayo, aunque puede demostrarse que este heróico príncipe solo la restauró y aumentó. Sus anchos sillares, pintados de color pardo por la mano del tiempo, y el severo gusto bizantino, que á despecho de los siglos ostenta este histórico edificio, le dan el mas venerable aspecto. Una rara cornisa formada por cabezas de hombres, de dragones ó de tarascas, circuye toda la parte superior y varios estribos «altos y fuertes» lejos de afearle le prestan fortaleza y magestad. La portada antigua es tambien notabilísima y está ornada con un tosquísimo bajo relieve en forma semicircular, que representa, á nuestro modo de ver, el infierno, pues se ven en él varios diablos; uno de ellos sostiene una caldera, dentro de la que se ve la cabeza de un hombre, y por bajo de la que hay una hoguera; otro diablo arrastra á otro condenado por los cabellos para precipitarlo en los abismos eternos, etc. etc. La tradicion del pais refiere que este bajo relieve fué mandado ejecutar por don Pelayo, en memoria de la muerte del traidor Opas; á quien, como ya hemos dicho, suponen arrebatado por los demonios en el momento de empezar la batalla de Covadonga. El interior de esta iglesia ofrece poco de particular, pues está renovada y blanqueada hace poco tiempo: solo merecen atencion, un gran bajo relieve moderno situado en lo alto del retablo mayor y que representa la batalla de Covadonga, y los sepulcros vacíos de Pelayo y Gaudiosa. Son estos enteramente iguales, el primero al lado del Evangelio y el segundo al de la Epístola.

En los primeros tiempos estaba uno y otro lucillo fuera de la iglesia, segun costumbre antigua; pero en el siglo XVII el de Pelayo estaba ya dentro por haber alargado el templo, y quedar contenido entre su recinto. Llamábase entonces este sepulcro *Cuerpo-Santo*, aunque ya estaba vacío. El lucillo de la reina permanecia en aquella época en las afueras, «vacío y sin cubierta» como dice Carballo. A pocos pasos de la iglesia de Santa Eulalia y en un sitio llamado *el Cueto,* habia una modesta casa de campo, solar y pertenencia de la familia del mismo nombre, de la que se descubren aun los cimientos y escombros en un pequeño campo rodeado de árboles, En ella solia residir don Pelayo, y allí le sorprendió la última enfermedad

en 737, siendo sepultado en la inmediata iglesia de Santa Eulalia, como nos refieren todas nuestras historias antiguas y modernas. Antes que Pelayo, habia sido sepultada en la misma, su esposa doña Gaudiosa. De esta reina ignorariamos el nombre y la existencia, á no revelarnos uno y otro el cronicon de Alfonso el Magno. Su nombre lo interpretan algunos por *Agradable á Dios.*

La iglesia de Abamia sirvió de refugio á varios monges de San Benito que á ella se acogieron en la época de la irrupcion agarena, y que fundaron alli un monasterio en 737. En 802 se lee de nuevo el nombre del monasterio de *Abelaniæ* en la crónica de Albelda, pues en él fué encerrado por algunos meses el rey don Alfonso el Casto, cuando en el año onceno de su reinado se vió despojado de la corona por los magnates de Asturias, rebelados contra él por sus alianzas y tratados con Carlo-Magno.

Desde Abamia bajamos á hacer noche á *Corao*, bonito lugar que dista un octavo de legua. Se compone de veinte y seis casas y dos ermitas, y está atravesado por el camino real que conduce desde Oviedo á Santander. La situacion de esta aldea es muy amena, pues cruzan su término los rios *Gueña* y *Chico*, cuyas orillas están cubiertas de castaños, abedules y álamos. Hay dos ferias muy concurridas en los meses de mayo y setiembre, bastante comercio en ganados, paños y utensilios de labranza, y 130 habitantes. Lo que nos llamó especialmente la atencion, fueron varias lápidas con inscripciones sepulcrales esparcidas por la poblacion, conocidamente romanas, las que segun creencia del pais tuvieron por objeto perpetuar la memoria de los guerreros célebres, muertos en una reñida batalla que en tiempo de la guerra de Augusto se dió en este territorio. Desde Corao quisimos hacer una escursion á los famosos *picos de Europa* (1), que dividen á Asturias de la provincia de Santander, y gozar alli de las grandiosas vistas que se alcanzan desde sus elevadisimas y siempre nevadas cimas, mas desistimos de este propósito, en vista de las dificultades del camino que no puede recorrerse sino á pie, con un palo en la mano para apoyarse, calzado de abarcas para resguardarse de las nieves perpétuas, y un fusil y municiones á la espalda para defenderse de los osos y lobos que suelen salir al encuentro de los curiosos. Determinamos, pues, restituirnos al dia siguiente al Infiesto, de donde distábamos cinco leguas, para desde alli continuar nuestras escursiones por esta romancesca provincia.

---

(1) Llámanse vulgarmente los picos de Cornio, y forman una elevadísima cordillera en el partido judicial de Potes, que atraviesa los valles de Cillorigo y Valdevaro. Se toma el camino desde Corao á Onís, etc.

CAPITULO XXXI.

La castellana de Cazo.

Al regresar desde Covadonga á Infiesto, dejamos á nuestra izquierda las nevadas cumbres del concejo de Ponga, que se presentan á la vista del viagero como inmensas pirámides de alabastro ocultando en las nubes su cúspide. No siéndonos posible visitar este concejo porque ni entraba en nuestro cálculo, ni teníamos tiempo para recorrer el principado en todas direcciones, Caunedo quiso indemnizarnos refiriéndonos algunas de sus particularidades durante el camino, y sobre todo la leyenda del castillo ó torre de Cazo que es como sigue:

—Habeis de saber, amigos mios, dijo, por la mayor ventura del mundo que.....

—Eso huele á cuento que trasciende, interrumpió Mauricio.

—¿Y qué son las leyendas mas que cuentos inventados sobre un hecho ó un edificio cualquiera? replicó Caunedo.

—Ciertamente, prosiguió Mauricio, pero lo de la mayor ventura del mundo, me recuerda á mi nodriza cuando me referia los cuentos de princesas encantadas.

—Bueno, variaré el principio, dijo con mucha calma el narrador.

—No le haga vd. caso, Caunedo, añadí yo, que este tiene por costumbre interrumpir eternamente.

—Y tú regañar por todo. Ya callo y escucho.

—Decia, continuó Caunedo tomando el hilo de su historia, que la tal torre ó castillo, que yo he visitado hace muy pocos meses, es tan sólida como antigua y debió ser una fortaleza inespugnable allá en antiguos tiempos. En ella habitaba el señor de Goto de Cazo que murió en una batalla contra los moros, dejando por única heredera de su nombre y fortuna á una hija bellísima llamada doña Munia. Mil caballeros de nombradía acudieron solicitos á rendirle amoroso homenage, pero la castellana de Cazo, fuese por orgullo, ó por cualquiera otra causa ignorada, á todos los dejaba suspirar á sus pies sin concederles una mirada de compasion. Un dia que doña Munia se hallaba recostada en un sitial, y entregada al parecer á profundas meditaciones, fué á interrumpirlas un page anunciándola que á las puertas del castillo se hallaba un caballero peligrosamente herido en recien-

te combate, y que el escudero, que trabajosamente lo habia arrastrado hasta allí, demandaba hospitalidad para su moribundo amo. Doña Munia era caritativa, como todas las castellanas de aquellos tiempos heróicos, y mandó al punto que el caballero fuese recibido y cuidado con todo el esmero posible. Las leyes de la hospitalidad, entonces tan respetadas, imponian á la castellana el deber de visitar á su huésped al siguiente dia de su llegada, y asi lo hizo en efecto, sin sospechar que el amor le hubiese tendido un lazo para prender su corazon altivo. En una palabra, doña Munia se prendó del guerrero; pero no asi como quiera, sino con una pasion furiosa y que por desgracia no podia ser correspondida. El caballero, que se llamaba Lotario y era de nacion francés, volvia de la Tierra Santa, donde habia ido en cumplimiento de un voto, y antes de retirarse á su patria, deseando adquirir algunos trofeos en la guerra contra los enemigos de Cristo, vino á ofrecer su espada á Alfonso III, que ocupaba á la sazon el trono de Asturias, y en un combate singular que trabó con uno de los magnates del pais, muy cerca del castillo de Cazo, habia recibido las heridas de que, gracias al cuidado de doña Munia, se hallaba ya muy aliviado. Toda esta relacion que hizo á la castellana el escudero de Lotario, la interesó vivamente; pero cuando preguntó con el mayor anhelo si su señor tenia amores en el pais natal, cayó en la mas terrible desesperacion, al saber que iba á casarse apenas regresára, con una dama de alta alcurnia y estraordinaria belleza, de quien estaba perdidamente enamorado. No se desanimó por esto doña Munia; al contrario, avivada su pasion con la misma contrariedad, puso en juego cuantos medios pueden sugerir á una muger orgullosa los celos y el amor combatido, para retener en Cazo á su ingrato huésped; pero todo en vano: restablecido Lotario de sus heridas se mostró muy agradecido á la castellana por los favores que le habia dispensado, y le pidió permiso una noche para marchar al siguiente dia á reunirse con el rey Alfonso. Desesperada Munia al ver la inutilidad de sus esfuerzos, y no hallando remedio ya en lo humano, llamó al diablo en su socorro, que acudió al punto; pues como vds. saben, en aquellos tiempos el diablo tenia sin duda menos que hacer que ahora, y servia á las mil maravillas á cualquiera que lo invocaba. Doña Munia le pidió al espíritu infernal el amor de Lotario, ofreciéndole en cambio su alma, y el diablo accedió despues de regatear un poco, porque el francés parece que tenia un talisman que hacia muy difícil su conquista. Se firmó el convenio con sangre de las venas de la desdichada dama en un negro pergamino que el espíritu maligno llevaba á prevencion, y éste desapareció al punto. Largo tiempo siguió Munia á Lotario tomando distintas formas para hacerlo caer á sus pies, siempre auxiliada por Satanás; pero nada pudo conseguir, porque el paladin llevaba sobre sí

un fragmento de la vera cruz que traia de Jerusalen, el cual lo libraba siempre de las asechanzas y tentaciones de su enamorada, que jamás pudo llegar á tocarle con la mano, porque una fuerza irresistible se lo impedia. Desesperada de tanto padecer é impulsada por su protector, que ya deseaba llevarla al infierno, decidió arrojarse de lo alto de un precipicio para acabar con su vida; pero Lotario, que á la sazon estaba á su lado, compadecido de verla sufrir, é impulsado sin duda por una inspiracion divina, le puso al cuello su relicario, con cuyo contacto, no solo ahuyentó al espíritu maligno que la atormentaba, sino que la curó de su insensata pasion convirtiéndola á Dios. A los pocos dias tomó doña Munia el velo en un monasterio cercano, donde edificó con sus penitencias; y Lotario partió á su tierra, donde es de suponer que se casaria con la dama de sus pensamientos: aqui concluye mi historia..... En las largas noches de invierno, el viento al soplar por entre las desmoronadas almenas y ladroneras del castillo de Cazo, forma gemidos lastimeros que las viejas caseras del contorno dicen son producidos por el alma de doña Munia que anda vagando en demanda de oraciones.

Mientras el relato de Caunedo, habíamos salido del concejo de Cangas de Onis por el mismo camino que llevamos á Covadonga, y entrado en el de Parres. En una aldea, que creo ha de llamarse Villar de Huergo, pues me olvide apuntar su nombre, nos paramos á almorzar, y al efecto nos dirigimos á la primera casa que se nos ocurrió, donde fuimos perfectamente servidos por una muger y tres muchachas, hijas suyas, guapas y robustas como verdaderas asturianas. Es preciso que diga algo de este almuerzo, que fué notable por los manjares, pues se compuso de un faisan que habíamos comprado en el camino, salmon y truchas acabadas de pescar, leche y rica manteca que nada tenia que envidiar á la de Flandes, y esquisito vino de Toro, todo sazonado con un apetito de viageros que habian andado ya tres leguas y media á caballo y en ayunas.

—¡Magnífico espectáculo! gritó Mauricio al ver sobre una mala mesa de tablas de castaño colocados los platos que íbamos á devorar..... ¡Qué agenos estarán nuestros amigos de Madrid de que aqui en este rincon de la península nos estamos regalando..... es decir, nos vamos á regalar con los mas aristocráticos manjares que se conocen en el mundo civilizado!..... Salmon!... Faisan!... Truchas! Manteca de Flandes... ó de Asturias que es lo mismo, y aun mejor porque al cabo es española!...

—Mira, siéntate y come, le interrumpí yo, que para hablar es necesario alimentarse, y se está enfriando el almuerzo.

Mauricio obedeció sin replicar, y por largo tiempo no se oyó mas ruido que el de nuestras mandíbulas. Caunedo hizo una pausa para decirnos

que el salmon, tan apreciado hoy, hace poco tiempo se miraba en Asturias como un alimento grosero destinado solo para los jornaleros y sirvientes.

—A fines del siglo último, añadió, aun era costumbre cuando un criado entraba á servir á un *señor*, ajustar con él que no se le diera salmon mas que tres veces por semana, y cuanto mas rica era una casa, menos se prodigaba este escelente pescado, considerado entonces como despreciable y ordinario. ¡Tal es el imperio de la moda que estiende su dominio hasta al paladar!

La conversacion rodó naturalmente sobre la abundancia de frutos con



que Dios ha favorecido nuestra patria, y el poco partido que sacamos de los dones que nos prodiga la naturaleza, atribuyendo cada cual á diferentes causas el lamentable estado de atraso en que, en esta parte, nos hallamos respecto á otros paises.

—Yo creo, señores, dijo Caunedo, que la causa del mal es que hasta ahora y con rarísimas escepciones, no hemos tenido en España gobierno.

—Ni lo tendremos nunca, gritó Mauricio, á quien el añejo de Toro habia calentado un tanto la cabeza.

—¡Cómo nunca! esclamé yo.....

—Lo dicho, nunca; pues qué ¿no saben vds. que á tal pena estamos condenados los descendientes de Pelayo por un descuido del bendito apóstol Santiago?

—En mi vida habia oido semejante especie, dijo Caunedo.

—Cuéntanos ese suceso, proseguí yo, que no vendrá mal mientras fumamos estos ricos de la Habana.

—Y mientras consumimos otra botella de Toro, añadió Mauricio.

—Sea como tú lo dices, y empieza que ya te escuchamos.

—Ante todo advertiré que lo que voy á referir no es nada de mi invencion; lo he leido no sé donde, porque yo nunca me cuido de retener en la memoria los títulos de los libros.

—Es igual para el caso leido ó inventado; tambien ha dicho no sé quién que en el mundo no hay nada nuevo.

—La salvedad era precisa sin embargo, prosiguió mi amigo, para que no me acusen vds. de plagiario.....

—¿Quiéres empezar con mil santos y dejarte de rodeos?

—No te impacientes, que ya comienzo.—Cansado Dios de las súplicas importunas de todas las naciones de la tierra que de contínuo le pedian dones, y que con sus repetidos clamores le ocupaban el tiempo que debia emplear en gobernar el universo, dispuso que cada pais nombrase un representante provisto de competentes poderes, que llevase á los pies de su escelso trono las súplicas y deseos de sus representados, para examinarlas y concederlas ó no, segun mejor conviniese. Los franceses con la viveza propia de su carácter, fueron los primeros que obedeciendo el mandato divino, se congregaron bulliciosamente, y aclamaron por unanimidad su diputado al buen rey San Luis. Presentóse éste ante el trono del Altísimo con el airoso trage de caballero cruzado, con la roja cruz en el pecho bordada en su sobrevesta azul *sembrada* de lises de oro, y llevando en sus manos la corona de espinas de J. C. que trajo de la Tierra Santa. Dios recibió con la mayor bondad á su esforzado campeon, y le preguntó cuál era su peticion.—Señor, dijo San Luis, los franceses, mis hijos, ya sabeis tuvieron siempre aficion á las armas, y les agrada la guerra; solicitan de vos les concedais tener siempre un ejército que sea modelo de todos los demás.—Concedido, dijo Dios, y despues de prosternarse respetuosamente se marchó San Luis. Aun no traspusiera los últimos departamentos de la mansion divina, cuando entró San Jorge, diputado por Inglaterra, amostazado y de mal humor por ver que se le habia adelantado su rival el de Francia. Iba en su trage de soldado romano; pero en vez de la espada con que dió muerte al fiero dragon que siempre se ve á los pies de su caballo, llevaba una palma símbolo del martirio que habia sufrido, no por vanidad, sino

para recordárselo á Dios y predisponerlo en favor de sus comitentes. Pidió, pues, y obtuvo sin dificultad, que la marina inglesa llevase la supremacía á la de todas las naciones. Despues de San Jorge, llegó el buen obispo de Nápoles San Genaro, representante de toda la península italiana, vestido de *pontifical*, y con una redoma llena de la sangre que derramó por la ley de Jesucristo. Este, como digno eclesiástico y *hombre de paz*, no pidió dotes guerreros para los italianos, sino el que fuesen los mas eminentes artistas del mundo, lo que desde luego le fué concedido. Entraron despues de San Genaro, los representantes de otras muchas naciones; pero el de España, que era el apóstol Santiago, no parecia y Dios empezaba á inquietarse, cuando se dejó ver vestido de peregrino con el bordon en la mano y su esclavina cubierta de conchas ó veneras.

—¿Cómo tan tarde, mi buen Jacobo? le dijo Dios.

—Señor, perdonadme: como el clima de Compostela, donde habito el mas del tiempo, es tan lluvioso y predispone tanto al sueño, me quedé un poco dormido.

—Y bien, ¿qué es lo que piden tus protegidos los españoles?

—Señor, varias cosas; en primer lugar, que sus mugeres sean las mas amables y graciosas del mundo.

—Concedido.

—El pais el mas fértil y hermoso.

—Concedido.

—Las mas delicadas frutas y esquisitos vinos.

—Concedido.

—El mejor gobierno del orbe.

—Eso no.

—¡Cómo, Señor! ¿me negareis esta gracia á mí que tuve el honor de ser uno de vuestros mas queridos apóstoles?

—En consideracion á esa circunstancia te he concedido tres dones, cuando á los demás solo les acordé uno. Anda, y di á los españoles que aprendan á elegir diputados que no se duerman.

Retiróse el apóstol algun tanto mohino, y fué á continuar su interrumpida siesta á Compostela. No se ha podido saber aun á que nacion concedió Dios el don de buen gobierno; pero atendidos los sucesos, es de suponer que lo distribuyó entre todas.

Apurados los cigarros y la botella, emprendimos de nuevo el camino pasando otra vez por el concejo de Piloña; descansamos dos dias en Infiesto, donde como en todos los pueblos de Asturias en que nos detuvimos, nos obsequiaron estraordinariamente, y salimos á recorrer el concejo de Caso. Este concejo formaba en la edad media un condado ó gobierno, y

se halla situado al estremo mas meridional de la provincia á la falda de los altos montes que dividen el territorio de Asturias del de Leon. El terreno es áspero y desigual, y abunda mucho en lobos y osos, al estremo que apenas se habla con un casino á quien no haya ocurrido alguna aventura con dichos animales. Nuestra direccion desde la Marea era al lugar de Tanes, con objeto de ver el santuario del Jesus, de mucha devocion en el pais. El camino es escabrosísimo como todos los de Caso, y en muchos parages nos veíamos obligados á apearnos por no esponernos á rodar por el terrible precipicio, pero lo peor que encontramos fué *las vueltas de Pandemio*, que es una cuesta muy dilatada, que en forma de *zic-zac* nos condujo á la cumbre de la montaña, y á la que deseábamos llegar con ánsia; pero una vez en ella, la niebla que hacia nos impidió gozar de las magníficas vistas que nos prometíamos en recompensa de nuestro trabajo. Un vaquero que sintió nuestros pasos, pues íbamos á pié, y nos creyó peregrinos ó romeros del Jesus de Tanes, y que se ocupaba en aquel instante en hacer manteca, nos gritó desde el interior de *su braña*, si queríamos leche, añadiendo que no la rehusáramos por falta de dinero, puesto que él la ofrecia gratis á los pasageros. Aceptamos su invitacion, y entramos á ver la braña. Sin sorprenderse por encontrar unos huéspedes que no esperaba, nos recibió con el mayor agasajo, nos presentó unos toscos taburetes de castaño, hechos por él mismo, puso á nuestros pies una hermosa piel de oso, y nos dió escelente leche de vaca y de cabra recien ordeñada, en unas limpias astas de buey, que con un tapon de corcho, servian de vasijas como en los sencillos tiempos de los patriarcas. Mauricio dió al vaquero una moneda de plata, pero él la rehusó de una manera tan decidida, que no hubo medio de hacérsela tomar. Nos pidió mil y mil perdones por no podernos obsequiar mejor, invitándonos á que fuésemos á parar á su casa de Tanes, donde tenia su familia, y finalmente, se ofreció cortesmente á servirnos de guia. Nosotros, fiados en la esperiencia de Caunedo no aceptamos este último ofrecimiento del honrado casino, y bien pronto hubimos de arrepentirnos, pues la niebla era tan espesa, que nuestro amigo tuvo que confesar que ignoraba dónde estábamos, y que no podia atinar, porque habia perdido el camino.

Quisimos volver á buscar la braña de donde habíamos salido, pero solo conseguimos estraviarnos mas y mas. Fatigados ya nos sentamos: Caunedo que creyó reconocer aquel parage, contra nuestra voluntad se separó de nosotros para ver si encontraba la vereda, y con inesplicable sentimiento vimos al cabo de un rato que no volvia. Dimos descompasadas voces y solo nos contestaba el eco; llegamos á temer con tan inesperado incidente, que nuestro buen amigo habria caido en el precipicio ó en las

garras de un oso. Atamos nuestros caballos unos á otros formando una reata, y cogiéndonos nosotros de las manos, empezamos á andar á la ventura. La niebla en lugar de disiparse, se condensaba mas y mas cada momento; Mauricio, el criado que nos acompañaba y yo, estábamos sinceramente afligidos, y ya íbamos perdiendo toda esperanza de salvacion, cuando de pronto descubrimos un jóven que hacia leña de un robusto árbol, y que tenia á su lado una carabina para defenderse de las fieras; nuestra alegría fué tan grande, como la pena que hasta allí sentíamos. Antes que nosotros le habláramos, conoció que éramos viageros perdidos; abandonó su trabajo, puso al hombro su carabina y echó á andar precedido de un gran mastin para enseñarnos el camino. Habíamos andado cerca de dos leguas y en direccion contraria de Tanes, á donde pensábamos ir. Por fin llegamos allí, y nuestro atento guia no quiso de ningun modo recibir dinero por el servicio importante que acababa de hacernos, solo aceptó un vaso de vino de Castilla, y se volvió alegremente á su árbol á continuar su penosa tarea. Nos dirigimos desde luego á casa del cura, y quedamos agradablemente sorprendidos al ver en ella á nuestro amigo Caunedo, quien nos dijo que habia perdido enteramente el tino despues de separarse de nosotros, y que habiendo sido inútiles las diligencias que hizo para hallarnos, tuvo la fortuna de encontrar un vaquero que le sirvió de guia hasta el pueblo, de donde iban á salir hombres en nuestra busca.

CAPITULO XXXII.

Leyenda del Padre Adulfo.

Nuestra fatiga exigia un dia de descanso que pasamos agradablemente en leer, pasear, y coger truchas en el Nalon, que corre al lado de la iglesia y casa rectoral, donde nos hospedamos. Al siguiente emprendimos el camino por la orilla del rio, con objeto de reconocer algunas poblaciones del concejo, que todas son poco notables, y llegamos hasta Tarna, aldea situada á la derecha del Nalon en la falda del puerto de su nombre, y último pueblo de Asturias por esta parte. Al entrar presenciamos un espectáculo poco agradable; un carro conducia cuatro cadáveres hallados en la mon-

taña, y muertos al parecer la noche antes en alguno de los ventisqueros de nieve. Semejante acontecimiento nos retrajo de subir al puerto y retrocedimos otra vez hácia Piloña. Caunedo para distraernos del encuentro de los cadáveres que nos habia puesto tristes, nos refirió la siguiente leyenda que se oye siempre con respetuoso temor en los *filorios* y *efollazas* de Caso, cuando alguna casera lo refiere.

Allá en tiempo de entonces, vivia en lo mas fragoso y escondido de los montes de este concejo, un ermitaño jóven que tenia por única morada el tronco de un viejísimo castaño, y que por sus contínuas austeridades y vida ejemplar, adquirió en el pais gran renombre de santidad. De todas partes recurrian á él, ya en busca de remedios para las enfermedades del cuerpo, ó de consejos para las del alma, y todos volvian consolados. En otro árbol vecino á aquel en que moraba el santo ermitaño, habia éste dispuesto una especie de capillita donde se veia un altar con una tosca imágen de la Vírgen, y un asiento rústico de corcho que servia de tribunal de la penitencia para los muchos pecadores que allí acudian á llorar sus culpas á los pies del padre Adulfo. Una noche que volvia éste de alimentar la lámpara que ardia ante la estátua de la Vírgen, vió á la puerta de la capilla á un gallardo mancebo ricamente vestido, que daba el brazo á una bellísima jóven. Saludóles cortesmente Adulfo, y el jóven presentándole la doncella le dijo:—Padre mio, vos que sois el consuelo de los desvalidos y el amparo de los huérfanos, sacareis á esta hermosa virgen, hermana mia, del infeliz estado en que se halla. Nuestros padres fueron cautivados por los infieles, y encerrados en una oscura mazmorra donde á los cuatro meses nació esta jóven; allí permanecieron muchos años, hasta que un dia, efecto de un temblor de tierra, se desplomó sobre sus cabezas la torre en que estaba su prision, y quedaron sepultados entre las ruinas. Mi hermana se salvó como por milagro, tal vez porque no estaba bautizada, y despues de inauditos trabajos logró reunirse conmigo, que estaba en la guerra, y vengo á entregárosla para que la instruyais en nuestra religion y la suministreis el bautismo, preservándola de los peligros del mundo ya que no puedo yo cuidar de ella.

Sin dar tiempo á que Adulfo contestase, el jóven montó en un brioso corcel negro que á su lado estaba, y en el que no habia reparado el ermitaño, y desapareció con increible celeridad, salvando los espantosos precipicios, los torrentes y los peñascos. El tal jóven era no menos que Satanás, y su fingida hermana un diablo hembra que dejaba al lado del padre Adulfo para combatir su virtud. Dios habia en sus altos juicios permitido esta tentacion en castigo de la vanidad que se habia apoderado del ermitaño, que se imaginaba ser el mayor de los santos, y el mas fuerte contra las asechanzas del infierno, merced á los contínuos elogios que oia de los sencillos

aldeanos que lo visitaban. El padre Adulfo no tardó en olvidar sus primeros sentimientos virtuosos, y muy pronto abandonó la ermita y el tosco sayal para irse con su manceba, la diablesa, á un soberbio castillo feudal en donde vivia encenagado en el vicio, la crápula y la disipacion. Fruto de estos infernales amores, fué un diablo *incubo* que llegó á ser el mas valiente y esforzado guerrero de su tiempo, aunque como es de suponer jamás combatió por el triunfo de la cruz. Sus ordinarias ocupaciones eran robar las doncellas, dar muerte á cuantos hombres podia haber á las manos, é incendiar los castillos y los templos. Una noche que Adulfo tenia en su palacio un gran banquete, su hijo que estaba completamente privado del vino, vió hablando con su padre á un señor de las cercanías, á quien tenia ojeriza, no se sabe por qué causa. Inmediatamente se levantó de su asiento y corrió hácia él con la espada desnuda; quiso interponerse el desdichado Adulfo, y cayó traspasado por el acero de su hijo. Un rayo hirió en aquel instante las negras almenas de aquel ominoso alcázar, y este se desplomó sobre todos los circunstantes que fueron á parar derechitos al infierno, inclusos la diablesa, su infeliz amante el ex-ermitaño, y el maldecido diablo *incubo*. No dice mas la leyenda.

Recorrimos el concejo de Sobresubio muy semejante en todo al de Caso, y abandonando, en fin, por última vez el de Piloña, entramos en el de la Nava, menos fértil y bello ya que los anteriores, pero que tiene en el lugar de Buyeres un magnífico establecimiento de baños llamado de la *Fuen-Santa*. En su orígen fué un manantial escaso de aguas tibias muy saludables para ciertas dolencias; hace pocos años que las autoridades de la provincia construyeron una escelente hospedería, y la concurrencia ha sido por algun tiempo numerosa; pero adulterado el manantial primitivo por haber querido aumentar las aguas, han perdido estas sus virtudes, y hoy apenas se usan, de modo que no tardará mucho en verse abandonado este establecimiento, uno de los mejores de su clase en la Península.

Desde los baños fuimos á San Bartolomé, capital del concejo, que solo tiene notable su iglesia bizantina de fábrica tal vez del siglo IX, donde hay algunos sepulcros, y tomando luego el camino real de Oviedo, pasamos por el santuario del Remedio, y entramos en el concejo de Siero, uno de los mas famosos de Asturias, y sin duda ninguna el mas fértil de todos ellos, donde radian los solares de las familias de Argüelles, Vigil, Hevia y otras muchas. Es verdad que estos se encuentran en todo el principado, pues siendo la cuna de la nobleza española puede aplicársele con toda exactitud lo que dijo Victor Hugo: «La historia de los grandes hechos de los héroes de la edad media, está escrita en los escudos de armas.»

Llegamos cerca de anochecer á Pola de Siero, capital del concejo, y al

siguiente dia fuimos á Noreña, poblacion muy antigua que solo conserva las ruinas de un castillo feudal, y una de las dos únicas de Asturias (1) que sufrieron el azote del cólera-morbo en 1833.

En tanto que se disponia nuestra comida en la posada, la dueña de la casa nos refirió, á instancias de Mauricio, la siguiente historia acontecida hace pocos años en aquella villa.

Uno de los vecinos de Noreña, de oficio zapatero, tenia una hija llamada Rosa, bonita, inocente y candorosa como una heroina de novela, y á la cual galanteaba un jóven señorito hijo primogénito de un mayorazgo de una aldea cercana, aturdido y libertino estudiante de Oviedo. Las músicas bajo las ventanas de Rosa por las noches, los sonetos, los ramilletes, entre los que figuraba en primer término una rosa aludiendo á aquella á quien se dedicaban, se repetian sin cesar, y la pobre niña no pudiendo revestir su tierno corazon de una férrea coraza, cual convenia, se enamoró perdidamente del escolar. El zapatero comenzó á guardar cuidadosamente á su hija, temeroso de una desgracia, y aun se avistó con el jóven amenazándole dar cuenta á su padre, honrado caballero, si continuaba en sus visitas y obsequios á Rosa, con la que no podia intentar otra cosa sino seducirla; puesto que por la enorme desigualdad de condiciones «no podia ser para él.» El escolar interrumpió aquí al menestral arrojándose á sus pies y pidiéndole la mano de su hija, sin la que no podia ser feliz, y asegurándole con mil juramentos que jamás habia intentado otra cosa que poseer á Rosa por los medios legítimos y santos del matrimonio; pero que no pudiendo éste verificarse públicamente hasta la muerte de su padre, solicitaba su autorizacion para verificarlo por entonces clandestinamente. Resistióse al pronto el zapatero; pero seducido por la vanidad de ver á su Rosa esposa de un mayorazgo, consintió por fin. El estudiante le aseguró que tenia íntimas relaciones con el obispo, y que él sacaria dispensa de proclamas, licencia para efectuar el matrimonio, etc. etc. En efecto, de allí á pocos dias apareció al anochecer en casa de su amada acompañado de un jóven eclesiástico y su criado de confianza que debia servir de testigo. Desde luego presentó el novio á su futuro suegro, que no sabia leer, todos los documentos y licencias prometidas, y en seguida á puerta cerrada se verificó la ceremonia segun el ritual romano. Terminada esta, desaparecieron el clérigo y el testigo. Vivieron algun tiempo ambos esposos en la mejor armonía, viéndose algunas veces, aunque con precaucion, para que no se tras-

(1) La otra fué Oviedo.

luciese su enlace, y á poco se sintió Rosa en cinta. Su esposo, resfriado de su primera pasion, empezó á escasear sus visitas y ausentarse del pais por largas temporadas, y en la época en que dió á luz un hermoso niño, estaba ya convencida de que su marido no solo no la amaba sino que la despreciaba. Un dia que en el humilde taller de su padre lloraba con tardías lágrimas su imprudente casamiento, recibió una carta del que hasta entonces habia llamado su marido, concebida en estos términos:

«Querida Rosita: me creo en el deber de anunciarte un hecho del que sinceramente me arrepiento; pero que ya no está en mi mano remediar. Tú y yo no estamos casados como has creido hasta ahora: aquella ceremonia fué no mas que una broma para engañar á tu padre; el cura era uno de mis camaradas disfrazado de tal, y el testigo mi criado de confianza. Mi padre está decidido á casarme con la señorita de N. á quien conoces, y yo lo estoy á complacerle, pues no puedo desechar las inmensas ventajas que me ofrece este enlace. Dentro de pocos dias marcho á Lóndres y Paris, donde como en todas partes conservará de ti un agradable recuerdo tu afectísimo—N.—P. D. El dador te entregará con esta la escritura de donacion de una casería con sus bienes adyacentes, para que puedas con ella atender á tu subsistencia.»

Pocos dias despues de haber recibido Rosa esta terrible carta que hubo de hacerla perder el juicio, invadió el cólera la poblacion; en el número de sus primeras víctimas se contaron ella y su padre. El hijo de Rosa fué conducido al hospicio de Oviedo, y el jóven que tan infamemente la habia engañado, murió en Lóndres en un desafío.

No quisimos dejar el concejo de Siero, sin visitar el de *Langreo*, muy notable por muchos títulos; y al efecto, nos dirigimos al dia siguiente de la viajata de Noreña á *Sama*, capital de él, por la hermosa carretera construida estos últimos años desde las minas de carbon cercanas á la referida villa hasta Gijon, con el objeto de conducir aquel combustible. Langreo, llamado antes el valle de Lagueyo y *Laguleyo*, es nombrado en las crónicas españolas por haberse sepultado en su territorio y en la iglesia de San Martin obispo, en 774, *don Aurelio*, quinto rey de Asturias y asesino de su primo-hermano el rey don Fruela. Aun una feligresía que hasta hace poco pertenecia á este concejo, lleva el nombre de *San Martin del rey Aurelio.* Sus restos fueron trasladados despues á la iglesia de San Miguel de la villa de Yangüas, y allí permanecian en un sótano titulado de San Andrés en tiempo de Mariana.

En Sama visitamos las minas de carbon que son abundantísimas y están beneficiadas por ingenieros belgas; pertenecian antes al marqués de las Marismas, don Alejandro Aguado, y hoy al señor duque de Riánsares.

Desde estas minas á Gijon se estaba construyendo entonces, y hoy se halla terminado, un camino de hierro que con el trabajo de las minas da estraordinaria animacion á este pais.

Vueltos á la Pola de Siero pasamos allí la noche y emprendimos al siguiente dia el viage para Somierro, que todos nos aconsejaron que visitásemos por su belleza salvage. Dejando á un lado el camino de Oviedo, llegamos á la parroquia de San Félix de Lugones, cuyo solar, y el de una feligresía inmediata llamada Santa María de Lugo, estuvo ocupado en los antiguos tiempos por una selva ó bosque sagrado que los romanos llamaban *Lucus Asturum*, donde en la época de los patriarcas se reunian los asturos en ciertos dias señalados para celebrar los ritos de su religion, como Abraham con su familia en el bosque Bersabé, plantado por él mismo. Los vecinos de Lugones, y mas aun, los de Santa María de Lugo, encuentran con frecuencia en las escavaciones que hacen en las llanuras cercanas, muchos cimientos, columnas de mármol, chapiteles, piedras labradas, acueductos de ladrillo, monedas de cobre y de plata, útiles del culto y otras mil reliquias de la antigua ciudad de los asturos. Siguiendo el camino real de Avilés, entramos en la feligresía de Ables, y de esta pasamos á las de Rondiella, Ferroñés y Villar Doveyo, donde tambien hay minas de carbon esplotadas por ingenieros belgas. Recorrimos, sin detenernos apenas, el concejo de Candamo y fuimos al de Pravia, cuya capital es célebre por haber sido córte de los reyes de Asturias desde don Silo hasta que Alfonso el Casto la trasladó á Oviedo. Esta poblacion está situada en una colina circundada de praderas y bosquecillos del mas risueño aspecto. Sin descansar un momento nos dirigimos, apenas llegamos á Pravia, á visitar la histórica iglesia de San Juan Evangelista llamada hoy *Santiyanes*, que está muy cerca, pero debo confesar que nos llevamos un solemne chasco; pues en vez de una iglesia bizantina de aquel color de *hoja seca* que imprime el tiempo á las piedras *y que hace*, como dice Victor Hugo, *de la vejez de los edificios la edad de su hermosura*, nos encontramos con una iglesia de líneas bizantinas sí, pero blanca cual una paloma, y ornada con retablos churriguerescos. ¿En dónde está el sepulcro del rey Silo?..... ¿En dónde el de Mauregato?..... ¿En dónde aquella estrañísima inscripcion tan nombrada en nuestras historias, compuesta de 285 letras distribuidas en quince líneas, que puede leerse de mas de trescientos modos diversos, recorriendo todos sus rumbos y recodos, pero que solo espresa *Silo princeps fecit?*..... ¿En dónde el monasterio en que tomó el velo la reina Adosinda, y en que resonaron tantas veces las aclamaciones de los próceres de Asturias y los anatemas de los obispos contra las heregías de sus compañeros Félix y Elipando?..... Todo ha desaparecido. La famosa inscripcion fué borrada por

la bárbara mano de un cura de montera, que quiso embadurnar de cal su histórica iglesia, creyendo que asi estaria *mas bonita.* Sin embargo, un sucesor suyo, mas racional sin duda, para que no se perdiese del todo el recuerdo de esta nombrada antigualla, copió de una crónica la inscripcion y la grabó sobre una tabla que se conserva en la sacristía. Hé aqui este peregrino y rarísimo juego de escritura:

INSCRIPCION DEL REY DON SILO EN SANTIYANES DE PRAVIA.

T I C E F S P E C N C E P S F E C I T
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
E C N I R P O L I **S** I L O P R I N C E
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
T I C E F S P E C N C E P S F E C I T

En cuanto á los cadáveres de los reyes, segun las tradiciones y crónicas asturianas (1), parece que los de Silo y Adosinda, fueron trasladados hace muchos siglos al monasterio de San Pelayo de Oviedo; pero ¿y Mauregato?..... Mauregato, el aborrecido usurpador, el menguado tributario de los moros, el infame bastardo, llevó aun mas allá de la muerte el baldon que pesa sobre su nombre, pues su sepulcro fué profanado, y sus restos arrojados, sin duda, á algun lugar inmundo, pues se ignora de todo punto su paradero. Hay en Santiyanes todavía una antigua tumba de piedra, que se dice fué la suya, pero está comprada hace pocos años por un particular que la posee aun, para sepultar á los muertos de su familia.

De Pravia seguimos nuestro viage á la villa de Salas, capital del conce-

(1) Véase Carballo, antigüedades de Asturias.

jo de su nombre, y pasamos el rio Narcea, el mas caudaloso de Asturias despues del Nalon, por el gran puente de Cornellana, reedificado hace pocos años, y que fué teatro de una pequeña accion entre el carlista Gomez y Espartero que de cerca le seguia. A muy pocos pasos se ve el antiguo monasterio de benedictinos fundado el año de 1024 por la infanta doña Cristina, hija de Vesundo II y muger de don Ordoño el Ciego. Siguiendo la piadosa costumbre de la época entre las mugeres de alta nobleza, doña Cristina apenas enviudó, tomó el velo en este monasterio, que á la sazon era de religiosas, y en él murió y fué sepultada. Aunque pintoresco el concejo de Salas, no puede compararse en amenidad y belleza con el de Pravia que acabábamos de dejar, y en especial desde Cornellana arriba se hace mas y mas montuoso, y los caminos, por lo mismo, mas difíciles y descuidados.

En Salas nos detuvimos á ver una antigua torre que pertenece á los condes de Miranda, hoy del Montijo, y la colegiata dedicada á San Martin, donde hay un enterramiento magnífico del fundador, el célebre prelado don Fernando Valdés Llano, natural de dicha villa, y seguimos nuestro viage al concejo de Miranda, nombre muy antiguo é histórico, pues ya en 992 la reina doña Elvira, segunda muger de Bermudo el Gotoso, hizo donacion del castillo de Miranda con todos sus términos, á la catedral de Oviedo. Tenemos á la vista un manuscrito del siglo XVI, redactado por un respetable canónigo, en el que se dice que el motivo de llevar los del apellido Miranda en su escudo cinco doncellas pintadas hasta debajo de los pechos, con cinco veneras, es porque uno de sus progenitores llamado Alvarez Fernandez de Miranda, libertó á cinco jóvenes que llevaban los moros en pago del feudo establecido por Mauregato, y que de este hecho tuvo orígen la batalla de Clavijo, ganada por don Ramiro, de cuyas resultas quedó redimido el feudo. Desde Miranda fuimos á Belmonte, que dista tres leguas largas, donde nada particular hay que ver mas que el monasterio de San Bernardo, que ocupa una bellísima situacion, rodeado de árboles, y á la márgen del Pigueña; en la iglesia, que es grande y suntuosa, nos llamaron la atencion varios sepulcros ó lucillos antiguos de esforzados paladines, y sobre los que se ven esculpidos escudos de armas. Nuestra marcha al salir de Belmonte, fué siguiendo el camino de herradura, que paralelo por un gran trecho al rio, conduce á la provincia de Leon por el puerto de Somiedo ó sea de Caunedo, como tambien se le llama. A una legua de distancia encontramos en la pequeña aldea de Aguerina un palacio de la familia de Cienfuegos, y media legua mas adelante está la parroquia de San Andrés de Aguera, reedificada en gran parte por el célel re cardenal Cienfuegos, que colocó en ella y en una capilla lateral el cuerpo del mártir San

Frutos que trajo de Roma. El santo está lujosamente vestido de soldado romano, y en actitud elegante en una urna de cristales, en la que se ve tambien una pequeña redoma con su sangre; poco mas adelante de San Andrés, pasamos por el lugar de Almurfe y entramos en el concejo de Somiedo, término de nuestro viage por esta parte.

Despues de vistos los montes de Pajares, los de Covadonga y los de Caso, creíamos que nada nos restaba por ver mejor, pero salimos de nuestro error al pisar la antigua comarca *Sonato*, hoy Somiedo. Es en efecto el paisage mas sorprendente y magnífico, de una belleza salvage, que puede pisar el viagero. Montes elevadísimos cubiertos de robustos árboles; torrentes impetuosos que se desgajan con estrépito de entre los peñascos, y corren despues apacibles por las praderas del valle; precipicios terribles, pero admirables y bellos, y por todas partes una vegetacion gigantesca, cual la de un suelo vírgen y muy semejante á aquella que sin duda cubría la tierra antes del diluvio, tal es el cuadro que presenta este pais, tal vez único en Europa.

Contemplando estas perspectivas, llegamos á la feligresía de San Pedro de la Pola, capital del concejo, situada en un bonito valle que fertilizan los rios Coto y Caunedo. No lejos de la Pola, á la derecha del camino, y sobre una escarpada roca, se alza el castillo de Alba, que como es de suponer, fuimos á visitar. Siguiendo la marcha hallamos media legua mas adelante la feligresía de Gua, donde se conservan vestigios del antiguo monasterio de monjas bernardas, llamado las Huelgas, que fué trasladado á la villa de Avilés en el siglo XV, segun la tradicion vulgar, á causa de la conducta liviana que observaban las monjas. Cerca de Gua está San Cipriano de Caunedo, donde empieza la subida del puerto de Somiedo, inaccesible por las nieves la mayor parte del año. Aqui hicimos alto, y fuimos á ver y descansar en el antiquísimo castillo de la familia de nuestro amigo Caunedo, en cuya casa nos tenian preparado un recibimiento digno de príncipes.

El solar de Caunedo está situado del modo mas pintoresco á la orilla del riachuelo del mismo nombre, y cercado de fresnos y espadañas. Hoy dia no es mas que un torreon casi derruido que se alza sobre multitud de escombros, pero aquel se conservó casi entero hasta 1815 ó 16, que algunos vecinos lo desmoronaron por utilizar los sillares. El sitio que ocupa se llama la *Veiga del Palacion*, y su fundacion se remonta á la época de la batalla de Covadonga, pues era uno de los castillos edificados por mandato de Pelayo para defender las fronteras de su pequeño reino. Este concejo, entonces muy despoblado, fué donado en patrimonio al progenitor de la familia de Caunedo, que era *Conde*, ó como se dijo posteriormente, *Adelantado* de esta frontera contra los moros que ocupaban la otra parte del puer-

to. En derredor del castillo feudal, fuéronse edificando algunas casas de *vasallos*, de lo que resultó el pueblo de Caunedo, algun tanto considerable en otros tiempos. En cuanto al origen del nombre del castillo, pueblo y familia, los etimologistas lo descomponen en dos, *Ca* y *Unedo*, que interpretan *Cerca del Madroño*, por estar aquel fabricado cerca de un bosque de madroños. A muy pocos pasos del histórico torreon está la actual casa solar ó palacio de los Caunedos con *su torre fuerte*, como dice una crónica que tenemos á la vista. Al entrar en ella creimos ver el castillo de un *laird* escocés, segun la descripcion que de ellos nos hace sir Walter Scott en sus novelas, pues en el gran patio señorial vimos una jauria y porcion de trofeos de caza, como cabezas de lobos y jabalíes y pieles de oso clavadas; pero «aun espantables y fieras.»

De un antiguo nobiliario titulado: *Lucero de la Nobleza*, *por el rey de armas Gerónimo de Villa*, copiamos las siguientes líneas sobre la historia de la antigua familia cuya casa solar habitábamos momentáneamente: esperamos que nuestro amigo nos perdonará la libertad que nos tomamos sin su permiso, y que las aceptará como una prueba de gratitud por los servicios y obsequios que le debimos.

«Los de este linage y apellido de *Caunedo* tienen su casa y solar muy antigua de hijos-dalgo en este concejo de Somiedo, sita en el lugar de Caunedo, que tomó el nombre de este linage como de sus principales y mas antiguos pobladores; es casa solariega y de armería de las conocidas y nobles que hay en el dicho concejo de Somiedo, en donde hay de este linage de los Caunedos muy buenos hidalgos, y en otras partes del principado de Asturias. Antiguamente, en tiempos del rey don Pelayo, estuvo fundada esta casa en un sitio que está mas arriba del dicho lugar de Caunedo junto á un arroyo que decian la *Lera* y hoy se llama el rio de Caunedo, y era una de las fortalezas que defendian la frontera de Leon encargada por esta parte á los Caunedos que eran señores de este concejo (1). Despoblóse por guerras civiles que los de esta casa tuvieron con los de la casa de Flores, en que hubo muchas muertes, y en estas disensiones mataron á siete hermanos de esta casa de Caunedo. Despues poblaron en el dicho lugar de Caunedo, donde edificaron una casa con su torre fuerte, que posee el señor de ella, y emparentaron por casamientos con los del linage de Flores. De esta

(1) Los Caunedos poseyeron la mayor parte del concejo de Somiedo hasta el reinado de los reyes Católicos, en que dividieron sus considerables dominios en tres hermanos, fundando mayorazgo para cada uno en los lugares de *Caunedo*, *Villauz* y *Villamor*, todos tres en Somiedo y que aun subsisten hoy.

casa de Caunedo han salido muy buenos hidalgos á diversas partes y lugares de España, donde han hecho su asiento y morada, de los cuales ha habido hombres de grande esfuerzo que han servido muy bien á sus reyes en ocasiones de guerra, en la conquista del Andalucía, en honoríficos oficios, haciendo grandes hechos en armas contra los moros, dando muestras de su valor, y algunos de ellos se hallaron en servicio del rey don Alfonso de Castilla, octavo de este nombre agnominado el Noble, y de otra manera el Bueno, en la gran batalla de Bueda que se dió en las Navas de Tolosa á Aben-Jacob, miramamolin de Africa, lunes á diez y seis de julio, año del nacimiento del Señor, de mil y doscientos y doce años, que fué una de las mayores batallas que se han dado en España, y en memoria de la cruz milagrosa que en el cielo se vió el dia de ella, de la hechura, color y forma de la cruz de Calatrava, añadieron los de este linage de Caunedo en sus armas cinco cruces coloradas, en significacion de la sangre que derramaron de los moros en esta batalla, mostrándose como buenos y valientes caballeros en servicio de Dios y de su rey. Traen por armas los de esta familia de Caunedo, un escudo partido *en pal* que es de alto abajo, en la mitad de la derecha un leon de oro en campo *sinople*, que es verde, y en esta mitad, media orla de plata y en ella cinco cruces *gules*, que son coloradas, de la hechura y forma de la cruz de Calatrava. y en la otra mitad en campo colorado una torre de plata, con puertas y ventanas azules, y dos fresnos verdes salpicados de oro, y los troncos del mismo metal, uno á cada lado de la torre, sobre un rio de aguas ondeadas de azul y plata, y en la ribera del rio espadañas verdes, y en esta mitad media orla de oro con ocho manojos de espadañas verdes atados con una cinta colorada.»

De las muchas poesías dedicadas á las antiguas glorias de esta familia, citaremos las dos siguientes:

Caballeros renombrados
Estos de Caunedo son
Con sus cruces coloradas
En las Navas bien ganadas.
En frontera de Leon
Fabricaron su castillo
Aunque el tiempo non lo acuerde
Pues que tan antiguo es;
E pintáronlo en su arnés
Entre dos fresnos de verde.

En Asturias se ve alzado
El solar de los Caunedos

Con su escudo bien orlado
Una torre entre dos fresnos.
Y aquel dorado leon
Que allí vemos bien armado
Forman su antiguo blason
Y en el campo plateado
Cinco cruces florlisadas,
Que ganaron por accion.

Entre los personages que han salido de la familia de Caunedo, deberemos citar á Alfonso de Caunedo, valiente guerrero de la batalla de las Navas; Lope de Caunedo, caballero de nombradía en tiempo de Felipe II, y don Felipe Pelaez de Caunedo, obispo y señor de Lugo desde 1787 á 1798, que nació en la misma casa donde nos hallábamos.

Al dia siguiente tornamos á la Pola de Somiedo con objeto de seguir nuestras espediciones y el viage á Oviedo, con cuya descripcion terminaremos nuestra peregrinacion por esta provincia.

CAPITULO XXXIII.

Oviedo.

Sin detenernos mas que el tiempo indispensable para el descanso de nuestros cuerpos, recorrimos los concejos de Cangas de Tineo, Teverga, Proaza y Grado, desde donde nos encaminamos á Oviedo, con intencion de visitar á nuestro gusto la fábrica de Trubia, como en efecto, lo hicimos con sumo placer, pues es tal vez el mejor establecimiento de su género. En ella se construyen bayonetas, cañones de fusil y aun de artillería, balas y toda clase de utensilios de hierro colado ó á martillo. Esta fábrica estuvo siempre al cuidado del cuerpo de artillería, y hoy la dirige el coronel de la misma arma señor Elorza, á cuyo celo se debe la mayor parte de las mejoras que se han realizado en estos últimos años. Despues de recorrer todas sus dependencias y examinarla minuciosamente, salimos ya tarde para la capital del principado, donde llegamos muy entrada la noche y fuimos á hospedarnos á la ya conocida posada de *la Montañesa*. Al siguiente dia recorrimos la ciudad, y he aqui el resultado de nuestras observaciones.

La ciudad de Oviedo, que algunos quieren sea la antigua *Lancia*, ciudad de los asturos, y la cual debe reducirse á *Mansilla*, fué edificada en el

reinado de Fruela I, el año de Cristo de 762, con esta ocasion: dos varones religiosísimos, *Fromestano*. abad, y su sobrino *Máximo*, presbítero, pidieron al rey licencia para edificar una basílica al *levita* y mártir de Cristo San Vicente. Fruela se la concedió por un *privilegio* por el cual les autoriza para poder *allanar*, *desmontar* y *poblar* el lugar que llaman *Ovelo*. Era este un cerro cubierto de maleza cerca del lugar donde se ejecutaba á los malhechores, como á dos leguas de la selva sagrada que los romanos llamaron *Lucus Asturum*, y en él se construyó desde luego la basílica á la que se agregó un monasterio de monges benedictinos. Muchos cristianos se reunieron y desmontaron el cerro en que estaba la nueva iglesia, y fueron construyendo casas alrededor, atraidos no solo por la devocion, sino por la feraz y rica campiña inmediata. El rey Fruela al volver de una espedicion contra los gallegos, que se habian rebelado, pasó casualmente por la nueva poblacion, y prendado de la belleza del sitio, dispuso se edificase en ella otra iglesia dedicada *al Salvador*. Este es el verdadero principio de la ciudad de Oviedo, cuyo nombre se cree derivarse de su situacion central entre los dos rios *Ove* hoy *Eo*, y *Deva* (el de Covadonga) que servian de límites á Asturias por Occidente y Oriente. De aqui pudo decirse *Ovedevum* y luego por contraccion *Ovetum*. Otros creen que la verdadera etimología del nombre de Oviedo es *Jovetanum*, con que los romanos llamaban á este término por una ara que en él habia consagrada á Júpiter. En 802 Alfonso el Casto fijó en Oviedo la córte de Asturias que hasta entonces estuviera en Pravia, y la ennobleció con silla episcopal, nombrando por su primer obispo á un sacerdote llamado *Adulfo*, de familia goda. Al mismo tiempo habiendo hecho el piadoso rey derribar la iglesia del Salvador que su padre hiciera edificar. por no parecerle bastante magnífica, se dió principio á la suntuosa catedral, de la que aun subsisten vestigios. El altar mayor fué dedicado al Salvador, y otros doce á los doce apóstoles. Al lado de la catedral fundó el rey otra iglesia pequeña dedicada á San Miguel, que hoy subsiste, y la cual se cree era su capilla particular, pues estaba en el recinto de palacio. Al otro lado de la iglesia del Salvador, erigió don Alfonso otra, dedicada á la vírgen de las Batallas, imágen que llevaba á la guerra. Esta fué destinada para panteon real. Tambien fundó el rey Casto en Oviedo las iglesias de San Tirso y la de San Julian á doscientos pasos de su palacio, estas son parroquias en el dia; el monasterio de San Juan de las Dueñas, hoy San Pelayo, á donde se trasladó desde San Juan de Pravia la reina monja doña Adosinda, tia del rey, un palacio real, un acueducto, hospital, baños públicos, y finalmente las murallas y fortificaciones de la ciudad. Hizo Alfonso grandes donaciones á la nueva catedral, entre otras la famosa *cruz de los Angeles* de oro y piedras preciosas, despojos del botin ganado á los

moros en varias batallas y de la que hablaremos despues. En 812 concedió Alfonso el Casto á la ciudad de Oviedo la jurisdiccion de ella misma ***con su plaza junto á la catedral*** (son palabras del privilegio) y los caños de agua que habia traido hasta alli. El mismo año de la conclusion de la catedral, que se retrasó nada menos que treinta, se verificó en Oviedo un concilio de obispos para consagrarla. En el citado año de 812, los moros hicieron una correria hasta Oviedo y maltrataron la catedral y otros edificios, valiéndose de la ausencia del rey que se hallaba en Galicia y que voló en socorro de su ciudad, en la que restauró los daños causados. En 843 falleció en Oviedo el buen rey Alfonso el Casto, y le sucedió el conde Nepociano, usurpando el trono á don Ramiro. Este edificó á media legua de Oviedo en el monte Nauranio, dos célebres iglesias que aun permanecen, y se llaman Santa María de Naranco y San Miguel de Lino. Don Ramiro murió en Oviedo en 850, lo mismo que su sucesor don Ordoño en 866. El 6 de mayo de este año, fué proclamado rey en Oviedo con la mayor solemnidad su hijo Alfonso III, llamado el Magno. Despues cayó Oviedo en poder del conde de Galicia don Fruela, que se hizo llamar rey, y se alojó en el alcázar real, mas á poco fué en él asesinado por los ciudadanos de Oviedo. En 867 fué conducido á esta ciudad y encerrado en un calabozo Eilon, conde ó señor de Alava, y luego sufrieron la misma suerte los cuatro hermanos del rey que se le habian rebelado, á quienes se mandó sacar los ojos. Alfonso el Magno miró tambien con decidida predileccion á Oviedo, pues edificó la fortaleza ó castillo, y nuevos muros de la ciudad y catedral en 901. En 875 habia el mismo rey reunido un concilio, en el que se declaró la iglesia de Oviedo por metropolitana, se nombró por arzobispo á Hermenegildo, y se decidió que los obispos que tuviesen sus diócesis ocupadas por los moros, sirviesen al de Oviedo de vicarios, señalándoles parroquias para su sustento, por lo que se llamó á Oviedo ***ciudad de obispos***. El mismo Alfonso III reunió Córtes en Oviedo en los años de 877 y 901. En 909 habiendo abdicado este gran rey en sus rebeldes hijos, dió el señorio de Oviedo á ***Fruela***, que era el tercero. En tiempo de Ordoño II, hijo tambien de Alfonso el Magno, se trasladó la córte de Oviedo á Leon, con lo que la primera de estas ciudades fué perdiendo cada dia de su importancia, aunque siempre notable y mirada con aprecio por los monarcas. Don Bermudo el Gotoso, hizo trasladar á Oviedo en 984, las reliquias de los santos y los cuerpos de los reyes que yacian en Leon, para librarlos de las profanaciones de los moros que sitiaban dicha ciudad. En 1003 y 1020, reunió córtes en Oviedo el rey don Alfonso V, en las que se reformaron las leyes de los godos. Tambien fué visitada esta ciudad por los reyes Alfonso VI, que hizo donaciones á la catedral, y mandó abrir el arca santa de las reliquias; doña Urraca, Alfon-

so VII, Alfonso XI, don Pedro el Cruel, don Enrique el Bastardo y otros varios. Larga é impropia de este lugar seria una detenida historia de todos los sucesos notables que en Oviedo ocurrieron, pero deberemos mencionar una de sus mas grandes y modernas glorias, que es el haber sido la primera ciudad en alzar el grito contra los invasores franceses, en el siempre memorable año de 1808. Constituyó su junta provincial, que se convocaba de tres en tres años, en gobierno supremo el 24 de mayo, y declaró solemnemente la guerra á Napoleon, levantando al mismo tiempo un ejército de 18,000 hombres, que se organizó rápidamente, y que dió á la patria repetidos triunfos.

Muchos son los hombres célebres que han nacido en Oviedo, y no siendo del caso mencionarlos todos, solo lo haremos de Alfonso el Casto, Ordoño I, Alfonso el Magno, el infante don Gonzalo, arcediano de esta iglesia; don Pelayo, su obispo, conocido historiador; Andrés Llanes Estrada, arcediano de la misma, poeta é historiador en tiempo de Felipe IV; Luis Fernandez de Oviedo, célebre médico; Gonzalo de Cañas, hermano del duque del Parque, matemático y astrónomo, y don Miguel Jacinto Menendez y su hermano don Francisco, pintores. Como capital de Asturias y córte un tiempo de sus belicosos reyes, Oviedo es el asiento de la nobleza del principado; pero las familias que tienen su solar dentro de la misma ciudad, son las de *Oviedo*, *Portal*, *la Plaza*, *Rua*, *Perera*, *Villamar*, y *Rivera*. Tambien hay varias leyendas que referir de Oviedo: la que figura en primer término, es la de la *Cruz de los Angeles*, blason de Alfonso el Casto, de la ciudad y catedral de Oviedo, y mencionada en todas nuestras crónicas nacionales desde el Monge de Silos, escritor del siglo X. El cronista asturiano Tirso de Avilés refiere asi el suceso:

La antigua Oviedo, morada
De los mas reyes cristianos
Pinta la cruz tan preciada
Que en ella fué fabricada
Por las angélicas manos
La cruz por armas tomó
Por el milagro acaecido,
La cual contínuo llevó
Por bandera y apellido
En las guerras que venció.

.....«En los diez y seis años del reinado del rey don Alonso el Casto, tenia este rey muchas piedras preziosas, é mientras que él fazia la iglesia de San Salvador, asignó de fazer una † de oro, é engastonarlas en ella; é viniendo un dia de oir misa, yéndose para sus palacios falláronse con él

dos ángeles que venian en figura de peregrinos, é les preguntó que homes eran, é ellos le dijeron que eran *Oreses*, é al rey le plugo mucho é dióles el oro que les bastaria, é muchas daquellas piedras, é casa apartada en que labrasen, é díjoles que fiziesen una ✝ muy fermosa, é los ángeles tomaron el oro é las piedras, é el rey se fué á yantar, é estando en la mesa embió sus mandaderos unos en pos de otros que supiesen que era, é que fazian, é los mandaderos fueron. Quando entraron en la casa a donde habian de estar los oreses, fallaron la ✝ fecha é acabada de muy maravillosa obra, mas non fallaron los oreses, é tan grande era la claridad que salia, que los mandaderos del rey non la pudieron ver ni acatar, é fueron al rey é dijéronle; é el rey luego que lo supo, levantóse de la mesa é fuese para ella, é cuando vido la ✝ fecha en aquella claridad tan grande é no vió que los oreses estaban, oró mucho á Nuestro Señor. Entendio que aquella obra non era sinon de Dios, entonzes fizo llamar al obispo é la clerezia, é todo el pueblo de la ciudad é llevaron aquella ✝ é tornáronla con loores é con ayunos muy onradamente al altar de San Salvador, el rey púsola en somo del altar con su mano misma.» Lo que puede asegurarse es que Alfonso el Casto usó como divisa guerrera la figura de esta cruz, pues en sellos suyos se lee:

Angelica Laetum
Cruce sublimatur ovetum
Regis habendo Tronum
Casti Regnum et Patronum.

Otra leyenda de Oviedo se refiere en el reinado de Ordoño I, bastante estraña, y que encontramos relatada como un hecho cierto por gravísimos historiadores. Cuatro esclavos de la catedral de Santiago acusaron ante el rey á su obispo, llamado *Ataulfo*, conocido por la santidad de sus costumbres, de haber cometido el enormísimo pecado de sodomía. Indignado el rey don Ordoño, mandó compareciese á su presencia el prelado, el cual acudió á Oviedo inmediatamente, y antes de entrar en el alcázar real celebró misa. Con el trage de pontifical se presentó á don Ordoño, y éste sin escuchar sus disculpas, mandó soltar contra el obispo un bravísimo toro azorado con perros y garrochas. Ataulfo entonces hizo la señal de la cruz, y se llegó al toro que bajó humildemente su gallarda cabeza, y le presentó sus agudas astas que el obispo le quitó fácilmente, y presentó á los espectadores. Eran estos el rey y los grandes, los que asombrados con tan gran prodigio reconocieron la inocencia de Ataulfo, y se arrojaron á sus pies en demanda de perdon por haber dado crédito á la calumnia. Los esclavos fueron condenados á la hoguera, y los cuernos del toro colgados de

las bóvedas de la catedral de Oviedo en memoria de tan señalado suceso. Ataulfo no quiso volver á su silla, y renunciando su alta dignidad se retiró á un lugar cerca de Grado, donde vivió y murió santísimamente. De su nombre se dijo aquella aldea Santo Dolfo, y su cuerpo se conserva en su iglesia con la reverencia y culto que se da á los santos.

Habiendo hecho ya una ligera reseña de la historia de la noble ciudad de Oviedo, hablaremos ahora de su estado actual.

Oviedo, como capital del principado de Asturias, hoy provincia de su nombre, es cabeza de 72 concejos, (antes se componia el principado de una ciudad, 81 cotos, 61 concejos, 7 jurisdicciones, un condado y 6 lugares) que comprenden la citada ciudad, 56 villas y 3,665 lugares: es cabeza de un partido judicial *de término*, que comprende 115 parroquias. Hay real audiencia establecida por el rey don Felipe V en 30 de julio de 1717, cuyos oidores eran antes los únicos jueces letrados que habia en todo el principado. Hoy se compone de un regente, siete ministros y un fiscal.

Hay intendencia, comandancia general dependiente de la capitanía general de Valladolid, gefatura política, diputacion y consejo provincial (1), contaduría, administracion y tesorería de rentas, contaduría de amortizacion y comisionado de bienes nacionales, administracion general de correos, silla episcopal exenta (es decir, que no reconoce otro metropolitano que el papa), que comprende 1,071 pilas bautismales, tribunal eclesiástico ordinario, cabildo compuesto de un obispo, 14 dignidades y 33 canónigos; universidad literaria, fundada por don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla en 1580, con una escogida biblioteca de 12,000 volúmenes, 400 ó 500 manuscritos, y un bonito gabinete de historia natural; dos seminarios de estudios para escolares pobres, tres cátedras de latinidad, escuela normal, seminario de maestros, cuatro escuelas de primeras letras gratuitas, sociedad económica, y bajo su direccion las cátedras de química y geometría aplicada á las artes, de economía política y escuela de dibujo; tres parroquias, Santa María de la Córte, San Isidoro, y San Tirso, y un anejo; tres conventos de frailes, el real de San Vicente, San Francisco y Santo Domingo; tres de monjas, el real de San Pelayo, la Vega y Santa Clara; cinco hospitales, contando con uno de mulatos; un grande y magnífico hospicio sostenido por una contribucion especial que paga la provincia; teatro reedificado últimamente y adornado con bellísimas decoraciones

(1) Uno de los privilegios que conservaba Asturias como recuerdo de sus grandezas, era tener siempre una *diputacion ó junta general* del principado, que eran una especie de córtes provinciales que se reunian cada tres años. La última vez fué en 1833.

pintadas por Abrial; dos gabinetes de lectura, sostenidos por sócios, en los que se permite la entrada á todo forastero presentado por uno de aquellos; cárcel para hombres y galera para mugeres; once fuentes públicas que reciben en su mayor parte las aguas de un acueducto; tres cafés con billar, varias posadas y mesones, etc., etc.

La situacion de Oviedo es como ya hemos dicho, bellísima y de las mas vistosas y fértiles del antiguo principado de Asturias (1) del cual ocupa casi el centro. Los rios Nora y Nalon corren muy cerca de la ciudad, y se reunen como á media legua de distancia. La parte antigua, *la Cité*, conserva aun en muy buen estado los muros de que la rodeó Alfonso el Magno en 901, y el castillo edificado al mismo tiempo, lleva hoy el antiguo nombre de *Fortaleza*, y está destinado á cárcel pública. En uno de sus ángulos subsiste bien conservada una lápida del tiempo de la fundacion, en la que se ve esculpida la cruz de la Victoria, entre el *alpha* y *omega*, insignia de Alfonso el Magno, y armas actuales de Asturias, y una inscripcion latina que dice asi en castellano:

Pon, Señor, en estas casas el signo de la salud, y no permitas entre en ellas el ángel prevaricador.

Las calles son regulares, y vienen en su mayor parte, á terminar á la plaza de la Constitucion; uno de los frentes de esta lo ocupan enteramente las casas consistoriales, que son grandiosas, y otro el suntuoso templo de San Isidoro, que perteneció á los jesuitas (2). Las calles son bastante limpias y bien empedradas, y las casas particulares, aunque antiguas en su mayor parte, espaciosas, cómodas, de buena construccion y de aspecto señorial. Entre estas son magnificas y merecen el nombre de palacios, las del marqués de Campo Sagrado, las del conde de Nava, la de Heredia, la del duque del Parque, en que está situada la fábrica de armas, etc., etc. El

(1) Arrojado de Asturias el infante don Alfonso, conde de Gijon, y confiscados todos sus estados en 1383, se segregó de ellos el condado de Norena, que fué dado al obispo don Gutierre, y habiendo hecho testamento el rey don Juan I en 1835, dispuso en él que los estados de Asturias quedasen perpétuamente unidos á la corona, y que su primogénito don Enrique nunca pudiese enagenarlos. En 1388, con motivo de las bodas de don Enrique con dona Catalina de Alencastre, dispuso el rey don Juan I, que los novios se llamasen *príncipes de Asturias*, asi como todos los que en adelante fuesen herederos de la corona de Castilla.

(2) Fué construido en su mayor parte por Manuel Reguera Gonzalez, natural de Candás, en el siglo XVII.

trato social en Oviedo es muy fino y en nada desmerece al de la alta sociedad de Madrid, y los jóvenes de ambos sexos visten con elegancia y lujo: tiene la ciudad escelentes paseos; el principal el de *Chamberí*, con plazuelas y cómodos asientos de piedra, frondosos árboles y bellas vistas; el de la *Tendería* y el del *Campo de los Reyes*, por donde pasa el camino real que va á Gijon. Al terminar este hay un sencillo, pero elegante monumento de mármol, dedicado á la memoria del ilustre Jovellanos, y en el que se ve su escudo de armas, el de Asturias y el de España. El acueducto de que hicimos mencion es de piedra de sillería, tiene cuarenta y un arcos sobre elegantes pilares, y conduce el agua desde el manantial de *Gitoria* en la falda del monte Naranco. Fué construido por el arquitecto Juan de Cerecedo, y reedificado por el asturiano Gonzalo de la Bárcena que le dió mas elevacion. Se acabó esta fábrica en 1549, y costó 17,600 ducados. Cerca del acueducto está el hospicio, grande y magnífico edificio, uno de los primeros de su género en España, fué trazado y dirigido por don Pedro Menendez en 1766, y la capilla y su elegante cúpula construidas por los planos que al efecto remitió don Ventura Rodriguez en 1768. La cúpula tiene cincuente pies de diámetro y ciento de altura, y la capilla que muestra por el esterior la figura de un octógono, y en el interior la de un círculo, está decorada segun el órden dórico. Del mismo arquitecto Menendez son la torre y pórtico de Santo Domingo, con columnas, arcos é impostas, de los órdenes dórico y jónico. Hizo el mismo artista varias obras en la universidad para la biblioteca, y en el hospicio para aumentar las fábricas de hilaza de lino.

El edificio rey de esta ciudad de palacios y monumentos, es la catedral, que merece un lugar distinguido entre las mejores de España. Tiene la forma de una cruz latina, y consta de tres naves y de una porcion de capillas laterales. Pertenece al género gótico-germano, y está enriquecida profusamente con multitud de ornatos delicadísimos, en especial la torre, que parece de encage, que es la mas bella del reino, pues aventaja en altura y delicadeza de sus cresterías y trepados á los famosos chapiteles de Burgos. Para su fábrica concedió el rey don Juan I, el privilegio de escepcion de tributos para diez *canteros* de los que se ocupasen en la obra. Antes de comenzar la torre, y á mediados del siglo XIV, se trabajaba ya en el lindísimo cláustro, obra maestra del género gótico, y para lo que habia donado Alfonso XI la suma de 24,000 maravedís en una peregrinacion que hizo á Oviedo. Al actual templo se dió principio en tiempo del rey don Juan I, siendo obispo de Oviedo don Gutierre de Toledo Este prelado obtuvo del mismo monarca en las córtes de Segovia de 1383, la merced del condado de Noreña, para sí y sucesores en la sede ovetense, la cual conservan hoy. La catedral de que hablamos ocupa el mismo sitio que la pri-

mitiva, fundada por Alfonso el Casto, y construida por su arquitecto *Thioda*. De esta no se conserva mas que el campanario y la *Cámara santa*, que son de arquitectura bizantina. La capilla mayor se terminó en 1412, y la torre en 1556; pero derribada por un rayo en 1576, fué reparada inmediatamente. Ostenta en su cúspide la cruz de los Angeles, blason como ya dijimos de la catedral y de la ciudad. La antigua basílica de Santa María está



hoy unida á la catedral, y forma una de sus capillas. Al presente es conocida con el nombre de Nuestra Señora de *Recasto*, aludiendo á su fundador Alfonso el Casto. Segun nuestros cronistas antiguos, tenia esta iglesia cien pies de longitud, estaba dividida en tres naves con seis arcos cada una, tenia tres altares, bóvedas lisas y adornos de mármol traido de las ruinas de Lugo de los Asturos. Reedificada esta célebre iglesia en 1712, en tiempo de Felipe V, por cuenta y direccion del obispo de Oviedo, Fr. Tomás

Reluz, se presenta hoy, si bien espaciosa y de altas bóvedas, recargada de adornos churriguerescos de muy mal gusto. Tiene, como la antigua, tres altares, y en el mayor está la imágen de Nuestra Señora de las Batallas ó del rey Casto, que éste llevaba consigo en sus espediciones guerreras. Cerca de la puerta se ve el panteon real, reconstruido en la misma época, y con el citado gusto churrigueresco. Ocupa el mismo lugar que el primitivo; pero este estaba fuera de la iglesia, segun el uso de la época, hoy quedó en el recinto interior por haberse aquella aumentado. Su planta es un rectángulo, y su decoracion consiste en varias pilastras, cuyos chapiteles, que imitan al órden corintio, sostienen una cornisa que rodea toda la pieza, y una bóveda cruzada de cintas ó fajas al estilo gótico. Entre las pilastras se ven seis nichos formados por pilares que sostienen arcos elípticos, y de los que cada uno contiene una urna sepulcral donde están encerrados los restos de cada rey y de su respectiva esposa. En el suelo se ve una gran tumba formada de dos piedras toscas, y que tiene de altura como dos pies. Este es, segun se dice, el sepulcro de Alfonso el Casto, el cual tal vez por justa veneracion no fué renovado ni movido como los demás. A este panteon le da entrada una berja de hierro, y hay además otra puerta tapiada, por la que venian en otro tiempo las comunidades de los cercanos monasterios de San Vicente y San Pelayo, todos los dias á orar sobre el sepulcro del rey Casto, considerado en Asturias como santo. Sobre dicha puerta se ve el largo epitafio siguiente:

En este real panteon yacen los cuerpos de los señores reyes y reinas siguientes: El señor rey don Fruela I de este nombre, hijo del señor rey don Alonso el Católico I de este nombre, quien pobló á esta ciudad, y trasladó esta santa iglesia al sitio que hoy tiene. El señor rey don Bermudo, llamado el Diácono, sobrino del señor rey don Fruela. El señor rey don Alfonso el Casto, hijo de dicho señor rey don Fruela, quien fundó esta real capilla para su real sepulcro y de sus progenitores. El señor rey don Ramiro I de este nombre, hijo del señor rey don Bermudo. El señor rey don Ordoño I de este nombre, hijo de dicho señor rey don Ramiro. El señor rey don Alfonso el Magno III de este nombre, hijo del dicho señor rey don Ordoño. El señor rey don Garcia I, hijo del señor rey don Alfonso el Magno. La señora reina doña Geloira, muger del señor rey don Bermudo. La señora reina doña Urraca, muger del señor rey don Ramiro I, y otros muchos cuerpos de señores príncipes é infantas. Reedificóse el año de 1712. *Reinando la magestad católica del señor rey don Phelipe V de este nombre.*

Del mismo gusto churrigueresco que la capilla del rey Casto es la de Santa Eulalia de Mérida, patrona de Asturias, cuyas cenizas traidas de

aquella ciudad por el rey don Silo, están guardadas en un elegante altar, que en forma de sepulcro ocupa el centro de la capilla. La antigua iglesia de San Miguel, hoy tambien unida á la catedral, es una de sus preciosidades. Consta de dos pisos: el inferior está cubierto de una fortisima bóveda, y se sube al superior llamado la *Cámara santa*, por una ancha escalera que arranca desde el crucero de la catedral. La Cámara santa es una bellísima iglesia bizantina (que se cree era la capilla real) de veinte y cinco pies de largo y diez y seis de ancho, y cuya bóveda con varias y delicadas labores, está apoyada en los muros, pero finge sostenerse por seis columnas de diversos mármoles, en las que están entalladas doce figuras, dos en cada una, que representan los doce apóstoles. El pavimento es muy estraño, y consiste en una especie de mosáico de distintas piedras embutidas en argamasa durisima. La capillita que está á la cabecera tiene el mismo ancho con diez y ocho pies de fondo, pero es mas baja, como en todas las iglesias del siglo IX, y que se conservan en Asturias y Galicia. Esta iglesia ó capilla es bastante oscura, pues no recibe mas luz que por una estrecha ventana que hay al testero. En el centro de la pieza está colocada y sirve de altar, la famosa arca de madera incorruptible, traida de Jerusalen á Cartagena y Toledo, y de aqui á Asturias, por el metropolitano Urbano, cuando la irrupcion agarena. Permaneció enterrada en una cueva del Monte Sacro, cerca de Oviedo, hasta la fundacion de la catedral, y en el reinado de Alfonso VI, fué abierta con toda solemnidad, y sacadas de ella parte de las muchas reliquias que contenia, y que hoy se ven en la Cámara santa. El arca está cubierta de planchas de plata que tienen esculpidas multitud de figuras, y una inscripcion votiva. Muchísimas son las reliquias que se conservan en esta capilla, entre otras debemos recordar una sandalia de San Pedro, un trozo de la vara de Moisés, un pedazo del Santo Sudario, una de las ánforas de las bodas de Caná, los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia traidos de Córdoba por Alfonso el Magno, etc. etc. Pero lo que mas nos llamó la atencion fueron las dos famosas cruces *de la Victoria* y *de los Angeles* que se custodian allí. La primera, que como ya dijimos, es de madera de roble, sirvió de enseña á don Pelayo; fué depositada en la ermita de Santa Cruz de Cangas, revestida de oro y piedras preciosas, en el castillo de Gauzon por Alfonso el Magno, y donada por éste á la catedral; es magnifica y sirve de guion al cabildo en las grandes solemnidades. La de los Angeles es mas bella aun; sus labores son delicadísimas, y tambien está cubierta de piedras preciosas. El gusto de sus adornos parece arábigo, y es muy posible que los dos ángeles peregrinos de que las crónicas hablan, fuesen dos diestros plateros moros de Córdoba. Además de lo referido, se ven en la Cámara santa los retratos de don Pelayo, Fruela, Alfonso el Cas-

to y Alfonso el VI. Todos los dias por mañana y tarde, suben dos canónigos á abrir esta devota capilla y mostrar las reliquias que contiene á los muchos peregrinos que acuden á visitarlas (1). El monasterio de San Pelayo está contiguo á la catedral: se llamó en otro tiempo San Juan de las Dueñas, y cambió de advocacion cuando la reina doña Teresa, muger de don Sancho I, *el Gordo*, condujo á este monasterio, desde Leon, el cuerpo del niño mártir San Pelayo, que se venera en el altar mayor. La misma doña Teresa fué elegida abadesa de este monasterio en 997, y en él murió y fué sepultada. Tambien fué prelada en San Pelayo de Oviedo, la infanta doña Teresa, hija de Bermudo II el Gotoso, y hermana de Alfonso V, que estuvo para casarse con el rey moro de Toledo, y murió en este monasterio, y finalmente, la reina doña Adosinda, que segun Carballo, trasladó desde Pravia el cadáver de su esposo don Silo, y lo depositó detrás del altar mayor. En San Pelayo no tomaban la cogulla sino señoras de la primera nobleza. El monasterio es suntuoso y estenso, pero reedificado totalmente de poco acá. La fachada de la vicaría está ejecutada por el arquitecto fray Pedro Martinez, lego de la órden de San Benito. El monasterio de San Vicente, que está vecino á San Pelayo, y la catedral, es tambien un grande y magestuoso edificio ocupado hoy por las oficinas de hacienda, amortizacion, gobierno político, comandancia general, y diputacion provincial. En este monasterio se conserva la celda en que vivió, escribió y murió el célebre crítico padre Feyjoo. La iglesia, que es hermosa, está abierta al culto y trasladada á ella la parroquia de Santa *María de la Córte.* La iglesia de Santo Domingo es gótica, y fué construida en 1553 por Juan de Ceredo, maestro mayor de la catedral. Es de una sola nave, pero ancha y espaciosa. El convento está ocupado por el hospital militar. La iglesia de San Francisco es gótica tambien, su capilla mayor es el panteon de la noble familia de Quirós, y el convento está convertido en hospital civil. En el monasterio de benedictinas *de la Vega*, que está extra-muros, se ven dos sepulcros bizantinos. El uno de ellos pertenece á *doña Gontroda*, su fundadora, la cual fué querida del emperador don Alanso VII, que tuvo en ella una

(1) Una de las riquezas inapreciables de esta célebre catedral, son la numerosa coleccion de códices antiguos, libros, privilegios de reyes y de particulares, y otros documentos del mayor interés para la historia. No podemos dispensarnos de mencionar el famoso *Libro gótico*, grueso volúmen en que están reunidos muchos privilegios y donaciones recargadas de bellísimas miniaturas. Esta coleccion la formó don Pelayo, obispo de Oviedo, en el siglo XII, y la enriqueció con notas históricas escritas por su puño al márgen, y los libros de la *Regla colorada* y la *Regla blanca*, que contienen las antiguas constituciones de esta iglesia, y que son por todos conceptos importantísimos.

hija llamada *doña Urraca la asturiana*, que casó con el rey de Navarra García VI, y á quien despues de viuda dió el emperador su padre el gobierno de Asturias con título de reina. Entre otros documentos se acredita este hecho por la escritura de fundacion de este monasterio de la Vega, que data del año de 1153, en la que se espresa, gobernaba á Asturias la reina doña Urraca, hija del emperador y de doña Gontroda. El sepulcro de esta tiene epitafio latino, que traduce asi el padre Florez.

Oh muerte igual, que á ninguno perdonas,
Con menos igualdad, mas justa parecieras:
A Gontroda mides por méritos de otros,
Dañas por menos justa: cortas lo que no debes.
Mas no muere. Por tí, oh Dios, revive,
El espejo de mu eres mas nobles,
No cae Gontroda: se oculta solamente,
Fué en merecer mas que hombre: dejó el mundo,
Para este murió; la muerte la dió vida.
Seis veces cuatro duplicando el ciento
Con mil encima te darán la era. (1124) Año 1186.

Terminaremos esta ligera reseña de la noble capital de Asturias, diciendo que el sitio que ocupa, no solo es de los mas vistosos de España, sino tambien de los mas saludables: que produce su término mucho trigo, escanda, maiz, legumbres de todas clases, castañas, sidras, lino, etc.; que tiene bastante comercio y fábricas de armas, curtidos, sombreros, lienzos, peines, metales, tegidos de lana, etc.; que celebra dos mercados semanales, y dos ferias al año, y que cuenta con diez mil quinientos sesenta habitantes.

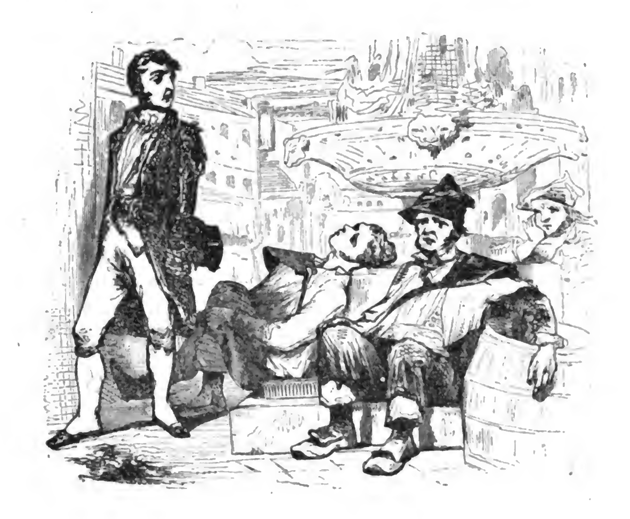
Antes de despedirnos de la patria de Alfonso el Casto, quisimos recorrer sus bellísimos alrededores, que no son menos dignos que aquella de la observacion del viagero.

El monte *Naurancio* hoy Naranco, que se levanta inmediato, ostenta orgulloso sus dos bellas iglesias tan renombradas por nuestros historiadores, denominadas Santa María de Naranco y San Miguel de Lino. Fueron edificadas ambas por el rey Ramiro I, en accion de gracias al cielo por las victorias alcanzadas contra los moros, y con los despojos de estos, en este lugar ocupado antes por un palacio y jardines que para recreo tenian los reyes de Oviedo. Se cree que una y otra fueron obra de *Thioda*, el primer arquitecto de la catedral. La de Santa María es doble, segun el estilo del tiempo, pues tiene otra subterránea, toda lisa, sin mas adornos que algunas figuras entalladas que representan mugeres cautivas y guerreros armados de lanzas y escudos que ostentan leones. Lo que sorprende sin duda en ambos edifi-

cios, es el perfecto estado de conservacion en que permanecen despues de mil años de existencia.

Muy cerca de Oviedo están los famosos baños termales de las Caldas, estremadamente concurridos, y en donde se reune una escogida y aristocrática sociedad. Tienen hermosos edificios trazados por don Ventura Rodriguez, y ejecutados por don Pedro Menendez, con todas las comodidades necesarias para los enfermos.

Vueltos á Luanco á casa del padre de Caunedo, descansamos en ella dos dias, que los empleamos en ordenar los apuntes que habíamos recogido, de los que apenas hemos podido usar una pequeña parte por falta de espacio, y abandonamos definitivamente á Asturias, ese bellísimo pais que abastece à la córte de lacayos y aguadores y que tan mal conocido y peor juzgado es por los cortesanos.



CAPITULO XXXIV.

Historia y descripcion de Galicia.

El antiguo y considerable reino de Galicia, ocupa la parte mas occidental de las provincias septentrionales de España. Su figura es semejante á la de un rombo, y linda por el Norte con el Océano cantábrico; por el Este con el principado de Asturias y reino de Leon; por el Sur con el reino de Portugal, y por el Oeste con el Océano Atlántico. Comprende 1,032 leguas cuadradas, habitadas por 1.471,982 almas. El clima es muy saludable aunque varia, como es natural en un territorio tan estenso; asi se observa que es muy templado y apacible en las costas; caliente, seco y agradable al Sudoeste; frio y húmedo al Norte. Las producciones de su terreno muy fértil, son muchas y variadas, pues tan pronto se encuentran dilatados viñedos, de donde se elabora un vino que (en algunos territorios), puede competir con el de Andalucía, como trigo, maiz, legumbres, lino, cáñamo, flores, naranjos, limoneros, moreras, castaños, olivos, y todas clase de sabrosas frutas. Es, pues, Galicia, una de las partes de España mas feraces, y en donde se esperimenta menos miseria, á pesar de la vulgar preocupacion que abrigan contra esa hermosísima provincia las personas ignorantes, y aun algunas de las que presumen de ilustradas, que la suponen la Siberia española.

La superficie de Galicia se halla alternativamente interrumpida con deliciosos y frondosos valles, y montes mas ó menos considerables, de los que debemos mencionar los de *Cervantes*, *Cebrero*, *Courel*, *Sierra de los Caballos*, *Segundera* y *Canda*, que pueden considerarse de primer órden· los de *Agasalla*, *Cubeiro*, *Labio*, *Sierra de Naron*, *Sabiñao*, *San Mamed*, *La Quera*, *Baldriz*, y las *Galleiras de Araujo* de segundo; y finalmente, el *Cuadramon*, *Gistral*, *la Carba*, *la Loba*, *Coba de Serpe*, *Bocelo*, *Faro*, *Paramo*, *Suido*, *Bayo*, *Capelada*, *Pico Sacro*, y otros que pueden clasificarse de ter-

cero. Todas estas cordilleras son ramificaciones de los Pirineos cantábricos y asturianos, y están cubiertos de encinas, nogales, castaños, y otra multitud de árboles de construccion, yerbas y plantas medicinales. Habia en otro tiempo osos y asnos salvages; hoy solo se encuentran lobos, zorras, cabras, corzos, ciervos y jabalies. Tambien muchas aves de rapiña.

La costa tiene de estension no menos que 240 millas, desde la villa de Rivadeo, que señala el confin con Asturias, hasta la de la Guardia, que está enfrente de Portugal. Se encuentran en ella los cabos y puntas de *Burela*, *San Ciprian*, *Estaca de Bares*, *Ortegal*, *Monte Faro*, *Prioiro*, *Nariga*, *Roncudo*, *Tosto*, *Vilaño*, *Nave*, *Finisterre*, *Montelon*, *Corrubedo*, *San Vicente Lourido*, *Silleiro* y *Santa Tecla*, y las rias de *Rivadeo*, *Vivero*, *Bares*, *Santa Marta*, *Cedeira*, *Ferrol*, *Puentedeume*, *Sada*, *Coruña*, *Cormes*, *Camariñas*, *Corcubion*, *Muros*, *Carril*, *Marin*, *Vigo* y *Bayona*, que ofrecen mas de cincuenta puertos cómodos, para abrigo de los buques.

Varias islas se ven tambien cercanas á la costa; de estas son las mas notables las de *Bayona*, al frente de su puerto, y que cierran la entrada de la hermosa ria de Vigo; las de *Ons* á la entrada de la de Pontevedra, la de *Favora* al principio de la ria de *Aroza*, y otra de este mismo nombre dentro de la ria, las *Estelas* entre Bayona y Vigo, la de *San Simon* dentro de la ria de Vigo, la de *Tambre* dentro de la ria de *Pontevedra*, las de *Cortegada*, *Dionla*, *Sagra*, *Venza*, y *Rua* en la de Aroza, la de *Guebra* en la ria de Noya, las *Olveiras* cerca de Corcubion, la de *Sisarga* entre Corme y la Coruña, la de *San Vicente* en la ria de Santa Marta, la *Conejera* y la *Gubeira* en las de Barres y Vivero, y las de *San Ciprian* al frente del puerto de su mismo nombre.

Los rios que bañan á Galicia son muchos y caudalosos; los de mas consideracion son: el *Miño*, que nace en la fuente *Miñan*, cerca del monasterio de Meira, cinco leguas de Lugo, el cual recibe las aguas de los rios *Miñotelo*, *Bean*, *Anllo*, *Tamboga*, *Ladra*, de bastante caudal, y que viene ya unido al rio *Parga*, *Nasla*, *Ferreira*, *Ferreirua*, *Toldao* y *Asma* por la derecha, y por la izquierda el *Luaces*, *Lea*, *Botra*, *Chanca*, *Neira*, *Loyo*, y *Sabiñao*. Unese despues al renombrado *Sil*, y aumenta su gran caudal con los rios *Bubal*, *Barbantes*, *Avia*, *Tea*, *Loro*, y *Miñor*, que se le reunen por su orilla derecha, y los de *Loña*, *Barbaña*, *Arnoya*, *Valladares* y *Coura* por la izquierda. Despues de bañar este rio las ciudades de *Lugo*, *Orense* y *Tuy*, y de dividir á España de Portugal por un espacio de catorce leguas, entra en el Océano cerca de la Guardia. El *Sil* aunque tiene su orígen en las montañas de Leon, recorre una gran parte de Galicia, en cuyo reino entra por Valdeorras; recibe por su derecha los rios de *Cua*, *Burbia*, *Selmo*, *San Vicente*, *Saldon*, *Quiroga* y *Cabe*, y por la izquierda el *Buera*, *Cabrera*, *Vibey*

y *Leboreiro*. Despues de los referidos merecen nombrarse el *Tambre*, que nace cerca del monasterio de *Sobrado,* y desagua en el mar en Noya; el *Ulla* que tiene su orígen en el lugar de *Soengas*, cerca de *Puerto Marin*, y despues de recibir las aguas del *Tambre*, *Furelos*, *Arnego*, *Deza* y *Sar*, entra en el Océano formando la ria de Aroza; el *Limia* que tiene su nacimiento en *Codesedo*, no lejos de Orense, forma el gran lago de *Limia*, recibe el rio *Ginzo* y otros pequeños, y entra en Portugal; el *Eo*, el *Masma*, el *Oro*, *Vivero*, *Jubia*, *Eume*, *Caldelas*, *Aucen*, *etc.* En todos se encuentra copiosísima pesca de anguilas, truchas, lampreas, salmones, reos, etc.

El terreno es muy abundante en delicada caza, y en él la industria de los habitantes hace propagar las mejores razas de toda clase de volatería, asnos, ovejas, cabras, cerdos, yeguas, mulas, y sobre todo bueyes, que



son los mas numerosos y mejores de España. En la cria de ganados se aventajan los gallegos á los habitantes de todas las otras provincias, proporcionando á aquellos escelentes pastos por medio de prados naturales y artificiales. En este reino abundan las aguas minerales, de las que son las mas notables, las frias de *Camondes* y de *Bejo;* las termales de *Caldas de Reis*, *Caldas de Cuntis*, *Baude*, *Viana*, *Lugo*, *Orense*, *Bretun*, *Cortegada*, *Be-*

ran, *Caldelas*, *Arteyjo* y *Carbayo*. Entre las innumerables fuentes notables deben mencionarse la de *Cebret*, que á pesar de su distancia del mar, y de hallarse en la cima de un monte, tiene flujo y reflujo, y la de *Louzana*, tanto mas abundante y copiosa cuanto mayor es el calor. Tambien posee Galicia muchas canteras de mármol blanco, jaspe y otras piedras, vitriolo, azufre, minas de cobre, hierro, estaño, antimonio, y segun todos los geógrafos antiguos y modernos muchas de oro y plata de las que se ha perdido actualmente la noticia.

Los caminos son en general muy malos y difíciles, presentando tambien á los viageros el peligro de los salteadores, que abundan bastante en Galicia, por las muchas gargantas, encrucijadas y espesuras que en el terreno se encuentran á cada paso, y por la cercanía á Portugal, donde se ocultan los malhechores en cuanto perpetran un robo, burlando la persecucion de las tropas. Hay sin embargo, algunas hermosas carreteras construidas con el mayor lujo, tales son, la que desde la Coruña conduce por Santiago, el Padron y Pontevedra, á Tuy y Vigo, que atraviesa todo el reino, y la que va desde la Coruña á Lugo y Madrid.

El comercio de este reino es poco considerable, cual acontece generalmente en España; esporta, sin embargo, lienzos, ganados, pescados y carnes saladas, etc., para América, el estrangero y el interior, quedando aun muchísimos quintales de lana, y sus buenos vinos. La industria, si se esceptúa la agrícola, no está tan desarrollada cual era de desear; cuenta, sin embargo, Galicia con muchas fábricas de tejidos de lana, sombreros, paños burdos, cristales, lienzos finos y ordinarios, curtidos, elaboracion de cobre y hierro, y salazon de carnes y pescados.

Los gallegos son laboriosos, constantes, honrados y valientes á toda prueba, lo que los constituye los mejores soldados que se conocen, sóbrios, sufridos, sérios, discretos é inclinados á la melancolía, pero afectos á la sociabilidad. Los vicios de que mas suelen adolecer, son la codicia, la venganza y los celos y la inclinacion á la bebida. La primitiva rudeza de los gallegos se modifica de dia en dia, y en las montañas se encuentran aquellas costumbres simples y puras de los pueblos pacíficos y hospitalarios. Son generalmente robustos, de elevada estatura, blancos, rubios y bien formados, y las mugeres se distinguen por su belleza. Lo mismo que sus vecinos los asturianos, con quien tienen muchos puntos de semejanza, abandonan en gran número sus hogares para ganar su vida en paises distantes. El idioma gallego, es el castellano antiguo, mezclado con algunas frases portuguesas y latinas, y pueden servir de muestra del que se habla hoy, los siguientes versos del muy erudito escritor Fr. Martin García Sarmiento, del órden de San Benito, que floreció á mediados del siglo pasado. El asunto

de estos versos es la descripcion del pintoresco paisage que se descubre desde el lugar llamado *Chan de Parafita*, en Morrazo.

Ali corren lebres
é cazan coellos
os homes nas festas
despois van vendelos.
Dali d'a quel chan
tan alto en estremo
se ve toda á vila
con seus arrodeos.
Se vé ó mar bravo,
Se vé ó mar quedo,
de Ons é de Tambo
ax Ilhas do lexos.
Se ven Porto Novo
é junto San Xenxo
Marin é Combarro
Lourido é Campelo.
Por fin os navíos
é barcos dos pescos
se ven navegare
é mais estar quedos.

Os olhos se fartan
con tanto recreo
de terra, de verde,
de mar é de ceo.
Ali no chan dito,
subindo ou decendo
sa gente se para,
relouca de velo.
S' asenta no chan
ou sobre un penedo
é colle refolgo,
co vento marreiro.
Ali as meniñas
as mozas, os nenos,
as velhas, os mozos,
os homes, os bellos.
Que veñan, que volten
á Vila ao Eido
almorzan, merendan
é failles proveito.

Es, pues, el dialecto de Galicia en estremo dulce y cariñoso, sobre todo en la boca de una muger. El trage de los hombres se asemeja algo al de Asturias, pero es mas vistoso y rico, y aunque difiere bastante de una á otra comarca en este dilatado reino, puede describirse generalmente diciendo consiste en calzones flojos de pana azul con botones de plata, polaina alta de paño negro, por entre la que y el calzon deben verse los calzoncillos de bastante vuelo, llamados *cirolas;* chaleco de rizo encarnado y de forma asolapada, chaqueta de pana, ó especie de casaca con faldillas muy cortas de paño, botones de plata en la camisa, y finalmente montera de paño negro con vueltas de pana. Esta es de una forma elegante, y recuerda los antiguos yelmos de los paladines; su orígen se remonta al tiempo de los suevos, antiguos dominadores de este pais. Las mugeres llevan una ó mas sayas de bastante vuelo, un delantal de paño llamado *mantelo*, cotilla de seda ó terciopelo, dengue de grana con terciopelo negro alrededor, llamado *capotillo*, cofia de encage en la cabeza, y collar y arracadas de oro. En muchos parages se ha sustituido en estos últimos años á la graciosa cofia, el desairado pañuelo que las gallegas atan á la verdad con poca gracia á la cabeza. El cabello suelen llevarlo en dos trenzas unidas por medio de un lazo. Las habitantes del territorio llamado *Rias de Abajo*, ó sea *Rianjueras*, se distinguen entre todas las paisanas de Galicia, por su lujo y gracia en

el vestir. Llevan en vez del dengue de grana un jubon ajustado de pana ó terciopelo, un pañuelo pequeño de seda al cuello, collar y pendientes de



Gallegos.

oro; en la cabeza un pañuelo blanco bordado, y por fin, zapatos de pana. Entre las aldeanas, es bastante comun el andar descalzas como las escocesas, menos por pobreza que por costumbre.

En Galicia vuelven á encontrarse como en Asturias las romerías, los mercados, las *filazones* ó *seranes* en que se reunen por las noches los jóvenes de ambos sexos, la alegre gaita pastoril, y las leyendas de brujas y encantamentos. Sin embargo, aquí no hay *xanas* ni *huestes*, y la grave *danza prima* de los asturos es sustituida por la alegre *muñeira* y *contrapaso*, gracioso y animado baile del que no puede formarse idea por el grosero y bárbaro que con el nombre de *gallegada* suele verse algunas veces en los teatros de la



VISTA DE LA CATEDRAL DE PALENCIA.

córte. La creencia *do pájaro da morte*, especie de ave negra, fiera y de mirar terrible, que anuncia la muerte de un enfermo, es esclusiva de este pais.

Galicia figuró siempre como una de las primeras provincias de la Península española, y tiene copiosas glorias que recordar. Recorreremos brevemente su historia.

El erudito San Isidoro atribuye en sus Etimologías, la poblacion de Galicia á *Teucro*, que en tiempo de la guerra de Troya, y despues de muerto su hermano *Ayax*, no permitiéndole su padre *Telamon* tornar solo á su patria, emprendió grandes peregrinaciones seguido de muchos compañeros, y llegó por mar á estas remotas playas, á las que dió el nombre griego de *Gallæcia*, (que con lijerísima adulteracion se convirtió en el actual) y que segun varios etimologistas, se deriva de *gallagalactos*, interpretado *leche*, aludiendo á la vida pastoral que tenian sus habitantes. Otros lo atribuyen al idioma greco-scitio significando *blancura*, por el color general de aquellos. Aunque no puede negarse segun los mas antiguos y afamados escritores, y las mas acreditadas tradiciones, que los griegos establecieron varias colonias en Galicia, no admite duda que la mayor parte de esta provincia fué poblada por los *galo-celtas*. Segun Estrabon, Plinio y Tolomeo, los *galleci, gallaice* ó *galaicos*, ocupaban un estenso pais mas arriba de los lusitanos, entre el Duero y el mar, formando al parecer una confederacion de distintas tribus, entre las que sobresalian las de los *bracarios*, los *celerinos*, los *gravios*, los *limicos*, los *gaporos*, los *guerguerinos* y los *artabros* ó *arrotrebas*. Tolomeo los designa divididos en dos grandes porciones, los *galaicos-gracarios* que ocupan el pais del Sur en lo que hoy se llaman provincias de *entre Duero y Miño*, y *Tras dos montes* y los *galaicos-lucenses*, que vivian al Norte en la Galicia propia y llegaban hasta el pais de los *pesicos*, pueblos de los asturos. El pais de los galaicos era rico (segun los citados escritores) en minas de oro, plomo, cobre y minio; en especial el oro era tan abundante, que muchas veces el labrador rompia involuntariamente con la punta del arado, grandes pedazos. Segun una antigua tradicion habia hácia las fronteras de este pais, un monte sagrado, al que estaba prohibido tocar con el hierro. Solo cuando el rayo heria la tierra, dice el historiador Justino, lo que acontecia frecuentemente, era lícito recoger el oro que quedaba descubierto, y que se miraba como un presente de los dioses. Los romanos sacaban mucho oro de Galicia, no solo de los montes, sino tambien de las arenas de los rios, entre las que se encuentran aun hoy algunos granos de aquel precioso metal.

Los galaicos, eran como ya dijimos, en su mayor parte de estirpe gala, y tenian los mismos usos y costumbres que los demás pueblos de su

raza que ocupaban otros territorios de la Península, á la que vinieron desde las Galias cerca de 1600 años antes de J. C. Estrabon describe detenidamente los usos, costumbres y trages de los lusitanos (muy semejantes á los de los galos) las que dice son enteramente iguales á las de sus vecinos los galecios, asturos y cántabros, y todos los demás habitantes del Norte de Iberia, que no repetimos aqui por haberlo hecho ya al recorrer á Asturias, y asi nos referimos á lo dicho alli. De los galaicos ó galecios, que moraban en las riberas del Duero, refiere Estrabon que tenian por costumbre ungirse con aceite dos veces al dia, y que usaban estufas templadas con guijarros caldeados, se bañaban en agua fria, no hacian sino una sola comida frugal «y vivian al modo de los lacedemonios.» Esto demostraba el orígen griego de los hombres de estas comarcas, asi como los demás galaicos demostraban en todo una ascendencia gala: entre otros recuerdos, el nombre del rio Durio, hoy Duero, principal de su region, derivaba sin duda de la palabra bretona *dur*, que quiere decir *agua*. En el pais que ocupan los artabros estaba el promontorio *Céltico*, hoy cabo de Finisterre, el puerto de *Calle* á la desembocadura del *Durio* ó *Durius*, no lejos de donde hoy Oporto, cuyo nombre es galo-celta, pues quiere decir en esta lengua *bahia* ó *ensenada*. Tambien el de la tribu de los *gravii*, aunque algunos quieren sea corrupcion de la palabra *greii* (griegos) puede derivarse sin violencia de *graih*, peñasco en la lengua de los galos, que era sin duda la que se hablaba en Galicia antiguamente. En cuanto á *su religion*, aunque Estrabon asegura que los galaicos no tenian ninguna, sin duda porque no profesaban la suya, se presume era la de los druidas, traida por los galoceltas á estas regiones tan lejanas de su primera patria, de lo que es una prueba el *lucus* ó bosque sagrado, que tenian los *galaicos-caporos* (en donde está hoy la ciudad de Lugo), y en el que se reunian en los plenilunios á adorar con festines y danzas misteriosas á aquel dios *innominado* que no cabia por su grandeza en ningun templo fabricado por las manos de los hombres. Segun Plinio, el término de Luco, «comprendia además de los *celticos* y los *lebunos*, diez y seis pueblos poco conocidos y con nombres bárbaros que componian un total de 166,000 hombres libres,» y el de Bracara «que se componia de veinte y cuatro poblaciones, tenia 175,000.»

Los fenicios visitaron con sus naves las costas é islas de Galicia, y de las llamadas Casiterides, que algunos creen eran las de Bayona, sacaban aquellos comerciantes viageros multitud de estaño. No se empieza á leer en la historia el nombre de Galicia hasta la conquista que de parte de su territorio hizo Decio-Junio-Bruto con sus legiones el año 136 antes de J. C., con motivo de haberse sublevado los lusitanos despues de la muerte del célebre Viriato; los avasalló y sujetó y luego se apoderó de algunas comarcas

del pais de los galaicos que le opusieron la mas tenaz y heróica resistencia. En tanto que sitiaba á Bracara salieron los defensores acompañados de sus mugeres á acometer á los soldados romanos, que solo pudieron rechazarlos por su escesivo número; pero las *bracaras* se distinguieron tanto por sus hazañas en esta sangrienta batalla, que el mismo vencedor no pudo menos de apellidarlas heroinas. Por estas victorias sobre los galaicos bracarenses consiguió Decio-Junio-Bruto el glorioso renombre de *Galaico*. Rebelados de nuevo los lusitanos y vencidos por Julio César, huyeron muchos de aquellos á la Galicia propia. César los persiguió, pasó el Duero y no se detuvo hasta la orilla del mar, donde le dieron cuenta que los fugitivos se habian acogido á una isleta vecina, que se supone ser una de las de Bayona, en donde les dió muerte á todos. Desde alli con objeto de reconocer aquellas mares ignoradas, siguió con sus naves toda la costa de Galicia, dobló el promontorio Artabro y llegó al puerto Brigantino, (hoy Coruña) donde no habia fondeado nunca ningun bagel romano. Los galaicos de aquel parage, acostumbrados solamente á sus canoas de mimbres, revestidas de pieles, se llenaron del mayor asombro á la vista de las grandiosas galeras y *trirémes* romanas, cargadas de soldados, cuyas armas resplandecian á los rayos del sol, y sobrecogidos de un pasmo religioso, como los americanos á la vista de las carabelas de Cristóbal Colon y de Hernan Cortés, se entregaron sin resistencia á sus nuevos huéspedes. César, ufano con tan fácil triunfo, despachó sus naves á Cádiz y continuó su conquista, ó mas bien su paseo militar por tierra, quedando muchos de los galaicos lucenses sujetos á Roma, como añtes lo fueran los bracarenses. En la célebre guerra de Cantabria los galaicos tomaron una parte activa en auxilio de sus vecinos los cántabros y asturos, que vencidos por C. Antistio, enviado por Octaviano Augusto, se refugiaron en un monte de Galicia llamado *Medulio*, mirado entonces como inaccesible. Llegó en breve Antistio con sus legiones, y haciendo cercar el monte con un ancho y profundo foso que abarcaba cinco leguas, edificó torres de trecho en trecho, con lo que los cántabros, asturos y galaicos quedaron estrechamente sitiados. Prefiriendo entonces la muerte á la esclavitud, y siguiendo el heróico ejemplo de Sagunto y de Numancia, se atravesaron unos á otros con sus espadas, otros bebieron veneno sacado de las ramas del tejo que para semejante caso llevaban prevenido, y otros en fin, que cayeron en manos de los romanos, fueron puestos en cruz, desde cuyo suplicio entonaban canciones guerreras entre las agonías de la muerte. En celebridad de la conclusion de esta guerra, que fué el último esfuerzo que España hizo en defensa de su libertad, y en honor de Augusto, se edificaron en Galicia en las riberas del *Ulla* unas altas pirámides llamadas *Turris-Augusti*. Galicia entonces fué incorporada á la provincia Tar-

raconense, una de las tres en que Augusto dividió á España, y tuvo los tres conventos jurídicos ó chancillerías de Asturias, Bracara y Luco.

En tiempo del emperador Adriano, se hizo una nueva division de España en seis provincias, de las que una era *Galecia*, que comprendia entre sus límites no solo lo que hoy llamamos *Galicia*, sino el reino de Leon, parte de Castilla la Vieja y parte de Asturias. El célebre emperador español Trajano que tantas obras magníficas y de utilidad dejó en España, como recuerdo de su glorioso reinado, miró á lo que parece con predileccion este hermoso pais de Galicia, que hizo cruzar de varias vias militares.

El año 411 es muy señalado en las historias españolas por la irrupcion que á la manera de un torrente desolador, verificaron las naciones bárbaras del Norte. La Galicia fué entonces ocupada por los *suevos* y *vándalos;* los primeros, tenian por rey ó caudillo á *Hermenérico*, y los segundos á *Gundérico*. Guerrearon furiosamente sobre la posesion de tan rico territorio ambos pueblos, llevando lo peor los suevos; mas volviendo estos á acometer á sus contrarios apenas rehechos de la derrota, convinieron antes de comenzar la batalla en remitir la decision de sus pretensiones al éxito de un combate singular. Eligiéronse en el instante dos campeones, y el que representaba á los suevos quedó vencedor dando muerte á su contrario. Los vándalos fieles á su compromiso, abandonaron inmediatamente á Galicia y se dirigieron á la Bética; pero en cambio fueron á ocupar el pais gallego los restos de la division de los alanos que ocupaban la Lusitania, derrotados por los godos; y aqui se confundieron con los suevos. Estos fueron los verdaderos fundadores del reino de Galicia, que duró 174 años.

En el reinado de Rechiario, abrazaron los suevos la religion católica, pero la abandonaron al poco tiempo profesando el arrianismo.

En 456 Rechiario, que habia hecho una invasion en la provincia Tarraconense, fué derrotado por Teodorico, rey de los godos, en la ribera del Orbigo. Refugióse el rey de Galicia á Braga su capital, pero cayó en manos del vencedor, que le hizo quitar la vida. Teodorico nombró entonces por gobernador de Galicia á *Achiluljo:* al mismo tiempo las costas de Galicia fueron devastadas por piratas *herulos* hácia la comarca de Mondoñedo, pero fueron rechazados por los gallegos. Varios suevos que escaparon de las derrotas de Orbigo y Braga, se retiraron entre Lugo y *Brigancio*, y eligieron por rey á *Maldrás* hijo de *Masilia*, pero quedaron por feudatarios de los godos. Una parte de los suevos rehusaron reconocer por rey á Maldrás y proclamaron á *Frostan*. Ambos reyes guerrearon entre sí, y Frostan murió en un combate. En tiempo de Teodomiro abrazaron de nuevo el catolicismo los suevos. Reinando Evorico, Andeca se rebeló contra él, le hizo cortar el cabello, ceremonia que en aquel tiempo inhabilitaba para reinar, y le en-

cerró en un monasterio. Acudiendo Leovigildo rey de los godos en defensa (al parecer) de Evorico, sitió á Braga residencia de Andeca, y apoderándose de la ciudad hizo sufrir al usurpador la misma suerte que este impusiera á Evorico, pues lo encerró en un monasterio de Badajoz despues de raparle la cabeza, en 586. Destruido de este modo el reino de los suevos quedó desde entonces la Galicia formando parte de la monarquía goda.

Por los años de 696 el rey Egica asoció en el trono á su hijo Witiza encargándole el gobierno de Galicia. Witiza fijó su córte en Tuy, y allí permaneció cinco años hasta la muerte de su padre, que se restituyó á Toledo á últimos de 701.

Los sarracenos se apoderaron de la mayor parte de Galicia en 715 é incendiaron á Astorga. Cuando el alzamiento de Pelayo en Asturias, acudieron á participar de la santa empresa de libertar la patria, considerable número de gallegos que desde entonces fueron vasallos de los reyes de Asturias, tomando una parte muy activa en todas sus conquistas. El año de 742 se apoderó Alfonso I el Católico, rey de Asturias, de una gran parte de la tierra de Galicia, que yacia avasallada por los moros; entre otras fueron por él restauradas las ciudades de Astorga, Lugo, Orense, Tuy, Oporto y Braga. Formóse entonces el hermoso *condado* de Galicia, feudatario de los reyes asturianos, que nombraban los gobernadores ó *condes*, y los que vinieron á sobresalir y encumbrarse hasta el nivel del mismo rey de Oviedo, como caudillos de un pueblo tan numeroso y guerrero.

En Galicia alcanzó el rey Fruela una señalada victoria en el lugar de *Pontumio* contra los moros, á los que segun el cronicon de Sebastian, obispo de Salamanca, mató cincuenta y cuatro mil hombres. Contra este rey se rebelaron los gallegos en 761, pero los avasalló por la fuerza de las armas. Una nueva sublevacion tuvo lugar en Galicia en el reinado de Silo, pero tambien fué reprimida con la derrota de los rebeldes que se acogieran á las asperezas del *Cebrero*. En *Samanos*, hoy Samos, monasterio de Galicia, se educó y crió el rey don Alfonso II, llamado el Casto, y en su reinado se descubrió en Galicia, cerca de Padron, el sepulcro de Santiago. A este buen monarca debe Galicia la construccion de un camino que conducia al nuevo templo del Apóstol, el cual por ser frecuentado por muchos peregrinos franceses, recibió despues el nombre de *camino frances*. El mismo Alfonso el Casto fundó en el monte Cebrero un hospital, que despues fué monasterio para hospedar á los peregrinos. El año de 822, segun Huerta, cronista de Galicia, fué proclamado por rey en este pais don Ramiro, hijo de Bermudo I, y con anuencia de Alfonso el Casto, tuvo el gobierno del mismo hasta 843, en que muerto el Casto, le sucedió Ramiro en todos sus dominios. Desde entonces, segun el mismo Huerta, el título de *rey de Ga-*

licia fué el de los primogénitos ó herederos de la corona, asi como se llaman ahora príncipes de Asturias. Durante el reinado de Ramiro, las costas de Galicia sufrieron distintos ataques por los piratas normandos, pero fueron derrotados por aquel, y obligados á reembarcarse. A la muerte de Ordoño I subió al trono su hijo Alfonso III, llamado el Magno. Fruela, hijo del rey don Bermudo, que era á la sazon conde de Galicia, apoyado por los próceres de este pais, logró desposeer al nuevo monarca, y establecerse como tal en el real palacio de Oviedo, pero los habitantes de esta ciudad le quitaron la vida al poco tiempo dentro del citado edificio. Los historiadores árabes de aquella época calificaban al pueblo de Galicia por el mas belicoso y bárbaro de toda la cristiandad, y nos instruyen no pasaba dia sin que esta tierra fuese teatro de sangrientos y porfiados combates con los fieles muslimes. A los reyes de Asturias, llamaban siempre los árabes reyes de Galicia, nombre que estendian á todo el territorio comprendido en la Galicia propia, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, y parte de Navarra; en fin, desde el Miño hasta los Pirineos, era para los árabes tierra de *Djalikiah* (Galicia). Tambien el papa Juan VIII llama á Alfonso III en un breve, rey cristianísimo de las Galicias. Durante su reinado tuvieron lugar varias rebeliones en Galicia; la principal era acaudillada por un magnate llamado *Witiza*, que aunque logró prolongarla por algunos años, hubo de sucumbir al poder y al castigo de Alfonso. Igual suerte sufrió otro rebelde llamado *Sarracino*, que sucedió al primero. En 913, Ordoño, hijo de Alfonso el Magno, conde de Galicia, heredó el trono por muerte de su hermano don García, y habiendo fijado la córte en Leon, tomó el título de *rey de Leon*, comprendiéndose desde entonces Galicia en el reino de aquel nombre. Sancho I el *Gordo*, sofocó tambien una rebelion en este pais indómito é independiente, y que pugnaba siempre por libertarse del dominio asturiano ó leonés. Los corifeos eran entonces los próceres *Rodrigo Velazquez*, *Gonzalo Sanchez* y *Sisenando*, obispo de Compostela, los cuales intentaban alzar por rey á un hijo de Ordoño III, llamado *Bermudo*, el que por fin alcanzó la corona, por los esfuerzos de los condes gallegos, y fué el segundo de su nombre. Reñidas guerras civiles tuvieron lugar entre Leon y Galicia, y luego este último reino fué trabajado por las armas del célebre Almanzor, que llegó hasta Santiago, y saqueó el templo del Apóstol. Al morir en 1067 Fernando I, apellidado el *Magno*, rey de Leon y Castilla, dejó la Galicia y el Portugal á su tercer hijo García, con el título de *rey de Galicia*, el que se hizo aborrecible á sus vasallos por sus tiranías aconsejadas por un valido llamado *Vernula*, el cual fué muerto por los próceres gallegos casi en brazos del rey; éste cayó á poco en poder de su hermano Sancho II, rey de Castilla, y fué encerrado en el castillo de Luna, donde murió. Desde esta

época, Galicia no volvió á separarse de la corona de Castilla y Leon, figurando siempre como una de las provincias mas interesantes de la Península. Sin ser de este lugar el hacer una historia detallada de todos los sucesos acaecidos en este noble pais, deberemos mencionar las guerras que tuvieron lugar en el desastroso reinado de la tristemente célebre reina doña Urraca, condesa que habia sido de Galicia, y que fué sostenida por los gallegos, contra las pretensiones de su segundo esposo Alfonso el Batallador, rey de Aragon, hasta que en 1116 el obispo de Santiago don Diego Gelmirez, disgustado de la inconstancia y liviandad de la reina, hizo proclamar por rey á su hijo *Alfonsito Raimindez* (1), nacido en Galicia, y que en la mayor edad se llamó Alfonso VII el Emperador. En nuestros dias tambien se distinguieron los gallegos en la gloriosa guerra de la Independencia, secundando el grito dado por los asturianos, no de otro modo que en los tiempos de Pelayo. La Coruña fué la primera poblacion que se sublevó contra los invasores el dia de San Fernando de 1808, é hizo reunir una junta ***suprema y soberana***, compuesta de los siete diputados de las siete ciudades gallegas de voto en córtes, la que formó inmediatamente ejércitos numerosos que humillaron repetidas veces á las altivas águilas de Napoleon.

En el dia el reino de Galicia forma una audiencia territorial y una capitanía general que llevan su nombre, y está dividido en las cuatro provincias de la *Coruña*, *Lugo*, *Orense* y *Pontevedra*. Tiene el arzobispado de *Santiago*, y los cuatro obispados de *Tuy*, *Orense*, *Lugo* y *Mondoñedo*; nueve ciudades, La *Coruña*, *Betanzos*, *Santiago*, *Lugo*, *Orense*, *Tuy*, *Mondoñedo*, *Vigo* y *Pontevedra*, muchas villas y lugares, cuarenta y siete partidos judiciales, 3,683 parroquias, y habia antes de la estincion de los regulares, setenta y cuatro conventos de religiosos y veinte y cinco de monjas.

CAPITULO XXXV.

Privilegio de los condes de Rivadeo.—Cómo aman las mugeres.

Salimos de Luanco una mañana del mes de setiembre, con tiempo frio y desapacible, en compañía del jóven Caunedo, quien cediendo á nuestras instancias, consintió en acompañarnos al antiguo reino de Galicia. El ca-

(1) Asi le nombran las crónicas por ser niño á la sazon.

mino que seguimos fué el llamado de la costa, que como en otro lugar indicamos, atraviesa por Luarca, Navia y Castropol. Esta última poblacion es una bonita villa situada en el confin de Asturias, junto á la ria de Rivadeo, que es preciso atravesar para entrar en territorio gallego, y en el pueblo del mismo nombre. Rivadeo, donde nos detuvimos, es puerto de mar bastante capaz para fragatas de veinte y treinta cañones, y cabeza del partido judicial de su nombre, con treinta y tres feligresías y 2,789 habitantes. Goza de un clima saludable y de una campiña deliciosa, y tiene una iglesia parroquial con el título de colegiata. Su orígen es remoto, y conserva restos de un astillero para la construccion de buques, que se supone existia aun en 1628. En lo antiguo estuvo murada con dos castillos para su defensa. Su nombre indica su situacion á orillas del Eo, cuyo rio nace en el valle de Pedroso, no lejos de Lugo, y despues de haber corrido cinco leguas hácia el Norte empieza en el lugar de Conforto á servir de línea divisoria entre Asturias y Galicia por espacio de tres leguas y media.

Rivadeo es desde largos tiempos cabeza de un condado que poseyó la familia de Villandrado, y hoy está unido á la casa de los duques de Hijar. Los condes de Rivadeo tenian y conservan el singular privilegio de comer con el rey el dia de los Reyes, siempre que lo hace en público, y recibir luego el vestido completo que usa en semejante dia. Al hablarnos de esta circunstancia Caunedo, todos tres recordamos naturalmente haber visto cien veces en Madrid la ceremonia de la traslacion del trage, que se hace en un coche de etiqueta escoltado por alabarderos ahora, y antes por guardias de corps, en el que va dentro un gefe de palacio que lo presenta en una bandeja de plata al duque de Hijar como conde de Rivadeo.

—Bien podian esplicarme vds. que todo lo saben, dijo Mauricio con cierta sonrisa maligna, el orígen de este privilegio.

—Yo no sé mas, le contesté, sino que data del reinado de don Juan II, y que se concedió en recompensa de particulares servicios; pero jamás oí hablar de cuál fuese la naturaleza de estos servicios.

—Pues hazte cuenta, replicó mi amigo, que nos hemos quedado como estábamos. Que por algo se concederia el privilegio, es cosa que no tiene duda; mas no es esto lo que yo queria saber, sino el género de esos servicios que produjeron tan desusada merced.

—Bien comprendí yo desde luego tu pregunta, le dije, pero está la dificultad en que no puedo contestarla de otro modo que lo he hecho, porque el privilegio no da luz sobre esta materia.

—Yo sé algo mas, interrumpió Caunedo; sé todo lo que Mauricio desea; pero la verdad, no lo tengo por cierto porque no lo veo confirmado en ninguna crónica ni documento de la época.

—Eso nada importa, dijo Mauricio; cuéntenos vd. lo que sepa, que verdadero ó fabuloso para nosotros es lo mismo. Todo se reduce á admitirlo con la natural reserva y desconfianza.

—Siendo asi, allá va mi relato sin garantía de ninguna especie, respondió Caunedo, y dió principio de este modo:

«Cuentan que uno de los antiguos monarcas de Castilla fué cierto dia convidado á un banquete por uno de sus próceres, hombre turbulento, ambicioso y feroz, que tenia dispuesto nada menos que darle muerte en union de otros conjurados para sus fines particulares. Si supiéramos el reinado en que esto aconteció seria fácil adivinar á qué parcialidad pertenecia el prócer traidor, y quizás pudiéramos descubrir su nombre; pero nada de esto ha llegado á mi noticia, y hé aqui por qué desconfio de la exactitud. Sea de ello lo que quiera, es el caso que un jóven de la familia de Villandrado, page á la sazon del rey, oyó por casualidad algunas palabras que le descubrieron el terrible proyecto tramado contra la vida de su señor, y resolvió salvársela aun á costa de la suya propia. Dirigióse con presteza al salon del festin, cuando se hallaban en medio de la comida, y presentándose al rey le manifestó que tenia que hablarle en el acto de un asunto de la mas alta importancia, suplicándole que pasase para escucharle á una cámara vecina por ser cosa en estremo reservada. Accedió el rey al punto, pues tenia gran confianza en su page, y los conjurados se miraron unos á otros temerosos de haber sido descubiertos; mas luego reflexionaron que este incidente podia ser casual, y como por otra parte la estancia en que habian entrado el monarca y Villandrado, no tenia mas salida que el comedor donde se hallaban, resolvieron que ella les sirviese para consumar su depravado intento. Al efecto colocaron varios hombres de armas á lo largo de una galeria poco alumbrada, que conducia á la habitacion referida, y les dieron órden de no permitir el paso mas que al page, y de ninguna manera al rey á quien debian de dar muerte si intentaba forzarlo. Villandrado, entretanto, rogaba á su amo que cambiase con él de trage, y se pusiese en salvo inmediatamente, en lo que consintió el rey, creyendo tal vez que no corria riesgo su leal servidor. Disfrazado, pues, con los sencillos vestidos de éste, pudo escapar del recinto de aquel peligroso palacio, y al punto dispuso que fuesen sus gentes á apoderarse de los culpables, y á libertar á su page; pero los primeros habian escapado temerosos del peligro, y el segundo estaba muerto á puñaladas, sin duda por los mismos conjurados que quisieron tomar esta venganza. El rey entonces furioso por el atentado contra su persona, y por la muerte de su libertador, hizo pregonar que daria grandes recompensas y haria muchas mercedes al que le entregase muerto ó vivo al magnate traidor, y dispuso que para perpetuar la

memoria de aquel hecho, todos los dias de Reyes, aniversario del suceso, se entregase al poseedor de la casa de Villandrado el vestido que él y sus sucesores usaran en tal dia, convidándolo además á comer á la mesa real. He aquí lo que sé del orígen de la ceremonia que nos ocupa.»

—Y por cierto, le dije, que no me parece inverosímil.

—Si es un cuento, añadió mi amigo, preciso es convenir en que está bien forjado.

—Yo por cuento lo tengo, replicó Caunedo, en el hecho mismo de no hallarse un suceso de tanto bulto mencionado en ninguna parte.

—Pues pase por cuento, y hablemos de otra cosa: me ha dicho el patron de la casa donde estamos de posada, que la pesca es de mucha importancia en este pueblo, y que la de la sardina se calcula en mas de mil millares anualmente.

—Y no ha exagerado nada, contestó Caunedo, porque á mí me consta que algunos años ha pasado de mil y doscientos.

Habia tenido lugar este diálogo mientras recorríamos la poblacion en todas direcciones, y al llegar de retirada á nuestro alojamiento, porque era ya de noche, salia de él un caballero de edad, que segun de su boca supimos, era un comerciante para quien llevábamos carta de recomendacion y crédito, y que no encontramos en su casa cuando fuimos á presentársela. Despues de cambiar los cumplimientos de estilo, don Tadeo, que asi se llamaba el comerciante, nos dijo que no solo iba á visitarnos para cumplir este deber, sino tambien á invitarnos para que asistiésemos á un pequeño sarao (en los pueblos de Galicia no se llaman todavía *soirées*) que daba en celebridad del natalicio de su esposa. Inútil es decir que aceptamos con el mayor gusto; cuando se va de viage todo se acepta, y ademas, ninguno de los tres nos hallamos todavía en edad de repugnar los saraos aunque sean en la mas miserable aldea, no ya en Rivadeo, donde dicho sea de paso, quedamos sorprendidos de la finura, amabilidad y buen tono del no muy crecido número de circunstantes que formaban la reunion de don Tadeo, cualidades que despues vimos son comunes en Galicia en las personas de cierta clase.

Ya hacia una hora que estábamos en casa del comerciante, y habria Mauricio bailado con cinco muchachas de las mas guapas, á lo menos, cuando un rumor general nos anunció alguna novedad; era que la señorita de la casa se ponia al piano, y la oimos cantar con hermosísima voz y escelente gusto, la plegaria de la *Norma;* de esa ópera de Bellini tan popular en España, que forma por sí sola las tres cuartas partes del repertorio de nuestras filarmónicas de provincia. A cada nota que salia de la linda boca de la jóven, Mauricio, que estaba agarrado de mi brazo, lo apretaba con

mas fuerza esclamando por lo bajo: «¡Magnífico!... ¡Bravo!... ¡Sublime!...» y otras cosas por el estilo. No necesito decir, pues los lectores ya conocen el temple de mi amigo, que al acabar el ária estaba perdido de amor por Matilde, asi se llamaba la jóven.

—¿Conoce vd. á esa señorita? dijo á Caunedo, que vino á reunirse con nosotros.

—Mucho; ¿por qué esa pregunta?

—Porque quiero que me refiera vd. todo lo que sepa de su vida. Me he enamorado de ella como un tonto.

—Amor de viage, ¿no es verdad?

—¡Amor verdadero!... ¡Eterno!... ¡Invariable!...

—No haga vd. caso á este, interrumpí yo, porque tiene la gracia de figurarse que ama á todas las mugeres que vé.

—¡Oh! no lo crea vd., esclamó Mauricio con tono sentimental. Matilde me ha interesado cual ninguna.

—Si es verdad lo siento mucho, dijo Caunedo, porque Matilde no vale mas que otras.

—¿Es vd. de los que opinan que no hay muger buena, que todas son coquetas, inconstantes, ingratas?... Permítame vd. que le diga, siendo asi, que eso es una vulgaridad.

—Convengo que lo será, pero vd. sabe que el vulgo acierta casi siempre. Yo admito la bondad en las mugeres, pero la admito como escepcion no como regla; y soy tan imparcial, que opino lo mismo de los hombres.

—Me basta la escepcion por ahora, porque estoy persuadido de que no negará vd. á Matilde un lugar entre las esceptuadas. Su cara angelical, sus ojos llenos de bondad y de espresion, su voz dulce y armoniosa, su sonrisa encantadora, ¿no dicen bastante lo que vale su corazon? ¡Oh! es imposible que bajo tan celestial esterior se abrigue la perfidia.

—Voy á referir á vd. una anécdota que viene muy á cuento, dijo con mucha calma Caunedo, y despues seguiremos la discusion (1).

En un pueblo de esta provincia, cuyo nombre no hace al caso, vivia no ha muchos años una jóven bella como una vírgen, perteneciente á una de las familias mas distinguidas del pais: su padre, antiguo general, era ademas un mayorazgo rico, y estaba emparentado con la mayor parte de la grandeza, lo cual, debo advertir que en Galicia es muy comun, por la circunstancia de que un gran número de nuestros títulos de primer órden son

(1) El suceso que vamos á narrar es verdadero; solo están variados los nombres y las calidades de los personages.

oriundos y tienen sus estados en este reino. Un jóven huérfano del mismo pueblo se enamoró perdidamente de la hija del general y fué de ella correspondido; mas el amante tenia por única herencia de sus padres un nombre puro y sin mancha, y un noble escudo de armas cuyo orígen se remontaba nada menos que á la conquista de Sevilla en tiempo de San Fernando, y esto no era bastante para obtener la mano de su amada, porque el padre, un tanto montado á la moderna, sin desechar los pergaminos queria que fuesen acompañados de bienes de fortuna. Un dia fué á ver el mancebo á su novia lleno de gozo, y le participó que habian desaparecido todos los obstáculos que se oponian á su union. «Acabo de recibir, la dijo, una carta en que me notician la muerte de mi tio, rico comerciante de Méjico, que me deja por único heredero; voy á marchar inmediatamente á tomar posesion de los bienes, y á mi vuelta se efectuará nuestro enlace.» Dejo á la consideracion de vds. la alegría de ambos jóvenes, acibarada solo por la idea de una ausencia; pero esta era indispensable, y ademas, iba á ser la última. Unos cuantos meses de sufrimiento, y luego la felicidad para toda la vida. La despedida fué tierna y apasionada cual correspondia; hubo juramentos y protestas de amor eterno por una y otra parte; lágrimas, suspiros y hasta desmayos de la niña, y en fin, cuanto en tales casos es de rigor entre dos personas que se aman tiernamente; pero el enamorado galan hizo un esfuerzo casi sobrehumano para arrancarse de los brazos de su querida, y se embarcó para el Nuevo Mundo. Feliz fué la navegacion en los principios; mas levantándose despues un recio temporal arrastró al buque á mares lejanos y desconocidos donde permaneció por espacio de mucho tiempo. Antes de recobrar el rumbo llegó al tristísimo estremo de acabarse de todo punto los víveres. Prolongaron algunos dias su miserable existencia aquellos desgraciados, comiendo ratones, correas y hasta los zapatos; mas al fin fué preciso acudir al horrible recurso de sortear uno que sirviese de alimento á los demas. Escribió el capitan con mano trémula el nombre de todos los que componian la tripulacion del buque y de los pasageros, en pequeñas papeletas que cuidadosamente dobladas fueron puestas dentro de un sombrero, y en otro igual número de papeletas en blanco, escepto una en que estaba escrita la palabra *muerte*. El capitan sacaba las papeletas del primer sombrero, leia en alta voz el nombre que contenian y el designado sacaba temblando una del segundo, y no revivia, digámoslo asi, hasta que oia la voz del capitan decir *blanca*. Por último, á nuestro jóven le tocó la fatal papeleta que decia *muerte*, y uno de los mas feroces y hambrientos marineros se adelantó á él con un hacha en la mano para descuartizarlo. Pidió el desgraciado que nadie le tocase, que él mismo se daria la muerte, pero que antes queria escribir á su amada. Se le concedió esta gracia, y

sentado en la cámara del capitan se rasgó con el cortaplumas una vena y esperó tranquilo el fin de su vida. En tanto que corria la sangre puso á su novia el último adios, diciéndole que las agonías de la muerte eran dulcificadas por su memoria; que moria contento porque moria por ella, y que su nombre sería la última palabra que pronunciára, con otras cosas por el estilo propias de su angustioso trance. Ademas hizo una declaracion delante de los pasageros y del capitan, que todos firmaron como testigos, dejando por heredera de los bienes de que iba á tomar posesion en Méjico, á su futura esposa, caso que el buque se salvara y pudiera hacer valer su derecho; dió al capitan estos papeles y una sortija que habia heredado de su madre, con encargo especialísimo de entregarlo todo á la jóven, si Dios le permitia volver á España, y murió encomendando su alma á la clemencia divina. Todavía alentaba el desdichado mancebo, cuando se descubrió un buque inglés á quien pidieron socorro, y lo obtuvieron como era justo con la mayor generosidad y largueza, de modo, que muy pocos meses despues de la catástrofe, los hambrientos se hallaban de regreso en su patria donde referian lo ocurrido, lamentando el sacrificio de la víctima, que para que fuese mas horrible llegó á ser innecesario. El capitan, fiel á su promesa, fué á entregar la sortija y los papeles á la hija del general...

—Que sin duda cayó muerta á sus pies al recibirlos, interrumpió Mauricio con singular viveza ¿no es verdad?...

—No señor, repuso Cannedo con la misma calma. Vive todavía, y lo que es mas aun, canta. La jóven prometida del infeliz cuyo desastroso fin acabo de referir, es Matilde, y esa sortija que tiene puesta, y habrá vd. reparado cuanto tocaba el piano, es la que le envió su amante. Debo añadir una circunstancia, y es, que si hoy posee bienes de fortuna y se halla en estado de brillar en la sociedad, lo debe á la herencia de Méjico, porque su padre al morir, pues don Tadeo no es mas que tio suyo, la dejó casi arruinada y llena de trampas, circunstancia que esplica tal vez su deseo de tener un yerno rico. ¿Qué me dice vd. ahora?... ¿Consideramos á Matilde como regla ó como escepcion?

Mauricio por toda respuesta, se volvió á mí, y con aire brusco, y voz conmovida me dijo: «Vámonos á casa.»

CAPITULO XXXVI.

Mondoñedo.—El mariscal Pardo de Cela.

Desde Rivadeo nos dirigimos á Mondoñedo pasando por el valle de Lorenzana, que goza de un clima benigno, y comprende las feligresías de San Adriano, Santo Tomé, Val-de-Flores, ó Villanueva y Santa María. En este valle está el solar de la antigua y nobilísima familia de Osorio, de quien decia el historiador Sandoval el siglo XVII para encarecer su linage lo siguiente: «Baste saber que hace mas de ochocientos años, segun está averiguado por documentos, que los Osorios eran condes y duques, y de tan alta sangre, que los reyes casaban con sus hijas, y ellos con hijas de reyes, cuya grandeza continuó sin interrupcion hasta nuestros dias.»

El primer progenitor de este linage, segun los mas eruditos genealogistas é historiadores, fué un tal Dionisio Osorio, hijo del rey ostrogodo Teodorico, que fué regente de España durante la minoría de su nieto Amalarico. Consta que vivia en 513, y que poseia grandes feudos en Galicia, y lo que se llamó despues Leon y Castilla, y que tenia diez mil vasallos. Sus descendientes se retiraron á Galicia cuando la irrupcion de los moros, y alli hicieron asiento, fundando el solar que aun permanece en esta tierra de Lorenzana. Desde dicha época el apellido de Osorio se lee con frecuencia en todas nuestras crónicas, pues con él se distinguieron muchos *alféreces mayores* y *mayordomos* de los reyes, ricos hombres y próceres. Hoy el pariente mayor de esta familia es el conde de Altamira.

La ciudad de Mondoñedo dista legua y media de Lorenzana, y está situada á la falda del monte de la Infiesta, y rodeada de otros bastante elevados. Tiene 7,600 habitantes, y goza de un clima muy saludable. La forma de la poblacion es en anfiteatro, las casas casi todas de dos pisos, son buenas en general, y las calles limpias y empedradas. Antes de la division territorial hecha en 1833 era capital de una provincia de su nombre; hoy solo es cabeza de partido judicial y sede episcopal sufragánea de la de Santiago. El edificio mas notable es la catedral, que fundada en remotos siglos, y trasladada á varios puntos, se fijó definitivamente en esta ciudad por disposicion de la reina doña Urraca en 1114; la fábrica actual no se empezó, sin embargo, hasta 1636, y se concluyó en 1640. Su figura es de cruz latina; tiene 280 palmos de longitud, 148 de latitud y 68 de altura hasta

la bóveda de la nave media, y 14 mas hasta el techo. Es de piedra sillería, y de órden corintio, lo mismo interior que esteriormente. Lo que entre todo nos pareció mas digno de consideracion fué la sacristía principal, por su nave, modelo de arquitectura, y por la calajería, pinturas, alhajas y ornamentos ricos que encierra.

El palacio episcopal, bastante cómodo y espacioso, está inmediato á la catedral, y tiene comunicacion con ella por el cláustro. El seminario es un magnífico edificio, que estaba en el siglo XVI situado en la plaza, y se trasladó en 1770 al lugar que hoy ocupa en las *huertas del Torrillon*. Este seminario era casi una universidad, y Cárlos III dispuso que los discípulos esternos fuesen incorporables para todas las carreras en las universidades del reino. En el dia concurren á él sobre 200 niños.

La casa de ayuntamiento situada en un ángulo de la plaza es espaciosa y de buena construcccion A su entrada se lee la siguiente cuarteta:

Aqui dentro no ha lugar
Pasion temor ó interés;
Solo el bien público es
Lo que aqui se ha de mirar.
1584.

Tiene Mondoñedo ademas un buen cuartel, un hospital, casa de espósitos, un teatro, una cárcel y un paseo con regular arboleda en el campo de los Remedios. La historia civil de esta ciudad es bastante descarnada; no asi la eclesiástica de la que abundan los datos y noticias. Su orígen desconocido sube á remotos siglos, y parece que su primitivo nombre fué *Ontonia*. En tiempo de los reyes godos se trasladó á *Britonia*, hoy Santa María de *Bretoña*, á dos leguas de Mondoñedo (1), la silla episcopal *Lambriense;* pero siendo acometida por los moros la ciudad de Britonia en 738, fué totalmente destruida. La misma suerte sufrió *Ontonia*, que opuso á los sarracenos una tenaz resistencia; pero habiéndolos arrojado de este territorio el belicoso rey Alfonso I el Católico, en 742, empezó, aunque lentamente, á renacer de sus escombros. Parece que volvió esta comarca poco despues al dominio de los moros, pero fué recobrada de nuevo por Alfonso III el Magno en 870. La arruinada sede de *Britonia*, habia sido des-

(1) Ademas de su iglesia parroquial de Santa María, que por sus nuevos arcos grandiosos y antiguas lápidas con inscripciones, manifiesta haber sido la primitiva catedral, conserva Britonia muchos vestigios de sus fortificaciones, y del palacio del obispo. Fué esta poblacion, que entonces se llamaba *Britonia* ó *Britania*, incendiada por los árabes.

membrada de una gran parte del territorio que tenia en Asturias, desde los tiempos de Alfonso el Casto, para formar el nuevo obispado de Oviedo; pero en el citado año de 870 vino huyendo de los moros á esta comarca, *Sabarico*, obispo del célebre monasterio de *Dumio*, junto á Braga, y fijó su silla á tres leguas de Mondoñedo, cerca del mar, en el lugar de San Martin, llamándose desde entonces la antigua sede de Britonia, con el nombre de *Dumiense*. Por este tiempo un conde ó gobernador de la ciudad que nos ocupa, llamado *Gomez Arias de Castro*, la hizo libre de pechos, sin duda con el objeto de aumentar el número *de sus pobladores*.

Permaneció la silla dumiense en San Martin hasta 1112, en cuyo tiempo por disposicion de la reina doña Urraca, se trasladó á Villamayor, del valle de Brea, ó sea *Mendumieto* ó *Mondumeto*, como dicen las escrituras de aquel tiempo. Estas repetidas traslaciones hicieron que los prelados de esta diócesis se intitulasen unas veces *dumienses* por el orígen, otras *valibriensis*, por el lugar en que tenian su catedral, otras *britonienses*, por la iglesia que sustituian, y finalmente *miudunienses*, por la nueva iglesia y ciudad que poblaron en tiempos mas posteriores, lo que causó bastante confusion en los anales eclesiásticos. En 1206 se trasladó la sede por órden del rey Fernando II á Rivadeo, aunque conservando la denominacion de *Mindoniense*, pero en 1233 regresó á Mondoñedo (1). El rey don Fernando IV el *Emplazado*, concedió en 1311 el señorio temporal de esta ciudad á sus obispos, los que lo conservaron hasta nuestros dias. En 1808 fueron sorprendidas y dispersadas en Mondoñedo las tropas españolas por las francesas que mandaba el general Mathieu. Esta ciudad eminentemente teocrática, no solo tuvo escelentes y benéficos prelados, sino que tambien produjo muchos ilustres eclesiásticos, entre otros don José Cayetano Luaces, obispo de Palencia, y fundador del hospicio de Valladolid, y don Antonio Rubiños del Monte, ilustrado canónigo magistral de Coria.

No queremos dejar á Mondoñedo sin hacer mérito del célebre mariscal Pardo de Cela, uno de los nobles mas poderosos de Galicia. Poseia muchas jurisdicciones y fortalezas, entre las que se contaban el castillo de Santa Cruz, del valle de Oro, castillo de Villa-Juan, casa de Villa Guisado, fortaleza de Sobrado de Aguiar, casa fuerte de la Barreira, casa de Santa María de Saavedra, castillo de Penadreda y otros muchos demolidos en tiempo de

---

(1) A instancias de la villa de Rivadeo, el obispo de Mondoñedo don Nuño II y su cabildo, se comprometieron por escritura en 1270 á poner en ella una colegiata, compuesta de un canónigo y cuatro racioneros, como se verificó y aun subsiste. Esto fué para conservar el recuerdo de haber permanecido en la citada villa la catedral y el obispo.

las comunidades. De jóven estuvo en el servicio de las armas, reinando Enrique IV, y en la época de los Reyes Católicos fué ascendido á la alta dignidad de mariscal.

Se casó con la sobrina del obispo de Mondoñedo don Pedro Enriquez; Isabel de Castro era su nombre; y este le dió como bienes dotales, la mayor parte de las rentas, señoríos y fortalezas que pertenecian á la mitra. Entre estas se contaba el castillo de la Frouseira. A la muerte de este obispo, el mariscal se negó á la devolucion de estos bienes, y confiado en el valimento y poder de que podia disponer, hizo resistencia á las repetidas demandas de los que por órden del obispo le hostigaban á que devolviese las pertenencias y los frutos de la mitra. Nada importaba el carácter sacerdotal de estos enviados, porque cogidos en sus estados, y por su gente, eran víctimas de severos castigos, y hasta de la muerte. El mariscal no tomó en cuenta los anatemas y bulas condenatorias que en el concepto de raptor de la iglesia espedia el pontífice contra su persona: solo queria la integridad de sus derechos, y únicamente combatia toda clase de invasion en sus estados. Hubo de por medio mandatos de los reyes y decisiones del tribunal superior promovidas por el entonces obispo de Mondoñedo don Fadrique de Guzman, que por evitar la saña de Pardo de Cela se habia retirado á la córte; pero el estado imponente de Mondoñedo y de Vivero, donde el mariscal ejercia ámplia jurisdiccion, hacia imposible toda resolucion enérgica. Entonces (1480) los Reyes Católicos deseosos de rebajar la preponderancia aristocrática, diputaron á don Fernando de Acuña para gobernador de Galicia, y al jurisconsulto García de Chinchilla para resolver sobre la situacion de Pardo de Cela. Congregaron junta del reino en la ciudad de Santiago, y decretaron la pena de muerte contra el mariscal y otros cómplices.

Pardo de Cela se reforzó altivo y sereno en el mencionado castillo de la Frouseira, y para la toma de esta fortaleza y prision del mariscal comisionaron al capitan francés Luis Mudarra, con la fuerza suficiente para ambos objetos. Algunos parciales de Pardo de Cela se entregaron por la desconfianza del éxito á los regios comisionados. La defensa del castillo de la Frouseira estaba preparada con decision é inteligencia: la toma de esta fortaleza ofrecia muchos peligros. Luis Mudarra prefirió el soborno á la táctica militar: logró corromper hasta veinte y un individuos de la confianza del mariscal, y en la noche del 7 de diciembre de 1483, cuando dormia Pardo de Cela, penetró el enemigo en la fortaleza, y se apoderó no solo de la persona del mariscal, sino de otros hidalgos, cómplices suyos.

Pardo de Cela fué conducido á la ciudad de Mondoñedo, y temerosos los régios comisionados de que sus parientes y confederados Pedro Bolaño

y Pedro Miranda replegasen sus fuerzas sobre la poblacion, ordenaron la decapitacion del mariscal, la que tuvo lugar en 17 de diciembre, pocos dias despues de su captura.

Su esposa doña Isabel de Castro, que á la sazon se hallaba en Valladolid, pidió á la reina Cotólica un rasgo de clemencia para Pardo de Cela, pero nada alcanzó. Posteriormente se le devolvieron los bienes confiscados, con escepcion de los pertenecientes á la mitra, y fueron declarados perjuros, y en lo sucesivo inhábiles ellos y sus sucesores por algunas generaciones, para ser testigos en cualquiera informacion. El castillo de la Frouseira fué completamente demolido á la muerte de Pardo de Cela: solo en la cárcel de Mondoñedo se conserva una enorme cadena de hierro que en él habia, y á la cual se le llama desde entonces *la Mariscala*.

CAPITULO XXXVII.

Vivero.—Leyenda de Alvar y Munia.—El Ferrol.

Con objeto de recorrer en parte la pintoresca costa de Galicia, de que tan bellas y repetidas descripciones se nos habian hecho, retrocedimos algun tanto desde Mondoñedo, para visitar la villa de *Vivero*, tan renombrada por sus lienzos, de que en Madrid se hace gran consumo.

Está Vivero construido sobre peñascos á la falda del monte *Chamorro*, y á la orilla de la ria de su nombre, llamada en otros tiempos *Arrotreva*, y que está formada por el rio *Landrove*, que despues de nacer en el monte del *Histral*, y atravesar un espacio de cuatro leguas, entra en el mar en este puerto. Este rio que tambien tiene hoy el nombre de *Vivero*, riega muchos maizales, da impulso á varios molinos, y produce abundante pesca. Le cruzan algunos puentes, de los que hay uno bastante suntuoso en la villa que en este momento es objeto de nuestros recuerdos. Segun Huerta, historiador de Galicia, y Rodrigo Mendez Silva (en su poblacion de España) es Vivero villa muy antigua, conserva vestigios del tiempo de la dominacion romana, y fué trasladada al sitio que hoy ocupa por el rey don Pelayo, el que la concedió grandes franquicias y privilegios por los especiales servicios que sus moradores le prestáran contra los moros. Si se ha de dar crédito á dichos historiadores, el sitio antiguo de esta poblacion, era en el mismo en que hoy se vé una capilla dedicada á San Pedro á una legua de distancia. La campiña que circunda la villa, tendrá como una legua de

largo, y un cuarto de ancho, y en ella está la parroquia de Santa María de Galdo. Es como todo lo de Galicia y Asturias, muy risueña y pintoresca, y de producciones abundantes y variadas.

El puerto de Vivero es cómodo y bastante capaz para contener gran número de embarcaciones menores, y en él hay un astillero para la construccion de aquellas. Es tambien esta villa cabeza de un partido judicial de *ascenso*, que contiene cuarenta y seis feligresías, tiene ayudantía de marina, aduana de cuarta clase, dos parroquias, una dedicada á Santa María, y otra á Santiago, un convento de religiosos, dos de monjas, un pequeño seminario, y cuatro mil seiscientos seis habitadores. La industria mas considerable es la de lienzos, que segun parece, data ya de tiempos muy remotos. Apenas hay una muger en Vivero que no hile cada año una tela, que despues dan á tejer á otras. La mayor parte del lino que aqui se gasta, viene de Rusia, lo que es bastante comun en Galicia, y por lo que se le da el nombre de *lino de la mar*. El resultado anual de esta manufactura sube á mas de trescientas mil varas de lienzo, sin contar las telas de *estopa* y *estopilla*, la que se estrae en su mayor parte para las provincias de Castilla.

Debemos advertir que en Galicia encontrábamos la estraordinaria baratura y abundancia en los alimentos y en las posadas, que tanto nos sorprendiera en Asturias, pues es Galicia una segunda edicion de aquel pais, aunque indudablemente mas rico y fértil.

Despues de Vivero donde pernoctamos, siguiendo la costa, encontramos la ria de Barés, llamada por los romanos *Florius*, y la villa de Santa María de Barés antiguamente *Barum*. En el puerto inmediato que se halla á la desembocadura de la citada ria, hay un muelle de construccion romana, pero en completo abandono. Entre Barés y Ortigueiro está situado el antiguo solar de la familia de Vivero, de cuyo linage fué Alonso Perez de Vivero, contador mayor del rey don Juan II, y señor de Fuen-Saldaña, á quien hizo arrojar por un balcon en Burgos, segun ya dijimos en el capítulo XVI de esta obra, el favorito don Alvaro de Luna. Siguiendo nuestra marcha hallamos el puerto de Espasante, y á la distancia de una legua la ria de Santa Marta formada por el rio Mera que entra en ella por la parte del Sur. Los puertos de Santa Marta y de Cariño son pequeños y solo permiten la entrada de cachemarines y otros buques menores; pero abundan mucho en esquisita pesca. Desde aqui se avanza la costa hácia el Norte formando el Cabo de Ortegal conocido en los tiempos de la dominacion romana con los nombres de *Promontorium-Trilemum* y *Lapatia-Coru;* despues no se encuentra ningun puerto hasta la ria de Cedeira distante tres leguas y media. El puerto de este nombre es bastante capaz, y está defendido por una batería

de quince piezas con parapetos de pizarra. En Cedeira hicimos noche, y alli nos refirieron la siguieute leyenda.

En los turbulentos siglos de la edad media, una honrada labradora llamada Munia, jóven, y casada con un hombre á quien amaba mucho, dió á luz una criatura muerta, circunstancia que hizo fuera elegida para nodriza de un niño que dos dias antes habia nacido de doña Aldonza, esposa del señor feudal del territorio. Alvar, el esposo de Munia, estaba ausente á la sazon siguiendo el estandarte de su señor en la guerra, y la aldeana como era natural, estaba triste y cavilosa pensando siempre en la vuelta de su marido. Un dia que la castellana se ausentó momentáneamente de su alcázar, para ir en romería á una ermita cercana, estaba Munia con el tierno infante en los brazos, sentada á la orilla de un rio, cuando de repente estalló una furiosa tormenta y un rayo cayó no lejos de ella: estremecida y asombrada con el horrible estampido del trueno, dejó caer el niño que rodó hasta el rio y desapareció para siempre entre las aguas. Munia, casi loca con tal desgracia, corrió desesperada por los campos y los montes, y su estrella la guió al camino que traia Alvar, que volvia alegre al castillo á anunciar la venida de su señor quien tornaba victorioso de los moros. Munia sin poder articular una palabra cayó desfallecida en los brazos de su esposo, que al cabo de largo rato logró volverla en si, y que le esplicase el terrible suceso que causaba su quebranto. Alvar condujo á su esposa á la choza de un pastor que cerca de aquel sitio estaba, y la hizo recostar para que recobrase el reposo en tanto que él velaba por su seguridad á la puerta de la cabaña. Comenzaba á amanecer, despues de una larga y tormentosa noche, cuando el *sayon* del castillo seguido de algunos hombres de armas llegó cerca de la choza que albergaba á los esposos. Eran enviados aquellos por doña Aldonza que al entrar en su alcázar supo la muerte de su tierno hijo, y la huida de la nodriza. Aquella madre desolada, armada del omnímodo poder del feudalismo, habia ordenado la llevasen la cabeza de su vasalla, que habia dejado perecer el hijo que la confiara. Pugnaba el sayon penetrar en la cabaña para apoderarse de su víctima, pero Alvar se habia arrojado á sus plantas y estrechaba fuertemente sus rodillas pidiéndole no le privase de una esposa que formaba sus delicias y á la que amaba mas que á su propia vida. Nada podia ablandar al siervo encargado de aquella ejecucion sangrienta, y ya iba, auxiliado por los hombres de armas, á penetrar en el asilo de Munia, cuando Alvar concibió de repente una idea terrible aconsejada por el ardiente amor que profesaba á su jóven compañera. «Llévale, dijo al sayon, mi cabeza á la señora en lugar de la de Munia y no turbes el sueño de esta.—¿Estás loco? le contestó aquel.—Si; ¡por el cielo! accede á mis ruegos..... toma esta bolsa que cogí en la toma de un

castillo moro, pero llévale mi cabeza al ama, y deja libre á mi esposa.» Consintió por fin el verdugo señorial en el cambio, y el generoso Alvar inclinaba dócilmente su cuello bajo el hacha, cuando se abrazó con él su esposa que habia escuchado sus últimas palabras. En aquel momento, el hacha levantada cayó, é hirió de muerte á ambos esposos. Dos robustos y elevadísimos pinos cuyas ramas se confunden y cuyos troncos están casi juntos, señalan el lugar de su tumba.

Desde la ria de Cedeira vuelve la costa á tomar la direccion del Sudoeste hasta el cabo de *Priorio*, de allí va al Sur, por espacio de una legua hasta otro cabo llamado de *Priorio-Chico*, quedando un cuarto de legua antes de este, la ensenada de *Doniños* que pertenece á la feligsesía de San Roman del señorío del conde de Lemos, y en la que el 25 de agosto de 1800 desembarcó el almirante inglés *Warrem*, y el general de tierra *Pulney* á la cabeza de 18,000 hombres que ocupaban 108 buques, con objeto de apoderarse del importante punto del Ferrol, que dista solo una legua, pero hubo de reembarcarse con los suyos el 27 despues de haber sostenido en este punto de Doniños una accion con 1,500 soldados españoles de la guarnicion del Ferrol, mandados por el general conde de Donadio. En el centro de la citada feligresía, hay una gran laguna próxima á la mar, en cuya orilla se vé arruinado el antiguo castillo de *Oesteiro*, y á la izquierda de la laguna la vigía de *Monte-Ventoso*, el que se eleva 286 varas sobre el nivel del mar, y desde donde se descubre un espacio inmenso. En el citado cabo de *Priorio-Chico*, se empieza á formar la renombrada ria del Ferrol que es propiamente un gran golfo, llamado por los romanos *Portus Magnus Artabrorum*, y en él se hallan las rias de Ares y la Coruña. Entre el referido cabo de *Priorio-Chico*, y la punta del *Segaño*, se estrecha la ria (1) por espacio de una legua, al cabo de la cual se ensancha considerablemente, y se estiende casi por otra legua y media, terminando en el puente de Jubia, en cuyo punto desagua el rio de este nombre. La ria de que hablamos forma uno de los mas seguros y magníficos puertos de Europa, y sus orillas, cubiertas de pueblos, aldeas, castillos y feracísimos valles, presentan el mas risueño y pintoresco aspecto. Para gozar mejor de tan bella perspectiva determinamos Caunedo, Mauricio y yo hacer por mar el pasage desde Domiños al Ferrol, y un ligero bote dirigido por tres robustos marineros, nos condujo

(1) Antes de llegar á este estrecho están las baterías del cabo *Priorio-Chico*, de *Canelas*, de *Viñas*, de *Cariño* y *San Cristóbal* por la parte del Norte, y al Sur la del *Segaño*. Todas son grandes y sólidamente construidas. En algunas hay hornillos para bala roja.

á aquel célebre departamento. El *patron* que manejaba la caña del timon, era un veterano marino que surcó por repetidas veces los mares del antiguo y nuevo mundo, y durante nuestro pasage nos refirió sus viages y campañas, entre otras la famosa y desgraciada batalla de Trafalgar, ocurrida el 21 de octubre de 1805, en la que quedó destruida nuestra respetable armada, y encontraron la muerte dos almirantes de las tres escuadras que alli combatieron (1). Despues de pasar el angosto canal que forma la ria y del que hablamos arriba, dejamos á nuestra derecha los castillos de *San Martin* y *La Palma*, que distan uno de otro como novecientas varas, y á la izquierda el fuerte de *San Cárlos* y el hermoso y fuertísimo castillo de *San Felipe*, que está situado al frente del de San Martin. Media entre ambos un brazo de mar de seiscientas varas de anchura, y una gruesa cadena de eslabones colosales, cerraba por esta parte la entrada de la ria de uno á otro castillo. El de San Felipe, edificado en un promontorio que forma la costa, domina la ria de tal modo, que sería por si solo suficiente para defender la entrada de aquella de cuantas fuerzas navales intentasen combatirlo. Es capaz de una guarnicion de mil hombres, y de ciento noventa cañones, está construido de piedra de sillería, y todas sus habitaciones y departamentos á prueba de bomba. Compónese esta interesante fortaleza de una batería baja, de otra mas alta y de la que formaba el recinto del castillo antiguo que está á *barbeta* y las otras dos á *merlones*, con sus correspondientes esplanadas de piedra de sillería. Las defensas por la parte de tierra, consisten en un *hornabeque* con su *foso* y camino cubierto en el que hay dos *caponeras*. La *escarpa*, que tiene cuarenta y dos pies de altura, la *contraescarpa*, el *parapeto* del camino cubierto, el de la plaza de armas, las baterías y el pavimento de las murallas, todo es de sillería. Hay en este castillo fuente, un gran algibe á prueba de bomba, un hornillo para bala roja, casa cómoda para el gobernador, y pabellones para los oficiales, etc., etc. Por la ligera reseña que acabamos de hacer conocerán nuestros lectores la grandísima importancia de este hermoso castillo que es la verdadera llave de la ria y puerto del Ferrol. Bien lo conocieron los ingleses, pues en el referido año de 1800 dirigieron todos sus esfuerzos para hacerse dueños de él. A la sazon estaba indefenso y abandonado, sin guarnicion, sin artillería montada, y sin repuestos de ninguna especie; mas el

(1) *Gravina* y *Nelson*. Este terrible combate duró desde las siete de la mañana hasta muy entrada la noche. La escuadra combinada francesa y española perdió diez y siete buques y dos mil quinientos hombres; la inglesa ocho buques y mil seiscientos hombres.

valor de algunos trabajadores del arsenal, y los fuegos de varias piezas que se lograron montar, tanto en San Felipe como en la Palma y San Martin, hizo retroceder y retirarse á los soberbios hijos de Albion.

Próximo al castillo de la Palma, que como ya dijimos quedaba á nuestra derecha, está la punta que forma la embocadura de la ensenada del *Baño*, y en seguida se halla (á la misma banda) el pueblo y puerto de *Mugardos*, capital del ayuntamiento de su nombre, que tiene un buen fondeadero, y de poblacion mil setecientos ochenta y dos habitantes, los que se ocupan, en su mayor parte, en la pesca de sardinas, pulpos, lenguados, acedias, cóngrios, mielgas, besugos, merluzas y otros muchos peces que profusamente ofrece este mar privilegiado. Hay en *Mugardos* una parroquia dedicada á San Julian, una ermita, dos molinos harineros, cinco telares de lienzos y seis fábricas de salazon. Los buques que pertenecen á los vecinos de este pueblo, son: veinte y un faluchos, veinte y nueve lanchas, ocho minuetas y noventa y dos botes. *San Vicente de Meá* es otro puerto distante un cuarto de legua de Mugardos y perteneciente á su ayuntamiento. Comprende esta feligresía setecientas diez y seis almas. Cerca de ella está otro pueblo y puerto llamado *San Juan del Seixo*. Al frente en la orilla opuesta de la ria, y por consiguiente á nuestra izquierda, vimos el pueblo y feligresía de *San Andrés de la Graña;* tiene un escelente fondeadero bastante espacioso para contener en seguridad gran número de buques. Está situada esta villa en una ladera escarpada, y sus casas, que son en número de quinientas forman una Y griega. Las calles son costaneras; hay una plaza, hornos y almacenes de víveres para la armada, iglesia parroquial dedicada á San Andrés, tres ermitas, una con la advocacion de San Cristóbal, y otra con la de Santa Rosa de Viterbo, construida en 1743, digna de observacion por su buena arquitectura y bellas imágenes, y otra de la Orden tercera, que ocupa el centro de la poblacion. Tiene esta muy buenos y deliciosos paseos, en especial el que por la orilla del mar conduce al castillo de San Felipe, y el que desde el barrio de la *Cabana* va al Ferrol. En la Cabana hay un dique con sus almacenes y oficinas correspondientes, todo de propiedad particular, para la construccion y carena de los buques mercantes. Hay en la Graña escelentes fuentes, que surten de agua á los buques de guerra y mercantes antes de emprender largas navegaciones, y varios molinos harineros, y sus habitadores son en número de mil doscientos cincuenta y seis. Pertenece al ayuntamiento y partido judicial del Ferrol, del que es un arrabal y dista media legua. Cuenta esta villa de la Graña algunos siglos de existencia, pues en 1344 el rey don Alfonso XI concedió á sus moradores privilegio de *nobleza notoria*, y libertad de tributos, en recompensa de los servicios prestados por *Nuño Freire de Andrade*,

conde de Lemos y de Andrade, señor jurisdiccional de todo este territorio, y en especial, por haber acudido con mucha gente del pais á la famosa batalla del Salado, ocurrida el 30 de octubre de 1340, cuyo privilegio confirmaron despues los reyes don Enrique II y don Juan I.

Entre la Graña y el Ferrol está el feraz y frondoso valle de *Serantes*, que forma una ensenada, la cual da paso al riachuelo del mismo nombre, y á otros que van á verter sus aguas en la ria. Desembarcamos en el muelle del Ferrol, y despues de descansar de nuestro viage, recorrimos con mucho detenimiento aquella hermosa poblacion, examinando cuidadosamente cuanto ofrece de curioso y de notable: he aqui el resultado de nuestras observaciones.

Esta villa es indudablemente de remota antigüedad, aunque, como es natural, de origen desconocido. Lo cómodo del puerto atraeria á algunos pescadores y marineros á edificar en este sitio sus chozas que, con el tiempo, se convirtieron en casas. La opinion de Romey que fija en este lugar la antigua *Abobrica*, carece de todo fundamento, y está victoriosamente refutada; mas probable es el que el nombre del *Ferrol* se derive del *farol* que guiase á su puerto. En 1214 el obispo de Mondoñedo, que se llamaba Pedro, autorizó una escritura, en que un hidalgo que tenia por nombre *Hernando Veremundin*, empeñaba varias posesiones que tenia en el *Ferrol.* Alfonso XI en 1344 habla en un privilegio concedido á la Graña de la *villa del Ferrol.* En los años de 1348, 1400 y 1403, se vió esta poblacion afligida con el terrible azote de la peste, y en 1568 casi toda fué reducida á pavesas por un incendio casual. Desde aquel tiempo, y reinando Felipe II, data el origen de la importancia marítima del Ferrol, pues habiéndose los ingleses apoderado de Cádiz, se reunieron en Lisboa muchos buques españoles que escaparon de aquel desgraciado combate, y de alli se trasladaron al Ferrol, que les ofrecia mayor seguridad. Desde este puerto salió, por mandado del citado Felipe II, una escuadra contra Inglaterra; pero los buques que la componian fueron dispersados y maltratados por una furiosa tempestad. Prepanáronse en el Ferrol otras nuevas embarcaciones para repetir la acometida, cuando el conde de *Essex*, almirante de la reina Isabel de Inglaterra, vino á atacar al Ferrol con cuarenta buques de guerra, y setenta de trasporte, con tropas de desembarco; pero no se atrevió á realizarlo por lo áspero y escarpado de la costa, y por dos pequeños castillos que entonces la defendian. En 26 de marzo de 1690 desembarcó en el Ferrol la reina María Ana de *Neubourg*, segunda muger de Cárlos II. Este declaró en el año siguiente á los vecinos del Ferrol exentos del servicio de levas de soldados y marineros. Habiéndose empezado á formar un arsenal en la villa de la Graña, de órden de Felipe V en 1726, y construídose ya algunos bu-

ques en él, se observó que, cerca del Ferrol, y en el sitio llamado *Esteiro*, habia un lugar mas á propósito; edificáronse alli algunas *gradas*, y se dió principio en ellas á construir buques. El referido monarca Felipe V, en atencion á la estraordinaria miseria que padecia este territorio y villa, la declaró exenta de contribuciones en 1737. Fernando VI, y su ilustrado ministro, el marqués de la Ensenada, se propusieron formar en el Ferrol un establecimiento naval de primer órden, y dieron principio á las suntuosas obras del arsenal, que despues continuó y terminó el gran Cárlos III, el cual eximió en 1768 al vecindario de esta villa del servicio de milicias provinciales. El 25 de agosto de 1800, recibida en el Ferrol la inesperada nueva de que los ingleses desembarcaron en la playa de Doniños, se reunió de improviso un cuerpo de 1,500 hombres al mando del mariscal de campo conde de Donadio, y salieron en busca de los enemigos, los que, á pesar del ardimiento y esfuerzo de los españoles, les obligaron á cejar por la enorme desigualdad del número, y hubieron de retirarse al Ferrol y defenderse tras sus murallas. Rechazados los ingleses, como dijimos en otro lugar del castillo de San Felipe, y temiendo la mudanza del temporal, se reembarcaron precipitadamente y abandonaron esta costa con la pérdida de un general, 1,200 hombres y algunos caballos muertos, y varias lanchas y botes que olvidaron por la precipitacion y desórden. Los españoles perdieron asimismo 250 hombres, y tuvieron tambien que lamentar el incendio de algunos montes y casas de campo. El general francés *Soult*, á la cabeza de 8,000 hombres se apoderó por capitulacion del Ferrol el 27 de enero de 1809, despues de algunos dias de sitio. Tambien fué asediada esta villa por los franceses y realistas en 1823, y hubo de abrirles las puertas. Las armas del Ferrol consisten en una torre almenada, de la que está suspendido un gran *farol*, lo que parece aludir al orígen que dijimos se suponia tener el nombre de la villa. Divídese esta en tres partes denominadas: *Ferrol viejo*, *Ferrol nuevo* ó la *Magdalena*, y *Esteiro*. La primera, como indica su nombre, está formada por la primitiva villa, presentando el desagradable aspecto de los pueblos antiguos, calles estrechas y tortuosas, casas pequeñas y desiguales, etc., etc. El *Ferrol nuevo* es por sí solo una poblacion lindísima; su planta es un paralelógramo de trescientas mil varas cuadradas, cuya longitud atraviesan siete calles, compuestas de hermosas casas, las que son cruzadas por otras nueve. Todas están tiradas á cordel, y tienen diez varas de ancho. En el Ferrol nuevo se hallan tambien tres hermosas plazas; las dos primeras, la del Cármen y la de los Dolores, formando cada una un rectángulo de ciento veinte varas de longitud, y ciento diez de latitud; en la otra está situada la hermosa casa que sirve de cárcel y ayuntamiento, de que hablaremos despues. Las manzanas que forman las

casas son enteramente iguales en figura de rectángulo, cuyos lados mayores tienen cien varas de estension y los menores cuarenta. El *Ferrol nuevo* no data mas allá de mediados del siglo pasado, pues se construyó al mismo tiempo que los arsenales. De aquella época es el *Esteiro*, cuyas calles, aunque no tienen la igualdad de las de *Ferrol nuevo*, están alineadas. En este barrio hay tambien una gran plaza, llamada el *Cuadro*, la que forma un paralelógramo rectángulo. Toda esta hermosa poblacion está rodeada de fortificaciones compuestas de muros aspillerados, baluartes y baterías donde pueden colocarse doscientas nueve piezas de artillería, y que forman un perímetro de ocho mil cuatrocientas varas. Fueron terminadas estas obras de defensa en 1774, y ascendió su coste á 5.000,000 de reales. Las puertas de la villa son en número de seis, de las que tres dan á la marina, y tres á la parte de tierra. Los edificios públicos del Ferrol son muchos y magníficos; daremos de ellos una breve noticia. La parroquia del pueblo que tiene por advocacion *San Julian*, y cuyo curato, que es de *término*, es presentacion del conde de Lemos, antiguo señor feudal de toda esta comarca, está situada en el centro del Ferrol nuevo, y fué acabada en 1772. Forma su entrada un elegante vestíbulo de tres arcos de piedra de sillería, que corresponden á otras tantas puertas. La fachada, que es elegante, sencilla y suntuosa, está terminada por un frontispicio con una cruz de hierro dorado y varios remates piramidales, y tiene á sus flancos dos graciosas torres de sillería. La planta de toda la iglesia es cuadrada, y sobre su área se alza un crucero formado por cuatro capillas y una espaciosa media naranja coronada por una elegante *linterna*. El interior es de muy buen gusto y espacioso; reina en él, asi como en el esterior, el órden compuesto.

La parroquia castrense, que hasta 1847 ocupaba la bonita capilla de San Fernando, edificada en Esteiro en 1755, se trasladó á la iglesia del convento de San Francisco, fundada en el Ferrol viejo en el siglo XIII por uno de los compañeros del citado santo, y reedificada con mejoras en 1377 por Fernan Perez de Andrade, progenitor de los actuales duques de Alba como condes de Lemos. Aunque la planta de este edificio es rectangular, la iglesia es en figura de cruz, con cuatro capillas y una media naranja. El interior está decorado con pilastras de órden toscano y la fachada con otras de órden dórico. Tambien tiene dos torres que están sin acabar. Ademas de las dos iglesias referidas hay nueve capillas, unas antiguas, y otras de época muy reciente, mereciendo particular mencion la de los *Dolores* y la del *Cementerio*. La cárcel es un bonito edificio aislado, inmediato á la alameda, de mucha solidez y simetría, y que presenta su principal fachada á la plaza mayor. Es uno de los edificios de su género mejores de España por la comodidad y buen órden de sus encierros. En un elegante y es-

tenso salon del mismo celebra el ayuntamiento sus sesiones, y tiene sus oficinas. La casa llamada consistorial ó de la villa está situada en el Ferrol nuevo, y en sus espaciosas estancias se encuentran la escuela pública y la cátedra de latinidad. El hospital de caridad es un magnífico edificio, moderno tambien, y situado en la calle de *Canido;* fué fundado en tiempos antiguos en el Ferrol viejo con los piadosos objetos de hospedar los peregrinos, y curar enfermos pobres; hoy decaido, y falto de recursos, puede albergar apenas cuarenta enfermos, número insuficiente para las necesidades de la poblacion. Hay en este establecimiento una escuela de niñas pobres y una iglesia muy capaz, dedicada al Espíritu Santo. El hospital militar es un edificio bastante espacioso, situado en Esteiro, construido en 1751. Su fachada presenta una escelente vista, tiene á un lado su capilla, con advocacion de la Vírgen de los Dolores, y al otro una torre con un relój. Hay en este hospital una buena botica y cementerio; los enfermos que acoje suelen ascender de ochenta á ciento. Tambien merecen consideracion, ademas de los referidos, los edificios del cuartel de guardias marinas; otro, no concluido, dedicado al mismo objeto; el cuartel de la plaza; las casas de la capitanía general del departamento, é intendencia; la contaduría, la aduana, el matadero, y sobre todo los magníficos arsenales que son la admiracion de todos, y que exigen una descripcion particular, si bien tan sucinta cual conviene á la índole de nuestra obra.

Despues del establecimiento del arsenal en la villa de la Graña, como dijimos en la parte histórica, se hicieron en Esteiro doce gradas de construccion, que se terminaron en 1751, y que hoy subsisten. Luego se edificaron la *dàrsena* para resguardo y seguridad de los buques, los *diques* para carenar en seco toda clase de aquellos, y las obras del interior del arsenal y sus accesorios, en el espacio bien corto de 1752 á 1770, bajo la direccion del general de marina, don Cosme Alvarez. No lejos del Ferrol está el arsenal llamado de *Carranza*, que ocupa una área de ciento cuarenta y siete mil varas cuadradas, cercado por la ria, y por una fuerte muralla por la parte de tierra, en la que hay una puerta. Dentro de este recinto habia una fuente y varios cuerpos de guardia, y estaba destinado á la fabricacion de los palos de los buques, y á la de lanchas y todas las demas embarcaciones menores, lo que hoy se hace en el gran arsenal del Ferrol. Despues de este de Carranza, hay una estensa playa en donde hubo siete diques, para contener las maderas que despues se empleaban en la construccion. Al estremo opuesto de la citada playa, entre Carranza y el astillero, hay un gran dique destinado tambien para conservar las maderas bañadas por la marea. Sigue despues el astillero, el que se halla ya dentro del recinto de la plaza, ocupando un espacio de ciento quince mil varas cuadradas, y al que da

entrada una puerta que está en la estensa plaza llamada Cuadro de *Esteiro*, de que hemos hablado ya. Hay dentro dos grandes corralones con varios tinglados que sirven para depósito de maderas, casetas para obradores y cuerpos de guardia. Desde uno de los corralones se pasa por dos puertas á la parte del astillero mas próxima al mar, y se encuentra un edificio llamado *Sala de Galibos*, dividido en dos cuerpos. En el primero hay una oficina de cuenta y razon, almacenes y obradores de carpintería. El segundo cuerpo que no contiene mas que una gran cuadra de cuatrocientos treinta y dos pies de longitud, cincuenta de latitud, con cincuenta y cinco ventanas y dos puertas, está destinado para trazar las *plantillas* de los buques que se construyen. Inmediatos á la sala de Galibos se ven tres tinglados para depositar las maderas y para trabajar los operarios en tiempos de lluvia. Alli están las doce gradas de primitiva construccion, que son admiradas por los inteligentes, por su solidez y escelente disposicion y miradas como las mejores de Europa. Se han construido en ellas navíos de las mayores dimensiones posibles. Cerca de las gradas se encuentran diez y ocho fraguas para todas las obras de hierro que sean necesarias á los buques. Hay tambien en este astillero tres aserraderos cubiertos, y un pozo de agua dulce muy abundante. Para establecer todas las inmensas dependencias de un establecimiento tan vasto, que es sin duda el primero de Europa en su género, eligió el entendido Alvarez la grande ensenada que forma la ria desde el astillero hasta Ferrol viejo, de escelente fondo, y de bastante profundidad para anclar en ella los mayores buques; mas teniendo de ancho la ria en esta parte cerca de milla y media, y soplando en ella con violencia los vientos, con objeto de procurar á los buques el necesario resguardo, concibió Alvarez y llevó á cabo el osado proyecto de elevar fuertes murallas sobre el mar, formando el asombroso *arsenal del Ferrol*. Su figura es la de un paralelógramo de mil cuatrocientas veinte varas de longitud, y setecientas de latitud. El lado mas largo es un gran malecon que corre desde la puerta de San Fernando en línea recta sobre las aguas por espacio de novecientas cuarenta varas, en este punto; que tiene de ancho por la parte superior, no menos que cincuenta varas, deja una abertura de trescientas varas para la comunicacion necesaria con las aguas de la ria, y luego continúa el inmenso malecon por otras ciento ochenta varas, teniendo de ancho setenta. Sus cimientos están á treinta y seis pies de profundidad. Desde esta punta se dirige otro malecon á la parte de Ferrol viejo, formando con el primero un ángulo recto. Al acabar éste, parte otro malecon, paralelo al primero, y de igual estension de mil cuatrocientas veinte varas, el que está en su mayor parte construido sobre un terreno que antes cubrian las aguas del mar, y lo restante sobre la orilla antigua. Dentro de este

gran paralelógramo se forma otro tambien con tres malecones, cuyos lados mayores tienen trescientas varas de largo, y cincuenta de espesor, y los menores cien varas de largo y veinte de ancho. Todas estas atrevidas y magníficas fábricas encierran dos grandes dársenas, la mayor tiene quinientas catorce mil varas de superficie, y la menor veinte y seis mil quinientas cincuenta. Los malecones están en su mayor parte fundados sobre cimientos situados á muchas varas bajo el agua, y revestidos de piedra de sillería, y sustentan casi todos soberbios y grandiosos edificios tambien de sillería; solo el malecon del Oeste, que es el mas combatido por las olas, sostiene una terrible batería no menos que de ciento veinte y dos piezas de grueso calibre. Dos frentes de este arsenal están bañados por la ria, y por la parte de tierra está tambien aislado por un gran dique para maderas, y por un largo foso que se cubre de agua con la marea. Dos puertas dan entrada á este inmenso edificio, la una se halla en la alameda, y para llegar á ella se atraviesa el foso por un puente. Encima de esta puerta se alza una torre cuadrada y compuesta de cuatro cuerpos, que remata en un reloj. El segundo cuerpo de la torre es una capilla en la que se celebra misa los dias de fiesta, y la que oyen los dependientes del arsenal desde una plazuela que está al frente. Un lado de esta se ve ocupado por la casa del comandante y subinspector de los arsenales, y los otros por cuerpos de guardia. Despues de la citada plazuela, está la gran dársena, y torciendo á la izquierda, un magnífico edificio de trescientos veinte y siete pies de longitud, ciento de latitud y cuarenta y dos de alto, dividido en cinco estancias distintas. Paralelo á este edificio hay otro de iguales dimensiones aunque algo mas bajo. Uno y otro son muy sólidos y construidos enteramente de piedra, y sirven de almacenes generales. Otro que se alza cerca de estos y que tiene trescientos cincuenta y dos pies de largo, y setenta y ocho de ancho, está destinado á las herrerías. Compónese de dos cuerpos; el bajo, que es donde se fabrican las obras gruesas, tiene en su circunferencia treinta y dos fraguas y otras cuatro mas grandes en el centro; aqui habia en otro tiempo hasta ciento cuarenta y cuatro trabajadores. El piso superior en que se fabrican objetos de cerrajeria, contiene veinte y cuatro fraguas, y se ocupaban en él ciento setenta y dos operarios. Una parte de este edificio está destinada para la fundicion de obras pequeñas, ocupándose en ellas setenta oficiales. Cerca de estas magníficas herrerías, está otro edificio aislado que contiene el obrador de instrumentos náuticos establecido por *Baleato*, célebre maestro de cerrajeria en 1785. Compónese de grandiosos talleres y un bonito gabinete para guardar los instrumentos ya acabados. Inmediato al laboratorio de Baleato está el *gran dique de las maderas*, que ocupa un espacio de seiscientas treinta y cinco

varas de longitud, y veinte de latitud. Las maderas flotan cuando crece la marea, y están contenidas por unos fuertes murallones, y una puerta de estacas que separan al dique de la ria. Inmediato al dique hay un estenso campo que sirve para depositar el carbon de piedra y los escombros, el cual está cercado por un buen murallon. Al estremo de este campo hay un grande edificio aislado llamado el *Rebervero;* tiene cuatro hornos, dos fraguas y un martinete, y está destinado para obrador de las grandes fundiciones. Dejando este campo, y volviendo á entrar en el arsenal, se ve otro edificio de silleria llamado la *Estufa*, que sirve para derretir el alquitran con que se calafatean los buques; hay en él nueve chimeneas. Despues de la Estufa, y en direccion de la dársena, está el gran dique para la carena de los mayores navíos, el cual asi como todas las obras de este arsenal *modelo*, está esmeradamente fabricado; contiguo á él hay otro dique menor, y entre los dos la *casa de bombas*, que contiene dos buenas máquinas de vapor que mueven dos grandes bombas. Estas absorben el agua de los dos diques, en cantidad de ochocientas arrobas por minuto, que arrojan á la dársena, y suelen tardar seis horas en esta operacion. En dirigir las máquinas y atizar el fuego, se emplean solamente seis hombres, cuando antes eran necesarios para vaciar el agua de los diques seiscientos presidiarios, que tardaban cincuenta horas. El edificio que nos ocupa es uno de los mas notables, pues constando su altura de sesenta y dos pies, tiene treinta y ocho bajo el nivel de la tierra, y estando rodeado del agua del mar por tres partes hasta la altura de treinta y cuatro pies, ni una sola gota filtra al interior, tan perfectamente unidos y embetunados están los sillares que componen el pavimento y paredes de esta gran oficina. Detrás de los citados diques está el *gran Tinglado*, inmenso edificio de mil trescientos cuarenta y ocho pies de longitud, cincuenta y siete de latitud y treinta y seis de altura. Compónese de dos cuerpos; el primero es de silleria, y consta de quinientos setenta y seis arcos y columnas para sosten de dos azoteas que ocupan todo el frente y la espalda del edificio. El segundo cuerpo es de cal y canto, y está entre las dos azoteas, su objeto es servir de almacen de varios efectos y pertrechos, y el primero lo ocupan los obradores de cureñas, de arboladuras, aserraderos y otros objetos. Cercanos al gran tinglado, hay otros algo menores, aunque tambien bastante estensos, los que sirven para depósitos de efectos de artilleria, y el cuartel del presidio, cuyos patios están rodeados de grandes murallas. En el mismo frente que la puerta del dique, por la que entramos para describir las obras referidas, está la nominada del *Parque*, mediando entre esta y la primera el frondoso y dilatado paseo llamadc la *Alameda*. Despues de la citada puerta del Parque, se ven á la izquierda varios cuerpos de guardia, á la derecha un es-

tenso corralon que sirve para obrador de artillería y depósito de municiones, y en el centro una plazuela en que hay depositadas muchas anclas, y una cabria, que está á la orilla de la dársena, y sirve para el embarque y desembarque de aquellas. Por un arco que está á la parte del Oeste de la citada plazuela, se pasa á una plaza ocupada en uno de sus frentes por un suntuoso y bello edificio, que tiene su espalda sobre el foso, y al que se da el nombre de Sala de Armas. Es de sillería y de aspecto magnífico y grandioso, de planta rectangular y con dos patios. Consta de dos pisos, y la fachada principal está adornada con columnas dóricas. Al mismo órden arquitectónico pertenecen las pilastras que decoran las dos suntuosas escaleras que dan ingreso á esta hermosa fábrica. El piso bajo, ó sea primer cuerpo, sirve de almacen de depósito para embarcaciones de todos portes. En el segundo cuerpo, ó sea piso principal, está la gran sala de armas, obradores de tejedores y almacenes de cáñamos, y las bohardillas están ocupadas por los talleres para hilar las lonas de que se hacen las velas. En la sala de armas hay espacio para colocar ocho mil cuatrocientos sesenta y cuatro fusiles y pistolas, dos mil novecientos sesenta y cuatro chuzos y lanzas, y once mil novecientas diez y ocho espadas. Esta pieza es muy estensa, y los armeros que la circuyen, están perfectamente dispuestos. A uno y otro lado del edificio de que acabamos de hablar, hay otros dos, que forman con él la plaza, y que tienen pórticos en toda su longitud. Constan igualmente de dos pisos: en el bajo de uno de ellos, hay once almacenes para guardar todos los efectos de un buque cuando se desarma, á escepcion de los mástiles y la artillería, y en el piso superior se custodian las velas. El otro edificio que está al frente de este, contiene en su piso bajo diez y nueve almacenes, cada uno de los que sirve de depósito de todos los enseres de un navío desarmado, y el piso principal servia para rastrillar el cáñamo, para lo que habia ciento diez y nueve rastrillos. A la espalda de este último edificio, hay un tinglado de treinta pies de latitud, que servia para recorrer los aparejos. Aqui acaba por esta parte el arsenal con una magnífica y terrible batería que lo defiende, la que tiene tres hornillos para bala roja; es capaz de ciento veinte y dos piezas de grueso calibre, y ocupa un frente de dos mil trescientos sesenta pies con ochenta varas de espesor. Construida sobre las olas, y á muchas brazas del fondo del mar, no se sabe haya en Europa una obra de este género, que pueda compararsele. Recorriendo esta soberbia batería llamada del *Parque* dejamos á la izquierda la *Cordeleria*, que tiene mil trescientos veinte pies de largo y ciento veinte de ancho, y una casa llamada la *Estufa* (que contiene tres disformes calderas en que se derriten los alquitranes para la jarcia y se fabrica la cuerda-mecha), que está entre la Cordelería, y la gran batería. Bajando desde esta

á la dársena, se ve un para-rayos que señala la entrada de un depósito ó almacen de pólvora, construido á ***prueba de bomba***, en el mismo terraplen, y otro almacen mas pequeño para cartuchos. Retrocediendo á la plaza de la Sala de Armas, y siguiendo la orilla de la dársena, vimos la magnífica ***machina***, construida en 1825. Es una cabria colosal para arbolar los buques, que tiene de abertura entre sus pies nueve varas, y de elevacion cincuenta y una, formando con el plano de la superficie un ángulo de setecientos cincuenta pies. Omitiendo hacer la descripcion de otras muchísimas dependencias y edificios de este célebre arsenal, por no prolongar esta narracion ya demasiado pesada, diremos solamente, que en él pueden acomodarse escuadras enteras sin dificultad alguna y pueden armarse en todo tiempo un inmenso número de buques sin necesidad de aguardar mareas, para que los mayores navíos reciban sus palos, sus anclas, sus cañones y todos sus enseres.

Despues de vistos los arsenales fuimos al cuartel llamado de los Batallones, que es suntuoso, y caben no menos que doce mil hombres. Tambien es de muy buen gusto la fuente de la plaza del Cármen, denominada de Churruca, por estar consagrada á la memoria del célebre marino del mismo nombre, que murió en la batalla de Trafalgar mandando un navío.

CAPITULO XXXVIII.

Puente de Eume.—Leyenda del castillo de Andrade.

Al tiempo de dejar el Ferrol, donde permanecimos tres dias, quisimos visitar la fábrica de moneda de Jubia, que dista una legua, y en efecto, fuimos por mar gozando de una agradable perspectiva y de un tiempo delicioso. La fábrica está situada á la orilla izquierda del rio Jubia, y ocupa una bella posicion, rodeada de una muralla de mas de tres mil varas lineales, en cuyo recinto se encuentra, ademas de las dependencias del establecimiento, una regular alameda y un bonito jardin. El producto de la fabricacion, que es solo de monedas de cobre, se calcula en unos 26,000 reales por dia, y no pasa el número de operarios de doscientos cincuenta. Además de la moneda se labran planchas, clavos y otros efectos para la marina, que fué el primer objeto de esta fábrica, fundada en 1790 por don Eugenio Izquierdo, director del Gabinete de Historia Natural. Inútil es añadir que siempre perteneció y pertenece hoy al gobierno.

En Jubia comimos con muy buen apetito, y nos embarcamos de nuevo en el bote, no ya en direccion al Ferrol, sino al puerto de Seixo, donde teniamos preparadas cabalgaduras, porque habiamos decidido hacer por tierra el viage á la Coruña, con objeto de visitar el hermoso pais que se atraviesa antes de llegar á aquella capital, y de ver á nuestro paso la antiquísima ciudad de Betanzos. Cerca de anochecer llegamos á la orilla del rio Eume, el cual atravesamos por el gran puente de su nombre, mirado con razon como una de las maravillas artísticas de Galicia. Las sombras de la noche que empezaban á envolvernos nos impidieron examinar detenidamente aquella grandiosa fábrica, pero no el tributarle las justas alabanzas que merece, las cuales oidas por el conductor de nuestras monturas, que desde Seixo no habia despegado sus lábios, ni hecho otra cosa que saludarnos y caminar delante sirviendo de guia, se volvió de repente, y parándose delante:

—Me parece, nos dijo, y vds. perdonen la libertad, que hacen vds. muy mal en elogiar tales cosas.

—¿Pues qué peligro hay en ello? preguntó Mauricio: ¿está acaso prohibido en el pais por algun alcalde de montera?

—No es eso, continuó el campesino con la mayor gravedad, sino que ustedes deben saber, porque nadie hay que lo ignore, que este puente es obra del diablo, y elogiar lo que el diablo hace, no está bien en un buen cristiano.

—¡Dios de misericordia! esclamó Mauricio. ¿Con que este puente es obra de Satanás?..... ¡Y yo que lo ignoraba, pecador de mí! Pero ¿quién se habia de figurar que el diablo hiciese una cosa tan buena?..... Cuéntenos vd., buen hombre, esa historia, porque supongo que será una historia, para que sabiéndola no volvamos á incurrir en semejante desliz.

—¿Con qué no saben vds. por qué se hizo ese puente? preguntó el guia como dudoso.

—Ni una palabra, dijo Mauricio.

—Pues entonces se lo referiré como á mí me lo han referido, y como se refiere en todo el pais. Hace ya muchísimos años que vivia en estas inmediaciones una señora jóven y hermosa, de inmensas riquezas, que poseia todos los terrenos de una y otra orilla del rio Eume, que entonces era muy poco caudaloso. Un dia atravesó la dama sus aguas en una ligera góndola para recorrer sus haciendas de la ribera opuesta, con objeto tambien de oir las súplicas de sus vasallos, y socorrer á los mas necesitados, porque era tan caritativa y bondadosa como bella. Detúvose mas tiempo del que pensaba, y al volver á buscar su batel para restituirse al castillo, se encontró con la inesperada novedad de que el rio habia salido de madre, y estaba

convertido en un brazo de mar como es hoy dia. La góndola y los dos hombres que con ella quedaron no parecieron mas, porque sin duda fueron arrastrados por la corriente. Entonces la castellana, que tenia el defecto de ser un poco arrebatada de genio, se entregó á la mayor desesperacion, é irritada con el obstáculo que le impedia volver al instante á su casa, donde parece que le llamaban asuntos urgentes, prorumpió en una terrible blasfemia. Al punto se dejó ver á su lado un jóven de gallarda presencia, aunque de mirada torva y maliciosa, quien acercándose respetuosamente, la dijo: «Veo que estais desesperada por el contratiempo que acabais de sufrir, y vengo á ofreceros mis servicios: ¿quereis pasar al momento el rio á pie enjuto y sin el menor riesgo?

—Ciertamente que sí, repuso la señora, mas ¿quién es capaz de hacerme este servicio?..... A buen seguro que no serás tú.

—Os equivocais, noble dama; en este mismo instante puedo complaceros.

—¿Tienes alguna góndola?

—Tengo el medio de trasportaros sin reclamar de vos otra recompensa, que el que os digneis sellar con vuestro anillo este pergamino.

La señora, ó por que creyese que se trataba de cosa mas ténue, ó por que acalorada no reflexionó lo que hacia, puso el sello, sin detenerse á mas contestaciones, en el pergamino, y al punto apareció formado este puente magnífico, tal y como le ven vds. ahora, si bien despidiendo un olor á azufre que apestó toda la comarca, lo cual prueba que se hizo por arte diabólico. Ya habrán vds. adivinado que el mancebo no era otro que el mismo Satanás, y que el pergamino contenia una escritura en regla, en virtud de la cual la impaciente y mal aconsejada dama se obligaba á entregarle su alma en el momento que lo exigiese, como recompensa de su trabajo. Llegó este momento cuando ella menos se lo esperaba, y el diablo llevó á la señora á la parte mas elevada del puente para que, arrojándose de allí le pagase la deuda que habia contraido. En tan angustioso momento llamó la desgraciada á María Santísima, que siempre buena y compasiva con los pecadores, acudió en persona desde las mas remotas regiones del cielo, y arrancó aquella alma de las garras del comun enemigo, que despechado al ver perdida su presa se hundió en el abismo. Para eterna memoria de este suceso se fabricó en medio del puente, y en el mismo sitio en que aconteció, una capilla dedicada á la Virgen, que es la misma que vds. han visto cuando pasamos.

—Y desde entonces, añadió Caunedo, se llamó este puente *Ponte-do-Demo*, que en lenguage del pais quiere decir *Puente del Diablo*, y de aqui se dijo luego *Ponte-Demo* y hoy *Ponte* ó *Puente de Eume*.

—¿Con que tambien vd. sabia la leyenda del puente y se la tenia callada? dije yo á nuestro amigo.

—Tambien la sabia, pero me pareció mejor que la oyesen vds. de boca del paisano.

—Apruebo la idea, prosiguió Mauricio, porque de este modo se divide el trabajo.

—No entiendo lo que quiere vd. decir.

—Muy sencillo, el paisano ha referido la leyenda y vd. nos referirá la historia. Despues de los tiempos fabulosos vienen los tiempos históricos.

—Es muy justo, y voy á complacer á vds. La historia de este puente no es muy remota, ni tampoco muy larga: por ella sabemos que Fernan Perez de Andrade, el Bueno, conde de Lemos y Andrade, lo hizo construir en los años de 1382, hasta 1388, y que se compone de cincuenta y dos arcos, y tiene de largo mil quinientas varas.

—¿Nada mas? preguntó Mauricio viendo que Caunedo guardaba silencio.

—¿Y qué mas quiere vd? Le he dicho el fundador, la época de su fundacion y la magnitud; ¿cabe otra cosa en la historia de un puente?

—Sin duda que no; pero vea vd. la razon por que yo prefiero las leyendas á las historias. Aquellas, si no son muy verídicas, son por lo menos mas amenas.

Estábamos ya en la villa de Puentes de Eume, situada al estremo del puente de su nombre, cuando acabó este diálogo, y como era completamente anochecido, determinamos quedarnos en ella hasta el siguiente dia. Nuestro proyecto de salir de madrugada nos impedia visitar el pueblo que nos daba albergue; pero remediamos esta falta abriendo un pequeño y curioso librejo impreso en caractéres góticos, que nos habia regalado el padre de Caunedo, y en el cual apuntó en el siglo XVI el licenciado Molina cuanto notable halló en Galicia; en él leimos lo siguiente respecto á la villa que nos ocupa.

«Esta villa de las *Puentes de Eume* donde dije arriba que está aquella maravillosa puente, es pueblo de tanta frescura de árboles, y de tan deleitable asiento y vista, que se puede llamar el vergel de Galicia. Abunda de muchas frutas, tiene tan agradables riberas, que en toda Castilla y en otras muchas partes se haria gran fiesta de ellas.» Poco añadiremos á lo que dice Molina. Puentes de Eume es cabeza de un partido judicial de entrada que contiene cincuenta y cinco feligresías; tiene dos mil ciento setenta habitantes, administracion de rentas, un ex-convento de frailes de la órden de San Agustin, una parroquia cuyo edificio es magnífico, y un palacio de sus antiguos señores, los condes de Andrade. El solar de esta familia es el antiguo castillo del mismo nombre, sito á media legua de Puentes de Eume,

en la feligresia de San Cosme de Noguerosa. Es, segun dicen, una de las fortalezas mas románticas y mejor construidas de la edad media. El primero de quien se hace mencion con este apellido en los nobiliarios antiguos, es del citado Fernan Perez de Andrade, el Bueno, el cual siendo partidario y privado de Enrique de Trastamara, se hallaba en la tienda de Beltran D'Uguesclin, cuando aquel dió muerte á su hermano el rey don Pedro, habiendo sido este Andrade el que cuando ambos hermanos cayeron luchando en el suelo, les dió vuelta pronunciando aquellas palabras memorables que algunos historiadores ponen en boca del mismo D'Uguesclin.

Ni quito ni pongo rey
Pero sirvo á mi señor.

El conde de Trastamara, cuando ya era Enrique II, recompensó segun su costumbre, con largueza á Fernan Perez de Andrade, dándole la fortaleza de Andrade, y las villas del Ferrol y Puentes de Eume con título de conde.

Tres espediciones igualmente agradables para viageros de nuestra especie se nos ofrecian desde Puentes de Eume para escoger; ó visitar el antiguo monasterio de San Felix de Monfero, de la órden del Cister, suntuoso edificio bizantino, que dista tres leguas de la villa en que nos encontramos, ó el notable castillo de los condes de Andrade que se alza orgulloso sobre un elevado peñon á menos de media legua, ó finalmente la antiquísima colegiata de San Juan de Caaveiro, distante dos leguas. Nos decidimos por este último, á pesar de lo escabroso del camino; y quizá por lo mismo, contra la opinion de Mauricio, que queria ir al castillo persuadido de que unido á él habria alguna leyenda, como en general acontece con estas fortalezas. Caunedo le dijo, que en efecto tenia su leyenda correspondiente el castillo de Andrade, pero que no era necesario visitarlo para contarla, en prueba de lo cual se comprometia á referirla él, á falta de mejor narrador, mientras fumábamos un puro despues de cenar, que por el pronto era la necesidad mas urgente. Cenamos con efecto, y nuestro amigo dió principio á su narracion en estos términos:

El conde de Roade era uno de los noblesmas poderosos de Galicia en el siglo XV, pero tambien uno de los mas déspotas y crueles. El castillo que habitaba, llamado de los Salgueiros, y situado en el monte de este nombre, que se halla entre Betanzos y Lugo, en el camino de la Coruña á la córte, nada tenia de imponente ni de guerrero; era mas bien un caseron sombrío, lúgubre y siniestro, cuya única defensa consistia en sus murallones robustos y elevados. Gracias á esta circunstancia, en nuestros dias

ha podido servir de parador de diligencias, luego de meson, y por último, en la pasada guerra civil de fuerte para un destacamento que se estableció alli con objeto de proteger los correos y transeuntes.

El conde de Roade era soltero, y un dia despachó á su page favorito Rogin-Rojal al castillo de Andrade con objeto de pedir en matrimonio á la bella Laura, única heredera de este apellido. Laura amaba al caballero de Guimil, que á la sazon se hallaba en la guerra, y su padre, anciano y achacoso, no solo lo sabia, sino que aprobaba estos amores; pero sin embargo, consintió en que diese la mano de esposa al señor de Salgueiros, mas por miedo que por voluntad, no hallándose en estado de arrostrar las consecuencias de una negativa. Laura, pues, se sacrificó por amor á su padre, sin lograr, sin embargo el objeto, porque el anciano, sea por efecto de la pena que le causó este suceso, ó á consecuencia, como algunos dicen, de unas yerbas que le hizo dar su yerno, impaciente por heredarlo, el resultado es que murió á muy pocos dias de verificada la boda, con lo cual la infeliz Laura quedó sola en el mundo, entregada á su tirano, que este nombre, mas que el de esposo merecia el de Roade por el trato que la daba.

La heredera de Andrade cayó en una tristeza mortal, y por un efecto del corazon humano, que tiene fácil esplicacion para todos los que han sufrido penas en el mundo, sus meditaciones se concentraron en un solo objeto; el amor del caballero de Guimil. La ilusion es hija de la esperanza, como la esperanza es compañera de la ilusion; sin una y sin otra, la vida fuera insoportable; sobre todo, en esos tristes momentos en que no le queda al hombre mas que el llanto por único consuelo. A fuerza de meditar Laura en sus pasados amores, á fuerza de pensar en su felicidad perdida, llegó á concebir esperanzas para el porvenir; una esperanza vaga, incalificable, indefinible, pero suficiente para sostenerla é impedir que sucumbiese. Ciertamente que la esposa del de Salgueiros no tenia muchos motivos para alimentar ilusiones, pero ¿no son estas disculpables á los diez y ocho años?

Tal era la disposicion de su ánimo, cuando verificó el conde de Roade una salida á recorrer sus estados, dejándola encomendada á su fiel page Rogin. Miraba la condesa á este con particular agrado, porque era tambien el único en el castillo que la trataba con cariño; pero estaba muy lejos de sospechar que sus deferencias con el page hubiesen infundido en él una insensata pasion, hasta que una tarde que estaba en su gabinete sola, lo oyó de su propia boca. La condesa escuchó con indignacion las pretensiones de Rogin, y le prohibió que jamás volviese á presentarse en su aposento.

Algunos dias despues de este suceso, y cuando Laura ya lo habia ol-

vidado, se hallaba una noche asomada á una de las ventanas de su cuarto que daban sobre el foso, y le pareció oir pronunciar su nombre con voz casi imperceptible. La primera idea que le ocurrió, fué que el page se valia de este medio para insistir en sus amores, y ya iba á retirarse indignada, cuando la repeticion de la voz la contuvo, porque conoció que se habia equivocado. Quien la llamaba era el caballero de Guimil, y creo escusado decir cuánta sería la sorpresa de la castellana. Entablóse un diálogo entre los dos amantes, cuyo objeto ya pueden vds. adivinar. Reconvenciones por parte del caballero, disculpas de la dama, protestas de amor, y por último, una cita para la noche siguiente, en que el enamorado jóven se aprovecharia de una cuerda que le echaria la condesa para llegar hasta la ventana, á fin de no comprometerse hablando á tanta distancia. Ya era tarde. Aunque el diálogo pasó en voz apenas perceptible, el page lo habia escuchado todo, y tuvo buen cuidado de despachar un emisario á su amo, avisándole lo que ocurria. Estaba agraviado, y no quiso perder tan buena ocasion de vengarse.

Volvió el conde precipitada y sigilosamente al castillo, donde enterado de los pormenores, dispuso una emboscada con ánimo de que fuese cogido *infraganti* el caballero, y encomendó á Rogin el que la dirigiera. Ocultóse este con dos hombres muy bien armados, en paragé conveniente, y esperaron al caballero. Laura ignorante de cuanto ocurria, porque ni aun de la vuelta de su esposo tenia noticia, tambien esperaba á su amante provista de una cuerda nudosa que tenia atada á los hierros de la ventana. Estaba ya muy adelantada la noche y casi iba perdiendo la esperanza, cuando sintió la señal convenida que era rodar una piedra por la muralla; al punto echó la cuerda y un hombre se agarró á ella trepando con la mayor velocidad; pocos instantes despues estaba en los brazos de Laura; pero antes de que hubiesen podido cambiar ni una sola palabra, la puerta del cuarto de la condesa se abrió, y penetró por ella otro hombre que, armado de un puñal, se dirigió precipitadamente hácia los amantes. Laura dió un grito y cayó desmayada; entonces se trabó entre los dos hombres una lucha terrible que duró mas de media hora, y cuyo término fué quedar tendido exánime el que entró por la puerta. Los dos antagonistas habian peleado á oscuras y sin pronunciar una palabra; pero al caer el vencido dió un grito tremendo, tan tremendo, que puso en alarma todo el castillo. Acudieron al lugar de la catástrofe varios criados con luces, y entonces presenciaron un espectáculo terrible. La condesa desmayada sin dar señales de vida; el conde tendido en el suelo revolcándose en su sangre y Rogin-Rojal herido tambien y ensangrentado arrimado á una pared.

—¡El conde! gritó Rogin sorprendido. ¡Es el conde á quien he muerto!

—Si, dijo el de Roade con voz espirante; has asesinado á tu padre.

El page cayó anonadado sobre un sitial, y el conde exhaló el último aliento.

La esplicacion de todo esto es, que el caballero de Guimil tuvo noticia por un confidente, de que el señor de los Salgueiros habia vuelto al castillo inopinadamente, y sospechando algo de funesto no acudió á la cita. Rogin que lo esperaba, y que como vds. saben conocia la señal acordada entre los amantes, viendo que no iba, concibió el proyecto de sustituirlo, esperando por este medio conseguir de Laura lo que esta le habia negado tan altivamente. Su ánimo era obligarla á huir con él para sustraerse á las iras de su esposo. Este por su parte, cansado de aguardar al page para que le diese cuenta del resultado de su comision, se decidió á ir al cuarto de la condesa á escuchar desde la puerta lo que pasaba. Cuando vió entrar por el balcon un hombre, no dudó que fuese el caballero que habria escapado de la emboscada por la fuerza ó por astucia, y queriendo tomar por sí mismo la venganza, se precipitó en el aposento puñal en mano. Rogin á su vez, al ver un hombre en el cuarto de Laura, é ignorando por donde habia entrado, creyó sin duda que seria el caballero, ó cuando no al verse acometido, usó de las armas en su propia defensa, y ya sabemos cuál fué el resultado.

Despues de lo ocurrido en esta fatal noche, Laura entró en un convento, y el page, que era en efecto hijo natural del conde, habido en una pobre paisana, se embarcó para América y no ha vuelto nadie á saber de él. Todavia se conserva en el castillo de Andrade la ventana por donde dicen que Laura echó la cuerda, y aun hoy se llama á la habitacion donde murió el conde *la Sala de la Lucha.*

—¿Y el caballero de Guimil? preguntó Mauricio.

—Se casó á poco, dijo Caunedo, con una heredera rica, y olvidó para siempre á Laura.

—Está visto, añadí yo, que en materias de amor no valemos los hombres mas que las mugeres.

—Eso es segun, prosiguió Mauricio. Yo puedo probar que.....

—Mañana nos probarás todo lo que quieras, le interrumpi, porque es muy tarde y tenemos que descansar para emprender nuestra espedicion. Un cuarto de hora despues dormiamos los tres profundamente.

CAPITULO XXXIX.

La colegiata de Caaveiro.—Betanzos.—La Coruña.

La ex-colegiata de *Caaveiro* que fué un tiempo de canónigos reglares de San Agustin, está situada en la feligresía de *Santiago de Capela*, entre dos elevadas montañas, por cuya profundidad corre silenciosamente el rio Eume, y sobre un alto peñasco casi del todo aislado rodeado del citado rio y de otro riachuelo que se le reune, teniendo el peñasco y colegiata por única entrada un estrecho istmo ó lengüeta de tierra por la parte de Capela, presentando el peñon por los demás lados (cortados casi verticalmente) profundos precipicios. Es singular el aspecto que ofrecen estas religiosas ruinas, en un parage tan desierto y apartado del mundo, y que recuerda las ermitas de la Tebaida. Consérvanse, si bien en muy mal estado, las casas celdas del prior y canónigos y la iglesia, al cuidado de un labrador colono y de su familia, únicos habitantes (además de los lobos y jabalíes) de aquella terrible soledad. El origen de este piadoso edificio, cuyo fundador se ignora, se hace subir á los primeros siglos del cristianismo, y aun se pretende en Galicia ser San Juan de Caaveiro la primera iglesia que tuvieron los cristianos, discípulos del apóstol Santiago. Era colegiata de real patronato, y tenia un prior y seis canónigos que vivieron en ella hasta principios del presente siglo, que suprimió el gobierno esta colegiata con objeto de trasladarla al Ferrol, lo que no se verificó. El célebre San Rosendo, obispo que fué de Mondoñedo, habia sido antes prior ó abad de Caaveiro, y aun se conserva en uno de los altares laterales una alba viejísima y un cáliz de forma antigua, con que celebraba misa el santo. De la alba suele dar el casero algun fragmento como especial reliquia. He aqui la piadosa leyenda que de San Rosendo nos refirió el citado labrador, guardian de la antigua colegiata. Asomándose un dia el santo á la ventana de su celda, á la sazon que una terrible tempestad oscurecia el cielo, exclamó: ¡Oh, qué dia tan malo! Arrepentido en el acto de este dicho que miró en su rígida piedad como una punible murmuracion contra los decretos del cielo, arrojó al Eume su anillo abacial pidiendo á Dios se lo volviese á su poder, cuando le hubiese perdonado aquel pecado. Siete años se pasaron, y al cabo de tan largo tiempo, el cocinero de la colegiata fué á dar parte al san-

to abad de que estando aderezando un reo (1) habia encontrado en su vientre un anillo. San Rosendo reconoció el suyo, y dió gracias á Dios de haberle perdonado.

Nos detuvimos casi todo el dia en Caaveiro y nos volvimos á Puentes de Eume bastante fatigados, pues tuvimos que hacer la mayor parte de esta jornada á pié á causa de la estremada escabrosidad del terreno. A la madrugada siguiente emprendimos el camino para Betanzos que solo dista dos leguas y media.

La situacion de esta ciudad en la carretera de Madrid á la Coruña, sobre una colina circundada por los rios Mandeu y Mendo, y rodeada de otras colinas vestidas de viñedo y arbolado, no puede ser mas amena y vistosa. Tuvo por nombre ***Brigantium Flavium***, y su orígen se pierde en la noche de los tiempos fabulosos, atribuyéndose su fundacion por unos á los primeros pobladores de España, por otros á los celtas, y finalmente, por otros (aunque con menos razon) á los romanos, quienes la dieron el dictado de Flavium en tiempo de Domiciano, ó de Flavio Vespasiano segun varios autores. Lo que parece averiguado es que ***Brigantium*** era ciudad de los ***arrotrevas*** ó ***ártabros***, antiguos pueblos que habitaban esta costa y que formaba una misma poblacion ó república con la llamada hoy Coruña, que era su puerto y tenia el mismo nombre, siendo muy comun en aquellos tiempos denominarse de su capital como hoy acontece con los barrios de una poblacion. Con el trascurso de los siglos Betanzos vino á perder su importancia antigua. El rey Enrique IV le concedió por segunda vez el título de ciudad en 1465, merced que en 1480 confirmaron los reyes Católicos añadiéndole grandes privilegios, entre otros, el de voz y voto en Córtes. En el dia solo cuenta unos 4,200 habitantes, y es cabeza de un partido judicial de ascenso que comprende 10 ayuntamientos, 96 feligresías y 900 poblaciones. Entre sus edificios el llamado el ***Archivo*** que está en la plaza ó campo de la Feria nos pareció el mas notable. Se construyó en 1763 para custodiar los papeles de las escribanías de la audiencia territorial de Galicia, pero no tuvo efecto esta disposicion y se destinó á cuartel.

En el partido judicial de Betanzos se halla la antigua torre ***Do Peyto Burdelo*** ó sea ***del Pecho del Burdel***, solar de la familia de los Figueroa y teatro de la renombrada hazaña de donde tuvo orígen este ilustre apellido que llevan los duques de Feria. Repetiremos aqui, con este motivo, las palabras de Huerta en sus anales de Galicia.

---

(1) Especie de peces de bastante magnitud de que abunda el rio Eume.

«A un caballero de esta familia de Figueroa, llevaron su dama como comprendida en el tributo de las cien doncellas, y para ello fué conducida á una torre que aun permanece no lejos de la ciudad de Betanzos que se llama la torre ***Do Peyto Burdelo.*** Aqui la recibieron los moros con las demas compañeras, y su enamorado convocando otros cuatro hermanos suyos, los salieron al encuentro una legua de aquella torre en un campo lleno de higueras, y acometiéndolos valerosamente, mataron á unos é hirieron á otros, y los hicieron huir librando las cautivas. En memoria tomaron por armas cinco hojas de higuera, por haber sido cinco hermanos los de la hazaña, y para trofeo de la victoria edificaron alli su casa solar.» Casi todos los nobiliarios que se ocupan de esta familia añaden, que el adoptar la divi-



Iglesia de San Martin en Tiobre.

sa de las hojas de higuera y el apellido de Figueroa, fué por no haberse valido de otras armas para el combate con los moros que de unas ramas que desgajaron de las higueras que alli habia.

Muy cerca de Betanzos hay una antigualla notable, que como es de suponer no dejamos de visitar. Es esta la iglesia que sirve de parroquia á la aldea de San Martin de Tiobre. Dícese en el pais, que este templo señala el lugar donde estuvo edificada la ciudad antiguamente. Su arquitectura bizantina, los dragones de piedra con que remata (antigua divisa guerrera de los suevos), y la advocacion de San Martin á quien la nacion sueva profesaba gran afecto desde que se hizo católica, son argumentos de bastante fuerza para adoptar la general creencia de que San Martin de Tiobre debe

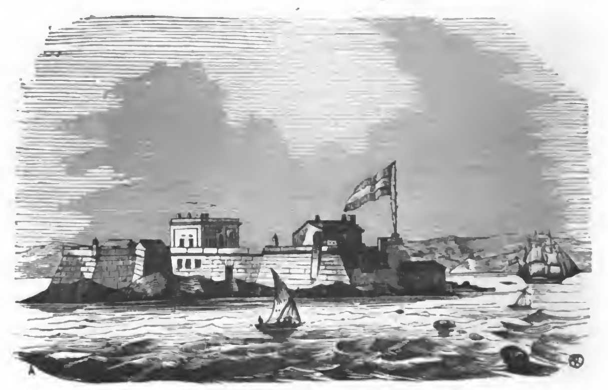
su orígen á aquellos antiguos conquistadores de Galicia. Por lo demas, esta iglesia, si bien muy digna de observarse por el arqueólogo y el viagero, en nada nos sorprendió, pues es muy semejante á las de Amundi, Villanueva, Abamia y otras que habíamos visto en Asturias, y tal vez todas pertenezcan á una misma época, es decir, al siglo VIII.

El dia que salimos de Betanzos con direccion á la Coruña, hicimos alto para comer en el Burgo, pequeña aldea que dista legua y media de la última ciudad nombrada, y que está situada sobre la carretera y á la orilla izquierda del rio Mero, sobre el que hay un mediano puente de doce arcos. El camino desde el Burgo á la Coruña es de lo mas delicioso, pues aparte la agradable vista del mar, forman un risueño paisage las graciosas aldeas y casas de campo que se ven esparcidas por una y otra parte. Dejamos atrás el estanque de Cidama, el lindísimo aunque pequeño valle de Palavea, el Portazgo, el monte de Iris, la aldea de Monelos y el populoso barrio de Santa Lucía, y á las cinco de la tarde entramos por las puertas de la capital de Galicia, de cuya descripcion vamos á ocuparnos.

Esta ciudad está situada al estremo N. O. de nuestra península Ibérica, y en el vértice que forman la costa de Cantabria y la de Galicia, ocupando una estrecha lengua de tierra, ó sea istmo, que une con la tierra firme una península que tendrá como media legua de longitud, y en cuyo estremo se alza el famoso y antiquísimo faro conocido con el nombre de *Torre de Hércules*. Divídese la Coruña en dos partes que forman dos poblaciones, no solamente separadas, sino que presentan á primera vista un tipo enteramente contrario. La parte antigua llamada *la Ciudad* tiene calles tortuosas y angostas, abunda en iglesias y conventos, y sus silenciosos barrios están habitados por las autoridades, el clero y la nobleza, cuyas casas *blasonadas* remontan su orígen á lejanos tiempos. La *Ciudad Nueva* ó *Pescadería*, que ocupa el istmo de la península de que antes hablamos, presenta el aspecto de una verdadera poblacion moderna. Sus hermosas calles rectas y anchas formadas por casas de varios pisos con reducidas habitaciones, se ven constantemente cruzadas por corredores, agentes de comercio, marinos de diversos paises, y comerciantes de todas categorías. En este barrio casi todas las casas son tiendas ó almacenes de mercaderías, y en él están situados los teatros, los cafés, los gabinetes de lectura, la aduana, el tribunal de comercio y las habitaciones de los cónsules estrangeros. Inútil es decir que el viagero que guste de reposo y del trato fino de la culta sociedad, debe preferir en la Coruña las casas de «la Ciudad» y huir de la *Pescadería*, donde no oirá hablar eternamente mas que de facturas, de letras de cambio, del cacao, del azúcar, y de la entrada y salida de buques en el puerto.

Ambas partes de la Coruña tenian sus respectivas fortificaciones que las

separaban enteramente una de otra, y que acababan de completar la ilusion de dos ciudades diferentes: mas en 1841 cuando entró en los pueblos la manía de derribar sus ciudadelas y fortalezas, los coruñeses decretaron la demolicion de las murallas que separaban la Ciudad de la Pescadería, so pretesto de que podian dañar á esta última, y empezaron á realizarla; pero suspendida despues la operacion por mandato del gobierno, presenta hoy aquella parte un aspecto repugnante, cegados los fosos con los escombros, y la muralla llena de brechas. La consideracion de la Coruña como plaza fuerte data al menos del reinado de Enrique III, en que consta se edificaron la mayor parte de las fortalezas de la Ciudad Vieja, que fueron luego reparadas por Cárlos V; pero cuando se trató de poner esta plaza y su importan-



Castillo de San Anton en la Coruña.

te puerto en estado respetable de defensa, fué en 1702, dando principio á las obras un ingeniero francés llamado Reinaud, que continuaron despues varios españoles. Constan las defensas de la Coruña, de varias cortinas y baluartes segun el sistema moderno de fortificacion, cubiertos de razonable número de piezas, y de los castillos de San Diego, Santa Cruz, y San Anton que defienden la hermosa y concurrida bahía. El último fuerte que hemos nombrado está pintorescamente situado sobre una roca aislada en el mar, y es capaz de veinte y tres cañones. Habia desde muy antiguos tiempos en esta isleta una pequeña ermita dedicada á San Anton, que se conserva, y sus primeras fortificaciones datan del siglo XVI aunque fué casi del todo reconstruido en el reinado de Cárlos III. Nosotros visitamos con

gusto esta fortaleza, pues además de su importancia militar y bella posicion, es memorable por haber servido de prision á varios personages, entre otros don Melchor Macanáz, ministro de Felipe V, don Antonio Villarroel, famoso partidario del archiduque Cárlos en las guerras de sucesion, etc., etc. Además de los castillos referidos hay otras obras esteriores que aumentan las defensas de la plaza.

Entre la Ciudad y la Pescadería está la plaza, ó mas bien un gran campo llamado de la Leña ó de la Horca, porque era el lugar destinado á las ejecuciones. Aqui murieron en el suplicio por opiniones contrarias, víctimas de nuestras discordias civiles, el general Porlier en 1815, y el baron de Sant-Joani en 1822. En el citado barrio de la Pescadería, está la plaza de la verdura y la de comestibles donde se celebran los mercados semanales; en la Ciudad hay otra plaza llamada de la Harina, de bastante estension pero de figura irregular, y en ella está el palacio de la Audiencia, las oficinas civiles y militares, y la casa de ayuntamiento hoy demolida para reedificarse: las demás plazas ó plazuelas son insignificantes.

Los templos de la Coruña no corresponden tampoco ni por su mérito arquitectónico ni por su grandeza á la importancia de la poblacion; los recorrimos todos, y solo la colegiata de Santa María del Campo, y la iglesia parroquial de Santiago nos parecieron dignos de recomendarse por su antigüedad y por sus recuerdos históricos. Tambien visitamos el palacio, el hospital, la cárcel, el presidio correccional, el teatro construido de nueva planta, aunque sin concluir la decoracion esterior, los cuarteles y la célebre torre de Hércules, que por sus recuerdos y nombradía exige que nos detengamos en ella un momento.

Ocupa este antiquísimo monumento el estremo de la península en que está situada la ciudad, y se alza sobre la cima de una colina. La elevacion es de ochenta y dos pies, y su planta es un cuadrado de treinta y un pies en cada lado. El material que la constituye es un compuesto de piedras de un pie en cuadro y otro tanto de grueso, cal, y guijarros menudos. Tiene tres pisos abovedados del mismo material que las paredes, los que en antiguos tiempos no se comunicaban. Actualmente este vetusto faro carece del aspecto venerable que le prestaria su remota antigüedad, pues en 1788 fué revestido de piedra de sillería para darle mas solidez, por disposicion de la junta de Comercio. En otro tiempo estaba rodeada esta torre de una especie de rampa en espiral por la que se subia á lo alto, en donde habia una especie de meseta de piedra destinada á encender una hoguera de noche, para que sirviese de guia á las embarcaciones. Esta rampa esterior, que era muy ancha y por la que dicen podia subir un carro de bueyes, se habia derribado ya en 1549. En lo alto de la torre está el gran farol con

eclipses formados por planchas de hierro, á los que da movimiento un reloj colocado en el centro, que obscurecen sucesivamente los siete reverberos que se encienden por la noche. Al pie de la torre está grabada en una peña la siguiente inscripcion romana:

MARTI.
AVG. SACR.
G. SEVIVS.
LVPVS.
AR......TECTVS.
AT......SIS
LVSITANVS. EX. V.º

Para conservar esta notable escritura, cuando la reparacion de la torre, se encerró la peña que la contiene en una caseta de sillería. En la parte superior de la referida peña, se ve un plano circular con un taladro en el centro, en que estaba afianzada la grande estátua del dios Marte. La historia de la torre de Hércules se remonta á épocas muy remotas é inciertas. Muchos aseguran fué edificada por los fenicios, y otros con mejores fundamentos, atribuyen la fabricacion de este hermoso faro, pues con este objeto fué construida, al emperador Trajano, fundándose no solo en la inscripcion referida, sino tambien en que ningun escritor antiguo hace mencion de tan curioso monumento hasta Paulo Orosio, que escribió á principios del siglo V, atribuyéndose á los sarracenos la destruccion de la escalera esterior que lo circuia, y de la estátua de Marte que estaba encima de la inscripcion. En las turbulentas épocas de la edad media, este faro se convirtió en fortaleza ó castillo, y pertenecia á los arzobispos de Santiago; llamábase el *castillo del Faro* ó el *castillo Viejo*. Apagadas por fin las discordias en que ardia Galicia, fué la torre abandonada, y se desmoronó, no quedando mas que las cuatro paredes. Asi permanecia á mediados del siglo XVI en que la visitó Molina, como él mismo nos asegura en su descripcion de Galicia. En 1682, fué reparada por el duque de Uceda, capitan general de Galicia, construyéndose dos torrecillas encima de la torre, en las que se colocaron dos faroles. Duró poco esta mejora, pues en el reinado de Cárlos III la torre no era mas que una ruina, hasta que fué de nuevo reparada por la junta de Comercio como ya dijimos.

El principal paseo de la Coruña es el llamado de la *Reunion*, que consiste en una alameda compuesta de tres calles de árboles, con bancos de piedra. El paseo de San Cárlos ocupa el antiguo baluarte del mismo nombre, y consiste en un bonito jardin en cuyo centro hay un elegante sepul-

cro que contiene los restos del general inglés Sir *Juan Moore*. El paseo de la Torre es el camino que dirige á esta, dejando á la derecha el cementerio que es proporcionado á la poblacion, y á la izquierda el parque de San Amaro. Presenta una hermosa vista, pues desde él, se domina el gran seno que forma el Océano con los tres puertos del Ferrol, Betanzos y la Coruña. Tambien es un agradable paseo el llamado de Santa Margarita por sus bellas vistas. Visitamos ademas de lo mencionado, las magníficas fábricas de la *Pallora* que es de cigarros, y en cuyo edificio grandioso se ocupan dos mil cuatrocientas siete personas entre empleados y operarias, y la de vidrios, en la que se emplean treinta operarios estrangeros y ciento veinte del pais. La Coruña es cabeza de un partido judicial que comprende siete ayuntamientos y sesenta y una feligresías, capital de la provincia civil de su nombre, que es de primera clase, y contiene cien ayuntamientos, de la audiencia territorial de Galicia, de la capitanía general del mismo reino, de la comandancia general de su provincia, de una intendencia, de un partido de rentas, del cuarto departamento de artillería y de una provincia y partido marítimo que lleva su nombre.

Despues de la ligera descripcion de la Coruña que acabamos de hacer, daremos á nuestros lectores algunas noticias de la historia de esta notable ciudad. Como en todas las poblaciones de remoto é ignorado orígen, se han relatado muchas fábulas sobre su fundacion. La Crónica general de España, escrita por Alfonso el Sábio dice: «Ercoles é Gerion lidiaron tres dias que non podian vencer, é en cabo venció Ercoles é cortol la cabeza, é mandó en aquel logar facer una torre muy grande é fizo meter la cabeza de Gerion en el simiento, é mandó poblar y una grand cibdad, é facie escribir los nombres de los omes é de las mugieres que venien poblar; é una que y vino, fué una muger que abie nombre *Cruña*, é por eso puso asi nombre á la cibdad.» Mas dejando á un lado las ficciones poéticas, hallamos que el verdadero nombre antiguo de la ciudad de que hablamos, fué *Brigantium*, ó *Flavium Brigantium*, y el sitio que ocupa pertenecia al pais de los *ártabros* ó *arrotrevas*, de los que dice Estrabon tenian varias ciudades á la orilla del mar, y en rededor de aquel gran seno, á cuyas inmediaciones se alzaba el promontorio *Céltico* ó *Nerio*, llamado hoy cabo de Finisterre. Tolomeo que vivia el año 140 de Cristo es el primer escritor que nombra á Flavium Brigantium, ciudad de la costa septentrional de los gallegos lucenses, y situada en el *Puerto Magno*. Paulo Orosio, que vivió en el siglo V, dice que en *Brigantia*, ciudad de Galicia, hay un «altísimo pharo, obra memorable entre las pocas de su clase, que se alza á tal altura, que pueden descubrirse las costas de Britania.» Este es el primero que nombra la torre, como ya dijimos, y no puede menos de atribuirse su creacion al emperador es-

pañol Trajano, con el mismo objeto que hoy tiene de servir de guia á las naves. Las inmensas ventajas que para la navegacion y la pesca ofrecia la privilegiada situacion de este hermoso puerto, llevó alli sin duda á sus primeros pobladores; pobres pescadores, que ejercian su industria en canoas de mimbres cubiertas de pieles, los que segun nos dice Dion Casio, se llenaron de asombro al ver la magnitud y estraña forma de las naves romanas, mandadas por Julio César, que tomaron tierra en este puerto brigantino, y de que se apoderó sin resistencia aquel guerrero célebre. Es de creer que desde esta época se acrecentó la poblacion por los esfuerzos de los romanos que conocieron todas las ventajas que podia sacar la marina del imperio de tan escelente puerto. En cuanto al nombre moderno de ***Coruña***, que aparece por primera vez en un documento de fines del siglo XII, parece no cabe duda en que se deriva de ***Columna***, con que se conocia el faro ó torre de Hércules, y de aqui con fácil adulteracion ***Clumna***, ***Crumna***, ***Cruña*** y ***Coruña***. Desde el desembarco de Julio César no vuelve á mencionarse esta ciudad en la historia, hasta 884, en que segun los cronicones de Sebastian, obispo de Salamanca, y del monge de Silos, una flota de piratas normandos hizo un desembarco primero en Gijon, y luego en el ***Farum Bregantium***, y talaron el pais. El rey don Ramiro I, que á la sazon ocupaba el trono de Asturias, envió contra los corsarios un ejército que los derrotó y obligó á reembarcarse en este mismo puerto de la Coruña con pérdida de setenta navios. En 885 se levantó en esta ciudad contra el rey don Alfonso III, llamado el Magno, un magnate de nombre ***Hermigildo***, ayudado de su muger ***Iberia***, pero ambos fueron presos y castigados. Don Bermudo III dió esta ciudad y su faro á la iglesia de Santiago en 1029, y la nombra en la donacion ***Farum Brecanticum***. Por este tiempo, poco mas ó menos, los habitantes de la Coruña, huyendo sin duda de las continuadas correrías de los piratas normandos, se trasladaron al pueblo del ***Burgo***, situado muy en lo interior de la ria, y la dejaron enteramente desierta. Volvió á poblarse á fines del siglo XII, mas fué preciso repetidas cédulas de los reyes, para que los vecinos del Burgo deshiciesen los edificios que alli construyeran, y volviesen á vivir á la Coruña. En 1370 los portugueses se apoderaron de esta plaza, mas hubieron de abandonarla, merced á los esfuerzos de Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y Pedro Ruiz de Sarmiento, que lo era de Galicia. En la Coruña se embarcó el rey don Pedro el Cruel, cuando huyendo de su hermano el de Trastamara, pasó á Bayona de Francia, á pedir auxilios á los ingleses. El duque de Lancaster llegó á la Coruña el 26 de junio de 1386, y se hizo dueño de algunas naves que habia en el puerto, mas no de la ciudad que defendió bizarramente su gobernador Fernan Perez de Andrade. La reina doña Juana la Loca, y su esposo Felipe I el Hermoso, desembar-

caron en la Coruña en 28 de abril de 1506. Cárlos V celebró córtes en esta ciudad en las que manifestó marchaba á Alemania á tomar la corona imperial, y solicitó de las mismas auxilios pecuniarios para los gastos de su viage, pero los procuradores de Salamanca se opusieron enérgicamente á esta exigencia, y protestaron que ni aun el juramento de fidelidad acostumbrado prestarian al rey, hasta que este no accediese á la disminucion de los tributos y otras peticiones que se le hicieron, lo cual apoyó tambien un procurador por Toledo. Cárlos V sin escuchar tan justas quejas, se embarcó en la Coruña el 20 de mayo de 1520, y en seguida estalló la guerra de las Comunidades que dieron fin con las libertades de Castilla. Felipe II se embarcó tambien en este puerto el 12 de julio de 1554 cuando iba á Inglaterra á contraer matrimonio con la reina de aquel pais, María la *Sanguinaria*. En 1563 dispuso este rey, que la real audiencia de Galicia, que residia en Santiago, se trasladase á la Coruña, ciudad á la que da en la cédula de traslacion el nombre de *«fuerza y guarda del reino de Galicia.»* El 4 de mayo de 1589, se dejó ver la escuadra inglesa, que á las órdenes del renombrado Francisco Drak, venia de órden de la reina Isabel de Inglaterra á apoderarse de la ciudad de la Coruña. La memoria del sitio que sufrió entonces esta ciudad, y el singular esfuerzo con que se defendió, rechazando despues de muchos dias de combate á los enemigos, forma una de sus mas grandes glorias. A pesar de la brevedad de unos *Recuerdos de viage*, debemos mencionar aqui la hazaña de una heróica coruñesa en aquel famoso cerco. Apoderados los ingleses del barrio de la Pescadería ó Ciudad Nueva, intentaron un furioso asalto contra la Ciudad, despues de volar una mina que habia abierto la brecha. Un alférez inglés que subia el primero por ella con una bandera en la mano, fué muerto por la referida muger, llamada María Fernandez de la Cámara y Pita, y vulgarmente en la Coruña María Pita, viuda de un valiente que murió poco antes defendiendo la plaza. Arrancó la heroina la bandera de las manos del moribundo alférez, é hizo huir á los que le seguian. Felipe II premió este hecho señalado, concediendo á María Pita el grado y sueldo de alférez, y éste trasmisible á sus descendientes, que lo disfrutaron largo tiempo. El capitan general ó gobernador de Galicia, que defendió la plaza en aquella ocasion, era el marqués de Cerralvo. En 8 de abril de 1691, desembarcó en la Coruña la reina doña María Ana de Austria, que venia á desposarse con Cárlos II. La Coruña fué de las primeras poblaciones que se levantaron contra los franceses en 1808, y en ella se reunió la antigua diputacion del reino de Galicia, compuesta de un representante de cada una de sus siete ciudades de voto en córtes, cuya corporacion dirigió con el acierto que todos saben, la terrible guerra que Galicia hizo á las huestes de Napoleon. El 16

de enero de 1809, hubo en las mismas puertas de la Coruña, una reñida accion entre las tropas francesas que mandaba el célebre Soult, y las inglesas, cuyo general era sir Juan Moore, que aunque ventajosa para estos últimos, perdieron al intrépido Moore, que recibió una herida mortal de una bala de cañon. Habiéndose despues embarcado los ingleses, la Coruña hubo de capitular el 19, y se posesionó de ella el mariscal Soult, aunque por muy pocos dias, pues la evacuó el 22. El renombrado general Porlier, que por liberal habia sido preso en el castillo de San Anton en 1814, poniéndose al frente de las tropas que guarnecian la plaza, proclamó la Constitucion el 18 de setiembre de 1815, pero habiendo salido de la Coruña á la cabeza de aquellas, con objeto de generalizar el movimiento, fué abandonado de sus infieles soldados, entrando preso en la Coruña á los cuatro dias de su salida. Pocos despues murió en el suplicio. En 1820 la Coruña fué la primera ciudad que secundó el grito dado en la isla de Leon, en favor de la Constitucion. Sitiada la Coruña por los franceses el 18 de julio de 1823, se defendió con bizarría, aunque inútilmente, pues se vió precisada á capitular el 10 de agosto.

El escudo de armas de esta antigua ciudad, consiste en la torre de Hércules, en campo azul rodeada de seis conchas ó veneras, en alusion al antiguo señorío que tuvo la iglesia de Santiago sobre ella, y al pie de la torre dos huesos cruzados y una calavera coronada, en significacion de la fábula de la muerte de Gerion, de que hemos hablado.

Muchos son los hombres ilustres que tuvieron por patria esta ciudad; entre ellos debemos citar á don Francisco Salgado de Somoza, consejero de Castilla, y escritor fecundo, que murió en 1664; don Francisco de Trillo Figueroa, tambien escritor, que publicó entre otras obras, la *Neapolisea*, poema heróico del Gran Capitan; y don José Cornide y Saavedra, conocido y erudito académico de la historia, y escritor.

Cuatro dias permanecimos en la Coruña, y es indecible el trabajo que me costó decidir á Mauricio á dejar esta ciudad que le agradaba en estremo, especialmente por sus bellas habitadoras, que en efecto son interesantes, aunque si hemos de dar crédito á la voz pública, un tanto coquetas. Ignoro si esta opinion es fundada; solo puedo decir que en los cuatro dias de residencia, Mauricio dejó tres intrigas de amor pendientes; pero si esto probase algo contra las coruñesas, lo probaria igualmente contra todas las españolas, porque sabido es que en cuantas provincias habiamos recorrido, á mi amigo le sucedió otro tanto.

CAPITULO XL.

Una justicia del rey don Pedro.

«E un perlado que decian don Suero, arzobispo de Santiago, que era natural de Toledo é pariente de los mejores de la cibdad, estaba alli en Santiago, é cuando el rey alli llegó, aconteció lo que aqui oiredes.» *(Crónica del rey don Pedro, por Pero Lopez de Ayala.)*

I.

EL CONSEJO.

Es el fin de una bella tarde de estío del año de gracia de 1366. En un salon del arabesco alcázar de Sevilla, completamente decorado á la usanza morisca, vese muellemente sentado sobre ricos cogines de terciopelo el rey don Pedro de Castilla. En su semblante están pintadas la inquietud, la desconfianza y la tristeza. Rodéanle algunos de sus cortesanos, entre los que se distinguen el maestre de Calatrava, Martin Lopez de Córdoba, Mateo Fernandez, chanciller del sello de la Puridad, y Martin Yañez de Sevilla, tesorero ó almojarife. Estos tres personages eran los que en la época en que comienza esta historia, gozaban de mas privanza con el inconstante monarca castellano. Ocupaba á los actores de la escena que describimos una importante discusion: tal era el acordar el partido que deberia adoptarse en las apuradas circunstancias en que se hallaba don Pedro. Con efecto, el bastardo don Enrique, conde de Trastamara, seguido de un lucido ejército compuesto de franceses, aragoneses y castellanos mal contentos, habia invadido el territorio de Castilla, y se habia hecho proclamar rey en Calahorra, donde alzó el pendon real en la solemne ceremonia su hermano don Tello. Desde alli continuó la conquista del reino, ó mas bien su marcha

triunfal; pues todas las ciudades, ansiosas de sacudir el yugo del rey, le abrian las puertas. Don Pedro en su precipitada huida, abandonó al de Trastamara las *cabezas* de ambas Castillas, Burgos y Toledo, y disponíase á dejar á Sevilla, á donde se dirigia con la velocidad del rayo el afortunado vencedor. Distintas opiniones dividian al consejo del rey de Castilla y Leon, mas prevaleció la de pedir auxilio al de Portugal, con quien le unian los vínculos de amistad y parentesco. La repentina llegada de un pagecillo suspendió la importante conferencia. «Señor, dijo con tímida voz, que revelaba su corta edad, y el temor de desagradar á su terrible amo, dos caballeros desean tener la honra de besar la mano á V. A. en este mismo instante, pues.....» Los ojos del rey brillaron de un modo siniestro, y se fijaron de tal manera en el page, que éste hubo de bajar los suyos poseido de terror. «¡Rapaz! dijo don Pedro con tono brutal; guárdate otra vez de interrumpir las conversaciones de tu señor, ó ha de costarte caro..... Que entren.» Un instante era pasado, cuando se dejaron ver en la régia cámara dos arrogantes mancebos, cubiertos de lucientes armaduras. El uno parecia contar treinta años, su talla era magestuosa, una gruesa cadena del oro mas puro circuia su robusto cuello, y un liston rojo terciado sobre el hombro derecho, mostraba que el noble paladin pertenecia á la órden de caballería de la Banda, que fundó el belicoso rey Alfonso XI. El otro caballero era mas jóven, la barba empezaba apenas á sombrear su hermoso y varonil rostro, y vestia una armadura semejante á la de su compañero. Los modales de ambos hacian ver á tiro de ballesta su noble alcurnia, al mismo tiempo que unos turbantillos de tela roja, recamada de oro, que en vez de plumas ornaban sus bruñidos cascos, dejaban conocer al menos perspicaz, eran señores de feudo, ó usando el lenguage de la época, de horca y cuchillo. Uno y otro, impulsados de un mismo pensamiento, se arrojaron á los pies del monarca, gritando en voz ahogada por la cólera: «*¡justicia! ¡venganza!*»—Sorprendidos quedaron el rey y los circunstantes. «¿Qué os sucede?» dijo aquel, y luego con la volubilidad que le caracterizaba, añadió con sonrisa burlona: «¿Justicia me pedís? Dirigios á mi buen hermano Enrique. ¿Venganza? encomendadla á vuestras espadas; yo nada soy ya en Castilla: ¿no es verdad, señor chanciller?» Y volviéndose á este prorumpió en una estrepitosa carcajada. Alzáronse los dos caballeros recien llegados con no simuladas muestras de despecho, y el primero de quien hablamos, contestó al rey con tono enérgico, aunque respetuoso: «Holgáranos en verdad, señor, encontraros mas dispuesto á escucharnos: nunca hubiéramos creido mirase V. A. con tanta indiferencia los asuntos, en que se juega la vida y el honor de sus mas fieles vasallos.» Anublóse el semblante de don Pedro al oir tan amarga como justa reconvencion, y repuso con cortada

voz: «Bien, señores, hablad: yo os creia, en particular á vos, Fernan Perez, militando bajo las banderas del bastardo.—Los *Turrichaos*, dijo Fernan Perez, que era el de mas edad, saben sellar con su sangre sus juramentos; harto le consta á V. A. Siempre fieles, nunca os abandonarán, ni prestarán homenage á otro señor. En tanto tengamos vida, no han de faltaros vasallos; en tanto poseamos una almena, no os faltarán estados.» Si alguna vez en todo el curso de su borrascosa vida se conmovió el alma del rey don Pedro, fué en este instante, en que abandonado de casi todos los suyos, veia demostrados sentimientos de tan noble lealtad. Tendió, pues, las manos á los dos guerreros, y les dijo con ternura: «¿Qué puede hacer por vosotros, no ya el rey de Castilla, sino vuestro buen amigo don Pedro?—Señor, quisiéramos confiar solo á V. A. nuestra cuita.—Despejad: dijo bruscamente el rey á los circunstantes,» y en el momento se cerraron tras ellos las doradas puertas de la estancia real.

II.

SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Dos años antes de la época en que tuvo lugar la escena que acabamos de describir en una hermosa mañana de primavera, las altas torres de la basílica de Santiago, se estremecian al continuado clamoreo de las campanas. La magestuosa música de los órganos llenaba las bizantinas bóvedas de la antigua catedral. Mil blasonadas banderas flotaban por do quier, y un gran palenque alzado en la espaciosa plaza contigua al templo, y al que se veian llegar muchos paladines completamente armados, demostraba iba á celebrarse un torneo. Alegres danzas de aldeanos recorrian sin cesar las calles de la ciudad, todo en fin, anunciaba una solemne fiesta. Tantos regocijos, tenian por objeto celebrar la venida del muy noble y magnífico señor don Suero Gomez de Toledo, arzobispo y señor de Santiago, elevado nuevamente á esta dignidad. Su entrada debia verificarse de un instante á otro, pues se sabia habia llegado ya á su castillo de la *Rocha*, distante una legua de la ciudad, á donde fueron á recibirle todos los señores feudales del contorno, y otros nobles que le rendian vasallage por su dominio temporal. Bien pronto se dejaron oir las trompas y atabales de los hombres de armas que formaban la guardia del arzobispo. Manejaba éste con gracia y maestria su arrogante corcel árabe, del color del ébano: su arnés estaba

cubierto de rico paño de brocado, en el que brillaba el antiguo blason *ajedrezado* de azul y plata de los *Toledos*, cimado de un sombrero episcopal. El rostro del prelado era hermoso, si bien su mirada tenia una espresion siniestra. No habia alcanzado por su edad, (pues apenas contaba treinta años), la encumbrada dignidad de que se hallaba revestido; debíala si, al valimiento que su noble familia (1) logró siempre con los reyes, no habiéndose sentado hasta entonces un tan jóven sacerdote en la silla metropolitana de Galicia. Cabalgaban agrupados á su alrededor los mas ilustres caballeros de aquel antiguo reino. Alli se veian los Tenorios, los Moscosos, los Osorios, los Correas, los Montenegros, los Salgados y otros ciento que ostentaban su nobleza y gallardía; mas descollaba entre todos, tanto por su bella presencia, como por sus lujosos arreos, Fernan Perez Turrichao, uno de los mas poderosos señores del pais, y apreciado favorito del rey don Pedro, á quien servia en la honrosa clase de escudero. A su lado marchaba su pariente y amigo Alfonso Perez de Gallinato, en cuyo rostro juvenil iban pintados el contento y el placer: contínuas miradas dirigia éste á una de las ventanas ojivas de un viejo palacio, por frente del cual pasaba á la sazon la lucida comitiva. Llenas estaban aquellas de hermosísimas y apuestas damas; mas la que robaba la atencion de Alfonso, era sin duda la mas bella de todas: ¿cuál podia competir con doña Mayor?..... Era hermana de su amigo Turrichao, y su prometida esposa. No le ocupaban á doña Mayor ni la fiesta, ni los ricos atavíos que la engalanaban, ni la señalada preferencia que sobre sus compañeras le tributaban mil jóvenes galantes; su mirada estaba fija en los negros ojos del gallardo Alfonso, y se abandonaba sin resistencia á tan dulce fascinacion. Por fin aquella brillante cabalgata, pasó rápidamente cual una exalacion luminosa, y echando pié á tierra los nobles que la formaban, entraron en la catedral, donde el nuevo arzobispo debia por la vez primera dar la bendicion al pueblo que iba á gobernar como prelado y como señor. Pocos instantes duró esta ceremonia, y luego que don Suero quedó instalado en su suntuoso palacio, los caballeros que hasta alli le acompañáran, fueron á cambiar sus ricos y elegantes trages, por las férreas armaduras con que debian entrar en el solemne torneo que iba á celebrarse.

---

(1) Era don Suero, hijo de Gomez Perez de Toledo, y doña Teresa Alonso, hermano de don Gutierre Gomez de Toledo, maestre de Alcántara.

III.

EL TORNEO.

Mil y mil espectadores llenaban anticipadamente el lugar destinado á la liza. Las damas rodeadas de muchos caballeros que no tomaban parte en aquel ejercicio guerrero, ocupaban las tribunas de preferencia; esbeltos pagecillos las servian delicados refrescos, y muchos escuderos vestidos lujosa y galanamente ostentando en el pecho las armas de sus señores, conducian de la brida los arrogantes bridones que debian estar de respeto durante la figurada refriega. Los mantenedores eran Fernan Perez Turrichao, Alfonso de Gallinato y Suero Iñiguez de Parada, adelantado de Galicia, y muy privado del rey. Ocupaban estos una magnífica tienda de campaña, de estilo árabe, fabricada en Damasco, regalo hecho al rey de Granada, y que Fernan Perez tomó entre otros muchos despojos en la última campaña de Andalucía. Las lanzas de los valientes mantenedores estaban clavadas en tierra delante del pabellon, y de cada una se veia colgada la correspondiente adarga con que iban á entrar en la lid. Otra tienda no menos rica que la primera, si bien de distinta forma y situada á su frente, estaba destinada para los aventureros que debian tomar parte en el combate. Los heraldos examinaban detenidamente los escudos de estos, y cerciorados de la noble alcurnia que representaban, daban cuenta á Fernando de Castro y Pelayo Correa, que eran los maestres del campo, y les concedian la entrada. La alegría animaba los rostros de los concurrentes, si bien se mostraba alguna impaciencia por ver comenzar el marcial espectáculo, en tanto que los dos maestres recorrian á caballo el palenque, disponiendo lo necesario al mejor órden de la justa. Por fin el ronco son de los instrumentos bélicos, y las estrepitosas aclamaciones, anunciaron la llegada de la reina del torneo. Era esta la muy bella doña Mayor, hermana de Fernan Perez. Presentóse rodeada de sus cámareras, cautivando á todos los asistentes con su sin igual hermosura. Un su escudero la seguia, llevando en un azafate de plata una banda verde bordada de oro, y una rica espada cubierta de prolijas cinceladuras, fabricada en la imperial Toledo, premios destinados al vencedor. *La reina de la hermosura y de los amores*, ocupó el alto trono que la estaba destinado. A poco entró en el anfiteatro don Suero, acompañado de su dean Pedro Alvarez de Toledo, de otros muchos dignatarios, y va-

[illegible] caballeros legos sus vasallos. La llegada del arzobispo fue la señal para comenzar la lid, que inmediatamente se empeñó con furor, si bien con armas embotadas ó corteses, cual se usaba en tales ocasiones. Grandes muestras de fuerza y destreza se dieron en tan celebrada justa: mas el que llevó la prez de aquel dia memorable, fue el valiente Alfonso de Gallinato. ¿Quién pudiera disputarle la victoria? La bella reina del torneo le habia elegido por su caballero: los dulces lazos de himeneo iban bien pronto á unir sus vidas para siempre, coronando sus fidelísimos amores, y las blancas manos de doña Mayor, debian coronar al afortunado vencedor. Tanto premio era demasiado estímulo en un enamorado para no acometer las mas peligrosas empresas. Cinco lanzas quebró Alfonso con los mas fuertes justadores en las tres horas que duró el torneo: y la tierna mirada y dulce sonrisa con que su amada le acogió al atarle la banda y ceñirle la espada, fueron para él de mas valor que la mayor recompensa que jamás alcanzára el mas célebre guerrero. La noche que se acercaba á grandes pasos, puso fin á los regocijos del dia. Las gradas del anfiteatro quedaron desiertas en pocos instantes, y bien pronto un silencio semejante al de los sepulcros, reinó en aquel lugar tan bullicioso y lleno de vida momentos antes. Pedazos de lanzas, y algunas plumas que adornaban los yelmos de los paladines, y que vagaban á merced del viento por la ya desierta arena, era lo único que restaba del gran torneo que acababa de verificarse.

IV.

EL CRIMEN.

«Vive Dios, mi amado sobrino, que jamás vi una niña tan bella como nuestra reina del torneo. ¡Qué de encantos á la vez! ¡cuánta hermosura! Lo juro; á serme posible la tomára por esposa.—En poco os parais en verdad, querido tio, nuestro antiguo fuero nos permite tener una manceba; que la bella María lo sea vuestra.—Mas fácil es decirlo que poderlo alcanzar, sobrino mio: doña Mayor es tan virtuosa como bella.—Tambien lo era la novicia de Sancti Spiritus de Salamanca ¿os acordais?...—¡Qué bien nos sirvió en aquella aventura nuestro escelente médico Abranem!—¿No conservais ya nada de aquel filtro prodigioso que cura el desden de las hermosas? —Lo que convenia á unos aturdidos escolares no puede convenirnos ahora; es preciso renunciar á nuestra vida de jóvenes disipados; tú debes recordar

que eres...—Permitidme que os interrumpa y me rebele contra ese tono tan grave que tomais; demasiado sé que soy un hombre que no he cumplido aun veinte y seis años, y no veo una razon por la que deba ser anacoreta y renunciar á lo que el mundo tiene de mas bello..... las mugeres. A fé de caballero puedo juraros, amado tio, que las amo mucho, mas no á una sola, á cuantas veo... ¡Cuanto siento haber nacido en Castilla! Si fuera árabe ó al menos granadino, qué harem tan bien provisto...» Este infame diálogo salia de los lábios de dos hombres jóvenes reclinados sobre una gran mesa cubierta de terciopelo carmesí con franja de oro. Encima se veia una Biblia abierta escrita en finísimas vitelas, enriquecidas profusamente con miniaturas, y un alto crucifijo de marfil. Un suntuoso lecho cubierto de púrpura ocupaba uno de los ángulos de aquella cámara, que si bien de corta estension cual convenia á un dormitorio, revelaba todo el lujo de la época. Rico arteson dorado formaba su techo, y las ojivas de las ventanas estaban cerradas con pintados vidrios que representaban historias del Viejo y Nuevo Testamento. Varias estátuas de santos bajo afiligranados doseletes, y un bello reclinatorio prolijamente esculpido, y que no desdeñára un rey, completaban el ajuar de la estancia que ocupaban ambos interlocutores. Encubiertos con la máscara de la falsa piedad, ocultaban al pueblo que los miraba con veneracion y respeto, su corazon malvado. Dominados por las mas desordenadas pasiones, no perdonaban medio alguno para satisfacerlas. Bastante poderosos para disponer de todos los recursos para contentar sus deseos; ¡ay de la jóven á quien dirigieran sus impúdicas miradas! ¡Ay de la inocente paloma cuando la acecha el milano!... María tuvo la desgracia de ser vista de uno y otro, y aquel instante fué el último de su ventura.—Habia corrido un año. El mas jóven de los dos personages que acabamos de presentar á nuestros lectores, consiguió comprar á fuerza de oro, de una esclava mora que de cerca servia á doña Mayor, la llave de una puerta pequeña, que daba entrada al gran parque del antiguo castillo que la noble familia de Turrichao poseia en la Rocha, cercano al del arzobispo, y donde aquella residia durante la temporada del estío. La misma infame camarera echó en la copa de plata de su jóven señora, un activo narcótico, que la sepultó en un sueño letárgico.—Era una noche de horror y obscuridad, cuando las nubes rasgándose de pronto, mostraron un cielo de fuego, y el cárdeno y presuroso reflejo del relámpago, hizo divisar por un instante dos hombres envueltos en groseras capas, que conducidos por la esclava mora, entraban en el alcázar de Turrichao. Sus fuertes y ennegrecidos torreones retemblaban con el estampido horrísono del trueno, y un rayo rompió un robusto ciprés. Estremeciase el cielo al contemplar tan horrible crimen; mas en sus altos decretos estaba escrito que se consumára!!

V.

LA VENGANZA.

Se pasaron muchos dias. La victoria coronaba por do quier al afortunado bastardo de Alfonso XI. Ya se habia hecho dueño de toda la Andalucía, y las demas provincias se apresuraban á porfía á rendirle homenage. Don Pedro en tanto, seguido de algunos pocos vasallos que le permanecian fieles, entre los que se contaban Fernan Perez Turrichao y Alfonso de Gallinato, atravesó huyendo el Portugal y llegó al castilio de Monterey en Galicia. De alli *fué á pasar el Sant-Juan* (como dice la crónica) á Santiago. El arzobispo don Suero, que se hallaba á la sazon en su castillo de la Rocha, se apresuró á ofrecer sus respetos al rey don Pedro, aunque eran conocidas sus simpatías en favor de Don Enrique. Presentóse el prelado rodeado de toda la pompa teocrática y feudal de la época. Un canónigo le precedia en un blanco caballo llevando el guion ó cruz arzobispal; cabalgaba don Suero en un brioso alazan, y le seguian los cardenales y demas dignidades de su iglesia, cerrando la marcha los doscientos de á caballo, que formaban su guardia particular (1).

Recibióle don Pedro con agrado, y despues de una corta conferencia tornóse el arzobispo á su castillo. Pasáronse pocos dias: era el de San Pedro, y hallábase el rey en la catedral sentado en elevada tribuna cerca del altar mayor. Los oficios divinos iban á empezar. Los sonidos de la música sagrada se hacian sentir, y las plegarias del pueblo y de los sacerdotes subian al cielo envueltas con las nubes de incienso. En el mismo instante en una de las puertas de la ciudad, estaban veinte hombres de armas, capitaneados por dos caballeros con la visera calada; sus nombres eran Fernan Perez Turrichao y Alfonso de Gallinato (2). Largo tiempo hacia que espe-

---

(1) «.....E el arzobispo don Suero, vino y á el rey, é traco docientos de caballo: é desque vió al rey, é fabló con él, tornóse para la Rocha, que es un castillo llano suyo cerca de Santiago.....» *(Crónica del rey don Pedro por Pero Lopez de Ayala*, cap. 12.)—Todas las circunstancias de la muerte del arzobispo que aqui referimos son históricas, y sacadas de la misma crónica.

(2) «.....E mandó el rey á Ferraud Perez Torrechao, é á Alfonso Gomez de Gallinato, dos caballeros de Galicia que querian mal al arzobispo, que le estoviesen esperando, con veinte de á caballo á la puerta de la cibdad, é que le matasen: é ellos ficiéronlo assi. E pu-

raban, cuando una nube de polvo que por el camino se acercaba, vino á contener algun tanto la impaciencia que se apoderara de los guerreros: bien pronto descubrieron á don Suero, que acompañado de su sobrino el dean Pedro Alvarez de Toledo y de sus doscientos guardias, venia á cumplimentar al rey en la festividad de su santo. De repente se trabó un encarnizado y desigual combate, tanto mas terrible, cuanto menos esperado, entre los guerreros de Fernan Perez y los del arzobispo. Este apenas vió comenzada la refriega, hirió con el acicate el costado de su caballo, y á toda brida huyó hácia la catedral, y al tocar las puertas del templo donde pensaba refugiarse, Fernan Perez que de cerca le seguia, le arrojó su lanza que le atravesó de parte á parte (1). A este tiempo llegaba al mismo sitio Alfonso de Gallinato, que con su maza de armas acometió al dean, el cual asi como don Suero, intentaba acogerse al sagrado de la iglesia, y ya dentro de ella recibió un golpe en la cabeza que le dejó sin vida: varios sirvientes de la catedral y otras personas acudieron en socorro de los acometidos, y los condujeron ya muertos al altar mayor, cerca del que estaba el rey, como arriba dijimos. Fernan Perez hablaba ya tranquilamente con su alteza, mas Gallinato aun no saciado de venganza, repetia mil golpes sobre el destrozado cadáver del dean. El pueblo absorto, prorumpia en ahogados gritos, y el rey miraba con la mas fria indiferencia aquel sangriento espectáculo, sonriéndose con sus cortesanos. Hizo llamar á un arcediano, que á la sazon presidia el coro, y con tono festivo le dijo..... «nuestro buen vasallo el arzobispo nos prometió celebrar hoy la misa de pontifical en honor de nuestro santo patrono; mas ya que Dios dispuso que no pueda cumplir su palabra, os estimaria lo hiciéseis por él.» Bien pronto se obedecieron las órdenes del terrible monarca, y en el mismo altar salpicado con la sangre de las víctimas aun palpitantes, se ofreció el sacrificio incruento á un Dios de paz y de misericordia (2).

---

siéronse á las puertas de unas posadas, que era cerca por do el arzobispo avia de venir.....» *(Crónica del rey don Pedro por Pero Lopez de Ayala.)*

(1) «.....E Fernan Perez Turrichao, en un caballo con una lanza en la mano, é omes de á caballo en pos del llegó al arzobispo é mataronlo; é mataron al dean de la dicha iglesia de Santiago que venia con el arzobispo, é alli dieron las almas á Dios delante del altar mayor. E dicen que el rey, é los que con él estaban encima de la iglesia mirando, daban voces diciendo que non le matasen: é su padre de aquel Fernan Perez Turrichao estaba con el rey. E como quier que todos facian salvas de la muerte del arzobispo; pero segun que los omes cuidaban, non se atreviera ninguno á facer tal cosa si al rey pesara. E fué este fecho muy malo, é muy feo, matar al arzobispo de Santiago, que es un santo patron é defendedor de España, dentro de la su iglesia, do todos los del mundo vienen á le honrar é visitar.....» *(Crónica del rey don Pedro por Pero Lopez de Ayala.)*

(2) Verificóse este suceso el 29 de junio de 1366.

EPILOGO.

El dia que sucedió á la terrible noche en que fué violada doña Mayor, desapareció esta del castillo de su padre el anciano Pedro Turrichao; el cual creyendo que su hija fuera robada por algun amante atrevido, y suponiendo que el rapto lo protegiera la esclava mora, por haber encontrado en sus arcas considerable cantidad de oro, hizo ponerla en el tormento. Alli confesó que el dean y su tio el arzobispo la sobornaron para dar á la inocente María el fatal brevaje que la entregó inerme en manos de sus violadores (1). En la tarde del mismo dia fué la esclava quemada viva en el gran patio del castillo, y don Pedro Turrichao recibió la noticia de que su desdichada hija, habia corrido á ocultar su dolor y su vergüenza en el monasterio de San Pelayo, donde habiendo tomado el velo, sobrevivió poco tiempo á su desgracia. Informado el rey en Sevilla de tan inaudito crimen, dispuso se formase un proceso secreto en averiguacion del caso, y justificado plenamente, quiso que los ofendidos tomasen por sí mismos la venganza á satisfaccion suya. Poco despues perdió don Pedro la corona y la vida en los campos de Montiel, y los Turrichaos, sus ardientes defensores, perseguidos por el usurpador, hubieron de abandonar el pais de sus padres y refugiarse en Portugal, donde tenian muchos deudos y amigos: sus tierras fueron confiscadas por diez generaciones en favor de la mitra de Santiago (que actualmente las posee), y sus castillos arrasados. Tambien se prohibió á sus descendientes llevar el noble apellido de Turrichao, y desde entonces usaron el de *Suarez-Deza*, que era el de la madre de Fernan Perez, y que aun llevan hoy los que de él proceden.—Cuando el viagero atraviesa el camino que pasa cerca de la pequeña aldea de la Rocha, descubre

(1) Algunos escritos de la época niegan completamente el hecho de la violacion de doña Mayor, atribuyendo á cosas puramente políticas la catástrofe del arzobispo y el dean, y otros suponen que la esclava hizo su declaracion engañada por un amante despreciado de la dama que fué el verdadero perpetrador del crímen, y tuvo habilidad suficiente para hacerlo atribuir á don Suero y su sobrino, de quienes era mortal enemigo. Lo único que resulta probado de un modo incontestable, es la muerte del arzobispo y del dean autorizadas por el rey.

dos eminencias, sobre las que se alzaban en otro tiempo las soberbias torres de los castillos de Turrichao y el arzobispo. Uno y otro no son ya mas que montones de escombros, y el tiempo no tardará en borrar aquel recuerdo de una familia respetable, de un gran crímen, y de una terrible venganza, que fué al mismo tiempo una *justicia del rey don Pedro.*

CAPITULO XLI.

Santiago, su historia y descripcion.

La terrible historia que acabamos de referir, nos la contó Caunedo dentro del coche que desde la Coruña nos condujo á Santiago, para hacer menos molesto el camino; y en verdad que consiguió distraernos á tal estremo, que apenas fijamos la atencion en los pueblos del tránsito, todos ellos insignificantes, incluso Ordenes, donde nos detuvimos á comer, que aunque cabeza de ayuntamiento y de un partido judicial de entrada, no pasa de ser una pobre aldea. Cerca de Sigueiro se atraviesa por un puente el rio Tambre, que es de los mas caudalosos de Galicia.

Al primer golpe de vista, Santiago nos desagradó por su cielo siempre encapotado, sus edificios ennegrecidos por la lluvia, y sus áridos alrededores, mas despues rectificamos aquella primera impresion al recorrer sus magníficos edificios, y al notar el trato finísimo de sus habitantes, lo que no es de estrañar, pues Santiago es la residencia de la principal nobleza de Galicia, y de una juventud ilustrada á causa de su universidad, que se cuenta entre las mejores de España. La historia de esta noble ciudad, que se alza en torno de un sepulcro, no se esconde como otras en épocas remotas y desconocidas, y puede decirse está incrustada, y es la misma que la de su famosa catedral.

Corria el año de 813, y reinaba en Asturias y Galicia el célebre *Alfonso II*, el Casto, cuando varias personas de autoridad acudieron al obispo de *Iria-Flavia* llamado *Teodomiro*, á noticiarle un suceso estraño. Era este, que en un monte no muy lejano de la espresada ciudad, se divisaban por la noche resplandores y luminarias estraordinarias y sobrenaturales. Acudió el santo prelado al indicado sitio, y habiéndose asegurado por sus propios ojos de la verdad del prodigio, hizo escavar en un gran monton de

tierra, cubierto de malezas, y se encontró allí, el domingo 25 de julio, una especie de caseta ó capilla, dentro de la que habia tres sepulcros de mármol. El del centro era el del apóstol Santiago, y los otros dos de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro. Existia desde mucho tiempo en España la tradicion de que Santiago vino á predicar el Evangelio, y de que sus restos fueran por sus discípulos conducidos á Galicia. Por eso en esta provincia, aun antes del hallazgo de su sepulcro, consta que se tenia gran devocion á este santo. Teodomiro participó al rey que se hallaba en Oviedo, su feliz descubrimiento, y éste, seguido de sus magnates, se dirigió á Galicia á prestar sus reverentes homenages á las reliquias de Santiago. Con su piedad acostumbrada, dispuso el rey Casto se edificase, aunque pobremente (1), una iglesia en aquel mismo sitio, y le donó para su sostenimiento todo el terreno que habia en derredor del sepulcro hasta la distancia de tres millas. Valiéndose tambien el monarca de su amistad con Carlo-Magno, le rogó influyese con el papa Leon III para que el obispo *Iriense* trasladase su residencia á aquel santo lugar, lo que se verificó. Dióse al nuevo templo el sobrenombre de *Compostela*, derivado segun unos de *Campus-Stellæ*, campo de la Estrella, aludiendo á las milagrosas luces que allí se vieron, y segun otros de *Campus-Apostolus*, y á sus inmediaciones se fueron edificando algunas viviendas, primero para los clérigos y dependientes de la iglesia, y despues para otros que no lo eran, con las que se formó la ciudad, que al poco tiempo fué la metrópoli de Galicia. En 863, habiendo sido jurado por rey Alfonso III, llamado el Magno, aunque vivia aun su padre Ordoño I, fué enviado á Galicia, y fijó su residencia en Santiago hasta la muerte de aquel. Desde luego hizo derribar la antigua iglesia del Apóstol que construyó el rey Casto, con objeto de edificar en su lugar otra mas grandiosa y magnífica: terminadas estas obras á principios de 874, despachó Alfonso el Magno, que ya ocupaba el trono de Asturias, dos presbiteros á Roma para solicitar del papa Juan VIII, el permiso de solemnizar con un concilio la consagracion del nuevo templo, lo que aquel concedió, verificándose con este objeto una reunion de catorce obispos el ano de 876, un lunes 7 de mayo. Dedicaron el altar mayor al Salvador, y otros tres á él contiguos, á San Pedro, San Pablo y San Juan Evangelista. El rey que se hallaba en Santiago con ocasion de estas sagradas ceremonias, hizo una donacion á la catedral, en la que estendia á seis millas en rededor del sepulcro del Apóstol, los dominios de la misma que antes no eran sino de tres, y la ofreció

(1) Ereisa de pedra con tapeas de terra, como dice un antiquísimo cronicon escrito en gallego.

una rica cruz de oro y piedras preciosas, copia aunque en pequeña dimension, de la célebre cruz de los Angeles, que se venera en Oviedo. El 7 de mayo de 899, el obispo Sisnando consagró por segunda vez la basilica, y poco despues cercó de murallas la ciudad, y para defenderla de las correrías de los enemigos, en especial de los normandos, que molestaban de contínuo las costas de Galicia. El primer domingo de Cuaresma de 968 entraron en Santiago, é hicieron grandes destrozos en la catedral.

En otra entrada de estos piratas en 979, quemaron muchas aldeas y castillos, y el prelado Sisnando II, hijo del conde de Galicia, don Mendo, ayo de Alfonso V, fué muerto de una saeta por ellos mismos el 29 de marzo en el pueblo de *Fornellos*. Por fin, despues de dos años de guerra y desolacion, el conde que á la sazon era de Galicia *Gonzalo Sanchez*, acometió á los normandos cerca del mar, hizo en ellos cruel matanza, rescató los muchos cautivos que llevaban, y por últimó les quemó todas sus naves. Cuando don Bermudo, hijo de Ordoño III se alzó con el reino de Galicia en 981, fijó su córte en Santiago. En este mismo año los moros cordobeses, acaudillados por El-Mansur, entraron en la ciudad á viva fuerza, y derribaron uno de los muros del templo; era obispo á la sazon Diego Martinez. Reinando Alfonso V, en 1004, entraron otra vez los moros con su general Mahomad; la ciudad fué incendiada, y las puertas y campanas de la catedral conducidas como trofeo á Córdoba en hombros de los cristianos cautivos, en cuya mezquita mayor sirvieron las últimas de lámparas, hasta que conquistada Córdoba en 1236 por el santo rey don Fernando, hizo este esclarecido príncipe que volviesen á Compostela en hombros de esclavos moros en justa represalia. En 1088 fueron á residir á Santiago doña Urraca y su esposo Raimundo de Borgoña, los que hicieron donacion de la ciudad al templo del Apóstol, y en 1098 por concesion del papa Urbano, la silla episcopal Iriense se llamó *Compostelana*, y quedó exenta de la jurisdiccion del metropolitano de Braga. En las graves discordias entre la citada doña Urraca (condesa que habia sido de Galicia) con su segundo esposo Alfonso I, rey de Aragon, tomaron una parte activa los gallegos, y en especial el obispo de Santiago, llamado don Diego Gelmirez. El infante don Alonso, hijo de doña Urraca, fué proclamado rey de Galicia en esta ciudad, y ungido en la catedral por mano de aquel. Todo esto aconteció desde 1110 á 1115, en cuyos años entró en posesion de la corona de Castilla con el nombre de Alfonso VII. A intercesion de este rey, y por breve de su tio paterno el papa Calixto II, fué en 28 de febrero de 1120 declarada metropolitana la iglesia de Santiago, trasladándose á ella todos los derechos y prerogativas de la de Mérida, que estaba aun en poder de los sarracenos, titulándose por primer arzobispo de la Sede Compostelana

el citado don Diego Gelmirez, el que construyó la catedral que hoy existe en 1118. Tambien concedió el papa que Santiago tuviese varios canónigos con título de *cardenales*, y uso de mitras. El rey de Leon, Fernando II, hijo del ya nombrado don Alfonso VII, concedió entre otros dones á este célebre templo la mitad del dominio del ***Burgo del Faro***, hoy Coruña, y habiendo muerto en Benavente en 1188, dispuso en su testamento fuese sepultado en él, como se verificó. Igualmente lo fué su hijo Alfonso IX, rey de Leon, al cual le sorprendió la muerte en un pueblo de Galicia, llamado Villanueva de Sarria, en ocasion que venia á visitar el sagrado cuerpo del Apóstol. El dia 3 de mayo de 1211 el arzobispo de Muñiz, consagró por tercera vez la catedral, estando terminadas del todo las obras que para su reedificacion emprendiera en 1118 don Diego Gelmirez, como ya dijimos.

En el siglo XV, Luis XI, rey de Francia, regaló á la catedral unas enormes campanas, y poco despues en 1480, los reyes Católicos Fernando é Isabel, movidos «por los muchos males, muertes, é fuerzas, é robos, é alborotos, é escándalos, é levantamientos de pueblos, é tomas de las nuestras rentas, é pechos, é derechos, é otros daños y escesos (1),» que ocurrian en Galicia, erigieron una audiencia ó tribunal superior, que castigase con rigor á los malhechores, cuya residencia debia ser la ciudad de Santiago. Los mismos reyes fundaron aqui tambien un grandioso hospital para hospedar á los peregrinos, é hicieron á la catedral una cuantiosa donacion en accion de gracias por la toma de Granada. Otra hizo el célebre Francisco Pizarro por la conquista del Perú. Cárlos V abrió en esta ciudad las córtes el 1.° de abril de 1520. El presidente era Hernando de Vega, señor de Grajal, y á pocos dias (el 12 del mismo mes), se trasladaron con el emperador á la Coruña, donde ya hemos hablado de sus importantes resultados. En el reinado de Felipe II y año de 1564, la audiencia de Galicia se trasladó á la Coruña. En nuestros dias volvió á Santiago, y se restituyó á la Coruña por segunda vez. Felipe IV regaló á la catedral una joya llamada el ***Doblon*** que consistia en un disco de oro, de dos pies de diámetro, y del grueso conveniente, que tenia grabado en el anverso el busto del rey, y en el reverso las armas reales. El mismo monarca dispuso en 25 de julio de 1653, que los reinos de Castilla y Leon, hiciesen todos los años una ofrenda al santo Apóstol de 500 ducados, por mano del regidor mas antiguo de Santiago, y la de 1,000 escudos por la del presidente de la real au-

(1) Palabras de la real cédula de ereccion de la real audiencia de Galicia, que tenemos á la vista.

diencia. Otra ofrenda hizo el mismo Felipe IV á esta célebre basílica, de 500 ducados, todos los años de jubileo (1), la cual aun subsiste y entrega á la catedral un obispo, como legado del rey, reina y príncipe de Asturias.

Las armas de esta ciudad consisten en un sepulcro de plata en campo azul, y encima una estrella de oro. Es cuna de muchas personas ilustres, entre otros, de Bernaldus, célebre calígrafo del siglo XII, tesorero de la catedral; Fr. Isidoro Valcárcel, escritor; Juan Martinez de Vaamonde, id.; don José Gambino, conocido escultor; don Diego Cernadas, cura de Froime, escritor y poeta; don Ramon Pardiñas, general, etc., etc., etc.

Desde que se descubrió el túmulo de Santiago, se miró como una de las obras mas meritorias y piadosas, el ir en romería á visitarlo, y desde luego



fué inmensa la concurrencia de peregrinos, asi españoles como de las naciones mas lejanas. En la edad media llegó á ser una manía tan generalizada, como entre los cristianos la de ir á conquistar la tierra santa, ó como la de los musulmanes por visitar el sepulcro de Mahoma. Una colina muy cercana á la ciudad que hoy se llama de *San Marcos*, se denominaba antes *Monte del Gozo*, por el que esperimentaban los romeros al llegar á él, pues desde su cumbre descubrian las torres que ornaban la tumba del Apóstol, término de su viage. El camino por donde venian que corria por los Piri-

(1) Se verifica este siempre que el dia del descubrimiento del cuerpo de Santiago, ó sea el 25 de julio, cae en domingo. Inútil es decir, que entonces es la época de las grandes funciones de toda clase que tanta concurrencia atraen á esta ciudad.

neos, y montes de Asturias, se llamaba *Camino francés* (por ser muchísimos los peregrinos de esta nacion), ó *Camino de Santiago.* Esta última denominacion daban tambien los romeros á la *Via-Lactea* (1) pues les guiaba durante la noche. En el tejado de la catedral se vé aun hoy un pilar de piedra llamado *«á cruz dos farrapos»* donde los peregrinos pobres colgaban como piadoso trofeo, sus destrozadas ropas despues de trocarlas por otras nuevas que recibian de los canónigos. Desde la fundacion del gran hospital real debido á la munificencia de los reyes Católicos, los romeros se hospedaban en él. A las puertas de la basílica estaban de contínuo los *caballeros cambiadores «con sus taboas doradas é pintadas con sus arcas é balanzas é moedas..... é das ganancias esponian cirios que alomeaban ante o apostolo»* como dice un libro antiguo, Estos *cambiadores* formaban una hermandad ó cofradía, que tenia por objeto como indica su nombre, cambiar las monedas estrangeras que los peregrinos traian, por otras del pais. Otros caballeros se reunieron tambien en hermandad, con objeto de guardar el camino de Santiago y defender á los romeros de los salteadores que pudiesen acometerlos. Este fué el origen de la célebre caballería de *Santiago de la espada*, que aun se conserva hoy como un monumento de nuestras pasadas glorias. Los peregrinos mas célebres que vinieron en romería al sepulcro del patrono de las Españas son los siguientes.

San Adelmo, San Guillermo (que desde Francia llegó hasta aquí descalzo), Santo Domingo de la Calzada, San Gregorio, Santo Domingo de Guzman, San Francisco de Asís, San Vicente Ferrer, San Juan de Dios, San Bernardino de Sena, Santa Isabel, Santa Brígida, el emperador Carlo-Magno (2), Felipe duque de Borgoña, Breno rey de Jerusalen, el papa Calixto II cuando era arzobispo de Viena, el rey Alfonso el Casto, Ramiro I, Ordoño I, Alfonso III el Magno y su esposa Gimena, Ordoño III, Sancho I, Bermudo II, Fruela II, Ramiro II, Bernardo del Carpio, Alfonso IV el Monge, Alfonso V, Fernando I y su muger doña Sancha, el Cid, Raimundo de Borgoña, doña Urraca su esposa, el emperador Alfonso VII, Fernando II, Alfonso IX, Sancho IV, Alfonso XI, Pedro el Cruel, Isabel la Católica y su esposo Fernando V, Felipe I y Juana la loca, Felipe II, Juan II y Manuel I reyes de Portugal, Eduardo rey de Inglaterra, Pedro, Jaime II y Alfonso II reyes de Aragon, el célebre paladin Roldan, el mágico Nicolás Flamel, y Guillermo duque de Poitiers. Este último en espia-

---

(1) Aun se conserva este nombre entre el vulgo, no solo en Galicia, sino en muchas poblaciones de España.

(2) El 6 de julio se hace un aniversario por Carlo-Magno, en señal de gratitud por lo dones que hizo á la catedral.

cion de los males que causára en Normandía, hizo esta romería llegando á Santiago en 17 de abril de 1137. Recibió la comunion ante el sepulcro del Apóstol, y murió de repente en el mismo sitio.

Como era natural dimos principio á nuestras correrías en la ciudad por visitar la catedral, que realizó en todo la grandiosa idea que de ella nos habíamos formado. La veneranda basílica, alza su robusta mole en el centro de la ciudad que la debe su existencia, y que se humilla á sus pies como hija y como vasalla. Sus viejas paredes pintadas por la mano de los siglos, y el velo de niebla en que casi de contínuo se envuelve, la prestan un aspecto lúgubre al par que misterioso, cual conviene á un templo cuyo cimiento es una tumba.

Ocupa esta famosa catedral un espacio de 11,830 varas cuadradas, formando una cruz latina, cuya longitud es de 270 pies y 204 de látitud. La fachada principal llamada *del Obradoiro*, forma uno de los lados de la grandiosa plaza del hospital; se compone de cuatro cuerpos, y está flanqueada por dos gallardas torres de 240 pies de altura. En una de estas hay 12 campanas. Las puertas que dan entrada al suntuoso templo, están en lo alto de una espaciosa escalinata compuesta de dos ramales. El todo de esta fachada es magestuoso y severo, sin carecer de elegancia. Fué construida en 1778 por don Fernando de Casas y Noboa. Por bajo de la escalinata está la *catedral vieja*, especie de templo subterráneo segun la usanza de los siglos VIII y IX en que todas las iglesias eran dobles ó compuestas de dos pisos, de las que se conservan muchas en Asturias y Galicia. Esta de que hablamos es escasa de luces, corresponde en una gran parte debajo del crucero de la catedral nueva ó superior, y sostiene á esta con robustos pilares bizantinos, construidos tal vez en el reinado de Alfonso el Casto. A un lado de la fachada del Obradoiro, se estiende el cláustro y el *Tesoro*, y al otro el palacio arzobispal. La fachada que mira al Septentrion denominada de la *Azabacheria*, tiene 70 pies de alto; consta de tres cuerpos ornados de columnas dóricas, jónicas y de capricho, y termina con una estátua colosal de Santiago en trage de peregrino. Data tambien del pasado siglo, y fué su constructor don Domingo Montenegro. La fachada del Mediodía ó sea de la *Platería*, conserva muchas estátuas de santos y bajo relieves del antiguo templo, y su construccion se remonta por lo menos al siglo XII. Aqui Caunedo, como práctico en el pais, nos hizo fijar la atencion en un capricho arquitectónico que es la admiracion de los peritos. Consiste en una *concha* que sostiene como en el aire todo el peso de un lado de la fachada. Ademas de las dos torres principales que decoran la principal, hay otras dos, la una denominada de la *Trinidad* ó del *Reloj*, y otra mas pequeña la *Berenguela*, del nombre del arzobispo Berenguer que la erigió en el si-

glo XIV. De esta misma época data la grandiosa cúpula que se eleva sobre el crucero, y que tiene de altura 116 pies y 94 de circunferencia. El interior de esta grandiosa catedral corresponde por su magnificencia á la idea que se concibe al observar la parte esterna. La arquitectura que en ella predomina pertenece á aquel género de transicion entre el bizantino y gótico. Compónese de seis naves, en las que se cuentan cincuenta y ocho grupos de columnas. Las naves que ocupan el centro, tienen setenta y cinco pies de elevacion y treinta de latitud, y sostienen una galería que recorre toda la catedral. Las de los costados solo se alzan á treinta pies, y tienen quince de anchura. En ellas están contenidas hasta veinte y tres capillas, y multitud de confesonarios muy concurridos de penitentes en todas épocas, en especial en los años de jubileo. El coro como en todas nuestras catedrales, ocupa el centro de la iglesia, y está embellecido con multitud de esculturas, y dos grandiosos órganos. Dos verjas paralelas de bronce forman el paso desde el coro á la capilla mayor, cerrada con rejas de la misma materia. El altar del Apóstol pertenece á un género churrigueresco, y fué construido en 1612. No hay en él otra efigie que la de Santiago, ejecutada en piedra, y de un tamaño colosal. Está sentado en un sillon, y con trage de peregrino con una rica esclavina de plata, cubierta de piedras preciosas. Parece esta imágen antiquísima, y fué construida tal vez en tiempo del Casto rey. Dos escalerillas de piedra conducen desde el pavimento á la espalda del santo, y por ella suben los peregrinos para dar á aquel por detrás, y respetuosamente, un abrazo y un ósculo; sencilla ceremonia con que terminan su devoto viage. Muy cerca de este altar y dentro de un escaparate de hierro, se conserva un bordon que dicen ser el del Apóstol. Los romeros lo tocan con fervor, y ganan con esto un rico caudal de indulgencias. Esta capilla mayor fué teatro de varios sucesos históricos, como de la coronacion y proclamacion de Alfonso VII, el emperador, y de la muerte del arzobispo don Suero de Toledo, y del dean Pedro Alvarez, que hemos referido en el capítulo anterior. En este célebre altar no puede decir misa ningun eclesiástico que no sea por lo menos cardenal de Santiago. En 1549 la celebró un obispo caldeo, segun la liturgia especial de su iglesia. Debajo del mismo altar, y en la antigua capilla de mármol de que hablan nuestras crónicas, es donde se cree estar el venerando sepulcro del Apóstol, entre los de sus dos discípulos Atanasio y Teodoro. El cuerpo del primero estuvo de manifiesto á los fieles hasta los tiempos de Diego Gelmirez, primer arzobispo, que lo mandó cerrar para mayor reverencia y seguridad. Podia, sin embargo, bajarse á la capilla subterránea por una escalera oculta lo menos hasta el siglo XIII, pues segun la tradicion conservada hasta hoy, todos los dias bajaba á postrarse ante el túmulo del Apóstol, el

glorioso San Francisco de Asis. Enfrente de la *Puerta Santa* (1) se ve una gran losa rota, que segun las tradiciones compostelanas, cubre la entrada de la misteriosa escalera, y se quebró cierta noche en que algunos jóvenes incrédulos intentaron arrancarla para certificarse de si efectivamente cubria el lugar del sepulcro de Santiago. Despues de la capilla mayor deberemos mencionar la de *Santa María de la Cortizela*, fundada por Alfonso el Magno, destinada para parroquia de los estrangeros, y que en otros tiempos era servida por los monges benedictinos del vecino monasterio de San Martin; la de la *Soledad* en el trascoro, en la que se ve en un medallon un bajo relieve, que representa la batalla de Clavijo, y la del *Pilar*, que es sin duda la mas bella, fundada en el siglo XVII por el arzobispo Monroy. Otra de las bellezas de esta basílica es el pórtico llamado de la *Gloria*, en el que está traducida en piedra la misteriosa descripcion que del cielo hace el Apocalipsi. El Salvador en su trono rodeado de los Evangelistas con los respectivos animales que los caracterizan, los veinte y cuatro ancianos, los patriarcas, los apóstoles, profetas y santos. A uno y otro lado de la gloria están el purgatorio y el infierno, en los que se ven multitud de mónstruos, y otras figuras alegóricas que representan los pecados capitales, las pasiones, etc. Esta prolija y delicada obra fué ejecutada en el reinado de San Fernando, por un artista llamado Mateo, y aquel le concedió en recompensa una pension de 100 maravedises anuales por su vida. La capilla de las Reliquias podria llamarse tambien panteon real, pues contiene con sus correspondientes bustos é inscripciones los cuerpos siguientes: el de don Raimundo ó Ramon de Borgoña, conde de Galicia, hermano del papa Calixto II, y yerno del rey don Alfonso VI; el de don Fernando II, rey de Leon, nieto del anterior; el de don Alfonso IX, hijo de Fernando II; el de la emperatriz doña Berenguela, primera esposa del emperador don Alfonso VII; y finalmente, el de doña Juana de Castro, reina de Castilla, de Leon y de Galicia, esposa de un dia del rey don Pedro el Cruel, y una de sus muchas víctimas.

El grande altar de esta capilla constituye uno de los mas célebres y copiosos relicarios del mundo católico. Entre la multitud de reliquias que contiene, no podemos menos de enumerar la cabeza de Santiago el Menor, traida de Jerusalen por un obispo de Coimbra, y donada á la catedral por la reina doña Urraca en 1116; un *lignum-crucis* dentro de una cruz de oro, una espina de la corona de Cristo, parte de su túnica y sepulcro, vestidu-

(1) Esta puerta solo se abre en el año santo ó de jubileo, y pasado este se cierra y tabica con grandes ceremonias, por mano del arzobispo, asistido de todo el clero.

ras y una gota de leche de la Vírgen, los cuerpos enteros de Santa Susana, San Fructuoso, San Cucufato, etc., etc. Tambien se conserva en este altar la bonita cruz de oro, regalo del rey don Alfonso el Magno, de que ya hicimos mérito (1).

La sacristía es estensa y lujosamente adornada con pinturas. En ella vimos entre otros ornatos las mitras que llevan los cardenales. A su derecha está el cláustro que forma un cuadrado, cuyos lados tienen ciento cuarenta pies. Su arquitectura es gótica. En las grandes solemnidades se cubre la gran nave de la iglesia en toda su estension de ricas colgaduras de tercipelo carmesí, con anchos galones de oro, dádiva del arzobispo actual, y se cuelga de la media naranja un inmenso incensario, que recibe impulso por una sencilla máquina, y que merced á la gran cantidad de incienso con que se alimenta, perfuma en el momento toda la basílica. Muy cerca de la puerta del Mediodía se ve un antiguo y renombrado bajo relieve que los canónigos compostelanos quisieron presentar en el siglo pasado como un monumento incontestable de la fabulosa batalla de Clavijo, del no menos fabuloso feudo de las cien doncellas, y del célebre voto de Santiago abolido en 1834. El alcalde mayor de la ciudad, con un escribano y cuatro arquitectos pasó á reconocer este bajo relieve el 10 de junio de 1771, y estos dieron la curiosa declaracion siguiente:

«En la nave nombrada del Vestuario, y en una medalla de grano primo, figura de semicírculo, está hecha de relieve la imágen del Apóstol el Mayor á caballo, y túnica larga. En la mano derecha tiene la espada, y en la izquierda una bandera en que está esculpida una cruz, y en caractéres antiguos y góticos *Sanctus Jacobus Apostolus Christi*. El cinturon del Santo, pretal del caballo, correas del estribo y cabezada, todo estaba guarnecido de conchas. Delante del santo é inmediato á la cabeza del caballo, están esculpidas tres figuras, que son doncellas, puestas de rodillas, y con las manos adorando al santo. Tienen trenzas largas, mangas con los vuelos hasta los pies, y uno y otro con guarnicion de relieve. Detras del santo y junto las ancas del caballo, otras tres con las manos alzadas, y una puesta de rodillas: el ropage son túnicas ceñidas al cuerpo con mangas ajustadas; trage que denota pertenecer á un estado mas llano. El arco que le rodea, y las columnas, son de gusto gótico. En él están colocados diez ángeles con sus túnicas, y sobre ellos unas fajas en figura de pálios.» Antes de despedir-

(1) En esta capilla de las Reliquias estaba la rica joya llamada el *Doblon*, por la cua preguntamos al canónigo que nos la mostraba, y nos contestó habia desaparecido con otras muchas alhajas á principios de este siglo. Aqui se conferian antes los grados de doctor

nos de este magnífico templo, en que hay tanto y tanto que admirar, quisimos ver la suntuosa custodia de cinco pies y medio de altura, toda de plata y oro (1), el copioso archivo, rico en preciosos códices y documentos, y la sala capitular cubierta de bellos tapices regalados por el ministro Acuña.

Santiago es pueblo esencialmente levítico, y asi hay muchos y suntuosos templos. Nosotros, despues de la catedral, visitamos el gran monasterio de *San Martin Pinario*, fundado por el obispo Sisnando en 900, consagrado y dotado por el arzobispo Gelmirez en 1115, que era famoso en Galicia por sus enormes rentas. El monasterio de *Ante-Altares* ó de San Pelayo (2), erigido por Alfonso el Casto en 813, renovado por Alfonso el Magno en 877, dependencia de la catedral hasta 1077, reunido á San Martin en 1487, y destinado á religiosas benedictinas en 1499; el convento de San Francisco fundado en 1214, en vida del patriarca, por un carbonero llamado Cotolay, y con el auxilio y en terreno de los monges de San Martin; la parroquia de San Miguel; la capilla de las Animas; el convento de monjas de las Madres; las ermitas del Pilar y Santa Susana (fundada por Gelmirez en el campo de la Estrella); la parroquia de la Angustia del Monte; la colegiata de *Sar*, edificada por Diego Gelmirez, para señalar el sitio donde se depositó por sus discípulos el cuerpo del Apóstol, antes de ser encerrado en el sepulcro; San Félix de Solovio, vulgo *San Fiz*, obra del obispo Sisnando, para hospicio de sacerdotes ancianos y pobres, hoy parroquia; el convento de la *Enseñanza*, de monjas jesuitas; San Benito y Santa María del Camino, parroquias; el convento de San Agustin; la colegiata de *Sancti-Spiritus*; la antiquísima parroquia de Santa María Salomé; el convento de monjas de Santa Clara, fundado en 1260 por la reina doña Violante, esposa de Alfonso el Sábio; Santa María de Conjo (estramuros), convento de mercenarios, fundado en 1129; el del Cármen, el de Santo Domingo, el de Belbis, el de San Lorenzo, etc., etc. Despues de estos edificios religiosos, recorrimos el hospital real, grandioso establecimiento en que se da á los enfermos la mas esmerada asistencia, debido á la munificencia de Isabel la Católica, cuando en 1501 fué á visitar el cuerpo del Apóstol; el magnífico edificio del seminario conciliar, al frente de la catedral, edificado por el arzobispo Rajoy en 1766, tiene alguna semejanza con

(1) Consta de cuatro cuerpos, y forma un elegante templete, de gusto plateresco, y cuya base es exágona. Las andas en que se coloca son tambien de plata. Fué construida en 1564 por Antonio de Arce, leonés.

(2) Segun el lenguage del pais, se llama de *San Payo*. En él solo se admiten jóvenes que pertenezcan á la alta nobleza y con crecido dote.



el palacio real de Madrid, y ostenta en su fachada principal un gran bajo relieve que representa la batalla de Clavijo. El colegio de Fonseca, fundado por el arzobispo del mismo nombre en 1544, y en el que están en el dia las salas de dibujo de la sociedad económica. El de San Clemente, renovado por el arzobispo actual señor Velez, y finalmente, la universidad, hermoso templo alzado á las ciencias. Fué construida á fines del siglo pasado por el arquitecto don José Machado. Ocupa un espacio de tres mil doscientos cuarenta pies, y ciento ochenta cada lado de su cláustro, sostenido por veinte arcos. La parte esterior está adornada de bellas columnas jónicas, y sobre la portada se ve la estátua de Minerva. La biblioteca es copiosa y escogida, y en ella se guarda la bandera que el regimiento denominado de *Literarios*, tremoló con gloria en el campo de batalla, en la guerra de la Independencia. Estaba formado por los escolares de esta universidad. Como es de suponer asistimos al teatro, que es bastante regular, y visitamos varias de las principales casas de la poblacion, en las que encontramos la mas fina y cordial acogida. El trato social en Santiago, como residencia de la rancia nobleza de Galicia, es en estremo agradable y cortés; nosotros recibimos mil y mil obsequios, de que nos complacemos en hacer mérito aqui en prueba de gratitud.

Santiago tiene de poblacion veinte y ocho mil novecientos setenta habitantes; hasta 1834 fué capital de todo el reino de Galicia, y de una provincia que ocupaba doscientas cuarenta y dos leguas de superficie; tenia dos regimientos provinciales, el de su nombre y el de Compostela. Hoy es solo cabeza de un partido judicial de ascenso, que comprende cincuenta y siete parroquias, de las que doce corresponden á la ciudad. Tiene su diócesis otras doce sufragáneas, y el cabildo de su catedral se compone de trece dignidades, treinta y un canónigos y veinte capellanes. El comercio es bastante activo, y hay fábricas de curtidos, sombreros, jabon, papel y otras.

CAPITULO XLII.

Las torres de Altamira.—Padron.—Macías.

Salimos de Santiago montados en buenas mulas de paso, con intento de visitar las famosas torres de Altamira que distan de dicha ciudad dos leguas de muy mal camino, y de la villa de Padron la cuarta parte, si nos

guiamos por los cálculos locales, errados é imperfectos las mas veces. Las torres de Altamira son la cabeza de la jurisdiccion de su nombre, puesto que colocadas en una encumbrada loma que domina parte de la Amaya, vienen á ser el vigía de la comarca. Nada podemos añadir á lo que tienen dicho autores acreditados sobre la antigüedad de esta casa, ni revelar el tiempo de la fundacion de la fortaleza, cuando no se descubre en ella ninguna inscripcion, sino un escudo con las armas del solar, que son dos cabezas de lobo, como las que hay en la iglesia de Santo Domingo de Santiago, sobre aquellos bien concluidos sepulcros góticos, únicos de su género en esta ciudad monumental. Fácilmente se colige que debió existir otro castillo de mas antigüedad que la que prueban estas torres; pero una oscura tradicion que lo coloca en el vecino monte de *Morovello* (Moro viejo), viene á deshacerse entre las duras peñas que en todas partes son los alcázares de los duendes y los incubos. Molina cita esta fortaleza como una de las principales de Galicia, y Medina en sus *Grandezas de España*, hace tambien mérito de ella dando á entender que era muy conocida de los pesados historiadores de su tiempo.

Esta fortaleza se halla dividida en dos cuerpos, destinado el mayor al servicio de sus señores, grande y espacioso; y el otro mas reducido y bajo para lo que llamaba don Alonso X *gente menuda*, es decir, la servidumbre de los condes en tiempo de paz, y para los flecheros y mas gente armada en tiempo de guerra. En esta parte de las torres estaba la cocina, y cerca de ella la bóveda prision donde se ocultaron mas personas de alta categoría que los súbditos de la respetable fortaleza. Desde el cuerpo principal y sólido que arranca del suelo, seguia en la torre de la derecha hasta la otra esquina que toca con la puerta, un balcon corrido, que seria colosal si se atiende á los soberbios canzorros que se conservan cubiertos de yedra. En la otra esquina se reconoce un vistoso mirador á lo árabe, que termina desvanecido á bastante altura del suelo. En la torre principal solo se conservan paredes con las ventanas de asiento, y un arco que sostendria alguna muralla interior, sirviendo de galería para los flecheros ó los peones. La otra es mas reducida, pero mejor conservada: en ella hay una bóveda sana á la que se puede subir con alguna comodidad, y desde la que se disfruta, por una ventana que cae al puente, de una vista deliciosa. Desde ella se recorre gran parte de la antigua *Amaea*, de que tanto hablan las historias del apóstol Santiago. La puerta principal está colocada en la torre mayor á O, y aunque derruida se conserva sin embargo bastante sólida, presentando claras señales de su fortaleza y antigüedad. En la distancia que hay entre las dos partes de esta fortaleza, se forma una espaciosa sala de armas, y por algunos restos que se conservan puede deducirse que estaba defendi-

da por una robusta barbacana. Hácia la puerta principal se observa el algibe atascado de piedras hasta la boca, y muchos dicen que era la entrada al subterráneo que tenian todas las fortalezas de su tiempo; pero lo mas natural es que si existió, como parece probable, desembocaria en el obstruido sótano de la torre pequeña. Alrededor se distingue aun el foso, que si no era de grandes dimensiones, estaba resguardado por un segundo muro de tierra que seguia á la montaña hasta perderse en la antigua aldea de San Félix de Brion. El género de arquitectura de las torres parece romano, ó mas bien de ese género peculiar de las fortalezas palacios, romano en medidas y gótico en su distribucion; prueba inequívoca de que este monumento data quizás del siglo IX. La bóveda prision en los tiempos normales de la fortaleza habrá sido oscura y lóbrega; asi como la garita del vigía, donde se llega por una escalera de caracol, cuyos peldaños aun se conservan como los dientes de una calavera, parecia escalar el cielo por su altura y ligereza.

Las torres de Altamira dan claras señales de la pasada magnificencia, respetable por su antigüedad, acatada por los recuerdos históricos y las tradiciones populares, y distinguida por los blasones que figuraban en sus puertas y ventanas. Hoy quedan de ellas las ruinas, que son un vivo testimonio de su grandeza perdida, y apreciables tradiciones que relatan al chispeante fuego del hogar, en las crudas noches de invierno, los ancianos que han visto desplomarse de dia en dia las piedras de esta fortaleza al compás de sus años y al golpe del inflexible tiempo que todo lo destruye. He aqui una de esas tradiciones, la mas acreditada acaso, que recogimos en el mismo sitio, gracias á la complacencia de un labrador comarcano que nos sirvió de guia.

Hace ya muchos años, cuando este castillo estaba habitado por sus señores, el conde de Monforte dispuso un dia de caza, con el objeto de distraer á su hija Constanza, cuya tristeza habitual empezaba á darle cuidado. Constanza era bella, y el conde cortés y generoso; asi, pues, con tales estímulos no es de estrañar que concurriese á la invitacion que el de Monforte hizo para la partida, todo lo mas florido de la juventud de los contornos. Largo tiempo hacia que el sonido de las trompas atronaba los bosques, y grande era el número de fieras que habian sucumbido á manos de sus perseguidores, cuando un oso tremendo, acosado por los perros, fué á dar con la hija del conde, á quien sin duda ninguna hubiera despedazado, á no interponerse un doncel, que arriesgando su vida por salvarla logró dar muerte á la fiera. Era este doncel amante apasionado de la doncella, de quien nunca habia podido obtener correspondencia, ya fuese porque su origen oscuro y nacimiento ignorado impulsasen á la hija del conde á no fijar

sus ojos en un hombre que no la igualaba en clase, ó ya segun mas probable parece, porque Constanza estuviese enamorada, como decian, del rey de Castilla que lo era entonces Alfonso VI. Terminó la cacería felizmente, y el enamorado mancebo no pudo obtener en cambio del servicio que acababa de prestar á su querida, mas que algunas palabras de gratitud por parte de esta, y las consiguientes felicitaciones de los demas cazadores, incluso el conde que le regaló el corcel árabe que montaba y tenia en grande estima. Convencido de la inutilidad de sus pretensiones, el doncel partió á la guerra con la esperanza de que una muerte gloriosa pusiese término á sus padecimientos, y mientras él peleaba contra los infieles, Constanza, de grado ó por fuerza, dió la mano de esposa á Payo Ataulfo de Moscoso, señor de Altamira.

Habia el rey galanteado á Constanza por algun tiempo, lo cual dió orígen al amor de esta; mas separado de su lado la tenia ya olvidada, cuando supo la nueva de su matrimonio, y renovándose entonces el afecto que creia estinguido, lleno de cólera, juró buscarla y apoderarse de ella, aunque fuera en las mismas torres del conde. Alfonso perseguia al arzobispo de Santiago por motivos políticos, y valiéndose del pretesto de que el de Altamira era partidario suyo, se dirigió á la fortaleza del marido de Constanza con ánimo de tomarla; pero la empresa era muy difícil, y el empleo de la fuerza completamente inútil; bien lo conocia el rey, y hubiera abandonado tal vez el campo, si no se le presentára un desconocido que le propuso facilitarle la entrada en las torres, cuya proposicion fué al punto aceptada. El desconocido no era otro que el doncel, antiguo enamorado de Constanza.

El conde de Altamira tenia en la fortaleza, hacia tiempo, prisionero un hermano suyo, cuya prision para todo el mundo era un secreto, menos para el doncel á quien un hombre se la hizo saber de una manera misteriosa. Un dia, cuando se hallaba en la guerra, se le presentó un peregrino, y despues de informarse de algunas particularidades de su vida, le entregó un pergamino, en el que con letra borrosa y apenas inteligible, habian escrito estas palabras: «Sois jóven y valiente; acudid al socorro de una víctima de la ambicion y del ódio. En las torres de Altamira hay un prisionero que es...» El resto del escrito no se podia leer; pero el peregrino le dijo que el prisionero era hermano del conde, y que le aguardaba gran recompensa si conseguia libertarle. No necesitaba de este estímulo el jóven para acometer una empresa que le ofrecia el aliciente de acercarse á la bella Constanza. Partió para las torres, y enterado de los designios del rey, le hizo la propuesta de ayudarle, á cuyo efecto se avistó con el conde, y exagerando los medios de ataque con que contaba el monarca castellano, le dijo que todo el pais le era contrario, porque habiéndose divulgado la

prision de su hermano, este proceder habia indignado hasta á sus mismos vasallos, que en masa se reunian á las huestes reales, y que el único modo de conjurar la tormenta, porque Alfonso habia jurado quitarle la vida, y arrasar sus estados, era dar libertad al prisionero y repudiar á Constanza, con lo que quitaba al rey todo motivo de enojo. El conde de Altamira, que encerrado en su castillo ignoraba la verdad de los hechos, por evitar mayores males, y atemorizado con el descubrimiento de su secreto, consintió en lo que el mancebo le propuso, y las puertas de las torres se abrieron para Alfonso; pero Constanza, ingrata siempre con el doncel, reveló al rey el amor de éste para que no atribuyese á otra causa el auxilio que le habia prestado en la empresa de penetrar en las torres, y tambien le notició la prision del hermano de su marido. Mandó el rey al punto que el conde y el doncel fuesen presos y conducidos á Leon; pero intercedió Constanza y la órden quedó sin efecto. Entonces el mancebo despechado valiéndose de la sorpresa y confusion que estos sucesos produjeron en la servidumbre del conde, puso fuego á las torres resuelto á tomar una cruel venganza; mas no pudo conseguirlo, porque la misma disposicion del edificio permitió que todos los que en él se hallaban al presentarse el incendio, pudieran salvarse sin esfuerzo. Solo un desgraciado, desde el fondo de una sala subterránea daba gritos inútiles pidiendo socorro: era el hermano del conde, de quien nadie se habia acordado..... Por fin, su voz bronca y casi estenuada por el esfuerzo, llegó á oidos de un hombre, que oculto en un ángulo de las torres parecia verlas arder con cierta complacencia; corrió al lugar de los lamentos, y no sin gran esfuerzo y trabajo logró penetrar en la estancia, pero ya era tarde: el prisionero habia sucumbido sofocado por el humo. Un papel que tenia en la mano reveló al hombre que iba á libertarlo, en quien sin duda habrá ya reconocido el lector al autor del incendio, un terrible secreto; el doncel amante de Constanza era hijo del hermano del conde de Altamira.

Volvimos á Santiago aquella misma tarde, y al dia siguiente salimos para Padron, que dista tres leguas y media, renunciando con pena á visitar las rias de Muros y Aroza, y los graciosos puertos de Muros, Noya, y Carril, por no prolongar demasiado nuestro viage. Seguimos, pues, el camino real, dejando á nuestra izquierda el muy elevado y célebre *Pico-Sacro* (1) y el rio Ulla, y á la derecha el rio Sar; pasamos por el lugar

---

(1) Este elevado y pintoresco monte cuya falda meridional baña el rio Ulla, tiene celebridad desde el tiempo de los romanos. Diéronle estos el nombre de *Mons-Sacer*, por el mucho oro que criaba; y tenian prohibido por ley el que nadie arase ni cavase en él;

de Framos, que nada ofrece de notable, y por el de Cruces situado en una hermosa campiña, en cuyo término está el santuario de Nuestra Señora de la Esclavitud, de mucha devocion en el pais, y en el que se celebra una famosa romería el dia 8 de setiembre. Aqui llevábamos andadas tres leguas, y nos detuvimos á almorzar en un buen parador, donde nos sirvieron perdices y esquisitas truchas y anguilas de los rios cercanos. Una hora despues habíamos llegado al término de nuestro viage, y como era temprano, nos dedicamos en seguida á recorrer el pueblo en todas direcciones.

Padron ocupa el lugar de la antigua ciudad de *Iria*, que segun el geógrafo Tolomeo, era capital de los pueblos *Caporós*, que formaban una de las divisiones de los *galaicos* ó *gallegos* en la España primitiva. El Itinerario de Antonino asegura que Iria servia de punto de residencia á los cónsules y pretores cuando visitaban esta provincia. En honor del emperador Flavio Vespasiano, y tal vez por agradecimiento á alguna merced que de él recibiria, tomó esta ciudad el nombre de *Iria-Flavia*, con que es conocida en nuestras antiguas historias. Una muy recibida tradicion que data de los primeros siglos del cristianismo, refiere que martirizado en Jerusalen el apóstol Santiago, fué su cuerpo encerrado por sus discípulos en una barca que abandonaron á las olas, y que vino á parar á esta ciudad, que durante su vida habia honrado con sus predicaciones. La barca fué atada á un pilar ó *padron*, que aun se conserva en la iglesia de Santiago, y de este dicen se deriva el actual nombre de esta villa, cuyas armas aluden á la misma tradicion, pues consisten en una barca atada á un pilar, en la que está el cuerpo del Apóstol; dos discípulos, uno á la proa y otro á la popa, enmedio una cruz y encima una estrella con tres conchas ó veneras de peregrino. Al observar estas armas le ocurrió á Mauricio una pregunta á la que yo no pude responder, pero en cambio Caunedo lo hizo cumplidamente.

—Desde que llegamos á Santiago, dijo, en todas partes veo las conchas

---

mas esta prohibicion sin duda fué alzada despues, puesto que los mismos romanos abrieron minas para sacar el oro, y aun se conservan en su cumbre tres pozos, dos de ellos con escalones, aunque arruinados, y el tercero tan profundo, que respira en la ribera del rio. Segun las leyendas del pais, estos subterráneos son restos del palacio de la reina Lupa, que se alzaba en la cima del *Pico-Sacro*, y hay en ellos encantamentos, brujas y duendes. Sobre todo, es creencia generalizada entre los paisanos del contorno, que hay peligro para las mugeres que crian en pasar por junto al monte, y cuentan de una payesa que desapareció y se halla alli encantada. Por falta de espacio no referimos algunos de estos cuentos, que no dejan de ser poéticos é ingeniosos.

representando un papel importante; ¿qué significacion tienen y por qué forman parte integrante del trage de los romeros ó peregrinos?

—Veo, amigo mio, que vd. no se contenta con hacer una pregunta sola; y veo tambien que nada se le pasa, por insignificante que sea: que me place, y voy á enterarle de lo que quiere saber. Estas conchas llamadas en el pais *vieiras*, son producto esclusivo de las costas de Galicia, y los peregrinos que venian de paises lejanos, las solian llevar á su tierra como una muestra irrecusable de haber llegado á Compostela; esto fué causa de que se generalizára el uso. Despues, cuando se inventaron los escudos de armas, se arregló el del apóstol Santiago con una espada en forma de cruz, que es la que llevan los caballeros de su órden, y dos conchas ó veneras; desde entonces han entrado á formar parte de los blasones de algunos pueblos y familias, en virtud de hechos mas ó menos verosímiles, pero que corren acreditados como historias verdaderas. Tal es, por ejemplo, la que se refiere de un devoto caballero portugués, que viniendo en seguimiento del cuerpo del Apóstol, cuando sus discípulos lo traian á Galicia, no hallando pasage para atravesar el caudaloso rio Miño, al frente de la villa de Camiña, se arrojó al agua con su caballo, y pasó felizmente á la otra orilla; pero una multitud de conchas se habian pegado á su vestido y al cuerpo del corcel. Este buen cristiano fué progenitor de la familia de Pimentel, que lleva conchas en su escudo. Tambien las llevan los Rivadeneiras, que dicen proceden de un infante gallego, hermano de la reina Loba ó Lupa (1), quien tenia presos á dos discípulos de Santiago que predicaban la fé; protegidos por una doncella, fué esta á decir al infante, que era ciego, que si queria ver luz con sus ojos, bajase al calabozo de los prisioneros. Irritado el infante mandó martirizar á la doncella con los discípulos del Apóstol, mas al tiempo de llevarlos al suplicio, el incrédulo recobró la vista, y se le apareció en el cielo una cruz colorada con cinco conchas. Entonces se convirtió á la fé católica y se casó con la doncella. Esto fué á la orilla del rio Neira, y de aquí toman el nombre los Rivadeneira, y traen por armas aquella cruz con sus cinco veneras y una doncella.

Volviendo á la villa de Padron, desde muy remotos tiempos tuvo silla episcopal, y en la época de los reyes godos se encuentra siempre la firma de los obispos *Irienses*, que como dijimos al hablar de Santiago, traslada-

(1) La reina *Lupa* ó *Luparia*, muy nombrada en las crónicas de Galicia, era una señora que poseia entre sus dominios el solar donde al presente se alza la ciudad de Santiago. En un principio persiguió encarnizadamente á los discípulos del Apóstol, mas convertida por estos á la fé de J. C., los protegió y concedió un lugar para el sepulcro de su maestro.

ron alli su residencia cuando se descubrió el cuerpo del Apóstol. Posteriormente, en tiempo de don Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, se fundó por disposicion de éste y para conservar el recuerdo del antiguo obispado *Iriense*, una colegiata titulada *Santa María de Iriaflavia* y *segunda silla compostelana*, que aun subsiste y estiende su jurisdiccion á un razonable territorio.

La situacion de Padron es en estremo agradable y risueña, muy cerca de la confluencia de los rios Sar y Ulla, que se reunen formando una Y griega. Esta villa es cabeza de un ayuntamiento y de un partido judicial que comprende treinta y ocho feligresías, y su poblacion asciende á unas seis mil almas.

No teníamos ninguna vísita que hacer en este pueblo, de manera que en cuanto lo hubimos recorrido nos retiramos á la posada, y empleamos el tiempo en ordenar nuestros apuntes mientras nos disponian la comida. La operacion era breve, y pronto quedamos los tres desocupados.

—Ahora vendria de molde, dijo Mauricio, alguna de esas historias, cuentos ó leyendas que vds. suelen narrar con tanta oportunidad y acierto. ¡Quién de los dos se encarga de entretener el hambre que me devora, pues preveo que esa Maritornes no ha de despacharnos tan pronto como mi estómago quisiera?

—Yo vengo hablando hace demasiado tiempo, y me parece que debo descansar, contestó Caunedo.

—Es muy justo, prosiguió Mauricio, y eso quiere decir que te toca á ti.

—No me niego, repliqué, pero venga asunto.

—Una historia de amor, dijo mi amigo sin detenerse.

—¿Te agradará la de *Macías el Enamorado*, el hábil trovador, natural de esta misma villa en que estamos?

—¿Qué Macías, el héroe del drama que escribió Larra con el mismo nombre, y de su novela titulada *el Doncel de don Enrique?*

—Justamente; el amante fiel y desgraciado: el tipo de la constancia.....

—Cuéntala, cuéntala cuanto antes, interrumpió Mauricio, á ver si su ejemplo me cura de esta propension que tengo á amar á todas las hijas de Eva. Es verdad que en mi calidad de artista ó *amador*, como dicen los franceses.....

—Aficionado, en español, ¿no es eso?

—Déjame concluir. En mi calidad de artista ó aficionado, decia, no puedo proceder de otro modo, porque siendo las mugeres lo mas bello de la creacion, amarlas es un deber. No es mia la culpa de que la hermosura esté repartida entre tantas, ni tampoco de haber nacido con un corazon sensible..... Pero hablemos de ese pobre Macías, víctima de un amor he-

róico, que hoy sería un anacronismo, porque ya no se estila amar de esa manera, y si alguno cometiera la tontería de hacerlo, es seguro que no encontraria quien le comprendiese.

—Me parece, ya que se trata de Macías, dijo Caunedo, que podríamos preguntar algo al dueño del parador, que tiene traza de hombre despejado. Acaso aqui, como lugar de su nacimiento, se refiera alguna leyenda que nosotros no sepamos, y esto siempre sería mejor.

Aprobamos la idea, y Mauricio se encargó de ir á traer al posadero, lo cual verificó en breves minutos.

—Le molestamos á vd., dije yo despues de haberle hecho sentar, con objeto de que nos refiera lo que sepa de Macías, porque en nuestra calidad de viageros somos un tanto curiosos y nos gusta reunir noticias de todo.

—Macías es un buen muchacho, contestó gravemente nuestro huésped, y si tratan vds. de llevárselo de criado, yo respondo de que quedarán contentos.

Mauricio comprimió á duras penas una carcajada, y Caunedo y yo nos miramos casi sin poder tampoco contener la risa.

—Sin duda, proseguí haciendo un esfuerzo, vd. se refiere á otro Macías; nosotros hablamos del enamorado, del trovador.....

—¡Ah!..... esclamó nuestro hombre; esplicáranse vds...... Esa es historia larga.....

—No importa que lo sea, interrumpió Mauricio; mientras está la comida y aun mientras comemos, nos la puede vd. contar.

—Con mucho gusto..... Pues señor, es el caso que Macías se enamoró de cierta damisela, superior en clase, y que todas las noches iba á echarle cantares debajo de la ventana, de cuyas resultas se enteró su padre, que tomó, como suele decirse, el cielo con las manos. Hace cosa de dos meses.....

—¡Cómo dos meses! hombre de Dios, gritó Mauricio.

—Si señor, dos meses ó quizás hará menos, prosiguió el posadero con la misma calma, que al volver un hermano suyo de Santiago, donde estaba estudiando en la universidad.....

—¿Hermano de quién? preguntó Caunedo.

—De la señorita de que hablamos, amante de Macías.....

—Todavía no es ese Macías, interrumpí, del que nosotros queríamos las noticias, sino del que floreció en tiempo del marqués de Villena.

—Entonces, vds. perdonen, pero yo no he conocido, ni sé nada de ese Macías ni del marqués de quien vds. hablan, y sino tienen otra cosa que mandarme voy á la cocina á dar prisa á la muchacha, que supongo tendrán gana de comer.

Cuando se marchó el posadero dimos rienda suelta á la risa, que nos habíamos visto obligados á comprimir, deduciendo del equívoco, que en Padron debe haber muchos que tengan el apellido de Macías, como en efecto es asi. Pasado el primer momento de hilaridad, yo cumplí la palabra que habia dado, refiriendo á Mauricio lo siguiente, tal y como lo cuenta Argote de Molina en su libro, impreso el siglo XVI, con el título de *Nobleza del Andalucia*.

«Entre el rigor de las armas, bien se permiten discursos de amor. Florecian en el reino de Jaen, en la frontera del reino de Granada, los hijosdalgos, no tan solamente con esclarecidos y famosos hechos en las armas, mas con notables acaecimientos en amores. Era á esta sazon maestre de Calatrava don Enrique de Villena, famoso por sus curiosas letras, cuyo criado era Macías, ilustre por la constancia de sus amores. El cual, dando al amor la rienda, que su edad y lozanía le ofrecian, puso los ojos en una hermosa doncella, que al maestre su señor servia. Y siendo estos amores con voluntad de ella, tratados con gran secreto, no sabiendo el maestre cosa alguna, y estando Macias ausente, la casó con un principal hidalgo de Porcuna. No desmayó á Macias este suceso, porque acordándose del amor grande que su señora le tenia, que no era posible en tanta firmeza haber mudanza, sino que forzada de la voluntad del maestre habia aceptado el matrimonio, conociendo por secretas cartas, que vivia su nombre en la memoria de su señora, confiado en que el tiempo le daria ocasion de mejorar su suerte, la siguió y sirvió con la misma confianza y fé que antes que llegara á aquel estado. Como amores tan seguidos el tiempo no los pudiese encubrir, el marido vino á entenderlos. Y no atreviéndose á dar muerte á Macias (por ser escudero de los mas preciados de su señor), parecióle mejor acuerdo dar cuenta de ello al maestre. El cual, llamando á Macías le reprendió grandemente, que no solo siguiese, mas ni imaginase continuar semejante causa, y le mandó se dejase de ello. Tenia el amor tan rendido y sujeto á Macías, que viéndose atajado de todas partes, creció el aficion con que las cosas de mayor resistencia son mas deseadas. Y poniendo sus hechos á todo trance, no quiso perder el contínuo ejercicio de requestar y servir á su señora, tanto que el maestre, no hallando otro remedio (porque le consideró tan perdido, que consejo ni otra razon serian con él de alguna consideracion) lo mandó llevar preso á Arjonilla, lugar de la órden, á cinco leguas de Jaen, por no hallar otro camino para atajar las quejas que de él se daban. Estaba preso con ásperas cadenas Macías en Arjonilla, donde lamentando sus dolores, no hallando otro reparo para el alivio de ellos, con canciones lastimosas, daba mil quejas de su triste suerte, y enviándolas á su señora se entretenia con algunas vanas esperanzas.

»Llegaron á manos del marido de la dama estas canciones, y las contínuas cartas de Macías, y no pudiendo sufrir tanta inquietud, cuantos celos públicos le daban, acordó de acabar de una vez con esta histório. Y subiendo en un caballo, armado de adarga y lanza, fué á Arjonilla, y llegando á la cárcel donde Macias estaba, vióle desde una ventana de ella, lamentándose del amor. Y no pudiendo sufrir tan importuno enemigo, le arrojó la lanza, y pasándole con ella el cuerpo, con dolorosos suspiros el leal amador dió el último fin á sus amores; y escapándose el caballero por la ligereza de su caballo, se pasó al reino de Granada. El cuerpo de Macías, fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina del castillo de Arjonilla, donde llevado en hombros de los caballeros y escuderos mas nobles de la comarca, le dieron honrosa sepultura. Y poniendo la sangrienta lanza encima de ella, quedó allí su lastimosa memoria en una letra que asi decia:

«Aquesta lanza sin falta
¡Ay coytado!
Non me la dieron del muro
Nin la prisé yo en batalla
Mal pecado.
»Mas viniendo á tí seguro,
Amor falso y perjuro
Me firió, é sin tardanza,
Fué tal la mia andanza
E fin venturoso.»

Esta triste historia ha dado asunto, no solamente á Larra, para el drama y la novela que se ha citado, sino á otros muchos poetas antiguos y modernos para sus composiciones. Juan Rodriguez del Padron, hace mérito de Macías en sus *Gozos de amor;* Juan de Mena en sus *Tercietas*, y García Sanchez en su *Infierno de amor*, con algunos mas que no recuerdo.

—Gracias por la complacencia, dijo Mauricio viendo que yo habia concluido, pero permitirás que te observe, que habiéndote limitado á referir lo que dice un libro con sus mismas palabras, puntos y comas, no has hecho mas que darnos una muestra de tu buena memoria, que no necesitábamos por cierto, porque la tienes acreditada, pero no has cumplido tu palabra.

—Yo ofrecí una historia de amor, dije, sin mas condiciones, y una historia de amor he contado.

—En eso no estamos de acuerdo; lo que has hecho ha sido leernos de memoria unas cuantas páginas de Argote de Molina.

—Por lo que veo, interrumpió Caunedo, Mauricio ha quedado con gana de historia y yo le voy á contentar refiriéndole otra muy cortita, pero tambien



VISTA DEL CASTILLO DE RIANJO, TOMADA DESDE TIERRA.

de amor y de un poeta natural de este pueblo. Hablo de Juan Rodriguez del Padron, citado hace muy poco como uno de los que se han ocupado de Macías, de quien fué contemporáneo y amigo. Pertenecia á una familia noble, y brilló mucho en la córte caballeresca de don Juan II. Enamorado, pero no correspondido, de una dama, que algunos con bastante fundamento suponen era la reina, emprendió, para curarse de su pasion un viage á Jerusalen, y á su vuelta entró religioso en el convento de Herbon, no lejos de esta villa donde murió. Consérvanse de él algunas poesías, y entre otras los ***Diez mandamientos de amor***; la que empieza ***Ham, ham, ham, huir que rabio***, y la siguiente en que habla de Macías:

Si te place que mis dias
Yo fenezca mal logrado
Tan en breve,
Pleyase que un Macías
Ser merezca sepultado,
Y decir debe
Do la sepultura sea:
Una tierra los crió
Una tierra los llevó
Una tierra los posea.

—Está visto, dijo Mauricio, que este es el pueblo de los amantes firmes. Vámonos cuanto antes que temo contagiarme.

Aprovechamos la tarde en visitar el castillo de Rianjo, distante dos leguas de Padron, poblacion erigida sobre las playas de una ensenada que forma la ria hácia su parte mas oriental.

El edificio tiene su entrada por una puerta de construccion gótica y maciza, bastante bien conservada, y abierta en una pared de siete pies de ancho. Hay otra puerta igual á la primera que es la que daba entrada al interior del castillo, formando la primera con la segunda muralla un espacioso recinto que serviria de patio, ó como hoy diriamos, de cuerpo de guardia para los encargados de la custodia de la fortaleza. En el interior se conservan las divisiones que formaban los varios departamentos, algunas escaleras de caracol, y aberturas destinadas á dar paso á la luz, si bien en cantidad bastante reducida. Los numerosos escombros que se han ido aglomerando, hacen subir el pavimento algunas varas y sirven de madriguera á infinidad de conejos que allí se anidan y que los cazadores de las inmediaciones van á cazar al caer el dia. Cuando la marea está llena, casi todo el castillo se circuye de agua, menos por una lengüeta de tierra que sirve como de puente levadizo. Una honda cisterna, proba-

blemente para uso de sus moradores, se ve á alguna distancia de la muralla esterior.

Este castillo, segun la autoridad de los curiosos, ha pertenecido á los caballeros del Temple, que tanto poder é influencia tuvieron en Galicia durante los mas floridos períodos de su dominacion. Suprimida esta órden por Clemente V en el concilio Vienense, en 1314, en vista de los enormes crímenes que les imputaban, distribuyeron los reyes de España las posesiones y edificios que habian pertenecido á la comunidad estinguida, entre los mas fieles servidores de su nobleza.

Volvimos á Padron donde nos esperaba la cena en la mesa y descansamos hasta el otro dia, que bien lo necesitábamos.

CAPITULO XLIII.

Pontevedra, Vigo, Tuy y otras cosas.

Al siguiente dia salimos de Padron por el camino real que conduce á Pontevedra, que es una de las mejores y mas hermosas carreteras que tiene España, aunque descuidada como tantas otras cosas en nuestra patria. La hizo el ministro de Cárlos IV, don Pedro Acuña, natural del pais, y nada tenia que envidiar á las famosas *vias* romanas. Elegantes pirámides para marcar las leguas, cada una con su correspondiente reloj de sol, bellas fuentes, asientos cómodos, y por último altos y copudos árboles que ofrecian sombras al fatigado viagero, todo se reunió para formar un conjunto verdaderamente seductor; pero todo ó la mayor parte ha desaparecido por esceso de abandono.

Atravesamos el rio Ulla por el puente de Cesures, cerca de Padron, y nos detuvimos en Caldas de Reyes para visitar los baños, pues teniamos tiempo, en razon á que era temprano, y solo nos faltaban que andar tres leguas hasta Pontevedra, donde pensábamos hacer noche. El terreno que rodea á Caldas es muy frondoso y ameno, y abunda en árboles frutales, dilatados viñedos, buenos pastos, y yerbas medicinales. Entre sus muchas y variadas producciones debemos citar los limones y naranjas. La situacion de la villa es en una llanura, y en la confluencia de los rios *Ilumia* y *Bremaña*. Su antigüedad es muy remota. Los romanos aludiendo á sus escelentes aguas termales, muy frecuentadas en todos tiempos, la llamaron *Aquæ-celenæ*, y el famoso geógrafo Tolomeo *Aquæ-calidæ*. Pertenecia á los *galáicos-*

lucenses, y era capital de los pueblos *cilinos* ó *celenos*, griegos de orígen. Gozó esta ciudad de los privilegios de municipio, y luego fué silla episcopal, debiendo mencionarse entre sus prelados al célebre *Ortigio*, gran antagonista de los hereges *priscilianistas*. El año de 1104, nació en esta villa el rey don Alfonso VII llamado el Emperador. El historiador arzobispo don Rodrigo, asegura en su crónica, que en razon á este suceso, se denominó *Caldas de Reyes*. En la orilla derecha del rio *Bremaña*, á la salida de Caldas para *Villagarcia*, se ve aun un vetusto torreon, el que señala la tradicion como lugar del nacimiento de Alfonso VII, y en el que pasó sus primeros años bajo la direccion del conde de Trava. Compónese la villa de doscientas setenta casas, algunas muy buenas, una parroquia con advocacion de Santo Tomás, una ermita, un estenso palacio ó fortaleza, perteneciente á los marqueses de Bendaña, y dos grandes casas de baños; la una llamada de Acuña, por haber sido construida á costa del ministro de este nombre, está situada á la márgen del rio *Humia*, es un grandioso edificio de sillería, que está sin terminar. Tiene dos fuentes, una en lo interior, que surte dos grandes baños, uno destinado para hombres y otro para mugeres. Hay tambien otros tres baños separados, para los que padecen males contagiosos. La otra fuente está fuera de la casa, sirve para beber, y surtir otros baños pequeños. La segunda casa de baños se llama de *Dávila*, es tambien de hermosa construccion, y está en la orilla derecha del citado rio *Humia*, contiene dos grandes baños generales, (uno para cada sexo) en forma de cuadro, otros dos tambien generales, pero mas pequeños, y finalmente otros baños para una sola persona, en cuartos separados. El agua se renueva á cada hora, y las curaciones que á su uso se atribuyen son numerosísimas, lo que hace ser estos baños de los mas concurridos de Galicia. Caldas tiene bastante comercio, y mil ciento setenta habitantes. Es cabeza de un partido judicial que comprende nueve ayuntamientos y cincuenta y tres feligresias. Pertenece á la diócesis de Santiago, y á la provincia de Pontevedra.

La ciudad de este nombre á la que llegamos al ponerse el sol, es como la mayor parte de los pueblos de Galicia, de una antigüedad muy lejana, y traspasa los lindes de la historia. Convienen, sin embargo, los historiadores en atribuir su fundacion á los griegos que aportaron á estas regiones despues de la guerra de Troya, y la impusieron el nombre de *Hellænes*, que en su lengua significa *congregacion ó reunion de gentes*. En tiempo de la dominacion romana se llamó *Duo-Pontes* y *Pons-vetus* por el gran puente de doce arcos, que se construyó entonces, y que aunque renovado, subsiste aun: de *Pons-vetus* se deriva el actual nombre de Pontevedra. Su situacion en el fondo de la ria de su nombre, cerca de la embocadura del rio *Lerez*, y

la abundancia de jardines, caseríos, bosquecillos y vergeles que la rodean, la hacen ser uno de los pueblos mas agradables y bonitos. Su risueña campiña produce toda clase de granos, vinos, legumbres, hortalizas, y toda especie de delicadas frutas, y en el rio se pescan en abundancia los salmones, anguilas, truchas, reos, muples, lampreas, etc., etc. Es Pontevedra puerto habilitado para objetos de construccion naval y víveres. Sus calles son aseadas, bien empedradas y compuestas en general de casas de excelente construccion. Tiene cuatro plazas, y en la llamada de la *Herrería* hay una bonita fuente. Aun conserva Pontevedra sus antiguas murallas con cuatro puertas principales y otras pequeñas. Hay dos parroquias, un convento de monjas, otros dos que fueron de religiosos, un cuartel y un hospital. Como capital de la provincia que lleva su nombre, (que es la que antes se denominaba provincia de Tuy) es Pontevedra residencia de un gobernador civil, de un comandante general, diputacion provincial, oficinas de rentas, de amortizacion, etc., etc. Tambien es cabeza de un partido judicial que contiene cuarenta y tres parroquias, y cuenta cuatro mil quinientos cuarenta y nueve habitantes. Ostenta en sus armas su antiquísimo puente y sobre él un castillo. Muchos son los hombres ilustres que nacieron en Pontevedra, entre los que contaremos á *Sorred de Sotomayor*, distinguido campeon del rey Pelayo; á *Payo Gomez de Chirino*, almirante de Castilla; á *Bartolomé de Nodal* y su hermano *Gonzalo*, célebres navegantes que descubrieron el cabo de Hornos y el estrecho de San Vicente; al célebre escultor *Gregorio Hernandez*, y finalmente al erudito escritor, historiador y anticuario P. M. Fray Martin de Sarmiento.

Poco nos detuvimos en Pontevedra, y no porque falten edificios notables que visitar, sino porque el tiempo nos apremiaba. Vimos, sin embargo, las ruinas del antiguo palacio de los Turrichaos, incendiado por los ingleses en 1719, y del que solo se conservan dos altas torres, una de ellas con almenas y ventanas ojivas: tambien llamó nuestra atencion la parroquia de Santa María la Mayor, que es grande y suntuosa, de arquitectura gótica, y su portada de lo mejor que hay en este género. La capilla de Nuestra Señora de la Peregrina es igualmente buena; la forma una rotonda, y su reconstruccion, que se hizo á fines del siglo pasado, costó cerea de un millon y medio de reales. En ella se celebra una de las mas famosas romerías de Galicia.

Durante nuestro paseo por la ciudad nos llamó la atencion un escudo de armas en varias casas principales, cuya enseña consistia en una M coronada; preguntamos como era consiguiente á Caunedo, y éste nos dijo que era el de la familia de los Montenegros, cuyo orígen esplica Molina de este modo:

«Los Montenegros tienen su suelo y nacimiento en este reino de Galicia, y procedieron de un hidalgo gallego y de una doncella parienta de un rey de Galicia, á la que habiéndole levantado unos traidores una gran traicion, fué presa hasta tanto que diese quien la librase, y este hidalgo movido á compasion tomó su hecho por propio, y obo batalla, y cortó la cabeza al capital de la traicion, y vista esta averiguacion, el rey la casó luego con este caballero que la libertó, y destos vienen los Montenegros, los cuales traen por armas una M coronada, porque la doncella se llamaba *María.*»

«Los Montenegros aquí son fundados
Que libertaron aquella doncella,
De testimonios, y falsa querella
Que en casa del rey le son levantados.»

Salimos de Pontevedra al otro dia de madrugada, y despues de andar tres leguas, nos detuvimos en Puente San Payo, villa situada en el fondo de la ria de Vigo, desde donde se descubre el famoso lazareto de la isla de San Simon. Este pequeño puerto es renombrado por las muchas y escelentes ostras que produce, y por hallarse cerca del monte Ameo, donde se dió una reñida batalla, en que el moro Alahez fué vencido por el rey de Oviedo Alfonso el Casto el año 821. Aun se encuentran hoy en aquel sitio hierros de lanzas, huesos y fragmentos de armas que atestiguan el combate y confirman la tradicion del pais, que dice hubo allí gran mortandad de infieles. El dia 7 de junio de 1809 el Puente de San Payo fué teatro tambien de una porfiada accion entre las tropas españolas al mando del conde de Noroña y las francesas que mandaba Ney, quedando estas vencidas despues de dos dias de combate.

Desde San Payo fuimos á hacer noche á Redondela, donde existe un convento de monjas de la órden de San Lorenzo Justiniano, de cuyo instituto no hay en España mas que este y otro en Cuenca, y muy temprano á la mañana siguiente entramos en la *muy noble, muy leal y valerosa ciudad de Vigo*, que todos estos títulos mereció en la gloriosa guerra de la independencia. Es el primer puerto de Europa físicamente hablando, pues reune á una capacidad inmensa, un fondo escelente, seguridad de los temporales y facilidad de aportar á él con toda clase de vientos. Forma como un ángulo agudo en cuyo vértice está Redondela, y en los dos lados otra porcion de puertecitos á cual mas risueños y de agradable aspecto. La boca de este gran puerto está cerrada por dos islas desiertas, denominadas islas de *Bayona* ó *Cicias*. Vigo en tiempo de los romanos se llamó *Vico Spacorum*. El año 132 de nuestra era, *Decio Junio Bruto*, gobernador de la España Citerior, con ob-

jeto de estender sus conquistas, se dirigió á la costa occidental de Galicia. Los habitantes de *Vico* y demás poblaciones de la ribera del mar, se apresuraron á pactar amistad y confederacion con los romanos, pero rebelándose al año siguiente, fueron avasallados por el mismo Junio Bruto, y sujetos al yugo romano. Dominada y destruida Vigo por los sarracenos, fué repoblada en 750 por Alfonso I el Católico. El 20 de octubre de 1702 fué batida dentro de la bahía de Vigo por los ingleses y holandeses, una flota española compuesta de galeones cargados de oro que venian de América, los que por no caer en poder de los enemigos, por disposicion de sus comandantes, se barrenaron y echaron á pique. Aun hace pocos años se veian en el fondo del mar los mas de estos buques enteros, pero habiendo unos empresarios ingleses obtenido del gobierno permiso para registrarlos por medio de la *campana de Buzo*, y utilizarse de lo que pudieran encontrar, los deshicieron. Vigo es pueblo esencialmente comercial, y por lo mismo muy prosáico; en él no hay que buscar leyendas ni recuerdos caballerescos. Tampoco se ven en Vigo edificios grandiosos ni establecimientos que llamen la atencion del viagero. Solo nos agradó el teatro, que es bastante bonito, y el lazareto nuevamente construido en la isleta de San Simon, donde van muchos buques á hacer las cuarentenas. Tiene la ciudad fortificaciones modernas con el competente número de piezas, y tres castillos denominados *La-lage*, *San Sebastian*, y el *Castro*. Este último ocupa la cima de una montaña, y desde él se domina uno de los mas amenos paisages que pueden verse. De una parte el gran puerto, ó mejor dicho, el golfo con sus mil buques que ostentan la bandera de todas las naciones comerciantes del mundo, y con su muchedumbre de barcos pequeños que sirven para la pesca, y de otra la fertilísima y amena campiña cubierta de viñedos, bosques de árboles frutales, quintas magníficas, aldeas y caserías. Hay en la ciudad una colegiata-parroquia, cuyo edificio, aunque estenso y de muy moderna construccion, es de escaso mérito artístico; un convento de monjas, otro que fué de religiosos, y varias ermitas. Es cabeza de un juzgado que comprende cuarenta y dos feligresías, y el número de habitantes no pasará de cuatro mil doscientos.

Nuestra detencion en Vigo fué solo de un dia, y ni siquiera hicimos uso de las cartas de recomendacion que llevábamos para algunas de las familias principales. Continuamos la marcha abandonando la carretera, y siguiendo la orilla del mar fuimos á cenar á Nigran, graciosa aldea que ocupa casi el centro del hermoso valle del Miño, y de aquí á Bayona, que dista tres leguas de Vigo. Es poblacion muy antigua y su origen se atribuye por algunos nada menos que á los griegos venidos á este pais despues de la destruccion de Troya. Visitamos la colegiata de Santa María, edificio digno de

consideracion que sirvió de iglesia á los templarios, los conventos de monjas de la Misericordia y Santa Librada, y el *Montereal*, ó sea el castillo situado en una eminencia que domina el mar, la villa y el valle. Cediendo á las instancias de Mauricio prolongamos nuestra estancia un dia mas en Bayona con objeto de visitar las *islas Bayonas*, de *Vigo* ó *Cies* (que todos estos nombres tienen). En efecto, al otro dia dispusimos nuestra espedicion en una lancha provistos de víveres y escopetas, y acompañados de un famoso cazador bayonés. Son dos estas islas; la del *Norte*, denominada *Latia* ó *Cisaron*, tiene dos millas y media de longitud, y la del *Sur* llamada *Faro* una y media. Están situadas á la boca de la ria de Vigo, de cuya ciudad distan nueve millas. Estas islas son famosas desde los antiguos tiempos, pues los fenicios y cartagineses aportaron á ellas en busca de estaño, de que eran muy abundantes, por lo que fueron llamadas *Cassiterides* (1), como las nombran Plinio, Estrabon y Tolomeo. Despues se llamaron *Cicæ* ó *Cicas*, nombre derivado de *Cicar* ó *Kicar*, que en lengua fenicia significa metal. Estaban habitadas en otro tiempo, pero las correrías de los piratas berberiscos é ingleses ocasionaron su despoblacion en el siglo XVII. Estos últimos incendiaron un antiguo monasterio que alli habia. Desde entonces no tienen mas habitadores que una multitud de conejos. Despues de haber hecho una comida campestre, sazonada con el apetito producido por el ejercicio de la caza, y con las admirables vistas que descubríamos, tornamos á Bayona, de donde al otro dia salimos. Era la hora de comer cuando llegamos á Santa María de Oya, y nos detuvimos con objeto de visitar el magnífico monasterio de monges cistercienses, que alza su robusta fábrica á las orillas del mar. Es de bella arquitectura y muy capaz. Fué edificado en el siglo XII por el emperador don Alonso VII, y enriquecido con cuantiosas donaciones por este monarca, y su madre la reina doña Urraca. Afortunadamente la suntuosa iglesia permanece abierta al culto, pues sirve de única parroquia, y en ella vimos la muy venerada imágen de *Nuestra Señora del Mar*, que segun las piadosas tradiciones de los sencillos labradores del pais, se apareció en 1581 sobre un lebrel, en el sitio denominado la *Orillada*, en la ribera del mar. Daba á este monasterio un aspecto muy romántico y feudal una *plaza de armas* que tenia á su frente, defendida con nueve cañones, de la que era *gobernador* nato el abad. Hoy está del todo abandonada.

Aun no se habia puesto el sol cuando hicimos nuestra entrada en la villa y puerto de la *Guardia*, último pueblo de Galicia por esta parte, y la que llaman vulgarmente los campesinos el *Cabo del mundo*. Se compone de

(1) *Criadoras de estaño;* pues *Cassiteros* significa en griego *el estaño.*

quinientas casas regulares, una parroquia con advocacion de la Asuncion de nuestra Señora, servida por un cura y un capellan, tres ermitas y un monasterio de monjas benedictinas. Tenia pàra su defensa un pequeño fuerte con dos piezas, y un buen castillo que domina la villa, pero uno y otro están en ruinas; sin embargo, el castillo aun tiene gobernador ó comandante. La poblacion es de dos mil habitantes. El puerto de la Guardia es poco cómodo y solo capaz de buques menores. La principal industria consiste en la fabricacion de calcetas, á la que se dedican con fervor todas las mugeres, llegando á la enorme cantidad de cien mil docenas de pares las que se fabrican cada año. Al Sur de la villa está el elevado pico de Santa Tecla, donde el Miño desemboca en el mar. Tiene aquel dos puntas, en una de las que hay una columna ó mojon que sirve de guia á los navegantes, y en la reducida planicie que queda entre ambas está la ermita de Santa Tecla, que es muy concurrida por los habitantes, asi del pais como del inmediato reino de Portugal. Estos últimos vienen en gran número á la Guardia anualmente para tomar los baños de mar. Por invitacion de Caunedo fuimos á hacer una visita á las religiosas del monasterio de San Benito, de quienes nuestro amigo habia recibido finos agasajos en su niñez, y escusado es añadir que encontramos una cariñosa acogida.

El referido monasterio dedicado á San Benito, es el edificio mas notable de la villa por su capacidad y buena fábrica. Antes de despedirnos de la Guardia debemos consignar una particularidad que notamos tanto en este pueblo como en sus alrededores, y es la estraordinaria emigracion de los hombres á Castilla, Andalucía y Portugal, de tal modo, que en las aldeas apenas se ven mas que mugeres, y así son ellas las que labran la tierra, y se ejercitan en toda clase de faenas. Al llegar á la aldea de *Camposancos*, distante un cuarto de legua de la Guardia, y situada á la orilla derecha del Miño, dejamos nuestras cabalgaduras, y nos embarcamos en una lancha con objeto de hacer por agua nuestra jornada á Tuy, que distaba cuatro leguas, disfrutando de la amena y soberbia perspectiva que presentan ambas riberas del rio, el mas hermoso y caudaloso que habiamos encontrado en el curso de nuestro viage. Llamábase en lo antiguo *Minius*, en razon del mucho minio que arrastraba su corriente, lo que tambien conviene al *Sil* ó *Sir*, uno de sus tributarios, cuyo nombre se deriva de los orientales *Sisir* ó *Sirid* el *Minio*. Al hablar Estrabon del Miño nos dice era el rio mas caudaloso de la Lusitania, y navegable por mas de ochocientos estadios, y Plinio, que su boca al desaguar en el mar, tenia cuatro millas de anchura, que es poco mas ó menos la que tiene en el dia. Tolomeo nos instruye que era el límite septentrional entre el convento jurídico *Lucense* y el *Bracarense*. Segun muchos de nuestros cronistas arrastraba arenas de oro en grande

abundancia como el Sil, y Ambrosio de Morales nos dice que el obispo de Tuy le mostró un grano de oro cogido en el Miño del tamaño de un garbanzo, y que el conde de Salvatierra arrendaba anualmente un lugar que poseia á la orilla del mismo rio, solo con el objeto de coger oro. Las aguas de este gran rio, aunque no utilizadas cual debiera, dan impulso á un crecido número de molinos y otros artefactos, y producen con grande abundancia salmones, lampreas, sábalos, grandes truchas, anguilas y otros muchos peces. Dejamos á nuestra espalda el castillo *da Insua*, fortaleza portuguesa situada en una isleta, á la boca del Miño, y á la derecha la graciosa villa y plaza de *Camiña*, en Portugal, en la que hay salinas y dos mil quinientos habitantes, y otras varias poblaciones pequeñas; y á nuestra izquierda el risueño valle y aldea del Rosal, y la villa y coto de Goyan. Aqui vimos un castillo moderno, desmantelado y en ruinas desde que en la guerra de la independencia fué sorprendido una noche por los portugueses, que se apoderaron de la artillería, efectos, gobernador y guarnicion que en él habia. Vése tambien en Goyan un antiquísimo *torreon* feudal ó *atalaya* cerca de un palacio, primitivo solar de la ilustre familia de los *Correas*, que poseia el señorío temporal y espiritual del coto de Goyan, y de una barca que hay en aquel punto para pasar al pueblo portugués *Vilanova de Cerveira*, que ocupa la orilla opuesta. Aun conserva la familia de Correa el derecho de nombramiento de abad de Goyan. La historia de este nobilísimo linage, representado hoy por el marqués de Mos, grande de España de primera clase, es en estremo romancesca, y por lo mismo diremos algo sobre ella.

El progenitor de los Correas fué segun los mejores nobiliarios, un *ricohombre* del rey don Alfonso IV, llamado *Payo* ó *Pelayo Ramirez*, del que procedió el célebre guerrero *don Pelayo Perez Correa*, del que hacen tan honrosa mencion todas nuestras historias. Fué en 1242 electo gran maestre de la órden de Santiago, y el décimo sesto que obtuvo esta dignidad, á la sazon que era comendador de Portugal. Conquistó el Algarbe, se distinguió y contribuyó particularmente á la toma de Sevilla, y conquistó el reino de Murcia. Uno de los grandes hechos que le hicieron célebre, fué la famosa batalla de *Ten-tu-dia*, que refieren así nuestras historias (1). Cabalgando el maestre con sus caballeros en las cercanías de Sierra-Morena, encontró un cuerpo considerable de moros al que acometió desde luego poniéndolo en fuga, pero acercándose la noche, no quedaba tiempo de completar la der-

(1) Véase entre otros muchos á Mariana, libro XIII, cap. 22.

rota, y el maestre volviéndose al cielo, esclamó dirigiéndose á la Vírgen, de quien era muy devoto: *Señora, deten el dia*. De repente y cual en los tiempos de Josué, el dia se prolongó, y don Pelayo tuvo lugar de acabar con aquellos encarnizados enemigos de la fé de Cristo. En memoria de tan gran prodigio edificó en aquel sitio una iglesia, que aun subsiste, denominada *Santa María de Ten-tu-dia*, en la que quiso el maestre ser sepultado, como se verificó en 1275. El hacerse mencion de este suceso en varios escritos contemporáneos, hace suponer que tuvo lugar en aquel dia una aurora boreal, ó algun otro meteoro luminoso que hizo creer al maestre y sus caballeros que la Vírgen daba aquella luz sobrenatural para evitar la huida de los moros. El rey de armas de Felipe IV, Gerónimo de Villa, dice hablando de los Correas.

«Tienen su casa solariega en Galicia, muy antigua. Unos dicen que el primitivo solar está en el lugar de *Farelauns* (Portugal), y otros con mas razon en Galicia, en las márgenes del Miño, en jurisdiccion y sitio de que son señores los de este apellido de Correa, y sea cual fuere el solar, uno procede de otro. Uno de sus progenitores fué *Pedro Correa*, que sirvió al conde don Enrique, que lo fué de los lusitanos. Halláronse en la toma de Sevilla. *Don Alonso Correa* fué alférez mayor del rey don Alonso I de Portugal. Traen el escudo de oro con águila de sable, las alas desplegadas, y sobre su pecho otro escudo pequeño, tambien de oro, con trece *correas* rojas cruzadas.»

En cuanto al orígen del apellido, y escudo de armas, encontramos referido lo siguiente. «Hallándose uno de los ascendientes de este linage, que era *conde* ó *gobernador* de una ciudad, cercado de moros, se defendió por tanto tiempo, que apurados todos los víveres, se vió precisado él y los suyos á alimentarse de *correas*, puestas á ablandar en agua caliente. Habian llegado los cercados al último estremo cuando un águila atravesó los aires y dejó caer en la plaza sitiada una enorme trucha que en el pico llevaba. Varios hambrientos se arrojaron sobre ella con afan, pero el conde les hizo conocer que una trucha no era suficiente para todos, y que era mejor regalarla al general sitiador. Convinieron, y los moros creyendo que en la plaza sobraban las vituallas, levantaron el cerco. Por eso el escudo de los Correas, consiste en una águila negra con corona *condal*, una trucha de plata en el pico, y en el pecho un escudete, donde en campo de oro hay trece correas rojas cruzadas, todo ello en campo de plata.»

A tres leguas de Goyan, rio arriba, encontramos el término de nuestro agradable viage por aquel dia, que era la antiquísima ciudad de Tuy, tan antigua, que todos nuestros historiadores convienen en que lleva á Roma muchos siglos, pudiéndose reputar por lo mismo, por una de las primeras

poblaciones de Europa. Su fundacion se atribuye al griego *Diomedes*, hijo del príncipe *Tideo*, que en honor de éste la impuso el nombre de *Tyde*. Aquel era uno de los muchos aventureros que aportaron á estas regiones despues de la ruina de Troya. Es tambien conocida en la historia con los nombres de *Tude*, y *Tudem-Graviorum*, porque era la capital del territorio de los *gravios*, uno de los pueblos ó confederaciones en que estaba dividida la Galicia primitiva. En la primera época estaba fundada esta ciudad en un delicioso valle distante media legua donde ahora hay una aldea denominada *Pazos de Reis*; Palacio de Reyes. El año 619 fué *Tyde* conquistada por *Decio Junio Bruto*, gobernador de la España ulterior, y conservó grande importancia durante la dominacion romana, siendo una de las estaciones de la via militar, que conducia á *Bracara Augusta*. Fué una de las primeras poblaciones que se convirtieron al cristianismo, teniéndose por su primer obispo á *San Epitacio*, discipulo de Santiago, y martirizado en esta ciudad en tiempo de Neron. Tambien se refiere á aquellos primeros dias de la persecucion, el martirio de San Julian y otros compañeros en un monte cercano llamado *Alloya*. Los obispos de Tuy son muy nombrados en los concilios toledanos del tiempo de los reyes godos. *Egica* envió en 698 á su hijo *Witiza* por virey ó gobernador de Galicia, y fijó su córte en Tuy. En tiempo de Mariana permanecian las ruinas de su palacio en la citada aldea de Pazos de Reis, y aun hoy se ven escombros. Durante la residencia en Tuy de Witiza tuvieron lugar los amores de éste con la duquesa de Cantabria, á quien llaman *Luz*, y la muerte de su esposo *Favila* de mano de aquel y de un bastonazo. En aquel tiempo, segun las probabilidades, nació en Tuy de los referidos *Favila* y *Luz* el célebre *don Pelayo*, el restaurador de España en Covadonga. En 738 acometieron los moros esta ciudad, que se resistió denodadamente, y la arrasaron. En 744 la restauró Alfonso I el Católico, pero volvió á caer en poder de aquellos que trasladaron la poblacion en 766 á lo alto del monte *Alloya*, y en un sitio que se llamó *Cabeza de Francos*, con una cerca de media legua en contorno, y de tres varas de espesor, con altas torres que aun subsisten en su mayor parte. La catedral se fijó entonces en el monasterio de San Bartolomé, que hoy es una parroquia inmediata á la ciudad. Don Ordoño II, recobró á Tuy por segunda vez en 860, y Fernando II de Leon, en 1170, trasladó la poblacion al sitio que hoy ocupa en una colina á la orilla del Miño, edificando en la cima la catedral y palacio del obispo en forma de fortaleza. La reina doña Urraca, habia concedido al obispo y cabildo de Tuy el señorío espiritual y temporal de la ciudad, que conservaron hasta nuestros dias. Por su posicion fronteriza á Portugal fué Tuy siempre punto importante, hablando militarmente, y sufrió varias invasiones de los portugueses. Pinta en sus armas una media luna de plata y

tres estrellas de oro, en campo azul, timbrado el escudo de una corona real. Dícese que las estrellas aluden á tres batallas ganadas á los moros, pero otros aseguran que representan á los tres reyes, Alfonso I, Ordoño II y Fernando II, conquistadores y repobladores de la ciudad. La corona real es un recuerdo de haber sido la córte de Witiza. Tuy es patria de varios hombres célebres, entre ellos el famoso *Lucio*, poeta lírico, que adquirió en Roma gran nombradía, del inmortal rey don Pelayo, de San Hermogio, su obispo, y de su sobrino San Pelayo, martir que conducido á Córdoba en rehenes por librar á su tio que estaba cautivo del famoso Almanzor, padeció martirio por conservar ilesa su pureza, por lo que dijo el erudito P. Isla:

«Entonces fué cuando Pelayo niño
Mártir de la pureza ilustró al Miño.»

Tuy se hizo célebre tambien por la erudicion de muchos de sus obispos, entre los que debemos citar á los renombrados historiadores *don Lucas de Tuy* y *Fr. Prudencio de Sandoval.* El aspecto de la ciudad, por cualquier lado que se la mire, no puede ser mas pintoresco, pues está edificada en anfiteatro, en lo alto la catedral y palacio del obispo en forma de castillo con torreones, almenas y ladroneras, y á su alrededor tres rios, entre los que se cuenta el magestuoso Miño, que besa sus antiguas murallas. Añádese á esto un delicioso jardin de algunas leguas, que tal puede llamarse la incomparable campiña que circunda la vieja ciudad de *Diomedes*, de *Witiza* y de *Pelayo*, y podrá formarse el lector una idea del bello panorama que se desplegó á nuestra vista. El interior de la ciudad no es tan agradable como el esterior, pues las calles son estrechas, tortuosas, y algunas muy costaneras. El edificio mas notable es como de costumbre en España la catedral, que fué el primero que visitamos. Su interior presenta una arquitectura bárbara, propia del siglo XII en que se construyó, pues se compone de gruesas y tosquisimas columnas, cuyos chapiteles están formados por multitud de mónstruos, hombres, animales, flores, etc., y que sostienen arcos que son ya casi ojivas. Tiene cuatro naves y nueve capillas. Entre estas sobresalen la del *Sacramento*, con un grandioso retablo dorado, de gusto moderno; la de Santa Catalina, que tiene seis altares, uno de los que está dedicado al mártir San Pelayo, y la de San Pedro Telmo, patrono de la ciudad y del obispado. El altar mayor de esta sirve de relicario, que es muy rico, y en el que se conservan, entre otros cuerpos el del citado San Telmo. En ella está el panteon subterráneo de los obispos. Tambien nos llamó la atencion el inmenso retablo de la *Espectacion*, obra maestra del género churrigueresco, debida al obispo Arango, y el suntuoso *monumento* que solo se usa

el Jueves Santo, y que es una copia exacta del famoso de Sevilla, aunque no tiene mas que una fachada. El claustro nada ofrece de notable mas que su mucha estension y algunas inscripciones de los siglos medios. La silleria de coro es de mucho mérito. En él hay dos grandiosos órganos. La catedral está servida por un cabildo compuesto de un obispo, nueve dignidades, veinte y un canónigos, ocho racioneros, y suficiente número de capellanes y otros ministros. La mejor iglesia de la ciudad, despues de la catedral, es la de los dominicos. La del convento de franciscos y de monjas de la misma órden, ó sea de la Concepcion, son bastante regulares y aseadas. Hay además la capilla de la Misericordia, la de San Telmo, en que se enseña el lugar donde falleció el Santo (pues esta iglesia se levantó sobre el solar de la casa en que moraba en el siglo XIII) y otras varias en las cercanías. La única parroquia de la ciudad es la catedral. En la plaza está la casa consistorial, que es grande, y el hospital de caridad, de construccion moderna, y tambien de bastante estension. Tiene Tuy una casa de espósitos, un teatro, dos cuarteles, varios edificios que estuvieron destinados á cuerpos de guardia y almacenes de pólvora, y fortificaciones que rodean toda la ciudad, aunque enteramente derruidas. Sin embargo, por una de aquellas anomalías tan frecuentes en nuestra patria, Tuy, á pesar de tener en escombros sus murallas, y clavados ó rotos sus antiguos cañones de hierro, está en la categoría de *plaza fuerte* de segundo órden, y tiene un gobernador de la clase de brigadieres, un mayor de plaza, ayudante, etc. Hay tambien una cátedra de latinidad, aduana de segunda clase y juzgado de primera instancia de ascenso, que contiene cincuenta y una parroquias. El obispado estiende su jurisdiccion á doscientas sesenta y dos. Antes era Tuy cabeza de una provincia que llevaba su nombre, y era una de las ciudades de voz y voto en córtes. Celebra tres ferias al año y mercado los jueves. Su comercio es bastante considerable con Portugal, y consiste principalmente en la esportacion de granos y ganado. La industria comun son las lencerias y fábricas de sombreros ordinarios, licores y curtidos. Tiene Tuy cuatro mil doscientos doce habitantes.

En esta ciudad encontramos un caballero portugués llamado Lope, amigo de Caunedo, cuya novelesca historia, que nos refirió él mismo, merece un lugar en nuestros Recuerdos.

Lope era hijo segundo de una ilustre y antigua casa portuguesa, de gran *morgado* (mayorazgo), y sus padres, despues de hacerle estudiar en la universidad de Coimbra, querian dedicarle á la carrera de la Iglesia con objeto de proveer en él algunas de las pingües abadías que tenian derecho á presentar; pero el escolar coimbricense, pensaba de otro modo, pues habiéndose enamorado perdidamente de una parienta suya, niña bellísima de

quince abriles, hija de un general, queria, como es natural, cambiar el estado eclesiástico por el del matrimonio. Mas el diablo, que no duerme, hizo que Lope, siguiendo sus malas prácticas universitarias, se olvidase de los buenos principios que nunca debiera abandonar, y la pobre é inesperta niña tuvo que llorar un momento de debilidad, y llevar en su seno el resultado de una travesura estudiantina. Descubierta su falta, fué severamente encerrada en un estrecho aposento del palacio de su padre, y Lope, con objeto de huir de la venganza de su familia, y de adquirir los medios necesarios para poder casarse con la jóven que amaba, se dirigió precipitadamente al Brasil, provisto de una carta de recomendacion para un rico comerciante de *Rio-Janeiro.* Recibióle éste con bondad, y desde luego, por respetos á su ilustre cuna, le nombró mayordomo ó superintendente de todos sus *ingenios de azúcar y cafetales.* Lope estaba contento en lo posible, pues allí pensaba reunir al cabo de algunos años el caudal suficiente para volver á Portugal y casarse con su amante. Esta, de quien recibia de vez en cuando noticias por medio de una criada fiel, permanecia siempre tratada con el mismo rigor por su familia, y privada aun del consuelo de abrazar á su hijo, que le habia sido arrebatado en el momento de nacer. En tanto Lope habia causado una impresion amorosa, abrasadora, volcánica, propia en fin, del clima americano, á la señorita *Anita*, hija de su principal, jóven de cuarenta años, pequeña, gruesa y de color amulatado. Las miradas, las palabras equívocas, los mil medios ingeniosos de que una muger enamorada sabe valerse para dar á conocer su pasion al hombre que la ocasiona, fueron puestos en juego por la señorita para hacerse comprender de su desamorado mayordomo.—Un dia vino á llamar á éste de parte de su ama una esclava jóven llamada *María Francisca*, que era un tipo de belleza en su raza negra, para que fuese á acompañar á la señorita Anita, que queria ir á dar un paseo en el *quitrin*, á uno de los ingenios de su padre situado á algunas leguas de distancia de *Rio-Janeiro.* Obedeció Lope, y apenas se vió con Anita en el carruage, cuando ésta le confesó sin rodeos que le amaba locamente con todo el fuego propio del clima, y de un corazon que hasta los cuarenta años no habia amado nunca. En prueba de lo que le decia, le ofreció casarse con él y hacerle dueño de la inmensa fortuna que debia poseer, como hija única. Lope, á tan brusca declaracion, contestó evasivamente, haciendo ver á Anita la inmensa distancia que los separaba, y que su padre jamás consentiria en tal enlace. Para arredrarla mas la dijo que pertenecia á una familia muy pobre y humilde. Nada detuvo á la enamorada niña, y desde luego confió á su padre lo violento de su pasion, y su decidida voluntad de casarse con Lope. Accedió el buen comerciante, pues estimaba á éste sinceramente, y le manifestó los deseos de su hija. Lope fran-

queándose entonces con su buen amo, le descubrió sus amores y compromisos en Portugal, y le pidió licencia para dejar una casa donde habia recibido tantos favores, y en la que ya no podia continuar; pero estos prudentes deseos no fueron escuchados, y por entonces todo quedó como antes. Anita meditaba, sin embargo, una terrible venganza para desagraviar su amor propio ofendido; pues por un cambio muy natural, aborrecia tanto al jóven mayordomo, como antes le habia amado. Un dia que se hallaba Lope en su cuarto escribiendo á su novia una epístola sentimental, llegó á él María Francisca, y de parte de su ama le entregó un tarro de almíbar, hecho por su misma mano, y que le rogaba lo admitiese como una muestra de su buena amistad. Lope, por un presentimiento repentino, no quiso probar el regalo de su señora, sin hacer antes la esperiencia en un pobre perro, que en el momento murió dando espantosos aullidos. Al dia siguiente Lope tuvo que marchar á un ingenio de su amo, situado en un lugar desierto y bastante apartado de Rio-Janeiro, con objeto de presenciar algunos trabajos importantes. Apenas llegó allí, cuando vió con inquietud que Anita, acompañada de su confidenta María Francisca y de dos robustos esclavos montados, le seguia en un quitrin. Desde luego conoció que su vida corria peligro y trató de huir y abandonar para siempre aquel pais. Se ocupaba en meditar los medios para verificarlo, cuando vió entrar con admiracion á Anita en su cuarto, trayendo en la mano un pliego abierto. Vengo, dijo ésta, á daros una noticia, que os será muy grata. Leed ese pliego que acaba de llegar de Portugal, y que por una equivocacion vino á mis manos y leí involuntariamente. Dicho esto desapareció Anita, y Lope recorrió aquel escrito. Era en efecto una larga carta de su amada, en que le anunciaba que por la muerte repentina del hermano mayor de Lope, quedaba éste por heredero de su ilustre y opulenta casa, y que habiendo cesado todos los obstáculos que se oponian á su suspirada union, podia desde luego verificarse, con beneplácito de los padres de ambos, que se compadecian por fin de sus penas. No se habian terminado las aventuras de Lope, pues aun tenia en su mano la carta, cuando María Francisca vino apresuradamente y en secreto, á decirle que estuviese sobre sí, pues su ama habia encargado á los esclavos de su confianza que la acompañaban hasta allí, que en aquella misma noche le diesen muerte durante su sueño. Habíase ya puesto el sol, cuando Lope recibió tan importante aviso; fué en el momento á buscar sus pistolas y ya no las encontró, porque le habian sido sustraidas; pero felizmente conservaba un largo cuchillo de monte, y no ocurriéndosele otro medio mejor, se determinó á situarse detrás de la puerta de su cuarto, despues de apagar la luz, y aguardar allí á sus asesinos. No se hicieron estos esperar mucho, pues apenas serian las diez de la noche, cuando se

dejaron sentir sus pasos por el corredor que al cuarto de Lope conducia. Este, que era hombre vigoroso y resuelto, al llegar uno de los esclavos al dintel de la puerta, se arrojó sobre él y le hundió por dos veces el cuchillo en el pecho. Revolcábase en el suelo con las bascas de la muerte, cuando su compañero descargó á tientas un golpe á Lope con su machete que le alcanzó al cuello (en el que nos enseñó una profunda cicatriz), pero á pesar de esta herida, se abrazó con su antagonista, logró derribarlo al suelo, y arrancándole el machete, le dió con él tal golpe, que le dividió el cráneo en dos partes. Poco despues Lope, con su herida mal vendada, corria á escape para Rio-Janeiro, donde refirió á su principal los terribles sucesos de aquella noche. Anita fué encerrada de órden de su padre en una casa de reclusion, á María Francisca concedida su libertad, y Lope, vuelto á Portugal, se casó con la jóven que amaba, en compañía de la que vive hoy felizmente con ocho hijos.

CAPITULO XLIV.

Rivadavia, Orense, salida de Galicia.

Al salir de Tuy atravesamos la hermosa vega llamada del Oro, dicha así del rio del mismo nombre que va á reunirse al Miño, y que cruzamos por un largo puente de piedra. Esta vega, segun nos dijo Caunedo, tiene una particularidad que la hace ser única en España, y consiste en que á semejanza del bajo Egipto, es fecundada todos los años por la inundacion periódica del Miño, que deposita en ella sedimentos que la proporcionan estraordinaria fecundidad. Para que la semejanza sea mas completa, la vega de que hablamos forma una *delta* ó triángulo, cuya base, que es la ribera del Miño, tiene media legua de longitud, y la altura ó sea la distancia desde el rio al vértice, un cuarto de legua. A nuestra derecha y á la orilla del rio, dejamos los baños termales de Caldelas, que quedan tambien cubiertos por la inundacion periódica, y por lo que las habitaciones de los bañistas se forman de chozas ó barracas, que desaparecen con la estacion de los baños. Al frente de Caldelas, y en la márgen opuesta del Miño está la villa portuguesa de Monzon. Hicimos aquel dia el alto de comer en una pequeña aldea llamada la *Franqueira*, que dista de Tuy cuatro leguas, y en la que nada hay de notable mas que el antiguo priorato de monges bernardos y su iglesia, que por ser parroquia permanece abierta al público. En ella

se venera una efigie de la Vírgen hecha de piedra, de antigüedad muy remota, y que estuvo antes en una ermita hoy derruida. Se le da el título de *Nuestra Señora de la Franqueira* y se celebra en su honor una muy concurrida romería en la Pascua de Pentecostés. Sin detenernos en la *Cañiza*, aldea cabeza de un partido judicial con cuarenta y tres parroquias, ni á visitar el suntuoso ex-monasterio de monges bernardos *de Melon*, notable por su capacidad y buena arquitectura, y que pertenece ya á la provincia de Orense, llegamos bastante tarde á Rivadavia, tan cansados nosotros como las mulas de alquiler en que cabalgábamos desde Tuy. La muy antigua villa de Rivadavia está situada entre los montes de Santo Domingo y Santa Marta, y la orilla del *Abia* (que á corta distancia de la poblacion se reune al Miño), sobre el cual tiene un puente de piedra de tres arcos que forma parte de la carretera de Vigo á Castilla. El valle en que se asienta, conocido con el nombre de *Rivero de Abia*, es muy fértil y delicioso, y notable mas que por otra consideracion por los escelentes vinos que produce, muy semejantes á los de Andalucía, en especial el denominado *tostado*. Hay además mucho trigo, centeno, cebada, maiz, frutas delicadísimas, caza menor y pesca de anguilas, truchas, lampreas, sábalos y algunos salmones. Rivadavia es cabeza de un partido judicial y ayuntamiento, tiene cuatro parroquias y dos conventos que fueren de franciscos y dominicos, un palacio de sus condes, y trescientas treinta y cuatro casas habitadas por mil trescientas quince almas. El orígen de esta poblacion es remotísimo y por lo mismo desconocido. Llamóse *Abobriga*, cuyo nombre envuelve la misma idea geográfica que el actual de Rivadavia. Plinio menciona esta ciudad en los *galaicos bracarenses*, y muy próxima al *Minius*, como efectivamente está. En otros tiempos tuvo mucha mas importancia que la que conserva hoy. El rey de Galicia don García, hijo de Fernando I de Castilla, tuvo su córte en esta villa, y su palacio estaba donde ahora el convento de Santo Domingo. Las armas de esta villa son en campo azul, puente de plata sobre ondas con castillo encima, y en medio el sol y la luna. En Rivadavia nació en el siglo XVI el célebre teólogo dominico Tomás de Lemus. El rey don Fernando el Católico erigió esta villa en condado, concediendo este título á don Bernardino Sarmiento. La familia de este nombre es una de las mas ilustres y antiguas de Galicia, y lleva por armas en escudo rojo trece roeles de oro.

Cuatro leguas no largas nos separaban de Orense, y al otro dia de nuestra llegada á Rivadavia entramos en aquella ciudad, despues de recorrer algunos pueblos insignificantes, entre ellos *Castrelo del Miño*, en el que se ven los vestigios de un puente, y una buena iglesia dedicada á Nuestra Señora, que sirve de parroquia, y que pertenece á la órden militar de San

Juan, y es por lo mismo de la jurisdiccion del vicario de la encomienda de *Incio* y *Osoño.* Durante esta jornada, recogimos la historia siguiente, que nos refirió un buen sacerdote que casualmente se incorporara con nosotros al salir de Rivadavia, y que encierra la escelente moralidad de que Dios castiga tarde ó temprano los delitos por ocultos que sean, y valiéndose á veces de medios al parecer insignificantes.

Vivia en uno de los pueblos de esta provincia de Orense (1) á mediados del siglo pasado, el marqués de V... Era señor en lo temporal y espiritual del mismo pueblo, y estaba apreciado generalmente. Su esposa, muger altiva y colérica, no podia endulzar sus dias, y el marqués mas bien por libertarse de su presencia que por aficion, se entregaba con ardor al ejercicio de la caza. En una de sus espediciones conoció á una jóven bonita, hija del farmacéutico de un aldea cercana, y agradándole su amable carácter, dió en frecuentar su trato, aunque sin romper los deberes conyugales. La soberbia marquesa supo muy en breve estas inocentes relaciones, y dándoles mas importancia de la que tenian, ardiendo en celos, y herida profundamente en su orgullo al verse reemplazada (segun suponia) por una miserable *boticaria*, concibió el execrable designió de quitar la vida á su esposo. Un dia hizo llamar á un su colono llamado Alonso, hombre de grandes fuerzas, pero de cortos alcances. Sin emplear largo tiempo en preámbulos, la marquesa le propuso, ó ser desposeido de la tierra que llevaba en arriendo, privándole de este modo de los únicos medios de subsistencia con que podia contar él y sus hijos, ó adquirir la propiedad de la misma tierra, cuya donacion legal tenia ya prevenida, y un bolsillo de oro, si le ayudaba á matar al marqués. Resistióse al pronto el labrador, pero cediendo al fin á las sugestiones de su pérfida ama, acordaron juntos el medio de llevar á cabo el designio de esta. Era ya entrada la noche cuando el marqués, despues de pasar casi toda la tarde en compañía de la hija del farmacéutico, llegó á su palacio, y encontrándose algun tanto fatigado é indispuesto, se acostó. Su esposa fingiendo el mayor interés, le dió por su misma mano una bebida *calmante*, segun dijo, pero que contenia un activo nárcotico que sepultó en un profundo sueño al desdichado marqués. Pasadas algunas horas, y cuando en el palacio reinaba el mas completo silencio, Alfonso, llevando en su mano una soga y un hacha de partir leña, y precedido de la marquesa que le alumbraba, se dirigió al lecho de su amo. Obra fué de un instante el echarle al cuello un estrecho lazo, y descargarle tan terrible

(1) Este hecho es histórico en todas sus partes. Vive y lleva el título del personage de que aquí se habla, su biznieto.

golpe en la cabeza, que los sesos de la victima se derramaron por la cama y el suelo. Sin embargo, al recibir el golpe mortal, despertó por un instante de su letargo, y murmuró el nombre de su muger. Esta y su colono que temblaba horrorizado del asesinato que acababa de cometer, arrastraron el cadáver hasta una bodega en que habia varios arcones para guardar el grano, llamados en Galicia ***huchas***, y bajo uno de estos pesados muebles, y á poca profundidad lo sepultaron. Despues la marquesa, ayudada de su cómplice, hizo desaparecer las manchas de sangre, y las demás muestras que pudieran dar indicio del crímen, é hizo que Alfonso ensillase el caballo favorito del muerto, y que con la levita de este ensangrentada le pusiera á la orilla del rio que solia atravesar diariamente, para hacer creer que algunos salteadores le dieron muerte, y arrojaron su cadáver al rio. En efecto, al rayar el dia siguiente, dos labradores que iban al trabajo, encontraron el caballo pastando tranquilamente, y á pocos pasos la levita sangrienta del ginete, y esparcieron la alarma en el pueblo y en la familia. La marquesa fingió el mas desesperado sentimiento, y Alonso, que desde algun tiempo vivia en el palacio, aseguró que su amo le habia ordenado, al acostarse la noche anterior, que á las doce de la noche le despertase y aparejase el caballo, pues tenia que emprender un largo viage que queria que nadie supiese. Quedóse acallado por entonces este suceso, y se pasó mas de un año sin que nadie volviese á recordarlo, cuando la justicia divina que no duerme dispuso que tan execrable crímen no permaneciese impune, y lo descubrió de este modo. Un sargento del regimiento infantería de Asturias, que iba á una comision del servicio, con ocho soldados y un cabo, hizo alto en este pueblo con su pequeña partida con objeto de descansar una ó dos horas, y se dirigió á la única taberna que en él habia para ***tomar un bocado***. Desde luego llamó su atencion el grandioso palacio que á pocos pasos se descubria, y preguntó á la tabernera quien era su poseedor. La muger que era tan habladora como suelen serlo las de su profesion, no solo le refirió que pertenecia al jóven marqués de V... capitan del regimiento de las ***Ordenes militares***, sino tambien toda la historia de la familia, desde los mas antiguos tiempos, y por último, la misteriosa desaparicion del último marqués, añadiendo en voz baja que en el pueblo se decia que en ***casa estaba***, y ***que en ella le habian asesinado***, pues que por mas pesquisas que la justicia hiciera para encontrar el cadáver, y averiguar el nombre del matador, nada habia logrado. El sargento atendia poco á esta historia que nada le importaba, y seguia tranquilamente dando fin á una buena tortilla de magras, que su interlocutora le aderezara, cuando echó de menos á un perro á quien queria mucho. Salió en seguida á buscarlo por el pueblo, y se volvia ya disgustado á la taberna por no haberlo encontrado;

mas se le ocurrió de pronto si podia haberse entrado en el palacio del marqués, y se dirigió allí. Estaban abiertas de par en par las puertas de una gran bodega llena de arcones, la misma en que estaba someramente sepultado el marqués, y en ella varios labradores midiendo grano, cuya operacion presenciaba tranquilamente la *señora* vestida de riguroso luto, y sentada en un gran sillon, y su antiguo colono Alonso, envuelto en una luenga levita, como ascendido á la clase de *mayordomo* y confidente, despues del asesinato de su amo. Al entrar el sargento en la bodega vió á su perro que con estraordinario afan socavaba con las patas delanteras la tierra á los pies del arcon que cubria el cadáver, atraido sin duda por el olor á carne podrida. En el mismo momento reparaba la marquesa en el pobre animalejo, y justamente alarmada, dijo con imperio á su cómplice: «Alonso, mátalo.» Iba este á descargarle un palo, cuando se sintió cogido por detrás (pues estaba vuelto de espalda á la puerta), por el fuerte brazo del sargento que le dijo con voz brusca: «Te guardarás bien de hacerlo, gran pícaro.» Volvió la cabeza Alonso, y al verse cogido por un militar con *fornituras*, signo inequívoco de estar de servicio, creyó iba á prenderle, y alarmado por su conciencia no pudo contenerse de gritar: *¡Ay, ama mia!... estamos descubiertos!!...* La marquesa logró conservar su serenidad, y altiva como una verdadera señora gallega del siglo pasado, dirigió los mas imperiosos denuestos al sargento, por haberse atrevido á allanar su casa, y poner la mano á uno de sus criados, y le amenazó de hacerle salir á palos, si no despejaba en el momento. El sargento justamente resentido por tan insultante lenguaje, y tomando en cuenta la esclamacion del mayordomo, comenzó á concebir sospechas, y contestó á la marquesa: *Si, señora, me iré, pero despues de aclarar el misterio que hay debajo de ese arcon, pues no era posible que V. S. se enfureciese tanto contra mi pobre perro, si nada tuviese que temer.* Diciendo estas palabras tiró de la espada, la introdujo con trabajo en la tierra por bajo del arcon, y la sacó cubierta de moho y podredumbre, entonces esclamó: «Aqui hay sin duda un cuerpo muerto, tal vez el del marqués,» (pues recordó entonces las palabras de la tabernera.) En tanto se habian llegado á la bodega algunos soldados y vecinos atraidos por el ruido de la disputa. Entre estos últimos se hallaba el alcalde, honrado labrador, á quien ya conocia el sargento por haberle hablado á su entrada en el pueblo, y desde luego fué requerido por éste, para que hiciera reconocer el suelo que cubria la hucha. Resistióse al pronto el agreste funcionario, pues no solo era colono de la marquesa, sino tambien su *vasallo*, nombrado alcalde por ella, como *señora* del pueblo, y no se atrevia á ejecutar lo que le parecia un gravísimo desacato; mas hubo de ceder á la energía del digno sargento. Apartóse, pues, el arcon de su lugar, y quitando una ligera capa

de tierra, apareció el cuerpo del marqués bastante bien conservado por la frescura del terreno, envuelto en su propia sábana, y con el dogal al cuello con que le arrastraran hasta allí. Todos los circunstantes le reconocieron al punto, y Alonso dió un grito y cayó desmayado. La marquesa aparentó tambien afligirse y admirarse de que el cuerpo de su *amado esposo estuviese en su propia casa*, pero fué presa en el momento con su cómplice y todos los criados. Conducida despues de órden de las autoridades superiores á la cárcel pública de la Coruña, esta muger infernal manifestó el mayor valor y energía hasta en la terrible prueba del tormento, negando siempre haber tenido parte en la muerte de su marido. No así el pusilánime Alonso, pues *á la primera vuelta* (como dice el proceso original) confesó tcdo el hecho y sus menores circunstancias, y atrajo, como era justo, el rigor de la ley sobre él y su alevosa ama. La audiencia de Galicia condenó á ambos reos á la pena de los parricidas, esto es, á ser *arrastrados*, *ahorcados*, *descuartizados y encubados*, pero solo pudo verificarse en el desdichado Alonso, á quien condujeron casi muerto al patíbulo, pues al entrar el verdugo, los hermanos de la caridad y la escolta, en el cuarto-capilla de la marquesa, la encontraron muerta. Despues llegó á averiguarse judicialmente, que sus parientes la envenenaron en la última comida, para libertarla de la afrenta de un público suplicio. La habitacion que le sirvió de prision, aun es conocida en la cárcel de la Coruña por *el cuarto de la marquesa*.

La provincia de Orense, por la que caminábamos á la sazon, es de suelo muy variado, pues en ella se encuentran grandes montañas, frondosos bosques y risueños valles, presentando en sus producciones la misma variedad. En cuanto á árboles los hay de todas las especies indígenas de Europa, así como las de yerbas. Abunda mucho el ganado vacuno, caballar, mular y de cerda, y la caza mayor y menor. Entre las aves se encuentra una muy rara llamada *gayo*, que es muy semejante al loro, y que como éste, imita la voz humana y otros sonidos. Entre los muchos rios que fertilizan esta hermosa y rica provincia, debemos mencionar el magestuoso *Miño*, de que ya hemos hablado, y cuyas orillas íbamos recorriendo: el *Sil*, célebre por sus arenas de oro, y que se reune al anterior, en esta provincia, en el lugar de *Lospeares*, y que aunque de mayor caudal que el Miño, pierde su nombre y toma el de éste, por lo que dicen de esta provincia:

El Sil lleva el agua
Y el Miño la fama.

El *Navea*, el *Avia*, célebre por la belleza y rara fertilidad de sus riberas, y el *Limia*, nombrado en la historia antigua. Los orensanos son robustos,

de buena estatura, y muy ágiles. Entre sus cualidades morales sobresalen la gravedad, la honradez y la modestia. Las mugeres son hermosas, prudentes y laboriosas. Comprende la provincia una ciudad, veinte y cuatro villas y ochocientas ochenta y tres feligresías repartidas en noventa y cinco ayuntamientos y once partidos judiciales, llegando su poblacion á trescientas ochenta mil almas.

Serian las cuatro de la tarde cuando llegamos á la ciudad de Orense, que está situada á la orilla izquierda del Miño, y en la vertiente occidental de *Monte-alegre*. Como la mayor parte de los pueblos de Galicia, presenta una antigüedad remotísima. Varios eruditos anticuarios dicen se llamó *Amphiloguia*, del nombre de su fundador *Amphilogo*, uno de los héroes de la



Puente de Orense sobre el Miño.

guerra de Troya. Los romanos (de cuyo tiempo se hallan en esta ciudad muchas inscripciones) la llamaron *Aobrigense* y *Aquæ Orígenes* en alusion á sus famosas fuentes termales, llamadas las *Burgas*. Los suevos, que la dominaron, le dieron el nombre germano de *Warmsee*, que significa *lago caliente*, del que ó del de *Orígenes*, pudo derivarse sin violencia el actual. El origen de su obispado se pierde en la antigüedad, no faltando quien lo atribuyera á los suevos, y en especial á su rey Teodomiro, el cual se convirtió al catolicismo por haber alcanzado por intercesion de San Martin, la salud de su hijo moribundo, y edificó la catedral con la advocacion del mismo santo, la cual conserva hoy. Arrasada Orense por los árabes en 738, fué

restaurada en 742 por Alfonso el Católico. Habiéndose rebelado en Mérida el moro *Mahamut* contra su señor el emir de Córdoba Abdelrahaman, se refugió con muchísimos de sus partidarios á Galicia, y Alfonso II el Casto, que reinaba á la sazon, no solo le acogió benignamente, sino que le dió el gobierno de la ciudad de Orense y su territorio; pero pagando aquel traidor las mercedes referidas con la mas negra ingratitud, y deseando reconciliarse con el emir de Córdoba, ofreció á éste entregar el pais que gobernaba, si le enviaba los socorros necesarios. Hízolo así Abdelrahaman, mas la hueste del infame traidor fué derrotada por Alfonso el Casto, no lejos de Lugo, y él pagó con la vida su perfidia. El duque de Alencastre ó Lancaster, cuando pretendia la corona de Castilla, ocupó á Orense con sus tropas, y se hallaba aun en esta ciudad, cuando se entablaron las negociaciones para aquella guerra en 1386. Finalmente, Orense figuró mucho en las turbulencias que tuvieron lugar en Galicia en 1480, pero fué pronto reducida á la obediencia del rey. Es patria de Santa Eufemia, que padeció martirio en ella, del licenciado *Fernando Boan*, del escultor don *Francisco Moure*, de don *Manuel Ruiz de Medrano*, obispo de Tortosa, y de otros muchos personages. Las armas de la ciudad consisten en un puente con castillo, y un leon encima de las almenas, con espada en mano.

Hay en Galicia un proverbio que dice:

Tres cosas hay en Orense
Que no las hay en España,
El Santo Cristo, la Puente
Y la Burga hirviendo el agua.

Desde luego comenzamos nuestra revista á la ciudad por las tres referidas *maravillas*, que la dan tanta nombradía, y que seguramente son muy notables. Para ver la primera, esto es, el Santo Cristo, hubimos de visitar la catedral que es donde se encuentra. Ocupa este estenso edificio el centro de la ciudad, y tiene de longitud doscientos ochenta y dos pies, y de latitud ciento cuarenta y siete. Es de arquitectura gótica, pero sus fachadas presentan un todo heterogéneo é irregular, á consecuencia de sus sucesivas ruinas y restauraciones que sufrió en distintas épocas. Hay dos torres desiguales y de escaso mérito, en una de las que está el reloj, que tiene cuerda para ocho dias. En el centro de la iglesia está el coro con buena sillería de nogal, bien trabajada, y dos grandes órganos. El altar mayor es un grandioso retablo del género gótico, dedicado á San Martin Furonense, y que fué consagrado en 1194. Al lado del Evangelio, y dentro del recinto de la capilla mayor, está el magnífico túmulo de mármol, que contiene los res-

tos del cardenal don Pedro Quevedo y Quintana, obispo de esta diócesis, que murió en opinion de santidad en el presente siglo. Este monumento suntuoso fué construido en Roma por el escultor español don Antonio Solá, y costeado por el comisario de Cruzada Varela. En el altar colateral del lado del Evangelio, están los cuerpos de los santos mártires, Facundo y Primitivo, y en el de la Epístola el de Santa Eufemia en una caja de plata. La capilla del Santo Cristo es sin duda la mas notable de la catedral, y tiene un órgano. La efigie, que es de gran veneracion en toda Galicia, es de mucho mérito artístico: se dice hecha por Nicodemus, y fué traida de Finisterre en el siglo XIV, por el obispo de Orense *Vasco Perez Mariño*, cuyo sepulcro se ve á pocos pasos del altar del Santo Cristo. Pertenece al conde de Taboada el patronato de esta capilla. Hay además en la catedral otras diez y nueve. El cabildo que sirve este antiguo templo se compone del obispo, diez dignidades, ocho canónigos *cardenales*, y quince llamados *diaconales*. Hay además ocho racioneros, doce capellanes, y varios acólitos y otros sirvientes. Unida y dependiente de la catedral está la iglesia de *Santa María la Madre*, que algunos creen sirvió en lo antiguo de sede, la cual es de arquitectura elegante.—El puente que cruza el Miño, y cuya obra se atribuye á Trajano, es suntuoso, y uno de los mejores de España; tiene mil trescientos diez y nueve pies de longitud, y diez ocho de latitud. Consta de siete ojos, entre los que es el mas notable el del centro, que tiene ciento cincuenta y seis pies de claro de pilar á pilar, y ciento treinta y cinco de elevacion, desde la clave á la superficie del agua. No ha muchos años ostentaba en su entrada por la ciudad un antiguo torreon que fué demolido. El obispo de Orense, don Lorenzo, restauró esta magnífica fábrica en 1211, y la aumentó con calzadas y arcos á su entrada y salida. Las tres Burgas ó fuentes calientes de Orense, son conocidas desde las mas antiguas y oscuras épocas. Sus nombres son *Burga de arriba*, *Burga de abajo*, y *Surtidero*, estando encañadas en cantería (segun se cree fundadamente, por mano de los romanos) las dos primeras. La Burga de arriba, crece y mengua periódicamente cada diez y seis ó diez y ocho segundos, la de abajo cae en un gran pilon que sirve de lavadero, y el Surtidero en otro mas pequeño. La temperatura de los manantiales es siempre de cincuenta y cuatro grados de Reaumur, y son muy abundantes. Los vecinos de Orense sacan de estas aguas hirvientes grandes utilidades, pues además de sus propiedades medicinales, sirven para multitud de faenas domésticas, como para cocer la comida, colar la ropa, pelar patas de buey, desplumar aves, etc., etc. Para esta última operacion basta una sola inmersion.—Hay en la ciudad dos parroquias, subdivididas en otras dos, llamadas de *Santa Eufemia del Centro*, cuya iglesia fué de los jesuitas, y es de bastante mérito, *Santa Eufe-*

mia del Norte, que ocupa la del convento de dominicos, y la de la *Trinidad*, denominada de arriba y de abajo. Hubo dos conventos de religiosos franciscos y dominicos. El primero (cuya iglesia está abierta al culto) sirve de cuartel, un seminario conciliar con título de San Fernando, un hospital de pobres, palacio episcopal, cárcel cómoda y segura de nueva planta, y una buena casa consistorial. Esta ocupa uno de los frentes de la plaza Mayor, que es casi cuadrada, y tiene soportales embaldosados. El instituto de segunda enseñanza ocupa parte del antiguo colegio de los jesuitas, y tiene una biblioteca regular, y museo de pinturas. El teatro es bastante bonito y



Parroquia de la Trinidad en Orense.

de propiedad particular. Los paseos, como es de suponer, en una tan deliciosa campiña, son amenos y agradables, pero la mano del hombre nada hizo para completar la obra de la naturaleza, y están muy descuidados. La poblacion de la ciudad sube á cuatro mil ochocientas cuarenta almas. Como capital de provincia es residencia de todas las autoridades y sus respectivas oficinas. El obispado comprende seiscientas treinta y nueve feligresías, y el partido judicial noventa y tres, distribuidas en once ayuntamientos. La ciudad celebra un mercado los jueves y feria el 7 de cada mes.

Un solo dia nos detuvimos en Orense, y luego seguimos nuestro viage por el camino que conduce á Madrid por Benavente. Despues de andar tres leguas, y pasar por las aldeas de *Sejalbo*, *Calvos* y *Taboadela*, en que nada hay de particular, llegamos á la villa de *Allariz*, donde hicimos nuestro acostumbrado alto de medio dia. Es esta una villa notable por todos concep-

tos. Situada á la orilla del *Artoya*, ocupa el solar de la antiquísima ciudad de *Araduca*, y en 1663 se encontró en ella un sepulcro con inscripcion muy estraña, que el P. M. Gándara, cronista de Galicia, intenta demostrar es el del renombrado rey Witiza. Perteneció Allariz, desde largo tiempo, al señorío del marqués de Malpica, y conserva un antiguo castillo, pues fué una de las plazas mejor fortificadas de Galicia. Tambien sirvió de residencia esta poblacion á muchos antiguos y esclarecidos linages del pais, conservándose aun los *Amociros*, *Soto-altamiranos* y *Gándaras*, en cuya casa nació el conocido escritor de que antes hemos hablado, y se educó el célebre P. Feijóo, que nacido en Melias vino á esta villa en sus primeros años en compañía de algunos de sus parientes. Las armas consisten en una cifra de las letras *A*. y *T*. con corona al timbre. Tiene la villa tres parroquias, la de *Santiago*, que es de fundacion inmemorial y de arquitectura gótica, la de San Estéban, que no le cede en antigüedad, y la de San Pedro; varias otras iglesias y capillas, y un suntuoso convento dedicado á Santa Clara, de religiosas franciscas. Este edificio estenso y construido de piedra de sillería, y cuya arquitectura pertenece al órden toscano, fué fundado en el siglo XIII como acredita esta inscripcion que se conserva bajo un escudo de las armas reales:

Es de patronazgo real:
Fundólo la reina doña Violante y su hijo
El rey don Sancho en la era MCCCXXIV.

Corresponde al año de 1286. La primera abadesa fué doña Sancha, hija de la fundadora. La iglesia es bastante regular, y tiene cinco altares. Allariz es cabeza de ayuntamiento y partido judicial, y cuenta de poblacion mil setecientos cincuenta y dos habitantes. Poco despues de nuestra salida de Allariz entramos en el estenso y fértil territorio ó valle de la *Limia* (cuyo nombre deriva segun algunos del *limo* que produce en este terreno la mucha humedad), que tiene cuatro leguas de largo y tres de ancho. A pesar de estar cultivada solo una pequeña parte de él, es tal su feracidad que se llama comunmente á Limia el *granero de Galicia*. Sus producciones son muchas y variadas, abundando mas que otras el trigo, centeno y lino. La parte no cultivada contiene escelentes pastos, y en ella se ven retozar inmensa muchedumbre de ganados de toda clase, en especial del lanar y cabrío, que tiene mucha fama en todas partes. La estensa é insalubre laguna llamada *Antela*, que tiene de diámetro legua y cuarto, y presenta un aspecto desagradable por sus aguas verdosas, espesos jarales y sus vapores fétidos, abunda en aves acuáticas, y produce las mejores sanguijuelas que se cono-

cen en España, de las que hacen los franceses un lucrativo comercio, habiendo establecido allí una especie de factoría para su acopio y exportacion á Francia, con perjuicio de los habitantes. El rio Limia, que atraviesa este gran valle, y del que toma el nombre, nace en la parte occidental, se forma de la reunion de los llamados *Antela* y *Guinzo*, y muy luego penetra en Portugal. Hasta 1832 era su cauce muy angosto y tortuoso; pero en el referido año por direccion del benéfico comisario general de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, el corregidor de Guinzo, don Julian Teubes, le dió uno nuevo de doce varas de ancho y dos y media de profundidad. Este rio, cuyo antiguo nombre era *Lethes* impuesto por los griegos, tiene un recuerdo histórico muy notable, que deberemos consignar. El año 619 de Roma, (antes de Cristo 132) Junio Bruto, con objeto de terminar la conquista de Galicia, salió de Braga al frente de sus legiones. Al llegar á la ribera de este rio, sus soldados, que tenian muy presente el rio *Lethes* que rodeaba los Campos Elíseos, sobrecogidos de un terror pánico, se detuvieron rehusando pasarlo creyendo perder la vida ó al menos la memoria, si lo verificaban. En este momento, *Junio Bruto*, que comprendió la causa de tan repentino desaliento, cogió el águila de una legion, se arrojó al rio, llegó á la opuesta ribera, y desde allí llamó á sus soldados, haciéndoles ver lo pueril de sus temores, pues él no perdiera la vida ni la memoria, pues no se olvidaba de sus legiones. Así logró que estas le siguiesen sin repugnancia.—Tambien no muy lejos de este rio está el monte llamado *Cabeza de Medo* (1), al que se refugiaron los gallegos perseguidos por los generales romanos Cayo Antistio y Publio Firmicio. No pudiendo estos arrancarles de aquellas fragosidades, cercaron el monte con un ancho foso de quince millas de circuito, y los valerosos galáicos prefirieron, antes que rendirse, darse la muerte unos á otros, ya con el hierro, ya con el veneno sacado del tejo.

Guinzo de Limia, capital del valle de este nombre, que era el término de nuestra jornada por aquel dia, dista dos leguas de Allariz y cinco de Orense. Se compone de mas de doscientas casas, tiene una parroquia con la advocacion de Santa Marina, y dos ermitas. Es cabeza de ayuntamiento y partido judicial, y tiene mil sesenta y cinco habitantes. Ocupa esta villa el lugar que una antigua ciudad llamada *Antioquía*, patria que fué de Santa Marina, que nació el año ciento veinte y tres de Cristo. Su padre era *Teudio*, gobernador segun dicen, de este pais, en tiempo que imperaba en Roma el español Adriano. Sucedió á Teudio un tirano llamado *Olibrio*, que hizo mar-

(1) Llamábanle los romanos *Medulius-Mons*. Su cima está siempre cubierta de nieve.



tirizar á Marina en la fortaleza de *Armea*, cuyos vestigios aun se descubren en el valle de Rabeda, no lejos de Guinzo. Tambien estaba cercana á esta poblacion la antigua ciudad de *Lemis* ó de los *Limicos*, habiéndose descubierto algunas lápidas con inscripciones y otros vestigios. Tan cierto es lo que ya repetimos otras veces, que en Asturias y Galicia no puede darse un paso sin tropezar con un recuerdo histórico, ó un monumento de la antigüedad.

Siguiendo la carretera de Castilla al otro dia de nuestra llegada á Guinzo, entramos en el valle de Monterey, muy celebrado por su fertilidad y escelentes vinos, y que ocupa la parte meridional de la provincia en el confin con Portugal. Está regado por el rio *Tamaga*, y se divide en dos partes denominadas valle alto y valle bajo. La primera tiene once parroquias, y la segunda doce. Aunque el pueblo de Verin, situado á diez leguas de Orense, y capital del partido judicial que lleva su nombre, ofrece mas comodidades á los viagaros que *Monterey*, que estaba á nuestra izquierda, preferimos alojarnos en esta última villa, pues desde luego nos agradó no solo su nombre, sino tambien su pintoresca posicion en la cresta de un monte, y dominando con altivez el valle á que da nombre. No nos pesó de esta resolucion, pues en efecto, desde Monterey se goza de una vista deliciosa. El orígen de la villa es desconocido y olvidado por su mucha antigüedad. Alfonso VII, llamado el Emperador, la repobló en 1150, imponiéndola la denominacion que conserva, aludiendo á su situacion montuosa. Pedro el Cruel llegó á Monterey en 1365, cuando desairado por el rey de Portugal á quien fuera á pedir auxilios contra su hermano Enrique, se entró en Galicia. Aquí se le reunieron Don Fernando de Castro y otros caballeros poderosos del pais, aconsejándole probase fortuna con las armas, para lo que le ofrecieron quinientos ginetes y dos mil peones; mas don Pedro prefirió trasladarse á Inglaterra, embarcándose en la Coruña. A su paso por Santiago fué cuando hizo justicia á los caballeros *Turrichaos*, permitiéndoles diesen muerte á su enemigo el arzobispo don Suero, como referimos en otro lugar. El 1391 don Alonso, conde de Gijon, hizo conducir á Monterey al arzobispo de Toledo á quien tenia preso, encomendando su custodia al maestre de Santiago. El rey don Enrique IV concedió esta villa y su territorio con título de condado á don Sancho Sanchez de Ulloa, y á su muger doña Teresa de Zúñiga y Viedma, que ya poseian el señorío de la villa. El actual conde de Monterey es el duque de Alba. Compónese la poblacion de cincuenta y seis casas, entre las que se cuenta el antiguo palacio de sus condes, con un alto torreon con almenas y ladroneras, la municipal, la cárcel y un hospital de peregrinos fundado por los condes. La iglesia parroquial está dedicada á *Santa María de Gracia*. Hubo tambien un convento de francisca-

nos, y hasta hace muy pocos años Monterey estuvo considerada como plaza fuerte, y tenia gobernador de la clase de capitan. Hacia frente á la plaza portuguesa de Chaves. Celebra una feria el 16 de cada mes, y contiene doscientos cuarenta y cuatro habitantes. Desde Monterey el pais que nuestro camino atravesaba iba á cada paso perdiendo en fertilidad y belleza; en el *Campo de Becerros*, aldea que dista tres leguas de Monterey, y en la que hicimos el alto de medio dia, ya no vimos sino un terreno escabroso, estéril, despojado de árboles, de rios y de poesía. Para hacer mas desagradable esta nuestra última jornada en Galicia, el cielo empezó á derramar sin piedad sobre nosotros nieve en abundancia, de modo que cuando llegamos al miserable pueblo de *Gudiña*, nosotros y nuestras cabalgaduras estábamos calados. Alojámonos en una mala venta, y para colmo de nuestras desdichas no pudimos alcanzar cama, pues las dos únicas que habia estaban ya tomadas por un señor abad (1) y una su sobrina con quien viajaba; hubimos, pues, de resignarnos con nuestra menguada suerte, y tendernos en unos mugrientos bancos en derredor del hogar. Pedimos al ventero alguna historia ó leyenda para pasar la noche menos mal; pero solo pudimos saber de él que el famoso pueblo que en aquel momento habitábamos se componia de sesenta y cuatro casas que formaban un sola calle, de la que una acera pertenecia al obispado de Orense, y la otra al de Astorga, y que habia por consiguiente dos iglesias parroquiales, ademas de una ermita; que era *capital* de un ayuntamiento, y que tenia por consiguiente casa municipal y cárcel. En cuanto á etimología, historia, recuerdos, etc., tambien nos informó nuestro huésped (que era regidor aquel año) que este pueblo era poco antiguo, que su origen habia sido una venta ó taberna que ocupara el mismo solar que aquella que nos albergaba, edificada por una muger llamada de sobrenombre la *Agudiña* (como si dijéramos en castellano perspicaz, ingeniosa y discreta), la que lo comunicó primero á la venta que fundara, y luego á la reunion de casucas que se fueron edificando. No pudimos menos de sonreirnos al ver cuan en armonia estaban en la Gudiña su estéril y pedregosa campiña, la fealdad de sus pobres chozas, y lo humilde y plebeyo de sus anales. Sin embargo hubimos de mirar con algo mas de deferencia á esta *noble capital*, al saber habia sido patria de un grande hombre, de un héroe cristiano, de *San Sebastian Aparicio*, en fin, bienaventurado que ninguno de nosotros oyera jamás nombrar. Caunedo habia pensado dirigir nuestra ruta, primero á recorrer los renombrados *codos de Lorouco*, restos de

(1) Creemos haber advertido ya, que en Galicia tienen este dictado de honor los curas párrocos.



una via militar, trazada en tiempo de Trajano, y que teniapor objeto hacer menos sensible la aspereza del monte del mismo nombre (1) y que aun están en uso; el famoso *Monte Furado*, especie de *tunnel* ó canal subterráneo (2), obra atrevida del mismo emperador, para dar, como dió, un nuevo cauce al Sil, y descubrir por este medio el criadero del oro que en tanta abundancia arrastran aun sus aguas, como el Pactolo de la fábula; el fértil y riquisimo valle de *Valdeorras*, célebre no solo por sus esquisitos vinos, sino por sus minas de oro esplotadas por los romanos, que le dieron el nombre de *Villa Aurea*; los pintorescos y salvages paisages del Cebrero, y en fin, la célebre



Lucus Augusta, la Lugo de hoy, que aun ostenta como vivos recuerdos de sus grandezas pasadas, sus fuertes murallas de la época de Augusto, y su bella catedral, en la que, desde el tiempo en que era córte de los reyes sue-

(1) Llamábase en tiempo de los romanos *Ladicus Mons*.

(2) Tiene este canal cuatrocientas cincuenta varas de longitud, diez y ocho en su menor latitud, y doce de altura. El Sil lo recorre silenciosamente. Aun arrastra este célebre rio granos de finísimo oro en abundancia, y es inmenso el valor de los que se encuentran mezclados en la arena. Sobre este monte perforado pasan tres caminos.

vos, está el Sacramento de manifiesto noche y dia. Mas el largo tiempo que ya empleáramos en recorrer la parte de Galicia que va descrita, nos obligó, aunque con sentimiento, á no cumplir los deseos de nuestro amigo, que tambien eran los de Mauricio y los mios. Acordamos, pues, dirigirnos al dia siguiente á la Puebla de Sanabria, que ya pertenece á la provincia de Zamora, y así lo verificamos. Aun despues de la Gudiña encontramos las aldeas de *Cañizo*, *Pereiro*, *Villa-vieja* y la *Canda*, pertenecientes todas á Galicia. Poco despues de la salida de esta última, se sube la porcilla ó monte del mismo nombre, en cuya cumbre está el mojon que señala los lindes de los dos antiguos y celebrados reinos de Galicia y de Leon.

CAPITULO XLV.

Viage á Navarra.—Historia de doña Leonor Pimentel.

Conforme al plan que nos habiamos propuesto de recorrer á España segun su antigua division en reinos para dar á nuestro viage cierta unidad histórica, desde la Puebla de Sanabria, plaza de armas fronteriza á Portugal, nos dirigimos á Benavente, villa antigua y en buena posicion, que conserva vestigios de un castillo feudal de sus condes, completamente arruinado por un incendio en la guerra de la independencia. No quisimos dejar de visitarlo, sin embargo, y nos sorprendió por su magnitud y por los retazos de mosáico, de azulejos dorados y de pinturas que aun se conservan y que denotan cuanta seria su riqueza y su importancia en los siglos medios.

Mauricio me recordó la historia de que le habia hablado á propósito de este castillo al dirigirnos á Galicia, y yo me preparaba á complacerlo, cuando nuestro guia, que era un honrado propietario del pais, en cuya casa nos habiamos hospedado por la circunstancia de mediar relaciones de parentesco con la familia de mi amigo, residente en Medina del Campo, segun ya sabe el lector, enterado de lo que se trataba, se ofreció á referirnos, no la historia, sino la tradicion que se conserva de las terribles desgracias ocurridas á la infeliz condesa doña Leonor. Inútil es añadir que aceptamos gustosos, mediante lo cual nuestro hombre dió principio á su relato de la siguiente manera:

Un escritor ha dicho que si los sótanos de este castillo hablaran se podria exhumar una galería de mártires, y asi es la verdad; pero de cuantos

sucesos se cuentan mas ó menos ciertos, mas ó menos verosímiles, ninguno iguala al que van vds. á oir. El año 1458, reinando en Castilla Enrique IV, era conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, anciano ya y achacoso, pero tan bueno y afable que por donde quiera que iba todos le saludaban como á su bienhechor, porque el conde, contra la costumbre de aquella época, era mas bien el padre que el señor de sus vasallos.

En una de las mas alegres tardes de primavera del año que queda citado, y pocas horas antes de oscurecer, el conde se hallaba sentado en un primoroso sillon de terciopelo recamado de oro, hablando con una hermosa niña de cabellos y ojos negros que lo escuchaba estática desde el cogin en que yacia á sus pies. Contábale el buen conde las glorias de su familia y las victorias que habia alcanzado contra los moros, con toda la naturalidad de su alma bondadosa, y referíala con cierto orgullo cuando y de que modo tomó juramento á don Juan II de Castilla; cómo ajustó la paz entre este rey y el de Portugal, don Alonso V el Africano; cómo trajo de aquel reino á la infanta doña Blanca para casarla con el rey Enrique IV; cuánto tiempo fué embajador de don Juan II en la córte de Cárlos IV de Francia, y otras mil cosas por el estilo, que aunque no todas comprensibles para la niña, la tenian de tal modo absorta y distraida, que no oyó como su abuelo, porque el conde era abuelo suyo, los desaforados gritos que daban en el patio del castillo.

—¿A dónde vas? dijo la joven á don Rodrigo, viendo que éste se alzaba trabajosamente de su sillon.

—¿No escuchas esos gritos y esa algazara?... Voy á ver la causa que los produce, la replicó andando apresuradamente.

Leonor le siguió. Al asomarse á la ventana hallaron que toda la bulla provenia de los golpes que daban á un pobre chico á quien rodeaba una turba de palafreneros y mozos de cuadra, que se reian de los gestos y lamentos que le arrancaba el dolor producido por los latigazos.

—¿Qué haceis á ese infeliz, Martino? gritó el conde con voz colérica.

Entonces todos se volvieron á la ventana, se descubrieron con respeto, y Martino, que era el que azotaba al jóven, respondió humildemente:

—Señor, le estoy dando una felpa por abandonado. Lo mantenemos para que lleve los caballos á beber al rio todos los dias á las doce, y el bribonzuelo, despues de almorzar bien esta mañana no ha parecido hasta ahora á cumplir con su obligacion.

El pobre chico, como de unos trece años de edad, tendido en el suelo por los golpes que le sacudieran, y sin dejar de sollozar, alzó sus ojos á la ventana, y con una espresion tan suplicante, que conmovió á la pobre nina:

—Tengo mi madre enferma, dijo, y el llanto ahogó de nuevo su voz.

—Dejarle, gritó Leonor.

—Dejarle, repitió el conde, y cuidado que semejantes escenas se reproduzcan en mi casa.

A este mandato todos se separaron y quedó solo el jóven regando el suelo con sus lágrimas.

—Padre, dijo la niña, manda subir á ese infeliz.

—¿Y para qué, querida mia?

—Porque me dá mucha lástima.

—Mejor será que le echemos algunas monedas...

—Eso no basta, padre mio, para consolarlo; yo quiero hacer algo por él... ¡Pobrecillo, castigarlo tan cruelmente por una falta tan leve, y cuando la ha cometido por asistir á su madre!...

—Hágase, pues, tu voluntad, replicó el anciano; yo no quiero tampoco contrariar tus buenas inclinaciones. Y mandó subir al chico.

Cuando éste se presentó en la lujosa cámara, aun iba enjugándose las lágrimas. Era hermoso: cabellos rubios ensortijados naturalmente, cutis blanquísimo, ojos azules y megillas de rosa. A pesar de su pobre trage hecho girones y manchado, y á pesar de sus ojos enrojecidos, y su rostro descompuesto, el jóven interesó tanto á Leonor, que se le acercó visiblemente afligida.

—¿Cómo te llamas? le preguntó.

—Sancho Sanchez, tartamudeó el jóven asombrado de verse en una sala tan ricamente adornada y delante del poderoso conde.

—Pues bien, Sancho Sanchez, desde hoy eres mi page, dijo la niña.

—¿Cómo tu page? repuso el anciano.

—Mi page, padre mio, si tú lo permites.

El anciano que adoraba á su nieta, y que solamente deseaba darla gusto, se encogió de hombros significando con un gesto su asentimiento, y el chico se estremeció al aspecto de tanta dicha.

—Y no es este solo el favor que tengo que pedirte, añadió Leonor, dirigiéndose á su abuelo; quiero que ahora mismo des la órden para que despidan á Martino.

—¡Muchacha!... ¿estás loca? dijo el anciano con tono bondadoso... Martino es un buen servidor.

—No puede ser bueno quien se complace en hacer daño á los demás. ¿No veias aquella risa infernal con que contestaba á los lamentos de esta pobre criatura?... ¡Oh! Martino tiene por fuerza un corazon de hiena, y no debes conservar ese hombre á tu servicio, ¡tú que eres tan bueno y tan bondadoso!... Si no lo quieres despedir mándalo á algunas de tus tierras donde yo no lo vea, porque su presencia me hace mucho daño.

—Se despedirá á Martino, dijo el conde como convencido y sin manifestar el menor interés en conservar en su casa al palafrenero.

—Es que yo quisiera que fuese hoy mismo.

—Sea como tú lo quieres. Y dió la órden para despedir al criado.

—Sois un ángel, murmuró el muchacho cayendo á sus pies, y besando la punta de la cola de su vestido.

Al siguiente dia Sancho Sanchez era el page mas lindo de Castilla, y en el palacio no se hablaba mas que de la súbita trasformacion del chico de la caballeriza. Los demás pages envidiosos de su repentina elevacion, dieron en insultarle hasta el estremo de tirarle piedras ó hacerle mal cuando pasaba por su lado; pero todos fueron despedidos sucesivamente, en castigo de estas demasías. La jóven condesita lo habia tomado bajo su proteccion, y llegó bien pronto á ser tan respetado como si perteneciera á la ilustre familia de los Pimentel.

En breves dias se habituó Leonor de tal modo á jugar en el jardin con su pobre page, que el conde gozaba al verla tan contenta, cuando antes siempre estaba triste y taciturna. La compasion y la gratitud dicen que son dos virtudes precursoras del amor: si esto no es siempre cierto, en la ocasion actual se cumplió puntualmente. A medida que fueron creciendo en edad, Sancho amó á Leonor, y ésta se enamoró de su page. Pero su amor inocente y puro como sus almas, fué un secreto para todos, y aun para ellos mismos, hasta que una circunstancia imprevista vino á revelárselo.

Habia cumplido Leonor diez y siete años, cuando el conde de Arévalo hermano de su madre, y por consiguiente tio carnal suyo, pidió al conde su mano, que éste le otorgó sin vacilar y sin imaginarse siquiera que por parte de la jóven hubiese la menor resistencia.

—Tengo que darte una buena noticia, hija mia, le dijo el anciano. El duque de Arévalo se quiere casar contigo, y yo, que apruebo este enlace como útil á la familia y conveniente para tí, he dado mi consentimiento.

Leonor se quedó inmóvil y como herida de un rayo.

—¿No me contestas? prosiguió el conde, todavía sin sospechar la causa del silencio. Tu tio es aun bastante jóven, y ocupa en la córte una posicion brillante; te llevará en su compañía.

—Padre, eso no puede ser; yo no me puedo casar con el duque.

—¡Qué no puedes casarte con el duque! ¿y por qué causa? preguntó el conde sorprendido.

—Por que á quien amo es á mi page Sancho Sanchez, y no quiero separarme de él, replicó la jóven con el mayor candor.

El conde soltó una carcajada.

—¿De qué os reis, señor, con tantas ganas? preguntó el de Arévalo que entraba al mismo tiempo en la estancia.

—De una ocurrencia donosa de Leonor. Acabo de anunciarle vuestro proyecto de matrimonio, y me dice con toda formalidad que no puede ser vuestra esposa, porque ama á su page Sancho.

—¿Al que fué criado de los mozos de cuadra?..... dijo el duque con aire burlon.

—Al mismo, amigo mio, al que dió de latigazos Martino.

Y ambos á dos, el conde y el duque, se dieron á reir de todas veras. Leonor humillada y herida en lo mas vivo de su corazon, se retiró sin hablar ni una sola palabra, y se encerró en su cuarto.

Al dia siguiente el page Sancho habia sido despedido del castillo, y la condesita sin manifestar ni pena ni estrañeza por este incidente, y como si nada hubiera ocurrido se entregó á sus tareas y diversiones ordinarias. Una semana despues nadie se acordaba ya de Sancho Sanchez, inclusos el abuelo y el tio de Leonor, que atendidos los pocos años de esta, supusieron que lo del page habia sido un capricho infantil tan pronto olvidado como combatido. No era así sin embargo: Sancho no habia marchado, sino que permanecia oculto en el castillo bajo la proteccion de una de las criadas de la joven, y de su padre, escudero y servidor antiquísimo de los condes. Todas las noches se hablaban los dos amantes por la ventana de la habitacion de Leonor, que daba al jardin; pero como la distancia era mucha, sus coloquios no podian ser demasiado largos. La condesa procuraba en ellos fortalecer el amor de Sancho, asegurándole que no daria su mano al duque, y prometiéndose mucho del cariño que el conde la profesaba. Así pasaron dos meses; al cabo de este tiempo el de Arévalo, que no habia vuelto á hablar de sus proyectos de boda, desde la escena ocurrida en la estancia del conde que produjo la despedida del page, se acercó una tarde á Leonor y en tono cariñoso la dijo, que habiéndose recibido ya las dispensas, de acuerdo con su abuelo habian fijado el domingo inmediato para celebrar el casamiento.

—Siento, dijo Leonor, con una serenidad y una firmeza increible en su edad, que os hayais tomado semejante trabajo sin consultarme, porque lo advierto, tio, que ha sido un trabajo inútil.

—¡Inútil!... ¿Con qué rehusais mi mano?

—La rehuso.

—Es decir que me aborreceis.

—No tal; os estimo como á un pariente, pero no os amo.

—Me amareis cuando seais mi esposa: el tiempo, el trato, el cariño...

—¡Imposible! eso no puede ser...

—¿Será que todavía conservais en la memoria al page?

—¿Y qué os importa en último estremo que sea eso ú otra cosa cualquiera? Con saber que no os amo y que no seré vuestra esposa nunca, teneis bastante.

—¡Nunca!... ¡Mirad bien lo que decis!...

—Ya está dicho: nunca, primero el convento; antes la muerte.

El duque hizo un movimiento de despecho y se alejó sin hablar una palabra. Al entrar en su cuarto un criado le dijo que un hombre pobremente vestido, y al parecer disfrazado, lo habia ido á buscar dos veces porque tenia mucho interés en hablarle.

—Que venga ese hombre, contestó el duque de mal humor.

El hombre se presentó envuelto en una larga capa y cubierto con un sombrero de alas enormes.

—¿Qué me quereis decir? preguntó con tono altanero el de Arévalo.

—Necesito hablaros á solas.

—Despejad, dijo el duque.

Los criados se retiraron, y el desconocido entonces se descubrió.

—Vos, señor duque, dijo, quereis casaros con Leonor y ella no quiere ser vuestra esposa..... Yo tengo en mi mano el medio de hacerla consentir.

—¡Tú! ¿Y quién eres?...... ¿Qué interés te mueve á tomar parte en este asunto?

—Luego lo sabreis; por el momento lo que importa es que tengais entendido que la condesa ama aun á Sancho Sanchez.

—Me lo he figurado, replicó el de Arévalo; caprichos de chiquilla que el tiempo curará. Además el page está muy distante...

—Os equivocais; Sancho está en el castillo y habla todas las noches con Leonor.

—Mira lo que dices, villano. Necesito pruebas para creerte, ó de lo contrario...

—¿Os bastará el mismo page?

—Me basta.

—Cómo lo quereis, ¿muerto ó vivo?

—Muerto... no; vivo.

—Mañana lo tendreis.

—¿Qué recompensa por ese servicio?

—Ninguna.

—¿Pues qué te obliga á prestarlo?

—El deseo de vengarme. Soy Martino Fernandez, el......

—Te comprendo: hasta mañana.

—Hasta mañana.

Serian las seis de la tarde del siguiente dia de la escena que acabamos de referir, cuando Leonor que se entretenia en coger flores en su jardin, se halló casi sorprendida por el duque de Arévalo, á quien creia en compañía de su abuelo, que habia ido á una de sus heredades contiguas.

—No imaginaba que estuviéseis en el castillo, dijo la jóven con naturalidad, y casi me habeis asustado.

—He dejado marchar solo al conde porque deseo hablaros otra vez; ayer me tratásteis cruelmente.

—No tal; os dije lo que siento, porque creo que es mejor ahora un desengaño que un engaño luego.

—Sois discreta en demasía y me hareis perder el juicio de amor.

—Lástima en verdad que esté tan mal empleado,

—Yo espero sin embargo que se han de mitigar vuestros rigores, gracias á cierto talisman...

—¡Creeis en brujerías!... Por Dios, tio, que no lo hubiera imaginado....

—Os lo voy á enseñar para que no dudeis de su eficacia.

Durante esta conversacion, el tio y la sobrina habian seguido una calle de olmos opaca y sombria, á cuyo estremo habia una especie de pabellon del gusto de la época, pero entonces sin uso por hallarse deteriorado. Al concluir la última palabra estaban frente á la puerta del pabellon; el duque hizo una señal, la puerta se abrió, y Leonor dió un grito de espanto. Dentro del pabellon estaba Sancho Sanchez amarrado á un taburete, y Martino con un puñal levantado comenzaba á hundírselo en el pecho. La condesa volvió la vista alrededor de sí y vió que sin duda por efecto de las disposiciones tomadas por el duque, se hallaba sola con él, su amante y el asesino. Todo esto pasó con la rapidez del relámpago. El de Arévalo cambiando bruscamente de tono y de modales...

—Ya veis, dijo á la condesa, mi talisman. O el consentimiento para la boda ó Sancho muere ahora mismo.

Leonor se quedó inmóvil sin pronunciar una palabra.

—¡Martino! gritó el duque; ejecuta mis órdenes.

Martino levantó el brazo para herir.

—¡Piedad! murmuró el page.

—Matadme á mí, esclamó Leonor arrojándose á los pies de su tio.

—A vos no, á aquel villano...

—¡A ninguno! gritó una voz de trueno á espaldas de Leonor.

Era la del conde, y su nieta corrió á echarse en sus brazos.

—¿Con qué derecho, prosiguió el de Benavente, os permitís semejantes demasías en mi propio castillo, señor duque de Arévalo?

—Ha sido una chanza, señor, para obligar á vuestra nieta á que consienta en darme la mano. Vos mismo aprobais este enlace...

—Pero desapruebo los medios que empleais para realizarlo, y aunque viejo y achacoso no estoy dispuesto á consentir que nadie me ultraje. Salid al punto de mi casa para no volver á ella mas, mientras yo viva.

—Obedezco por que no estais en edad de que midamos nuestras armas; pero confio en que pronto he de volver al castillo.

El de Arévalo se retiró en efecto, y tres dias despues murió el conde de Benavente, segun unos á consecuencia del sofoco, y por efecto de sus muchos años y achaques; segun otros en virtud de unas yerbas preparadas de intento por cierto judío. De cualquiera manera que fuese este acontecimiento puso á Leonor enteramente á merced del duque. El hijo mayor del conde, y heredero de su título, se hallaba ocupado en la guerra, y en tanto que venia, el de Arévalo, como pariente mas cercano, se hizo cargo de los bienes del conde y de la tutela de su nieta, mediante tambien disposicion testamentaria de la madre de Leonor, que preveyendo sin duda que el de Benavente no podia vivir mucho, encargó que á su muerte, pasase la tutela á su hermano.

Escusado es decir, que dueño del campo, el duque insistiria en sus pretensiones, no ya tanto por amor á la jóven, como para satisfacer su orgullo ofendido. Leonor comprendió que toda lucha era inútil, y se resignó al sacrificio, poniendo por única condicion que no se hiciese daño alguno á Sancho Sanchez. Cumplido el luto se celebraron las bodas tan tristemente, que no parecia sino que se verificaba un entierro. Durante algunos meses el duque se mostró obsequioso con su esposa, y ésta parecia conforme con su suerte; solo se notaba en ella una palidez mortal y una tristeza reprimida, cuyo origen era sin duda la ignorancia en que estaba de la suerte que habia cabido á su amante, de quien nada supo despues de la escena del pabellon.

Martino habia entrado al servicio del de Arévalo, y era su criado y confidente favorito, circunstancia que no contribuia poco á mortificar á Leonor, que lo aborrecia de muerte, pero procuraba disimular para no dar motivo de queja á su marido. En una breve ausencia, que éste hizo, Martino, que habia quedado como siempre, encargado de su custodia, y que alentado por la proteccion del duque, se permitia libertades muy agenas á sus obligaciones de criado, entró una tarde sin anunciarse en la estancia de la duquesa. Estaba ésta sola sentada en un sillon contemplando las nubes que se apiñaban sobre el horizonte, cargadas de agua, con los ojos preñados de lágrimas, y no pudo menos de indignarse por el atrevimiento de su escudero. Iba á reprenderle ágriamente, pero éste la previno diciéndole con tono humilde:

—Vengo á pediros perdon de los males que os he causado. Sois un ángel de bondad y no negareis este consuelo á un hombre arrepentido, que solo anhela besar el suelo que hollais con vuestras plantas.

Diciendo esto se arrojó á los pies de la duquesa.

—Levanta, Martino; yo no guardo ningun resentimiento. Me has hecho mucho mal, es cierto; pero te perdono. Y una lágrima corrió por sus megillas.

—No basta, señora; es preciso que me devolvais vuestro aprecio y amistad, porque sin ella no podré vivir. ¡Ah! ¡si supiérais cuanto sufro!

—Está bien, déjame, retírate. Ya te he dicho que te perdono.

—No haré tal sin que me deis á besar vuestra mano, sin que conozcais todo lo que pasa en mi alma, porque os amo como un loco...

—¡Silencio, malvado! gritó Leonor sorprendida de tanta audacia. Afuera inmediatamente, ó te mando dar de palos. ¿Cómo te atreves, miserable escudero, á hablar de amor á tu ama y señora?

—¿Acaso, dijo Martino levantándose bruscamente, tenia mejores títulos que yo Sancho Sanchez, y lo habeis amado y lo amais con frenesí? En hora buena, me retiraré, pero sabed que vuestro amante está en mi poder, y sufrirá las consecuencias de vuestro desprecio.

—¡En tu poder!..... ¡Sancho en tu poder!..... ¿Dónde, dónde está mi page?.....

—Lo ama todavía, dijo Martino entre dientes; bien me lo sospechaba. Está, prosiguió dirigiéndose á la duquesa, encerrado en uno de los sótanos del castillo bajo mi vigilancia. El duque vuestro esposo, fiel á la promesa que os hizo cuando se casó, no ha querido que se le haga ningun daño; pero como el subterráneo es húmedo é insalubre, y el alimento escaso, el tiempo se encargará en breve de librarlo á él y librarme á mí de tan odioso rival. Un remedio hay, sin embargo, de salvar á Sancho de la muerte que le aguarda; si cedeis á mis deseos, yo me comprometo á darle libertad esta misma noche: cuando el duque venga le diré que ha muerto, y de seguro no volverá á acordarse mas de él.

—Salid al punto, dijo con firmeza Leonor, y volviendo la espalda á su atrevido escudero, se entró en un gabinete contiguo cerrando tras sí la puerta.

Aquella misma noche regresó el duque, y siento tener que decir á ustedes, añadió nuestro guia cambiando el tono narrador en familiar, que hasta aquí llegan mis noticias respecto á la duquesa, Leonor y su page.

—¡Cómo! esclamó Mauricio aterrorizado con la idea de quedar sin concluir la historia ¿no sabe vd. mas?

—De cierto no, porque varían las opiniones, y cada cual lo cuenta á su



manera. Unos dicen que Martino para vengarse del desaire sufrido por la duquesa, dijo á su esposo que ésta habia descubierto el encierro de Sancho Sanchez y habia hallado medio de penetrar en él, de cuyas resultas mandó asesinar al page, y cortar la lengua á su muger; otros suponen que el page fingiéndose enfermo, logró engañar á Martino y escapar de la prision, y no falta quien asegure que el duque de Arévalo tuvo la bárbara crueldad de confesar á Leonor que él habia hecho envenenar al conde de Benavente, y de hacerla presenciar el asesinato de su amante, de cuyas resultas le dió un accidente á la duquesa y quedó muda. Lo que de cierto se sabe es, que Leonor pasó los últimos dias de su vida sin hablar mas que por señas, lo cual prueba que tenia un impedimento físico, fuese la causa ó el orígen el que quisiera, y tambien se sabe que tomó una venganza cruel.

—¡Se vengó! gritó mi amigo lleno de gozo. ¡Me alegro!... Ese bárbaro duque merecia un castigo atroz. Cuéntenos vd. esa venganza; que debe ser lo mejor de la historia.

—Fué terrible: hallábase la duquesa en el último trance de su vida á la edad de veinte y tres años, y viendo serena acercarse la muerte, con la misma serenidad que habia mostrado en todas las circunstancias de su vida, mandó que llamaran á su esposo para despedirse de él, y que la llevaran sus tres hijos con el mismo fin. Cumplidas sus órdenes y todos presentes, abrazó á los niños y entregó al marido un pergamino que decia así:

«Fuistedes un mal home para mí. No quiero salir de este mundo sin »faceros tanto dano como vos me habedes fecho. Sabed que de los tres fi»jos que vos dejo solo es vueso uno, los otros los hube de otros homes »en venganza de vuesos ultrages. Non sabredes nunca cal es de los tres el »vuestro fijo.» (1)

El duque quedó aterrado con la lectura de este papel.

—¡Leonor, por Dios, señala el hijo mio! Aquí están los tres, señálalo... Tú no puedes abrigar tan mal corazon!... Es una idea horrible... Leonor!... Leonor!... ¿Cuál es mi hijo?

La duquesa por toda respuesta volvió la espalda, y espiró á los pocos minutos. El duque furioso, fuera de sí, tan pronto abrazaba uno tras otro los niños creyendo hallar sucesivamente en cada uno tal ó cual semejanza, tal ó cual indicio que le aclarara su duda, tan pronto los rechazaba á todos diciendo que no se los pusieran delante, y en esta alternativa pasaba dias

(1) En el monasterio de Sahagun, se conserva el original de este curioso documento, segun nos aseguró nuestro guia.

y noches hasta que perdió la razon, y atacado de una peligrosa enfermedad, estuvo á punto de sucumbir. Restablecido algun tanto entró en el monasterio de Sahagun, donde acabó brevemente sus dias, pero sin curarse de su manía. De noche particularmente, caia en una especie de delirio, y recorria los cláustros gritando: «¡Mi hijo, Leonor! ¿cuál es mi hijo?» Los monges rogaban fervorosamente á Dios por su alivio; pero su mal solo tuvo fin con su existencia. Hasta la estincion de los regulares, todos los años se ha dicho una misa en el monasterio por el alma del duque de Arévalo y por la de su esposa, doña Leonor de Pimentel.

CAPITULO XLVI.

Palencia.—Un matrimonio por amor.—Santander.

Desde Benavente, donde solo permanecimos un dia, seguimos por Villalpando, lugaron grande, de aspecto desagradable, y por Medina de Rioseco, ciudad de hermosas iglesias, entre las que sobresale la de Santa María con la famosa capilla de los Benaventes, á Palencia, donde tambien hicimos alto. Nuestros lectores no llevarán á mal que nos detengamos aquí un momento, habiendo sido tan poco lo que dijimos de esta antiquísima ciudad en nuestro primer viage á Castilla (1).

El origen de Palencia es tan remoto, que los fabulistas atribuyen su fundacion á uno de los fingidos reyes de la España primitiva, llamado *Palatuo*; todos los historiadores confiesan ignorarlo, y Pomponio Mela, dijo que esta ciudad y Numancia, eran las mas esclarecidas de la España tarraconense. Logró por largo tiempo conservar Palencia su libertad é independencia, merced á diferentes tratados celebrados con la república romana, pero luego fué atacada por el avaro cónsul, *Lucio Licinio Luculo*, atraido por la fama de sus riquezas: mas los palentinos se defendieron con tal esfuerzo, que los vencedores del mundo hubieron de retirarse. Igual suerte sufrió

(1) Véase la página 249.

Marco Emilio Lepido, que sitió á Palencia 137 años antes de J. C., y tuvo de pérdida seis mil muertos. Cuando Scipion cercaba á la célebre Numancia, los palentinos hostilizaron á *Rutilio Rufo*, uno de sus capitanes, que solo pudo librarse por el socorro del mismo Escipion. Al fin vino Palencia á someterse al dominio romano, pero conservó grande importancia, y entre otros privilegios el de acuñar moneda. En el siglo V, dos habitantes, llamados Didcino y Veriniano, parientes de Arcadio, tomaron las armas contra Constantino, usurpador del trono imperial, pero fueron vencidos y muertos. Palencia fué elevada á silla episcopal desde los primeros siglos de la Iglesia, y sus obispos son citados honoríficamente en todas las historias. Cuando este territorio, en los primeros tiempos que siguieron á la invasion de los árabes era el teatro de las reñidas guerras entre aquellos y los cristianos, Palencia vino á reducirse á un monton de ruinas. Su restauracion se atribuye al siguiente suceso poético. El célebre rey de Navarra, don Sancho el *Mayor*, dueño de Castilla á la sazon, cazaba por estos contornos, y se empeñó en seguimiento de un fiero jabalí, que fué á esconderse entre sus ruinas. Alcanzóle el rey, pero al intentar atravesarlo con su venablo, sintió su brazo yerto y sin accion. Entonces observó que la fiera estaba guarecida al pie de un altar en que se veia una estátua de San Antolin, y creyó que el accidente del brazo era un castigo del santo por no haber guardado la veneracion debida á un lugar que le estaba consagrado. Pidióle perdon de su falta, é hizo voto de reedificar allí su templo si le volvia el uso del entorpecido miembro; recobrólo en efecto, y no solo construyó la iglesia prometida, sino que restauró la ciudad. Esto fué causa de una guerra que se encendió entre Sancho el Mayor y Bermudo, rey de Leon, que pretendia se le hacia agravio por estar las ruinas de Palencia en territorio suyo. Venció Sancho; pero despues de su muerte recobró el leonés lo perdido, y en 17 de febrero de 1035, espidió un privilegio para la restauracion de Palencia y de su sede, anulando otro que con el mismo objeto habia otorgado su competidor. Renacida la ciudad de sus ruinas, pronto volvió á adquirir la importancia que tuviera en lo antiguo. Don Ramon, su obispo, la dió fueros, y el Cid celebró allí su boda. El 1113 se reunió en ella un concilio presidido por el arzobispo de Toledo, y otro en 1129 con asistencia del rey. El año 1208 Alfonso IX de Leon, fundó la primera universidad que se vió en España, en esta ciudad, pero á poco fué trasladada á Salamanca. Cuando el infante don Sancho se rebeló contra su padre Alfonso X, reunió en Palencia en 1283 á sus principales partidarios, y desde aquí envió á aquel una embajada con objeto de terminar las escisiones que los dividian. En 1300 don Alonso de la Cerda y don Juan Nuñez de Lara, intentaron apoderarse de Palencia, pero no pudieron lograrlo. Al salir del palacio real de esta

ciudad un caballero llamado Juan Alfonso de *Benavides* fué asesinado, y atribuyéndose este atentado á dos hermanos llamados los *Carvajales*, fueron precipitados de órden del rey, que era Fernando IV, de la peña de Martos. Mas un instante antes de morir emplazaron al monarca para dar cuenta de aquella injusticia ante el tribunal divino en el término de treinta dias, lo que se verificó con asombro general, pues el dia que cumplia el plazo gozando Fernando IV de buena salud, se le encontró muerto en su cama. La reina doña María de Molina juntó córtes en Palencia en 1313 para resolver la importantísima cuestion de la regencia del reino. Otras córtes se reunieron en 1322, y otras en 1388, en las que se creó el principado de Asturias para los inmediatos sucesores de la corona de Castilla. Tambien las celebró en Palencia el emperador Cárlos V, en 1523. Omitimos en obsequio de la brevedad mencionar aquí otra multitud de sucesos que acaecieron en esta insigne ciudad desde la antigüedad á nuestros dias. Está situada Palencia en las riberas del *Carrion* en una gran llanura que ofrece una agradable perspectiva por las muchas huertas y hermosas arboledas que la rodean. Sus principales edificios son la catedral, magnífico y grandioso templo del género gótico dedicado á San Antolin, y en la que se ve la cueva donde este santo residió muchos años, y donde se dice aconteció la aventura de don Sancho el *Mayor;* el palacio episcopal, la casa de la ciudad, el palacio de don Sancho, que se supone edificado por aquel rey de Navarra, y el hospital fundado por Isabel la Católica. Hay cinco parroquias, seis conventos de monjas, cinco que fueron de religiosos, un teatro, un seminario conciliar, una casa de beneficencia, y varias ermitas. Como capital de provincia, de obispado y de juzgado, residen en Palencia todas las autoridades y oficinas correspondientes. La industria principal es como todos saben, la fabricacion de mantas y bayetas, de que se surte la mayor parte de España, y el número de habitantes sube á 11,470.

Aprovechando el frecuente paso de las diligencias, nos dirigimos de Palencia á Santander con ánimo de visitar esta última ciudad, verdaderamente notable por su importancia mercantil. El camino es muy pintoresco, y recuerda los de las Provincias Vascongadas; pero casi todos los pueblos que se atraviesan son insignificantes, escepto Reinosa, cabeza de un partido judicial, y cuya situacion es notable, en una pequeña llanura rodeada de montes que se consideran los mas elevados de España.

—Estamos, dijo Mauricio, en el pais de las nodrizas; no seria del todo malo que utilizaras el viage dejando apalabrada una para cuando te cases.

En el primer momento no comprendí lo que mi amigo queria decir, pero luego me acordé de que en efecto el valle de Pas, formado por las monta-

ñas que atravesábamos, y á cuyos habitantes se da el nombre de *pasiegos*, es el que surte á la córte, incluso el palacio de nuestros reyes, de amas de cria.

—¿No me contestas? añadió Mauricio viendo que yo callaba.

—¿Qué diablos quieres que te conteste? Me has dado un consejo que no estoy en ánimo de aprovechar.

—Es decir que no piensas casarte nunca.

—Yo no he dicho semejante cosa. Digo únicamente que es asunto para meditarse muy despacio.



Interior de una casa de pasiegos.

—No opino como tú; habiendo buena eleccion, y sobre todo, amando á la muger que se elige...

—No basta siempre el amor para ser feliz en el matrimonio. Una sola vez he estado yo á punto de casarme, y cuanto mas lo pienso mas me alegro de no haberlo hecho, y te confieso que entonces lo sentí mucho.

—Me ocurre en este momento, que nunca me has contado tu historia. Bien podias entretenerme con ella mientras vamos encerrados en este coche, que mas traza tiene de carreta que de diligencia, segun lo despacio que anda.

—Es poco entretenida; pero te ofrezco contártela, no hoy sino en otra ocasion cualquiera.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque te voy á referir una historia verídica é interesante, que me ha ocurrido y viene á propósito á la conversacion que traiamos sobre el matrimonio.

—Me conformo y te escucho.

—Ya lo sabia yo. En la ciudad de Palencia, que acabamos de dejar, vivia el año 1830, una señorita jóven y bella, descendiente de una familia noble y acomodada. Jamás Francisca, que así se llamaba...

—¡Francisca!... Qué nombre tan prosáico, interrumpió mi amigo... Si es lo mismo la historia... Hombre, llámala Paquita siquiera.

—¿Todavía no te has curado de la manía de juzgar por los nombres?... Paquita, como tú dices, habia despreciado cuantas proposiciones le hicieron de boda, y jamás su corazon se interesó por ninguno de los jóvenes que la galanteaban. Con todos era amable, atenta y complaciente hasta que la hablaban de amor, pero en tocándole á este punto al instante cortaba las relaciones.

—Mira, eso me parece imposible.

—¿Quieres no interrumpirme?... De la noche á la mañana cundió por Palencia la noticia de que Paquita estaba enamorada.

—¿Ves cómo yo decia bien?

—Pero no así como quiera, sino perdida de amor por un oficial subalterno de un regimiento de caballería que estaba de guarnicion. El teniente lo merecia, porque era arrogante figura, y amaba á la palentina como un loco. En vano quiso oponerse su familia; los jóvenes atropellaron por todo, y decididos á casarse, él pidió la correspondiente licencia al efecto. Mas, contra su esperanza, le fué negada, sin duda por influencia de la familia de Paquita. El camino mas corto era dejar la carrera, en que á la verdad no estaba muy adelantado, ó renunciar á la mano de su querida; pero sea que no tuviese para vivir mas que su espada ó cualquiera otra causa que la crónica no dice, el hecho es que no tomó el primer partido, y en cuanto al segundo bien conoces tú que era imposible que lo adoptara: ¿qué enamorado hay que renuncie al objeto de su amor? Para eso se necesita mucha abnegacion, mucho valor, y don Frutos, que tal era el nombre del teniente, no lo tuvo...

—¡Don Frutos!... ¡Qué barbaridad!...

—¿Qué, te parece una barbaridad no tener valor para separarse de su amada?

—No digo eso; digo que es una barbaridad llamarse don Frutos.



—Mejor será no hacerte caso, Mauricio, ó no contarte la historia.

—Con lo primero me conformo, con lo segundo no.

—Pues calla y escucha. Don Frutos, como decia, no tuvo valor para cumplir con su deber, y acudió á un recurso verdaderamente militar. Un dia llevó á Paquita á casa de su patrona, citó á cuatro amigos de confianza, é hizo llamar al cura de la parroquia con pretesto de ser necesaria su presencia para un asunto propio de su ministerio. Acudió el buen sacerdote, que era un anciano respetable, y presentándole don Frutos á su novia y sus amigos, le dijo sin rodeos que lo habia llamado para que lo casase con Paquita. El cura contestó que estaba muy conforme, y exigió que le entregasen las licencias; pero el teniente entonces le hizo entender que no habia otras licencias que su voluntad, y la de su querida.

—En tal caso no puedo complacer á vd., dijo el sacerdote.

—Es que me complacerá vd. sin poder, replicó don Frutos, porque estoy resuelto á que esta señora sea hoy mismo mi esposa á todo trance, pues su honor así lo exige.

—Es imposible: nos está prohibido casar á nadie sin la correspondiente licencia, y además vd. nada ganaria, porque ese casamiento seria nulo...

La reiterada negativa del sacerdote no sirvió mas que para irritar al novio de Paquita, quien despues de usar de las amenazas inútilmente amartilló una pistola y dijo al cura que no le quedaba mas arbitrio que desposarlo ó morir. Entonces éste, protestando que lo hacia á la fuerza, echó la bendicion á los jóvenes y salió de casa de don Frutos, para ir á la del obispo á dar cuenta de lo que acababa de suceder.

Apenas pasado el primer momento, el teniente reflexionó que habia hecho un desatino arrastrado por las circunstancias y por lo violento de su carácter. Sin duda don Frutos creia, como otros muchos creen equivocadamente, que para verificar un matrimonio en secreto, basta la bendicion del cura y la presencia de algunos testigos, y esto le hizo formar un plan irrealizable. Hasta aquí nada habia de malo si no se hubiese empeñado en vencer los obstáculos á la fuerza. Sus mismos amigos le hicieron presente la enormidad de su delito, y temeroso de las consecuencias, el teniente se fué á Madrid, resuelto á echarse á los pies del rey, é implorar su perdon. Una vez en la córte, y no pudiendo obtener una audiencia para hablar á Fernando VII, lo esperó un dia al pasar para la capilla á oir misa, y atropellando á los centinelas y á la comitiva cayó de improviso á las plantas del monarca gritando:

—¡Perdon! señor, perdon!...

—¿Qué has hecho? le preguntó bondadosamente el rey.

Don Frutos entonces le refirió toda su historia.

—Has obrado mal, muy mal, dijo Fernando despues de haberlo escuchado; pero sin embargo, te perdono...

—¡Ah! señor, me vuelve V. M. la vida.

—Te perdono, continuó el rey, lo que de mí depende perdonarte; pero hay de por medio desacato á la autoridad eclesiástica, y sobre esto yo nada puedo hacer mas que influir en tu favor; vuélvete á Palencia y espera allí mis órdenes.

Cinco dias despues, don Frutos estaba en Palencia encerrado en un calabozo, y se habia empezado contra él una causa ruidosa en el tribunal eclesiástico. Paquita tambien estaba arrestada en su casa no habiéndola llevado á la cárcel por la circunstancia de hallarse en cinta.

Al cabo de algun tiempo el teniente recibió el indulto por sus faltas como militar, segun el rey se lo habia ofrecido, pero por lo eclesiástico lo condenaron á cuatro años de reclusion en un monasterio, y á dar todas las noches tres vueltas alrededor del cláustro con una mortaja puesta y una calavera en la mano. Paquita fué sentenciada á asistir por seis meses seguidos todos los dias á la misa mayor de la catedral de rodillas en la última grada del presbiterio, cubierto el rostro con un velo negro (1).

Nuestros amantes sufrieron su suerte con una resignacion que á todo el mundo interesó, y su amor, su constancia y sus padecimientos llegaron á ser proverbiales. Todas las mugeres ambicionaban hallar para esposos hombres como don Frutos, y los hombres mugeres como Paquita. Cumplidos los cuatro años, sin perdonarle un dia, el teniente salió del convento y fué á reunirse con su esposa. Escuso añadirte con cuanta alegría se verificó esta union tan deseada; hasta la familia de ella compadecida y admirada de tamaño infortunio, se reconcilió con don Frutos; en una palabra, Mauricio, ambos jóvenes tocaron la dicha que tanto habian anhelado.

—¿Tú ves, replicó mi amigo, como casándose puede uno ser feliz?

—Yo no he negado eso nunca. Pero me falta que añadir una palabra mas de mi historia. No habia pasado un año de la union, cuando los dos esposos andaban cada cual por su lado. Don Frutos tomó amores con una jóven de vida licenciosa, y Paquita huyó de Palencia con un oficial, dejando no solo á su marido, sino lo que es mas, al único hijo que tenia; siendo tal el odio que se profesaron, que habiéndose encontrado el año de 1840 una noche en

---

(1) Todo este relato es cierto, incluso las sentencias; solo hemos variado los nombres y el lugar de la escena, porque aun vive la interesada.

la Plaza Mayor de Madrid, cuando las iluminaciones por el pronunciamiento de setiembre, se echaron uno á otro una maldicion tan terrible, que asustaron con ella á cuantos la oyeron.

—Me has dejado como una estátua, dijo Mauricio.

—No lo dudo porque á mí me sucedió lo mismo cuando me lo contaron; esto prueba una verdad harto repetida pero incontestable, y es que el corazon humano es incomprensible.

Nuestra permanencia en Santander fué muy breve; esta ciudad rica hasta la opulencia, debe su prosperidad á su puerto y al activo comercio de harinas de Castilla para la isla de Cuba. Pretenden los aficionados á antigüedades, que sea la conocida con el nombre de *Larebelo* ó *Larebeso* entre los romanos, pero no hay justos fundamentos en que apoyar esta opinion, y todo lo mas puede admitirse que Santander deba su orígen á Alfonso el Católico, sino es que fué fundada por don Alonso VIII, como opina Alfonso el Sábio con bastante autoridad, puesto que el referido Alonso VIII, fué quien le dió fueros de poblacion, sometiéndola al señorío de los abades de San Emeterio, que llegaron á obtener gran preponderancia en las cosas de la nacion: debe citarse entre ellos el infante don Sancho de Castilla que lo fué en 1240. Fué hecha Santander fortaleza dotada de atarazanas para construir embarcaciones, y no tardó en florecer por su comercio. Por esta razon se gloria refiriendo las proezas de sus embarcaciones, y entre ellas el rompimiento de un puente de barcas, trabadas con cadenas de hierro sobre el Guadalquivir, en el sitio de Sevilla, por medio del cual la conquistó San Fernando: de aquí tomó por blason una nave á toda vela, embistiendo una cadena que asegurada por un estremo en una torre de oro y por el otro en un barrio, corta el paso del rio.

El derecho de los abades vino muy á menos despues de esta época, luego aparecen documentos donde se cita Santander como pueblo realengo. En 1465 la dió el rey don Enrique IV al marqués de Santillana, contra quien se rebelaron sus habitantes, otorgándoles al fin el mismo rey su independencia, y concediendo á la poblacion los títulos de noble y leal. Los Reyes Católicos la declararon inagenable de la corona en 1475. En marzo de 1497 desembarcó en Santander la princesa Margarita de Austria. En 16 de julio de 1522 arribó tambien Cárlos I. En 1544 partieron de su puerto cuarenta buques de los cuales quince tomaron el rumbo de Flandes, y veinte y cinco á las órdenes de don Alvaro de Bazan, fueron á obtener una señalada victoria sobre las naves francesas en las costas de Galicia. En 24 de setiembre de 1570 desembarcó en esta poblacion la reina doña Ana. A fines de setiembre de 1588 llegó el duque de Medina-Sidonia, habiendo podido salvarse de una gran tempestad. En 1597 fué afligida qor una terrible pes-

te. El infante don Cárlos de Inglaterra, hijo de Jacobo, se embarcó en Santander para regresar á su nacion en 21 de setiembre de 1623. En 1739 entró en este puerto una de las ricas flotas de América que recibió España, habiendo podido esquivar la persecucion de los almirantes ingleses que se afanaron en su caza. La habilitacion de este puerto en 1753 para el comercio con las islas de Barlovento, ampliada para los demás puntos de Améririca en 1777, dió grande impulso á la poblacion. El papa Benedicto XIV por bula despachada el 12 de diciembre de 1754, hizo catedral la antigua colegiata de Santander, y cabeza de un nuevo obispado que debia crearse, separando de la diócesis de Búrgos el territorio comprendido entre las playas del Océano y los montes que envian las aguas á este mar. El rey don Fernando VI, habiéndose interesado en el asunto á favor de esta poblacion, le concedió en 29 de junio de 1755, el título de ciudad; para que fuese mas digna de la sede episcopal. En el mismo año, cumpliendo lo mandado por el papa, tomó posesion del obispado el último abad de San Emeterio, pasando á ser primer obispo de Santander. Los reyes Cárlos III y Cárlos IV, se distinguieron tambien entre los muchos que con sus mercedes protegieron el desarrollo y el lustre de esta ciudad, siendo de notar que apenas han turbado su reposo las vicisitudes cruzadas despues por la nacion. En la guerra de la independencia, las tropas de Napoleon entraron y salieron en ella diferentes veces, pero sin causarle daño, y durante la guerra civil solo una vez se vió espuesta á ser atacada por los carlistas, á quienes sus vecinos rechazaron y batieron en union de algunas tropas junto á Vargas, el 3 de noviembre de 1833, por lo que el gobierno le concedió entre otras gracias la de añadir á sus dictados de *muy noble y siempre leal*, el de *decidida*, y la de que su ayuntamiento use el tratamiento de escelencia. Desde entonces timbra sus armas con una corona ducal.

Lo mas notable que tiene Santander en punto á bellas artes, es la catedral: consta de tres naves paralelas, de algunas pequeñas capillas en sus alas y de una torre, todo de arquitectura ojival, impropiamente llamada gótica. Debajo del pavimento, hay como en otros muchos monumentos de su especie, una cripta ó subterráneo tambien con tres naves de columnas bajas agrupadas, y bóvedas rebajadas, al cual se puede entrar ó bajando de la catedral por una escalera de caracol, ó por una portada propia en que el arco ojival abocinado y con numerosas molduras, arranca de impostas apoyadas por tres columnas en cada lado de la puerta. Esta cripta, tal vez destinada en tiempos pasados á panteon ó enterramiento de los fieles, está hoy habilitada para servir de iglesia, y es conocida con el nombre de *El Cristo de abajo*. En el año de 1845 se cometió el despropósito de pintar al óleo sus bóvedas y columnas de piedra, dándole así la apariencia de ser

de madera. A la parte del Mediodía de la catedral hay un claustro bastante gracioso con vistas á la bahía: los compartimientos de sus cuatro alas están formados por grupos de columnas de piedra en el interior, y por estribos al lado de la luna ó patio del claustro. En el altar mayor se conservan las dos sagradas cabezas de los santos mártires Emeterio y Celedonio. Cerca de la puerta de N. existe una pila de agua bendita, la cual forma un vaso de mármol cuadrilongo, y tiene alrededor una inscripcion en relieve en letra árabe cuya interpretacion, segun Gayangos, es la siguiente: «Yo soy un sal«tador (de agua) nacido por los vientos: mi cuerpo, trasparente como el «cristal, está formado de blanca plata. Las ondas puras y frígidas (de un «manantial) al encontrarse en el fondo, temerosas de su propia sutileza y «delgadez, pasan luego á formar un cuerpo sólido y congelado.» Esta inscripcion ha dado márgen á varias conjeturas y no pocas fábulas y cuentos; pero todas son meras suposiciones, y nada de cierto se ha podido averiguar sobre su orígen.

Despues de la catedral visitamos la fábrica de cigarros, que ocupa actualmente el edificio que fué convento de monjas de Santa Cruz, muy poco á propósito para el objeto, en la cual se emplean mil sesenta personas, dando un producto anual de cinco mil libras de cigarros habanos, cuarenta mil de mixtos y doscientas cincuenta mil de comunes: la cárcel, notable por la forma casi panóptica del edificio, y por su ventilacion y aseo: los establecimientos de beneficencia, todos ellos en un estado brillante, y el teatro construido en 1837, que es un edificio elegante, de buen aspecto y cómodo para los espectadores cuyo número puede llegar á mil.

Santander ocupa una posicion agradable á la falda S. de una colina; goza de una temperatura sana sin que ni el frio ni el calor se deje sentir con demasiado esceso. Es capital de la provincia marítima de su nombre, y como tal residencia de las autoridades y oficinas correspondientes. Cuenta diez y seis mil seiscientas veinte y dos almas, y el trato de sus habitantes es en estremo agradable y cortés. Es poblacion muy concurrida en el verano para tomar baños de mar, calculándose en dos mil el número de personas que van anualmente á buscar el alivio de sus dolencias. En el sitio llamado el *Sardinero*, donde se pueden tomar baños de ola con toda seguridad, se han hecho últimamente muchas mejoras, y se han construido carruages á propósito para conducir á él á los bañistas.

CAPITULO XLVII.

La Rioja.—Nájera y Logroño.—La batalla de Clavijo.

Sin detenernos en Santander mas que algunas horas, á pesar de las instancias que nos hicieron varias personas á quienes íbamos recomendados, Mauricio y yo tomamos la diligencia retrocediendo en direccion á Navarra, con ánimo de visitar al paso la Rioja, ese bellísimo territorio llamado con razon el jardin de Castilla. Caunedo que nos habia acompañado hasta Santander, quedó en esta ciudad para volverse por mar á Asturias, donde sus asuntos y ocupaciones habituales lo reclamaban, con no poco sentimiento nuestro, que hubiéramos deseado tenerlo por compañero en todo el viage. Para consolarnos de su pérdida, nos ofreció remitirnos algunos apuntes de otras provincias que él habia recorrido en distintas ocasiones, y debo declarar aqui que ha sido exacto y puntual en el cumplimiento de su palabra.

La poblacion mas importante de la Rioja es sin duda ninguna Nájera, por la circunstancia de haber sido en su tiempo corte de los reyes de Navarra. No debe, pues, estrañarse que en ella nos detengamos algun tanto.

Es ciudad de grande antigüedad, y se cree que fué en sus principios un arrabal de la antiquísima *Tritium la grande*, que pertenecia á los pueblos *Berones*. Dícese que los árabes la impusieron el actual nombre de Nájera, que muchos interpretan *lugar situado entre peñas*. Los asturianos, guiados por uno de sus primeros reyes, recobraron esta poblacion á mediados del siglo VIII, perteneciendo en 882 al dominio del conde de Rioja, llamado Diego ó *Didaco*. El rey de Navarra Sancho Abarca se hizo dueño de Nájera en 909, bien se la quitase al rey de Oviedo, ó á los moros si por acaso la recobraran. Aparece despues como rebelada contra el dominio navarro, pues el referido Sancho (segun Sampiro) pidió á Ordoño, que reinaba en Leon, auxilios para sujetar á *Nájera* y á *Vicaria, ciudades de los alevosos*. García Sanchez el Temblador, hijo de Abarca, tomó el título de *rey de Pamplona y de Nájera*, y lo mismo su hijo Sancho García, apellidado el Mayor, que vivió algun tiempo en Nájera: puso en ella obispos y la dió fueros. Su hijo *García Sanchez* fijó en esta ciudad la córte de Navarra, y por eso se le dió el sobrenombre de *el de Nájera*. Hizo en ella grandes mejoras, la enri-

queció con edificios y monumentos, fundó en 1052 el famoso monasterio de Santa María, y creó en él una órden de caballería denominada de la *Jarra* y de la *Terraza*. Muerto este García en la batalla de Atapuerca (1054), fué conducido su cadáver por su hermano y vencedor don Fernando I de Castilla, á Nájera, ciudad que desde entonces quedó incorporada á sus estados. Apoderóse de Nájera el rey de Aragon don Alfonso I el Batallador, pero poco despues la recuperó el de Castilla don Alfonso VII el emperador, el que reunió en ella córtes. Hallándose en esta ciudad la reina doña Berenguela, la Grande, con su hijo San Fernando, en 1217, tuvo lugar la ceremonia de la solemne proclamacion de éste por rey de Castilla, debajo de un grande olmo. Para conservar la memoria de este hecho señalado de nuestra historia, el ayuntamiento de Nájera aun va el 1.º de mayo, con tambor batiente, al campo de San Fernando; toman los concejales una rama de laurel, y atravesando toda la poblacion van á oir misa á la ermita de San Cosme. El conde de Trastamara don Enrique se apoderó de Nájera en 1360, pero fué vencido al pie de sus muros por su hermano don Pedro el Cruel en este año y en el de 1367, despues de una reñida batalla que lleva el nombre de *Nájera*. El rey don Enrique IV concedió á esta ciudad la prerogativa de *voto en córtes* en 1484. Tiene por armas un puente con dos castillos. Es patria de muchos hombres célebres. Hoy es cabeza de un partido judicial y tiene tres hospitales, tres parroquias y unos dos mil setecientos habitantes. Lo mas notable de Nájera es la antigua y magnífica iglesia de Santa María la Real, abandonada y próxima á sucumbir al pico destructor, la cual puede llamarse panteon de príncipes y de hombres célebres, por la multitud de sepulcros que contiene, entre los que deberemos mencionar los de los reyes de Navarra don García VII el de *Nájera*, don Sancho el *Noble*, la reina doña Blanca, esposa del anterior; otra del mismo nombre reina de Castilla; don Sancho Abarca, tercero de este apellido; la reina doña Estefania de Fox, esposa del fundador; doña Clara Urraca, que lo fué de Sancho Abarca; el rey don Sancho el Valiente, y su esposa doña Beatriz; don Diego Lopez de Haro el Bueno, décimo señor de Vizcaya, y una multitud de infantes, infantas y caballeros, que renunciamos á enumerar. Dos leyendas interesantes, ó mas bien dos hechos históricos, se encuentran en nuestras crónicas como acontecidos en esta ciudad, de las que no debemos defraudar á nuestros lectores.

Reinaba en Navarra el célebre Sancho el Mayor, y tenia su córte en Nájera, á mediados del siglo XI, cuando en ocasion de partir á la guerra de los moros dejó á la reina doña Nuña en esta ciudad, encomendándola entre otras cosas, que tuviese gran celo y cuidado de un caballo que le trajeron de Africa, el mejor y mas castizo que tenia; que en aquel tiempo ninguna

cosa mas estimaban los españoles que sus caballos y armas (1). Con la reina quedaron los infantes sus hijos don García y don Fernando, y tambien don Ramiro, hijo bastardo de don Sancho el Mayor y de una noble dama navarra, llamada *doña Caya*, señora de Ayvar. Por esta época, el conde de Fox publicó un solemne torneo que debia celebrarse en su córte, y al que habian de concurrir las mejores lanzas de la cristiandad. La reina de los amores debia ser la hermosa Estefanía, su hermana. Llegado este anuncio á Nájera, el infante primogénito don García, mal hallado con la ociosidad, á que su belicoso padre le condenara al mandarle permanecer alli, quiso ser uno de los *aventureros* del torneo. Otra razon habia mas poderosa para que alimentase este deseo, y era estar perdidamente enamorado de la bella Estefanía, á quien conoció en un viage que hizo á Francia. No podia, pues, soportar el triste pensamiento de que otro guerrero hubiese de imprimir sus labios en la blanca mano de su amada, pues esta era la mas grande recompensa designada para el afortunado vencedor, segun las leyes ú ordenanzas del torneo. Al hacer el altivo heredero de la corona de Iñigo Arista sus preparativos de viage, notó con inesplicable pesar que al partir el rey su padre á la guerra, se llevó, como era natural, los mejores corceles que contenia su caballeriza, y siendo él arrebatado é impaciente en demasía, se entregó á la mas estremada desesperacion. Su escudero favorito quiso calmarle diciéndole que don Sancho habia dejado en Nájera el mejor y mas poderoso de sus caballos, el *Africano*, y que ninguno mas á propósito para darle la victoria del torneo. Inmediatamente hizo el infante venir á su presencia al muy noble *Pedro Sesé*, caballerizo mayor, y le mandó que al instante pusiese á su disposicion el famoso Africano; pero aquel le contestó con respeto que no le era posible complacerle por haber el rey prohibido espresamente, que nadie, durante su ausencia, se atreviera á hacer uso de un caballo que tenia en tanta estima. Acudió entonces don García con igual demanda á la reina; pero esta señora, que conocia el carácter inflexible de su esposo, no se atrevió á desobedecerle y tampoco accedió á los ruegos de su hijo: don García furioso y desesperado concibió la mas horrible venganza de esta, que conceptuó una indeleble afrenta, y desde luego la puso en ejecucion. Dirigióse á la cámara de su hermano don Fernando, y con fingidas muestras de la mas profunda tristeza le anunció que su nobilísimo linage estaba deshonrado para siempre, que su madre doña Nuña habia manchado el tálamo real, que el adúltero era el caballerizo Pedro Sesé y que era necesario le ayudase á tomar venganza. Horrorizóse Fernando, mas no pudo resolverse á acusar á la reina, consintiendo únicamente en jurar á

(1) Mariana, lib. VIII, cap. XIII.



su hermano no mezclarse en nada que tuviese relacion con tan terrible suceso. El desnaturalizado don García remitió en seguida al rey la acusacion de adulterio, y éste hubo de darle crédito, pues no pudiera ni remotamente imaginar que hubiese nacido un hijo capaz de tan infame calumnia contra una madre. Abandonando Sancho el Mayor el teatro de sus recientes triunfos, se trasladó presurosamente á Nájera, hizo encerrar en una torre del castillo de la misma ciudad á la inocente doña Nuña y á su supuesto cómplice, y reunió las córtes que debian juzgar tan grave delito. Interrogado el infante don García, sostuvo la calumnia, y don Fernando con las respuestas ambíguas á que le obligaba su juramento, la dió toda la certeza necesaria para que aquel tribunal nacional condenase á los acusados á la hoguera como adúlteros, debiendo ser conducidos al suplicio con un dogal al cuello, la cabellera rapada y los pies desnudos, mas permitiéndoles, segun las costumbres de la época, la apelacion al juicio de Dios por medio del combate. Llegó en breve el dia prefijado; los reos, el rey, toda la córte navarra, ocupaban un gran palenque construido al intento, en el que se veian un alto trono en que estaba sentado Sancho el Mayor, y una pira al estremo opuesto sobre la que estaban ya aherrojados los reos, y á su lado dos sayones con antorchas encendidas. El bárbaro don García, armado de todas armas, paseaba á caballo la arena de la liza para sostener su dicho, empero ningun campeon osaba presentarse á hacer batalla con él; tal era la opinion que de su feroz bravura se tenia. Iba ya el rey á dar la señal para que la fatal sentencia se ejecutase, cuando su hijo bastardo don Ramiro se dejó ver para defender con su fuerte lanza la causa de la reina. Partieron el campo ambos paladines. Era llegado el instante de comenzar un terrible y fratricida combate, pero se arrojó entre ellos un santo monge que oyó la última confesion de doña Nuña y del caballerizo. «¡De rodillas!.. ¡hijo maldecido!!.. gritó á don García, ¡pide perdon á tu buena madre de tan alevoso crímen!.. Yo te anuncio en nombre de Dios que serás vencido por un gran rey de tu linage y tu cadáver pisado en el campo de batalla.» Cubrióse de frio sudor la altiva frente del malvado infante: una horrible convulsion recorrió todos sus miembros, y el hielo de la muerte envolvió su corazon; sus manos inertes dejaron caer la lanza, y él mismo cayó en la arena. «He aqui la justicia de Dios, gritó el monge. ¡Maldicion al hijo perjuro!....» Sin embargo, don García no estaba muerto, y volvió en breve de su desmayo; pero aterrorizado aun por las siniestras profecías que acababa de escuchar, se alzó pálido y abatido y confesó en alta voz que habia calumniado infamemente á su virtuosa madre, y postrándose á sus pies y á los del rey solicitó con la mayor humildad el perdon que le fué concedido, aunque en pena de tan grave crímen se le despojó del condado de Castilla,

que deberia heredar despues de los dias de aquella. Por el contrario, al valiente don Ramiro, en premio á su lealtad, le fué dado el condado de Aragon con título de rey, siendo el primero y fundador de aquella noble monarquía. Don García para aplacar la justicia divina fué en peregrinacion á Roma, y poco despues, siendo ya rey de Navarra, fué muerto de una lanzada en la famosa batalla de Atapuerca, que él se arrojó á dar á su hermano don Fernando, primer rey de Castilla, el año de 1054. La prediccion del monge se habia cumplido.

El otro suceso histórico que debemos mencionar se refiere á la vida de Pedro el Cruel. Marchaba este príncipe contra Nájera en 1360 por haberse apoderado de esta ciudad sus dos irreconciliables hermanos, don Enrique, conde de Trastamara, y don Tello, cuando hallándose con su campamento



Colegiata de Logroño.

junto á Azofra, se le puso delante un presbítero que venia á anunciarle que se le habia aparecido Santo Domingo de la Calzada y le mandó le advirtiese que se guardase de don Enrique, porque habia de morir á sus manos. El rey se turbó al pronto con tan fatídico anuncio; pero volvió en sí y mandó que inmediatamente fuese quemado vivo el clérigo, lo que en el acto se verificó.

Cinco leguas no mas dista Nájera de Logroño, y por consiguiente llegamos á esta ciudad á hora muy temprana y suficiente para poder recorrerla y observar ligeramente cuanto ofrece de notable. Está situada á la orilla derecha del caudaloso Ebro, se compone de mil doscientas cincuenta casas y es capital de la provincia y del partido judicial de su nombre. Tiene tres parroquias, la principal es la colegiata de Nuestra Señora de la Redonda,

asistida por un pequeño cabildo. El edificio es notable por su fachada principal flanqueada con dos torres de buen aspecto, aunque del gusto churrigueresco. La parroquia *imperial de Santa María del Palacio* está tambien servida por un cabildo de beneficiados, y es un templo grandioso y antiquísimo, y tal vez de los primeros de España, pues se dice fundado por órden del emperador Constantino el Grande, por lo que lleva el dictado de *imperial*, y se llama tambien *del Palacio* por ocupar sus claustros el lugar del que ocupaban los antiguos reyes de Castilla siempre que iban á Logroño. En los mismos claustros habitaron los frailes del Santo Sepulcro. La iglesia de Santiago, que es la tercera parroquia, es tambien digna de consideracion por su antigüedad remota y por haberse en ella fundado, segun se cree, la célebre caballería de Santiago. Habia otra parroquia denominada de San Bartolomé, hoy suprimida, cuya iglesia es toda de sillería, y de arquitectura bizantina. Tanbien merece mencionarse el seminario conciliar del obispado, la casa de misericordia, el teatro, la inclusa, los tres conventos de monjas y los cuatro que fueron de religiosos, destinados hoy á cuarteles y oficinas públicas, el hospital civil y el magnífico puente sobre el Ebro, de doce arcos y defendido con tres torres. Fué fabricado por San Juan de Ortega en 1098 con los fondos que al efecto le facilitó el rey don Alfonso VII de Castilla, denominado el Emperador. El suelo que rodea á Logroño es muy feraz y ameno de producciones muy variadas. La poblacion sube á seis mil ochocientas cuarenta y dos almas. Despues de esta brevísima descripcion de la capital de la Rioja, diremos algunas palabras sobre su historia. Su orígen sube á una edad desconocida y parece averiguado era desde tiempo inmemorial una ciudad muy populosa llamada *Varia* ó *Varejia*, de cuyo nombre se conserva un recuerdo en un arrabal del actual Logroño, llamado *Varea*. En cuanto al actual algunos lo derivan del latin *Lucrosus*, creyendo fuese impuesto á alguna parte de la antigua poblacion por estar situada en parage fértil, abundante y provechoso. Todo lo que se espresa de la destruccion y repoblacion de esta ciudad cántabra por el rey godo Leovigildo no está bastante averiguado. Apoderados los moros de Logroño hubieron de abandonarla en 755. El rey de Pamplona García IV hizo donacion de esta ciudad al monasterio de San Millan de la Cogulla en 926, y en 1054 pertenecia á don Sancho, rey de Navarra. El Cid Campeador tomó á Logroño en 1073. El rey de Castilla don Alonso VI se hizo dueño de este territorio y dispuso que el conde don García, y su esposa doña Urraca aumentasen y mejorasen la poblacion de Logroño; concediéndole despues el mismo monarca en 1076 el celebrado *fuero* que lleva su nombre. Cuando las escisiones de doña Urraca con su esposo el *Batallador*, vino Logroño á poder de éste; pero la recuperó Alfonso VII de Castilla en 1134, repitiéndo-



VISTA DE LOGROÑO.

se muchas veces esta conquista y reconquista por su situacion especial en el confin de Navarra y Castilla. El año 1336 el valeroso *Ruiz Diaz de Gaona* defendió bizarramente con solos tres soldados el puente contra los navarros, que acaudillados por el conde de Fox intentaban pasarlo. Encontró una muerte gloriosa en las aguas del Ebro (1), pero la ciudad se salvó. En 1410 se celebró en Logroño un sínodo presidido por el obispo de Calahorra, y el rey don Juan II la concedió el título de *muy noble y muy leal* y voto en córtes. El 25 de mayo de 1521 fué la ciudad cercada por numerosas tropas francesas, pero no solo las rechazó sino que las derrotó completamente é hizo prisionero al general. Por este brillante hecho el emperador Cárlos V concedió á Logroño añadiese á su escudo de armas tres flores de lis. En 1572 se estableció en esta ciudad el tribunal de la Inquisicion, y en 1610 celebró este tribunal el famosisimo auto de fé con cincuenta y tres acusados, de los cuales veinte y nueve profesaban la secta de los brujos. El asunto es tan curioso y estraordinario para los que vivimos en el siglo XIX, que no puedo resistir á la tentacion de dedicarle algunas líneas.

Los veinte y nueve reos eran de la villa de Vera y lugar de Zugarramurdi en Navarra, y de las declaraciones resulta que llamaban á sus asambleas *Aquelarre*, palabra vascónica, equivalente á *Prado del Cabron*, porque las sesiones se celebraron en un prado cuyo verdadero nombre fué *Berroscoberro*, en que solia el demonio aparecer á sus devotos en figura del másculo de las cabras, con dos grandes cuernos en la frente, ojos grandes, redondos, muy abiertos, centelleantes y espantosos; la barba como de cabra; el cuerpo y talle, parte como de hombre, parte de cabron, y la voz como de rebuzno desentonado, espantoso y ronco. El estracto de dichas declaraciones, que el historiador de la Inquisicion refiere (2), da una idea de lo que era esta secta, cuyas sesiones tenian lugar los lunes, miércoles y viernes, y duraban desde la nueve de la noche, hasta las doce ó mas tarde, antes del canto del gallo. Los adeptos concurrian á ellas volando por los aires como buenos brujos, á favor de un ungüento negro con que se frotaban, y estas reuniones en que se remedaban las ceremonias católicas, tales como el sacrificio de la misa, la confesion y otras, concluian con los mas escandalosos escesos corporales. El dogma principal de los brujos era hacer todo el mayor mal posible á los cristianos, y algunos lo cumplian tan puntualmente, en especial las mugeres, que horroriza el relato de muertos por envenenamiento, de incendio de campos, de aniquilamiento de tierras y cosas por

(1) Un lugar del mismo rio se llama aun el pozo de Rui Diaz.

(2) Llorente, tomo 7.º, pág. 64 y siguientes.

el estilo que aparecen del proceso. Como que todos los brujos rivalizaban en hacer daño para merecer los favores de su señor. Esta es la sustancia principal de los procesos de brujas de Logroño, cuyo tribunal estaba bien acostumbrado á formarlos, porque ya en 1507 habia castigado á mas de treinta, y en 1527 á ciento cincuenta.

Es, pues, indudable que la secta existió, y por consiguiente que ha habido brujas, pero no pudiendo admitirse hoy en buena razon, ni la presencia del demonio, ni los vuelos de noche, ni otras muchas cosas sobrenaturales, la imaginacion se pierde en conjeturas acerca del verdadero significado de tales patrañas, unánimemente confesadas por un crecido número de



personas todas conformes en cuanto á la esencia, y sin diferir mas que en aquello que les era personal. Lo natural es creer que unas cosas eran efectivas pero puramente naturales; otras solo imaginarias, mas creidas como verdaderas, y otras solo fingidas por ideas particulares. Asi se vé que habiéndose dado instrucciones despues de este proceso, para que se obrase con mucha cautela en el exámen de los testigos, confesion y declaracion de los reos, no volvió á ocurrir ningun otro de su especie mientras duró el Santo Oficio.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores que estando en Logroño, no dejaríamos de ir á Clavijo, distante solo dos leguas, y lugar famosísimo

APARICION DEL APOSTOL SANTIAGO AL REY DON RAMIRO.

en nuestra historia por la célebre batalla de su nombre. Ni aun cuando yo hubiera querido evitarlo fuera fácil que consintiese mi amigo Mauricio que contaba hallar por lo menos algun trozo de lanza ó el turbante de unos cuantos moros en el campo. Fuímos pues, á Clavijo, aldea de noventa y siete casas, situada en una cumbre de bastante elevacion, sin mas notable que la basílica del apóstol Santiago en el cerro de la Ture, erigido á espensas de Felipe II, y conservada bajo la proteccion de nuestros reyes; otras dos ermitas en despoblado, de las cuales una abierta al culto, y un monasterio de monges bernardos, que existió en el desierto llamado Peña Aguda, el cual guardó por mucho tiempo tres cuerpos de santos, que en la exclaustracion de 1820 fueron trasportados á la colegiata de Nuestra Señora de la Redonda en Logroño, donde se conservan, y son San Felix, San Funes y San Prudencio. Debo declarar aqui que ninguno de estos lugares recorrimos y que en todos los alrededores de Clavijo hallamos el menor vestigio de la celebrada batalla, tenida con bastante fundamento por fabulosa, pues que en ninguna crónica contemporánea se habla de ella, y solo cuatro siglos despues el arzobispo don Rodrigo la describe diciendo que el rey Ramiro II negó á Abd-el-Rahman el tributo de las cien doncellas, que aceptára Mauregato y que estaba en costumbre, cuya denegacion causó una guerra entre ambos reyes. Juntó Ramiro en Leon los magnates de su reino y los arzobispos, obispos, abades, etc., y con su asistencia emprendió desde luego la guerra contra el infiel, entablando sus operaciones militares hácia Nájera y Albelda. Alli se hallaba con todo su ejército, cuando se vió atacado por una hueste innumerable de árabes, procedentes de toda España, de Marruecos y demas provincias de Africa. Desastrada fué la batalla para los cristianos, quienes se retiraaon atropelladamente y no pararon hasta cierta distancia en Clavijo. En este sitio el rey, oprimido por su quebranto, se aletargó; vió en sueños al apóstol Santiago, quien le mandó, en nombre de Jesucristo, que á la madrugada bajase al campo raso, y le estrechó la mano en prenda de la victoria, ofreciéndole cooperar él mismo vestido con una túnica, en un caballo blanco, y con un pendon tambien blanco en la mano, peleando al frente del ejército y á vista de todos. Asombrado quedó el príncipe con vision tan estraordinaria, la comunicó al amanecer á los obispos y grandes de su córte; la supo el ejército, y gozosísimo con la venturosa nueva, se escuadronó despues de haber comulgado; invocaron de nuevo á Santiago, costumbre que desde entonces se perpetuó entre los españoles, y con el auxilio patente del santo trabaron la refriega con tal denuedo, que dejaron de sesenta á setenta mil infieles muertos en el sitio, fuera de los que perecieron en la fuga hasta el pueblo de Calahorra. Premio fueron de esta victoria Albelda, Calahorra y Clavijo, y en la segunda de estas ciudades, fué donde

por agradecimiento y en memoria de jornada tan esclarecida, la nacion española hizo voto solemne de tributar anualmente y por siempre á la iglesia de Santiago las primicias de los frutos de la tierra, y hacer partícipe al santo patron de España de cuantas presas le cupiesen de las espediciones que en lo sucesivo se verificasen contra moros. Este es el orígen del *voto de Santiago* abolido por las córtes en 1834, y el de las famosas palabras *Santiago y á ellos* con que los españoles se lanzaban á la pelea contra los moros. Sin embargo, ya hemos dicho que la opinion mas acreditada es la de que tal batalla no se verificó, á pesar del voto y del grito de guerra, y de celebrarse en todas las iglesias de España su aniversario con la debida aprobacion de la Santa



Vista de Santa María de la Piscina.

Sede, y de hallarse consignada en la mayor parte de los autores, incluso el padre Mariana, desde el arzobispo don Rodrigo acá. Asi se escribe la historia.

Bien hubiéramos querido antes de abandonar la Rioja, visitar los muchísimos monumentos que encierra, verdadero tesoro de las artes, y sobre todo los bellos santuarios de San Felices de Abalos y Nuestra Señora de la Piscina, pero el tiempo nos escaseaba, y al siguiente dia de nuestra llegada á Logroño salimos en direccion á Viana, primer pueblo de Navarra por esta parte.

CAPITULO XLVIII.

Navarra.—Viana.—Los Arcos.—Estella.

Antes de hablar de Viana diremos, segun nuestra costumbre, dos palabras en general del pais que vamos á recorrer.

El reino de Navarra, hoy provincia de Pamplona, forma como un rectángulo cuya mayor longitud desde Córtes á la barca de Enderlaza asciende á veinte y seis leguas, y su latitud desde el cerro de Cantabria, hasta el puerto de Arlos á veinte y cuatro. La mano de la Providencia señaló los verdaderos lindes de este pais, que no son otros que los Pirineos y el rio Ebro. El clima es casi templado y saludable. Son muchos los rios que lo cruzan, los principales el *Bidasoa*, el *Baztan*, el *Ezcurra*, el *Zubiri*, el *Arga*, el *Araquil*, el *Larraun*, el *Salado*, el *Aragon*, el *Salazar*, el *Trati*, el *Zidacos*, el *Ega*, el *Urederra*, el *Alhama*, y el *Quiles*. Los montes de Navarra son todos ramificaciones del Pirineo; he aqui los nombres de los mas notables: *Ibañeta*, *Gorostia*, *Urrusca*, *Auza*, *Archiola*, *Labiaga*, *Velate*, *Doña-María*, *Ubice*, *Gorriti*, *Avalar*, *San Adrian*, *Goizueta*, *Sagardegui*, *Sayna*, *Abartan*. *Andia*, *Hernaz*, los *Alduides*, los de *Lumbier*, *Zubiri*, *Irati*, *Montejurra*, y *Peña Goñi*. Abunda este reino en escelentes canteras, minerales de hierro y cobre, bosques y pastos, y en todo él se respira un aire sano. El suelo es muy escabroso y estéril al Norte, pero es fértil y abundoso en la parte llana de la orilla del Ebro. En esta se encuentra trigo, maiz, vinos escelentes, lino, cáñamo y algo de aceite. La pesca de sus rios es delicada, los ganados de todas clases están multiplicadísimos merced á los escelentes pastos, y forman uno de los mas poderosos elementos de la riqueza del pais navarro. Tambien se encuentra mucha caza mayor y menor, como perdices, codornices, faisanes, palomas torcaces, corzos, jabalíes, cabras y gatos monteses, zorros, tejones y algunos osos. En fin, Navarra es como todas las provincias de nuestra privilegiada España, un pais regalado en que se encuentra lo necesario para la vida, y en el que se puede subsistir cómoda y económicamente. La industria principal es la agrícola, y el corte de maderas para las construcciones civiles y navales. Hay tambien fábricas de varias clases, y algunas minas. El comercio es poco considerable. Las costumbres son en general morigeradas y buenas, mas se advierte notable diferencia entre el carácter y usos de los habitantes de la ribera y los de la

montaña, pues aquellos muy semejantes á sus vecinos de las provincias inmediatas, tienen modales toscos, y son algun tanto dados al uso de licores espirituosos y al esceso en la comida, y los de la montaña son mas frugales, dulces y amables, y participan de la civilidad francesa. Tambien se diferencian de los hombres de la llanura en el idioma (pues usan el vascuence) y en el trage. Son todos los navarros en general, robustos, de buena estatura, alegres, vivos, francos, amantes de su pais y de su libertad, bizarros, honrados, laboriosos y aseados. Todas sus leyes y costumbres tienen aquel matiz democrático é independiente, en especial en la montaña, con que la historia los pinta. Desde los mas antiguos tiempos es esta interesante y rica en sucesos célebres. Aparece este pais en lo primitivo habitado por los *vascones* y *vardulos*, pueblos famosos por su valor y amor á la guerra y á la libertad, siendo tan fuertes para las fatigas guerreras que *ni aun cubrian sus cabezas*, como espresa Silio Itálico, el que los apellida los *inquietos*. Anibal llevó muchos vascones á la guerra de Italia, donde se señalaron por su fiereza y bizarría, como tambien en la llamada *Sertoriana*. Pompeyo fundó en la Vasconia una ciudad á quien dió su nombre, y se llamó *Pompeyópolis*. Cuando los aquitanios se defendian de las legiones de Julio César, se aliaron con los vascones, que los socorrieron aunque inútilmente, pues unos y otros hubieron de doblar la cerviz al yugo de los romanos, que respetaron, sin embargo, de algun modo sus costumbres y gobierno popular. Hicieron los vascones una constante y porfiada guerra á los godos; y aunque Leovigildo los sujetó, se levantaron con frecuencia contra sus sucesores. Cuando la conquista de los árabes, la *Vasconia*, ó sea Navarra, debia figurar grandiosamente en la historia española. Situada entre los árabes, asturianos y francos, fué siempre el único anhelo de sus hijos conservar su antigua independencia, y desentenderse de la dominacion de unos y de otros. Permaneció en los primeros años que sucedieron á la invasion, en la dependencia de los reyes de Oviedo, mas luego se puso bajo la proteccion del célebre Carlo-Magno, que intentó formar de este pais una provincia de su vasto imperio, aunque no pudo lograrlo. En 778 atravesó la Navarra (1) con un poderoso ejército cuando se dirigia á Zaragoza, ciudad que le habia prometido entregar el walí ó gobernador moro *Soleiman*, mas faltando éste á su palabra, hubo de volverse el emperador franco, hacien-

(1) Entre las muchas derivaciones que se hacen del nombre actual de este pais, que aparece mucho despues de la conquista de los moros, son de las menos voluntarias y estravagantes, las de que proviene de los *bardulos*, sus antiguos moradores, ó de *Nova-ara* por un altar que San Saturnino consagró á San Juan.

do á su paso desmantelar las fortalezas de los navarros, sin duda en castigo de la defeccion y aborrecimiento que le mostraban. Entonces fué cuando en Roncesvalles vió destrozada su hueste por los bravos montañeses del pais, y perdió sus mas celebrados paladines en la famosa batalla cuya memoria permanece tan viva en nuestra patria. En 780 *Abd-el-Rahman* se apoderó de una gran parte de Navarra, que al poco tiempo recobró su independencia (1) aliándose otra vez con los francos. *Luis el Benigno* hijo de Carlo-Magno, penetró en este pais con su ejército, y aunque los montañeses intentaron hacerle sufrir tambien en Roncesvalles otra derrota como la que tuviera lugar treinta y cuatro años antes, no lo alcanzaron, y uno de sus caudillos ó jaonas, fué ahorcado por disposicion del monarca francés, que por entonces tampoco pudo estender su dominacion. En 821 envió con este objeto dos de sus condes llamados *Ebla* y *Asenario*, pero los navarros auxiliados de los árabes, acometieron y destrozaron completamente sus fuerzas, y ellos mismos cayeron prisioneros. Los moros continuaron ejerciendo entonces bastante influencia en Navarra, poseyendo algunos territorios, y fué la época en que apareció un tal *Garsea Eneco* ó *Iñigo*, natural del condado de Bigorre, belicoso guerrero, y que mereciera por sus hazañas el sobrenombre de *Arista*, esto es, el *valiente* ó el *fuerte*, el cual se hizo amar de los navarros. Proclamado por su caudillo descendió de los montes á las llanuras é hizo con gloria la guerra á los francos y á los moros. Contrajo luego alianzas con estos, y aun llegó á casarse con una hija de *Muza*, wali de Zaragoza. Despues de largas guerras logró apoderarse de Pamplona, y en union con su suegro atacó á Ordoño I, rey de Oviedo, en Clavijo, pero fué derrotado y muerto en el campo de batalla. Aquel suceso puso á Navarra por algun tiempo bajo el dominio de la monarquía asturiana, y fué por entonces gobernada en lugar de jaonas por condes. Uno de estos fué García Garcés (Garsea Garseano) hijo de García Iñigo Arista, el cual defendió á Navarra de los embates de El-Mondhir en 868 y 869, y logró hacerla independiente, pero no tomó el título de rey, contentándose con el de conde. Su hijo *Sancho Garcés*, por sobrenombre *Abarca*, dilató sus conquistas y puso por límites de sus estados á Nájera, Tudela y Ainsa, y en 995 se llamó rey, siendo el primero de Navarra. Su hijo llamado *García Sanchez*, el *Temblador*, porque antes de entrar en un combate temblaba, aunque despues peleaba denodadamente, fué aliado de los árabes y del famoso conde de Castilla Fernan Gonzalez. En tiempo de *Sancho Garcés*,

(1) Segun puede colegirse de la oscurísima historia de aquellos tiempos, los pueblos navarros formaban como una república federativa, y sus gefes se llamaban *Jaonas*.

por sobrenombre el *Mayor*, hijo del *Temblador*, llegó la Navarra al apogeo de su gloria y ensanchó su territorio por ambas vertientes del Pirineo, por lo que despues se llamó Aragon, y por Castilla. Sancho era, pues, en aquel tiempo el rey mas poderoso de los de España, y tomó los dictados de *Emperador*, rey de los *Pirineos* y de *Tolosa*, y el especial de *Cuatro-manos*. Despues de su muerte ocurrida á mano armada en 1035, sus hijos heredaron sus vastos estados, segun él lo habia dispuesto, dejando al primogénito la Navarra, al segundo el condado de Castilla con título de reino, y á otro bastardo el Aragon, tambien con el mismo dictado. En 1076 se hizo dueño de Navarra *Sancho Ramirez*, rey de Aragon, y permanecieron unidos ambos estados hasta 1134 en que los navarros eligieron por su monarca á *García Ramirez*, que llamaron el *Restaurador*. Su nieto *Sancho Sanchez el Fuerte*, se señaló como sus abuelos, por su valor en la guerra de los moros; concurrió á la famosa batalla de las Navas de Tolosa en 1214, y habiendo roto con su espada las fortísimas cadenas que rodeaban la tienda del Miramamolin, las tomó por armas, que son las que hoy lleva Navarra (cadenas de oro formando cruz en campo de gules). Por el casamiento de doña Juana, reina propietaria, en 1284, con Felipe el *Hermoso*, que lo era de Francia, se reunieron las dos monarquías, lo que subsistió hasta que Cárlos IV el *Hermoso* renunció la corona de Navarra en doña Juana, nieta de la anterior. Por fin despues de sangrientas guerras y disensiones intestinas, la Navarra se sometió en 1412 á los Reyes Católicos, bien que bajo la condicion de conservar sus fueros y antiguas leyes, y forma desde entonces una de las mas bellas joyas de la rica corona de Castilla. Hoy dia es Navarra una provincia de tercera clase, cuya capital es Pamplona, con audiencia, capitanía general, dos obispados, cinco partidos judiciales, (1) nueve ciudades, ciento cuarenta y cinco villas, y seiscientos cuarenta y seis lugares que forman doscientos sesenta y cuatro ayuntamientos, y cuenta de habitantes doscientos ochenta mil.

Cumplida ya la costumbre de hacer una breve reseña histórica y geográfica del pais que vamos á recorrer, continuaremos la relacion de nuestro viage. Viana es ciudad poco notable situada en una colina, y dominando una llanura, en la que pastan multitud de ganados lanar y vacuno, y que produce vino en abundancia, aceite, granos, legumbres y otros frutos. Es del obispado de Calahorra, y del partido judicial de Estella, hay dos parroquias, un hospital, un ex-convento, y los restos de un antiguo castillo de

(1) Tambien se divide Navarra en las *merindades* de Pamplona, Sangüesa, Estella, Olite, y Tudela.

la edad media, y cuenta dos mil ochocientas tres almas. Aunque Viana es de remoto origen, no abunda en recuerdos históricos como otras mil poblaciones menos importantes; sin embargo, el haber sido elegida en 1423 para capital de un principado compuesto de varios pueblos, que el rey de Navarra don Cárlos III el Noble erigió en 26 de enero del mismo año en las córtes de Olite, en favor de su nieto primogénito don Cárlos y de todos los que en adelante fuesen sucesores de la corona de Navarra, muestra la estima que de Viana hacian sus reyes. Nuestra estancia en esta ciudad fué de un dia, que pasamos sin saber que hacer, porque no llevando recomendacion ni visita alguna, no teniamos con quien hablar, mas que con nuestro posadero, hombre recio, brusco y amigo íntimo del *porron*, del que no se apartaba un instante. Sin embargo, merece aqui una honorífica mencion, pues enriqueció nuestros apuntes de viage con la siguiente historia que nos refirió, al preguntarle Mauricio á quien pertenecia un vetusto caseron desierto y herméticamente cerrado, que al frente de nuestro alojamiento, se alzaba grandioso y sombrío.

—En el mismo año que ahorcaron al rey de Francia, dijo nuestro huésped contestando á la pregunta de mi amigo.....

—Que guillotinaron, querrá vd. decir, interrumpió Mauricio.

—Para mí es lo mesmo, replicó el patron, murió don *Saturnino Peralta*, caballero escelente, y sobre todo cristiano viejo, el que no dejó hijos, porque nunca habia sido casado.

—Esa no es razon para no tenerlos, volvió á decir Mauricio.

—¿Quieres callar? le dije yo.

El posadero dió un detenido beso á su porron y continuó sin alterarse.

—La justicia tuvo que guardar las llaves de esta casa, disponer el entierro de don Saturnino, y administrar sus muchos bienes hasta saber quien era el heredero que debia ser su dueño. Asi se pasaron bastantes años, y el mismo en que se acabó la guerra de la pendencia.

—De la independencia, dijo el inexorable crítico.

—Para mí es lo mesmo, contestó el narrador, y echó un nuevo trago. Como iba diciendo, en aquel mismo año llegó aqui una señora muy *mayor*, con dos hijas hermosas como la Virgen, y tomó posesion de la casa y bienes de don Saturnino, porque justificó que era su parienta, aunque en grado muy remoto. Aquella familia dió mucho que hablar en el pueblo, lo uno porque llegaron de noche sin que nadie las viera en dos *literias*.....

—Literas querrá vd. decir.

—Para mí es lo mesmo, respondió el impasible cronista. En la una literia venia la señora, que despues se supo llamarse *doña Salomé*, con su doncella, y en la otra las dos hijas, que como llevo dicho, eran muy guapas, y

tenian de nombre ***Raquel*** y ***Esterita***, nombres de santos nunca oidos en esta tierra, bien es verdad que ellas venian de muy lejos, muy lejos, de allá, de..... Inglaterra ó América.

—¿En qué quedamos amigo, de cual de las dos partes venian las herederas de don Saturnino?

Humedeciendo otra vez su garguero con el suave licor, repitió el patron su conocida muletilla, para mí es lo mesmo, por toda respuesta.

Nosotros supusimos vendrian de la América inglesa: y aquel continuó.

—Pues señor, lo que mas chocó á los vecinos, fué que doña Salomé nunca iba á misa, es verdad que nunca salia de casa, ni nadie la veia, y solo recibia las visitas del médico; por lo que se supo que estaba enferma, pero no cual era su enfermedad. Por las criadas de la casa nunca se pudo saber nada, porque á doña Salomé no la servia ninguna otra mas que la doncella que habia traido de estrangis, y esta no hablaba cristiano. Por fin doña Salomé murió, pero tampoco pudimos verle la cara, pues el señor cura que le llevó el Viático entró solo en su alcoba sin permitir al sacristan que lo hiciera, aunque tenia buenas ganas. Cuando la llevaron á enterrar, contra la costumbre del pueblo, iba encerrada en el ataud con tres llaves, de modo que nos quedamos sin el gusto de conocerla. Poco tiempo despues, doña Raquel vimos que estaba mas encarnada de la cara que lo que acostumbraba, y al cabo de algunos meses dejó de salir de casa, se encerró en el mismo cuarto donde estaba la madre, y ya no se le volvió á ver, y corrió la voz de que se habia vuelto loca. En esto vino la guerra de don Cárlos y llegó aqui un destacamento de infanteria de las tropas de la reina, mandado por un capitan jóven y guapo mozo, que fué alojado en casa de doña Raquel. El primer dia empezó á requebrar á doña Esterita, el segundo ella le dijo que tambien le queria, en fin, á los ocho dias de estar aquella tropa en Viana, el alojado y su patroncita trataron de casarse. Ya habia venido al capitan la licencia real y ya estaba todo corriente, cuando una señorita del pueblo llamada doña Fermina, que segun decian estaba enamorada del capitan, y tenia envidia á la novia, le escribió á aquel una carta sin firma, en que le decia que todos los de la familia de doña Esterita tenian que morir de una enfermedad horrorosa y hereditaria, y que si queria convencerse de ello que entrara de pronto en el cuarto de la que llamaban la *loca*, y que lo veria por sus ojos. El capitan al principio despreció el aviso, pero luego le picó la curiosidad, é hizo lo que se le prevenia, y vió tales cosas que espantado escapó de la casa, se mudó á otra, retiró su palabra de casamiento, y dió en cortejar á la señorita del anónimo. Una noche al retirarse de la casa de esta, le dispararon un trabucazo, y dos balas le agujerearon el morrion. Otra vez, tambien despues de oscurecer, se llegó á él un pobre á pedirle li-

mosna, y al tiempo de meter la mano en el bolsillo, tiró aquel de un puñal, y le hirió en un brazo aunque ligeramente. El pobre echó á correr, pero el capitan lo cogió y vió asombrado que era la misma doña Esterita disfrazada, y tuvo la generosidad de dejarla libre. Al poco tiempo salió del pueblo el capitan, y se corrió la voz de que muriera en la batalla de Luchana. Entonces doña Esterita se volvió loca rematada; rompia los muebles, los tiraba á la cabeza de los que pasaban por la calle, queria ella misma matarse... en fin, la justicia tuvo que recogerla y enviarla á Zaragoza... para lo que el mismo alcalde con cuatro hombres robustos tuvo que entrar en la casa y todo se descubrió...

Aqui el cronista fatigado por tan larga oracion, ó impulsado por las frecuentes libaciones, se quedó dormido sobre la mesa en que se apoyaba. No pudimos menos de reirnos de este incidente, pero Mauricio mas impaciente ó interesado en la conclusion de la historia, le sacudió fuertemente en el brazo diciéndole:

—¡Eh! buen hombre, acabe vd. el cuento antes de dormirse.

—Para mí es lo mesmo, respondió bostezando el buen navarro; pero ya he dicho que todo se descubrió.

—¿Pero que fué lo que se descubrió?

—¿Pues no lo dije ya? se descubrió que doña Salomé, doña Raquel, doña Esterita, y toda su raza eran de judíos, judíos legítimos.

—¡Cómo!

—¿Pues qué, no sabe vd. *que puede haber judío sin ser gafo, pero no puede haber gafo sin ser judío*?

—Nada podemos comprender de lo que vd. nos dice.

—En verdad que es bien estraño que corriendo vds. tanto mundo como dicen, y *sabiendo tanto de letra*, ignoren que todos los *gafos* descienden de aquel judío que escupió en la cara á N. S. J. C., en casa de Pilato, y que esta espantosa enfermedad, es efecto de la maldicion que Dios le echó á toda su posteridad.

—¿Y bien, que tiene que ver?..

—Que cuando entró el alcalde á buscar á doña Esterita, vió á la enferma que ya tenia comida casi toda la cara.

—Eso es horrible, ¿y doña Fermina?

—Doña Fermina se casó con el capitan.

—¿Pues no habia muerto en la de Luchana?

—Asi se dijo aqui, pero no habia sido él, sino otro del mismo nombre.

Al dia siguiente salimos de Viana para internarnos en el pais y recorrer de él la mayor parte que nos fuese posible. A la media legua encontramos la pequeña villa de *Armañanzas*, de setenta y dos vecinos y que nada ofrece

que merezca notarse, é hicimos alto para comer en *Los Arcos*, que dista como tres leguas de Viana. Despues de visitar la villa é informarnos de sus particularidades, obtuvimos el siguiente resultado que consignamos en nuestro album. Es de antiquísima fundacion y *Ptolomeo* la da en sus Tablas el nombre de *Curnonio*. Señaladísimas mercedes obtuvo de sus reyes. Don Sancho III el de *Peñalen*, dispensó á sus moradores de tener portazgo por haberse distinguido en la batalla de Mendavia en 1067. Sancho V, el Sábio, concedió á *Los Arcos* fueros muy ventajosos en 1175, los que fueron confirmados en 1271 por el rey don Enrique el *Gordo*, que añadió nuevas franquicias y privilegios. En 1463 fué esta poblacion agregada á la corona de Castilla, aunque con marcada repugnancia de todo el reino de Navarra, por sentencia conciliatoria de Luis XI, rey de Francia, nombrado árbitro para terminar varias diferencias entre Enrique IV, que lo era de Castilla, y Juan II de Aragon y Navarra. Volvió *Los Arcos* á pertenecer á este último reino en 1753. Tiene una parroquia con advocacion de Santa María, tres ermitas, (otras dos fueron derruidas en la última guerra), un convento que fué de capuchinos, un hospital, escuela de latinidad, cinco fábricas de aguardiente y una de curtidos. La poblacion es de dos mil noventa y seis almas.—Despues de *Los Arcos* pasamos por *Sorlada*, *Urbiola*, *Villamayor* y *Azqueta* y llegamos á buena hora á la ciudad de Estella, siendo el total de nuestra jornada de aquel dia de seis leguas. Alzase esta ciudad en un ameno valle cubierto de árboles de todas clases, viñedos, y circundado de peñascos y colinas que le prestan la mas bella vista, y está dividida en dos partes por el rio Ega cruzado por dos puentes. La plaza mayor es muy notable por sus buenos edificios, entre los que sobresale la hermosa iglesia de San Juan, y sus cómodos y magníficos soportales. Despues de esta plaza, es la mejor de la ciudad la de Santiago, destinada á la feria de ganados. Las calles son bastante regulares, bien embaldosadas é iluminadas. Son las mejores la Mayor, la del Comercio y la de Santiago. Los principales edificios de Estella son: la parroquia de San Juan Bautista, fundada por Sancho el Mayor, con muy bella fachada y una altísima torre fabricada atrevidamente sobre un arco; la de *San Pedro la Rua*, que data desde el siglo XI y en donde se venera desde mas de 600 años la espalda del apóstol San Andrés (1); la es-

---

(1) En el siglo XIII fué traida esta reliquia por un obispo de Patrás, que pasando de incógnito en peregrinacion á Santiago, murió en un hospital de Estella. Habiéndole sepultado con la reliquia sobre el pecho, fué esta descubierta milagrosamente y enriquecida con multitud de indulgencias por los papas, y luego visitada por muchos reyes y príncipes, entre otros por el célebre emperador Cárlos V.

paciosa y bien construida basílica real de Nuestra Señora del *Puy* (imágen aparecida en 1082, segun los anales de Navarra) situada en una colina al Norte de la ciudad; la ermita de Nuestra Señora de *Rocamador* tambien estramuros, y muy nombrada en los fueros del reino porque «privaban fuese molestado judicialmente por deudas ningun navarro que hubiese emprendido romería para visitarla, como si fuese á Santiago, Roma ó Jerusalen,» el convento de San Francisco donde se halla establecido el ayuntamiento, escuelas, cátedra de latinidad, y el liceo y el hospital civil de Nuestra Señora, que es de bastante estension. Tambien es grande y notable la plaza de toros, construida modernamente. El paseo de *Los Llanos* es muy delicioso y pintoresco. Estella es cabeza de ayuntamiento, merindad y partido judicial, tiene seis parroquias (1), siete ermitas, tres conventos de monjas y hubo otros tres de frailes. La poblacion es de cinco mil setecientos cincuenta almas, y el número de casas de mil ciento. Estella es de orígen antiquísimo y se llamó *Gebela*, como la nombra Ptolomeo, espresando correspondia al pais de los *bardulos*. Derivase aquel nombre de la palabra hebrea *gebal*, que quiere decir *término* ó *confin*, y que corresponde á la griega *telos* ó *stelos*, de donde *Stella* ó Estella. En 1131 era de pocos habitantes y pertenecia á un caballero llamado *Fortuño Lopez*. El rey de Aragon y Navarra don Sancho Ramirez aumentó esta ciudad el año de 1090, y don Sancho el Sábio la repobló, señaló mayores términos y concedió varios fueros y privilegios en 1187. Sancho el Fuerte la cedió á don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, el cual desde aqui hacia correrías contra Castilla. En 1237 reinando Teobaldo I se reunieron en Estella córtes del reino, que fueron muy nombradas porque tenian por objeto afianzar las leyes fundamentales, y porque no habiéndose podido en ellas poner de acuerdo el rey con los caballeros é infanzones, se resolvió enviar por una y otra parte diputados al papa y conformarse con su decision. El año 1273, el niño infante don Teobaldo que se criaba en el castillo de esta ciudad, se desprendió de los brazos de su nodriza que estaba con él á una ventana, y se hizo pedazos. Los *hombres-buenos* de Estella se alzaron en 1306 en favor del infante don Luis, hijo de Felipe, rey de Francia, jurando perseguir y dar muerte á cualquier gente, principe ó rico-hombre que entrase á talar, robar ó causar otros daños en Navarra. A la muerte del rey Cárlos I, y con ocasion de la anarquía que este suceso hizo nacer en el pais (1328), los habitantes de esta ciudad secundados por muchos campesinos, acometieron la *judería* ó

(1) Una de estas se titula San Pedro de *Lizarra ó Elizarra*, que quiere decir *iglesia antigua*. La de San Miguel fué en otro tiempo fortaleza.



barrio donde moraban los judíos y asesinaron á muchos miles de estos pegando fuego á sus casas. En 1390 y cuando la coronacion de Cárlos III, protestaron solemnemente los ciudadanos de Estella porque no se les permitiera tocar y poner las manos en el escudo en que fué levantado el rey en la ceremonia de la proclamacion, segun les correspondia por costumbre antigua. En las turbulencias y disensiones que destrozaron á Navarra con motivo de la guerra entre el rey don Juan II y su hijo don Cárlos, príncipe de Viana. Estella siguió el partido de este último. Enrique IV el Impotente, rey de Castilla, en ejecucion de una sentencia compromisal, dada por Luis XI, rey de Francia, puso sitio á esta ciudad en 1463, mas la obstinada defensa que le opuso, le obligó á retirarse. El año 1475 salió de madre el rio Ega y destruyó la mayor parte de la poblacion. Cuando Navarra estaba ya incorporada á Castilla, el cardenal Cisneros mandó demoler el castillo de Estella. Durante la última guerra civil permaneció lo mas del tiempo en poder de los carlistas, y aqui en 1839 tuvo lugar el fusilamiento de los generales García, Guergué, Carmona, Sanz y el intendente Urriz por disposicion del que era entonces su compañero don Rafael Maroto. Las armas de esta ciudad son de las que llaman *parlantes*, pues consisten en una *estrella* aludiendo á su nombre. Es patria de fray Diego de San Cristóbal y don Juan Martinez Olano, escritores, y de otras personas notables. En Estella se nos refirió una leyenda que insertamos á continuacion.

Pertenecia Navarra á Francia y gobernaba á Estella en nombre de Luis X, denominado el *Hutin* ó *el Amotinado*, un noble caballero de aquella nacion que tenia por nombre *Gualtero Marigni*, hombre liviano, desleal, cruel é injusto. Apenas llegado se prendó de una ilustre dama de la ciudad, llamada doña Blanca Garcés, mas esta, enamorada desde sus primeros años de su primo *Ramiro Garcés*, denodado paladin, rehusó decididamente los obsequios continuados del gobernador, y éste desde luego buscó medios para deshacerse de su afortunado rival. Con tal objeto lo envió á París con la importante mision de entregar unos pliegos reservados al rey, y Ramiro partió inmediatamente seguido de un solo escudero. Al penetrar ambos viageros en las asperezas de los Pirineos, se vieron rodeados de una veintena de agentes de Gualtero disfrazados de bandidos. Resistiéronse desesperadamente, mas el escudero de Ramiro fué muerto y éste aprisionado, vendados los ojos y conducido á una fortaleza aislada en la que se le encerró cuidadosamente. Blanca esperaba en vano á su amante que no podia volver, y Gualtero redoblaba, aunque inútilmente, sus galanterías. Los torneos, las trovas y los saraos, se repetian sin cesar en obsequio de la bella navarra, mas ni una sola sonrisa habia endulzado la negra melancolía que oscurecia su bellísimo rostro. Un dia la dijo el desdeñado gobernador:

«He aquí nuevas de vuestro fiel caballero que acabo ahora de recibir. No era de estrañar el retraso de su vuelta.» Diciendo así, dejó sobre un taburete un pergamino arrollado del que pendia un sello de plomo, en que se veian grabadas unas armas *cimadas* de un sombrero episcopal, y dejó sola á doña Blanca. Recorrió ésta ávidamente el escrito, mas nada pudo comprender, pues estaba en lengua latina, mas en el instante hizo llamar al capellan de la casa, que lo descifró sin dificultad. Era una certificacion en debida forma en que el arzobispo de París espresaba que en la catedral de aquella ciudad habia él mismo desposado á *Ramiro Garcés*, caballero navarro, con *Isolina de Fontenay*, jóven heredera de una de las primeras casas de Francia. Blanca cayó desmayada al escuchar tan terrible relacion, y aunque convencida de la infidelidad de Ramiro, jamás quiso escuchar las importunas exigencias de *Marigni*, y la tristeza mas profunda se apoderó de su corazon. Resolvióse por fin á tomar el velo en el monasterio de San Benito de la misma ciudad de Estella, y á pesar de los ruegos y súplicas de sus parientes y amigos, se verificó la ceremonia de su entrada en el claustro con desusada y régia magnificencia. Gualtero de Marigni, aunque parecia resignado, meditaba terribles planes que pronto se vieron realizados. Una noche que la bella novicia rezaba en su celda humedeciendo con lágrimas su devocionario, se sintió de repente cogida entre los robustos brazos de dos enmascarados, que con un lienzo que apretaron á sus labios ahogaron el grito en que iba á prorumpir. Pocos instantes despues era conducida en una litera al mismo castillo donde gemia Ramiro, que privado de toda comunicacion nada sabia de Blanca desde su salida de Estella. No tardó Gualtero de Marigni en dejarse ver de su prisionera, y decirle que no saldria jamás de aquellos muros ó que seria su esposa. «Antes morir mil veces, contestó Blanca, menos me espanta la muerte que vuestra odiosa pasion, yo soy la esposa de Dios.» Así pasó mucho tiempo. Gualtero, aunque residia ordinariamente en Estella, visitaba con frecuencia á su cautiva, mas nada alcanzaba de su corazon de hierro. Tornaba una noche á la ciudad, cuando estalló de improviso la mas furiosa tormenta que le obligó á acogerse al solitario castillo, del cual se habia apartado pocos pasos. No bien atravesara el foso, cuando un rayo que cayó en el torreon que defendia la puerta principal, no solo derribó dos almenas, sino tambien incendió el edificio. Gualtero al frente de sus hombres de armas hacia los mayores esfuerzos por apagar el fuego, mas éste tomaba un incremento espantoso. Una enorme viga abrasada, al desprenderse, hirió mortalmente al pérfido caballero, que en su lecho de muerte, por alcanzar el perdon del cielo, mandó se diese libertad á Blanca y á Ramiro. Sin embargo, aquella aunque sintió todo el placer posible en volver á encontrar libre y fiel á su amante,

no consintió jamás en casarse con él por no romper los santos votos que, aunque no formalizados esteriormente, habia ya pronunciado en su corazon. Ramiro trocó su brillante armadura de caballero por el tosco sayal del ermitaño, y fué en peregrinacion á Jerusalen, de donde mas no volvió, habiéndose fijado, segun se dijo en Estella, en el hueco de una roca del Carmelo.

CAPITULO XLIX.

Alfaro.—Fitero.—Un médico celoso.

Las jornadas que hicimos en los dias inmediatos al de nuestra permanencia en Estella, si bien agradables y entretenidas, no ofrecieron ninguna particularidad digna de referirse. El primero recorrimos los pueblos de Murillo, Lorca y Ciráuqui, y fuimos á hacer noche á Puente la Reina. Desde este punto torcimos á la derecha en direccion á Peralta con ánimo deliberado de ver á Mendigorría, poblacion célebre en los anales de la última guerra civil, por la batalla que tuvo lugar en sus inmediaciones el 16 de julio de 1835 entre los carlistas al mando de Moreno, y las tropas de la reina capitaneadas por Córdova, quienes obtuvieron la victoria, á costa de una pérdida de dos mil hombres, siendo próximamente igual la de los contrarios. No lejos de Peralta, famosa por sus vinos, cuya cosecha se calcula en ochenta mil cántaros, está la *muy noble y muy leal ciudad de Alfaro*, que tambien visitamos, aunque no pertenece al territorio navarro, sino á la Rioja, y que bien merece por su importancia, y por los sucesos que en ella tuvieron lugar, que le dediquemos algunas líneas. Es su situacion en la falda de una colina bañada por el rio Alhama, y no lejos del Ebro. Su estension y poblacion fué mucho mas considerable en lo antiguo, contando hoy solamente cuatro mil ochenta y cuatro almas, que residen en mil casas, en lo general cómodas, aseadas y bien edificadas, entre las que sobresale la de ayuntamiento construida en estos últimos años, y el palacio del abad. La colegiata de San Miguel es tambien un suntuoso edificio que data del siglo XVI, y es de arquitectura dórica, tiene dos elegantes torres, cinco naves y un coro de mucho mérito. Está servida por un cabildo compuesto de un abad mitrado, dos dignidades, catorce canónigos, un vicario, cuatro racioneros, un maestro de capilla, músicos y varios dependientes. Hay además otra parroquia, varias iglesias ó ermitas, dos conventos de monjas, y

hubo tres de frailes. Hay teatro, hospital, y dos buenos paseos, y es cabeza de un partido judicial. Creen algunos que esta ciudad fué la antigua *Grachurios*. En el año 1073 ya era conocida con su nombre actual de procedencia árabe, y el famoso Cid la tomó en aquel año, y desde ella retó al conde de la Rioja Garci Ordoñez. Esperóle durante siete dias mas; el mal caballero no concurrió. El emperador don Alfonso VII amplió y fortificó á Alfaro en 1126 aumentando su poblacion con muchos cristianos. Los reyes



Trages de Alfaro.

de Castilla, Leon, Aragon y Navarra, se avistaron en Alfaro en 1208, en que arreglaron sus diferencias. Don Sancho IV, el Bravo (de Castilla) reunió córtes en esta ciudad en 1288, en las que se trataron negocios del mas alto interés. El rey pidió que don Lope de Haro, señor de Vizcaya que se hallaba presente, le devolviese los castillos y lugares que sin razon retenia, mas aquel en vez de obedecer, llamó á sus partidarios y tiró de la espada contra el monarca, accion que imitó su yerno el infante don Juan. Uno de

los soldados de la guardia de don Sancho, cortó de un tajo la mano del orgulloso Haro, y otro le quitó la vida de un golpe de maza. El infante, hirió á varios, mas hubo de sucumbir, y no evitó la suerte de su suegro, sino por la intercesion de la reina doña María de Molina, que logró aplacar á su esposo justamente irritado. Hallándose en esta ciudad en 1360 el maestre de Santiago, recibió un pliego cerrado en que don Pedro el Cruel ordenaba hiciese una revista en la que debia concurrir el frontero de Molina Gutierre Fernandez de Toledo, y que le diese muerte. Verificada la revista marchó el maestre á la posada del frontero, le mandó le entregase el mando de los castillos que gobernaba, y le participó se preparase á morir. Gutierre escribió tranquilamente una carta al bárbaro monarca castellano, en la que le daba escelentes consejos, y protestaba su inocencia. Luego, y sin murmurar inclinó el cuello sobre el tajo. Pocos instantes despues partia un mensagero en busca del rey, llevándole la carta y la cabeza del frontero. En 1437 se celebraron en esta ciudad los desposorios entre doña Blanca de Navarra, que era reputada como la primera belleza española, y el príncipe de Asturias don Enrique, llamado despues el *Impotente*. Este mismo, cuando ya era rey de Castilla, tuvo una entrevista en Alfaro en 1457 con don Juan, que lo era de Navarra, y firmaron un tratado de paz. En 1466, el conde de Fox puso cerco á esta ciudad, pero no pudo tomarla. Sus armas son un castillo y una llave.

En seguida de dejar á Alfaro pisamos otra vez la tierra de Navarra, y despues de pasar por la ciudad de Corella, y muy cerca de la ermita de Nuestra Señora del *Villar*, llegamos bastante tarde á Fitero, término aquel dia de nuestro viage. Estuvo edificada esta villa en otros tiempos en una especie de cortijo que aun lleva el mismo nombre, y que se vé al lado del monasterio, y en el cual se guarecian los habitantes de la comarca en las continuas guerras de que siempre fué nuestra patria sangriento teatro. De la situacion de este lugar en el confin de Castilla, Navarra y Aragon, provino sin duda su nombre de *Fitero* ó *Hitero*, puesto que *Hito* quiere decir *mojon ó término*. Por eso se cantaba antiguamente:

Harto era Castilla pequeño rincon
Cuando Amaya era cabeza y Fitero mojon.

En el término de esta villa está efectivamente el lindero de los reinos espresados, y se llama aquel sitio *Tres mojones*, donde segun la tradicion, comieron los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, sirviéndoles de mesa un tambor, y estando cada uno sentado en su respectivo territorio. El célebre monasterio cisterciense de Santa María de Fitero, tuvo su orígen en 1138,

en la cima del monte Yelga, no lejos de Alfaro, donde lo construyó un abad francés llamado Durando. Tres años mas adelante, á causa del clima frio de aquel sitio, trasladaron los monges su residencia á la Granja que estaba muy cerca de Yelga, donde se les habia concedido la villa desierta de *Nienzabas*, cuyas ruinas aun permanecen, y por fin en 1142, habiéndoles donado y vendido los vecinos de Fitero algunas tierras se fijaron aqui definitivamente. Fr. Raymundo, su abad, y uno de sus monges llamado Diego Velazquez, se presentaron en 1158 en Toledo al rey don Sancho de Castilla, por sobrenombre el *Deseado*, ofreciéndose á defender la villa de Calatrava amenazada á la sazon por los moros, y que hasta entonces perteneciera á los caballeros templarios que ya no se atrevian á sostenerla por mas tiempo. Aceptó el rey la proposicion, y donó la referida villa á los dos belicosos monges, que para llevar á cabo su arriesgado pensamiento, formaron una especie de milicia sagrada ú órden de caballería que fué famosa por sus hazañas, y que aun se conserva, aunque muy decaida de su pasada grandeza. La posicion de Fitero, era causa que mudase frecuentemente de dueños segun el suceso de las guerras, pero en 1373 se convinieron Cárlos II de Navarra, y Enrique II de Castilla, en remitir sus derechos sobre Fitero al cardenal Guido de Bolonia, el cual adjudicó esta villa al primero. La jurisdiccion eclesiástica y civil pertenecia al monasterio cuyo abad nombraba el ayuntamiento.

Esta poblacion se alza en una hermosa vega atravesada por el Alhama, se compone de quinientas casas, y está rodeada de huertas y olivares. El edificio mas notable es el monasterio, que es bastante estenso y tiene hermosos claustros y celdas cómodas en que se alojaban cuarenta monges que gozaban diez mil duros de renta. La iglesia parroquial del pueblo es gótica y grandiosa, fué construida por el célebre don Rodrigo arzobispo de Toledo, el historiador de España, con el objeto de sepultarse en ella, y aunque no se verificó subsiste el sepulcro. El número de habitantes es de dos mil ciento noventa almas. Muy cerca de Fitero se ven las ruinas de *Tudujen*, donado al abad Raimundo, y por cuyo señorío disputaron tenazmente los reyes de Castilla y de Navarra. Otros vestigios de antiguas poblaciones hay en estas cercanías. Como era natural fuimos á visitar los muy renombrados baños minerales de Fitero, que distan tres cuartos de legua de la poblacion, y están situados en el fondo de una cañada formada por tres montes. El edificio es nada mas que regular, se compone de dos cuerpos, y tiene cuartos para baños, fonda, capilla y demas dependencias que constituyen un establecimiento de esta clase. Comimos en la mesa redonda con los bañistas; pero mi amigo Mauricio estaba de mal humor, y hablaba poco; esto no le estorbaba sin embargo, para dirigir espresivas miradas á una viudita pam-

plonesa que tenia á su frente. Su negro y elegante trage en el que se divisaban ciertas reminiscencias de los siglos medios, su pálido y aristocrático semblante, los luengos rizos de color de ébano que rodeaban su nevado cuello... todo en fin revelaba la jóven sentimental, enamorada y romántica. Asi era en efecto. Un amable caballero que estaba á nuestro lado, y notó la amorosa enagenacion del buen Mauricio, le dijo por lo bajo sonriéndose:

—Amigo mio, me atrevo á aconsejar á vd. que no se deje arrastrar de la dulce fascinacion de los bellos ojos de Leonor... su amor puede causar la muerte.

—¡La muerte! repitió Mauricio recordando aquellos versos del Trovador.

Mi vida y mil vidas que tuviera,
Angel hermoso, te diera.

—Ruego á vd. me escuche un instante y verá como no exagero (1). Esta señorita, poseedora de un pingüe patrimonio, y descendiente de una antigua familia del pais, residia en Pamplona en compañía de su respetable mamá, durante la última guerra civil. Aunque en edad muy temprana tenia muchos pretendientes á su mano (ó á su rica hacienda), mas ella dotada de un alma poética y ardiente, rechazaba con horror aquellas prosáicas bodas, y solo aspiraba á tener un esposo romántico y valiente. No concebia que pudiese ser amado un hombre que no ciñese espada, que no cubriese su cabeza con un bruñido casco, y calzase espuela. Recayó, pues, la eleccion de Leonor en un jóven alférez de caballería del ejército del Norte, acabado de salir del colegio, y que tenia por nombre Raimundo. Sin embargo, quiso la noble dama segun la antigua usanza de los tiempos de la caballería, que su mano fuese el premio de una señalada victoria, y prometió á su amante que se verificaria su matrimonio tan luego como venciera y diera muerte á cierto temible faccioso, que acaudillaba una banda poco numerosa por las cercanías de Pamplona, y que habia saqueado é incendiado algunas de sus posesiones. Raimundo estendió su diestra sobre el puño de la espada en señal de juramento, besó la mano de Leonor, y partió. Pocos dias despues los ciegos de Pamplona publicaban en altas voces un parte recien impreso, en que se daba cuenta del brillante hecho de armas llevado á cabo por Raimundo, quien con la mitad menos de fuerza, habia derrotado y hecho prisionera la indicada banda y dado muerte á su gefe. Leia Leonor el escrito trémula de placer, y lo regaba con lágrimas de amor y de entusias-

(1) Este suceso es histórico en todas sus partes.

mo, cuando apareció de improviso su amante, y arrojó á sus pies la espada del vencido. Verificóse el suspirado desposorio á los pocos dias, y antes de seis meses Raimundo tenia ya fundadas esperanzas de obtener la dignidad de padre, y Leonor estaba mas *interesante* que nunca. Una tarde que ambos esposos se hallaban sentados sobre un rústico asiento del jardin, contemplaba aquella el antiguo escudo de armas de sus abuelos esculpido en la fachada de la casa, y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué tienes, amada mia? preguntó el enamorado esposo.

—Nada, amor mio, reparaba que bien sentaria sobre nuestro noble escudo una corona de conde, en vez del modesto yelmo de caballero que lo timbra.

—Si, bien dices, pero como...

—¡Es tan fácil, interrumpió Leonor, un título!... Si tú que eres tan valiente matases á Zumalacárregui, al hijo que vamos á tener le llamarian conde despues que á tí, y en los siglos venideros quedaria perpetuada con un recuerdo indeleble la memoria de tu hazaña.

No fué necesario mas; el ardiente mancebo volvió al ejército de que se habia separado cuando su casamiento, y en la desgraciada accion de Ormaztegui el 2 de enero de 1835, salió de las filas de su escuadron, y se dirigió en busca del célebre caudillo carlista, avistado desde lejos, con objeto de contentar el *antojo* de la bella Leonor, cuando una bala le salió al encuentro, y quedó tendido en el campo de batalla.

—¿Y ella? preguntó Mauricio.

—Ella malparió de pesadumbre, no quiso jamás abandonar el luto, erigió un sepulcro gótico á su malogrado y bizarro consorte, y en todos los aniversarios va á depositar en él una corona de siemprevivas.

—¿Y bien? dijo mi amigo, en todo eso no veo sino motivos para que Leonor me parezca mas y mas encantadora, y desde hoy voy á declararme por su amante, y cualquier sacrificio que me exija lo haré gustoso, por obtener aunque no sea mas que una sonrisa.

Yo por toda contestacion saqué el reloj y dije: es tarde, tenemos tres cuartos de legua de aquí á Fitero, y mañana hemos de madrugar para seguir nuestra correría por Navarra.

Salimos en efecto al dia siguiente, dirigiéndonos á Cintruénigo, Caparroso y á la pequeña villa de Melida, en cuyo término está el famoso monasterio cisterciense, denominado de la Oliva, que alza su robusta mole en una vega muy feraz á la ribera del rio Aragon. Las frondosas alamedas, el estenso viñedo, los olivares y ricas mieses que circundan el antiguo edificio, le dan el aspecto de lo que es en realidad en el dia, de una magnífica casa de campo. Ocho labradores con sus familias lo ocupan, desde que pasó

á ser propiedad particular. Lo primero que llama la atencion, es el palacio del abad (que era mitrado), contiguo al monasterio. Uno y otro son grandes y ostentosos, y en ellos encontraban los monges todas las comodidades posibles. La fundacion tuvo lugar en 1134, por García el Restaurador. La iglesia primitiva subsiste aun, y es de una sola nave. La nueva sirve de anejo al inmediato pueblo de Carcastillo; es muy grande y suntuosa, y fué edificada en los reinados de Sancho el Sábio, Sancho el Fuerte, y Teobaldo I, verificándose su solemne dedicacion, el 13 de julio de 1198. Entre otras particularidades que encierra, es notable un magnífico relicario, en el que se venera el cuerpo de la vírgen Santa Elena, y una primorosa sillería de nogal en el coro. Mide este grandioso templo doscientos veinte y ocho pies de longitud sin contar el presbiterio, y ochenta y ocho de latitud, y le sostienen ciento setenta y ocho columnas, y arcos de cincuenta pies. Las paredes tienen de espesor doce y medio, y el crucero ciento treinta de longitud y treinta y cuatro de latitud. La fachada corresponde al interior por su belleza y adornos. Tanto en la iglesia primitiva como en la actual, se conservaba con especial veneracion la imágen de *Nuestra Señora de la Oliva*, (llamada así por tener una rama de este árbol en la mano), pero en 1600 fué trasladada á Egea de los Caballeros. Las iglesias y monasterio ocupan un espacio de trescientas varas de longitud, y en este último hay un gran claustro cuadrado, de ciento veinte pies cada frente.

Muy cerca de la Oliva está Carcastillo, donde hicimos el alto de medio dia, villa de quinientas cuarenta y seis almas, en terreno llano á la orilla del Aragon, y confinando con el reino del mismo nombre. Varios restos de fortificaciones que rodean la villa, muestran fué de alguna importaucia en otro tiempo. Aquel dia hicimos noche en Caseda, cerca del mismo rio, sobre el que tiene un puente. Es poblacion algun tanto considerable, con mil seiscientos habitantes, una iglesia parroquial con nombre de Santa María, en la que se ven ocho retablos, mereciendo atencion el mayor ejecutado en 1581 por el renombrado escultor Ancheta, y los dos colaterales pintados en 1600 por Juan de Landa, y varias ermitas. Entre estas debe recordarse la de San Zoilo, á un cuarto de legua de distancia, que servia de punto de reunion á la hermandad fundada en 1204, para la persecucion de salteadores, y que debe su orígen á Gudesindo, obispo de Pamplona. Alonso el Batallador, rey de Aragon y Navarra, concedió en 1129 á Caseda los fueros de Daroca y Soria, y añadió varios privilegios. En 1263 el concejo de esta villa cedió el patronato de su iglesia al rey Teobaldo II. El castillo de Caseda y sus dependencias, fué donado en 1431, por don Juan II, á Martin Martinez, y en 1462 por el mismo monarca, á mosen Lope de Vega. Tambien perdonó á la poblacion ciertas cantidades que adeudaba á la corona,

en recompensa á sus leales servicios, la hizo *buena villa* con voz y voto en córtes, y la concedió nuevas franquicias. Las armas consisten en un yelmo con dos estrellas á los lados, y encima un castillo con su bandera desplegada. Una curiosa y terrible historia se nos refirió en Caseda como sucedida allí, y de que no debemos privar á nuestros lectores.

Corria el último tercio del siglo XV, y era señor del castillo y villa de Caseda, *el muy noble y valiente caballero mosen Fernando de Alvarado*. Habíase distinguido por sus proezas en la guerra de Nápoles á las órdenes del famoso Alfonso V, rey de Aragon, y Juan II hermano de éste, que reuniendo á aquel reino el de Navarra, recompensó á mosen Fernando con el rico dominio de Caseda. Habia éste traido de Italia un famoso médico, anciano doctor de la universidad de Pádua, llamado *Octavio de Orsini*, al cual mas bien que como asalariado, miraba el señor de Caseda como particular amigo, pues le debia la vida, que de resultas de sus heridas hubiera perdido, á no haber sido salvado por él. Un dia el alcalde, acompañado de dos jurados, presentó al señor feudal un largo pergamino para que se dignara trazar en él su firma, y autorizarlo con su sello. Era una sentencia de muerte contra una bellísima jóven, que tenia por nombre Engracia, acusada de *judaizante*, y que pertenecia á una familia de *cristianos nuevos*. Mosen Fernando de Alvarado firmó y selló sin titubear, y fijó la ejecucion de la sentencia, que debia ser en la hoguera, para la tarde del dia siguiente. En efecto, llegada la hora fatal, se veía un rico repostero recamado de oro, y en el que estaba bordado el escudo de armas del señor, cubriendo el principal balcon del castillo, y al frente, en la espaciosa esplanada, una gran pira formada por maderos cruzados unos sobre otros, y de entre los que sobresalia un alto poste ó columna de piedra, rodeado de cadenas de hierro, al que debia sujetarse la víctima. Al pie de la pira, que estaba cercada de soldados, se veía un hombre de formas atléticas, de torba mirada y siniestro aspecto, con una tea encendida en la mano, que era el sayon señorial, y á pocos pasos una especie de galería alta, que ocupaban el alcalde y los jurados, que debian presenciar la ejecucion. Dejóse ver mosen Fernando de Alvarado, acompañado de Orsini, en el balcon que antes mencionamos, y á los pocos instantes, un murmullo de la multitud, anunció la llegada de la infeliz Engracia. Marchaba ésta á la muerte con paso tardío, sus negros ojos desencajados derramaban un torrente de lágrimas, y la vida parecia iba á abandonarla antes de llegar al sitio fatal. Al pasar rodeada de su fúnebre comitiva por bajo el balcon, dirigió una mirada de súplica, y que encerraba un tesoro de dolor incomensurable, al doctor Octavio. Aquella mirada encendió instantáneamente en el helado corazon del anciano la llama mas devoradora que existió jamás. Arrojóse á los pies de Alvarado y le gritó:

—¡Señor, gracia para esa muger!..... dádmela, y pedidme en cambio mi vida.

—¡Doctor, qué decís!

—¡Oh no me negueis su perdon!... recordad que á no ser por mí, hubierais muerto en Italia de vuestra última herida!

Habia tanta verdad, tanto fuego en las súplicas de Orsini, que mosen Fernando hubo de acceder á su repentina demanda, y estendió su lienzo blanco gritando: ¡perdon! ¡perdon!

Estas voces de consuelo llegaron al oido de Engracia cuando ya el verdugo rodeaba su delicado talle con la gruesa cadena, y no pudiendo soportar la terrible transicion de la muerte á la vida, perdió los sentidos. Octavio Orsini penetró por entre la multitud, cual el impetuoso torrente que se desgaja de la montaña al valle, desató con robusta mano los hierros que aprisionaban á Engracia, la cogió en sus brazos, y corrió rápidamente al castillo donde se encerró en su aposento con su preciosa carga.

Pocos dias habian pasado despues de este suceso, cuando Orsini pidió á mosen Fernando licencia para casarse con su vasalla Engracia. Otorgósela aquel asombrado al ver á un decrépito anciano poseido de una pasion amorosa tan ardiente, y quiso ser el padrino. Verificáronse los desposorios con toda la pompa de la época, en la capilla del castillo: hubo saraos á los que concurrió la mayor parte de la nobleza navarra, trovadores provenzales, músicos de Italia, fuegos de artificio y lidia de toros.

Vivia feliz Orsini con su bella esposa, cuando un su doméstico que trajera de Nápoles, y en quien tenia depositada toda su confianza, vino á anunciarle la mas terrible nueva. Mosen Fernando amaba y era correspondido de Engracia, á la que veia todas las tardes en un cenador del parque, cuando aquel figuraba ir á la caza, y en tanto el deshonrado esposo se entregaba con ardor á sus estudiosas tareas. Apenas podia Octavio Orsini dar crédito á tan horrible traicion, y resolvió convencerse por sus ojos. Verificóse esto en la tarde siguiente, en que oculto entre el ramage del cenador indicado, oyó el coloquio de los adúlteros, que estaban muy agenos de sospechar eran espiados. Orsini sin embargo tuvo bastante valor para ocultar su rabia, con objeto quizás de preparar mejor la venganza.

Conversaban cierta noche tranquilamente el señor de Caseda, Engracia y Octavio, cuando un mensagero desconocido que se anunció como enviado del rey don Juan II, puso en sus manos un escrito que solo contenia estas palabras: «El rey á mosen Fernando de Alvarado, señor del castillo y villa de Caseda, salud. Tan luego recibais estas mis letras, os pondreis en camino secretamente, y acompañado tan solo de un escudero, y vendreis á encontrarnos á esta nuestra buena ciudad de Pamplona, donde os

confiaremos una delicada mision muy importante al servicio de Dios y de nuestra corona real.» Escusado es decir que mosen Fernando se dispuso á marchar inmediatamente, y habiéndose ofrecido Orsini á acompañarle, no quiso llevar consigo ningun otro servidor. Al llegar ambos viageros á un espeso bosque se vieron de improviso rodeados por seis bandidos enmascarados, que á pesar de la desesperada resistencia que intentó oponerles Alvarado, se apoderaron de uno y de otro, y los condujeron al interior de una caverna que habia en el corazon del bosque. Aquí Orsini depuesto ya todo disimulo, y ébrio con el placer de la venganza, dijo á mosen Fernando que el escrito del rey era fingido para atraerlo solo á aquel lugar retirado; que los seis bandidos no eran sino seis amigos suyos, interesados en el desagravio de su honor, y que iba á morir en aquel instante. No dió tiempo Octavio Orsini á que mosen Fernando articulase una sola palabra, pues al acabar de hablar, le hirió con su puñal en la garganta, y cayó al suelo envuelto en su sangre. Saboreó con placer el implacable viejo hasta el último instante, la dolorosa agonía de su rival, y luego no satisfecha su venganza, abrió el cadáver, sacó el corazon que daba su último latido, y lo guardó cuidadosamente en una bolsa de cuero. Despues continuó, sin duda para hacer observaciones quirúrjicas, sajando aquel cuerpo muerto con su agudo puñal, en varias partes... Volvió Orsini al castillo, salióle á recibir Engracia con las mayores muestras del mas puro cariño, y él por su parte disimulando tambien el furor que le devoraba, abrazó á la pérfida esposa y la dijo, que apenas llegado á Pamplona con Mosen Fernando, habia dado la vuelta para volar á su lado, y celebrar juntos al dia siguiente, el primer aniversario de su dichosa union. Al efecto dispuso un gran banquete al que asistieron varios nobles del pais inmediato. A uno de estos llamó la atencion un cierto objeto, cubierto con un paño de seda rojo, que dos criados colocaron cuidadosamente en un ángulo del salon; mas Octavio Orsini le dijo era un presente con que pensaba sorprender agradablemente á su esposa despues de la comida. Reinó en esta la mayor alegría, y á los postres sirvieron cierta especie de jaletina, en tantos platos como convidados habia. El destinado para Engracia se distinguia de los demás, por una cifra de confitura en que se leía su nombre, galantería que fué celebrada por todos. En seguida hizo traer Orsini el objeto encubierto de que hablamos antes, que era un largo cajon, del que entregó la llave á su esposa; fué ésta á abrirlo gozosa, y retrocedió dando un espantoso grito. Todas las miradas se dirigieron al fondo de la caja misteriosa, y descubrieron con horror un esqueleto, que en sus manos recientemente descarnadas, tenia un pergamino en el que se leía en abultados caractéres:

«Yo fuí mosen Fernando de Alvarado.»



Orsini con infernal sonrisa dijo entonces á Engracia: «Mírale, infame adúltera, mírale y emplea en esa agradable ocupacion, los pocos momentos que te restan de vida, pues acabas de comer el corazon de tu cómplice, preparado por mí con una activa ponzoña que te hará morir con horribles dolores.» Dicho esto desapareció Octavio Orsini, y no se le vió mas; se dijo habia vuelto á su pais. Inútil es añadir que Engracia murió en efecto pocos momentos despues.

CAPITULO L.

Leyenda de Sancho Abarca.—Roncesvalles.—Pamplona.

Sangüesa es poblacion antigua y de orígen desconocido; estaba situada en lo primitivo donde hoy la pequeña villa de *Rocaforte*, que se llamó tambien *Sangüesa la Vieja*. Era allí una de las fortalezas que defendian la frontera de Navarra contra los aragoneses. En 1054 fué donada en rehenes por el rey Sancho III, el de *Peñalen*, al de Aragon don Ramiro I. Sancho Ramirez la dió fueros, y su hijo Alfonso, *el Batallador*, la trasladó al sitio que hoy ocupa, pero conservando algunos habitantes en el antiguo. Los fueros y franquicias de Sangüesa fueron aumentados en 1298 por Felipe el *Hermoso*, y en 1307 por Luis *Hutin*. A este mismo escribieron los habitantes de Sangüesa una carta el 22 de agosto de 1312, en que le participaban que el ejército del rey de Aragon estaba cercando á Pitilla, pero que se ofrecian á marchar á su socorro, con tal que los enviase algunos soldados de refuerzo, lo que Luis verificó. Tambien derrotaron los moradores de Sangüesa á los aragoneses en el vado de San Adrian, apoderándose en esta jornada del pendon real, por lo que esta ciudad cambió sus antiguas armas, que consistian en castillo en campo de plata, en los cuatro *palos* de gules de Aragon, á los lados las letras *S A*, y al timbre corona real. Una inundacion del rio Aragon destruyó en 1330 la mayor parte de la ciudad, desastre que se repitió en 1431 y en 1787. De Sangüesa habia salido la reina doña Juana Enriquez en 1452 á encontrar á su esposo don Juan II, cuando se sintió acometida de los dolores de parto, y dió á luz en Sos, al célebre Fernando el Católico. Tambien figura Sangüesa en la historia moderna, pues en sus cercanías consiguió Mina el 11 de enero de 1812, un señalado triunfo contra los franceses, y en la última guerra sostuvieron en ella una accion los caudillos carlistas Manolin y el Rojo de San Vicente.

Aquel dia pasamos por Liedena (1), pequeño lugar de sesenta y ocho casas, y dejando á nuestra derecha el rio *Salazar* dormimos en Lumbier, antigua capital de los pueblos *Ilumberitanos*, que menciona Plinio entre los que estaban sujetos al convento jurídico de Zaragoza. Fué repoblada esta villa por Sancho el *Fuerte* y Teobaldo I, que la concedieron fueros. Ocupa una montaña entre los rios *Irati* y *Salazar*, tiene un monasterio de benedictinas, una parroquia con nombre de la Asuncion de la Vírgen, cuatro ermitas, dos paseos con árboles y trescientas cuarenta casas habitadas por mil seiscientas personas. A tres cuartos de legua de Lumbier y al terminar la garganta de *Foz*, habia entre dos peñascos un atrevido puente que cruzaba el Irati, llamado puente del *Diablo* y despues de *Jesus*, que dirigia á Jaca, y fué cortado por el general Mina en la guerra de la Independencia.

Lumbier pertenece al valle de Aibar que comprende muchas poblaciones y está rodeado de una sierra altísima en cuyo centro se ve la villa capital del mismo nombre. Pertenecen á este valle algunas leyendas históricas, entre las que no debe pasar olvidada la del célebre Sancho Abarca. Cuentan que su padre García Garcés ó García Iñiguez, como le llaman otros, tuvo en el valle de Aibar una reñida batalla con los moros, en la que despues de combatir valerosamente cayó traspasado de heridas. Su varonil esposa, doña Urraca, que se hallaba en cinta y le acompañaba en esta jornada, fué tambien muerta de un golpe de lanza, quedando su cuerpo en el campo de batalla. A la sazon acertó á pasar un noble paladin, llamado Sancho de Guevara, y viendo al infante que sacaba el brazo por una de las heridas de la madre, acordó de abrir el vientre y sacar el niño (2). Llevósele el buen caballero á su castillo, donde le educó secretamente disfrazado de pastor, hasta que cumplidos diez y nueve años lo presentó á las córtes que lo aclamaron rey. Hízose Sancho digno de este título, pues fué uno de los guerreros mas célebres de su tiempo; estendió por todas partes los límites de su pequeño reino y pasó los Pirineos para conquistar la parte de Vasconia, que obedecia á los reyes de Francia. En tanto los moros penetraron en Navarra, llegando hasta cerca de Pamplona. Don Sancho, no obstante lo crudo de la estacion en lo mas rigoroso del invierno, voló á socorrer su capital, y para que los soldados pudiesen trepar por los puertos cubiertos de nieve, los hizo calzar *abarcas*, motivo por el que se dió á este soberano el nombre de *Abarca*. Retiróse por algun tiempo al monasterio de

---

(1) Aquí hay una barca para pasar el rio Irati.
(2) Mariana, libro VIII, cap. IV.

Leyre y despues de un glorioso reinado murió en la batalla de Gollanda, peleando cuerpo á cuerpo con el famoso conde de Castilla, Fernan Gonzalez.

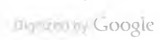
Al despuntar la aurora del siguiente dia montamos á caballo y nos dirigimos al célebre monasterio cisterciense de San Salvador de Leyre, tan renombrado en las crónicas navarras. Está situado en un desierto solo poblado de árboles, á la falda de una áspera montaña, erizada de peñascos colosales que forman parte de la sierra de Leyre, aunque á bastante altura para descubrirse un bellísimo paisage salpicado de multitud de pueblos y fertilizado por el Aragon. El orígen del monasterio es remotísimo; mas habiéndose incendiado hace largos años el archivo, se ignora á punto fijo la época de su creacion. Creese, sin embargo, del tiempo de los godos; algunos escritores respetables señalan el año 560 y añaden otros que fué reedificado por el célebre Iñigo Arista, verdadero fundador del reino navarro. En el siglo IX el mártir y escritor San Eulogio, presbítero cordobés, visitó este monasterio. En él tomó la cogulla (segun tradiciones y privilegios antiguos) un tal *Fortun*, hermano mayor de *Sancho Abarca* y que reinó en Sobrarbe ó Navarra antes que éste, y en 1023 un concilio celebrado en Pamplona y presidido por el rey Sancho el *Mayor*, acordó que todos los obispos de aquella iglesia fuesen elegidos de entre los monges de Leyre. En el año de 1236 ocuparon este monasterio los cistercienses en vez de los benedictinos, y fué el primer abad de aquellos, don Domingo de Mendavia. Subsiste un necrologio redactado en el Leyre el año de 1074 en el que se espresan los nombres de los personages y nobles alli sepultados. La predileccion de los reyes y su devocion por este antiguo asilo de tantos hombres grandes, acumuló en él muchos privilegios y grandes riquezas. Tenia Leyre señorío sobre cincuenta y ocho pueblos y setenta y una iglesias y monasterios, y cuando la supresion de los regulares aun poseia considerables rentas. Lo material del edificio, que muy en breve se convertirá en un monton de escombros, como producto de repetidas renovaciones, es de escaso mérito. Sin embargo, la iglesia es digna de consideracion y hay en ella varios objetos notables, como son el altar mayor, el arca de marfil que custodia los cuerpos de las santas mártires Nunila y Alodia, cubierta de inscripciones arábigas y relieves que representan una cacería. Otra arca en que está el de San Virila, abad del monasterio de Samos en Galicia, y despues de Leyre, y el panteon real compuesto de cuatro urnas de madera con inscripciones que espresan estar alli los restos de *Sancho Garcés*, *Jimeno Iñiguez*, *Iñigo Arista*, *García Iñiguez*, *Fortun VIII*, *Sancho Abarca*, *Garcia Sanchez*, *Sancho García*, *García Sanchez*, *Ramiro XIII*, *Andrés Príncipe*, *Martin Phebo Príncipe* y siete reinas. Debemos advertir que muchos de estos nombres son del todo desconocidos en la historia.

Visto el monasterio de Leyre dimos espuelas á nuestros corceles y llegamos á la hora de comer á Navascues, poblacion que nada ofrece de notable. Despues de un pequeño descanso seguimos la ruta pasando sin detenernos por los lugares de Aspurz, Iziz, Gallices, Gorce y Sarries, y llegamos bien entrada la noche á Esparza, villa del valle de Salazar, rendidos de una jornada tan larga y calados hasta los huesos, pues tuvimos la buena fortuna de que no cesára de llover en todo el dia. Antes de Esparza habiamos dejado á nuestra derecha el famoso valle del Roncal (1), y desde esta poblacion nos dirigimos á Oronz, Escaroz y Ochagavia. Aqui torcimos un poco á la izquierda y entramos bien pronto en el valle de Aezcoa, célebre por hallarse en su territorio el sitio de Roncesvalles á donde llegamos temprano, poco cansados y con mejor tiempo que el dia anterior.

No hay nadie que desde la niñez no haya oido hablar mil veces de este famosísimo sitio, el mas nombrado quizás de toda nuestra España; de la célebre batalla que en él tuvo lugar, de Roldan y los doce pares de Francia, de Bernardo del Carpio, y de todo el acompañamiento de guerreros, caballeros y peones, pages, escuderos y hasta gigantes, hechiceros y encantadores de que tanto han abusado los poetas malos y buenos desde tiempo inmemorial hasta hoy. Dejaremos primero hablar á la historia y daremos luego lugar á la poesía.

Corria el año 778, cuando el gran emperador Carlo-Magno penetró por este desfiladero en el terrritorio español, con objeto de apoderarse de Zaragoza, y aumentar su vasto imperio con todo el pais comprendido entre los Pirineos y aquella ciudad, que le habia prometido su walí Soleiman Ibn-el-Arabi. Los independientes y belicosos vascones, aliados de Carlo-Magno, miraron con temor amenazada su amada libertad, y los ambiciosos proyectos del orgulloso caudillo de los francos y germanos, y juraron vengarse. No habiendo logrado aquel lo que intentaba, por haber faltado á su promesa el gobernador árabe, se retiró despechado con su hueste, saqueando á su paso las poblaciones, ya perteneciesen á los moros, ya á los cristianos, y desmantelando las plazas fuertes como Pamplona. Cuando tocaba los limites de Francia cargado de ricos despojos y preseas, los vascones que le aguardaban emboscados en los desfiladeros de Roncesvalles, arrojaron sobre su hueste grandísimas rocas, la acometieron con indecible furor, y le causaron la mas horrible matanza. La retaguardia especialmen-

(1) En las montañas de Navarra se dá el nombre de *valle* á una division de terreno que comprende varias villas y lugares, cuyos alcaldes forman una junta ó ayuntamiento. Es una organizacion semejante á los *concejos* de Asturias.



te, quedó del todo destrozada, y se contaron entre los muertos los principales caudillos del ejército francés. Los mas notables fueron, ***Orlando, Rolando, Hurodlando*** ó ***Roldan***, (que con todos estos nombres es conocido), conde ó prefecto de la marca de Bretaña, y gefe aquel dia de la retaguardia; Eginhardo, prepósito de la mesa del rey; Anselmo, conde del palacio, etc., etc. Treinta y cuatro años despues, Luis el Benigno, hijo de Carlo-Magno, invadió la Navarra por Roncesvalles, y al volver á Francia por este mismo punto, quisieron repetir en él los montañeses la pasada hazaña; pero Luis el Benigno, tomó varias precauciones, como fué esplorar el desfiladero y los valles cercanos, y apoderarse de todas las mugeres y niños de los habitantes, colocarlos en el centro de su ejército, y en fin, mandar ahorcar á uno de sus caudillos, y transitó libremente. A últimos del año 823 ***Eblo*** y ***Asenario***, condes de las marcas de Vasconia por el rey de Aquitania, entraron tambien por Roncesvalles con numerosas fuerzas, pero al retirarse sufrieron un horrible destrozo en el célebre desfiladero, por los naturales auxiliados en esta ocasion por los moros, quedando ambos condes prisioneros. Estos repetidos triunfos dieron lugar á que los valientes reyes de Navarra mirasen con predileccion á Roncesvalles, en donde construyeron varias iglesias. La principal fué la de Santa María, fundada por Sancho el Fuerte para enterramiento suyo y de sus descendientes; y en la cumbre del monte, cerca de una capilla llamada de ***Carlo-Magno***, edificó tambien un hospital dotado magníficamente, para recoger los enfermos y hospedar los peregrinos. Todos los reyes sucesores de Sancho el Fuerte, continuaron enriqueciendo á la renombrada iglesia de Santa María, y le concedieron el señorío del pueblo de Roncesvalles, que fué incendiado el año 1400. Gaston, conde de Foix, pretendiente á la corona de Navarra por los derechos que á ella tenia su esposa doña Leonor, murió en Roncesvalles el año 1472, y en el de 1559 llegó la reina doña Isabel de la Paz, que venia de Paris acompañada del duque de Vandome y del cardenal de Borbon, y fué recibida en este pueblo por el duque del Infantado, el arzobispo de Toledo, y otros personages. En 1813 Soult á la cabeza de treinta y cinco mil hombres, atacó á Roncesvalles que defendian los generales ingleses Cole y Bying, que se vieron precisados á retirarse.

El señalado triunfo sobre las tropas de Carlo-Magno, es el mas célebre recuerdo de Roncesvalles, y existen mil romances en que se describe la muerte de Roldan, que fué ahogado por Bernardo del Carpio, porque, segun las leyendas, estaba encantado, y no podia ser herido sino en el pie que llevaba muy resguardado; la del famoso Oliveros, y los otros diez pares de Francia, y la del gran paladin Durandarte, en los brazos de Montesinos, su primo, á quien pidió que le arrancase el corazon y lo llevase en

prenda á su amada Belerma. El arzobispo Turpin acompañaba á Carlo-Magno, y era su cronista, y describió prolijamente esta batalla que se perdió por la traicion del conde Galalon que estaba en inteligencia con los moros.

El erudito P. maestro Sarmiento al hablar de este suceso histórico, se lamenta de que nuestros poetas solo se acordasen de celebrar las hazañas de los paladines franceses, y olvidasen las de los españoles en aquella famosa jornada, y refiere un cantar que dice haber oido á las mozas de calle de su pueblo:

Cantan de Roldan
Y cantan de Olivero,
Y no de Farropin
Que fué un gran caballero.

Cantan de Olivero
Y cantan de Roldan,
Y no de Farropin
Que fué un gran capitan.

En Roncesvalles observamos como en Covadonga, que la memoria de la batalla se conserva viva entre los descendientes de los valientes que en ella pelearon; mas aquí tienen tambien una hermosa cancion libre y guerrera que se oye en boca de los montañeses de una y otra parte del Pirineo, y que data del siglo X. Su título es *Altabizaren Cantua* (1), y puede verse original en idioma *euskaro* ó vascongado, en la coleccion de Mr. Francisco Michel, página 226.

El lugar de Roncesvalles está situado al pie del Pirineo, á un cuarto de legua de su cumbre, en el desfiladero que lleva su nombre por donde corre el camino que conduce de San Juan de Pie de Puerto á Pamplona, y en una reducida planicie circundada de cerros de mediana altura. Se compone solamente de treinta y cuatro casas que forman dos calles y una plaza: tiene aduana terrestre de primera clase, y ochenta y nueve habitantes. El único edificio que merece atencion, es el santnario de Nuestra Señora, que tiene los títulos de *Real casa é insigne colegiata de Roncesvalles*. Es de patronato real, y en lo eclesiástico depende solamente del papa. Está servida por un prior que tiene uso de pontificales, y jurisdiccion *cuasi nullius*, y que lleva además de aquel dictado el de *gran abad de Colonia*, doce canónigos, seis racioneros, y varios cantores y otros dependientes. Tanto el prior como los canónigos, ostentan en el costado izquierdo una cruz de terciope-

(1) *Altabizaren* es el nombre del cerro que domina á Roncesvalles.

lo verde en forma de espada, y una venera de oro con la misma cruz, como enseña de la antigua órden de caballería de *Roncesvalles*, de la que son en el dia los únicos caballeros, aunque fué muy numerosa en otros tiempos, y que poseía muchos castillos y tropas. Segun las piadosas tradiciones del pais, la imágen de la Vírgen de Roncesvalles apareció en una fuente que lleva su nombre, muy cerca de la que se erigió la primitiva iglesia destinada hoy á otros usos, y allí permaneció la efigie hasta que Sancho el Fuerte construyó la actual. El sepulcro en que están los restos de este rey y de su esposa doña Clemencia, es de jaspe con los bustos de ambos bien trabajados, y está situado en el presbiterio. Tiene por adorno dos trozos de las cadenas que aquel rompió con su espada en las Navas de Tolosa, glorioso trofeo de su valor. En la sacristía, que es de moderna construccion, vimos varios relicarios bastante raros, en especial uno en forma de tablero de ajedrez, que contiene una reliquia en cada una de sus treinta y dos casillas; algunos efectos del pontifical del famoso Turpin, arzobispo de Reims; el libro con cubiertas de plata, en que el prior de Roncesvalles tomaba el juramento de los reyes de Navarra, y otros muchos libros y objetos antiquísimos. Tambien posee la colegiata una numerosa y escogida biblioteca, entre cuyas curiosidades debe contarse un ejemplar de la filosofia de Confucio, escrita en letras chinescas (1). Despues de la histórica colegiata visitamos la basílica de *Sancti Spiritus*, que se alza sobre la gran fosa en que fueron sepultados los paladines de Carlo-Magno, y que hoy suele servir de cementerio; la de *Ibañeta*, que está en la cima del collado del mismo nombre, un cuarto de legua de Roncesvalles en el camino de Valcarlos, casi arruinada, y la de Santiago tambien derruida en su mayor parte.

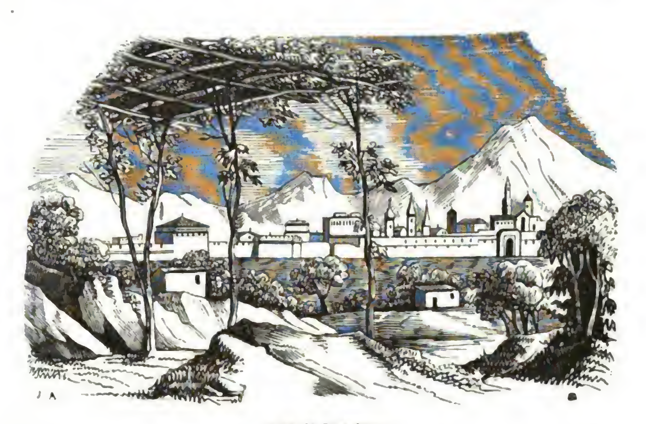
Al dia siguiente salimos con direccion á Pamplona y pasamos por Burguete, villa compuesta de cincuenta y ocho vecinos, y cuyas casas tienen los techos de tablas; Espinal que está á la falda de los montes Alduides, y que consta de treinta y cuatro casas; Idoyeta, y Ostairaz, lugares muy pequeños en terreno escabroso, y en fin, por Urdaráz y Larrasoaña, donde pernoctamos. Esta última es una villa que ocupa el centro del valle de Esterribar, en una llanura á la derecha del Arga, rio que habíamos vuelto á encontrar. Fué edificada el año de 1212, célebre en los anales de España,

---

(1) Roncesvalles es uno de los santuarios que estuvieron en mas devocion en la edad media, ocupando el cuarto lugar en la cristianidad, (primero Jerusalen, segundo Roma, y tercero Santiago). Fué visitado por multitud de peregrinos, entre los que se cuentan muchos reyes y reinas. Una de estas fué Santa Isabel de Portugal, que regaló á la Vírgen un manto bordado por ella misma que aun se conserva.

por haberse dado en él la famosa batalla de las Navas de Tolosa, y en ella se reunieron córtes en febrero de 1329, para acordar el modo y forma en que los reyes doña Juana y don Felipe III debian prestar juramento al subir al trono. Tambien hubo en Larrasoaña antiguamente un monasterio dedicado á San Agustin, á cuyo abad, llamado don Aznar, fué encomendada por el rey don Sancho el de Peñalen, la educacion de su hija doña Urraca. A pesar de estos nobles recuerdos, Larrasoaña, está en el dia reducida á veinte casas en que habitan ciento cincuenta personas. Tiene una iglesia parroquial con la advocacion de San Nicolás, dos ermitas con las de San Blas y Santiago, y es anejo de la primera la basílica de Odoy.

Partimos á las ocho de la mañana, y despues de encontrar á nuestro pa-



Vista de Pamplona.

so los pequeños lugares de Anchoriz, Zabaldica y Arre, llegamos á Pamplona muy temprano, y antes de la hora en que solíamos hacer nuestra comida de medio dia.

El bello aspecto de esta ciudad, su aseo y policía nos llamaron desde luego la atencion agradablemente. Su situacion es al terminar la falda de os Pirineos en el centro del reino, y en la ribera izquierda del Arga, y en un llano llamado *la Cuenca* circundado de montes. Es Pamplona de las ciudades mas antiguas de España, y edificada en los tiempos que salen del

dominio de la historia. El célebre Pompeyo la engrandeció y mejoró considerablemente, cambiando su antiguo nombre, hoy desconocido, en el de *Pompeyo-polis*, ó *ciudad de Pompeyo*. El rey godo Eurico se hizo dueño de esta poblacion en 466, pero adicta á los romanos, se segregó pronto de la dominacion de aquel. Tambien perteneció momentáneamente á los reyes francos Clotario y Childeberto, que se habian apoderado de ella el año 552. Rindióse á los moros en 738, y en 750 los pamploneses degollaron la guarnicion que estos habian dejado, y recobraron su independencia, poniéndose bajo la proteccion y amparo de Carlo-Magno. Este abusando de su preponderancia y relaciones en el pais, quiso arrebatarle del todo su amada libertad, pero encontró siempre la mas decidida oposicion, así tambien como los moros y los reyes de Asturias. Cuando aquel renombrado emperador franco, marchó con su ejército sobre Zaragoza, atravesó esta comarca, y á su regreso destruyó las murallas de Pamplona con objeto de castigar la ciudad rebelde al yugo, á que sin razon intentaba sujetarla. El célebre Garsea-Eneco, ó sea Iñigo Arista, despues de vencer en varios encuentros á los moros, logró fijar su residencia en Pamplona, pero á su muerte cayó esta ciudad, aunque por poco tiempo, bajo la dependencia de los reyes de Oviedo. Sancho Garcés Abarca, hizo en 905 á Pamplona córte de un reino del mismo nombre (que era el de Navarra), y despues cedió su señorio y el de todo su término á la iglesia de Santa María. Los reyes sucesores de Sancho Abarca, con objeto de aumentar mas y mas la importancia y poblacion de Pamplona, edificaron varios burgos ó barrios, cada uno con su fuero y jurisdiccion especial. El mas notable, y que disfrutaba de mas franquicias y privilegios, era el que habitaban los antiguos moradores del pais, llamado *Navarrería*. Don Alfonso I el Batallador, rey de Aragon y Navarra, formó otro con franceses el año 1129, y le dió el fuero de Jaca. Cuatro burgos ó poblaciones distintas componian la de Pamplona el año 1213, y eran la Navarrería, San Nicolás, San Saturnino y San Miguel, cuyos respectivos habitadores solian estar divididos y en guerra unos con otros. Sancho el Fuerte de acuerdo con el obispo, otorgó para tranquilizarlos ciertos fueros y medidas convenientes, entre otras esta que manifiesta el espíritu caballeresco de la época: «Que si ocurriese enemistad que durase una noche y un dia, ninguno de los enemistados se hiciese daño hasta desafiarse delante de ocho hombres honrados, dos de cada poblacion (ó barrio), y que antes del duelo pasasen diez dias: si en este intermedio matare ó hiriere el uno al otro, fuese preso como traidor y pagase mil sueldos de multa.» Aun se renovaron estos funestos disturbios en 1222, resultando muertes é incendios, pero tambien el rey y el prelado las pacificaron. El año 1271 el rey Enrique el Gordo juró guardar los fueros de Pamplona, y el de 1277 fué que-

mado el burgo de la Navarrería por un ejército francés, á causa de haberse pronunciado en contra de la reina doña Juana, y no volvió á reedificarse hasta 1321. Cárlos I dispuso en 1336, que los judíos que entonces vivian mezclados con los cristianos, morasen en una judería ó barrio aparte, que se fundó á propósito cerca del puente de la Magdalena. Cárlos III de Navarra todavía encontró á Pamplona dividida en tres partes, la *Navarrería,* la *Poblacion* y el *Burgo*, y juntó en una sus tres jurisdicciones el año 1423, al mismo tiempo que se celebraban córtes en esta ciudad. El 24 de julio de 1512, entró en ella el duque de Alba, general de Fernando el Católico, el cual hallándose en Logroño en el mismo año, confirmó á Pamplona todos sus fueros y privilegios. Juan de Labrit se hizo dueño del castillo de esta ciudad en 1521, cuando apoyado por la Francia intentaba reconquistar el trono de sus abuelos. Entonces defendiendo aquella fortaleza á nombre de los Reyes Católicos, el valiente capitan don Ignacio de Loyola, que despues fundó la célebre compañía de Jesus, fué herido de una bala de cañon. El general D'Armagnac que lo era de Napoleon, se apoderó por sorpresa y alevosamente de la plaza y ciudadela en 1808. Derrotadas las tropas que mandaba el intruso rey José, en la batalla de Vitoria, se acogieron (con él) á Pamplona, donde permanecieron pocos dias. Fué despues sitiada la plaza por el conde de La Bisbal y don Cárlos España, y volvió al poder de las tropas españolas. Desde entonces el suceso mas notable ocurrido en Pamplona es la sublevacion militar de 1841, contra el regente del reino, duque de la Victoria, á cuyo frente estaba el general O' Donnell, que se hizo fuerte por algun tiempo en la ciudadela. Las armas de la ciudad consisten en un leon rampante, orlado de las cadenas de Navarra y timbrado de una corona. Es patria de muchos personages de nombradia, entre los que merece honrosa mencion Martin de Ezpilueta.

Pamplona es la capital del antiguo reino de Navarra, ahora provincia del mismo nombre; de una capitanía general; tambien de una merindad, que era la primera; de un partido judicial que comprende una ciudad, veinte y nueve villas, doscientos sesenta y dos lugares y cuatro palacios, que forman ciento ocho ayuntamientos, y veinte y dos valles, y de un obispado de bastante estension compuesto de una iglesia catedral, otra colegiata, diez y siete arciprestazgos y ochocientas treinta y cinco parroquias. El total de las almas de la provincia es de doscientas treinta y cinco mil ochocientas sesenta y cuatro, y el de la ciudad de quince mil setecientas quince. Las calles son en general limpias, derechas, de bastante anchura y de buen piso. La mejor plaza es la que antes se denominaba del Castillo y ahora de la Constitucion, que ostenta en su centro una hermosa fuente. La catedral fué edificada pobremente, segun se cree por San Fermin, primer obispo de

Pamplona (que se hace subir al año 80 de J. C.), el cual colocó en ella la efigie de Nuestra Señora llamada Santa María la Blanca, ó ***Santa María de Pamplona***, la que cuando la irrupcion de los árabes fué llevada al monasterio de Leyre, donde permaneció doscientos años. La iglesia fué destruida por aquellos, y comenzada á restaurar por el rey Sancho el Mayor, el año de 1023 en que se consagró. Reinando en Navarra Cárlos III, el Noble, se arruinó de nuevo por un accidente imprevisto, pero desde luego se reedificó; y finalmente, al terminar el último siglo se construyó una nueva y magnífica fachada segun el gusto que reinaba en aquella época, y en ella un suntuoso pórtico formado por columnas corintias que sustentan un fronton. Remata esta fábrica con una gran cruz de piedra, adorada por dos ángeles, y tiene á sus costados dos torres de ciento setenta y cinco pies de elevacion, en las que hay diez campanas, un reloj de máquina, y otro de sol. Rodea á toda la fachada un estenso átrio terminado por una elegante y sólida verja interrumpida por pilares que sostienen jarrones.

El interior del templo pertenece al gusto gótico, es de forma de cruz latina, y se compone de cinco naves. La mayor tiene de longitud doscientos treinta y tres pies, y de latitud cuarenta y dos, y la constituyen ocho haces de columnas en cada costado. Las esbeltas ojivas que las columnas ostentan, se cruzan en la bóveda, y en los puntos de interseccion hay escudos de armas con los blasones de Navarra, Aragon, etc. En el centro de esta nave está el coro, de cincuenta y tres pies de largo y cuarenta y dos de ancho, cerrado por una verja de hierro de bastante mérito, y que data del siglo XV. La silleria es magnífica y de dos órdenes, la madera de que se formó es de roble de Inglaterra, y su construccion tuvo lugar en 1530. Hay un órgano grande y dos pequeños. Dentro de la verja, y cerca de la puerta, se vé el bellísimo sepulcro de Cárlos III el *Noble*, y de su esposa doña Leonor de Castilla, cuyas estátuas de alabastro (materia de la que está construido todo el monumento), se ven echadas encima y escultadas primorosamente. La inscripcion del rey empieza asi:

Aqui. iaze. sepellido. el. de. buena. memoria. don.
Karlos. III. de. Navarra. et. duc. de. nemoux. descendient.
en. recta. linnea. del. empera. de. Sant. Karlos. Magno.
et. de. Sant. Lois. Rey. de. Francia. etc. etc.

En el trascoro hay otro suntuoso enterramiento que guarda los restos del conde de Gages, y que fué construido á espensas de nuestro gran Cárlos III, que era el VI de Navarra, para honrar la memoria de aquel valiente

español. Es de mármol de varios colores, con dos estátuas, un bajo relieve que representa la batalla de Campo Santo y otros adornos. La capilla mayor tiene por planta un pentágono y está cerrada con verjas parecidas á las del coro. El grande retablo pertenece á la arquitectura greco-romana, es de madera dorada y se compone de cinco cuerpos. El frontal de la mesa del altar y del sagrario son de plata. Entre las otras capillas deben mencionarse la de San Juan que sirve de parroquia, la del duque de Alba, hoy desmantelada, y la de Sandoval en donde está sepultado el conocido historiador de este nombre, obispo que fué de Pamplona. El cláustro es un cuadrado cuyos lados, que tienen ciento cuarenta y cuatro pies de longitud y diez y ocho de latitud rodean un jardin. La puerta que da á la iglesia es una de las bellezas mas acabadas del género gótico. Del mismo gusto es una linda capilla que hay en el cláustro que del nombre de su fundador el obispo don *Arnaldo Barbazano* se denomina la *Barbazana*, y que tiene tres altares. El de el medio sirve de relicario y en él se veneran dos espinas de la corona de Jesucristo, donadas por los reyes de Francia á Teobaldo I y Teobaldo II, que lo eran de Navarra, y un *lignum crucis* regalado 1400 por el emperador de Constantinopla Manuel Paleólogo, á Cárlos el Noble, y la auténtica de este escrita en un pergamino con el testo en griego y en latin. En el centro de esta capilla se vé el mausoleo del fundador, y en el piso hay una trampa por donde se baja al subterráneo que sirve de panteon á los obispos y canónigos, el cual es sencillo y se compone de nichos en las paredes, con lápidas é inscripciones. Está igualmente en el cláustro la lindísima puerta de la sala llamada la *Preciosa*, en la que se reunian las córtes de Navarra y que fué edificada antiguamente para dormitorio de los canónigos, cuando estos vivian en comunidad, cuyo refectorio se conserva igualmente. Por último no debemos olvidar la capilla de Santa Cruz que se eleva en uno de los ángulos del jardin, cerrada con una verja hecha con el fierro de las famosas cadenas ganadas en las Navas de Tolosa y sobre la que se leen estos versos:

Cingere quæ cernis crucifixum ferrea vincla
Barbarie gentis funere rupta manent
Sanctius, exuvias discerptas vindice ferro
Huc, illuc sparsit stemata frusta pius.
Anno 1212.

Tiene la catedral una numerosa biblioteca y archivo rico en antiguos documentos, y está servida por un obispo, doce dignidades llamadas *romanas* y que no forman parte del cuerpo capitular, y de un número indeterminado de canónigos que solia llegar á diez y ocho (ahora reducidos á ocho)

un capellan real, dos maestros de ceremonias y otros muchos clérigos, músicos y dependientes.

Ademas de la catedral hay las parroquias de San Saturnino, que es de antigüedad muy remota; San Nicolás de Bari, cuyo edificio sube al siglo XII y San Lorenzo que es de fábrica moderna. Hubo ocho conventos de religiosos; el de Santo Domingo fundado por el mismo Santo en 1219 en el solar donde se elevó despues la ciudadela, y trasladado al sitio que hoy ocupa, por Fernando el Católico, tiene una buena iglesia, y de bastante estension, cerrada al culto. Lo restante del edificio sirve de hospital militar, y en el siglo XVII fué universidad. El de carmelitas calzados, que debe su creacion á Cárlos el Malo, y data de 1374, era tambien casa de estudios y está destinado á cuartel. De monjas hay cuatro que son: agustinas recoletas, canónigas agustinas, carmelitas descalzas y dominicas. Existen tres seminarios: el conciliar erigido en 1777, con setenta colegiales internos y mas de trescientos esternos, el *Episcopal* que ocupa el mismo edificio que el anterior y tiene buena iglesia y biblioteca, y el de San Juan, incorporado á la universidad de Salamanca.

El teatro construido en la plaza de la Constitucion, es capaz de ochocientas personas, tiene muy buenas decoraciones, una fachada de sillería de regular aspecto, y es bastante concurrido; su fábrica se comenzó en 1840, en el solar de las carmelitas descalzas. A la espalda del teatro se alza la plaza de toros, que es magnífica y de cabida de 8,000 personas. Tambien cuenta Pamplona con dos buenos juegos de pelota, al que son muy aficionados los navarros. La casa de ayuntamiento alhajada con lujo, el antiguo seminario conciliar, hoy cuartel, el hospital general de grande estension, la casa de misericordia, y el palacio que lo fué de los reyes de Navarra y ahora de los capitanes generales, son tambien edificios dignos de consideracion, asi como los paseos que son escelentes, en especial el de la *Taconera* que es muy ameno y agradable.

Pamplona, ciudad tan memorable por todos conceptos, lo es sobre todo como plaza de armas y ocupa entre estas la categoría de *primer órden.* Sus fortificaciones se mencionan en la historia casi desde tan antiguo como ella misma. Carlo-Magno las demolió, pero volvieron á levantarse no mucho tiempo despues, aunque estando dividida la ciudad en tres poblaciones distintas (como ya hemos dicho) participaban las murallas de esta division y formaban tambien tres diferentes fortalezas. En el siglo XV fueron derribados los muros interiores, y volvió Pamplona á formar una sola ciudad, y entonces se construyó el castillo que defendió con tanta bizarría el capitan San Ignacio de Loyola, su gobernador. La ciudadela fué empezada á construir en 1571 y su figura la de un pentágono regular, cuyos lados tienen

de longitud trescientas cuarenta varas. Comprende en su recinto cuarteles para caballería é infantería, pabellones para oficiales, almacenes y demas edificios necesarios. Las fortificaciones de la plaza forman como un rectángulo y están trazadas, asi como las de la ciudadela, segun el primer sistema de *Vauvan*. La dotacion en tiempo de guerra debe subir á siete mil quinientos hombres de todas armas y ciento cincuenta piezas de artillería.

CAPITULO LI.

Tafalla.—Olite.—Tudela.—Salida de Navarra.

Tres dias muy agradables pasamos en la capital de Navarra, donde recibimos finísimos obsequios de varias personas á quienes íbamos recomendados, y principalmente del actual gobernador de la ciudadela, antiguo amigo mio, jóven militar, Franco de apellido y de carácter, en cuya casa nos hospedamos; pero el tiempo apremiaba, y cerrando los oidos á las repetidas instancias para que permaneciésemos algunos dias mas, emprendimos nuestra marcha en direccion á Aragon, por la carretera real y en la diligencia, circunstancia que nos impidió recoger noticias muy detalladas de los pueblos que atravesamos.

El primero de estos que se encuentra es Noain, en cuyas inmediaciones fué vencido un ejército francés, el año 1521, que al mando de Andrés Esparros penetró en Navarra para sostener la causa de Enrique D'Albret. Tambien figura este pueblo en la pasada guerra civil por la brillante defensa que en él hicieron cuatro compañías de tiradores de Isabel II contra fuerzas carlistas muy superiores, obligándolas á retirarse, con pérdida considerable de una y otra parte. No lejos de Noain corre la grandiosa fábrica del acueducto que surte de aguas potables á Pamplona, y se compone de noventa y siete arcos de treinta pies de ancho y quince de circunferencia. Tuvo de coste cinco millones de reales, y su estenrion es de mil quinientas varas. Fué empezada á construir esta gigantesca obra, por don Ventura Rodriguez en 1780. Dejando á un lado la venta de las Campanas, se encuentra Barasoain, villa del valle de Orba, con trescientos ochenta y ocho habitantes, y situada en terreno llano á la márgen del Zidacos. Conserva un palacio de

la noble familia de los Radas, que sirvió de alojamiento á varios reyes, como espresan los siguientes versos que se leen sobre la portada.

> Despues que los Labrides (1) se ausentaron,
> y en paz y guerra les rendí lealtades,
> me quedó que decir á las edades
> que reyes me habitaron.

Tiene Berasoain una parroquia dedicada á la Asuncion de la Vírgen, en la que sirven el culto un abad y varios beneficiados, y una basílica que lo está á Santa Lucía, en la que se venera con especial fervor una efigie de Nuestra Señora de Egipto. Pasamos muy cerca de *Garinoain*, que queda á la derecha del camino y llegamos á Tafalla, ciudad sentada al pie de una eminencia, en cuya cima hubo en lo antiguo un castillo (que tambien se fortificó en la última guerra) y es cabeza de un partido judicial compuesto de dos ciudades, veinte villas, veinte y ocho lugares y dos caserios. Su clima es muy saludable, y por esta razon sirvió de residencia varias veces á los tribunales del reino en épocas de epidemia. Es Tafalla poblacion antiquísima, atribuyéndose vulgarmente su poblacion á Tubal. Pertenecia á la region de los vardulos, segun espresa Ptolomeo, y fué su primitivo nombre *Gabalæca*, que algunos interpretan *ciudad alta dedicada al sol.* A la muerte de Sancho el *Mayor*, en 1035, su hijo, Ramiro el *Bastardo*, primer rey de Aragon, auxiliado de los emires moros de Tudela, Huesca y Zaragoza, quiso apoderarse de Tafalla y la puso sitio, mas los naturales se defendieron heróicamente hasta que don García Sanchez, segundo rey de Navarra que á la sazon volvia de Roma á donde fué en peregrinacion, acudió en su socorro y derrotó á don Ramiro, su hermano. El referido don García dió en arras á su esposa doña Estefanía la villa de Tafalla, cuyo gobernador era á la sazon un tal *Oriolo Sanchez*. *Sancho Ramirez*, rey de Aragon y Navarra, la dió fueros que confirmó despues Sancho el Sábio en 1157. Posteriormente Sancho el Fuerte y Teobaldo I le añadieron nuevas mercedes y privilegios. El año 1380 hallándose preso en el castillo de Tafalla el baron de Ansoain, uno de los mas poderosos nobles del pais, fué bastante hábil para seducir á sus guardadores, y alzarse con ellos contra el rey, que era Cárlos II, el *Malo*, pero las tropas de este cayeron sobre el castillo rebelde, pasaron á cuchillo á la guarnicion y degollaron al de Ansoain. Cárlos III de Navarra, llamado el Noble, construyó en esta poblacion un magnífico palacio con estensos jardines, que pretendia unir por medio de un grandioso pór-

(1) Doña Catalina y don Juan Labrit fueron los últimos reyes propios de Navarra.

tico con el que edificó en la cercana ciudad de Olite. El mismo rey concedió á Tafalla el título de *Buena Villa* y voto en córtes. El castillo sirvió de prision en 1452 al desgraciado don Cárlos, príncipe de Viana, aprehendido por don Alonso su hermano bastardo. De aqui fué trasladado á Mallen. La condesa de Foix, doña Leonor, gobernadora que era de Navarra durante la ausencia de su padre el rey don Juan, reunió córtes en Tafalla el año 1469, suceso que volvió á verificarse en 1480. El cardenal Cisneros hizo derribar el histórico castillo de esta villa, que Felipe IV elevó á la categoría de ciudad en 1636. El renombrado caudillo de los navarros don Francisco Espoz y Mina, arrancó á Tafalla del poder de los franceses despues de un sitio de dos dias.

Tiene esta ciudad dos parroquias unidas, con título de Santa María y San Pedro, un hospital, que es de los mejores establecimientos de su clase en la provincia, dos conventos que fueron de frailes, de los cuales uno está destinado á cuartel y otro á colegio de primera enseñanza, uno de religiosas franciscas recoletas, una ermita, un antiguo palacio de los reyes de Navarra, con jardines, un paseo, dos fuentes y cuatro mil trescientas treinta almas.

Del tiempo de Cárlos V se nos refirió una historia romancesca acaecida á un noble caballero de Tafalla llamado *Sancho de Agramonte*, que nos parece debemos insertar. Era este un gallardo y valiente capitan que se distinguiera por su valor en las guerras de aquella época y que amaba y era amado de Leonor de Zaldivar, jóven dotada de belleza incomparable. Sancho siguió al emperador á Barcelona y alli se embarcó el 31 de mayo de 1535 con las tropas que marchaban á la conquista de Tunez. Durante el sitio de esta plaza, una mañana, que al frente de su compañía protegia á los encargados de cortar leña para el campamento, fué acometido por numerosas fuerzas de turcos y de moros que á estorbar estos trabajos salieron de la ciudad. Inútil fué la defensa y el valor de los navarros, dignos imitadores de su gefe, pues antes de llegar socorro, fueron unos muertos y otros cautivados. Esta última suerte cupo al denodado Agramonte, que á pesar de su desesperada resistencia fué desarmado, cargado de cadenas y conducido á una oscura mazmorra del palacio del bajá *Airadino Barbaroja*, famoso pirata que por un ardid se habia hecho dueño de Tunez; el cual por un lujo de ferocidad quitaba la vida á los mas de sus prisioneros, reservándose, sin embargo, algunos de que creia obtener un crecido rescate. Sancho Agramonte, que fué uno de ellos, yacia sobre la dura piedra de su prision pensando en su bella Leonor, cuando sintió el rumor de los cerrojos, y creyendo era llegado el instante de morir se santiguó devotamente, dirigió á Dios una oracion y otra á su amada y aguardó con resignacion la llegada

de sus verdugos; mas en vez de esto solo vió entrar una vieja esclava que en buena lengua castellana, le dijo:

—Cristiano, tus desdichas se acabaron. Una jóven mas bella que las huris que el Profeta promete á los fieles, ha puesto en tí sus ojos.

—¿Quién, cómo?

—Mi señora la hermosa Zulima, la hija de Barbaroja, te vió ayer desde su celosía cuando te conducian preso y aherrojado y te amó. Si tú quieres unir tu suerte á la suya, si quieres ser su esposo y quieres abrazar su ley, ella y tú sereis los mas felices de los mortales.

—Dile á tu señora que yo no me pertenezco, que ya he jurado mi fé á una jóven de mi pais, y que si el cielo me conserva la vida, solo ella será mi esposa.

—Cristiano, medita tus palabras, tu juventud me compadece; Zulima es en su amor tímida como la gacela de los bosques, mas en sus celos tal vez se convertirá en la furiosa leona del desierto.

—Nada mas tengo que decirte, dijo Sancho, y la esclava se retiró.

En tanto los soldados del emperador estrechaban mas y mas la fortaleza, y Barbaroja ardiendo en ira, mandó traer algunos cautivos para que cual proyectiles fuesen disparados por sus bombardas al campamento español. Inmediatamente se trajeron varios de estos infelices, (entre ellos Sancho) á un terrado que coronaba el palacio y en el que habia tres gruesos cañones. Habian ya sido hechos pedazos cinco cautivos, cuando tocó su vez á Sancho de Agramonte, el cual ataron á la boca de uno de aquellos é iban á darle fuego cuando Zulima se arrojó á los pies de su padre.

—Dame, señor, la vida de ese esclavo á quien amo como á mí misma; dámela ó permite que muera con él.

Detuviéronse sorprendidos los soldados de Barbaroja, y éste conmovido al ver el estremado dolor de su hija, que le dominaba enteramente, accedió á sus súplicas y perdonó la vida á Sancho. En tanto otros cautivos cristianos, encerrados en la Alcazaba, supieron que estaban destinados á perecer de un modo horrible, pues el bajá habia dispuesto volar con pólvora el edificio, y dándoles fuerza la inminencia del peligro, rompieron sus cadenas, arrollaron á los guardias, y apoderándose de la armería trabaron un sangriento combate con los soldados tunecinos y esparcieron la confusion y el espanto por toda la ciudad. Airadino Barbaroja hizo en los primeros momentos embarcar á sus mugeres, hijos y tesoros en unas galeras que en el puerto tenia prevenidas, y él corrió á ponerse al frente de sus soldados. Aquellas se hicieron á la vela en el instante, y despues de recorrer una buena parte de la costa de Africa, fondearon en una ensenada cerca

de Tánger. Luego saltaron en tierra todos los individuos de la familia del bajá y se dirigieron á un pequeño aunque fuerte castillo ó casa de campo, donde por entonces debian fijar su residencia. Inútil es decir que Sancho Agramonte estaba entre los esclavos, aunque mejor tratado que estos, y que la hermosísima Zulima redoblaba sus tiernas atenciones y pruebas de amor, pero el inflexible navarro ni aun con el pensamiento fué infiel á su querida. Pasáronse muchos dias, Cárlos V añadió á Tunez en el catálogo de sus victorias, despidió las tropas y él con un corto número se dirigió á Nápoles. Todos los habitantes de Tafalla que tomaron parte en aquella espedicion volvieron á sus hogares. Leonor aguardaba ansiosa noticias de su amante, mas al ver al page favorito de éste que á la cabeza de los otros criados marchaba con semblante triste y que llevaba vuelta al suelo la *gineta* (1) de su señor, conoció que lo habia perdido para siempre. En efecto todos creian muerto á Sancho, pues se sabia no estaba entre los cautivos de la Alcazaba y sí entre los del palacio del bajá que segun se decia habian sido todos hechos pedazos á la boca de las bombardas. Este fué un golpe terrible para la enamorada doncella que desde aquel dia se vió dominada por la mas negra tristeza al estremo de quebrantar su salud y conducirla en menos de dos meses á la tumba. En tanto Sancho de Agramonte permanecia siendo el objeto de las amorosas solicitudes de Zulima, pero sin quebrantar jamás sus juramentos. Por fin aquella generosa muger le dijo un dia suspirando:

—Estás libre, vuelve á tu pátria y ve á ser feliz con la muger que tanto amas, ya que á mí solo me toca llorar y ser desgraciada para siempre.

Besó Sancho con emocion la bella mano de la hija de Barbaroja y marchó inmediatamente á Tunez, donde reinaba á la sazon Muley Hasan aliado de Cárlos V, y volvió en breve á pisar las playas españolas. Palpitaba su corazon de alegría al visitar á Tafalla; alli le aguardaba Leonor, tan bella, tan fiel, tan enamorada como siempre, alli estaba la felicidad. Antes de entrar en su casa corrió á la de su amada; mas al pisar sus umbrales se detuvo poseido de inesplicable terror. Largos paños negros en que se veia brillar el noble escudo de los Zaldívares, entapizaban las paredes, y del interior de la casa resonaba el canto que la Iglesia dedica á los muertos. Un horrible estertor corrió todos los miembros de Agramonte que queria aun dudar de su desgracia; pero en aquel momento salió el numeroso cortejo fúnebre que precedia á un féretro en el que iba Leonor, que mas bien que muerta parecia dormida, pues la muerte aun no habia consumado su obra, aun no ha-

(1) Era una especie de lanza corta con una borla, insignia de los capitanes.

bia destruido su belleza. Al infeliz amante no le fué posible soportar tan triste vista y cayó sin sentido. Antes de llegar el entierro á la iglesia, una preñada nube que tocaba casi en los tejados de la ciudad descargó un copioso diluvio y duró algunos minutos. Un canelon vertió por un instante un arroyo de agua sobre el pálido rostro de Leonor, y ésta, que no estaba muerta sino asfixiada, se estremeció y se incorporó en su féretro. Todos los circunstantes huyeron en el primer momento asombrados, con este que supusieron prodigio, y Leonor con voz muy débil quiso tranquilizarlos asegurándoles que (como tantas otras) habia conservado el oido durante su terrible parasismo y que se sentia enterrar viva sin lograr, á pesar de sus esfuerzos, hacer ningun movimiento que indicase que aun no habia muerto, cuando la impresion del agua la hizo recobrar la vida. Sancho hubo de perder la razon al saber la inesperada resurreccion de su amada, pero restablecida esta con el cordial de la dicha y él tranquilizado, se unieron por fin estos fieles amantes, y aun vivieron felices largos años, despues de tan terrible suceso.

Siguiendo el camino y á una legua de Tafalla, se encuentra la ciudad de Olite, una de las mas renombradas de Navarra. Esta ciudad, que se eleva en una estensa y deliciosa llanura regada por el Zidacos, y que produce en abundancia vino, legumbres, frutas y aceite, forma el linde entre el pais montuoso de Navarra y la llanura á la que se da el nombre de la *Ribera*. Debe su fundacion al rey godo Suintila con objeto de que sirviese de baluarte contra los turbulentos vascones, siempre rebelados contra los reyes, y la llamó *Ologito*. Desde esta época ya no vuelve á leerse en la historia su nombre hasta 1102 en que se menciona en el fuero de Caparroso. En 1147 el gobernador de Olite *Ramiro Garcés*, pidió y obtuvo del rey García Ramirez, el *Restaurador*, concediese á esta poblacion el fuero de los francos de Estella. Reinando doña Juana y su esposo Felipe el Hermoso, rey de Francia, se reunieron córtes en Olite en el mes de noviembre de 1274. *Cárlos III*, *el Noble*, que residia aqui ordinariamente, instituyó en 1407 una nueva merindad cuya cabeza era Olite, y le nombró un merino que debia tener á su cargo el castillo de Tafalla. La reina doña Leonor, esposa de aquel monarca, murió en esta poblacion, entonces villa, en 1415. Depositóse el cadáver en la iglesia de Santa María y luego fué traslado á la catedral de Pamplona. El mismo Cárlos III creó en 1422 el principado de Viana, en favor de su nieto don Cárlos y de todos los que en adelante fuesen herederos de la corona de Navarra, y reuniendo al efecto córtes en Olite en el año siguiente, fué aquel jurado por ellas como tal príncipe y sucesor al trono. El referido rey que con tanta predileccion miraba esta villa, edificó aqui un palacio, que como dijimos al hablar de Tafalla, pensaba reunir al

de esta ciudad con un pórtico, si no le hubiese sorprendido la muerte aqui en Olite en 1425. Tambien murió en Olite la primera princesa de Viana doña Ana de Cleves, esposa del ya nombrado don Cárlos, en 1448. Encendida en 1451 la desastrosa y memorable guerra de los Beamonteses y Agramonteses que por tanto tiempo devastó á Navarra, fué elegida Olite por estos para reunir sus córtes, pues sus contrarios las celebraban en Pamplona. El rey don Juan II de Aragon hizo en Olite un tratado con el de Francia, en que se convenia la entrega al conde de Foix de la infanta doña Blanca, hermana del príncipe de Viana, como se verificó con grandes lágrimas de ésta, que desde Olite fué conducida al castillo de Ortes, en Bearne, donde la envenenaron. El citado don Juan firmó otro convenio en Olite, el año 1470, con el conde de Foix, en que fijaron sus respectivas pretensiones, quedando al primero el dictado de rey de Navarra y al segundo y su esposa el gobierno del reino. El beamontés se hizo dueño de Olite en 1492; pero el año siguiente la restituyó al bando opuesto, por mediacion de Fernando el Católico que la guarneció con tropas de Castilla. A poco se unió á la corona de este nombre, y Felipe IV en 1630 la elevó á la categoría de ciudad. Pinta Olite por armas un olivo verde coronado entre dos castillos, y debajo las cadenas de Navarra. Del antiguo palacio de los reyes solo se conservan algunas ruinas, pues fué incendiado en la guerra de la independencia. Tiene la ciudad trescientas casas, dos parroquias, Santa María y San Pedro, esta pertenece al género gótico y ostenta una torre muy alta. En Santa María es digno de observarse su pórtico, adornado de estátuas, y la pila bautismal, que es de mucha antigüedad. El convento, que perteneció á los misioneros observantes, tuvo origen en 1240 y fué restaurado en 1161; el de monjas clarisas se fundó en 1228. Hay tambien estramuros una ermita con nombre de Santa Brígida, y un paseo con árboles. El número de sus habitadores es de mil novecientos noventa y ocho.

De Olite se va á Caparroso y luego á Valtierra, villa muy antigua. Cuando los moros la dominaban pagaba un tributo al rey don Sancho Ramirez, el cual donaba una gran parte al monasterio de San Ponce de Tomeras, en Francia. Fué conquistada á aquellos en 1110, por Alfonso I, el Batallador, y en el siglo XIII se apoderaron de ella y su castillo, ciertos bandidos que devastaban el pais. Cárlos II, el *Malo*, concedió el dominio de Valtierra y su castillo á Juan Ramirez de Arellano, el año 1376; y en 1456 el rey Juan II, la dió á mosen Martin Peralta, canciller de Navarra y merino de la Ribera. Tenia esta villa voto en córtes, y su escudo consiste en campo azul, castillo de oro y á la puerta un águila. Compónese la poblacion de doscientas treinta y cinco casas, una parroquia dedicada á San Ireneo y una ermita, y tiene mil ciento ochenta y un almas. La situacion de Valtierra es un

llano y á la orilla izquierda del Ebro. Media legua mas adelante está la villa de Arguedas, de mil sesenta y ocho habitantes. Estaba muy fortificada esta poblacion ya en la época de los romanos. El belicoso Sancho Ramirez la conquistó á los árabes en 1084, y en 1092 la concedió fueros, y el año siguiente hizo donacion de su iglesia al monasterio de San Ponce de Tomeras, de donde vinieron monges á regentarla. Hoy es patronato del marqués de Falces. Fué cedido el señorío de Arguedas por Teobaldo I, al célebre historiador español don Rodrigo Jimenez de Rada, arzobispo de Toledo, y en 1456 por Juan II al canciller Martin Peralta. Las armas de esta villa son un castillo con tres torres. Pasamos tambien cerca de la villa de Murillo de las Limas, muy renombrada por el ganado bravo que se cria en su término, en especial el de la viuda de Laborda, y llegamos temprano á Tudela, ciudad de las primitivas de España, y una de las que se dicen pobladas por Tubal ó por los primeros habitantes. Su asiento es en la ribera derecha del caudaloso Ebro, sobre el que tiene un grandioso puente de diez y siete ojos y mas de cuatrocientas varas de longitud, y en terreno llano, muy fértil y que produce aceite, vino, trigo, frutas y legumbres. La Plaza Nueva ó de la Constitucion, está formada por casas simétricas y es de figura cuadrada, así como la del Mercado es tambien regular y de moderna construccion. La mejor calle, así por su anchura como por estar en línea casí recta, es la de *Herrerías*, adornada con árboles y bancos. En ella está el teatro, bastante regular y que puede contener quinientas personas. Hay cuatro parroquias, la primera es la catedral, que fué consagrada con la advocacion de Santa María en 1188. Era á la sazon iglesia priorial y estaba servida por un capitulo de clérigos regulares. Fué elevada á la categoria que hoy tiene en 1783, siendo por lo mismo Tudela la diócesis mas moderna de España y de las de mas reducida jurisdiccion. Su cabildo debe constar de un obispo, tres dignidades, diez y seis canónigos y cinco racioneros. Las otras parroquias tienen las denominaciones de San Nicolás, San Jorge y la Magdalena. Hubo cuatro conventos de frailes y subsisten otros tantos de monjas, y extramuros tres ermitas. Cuenta la ciudad con un seminario conciliar, casa de beneficencia, instituto de segunda clase, hospital y dos paseos. La poblacion asciende á siete mil trescientas veinte y tres almas. Tudela es cabeza de un partido judicial (así como antes lo era de la merindad) que se compone de tres ciudades, veinte villas y cinco lugares, que constituyen veinte y cuatro ayuntamientos, y su diócesis comprende solamente diez parroquias. En el escudo de armas de la ciudad se ve un puente coronado de tres torres. Los romanos la impusieron el nombre que hoy lleva (Tudela) y el famoso poeta español Marcial, la elogia como una de las poblaciones mas renombradas de la Peninsula, por lo ameno de su terreno. El moro

Ayub se hizo dueño de Tudela en 716, y figuró desde luego como una de las mas importantes ciudades de la España árabe. Aunque fué momentáneamente poseida por Sancho Abarca, y García el de Nájera, reyes de Navarra, cayó de nuevo en poder de los emires de Zaragoza, hasta que en 1114 fué sitiada y tomada por Rotron, conde de Alperche, enviado al efecto por Alfonso I, el Batallador, rey de Aragon y Navarra. Sin embargo, la guarnicion árabe aunque perdió la poblacion se retiró al castillo, y allí se sostuvo hasta el año siguiente en que se rindió al citado monarca, que desde entonces tomó el dictado de *rey de Tudela*, en lo que le imitaron sus sucesores. y algun tiempo adelante la concedió el fuero de Sobrarbe y muchos privilegios y escepciones. Desde esta época quedó la ciudad, bajo el señorío de su conquistador, el conde de Alperche, pero habiéndola cedido en dote á su sobrina doña Margarita y esta desposádose con don García Ramirez, rey de Navarra, quedó para siempre incorporado á esta corona.

El célebre Sancho el *Fuerte* miró con particular predileccion á Tudela, la adornó con buenos edificios, fortaleció y fijó su residencia y se encerró en su castillo, cuando efecto de su edad, gordura estremada y otros achaques, se retiró casi del todo de los negocios, por lo que le llamaron el *Encerrado*. En el mismo castillo falleció el 7 de abril de 1234. Concediósele el título de ciudad en 1390. Reinando Juan II de Aragon en Navarra, se hizo dueño de Tudela mosen Pierres de Peralta. Sitióla á poco el conde de Foix; pero viniendo á socorrerla el citado Juan II levantó aquel el cerco, año 1470. El mismo rey la concedió nuevas franquicias y celebró una conferencia con el rey de Castilla en 1476 para pacificar las turbulencias que agitaban á Navarra. Su hija doña Leonor que heredó esta corona, murió en Tudela en 1479. En el reinado de Fernando el Católico, los vecinos de Tudela dieron acogida á muchos aragoneses perseguidos por la Inquisicion y amenazaron á los inquisidores con *arrojarlos al rio*. Fué esta ciudad la última de Navarra que se sometió al poder de Castilla, exigiendo antes se les jurase la conservacion de sus fueros y franquicias, como lo verificó en la iglesia de Santa María el mismo Fernando el Católico en 1512 Los franceses saquearon á Tudela en 1808 por la mucha resistencia que les opuso: á poco volvió á poder de los españoles, pero habiendo perdido en el mismo año el general Castaños una batalla (1) al pie de sus muros, cayó de nuevo bajo el dominio de los invasores, que la abandonaron definitivamente en 1813.

---

(1) En esta desastrosa jornada que lleva el nombre de *batalla de Tudela*, perdieron los españoles dos mil prisioneros, los almacenes y artillería.



Salimos de Tudela en direccion á Zaragoza, y despues de andar cuatro leguas pasamos por Cortes, último pueblo de Navarra, que se elèva en una muy fértil llanura á la derecha del Ebro y del canal imperial que queda como á un cuarto de legua. Hay una parroquia con nombre de San Juan y un castillo ó palacio de los marqueses de Cortes, que son hoy los duques



Navarros del valle del Roncal.

de Granada de Ega, y dos molinos de aceite. El número de almas que moran en esta villa es de novecientas sesenta. Hay de ella memorias bastante antiguas, y hace muy poco tiempo se emprendieron por una sociedad varias acequias y obras muy importantes y costosas para el riego de su hermosa campiña,

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO.

Pags.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE ESTE TOMO.





